



Claude G. Bowers

Embajador de Estados Unidos en España (1933-39)

MI MISIÓN EN ESPAÑA

En el umbral de la Segunda Guerra Mundial

Prólogo de
Ángel Viñas



MI MISIÓN EN ESPAÑA

Claude G. Bowers

EMBAJADOR DE ESTADOS UNIDOS EN ESPAÑA
(1933-39)

MI MISIÓN EN ESPAÑA

En el umbral de la Segunda Guerra Mundial



ARZALIA
ediciones

Arzalia Ediciones hace constar que ha sido imposible localizar al autor y al traductor de esta obra, por lo que manifiesta su reserva de derechos. En caso de que aparecieran los titulares, Arzalia se compromete a llegar a un acuerdo con ellos.

Mi misión en España

Título original: *My Mission to Spain*
© 1954, 2019, Claude G. Bowers
© 2019, Arzalia Ediciones, S.L.
Calle Zurbano, 85, 3º-1. 28003 Madrid

Traducido por Juan López S.
Revisión de Agustí Bartra

© De la fotografía de la cubierta:
Gerda Taro, *Niño tomando sopa, Madrid, 1936-37.*
Cortesía del International Center of Photography

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

ISBN: 978-84-17241-38-4

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.arzalia.com

Índice

[Prólogo a la presente edición](#)

[Prefacio](#)

[PRIMERA PARTE. La República prístina](#)

- [1. Dos presidentes y un ministro](#)
- [2. Vagando por una tierra mágica](#)
- [3. Política, políticos y jiras campestres](#)

[SEGUNDA PARTE. Período del trabajo de zapa](#)

- [4. Comienza la liquidación de la República](#)
- [5. Comienza la reacción. Personalidades](#)
- [6. Retratos y fasto](#)
- [7. El retorno de los moros](#)
- [8. Sembrando vientos](#)
- [9. La coalición de derechas se rompe](#)
- [10. La Semana Santa en Sevilla, 1935](#)
- [11. Síntomas en el ambiente](#)
- [12. «¡Viva el estraperlo!». Frutos podridos](#)
- [13. La batalla electoral](#)

[TERCERA PARTE. La guerra del Eje contra la democracia española](#)

- [14. La conspiración, al descubierto](#)
- [15. Los provocadores fascistas](#)
- [16. En vísperas de la rebelión](#)
- [17. Se desenvaina la espada](#)
- [18. La embajada flotante](#)
- [19. Batalla decisiva de Irún](#)
- [20. El frente diplomático](#)
- [21. El terror: La epopeya de Madrid](#)
- [22. La farsa de la «no intervención»](#)
- [23. El martirio de los vascos](#)
- [24. Política y piratería](#)
- [25. Las matanzas del Eje en Barcelona](#)
- [26. El espíritu de Múnich sobre España](#)

[27. La última fase](#)

[28. Mi informe a Washington](#)

[Sobre el autor](#)

[Títulos publicados por ARZALIA](#)



To Claude BOWERS
Luis Quintanilla
1954

Prólogo a la presente edición

Claude G. Bowers (1878-1958) fue embajador de Estados Unidos en España desde el 1 de junio de 1933 hasta poco antes de que su país reconociera al régimen de Franco en 1939. Un caso único entre el cuerpo diplomático extranjero de la época. El estallido de la sublevación le cogió, como a tantos otros embajadores, en San Sebastián. Desde San Juan de Luz siguió, como muchos de sus colegas, la guerra civil. Tras su puesto en España, Roosevelt le dio a escoger entre ir de embajador a Polonia o a Chile. Eligió Santiago, lo que le permitió vivir otra nueva experiencia con un Gobierno de Frente Popular. Regresó a Estados Unidos en 1953, tras una experiencia diplomática de veinte años como jefe de misión, lo que en términos estrictamente profesionales no es nada despreciable. Su libro *Misión en España* no fue el único relacionado con tal aspecto. También escribió sobre la que tuvo en Chile. No la conozco y no puedo enjuiciarla, aunque algunos críticos le recriminaron que defendió demasiado vigorosamente los intereses chilenos. Como diarista, tuvo tiempo de escribir una autobiografía que apareció póstumamente en 1962. Existen varios artículos y hasta una tesis doctoral no publicada que han examinado la trayectoria vital y profesional de Bowers y, en particular, sus ensayos sobre historia norteamericana. Todos se han acercado a la misma desde otra perspectiva y sus estudios sobre el pasado norteamericano, muy populares en su tiempo, han sido sometidos a crítica, a veces acerada.

Si tuviera que hacer un estudio sobre el libro que Bowers escribió acerca de España, tendría que comparar el contenido de la obra para la cual redactó este prólogo con sus despachos de la época (una pequeña selección de los cuales es localizable en internet, aunque curiosamente no los de la primavera de 1936 que ha explorado no hace mucho tiempo Aurora Bosch) y con sus papeles privados, entre ellos, su diario. Los primeros no los consultó la historiadora española, pero según Dominic Tierney, que sí los utilizó, se encuentran en la Lilly Library de la Universidad de Indiana, el estado natal del embajador.

Según indicó Bowers, un borrador de este libro lo había terminado después de la guerra civil, pero no se había atrevido a publicarlo por varias razones. De entre las más obvias, señaló sus responsabilidades en su nuevo cargo diplomático. También, porque no quería hacer gala de su crítica a la política, en su opinión absolutamente errada, de Chamberlain ante la guerra civil en unos momentos como los de la segunda guerra mundial en que se hubiera podido entender que quisiera criticar al ya fallecido primer ministro o incluso al pueblo británico. No aludió a otras motivaciones, por ejemplo, sus disensiones con la dirección del Departamento de Estado, con el que siguió ligado en Chile. Se limitó a indicar que el borrador lo había dejado a un lado hasta que volvió a ocuparse de él tras su jubilación en el servicio diplomático. Evidentemente, esto le permitió terminarlo con mayor perspectiva histórica.

Lo que sí hizo Bowers, aprovechando su estancia en Madrid y los papeles que había en el archivo de la embajada, fue escribir tan pronto dejó Europa un librito,

que no he leído, titulado *Las aventuras españolas de Washington Irving*. Este, como es notorio, fue uno de los primeros novelistas norteamericanos y, aparte de historias cortas muy famosas, publicó *Cuentos de la Alhambra*, amén de otros libros de historia y biografías sobre temas españoles. Entre estos, acerca de los viajes de Colón y el descubridor mismo. Bowers estudió a Irving en su vida pública y privada y recreó la España por la que viajó y a la que luego volvió como embajador de su país entre 1842 y 1846. *Las aventuras* aparecieron en 1940, demostrando que, junto a la guerra civil, se ocupó también de otras cosas. Se tradujo en 1946. No las he leído, pero esta edición y otra mucho más reciente se encuentran en la Biblioteca Nacional.

Lo que me ha pedido Ricardo Artola no es, sin embargo, un estudio sobre Bowers, sino un prólogo. A él se debe la brillante idea de dar a conocer con la presente reedición la obra de memorias sobre la República y la guerra civil a una nueva generación. Se trata, en efecto, de un libro famoso, muy controvertido, pero que desgraciadamente no está al alcance de amplias mayorías de lectores, salvo que acudan a bibliotecas o lo adquieran en el mercado de libros de segunda mano, donde todavía es fácil hallarlo.

My Mission in Spain, tal fue su título original, se publicó en Nueva York en 1954, cuatro años antes del fallecimiento de Bowers, de leucemia. Le dio un subtítulo muy revelador: *Watching the Rehearsal for World War II*. El mismo año la obra se tradujo y se publicó en México por Grijalbo, que la reeditó años más tarde en dicho país. El subtítulo (*En el umbral de la Segunda Guerra Mundial*) no refleja fielmente el sentido del original. A decir verdad, incluso el título es un tanto ambiguo, ya que en castellano se habría dicho «Mi embajada», como se refería, por ejemplo, su coetáneo Pablo de Azcárate a la suya en Londres, pero no he recomendado que se cambie porque con el original —típico en la lengua inglesa— podría denotar otro sentido al que me referiré más adelante.

En España este libro apareció en 1977, igualmente con el sello de Grijalbo y cuando la férrea mano de la censura había desaparecido. Hasta entonces podía adquirirse en una edición francesa muy asequible que data de 1956, editada por Flammarion, y en la cual desapareció el subtítulo. Ignoro los motivos. Al año siguiente se publicó la italiana, inevitablemente por Feltrinelli, en la cual el subtítulo fue otro: «Prueba general de la Segunda Guerra Mundial», algo más acertado.

Es fácil comprender las razones por las cuales la dictadura franquista nunca aceptó que apareciera en España. Bowers demostró desde la primera hasta la última página que era profundamente prorrepblicano y que la tan cacareada victoria de Franco debía mucho a los regímenes fascistas. Su visión de la República antes del 18 de julio y en guerra chocaba frontalmente con las leyendas e interpretaciones caras al régimen (y que siguen abanderando numerosos periodistas y cantamañanas de diversas procedencias). Con independencia de que algún conocido autor, con credenciales académicas y para más inri también norteamericano, siga negando hasta el momento la pertinencia del subtítulo y la mayor parte de las interpretaciones de Bowers, cuando se digna aludir a él.

La obra de Bowers está claramente dividida casi por mitades iguales entre sus tres primeros años de embajada en un país en paz y los tres últimos en guerra. En mi opinión, presenta otras dos facetas dignas de mención. La primera es que el autor no fue un diplomático profesional. Su nombramiento, como era y es frecuente en el caso

norteamericano, fue producto de una decisión política, en esta ocasión del presidente Franklin D. Roosevelt. En relación con su estancia como diplomático en España, consignó en sus papeles que se alegraba de no ser un profesional. En Madrid comprobó cómo muchos que sí lo eran, sin excluir los altos cargos del Departamento de Estado de quienes dependía, albergaban concepciones políticas e ideológicas que chocaban con las suyas. Se trata de una reacción relativamente normal, a mi entender, cuya interpretación ha sido exagerada por algunos historiadores norteamericanos. El embajador respondía, en último lugar, al jefe del Estado que lo nombró. Era un hombre político con fuertes convicciones demócratas muy conocidas. Es comprensible que, enfrentado con el fenómeno de una guerra civil en un país que había aprendido a querer, tuviera sus propias opiniones y las defendiera a capa y espada, aunque no coincidieran con las de su jerarquía administrativa. Que sepamos, ni presentó su dimisión ni tampoco se la exigieron.

Entre sus adversarios ideológicos en Washington, cabría mencionar aquí a James C. Dunn, jefe de la división de Asuntos de Europa occidental y asesor especial del secretario de Estado, Cordell Hull. En suma, un cargo de importancia para interpretar política y burocráticamente los temas españoles y la política a seguir ante la guerra civil. Al lector de nuestros días ese nombre no le dirá nada, pero sí a Bowers al ponerse a reescribir su abandonado manuscrito y terminarlo, como indica en el prólogo, en noviembre de 1953. Dunn fue el embajador que tan solo un par de meses antes había suscrito como representante norteamericano en Madrid los famosos acuerdos con Franco que iniciaron la rehabilitación del dictador. Ironías de la historia.

Por otro lado, en aquella su primera embajada los aspectos formales de la vida diplomática repelieron a Bowers, según confesó abiertamente. Prefería, dentro de lo posible, viajar por el país y mezclarse con gente de todo tipo. Algo que no sería demasiado fácil, pues llegó sin saber castellano.

La segunda faceta que conviene destacar es que, a pesar de haber sido un alumno de secundaria brillante, Bowers no fue a la universidad. Desde muy joven sintió una fortísima atracción por la política. Tras alguna vacilación, se decantó por los demócratas, que consideró entonces como el partido del hombre y de la mujer comunes y corrientes, por oposición al partido republicano, enfeudado a los grandes negocios. En cuanto dejó la escuela empezó a trabajar haciendo pinitos con varios políticos locales en Indianápolis, la capital de su estado. Tan pronto como pudo, se dedicó al periodismo. Creía que en los estados en torno al suyo (el llamado Midwest) se tipificaba la mejor forma de hacer política en Estados Unidos, con ciudadanos interesados en las relaciones interpersonales y adornados de cualidades tales como el aprecio por el trabajo duro, el coraje, la honestidad, la integridad, el ansia de libertad y de superación, la independencia de criterio, etc. Hasta los 28 años no publicó su primer libro, que significativamente versó sobre la lucha de Irlanda para conseguir su liberación, algo que le había preocupado desde su época escolar. No tardó en derivar hacia dos de las figuras más significativas del partido demócrata de su época, de quienes escribió sendas biografías. De aquí retrocedió al pasado del partido demócrata y a sus pugnas con el republicano en el siglo XIX. Ello se tradujo en varias obras, en particular un estudio en el que contrapuso a Jefferson y Hamilton. Se hizo instantáneamente famoso, pues en la historia veía algunas de las

contradicciones políticas e ideológicas que seguían debatiéndose en sus años del siglo XX.

Su afición por la divulgación histórica con un pie en el presente se tradujo en otras obras. La más importante, *The Tragic Era*, abordó el período tras la guerra civil norteamericana. No careció de tonos racistas y fue muy apreciada en los antiguos estados confederados. En su actividad como ayudante de varios políticos demócratas, en su amplia labor periodística, desde cabeceras que diríamos «de provincia» hasta que llegó a Nueva York y Washington, y en su participación en la campaña presidencial de 1932 en la que resultó elegido Franklin D. Roosevelt, atravesó por experiencias que hicieron de él un demócrata combativo a la vez que un brillante orador, quizá demasiado florido. No hay que subrayar que tales experiencias tenían que chocar con las de muchos de los integrantes del cuerpo diplomático norteamericano, que entonces solían proceder de las universidades de la Ivy League. Todos políglotas y muy viajados fuera de Estados Unidos.

A Bowers, monolingüe, lo que le hizo decidirse por España fue una característica muy peculiar. Veía en ella un país en el que se suscitaba un debate entre reforma y progreso para las amplias mayorías y la actitud recalcitrante de un abanico de fuerzas económicas, políticas, militares y religiosas que no lograban desprenderse de la herencia del pasado. Llegó embebido de los ideales del New Deal y su atención se concentró en quienes creyó que más se acercaban al experimento norteamericano.

Estas dos facetas diferencian a Bowers de otros embajadores de grandes países en la España republicana con los que naturalmente hubo de codearse. A varios los retrató fugazmente en su libro. A otros les dedicó más atención. Incidentalmente, no conocemos bien cómo veían estos al recién llegado. Sus colegas francés, británico y alemán jamás publicaron memorias, si es que alguna vez las llegaron a escribir. El embajador italiano sí lo hizo y de dos maneras. En primer lugar, en un libro de recuerdos en el que el capítulo español fue uno entre muchos otros y, en segundo término, en otro en el que transcribió una parte de sus despachos y telegramas de la época, junto con una serie de ensayos históricos sobre temas muy diferentes. Raffaele Guariglia solo estuvo en España, que fue su primer puesto de embajador, un par de años y cambió de destino mucho antes de que se perfilara la posibilidad de una sublevación. Se refirió brevemente a Bowers en términos no despectivos, pero tampoco encomiásticos. Orazio Pedrazzi, que podría sin duda haber dicho mucho más que Guariglia, no dejó —que yo sepa— memorias. Bowers, sin identificarlo por su nombre, describió alguna anécdota que no lo deja en buena luz, por ejemplo, el episodio en el que narra cómo se presentó en una recepción formal ante el presidente de la República (Azaña) con el uniforme y el saludo fascistas (pudo ser una costumbre del futuro Eje: también lo hizo Von Ribbentrop al presentar cartas credenciales al monarca británico).

El Reino Unido tuvo dos embajadores. El primero, ya destinado en España desde los tiempos de la monarquía, *sir* George Grahame, fue sin duda el que mejor captó la dinámica política y social republicana hasta su jubilación a mitad de 1935, pero no dejó memorias conocidas. Está en marcha una biografía sobre él. Yo mismo he dado a conocer algunos de sus despachos más significativos. Su sucesor, *sir* Henry Chilton, fue por el contrario un auténtico desastre, incapaz de comprender nada de lo que estaba pasando en España, cegado por lentes ideológicas de un

antiizquierdismo primario. Lo mantuvo hasta su jubilación, a finales de 1937, desde su atalaya de San Juan de Luz. Debió de sentir animadversión hacia Bowers, a quien en uno de sus despachos caracterizó diciendo que, si bien no era bobo, incluso después de tres años en Madrid necesitaba ir a todas partes con intérprete. En cuanto al alemán, conde Johannes von Welczeck, también en puesto antes del advenimiento de la República, no sé si llegó a escribir sobre el carácter de Bowers en sus despachos. Conocía bien las circunstancias españolas, pero desde la llegada de Hitler al poder tuvo que andar con cierto cuidado. Aunque las relaciones con España nunca figuraron en un primer plano de la atención del nuevo régimen nazi, el embajador — prudente— ingresó en el partido por si las moscas. Fue destinado a París antes del estallido de la guerra civil y desde allí ayudó todo lo que pudo a los sublevados. Murió en la Costa del Sol en los años sesenta y se ignora si conservó papeles. Así, pues, en una comparación interpersonal rápida, Bowers fue un caso especial.

Con respecto a sus colegas, Bowers se refirió a algunos empleando un tono ácido. En particular con Herbertte, también periodista, que había pasado por una estancia en Moscú como el primer embajador francés tras la reanudación de relaciones diplomáticas. Lo caracterizó como frío y distante. No destacaba. Era muy popular en las izquierdas, pero, tan pronto cayó Irún en septiembre de 1936, cambió sus lealtades y se dedicó a cultivar al comandante franquista de la ocupada ciudad. Preguntó años más tarde a otro diplomático francés si Herbertte había sido socialista. La respuesta fue que no, que siempre había sido «herbettista». De Guariglia destacó una ominosa afirmación que le pareció preludiaba la mala fe fascista hacia la República. De Pedrazzi dijo que tenía la misión de impulsar lo más posible la revolución fascista (pero, si fue así, no lo hizo muy bien). Sobre Von Welczeck acertó: aristócrata amigo del exrey, muy inteligente bajo una máscara que lo ocultaba, escasamente nazi y gran propietario de fincas en Chile (su esposa era de ese país) que más tarde le expropiaron los comunistas. Del que mejor escribió, en realidad de forma entusiasta, fue de Grahame. A Chilton apenas si lo mencionó y cuando lo hizo, ya en guerra, también fue certero en su juicio: desde el primer día mostró un odio visceral a los republicanos. No así uno de sus funcionarios, George Thompson, que veía las cosas como él mismo y de quien pensaba que informaba a Londres de tal suerte. Thompson estuvo también en zona republicana y así lo hizo. Con lo que antecede quiero indicar que Bowers podría ser un embajador primerizo, pero no idiota.

Como es lógico, su nombre aparece en lugar destacado en las ya, por fortuna, numerosas obras que se han escrito sobre Estados Unidos y la guerra civil. En ellas sobresale la reticencia, cuando no la hostilidad, que diversos sectores del aparato político en el Departamento de Estado sintieron hacia su embajador, que les pareció demasiado prorrepblicano. No cabe excluir prejuicios ideológicos, maquillados, porque en los problemas que se suscitaron entre Estados Unidos y España antes de la guerra, y que eran fundamentalmente económicos y comerciales, Bowers se mostró duro negociador en la defensa de los intereses de su país. Nada de ello, sin embargo, aparece en este libro que se centra en la visión que tuvo de la República y su trayectoria, sus defensores y sus enemigos.

La literatura ha destacado tres aspectos de la presente obra. En primer lugar, sus retratos e impresiones de los políticos de los años republicanos de casi todo el arco,

desde los comunistas, con Pasionaria al frente, hasta los monárquicos más o menos fascistizados (Calvo Sotelo, Goicoechea), pasando por Primo de Rivera, Gil Robles y Lerroux. Los personajes a los que dedicó más atención fueron los republicanos burgueses (Azaña, Martínez Barrio) y los socialistas (Largo Caballero, Prieto, De los Ríos, Álvarez del Vayo). Sin duda, a quien mejor dejó fue a Azaña y después a Negrín durante la guerra. No parece que tuviera el menor contacto o simpatía con y hacia los anarquistas. En segundo lugar, sobresalen sus impresiones de los españoles, desde la aristocracia a los trabajadores del campo. Siempre sin condescendencia alguna. Y, por último, su descripción de las ciudades y paisajes españoles. Bowers viajó todo lo que pudo y sistemáticamente se rebeló contra la imagen de una República violenta en la que predominaban las algaradas de todo tipo según señalaba la prensa británica y norteamericana.

Naturalmente, en aquella época ni la embajada tenía informadores a sueldo ni había servicios secretos norteamericanos que actuaran en España, pero Bowers y algunos de sus funcionarios tenían oídos que escuchaban atentamente. De aquí que no sorprenderá que en su libro recogiera cómo veían el discurrir de la política y del discurso públicos; sin embargo, por debajo de este nivel Bowers divisó otro en el cual quienes preparaban la insurrección hacían de las suyas a través de provocaciones. Subrayó que, frente a aquellos que no tardarían en tragarse hasta las cachas la leyenda de que la sublevación se preparó en realidad para prevenir una revolución de tipo comunista, él no había oído hablar demasiado de ella, aunque sí escuchó a muchísima gente que terminó refiriéndose como la cosa más natural del mundo a un futuro golpe de Estado. A pesar de basarse en sus apuntes, diario y papeles, Bowers infravaloró la percepción que él mismo tuvo del vector comunista al describir en sus despachos al Departamento de Estado la evolución política, porque no dejó de mencionar los rumores sobre una supuesta soviétización de España. Ciertamente, lo hacían sus agregados militar y naval, y es de suponer que hablase con ellos, aunque ignoro si debía visar o no sus telegramas y despachos cuando abordaban temas políticos o si la información de ambos discurría por canales autónomos.

No se le olvidó afirmar que, hacia finales de marzo de 1936, era claro que el golpe ya se preparaba activamente. Hoy sabemos que no andaba desencaminado en absoluto. Algo de los planes que entonces se debatían llegó a sus oídos. Tampoco se engañó lo más mínimo al identificar como uno de los promotores a Calvo Sotelo, de quien escribió que siempre estaba pensando en la dictadura a la que había servido. Subrayo estos extremos, a los que podría añadir otros, porque coinciden con lo que efectivamente había en preparación y que documentaré en un libro de próxima aparición. Bowers destacó el caso de la subida de Franco a la prominencia tras la desaparición de Sanjurjo, Goded y Calvo Sotelo y pintó una imagen relativamente simpática de Primo de Rivera, pero sin atribuirle la importancia que después la dictadura, exenta de ideologías modernas, desparramó sobre él.

En todo caso, el embajador subrayó que hacia el mes de mayo nadie podía dudar de que las fuerzas reaccionarias hostiles al régimen democrático se habían lanzado a fomentar incidentes que podrían utilizarse para justificar ante el mundo la sublevación que se preparaba. Hoy no diríamos tan crudamente que la «técnica fascista» era dividir a la gente en dos categorías, fascistas y comunistas, y que quien no era lo uno era lo otro, pero sí es verdad que el futuro golpe se basaba en la

premisa de que quien no estuviera con él, estaría en contra de él y como tal debería ser tratado. Bowers no ocultó el famoso incidente de Yeste ni tampoco las ocupaciones de tierras en Extremadura, explicándolas como el desbordamiento de la impaciencia del proletariado del campo profundamente decepcionado, porque la reforma agraria que tanto se les había prometido tardaba en llegar. También en sus despachos subrayó, repetidamente, el problema del orden, que las leyendas franquistas elevaron a la categoría suprema y que todavía hoy mantienen quienes siguen fomentándolas.

A diferencia de la entusiasta recepción que la obra de Bowers recibió en *Hispania* (revista norteamericana) al año siguiente y en la *American Historical Review* en 1956, que destacaron los antecedentes y la batalla del Eje contra la democracia española, hoy cabría señalar que, aparte de inevitables errores fácticos, el embajador se quedó muy corto. Entre los primeros, por ejemplo, el atribuir un viaje a Berlín de Primo de Rivera y de Sanjurjo como preparativo para la sublevación. El viaje se realizó, pero con el teniente coronel Beigbeder, y nadie ha demostrado hasta la fecha que tuviera el menor efecto. Los tiros iban por otro lado, que Bowers también intuyó, pero sin que aportara la menor prueba. Sería injusto destacar más aquí. Ni en la época ni después de la guerra ni en el franquismo se explicaron bien los antecedentes del golpe, pero en cualquier caso el embajador no prestó demasiada atención a las leyendas diseminadas por la propaganda franquista.

La sublevación le cogió, como al resto del cuerpo diplomático, en San Sebastián o sus alrededores. Aparte de sus peripecias personales, Bowers perdió en Francia el contacto con la realidad sobre el terreno. De describirla a Washington se ocuparon el encargado de negocios en Madrid, provisionalmente un modesto tercer secretario, Eric G. Wendelin, a quien Bowers solo mencionó en una única ocasión y en relación con un aspecto poco relevante. Desde otros puntos de la Península lo hicieron los cónsules. A Bowers se le mantuvo al corriente en términos generales. Su información desde San Juan de Luz y sus comentarios sobre la marcha de la guerra no sirvieron para mucho. Su continua y amarga denuncia de la política de no intervención tampoco. En la selección de documentos diplomáticos de la época que realiza la Oficina del Historiador del Departamento de Estado, la del año 1936 se concentra en los aspectos internacionales del conflicto. La primacía se da, lógicamente, a las informaciones procedentes de los puestos diplomáticos en otros países. Las de Bowers apenas si aparecen.

El capítulo 23 resume sus opiniones sobre la guerra civil al regresar a Washington en marzo de 1939 y constituye, sin duda, uno de los más interesantes de la obra. Señalaré simplemente que Bowers, como indicó en el subtítulo de su obra, presentó la guerra civil como un prólogo a la mundial, dado que España fue el primer país agredido por las fuerzas del Eje. En realidad, este se forjó en tierras españolas, pero el embargo norteamericano que prohibió el suministro de armas a la República también tuvo mucho que ver con el resultado. No es de extrañar que hacia la parte final de la obra reprodujera una confesión que le hizo Roosevelt en la primera entrevista tras su vuelta: «Hemos cometido un error. Has tenido razón todo el tiempo».

Esta afirmación ha dado lugar a un interesante debate entre los historiadores norteamericanos, pero, como Tierney ha documentado, la postura del presidente

ante la guerra civil fluctuó a lo largo del tiempo y, en último término, fue la evolución del conflicto en los campos de batalla lo que le decidió. A pesar de la visión de Bowers, en el Ejecutivo de Washington hubo un cierto consenso en que la suerte de las armas en España no afectaba de manera vital a los intereses norteamericanos. Con todo, es imposible ignorar que, en contra de las exaltaciones al supuesto genio militar de Franco, Bowers subrayó una y otra vez que el destino de la República también se jugó, tanto o más que en los campos de batalla, en el entrecruzamiento de percepciones, posturas, fintas y contrafintas, intereses y objetivos que fue definiéndose en Londres, París, Berlín, Roma y Moscú, con Washington a remolque de lo que iba ocurriendo sobre el terreno. Aquí las vivencias de Bowers siguen teniendo interés.

Bowers no ha tenido demasiada suerte en la historiografía. Partidista como nadie para unos (también en su propio país), ha sido glorificado como fuente excesivamente fidedigna por otros. En realidad, hoy podemos leer su libro como el testimonio de un testigo inteligente, con más luces que sombras, y aprovechable en todo caso por lo que aporta de vivencias, situaciones y retratos que de otra manera se hubieran perdido. Es un tipo de material insustituible, pero que ha de complementarse, ampliarse y corregirse en base a la evidencia primaria relevante de la época que ya ha ido aflorando desde que los archivos españoles (y la mayoría de los extranjeros) empezaron a abrirse.

Dado que Bowers tuvo bastante razón, la lectura de este libro es sumamente recomendable y quien ojee sus páginas encontrará motivos suficientes para justificar haberle dedicado unas cuantas horas. Bienvenida sea esta nueva reedición en el LXXX aniversario del final de la guerra civil, que no de la campaña, como señaló Francisco Espinosa, gracias a lo que escribió en un parte un comandante de puesto de la Guardia Civil al fin de las hostilidades.

ÁNGEL VIÑAS
Bruselas, diciembre de 2018

Prefacio

Durante seis años, en el curso del período más dramático de la historia española desde los tiempos de la cruzada contra los árabes, fui acreditado como embajador en España por el presidente Roosevelt. He amado a España y sentido cariño y admiración por el pueblo español. Durante los tres primeros años y medio recorrí extensamente por todas partes aquel delicioso país, en parte para familiarizarme con el panorama español, pero con frecuencia para comprobar personalmente y sobre el terreno las absurdas historias sobre el desorden y la anarquía divulgadas por agentes de propaganda fascistas. Nadie puede entender la significación de lo que más tarde sucedió sin tener en cuenta este precedente de la maniobra política, puesto que la conspiración internacional de los poderes fascistas se desarrollaba en la penumbra durante el período de paz externa y cuando en Roma y Berlín tenían lugar conversaciones secretas. La historia de los acontecimientos políticos durante aquellos años revela la técnica de los totalitarios, tanto de la derecha como de la izquierda, en la forma de montar la tramoya para sus ataques a las naciones democráticas.

Me abstuve de publicar esta obra durante la guerra mundial a fin de evitar que el tratamiento cáustico dado a mister Chamberlain pudiera interpretarse erróneamente como un ataque al pueblo inglés; y más tarde porque consideré dudoso el derecho a su publicación mientras todavía continuaba en el servicio diplomático activo de los Estados Unidos. Ahora, a los catorce años, ya retirado de la carrera activa, puede ver la luz.

Antes de la guerra, la amenaza inmediata radicaba en el sector nazi y fascista del totalitarismo; desde que terminó la contienda, el peligro inmediato procede del sector comunista, y radica en que, combatiendo a uno, podemos perder de vista la ideología antidemocrática del otro, que en manera alguna está muerto. Prefiero pensar que no retrocederemos a los confusos días de antes de la guerra, cuando era popular en las altas esferas creer que para oponerse al comunismo debíamos seguir la línea fascista. Ambas caras del totalitarismo tienden por igual al exterminio de la democracia y la libertad.

Confío haber sido capaz de describir la hermosa España de la paz. Recorriendo miles de kilómetros a través de esta maravillosa tierra, llegué a tomar cariño a sus montañas, que aquí y allá destacan en el horizonte, envueltas en su bruma púrpura o azul; a los viejos y apacibles pueblos polvorientos y empapados de historia; a las antiguas catedrales con sus obras de arte; a la leyenda de las viejas ciudades; al pueblo feliz y risueño.

En esta obra desfilarán figuras de fama internacional, pero al margen del entorno político: Benavente, el dramaturgo; Unamuno, el filósofo; Madariaga, el historiador y biógrafo; Belmonte, famoso torero; Zuloaga, el pintor; Margarita Xirgu, la actriz; Argentina, la bailarina; Ramón del Valle-Inclán y Pérez de Ayala, novelistas.

Los líderes políticos destacados tras los cuales se incubaba la conspiración totalitaria están todos aquí, como los conocí entonces: Azaña, Lerroux, Gil Robles, el conde de Romanones, Martínez Barrio, Juan Negrín, Prieto y todos los demás. He

tratado de trazar sus semblanzas con fidelidad a la verdad.

Durante el desarrollo de la guerra de España, una vez que la participación activa del Eje se hizo notoria, mi simpatía estuvo con los republicanos y su ideología democrática. Si la lucha se hubiera limitado solamente al enfrentamiento entre españoles ante el dilema de monarquía o república, yo habría podido contemplarla con objetividad. Mi vocación y lealtad son para la democracia, y puede haber monarquías democráticas como en Inglaterra y en los países escandinavos, y repúblicas totalitarias como en Rusia y en la Alemania de preguerra. En la guerra española mis simpatías se pusieron del lado de la democracia. Como demócrata jeffersoniano, mis sentimientos no podían manifestarse de otra forma.

Las relaciones que tuve con los gobiernos tanto de derecha como de izquierda fueron igualmente cordiales.

Este manuscrito está basado en mi diario, en conversaciones y contactos personales y en comunicados que no se citan.

Si hemos de preservar la herencia de nuestros padres, debemos estar dispuestos a luchar valientemente como lucharon y murieron los españoles leales, oponiéndose con sus cuerpos y su sangre durante dos años y medio a la ola de barbarie que se desencadenó sobre Europa, hasta que sucumbieron en medio de la extraña indiferencia de las naciones democráticas, en cuya defensa ellos combatieron valerosamente. La Segunda Guerra Mundial comenzó en España en 1936.

CLAUDE G. BOWERS
Nueva York, noviembre de 1953

PRIMERA PARTE

La República prístina

Dos presidentes y un ministro

El primero de junio de 1933 me dirigí a presentar mis cartas credenciales al presidente de la República Española, Alcalá Zamora, acompañado hasta palacio por la Guardia Presidencial, vestida con deslumbrantes uniformes y montando en negros y briosos caballos. Junto a mí se sentaba el introductor de embajadores, López Lago, que aparecía sumido en taciturno silencio y era el único español con el que había de encontrarme que se daba cuenta del sentido popular que posee la figura del hidalgo melancólico. Fui conducido a un gran salón en la planta baja de palacio, donde se hallaban, formando grupos, los miembros del Cuarto Militar del presidente y, destacándose al frente de ellos, un hombre de estatura mediana y porte elegante: Alcalá Zamora. Más bien delgado, sus cabellos y bigotes blancos acentuaban su tez morena, como de gitano, el color rosado de sus mejillas y el fulgor de sus ojos, que daban distinción a su rostro y delataban su ascendencia mora. Los ojos brillaban placenteramente y pude advertir que sonreía con facilidad.

Después de los breves discursos, el suyo y el mío, ambos subrayando los principios fundamentales de la democracia, estrechó calurosamente mi mano y, sonriendo, me invitó a sentarme en un canapé donde tuvimos una conversación, la cual, pese a ser muy corta, me impresionó por las sobresalientes cualidades humanas de aquel hombre. Me había preparado para que Alcalá Zamora me agradase, y nada de lo que vi modificó mi preconcebida impresión. Se había distinguido en el foro de Madrid y, como orador, por ser andaluz, tenía excesiva tendencia a realzar indebidamente el valor de la frase sonora.

Nacido en una pequeña ciudad de la provincia de Córdoba, se había trasladado a Madrid para participar en la vida política de la monarquía, y en más de una ocasión sirvió al rey como ministro. Poco antes del advenimiento de la República se convirtió en militante portavoz de la revuelta republicana. En los agitados días del ocaso de la dinastía figuró como atracción estelar en las manifestaciones revolucionarias, y cuando fracasó el levantamiento de diciembre de 1930 fue llevado a la cárcel. Allí, él y sus colegas recibieron multitud de adhesiones y, literalmente, salió de la prisión para ocupar la presidencia provisional de la República, proclamada desde el balcón central del Ministerio de la Gobernación, situado en la Puerta del Sol, donde los patriotas españoles fueron acribillados por las tropas de Napoleón.

Su repentina conversión al republicanismo despertó cierta suspicacia en cuanto a la profundidad de sus convicciones. Hubo celos entre los jefes republicanos, que habían sostenido los más duros embates de la batalla durante largos y difíciles años, aunque, igualmente, suscitaba el odio de los monárquicos, que nunca le perdonarían lo que describieron como la «ingratitude» y «deslealtad» de Alcalá Zamora. Antes de que transcurriesen diez días de mi estancia en Madrid, escuché de ambos lados cosas desfavorables referentes a él. «La rata blanca», exclamaba el duque de Alba cuando

su nombre era mencionado en la conversación.

Delgado y de mediana estatura, no aparentaba ser un orador revolucionario capaz de dominar a una tumultuosa muchedumbre. Cuidaba meticulosamente la composición de sus discursos a fin de imprimirles calidad literaria. Sentía el amor del andaluz por las palabras y el sentido de la frase propio del artista. Su voz, si bien agradable, carecía de acentos dantonianos y, sin embargo, había sido capaz de conmover a grandes auditorios transmitiendo a la multitud sus propias emociones.

En los comienzos de su gestión presidencial interina apuntaron ya algunas de las futuras complicaciones. Su credo revolucionario tenía limitaciones concretas. Más que ningún otro de los jefes de la revolución, él era un católico ferviente, y apenas comenzada su actuación de gobernante se vio en apuros por la adopción de medidas que afectaban a la religión, favorecidas por la mayoría de las Cortes Constituyentes, con lo cual se agudizaron sus desdichas. Al sucumbir la monarquía, el cardenal Segura, arzobispo de Toledo, rindió flaco servicio a la Iglesia con la violencia de sus ataques a la República. Salvador de Madariaga cree que de haber sido la conducta de este tan moderada como lo fue la del cardenal Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona, el enconado resentimiento suscitado por el cardenal de Toledo no habría dominado las Cortes Constituyentes como lo hizo. En efecto, no solo separaron a la Iglesia del Estado, sino que disgustaron a los católicos de todo el mundo al prohibir a las órdenes religiosas practicar la enseñanza. Cuando pregunté por qué se hizo tal cosa, se me recordaron los ataques fanáticos del cardenal Segura contra la República y me preguntaron si acaso dudaba de que las órdenes religiosas habrían inculcado en las mentes de los niños el odio a la República. Finalmente, en una tentativa para contener la marea, Alcalá Zamora presentó la dimisión. Azaña intervino ante aquella disensión con un vigoroso discurso y fue elegido su sucesor. Las Cortes prosiguieron su trabajo e incluyeron en la Constitución las disposiciones que provocaron la dimisión de aquel hombre atormentado.

Y después fue elegido presidente de la República.

En el conflicto entre los escrúpulos y la ambición, cedió a esta y finalmente Alcalá Zamora aceptó prestar el solemne juramento que lo obligaba a cumplir leyes que pugnaban con su naturaleza. Entre tanto, su dimisión de la presidencia provisional lo había hecho objeto de sospecha.

Muy pronto, también, perdería la simpatía de la mayor parte de los jefes políticos, tanto de la derecha como de la izquierda. Abogado erudito, con pasión por las polémicas, hábil, incluso brillante, y convencido de su superioridad intelectual, tenía su buena dosis de vanidad. Pronto se le vio intentando sortear las limitaciones constitucionales que le imponía su cargo. Cada vez con más insistencia molestaba a sus ministros con intromisiones en sus programas. La extensión de sus discursos ante el Consejo de Ministros, intentando desviar al Gabinete de sus propósitos, llegó a ser objeto de chismografía en los cafés. Y menos que por el contenido de los mismos, los burlones sonreían ante la duración de las reprimendas y la disposición a tratar a los ministros como a niños de escuela a quienes era necesario instruir.

En aquel tiempo, además, sus maneras no eran precisamente conciliatorias. Su sonrisa condescendiente no le granjeó el aprecio de sus colaboradores. Cuando llegué a Madrid, quedé asombrado ante lo absurdo de las numerosas historias que — divulgadas por quienes no le querían bien— circulaban sobre él. Sus críticos por lo

general admitían que era un hombre decente y honesto. Se distinguía por una excepcional capacidad como gobernante y una memoria verdaderamente maravillosa. Era tan metódico, que estudiaba hasta los decretos rutinarios de sus ministros, y en semejante concentración sobre los detalles perdió la visión de perspectiva.

A pesar de que tenía oficinas en la planta baja de palacio, declinó vivir allí y continuó residiendo en su propia casa, por cierto, muy cerca de la mía. Su domicilio se diferenciaba de la vivienda privada de cualquier otro ciudadano solamente por la presencia de centinelas en la puerta. Sus amigos atribuían esta actitud a su innata sencillez; sus enemigos, entre ellos los monárquicos, aseguraban al extranjero que era porque le avergonzaba ir a vivir a la casa del rey, a quien había servido y contra quien se había rebelado. La campaña de rumores en su contra se fue extendiendo hasta que pareció quedarse completamente solo.

2

Ya antes de presentar mis cartas credenciales se preveía una crisis ministerial. Los políticos catalanes presentaban demandas. La ley que prohibía enseñar a las órdenes religiosas se hallaba en manos de Alcalá Zamora, cuyo espíritu se retorció de angustia. Un día corrió el rumor de que el Papa había excomulgado a todos los ministros del Gobierno y, pese a tratarse de un *canard*, aquello sirvió para atizar el fuego. El corresponsal de la Associated Press, Rex Smith, había preparado para nosotros una comida a la que asistiría Fernando de los Ríos, ministro de Justicia, que había vacilado a la hora de fijar una fecha, pretextando que quizá muy pronto él podría ser simplemente «el señor De los Ríos». En definitiva, se convino en celebrar aquel encuentro en Alcalá de Henares, y antes nos reuniríamos en la embajada. Me encontraba conversando con Smith, cuando tuve que atender una llamada telefónica.

—Creo que le interesará saber —me dijo Jay Allen, corresponsal del *Chicago Tribune*— que el Gobierno en pleno ha dimitido.

Smith se marchó hacia otra habitación para transmitir la noticia a su oficina y, en su ausencia, un hombre de negras barbas y agudos y risueños ojos entró en la embajada. Era el ministro. Venía directamente del Consejo de Ministros y me informó de lo sucedido. Se había presentado el nombramiento para cubrir la vacante creada por la muerte del titular de Hacienda, junto con la designación de un ministro para un nuevo departamento. Alcalá Zamora aceptó el propuesto por Azaña para la cartera de Hacienda, pero insistió en que él mismo designaría al ministro para el nuevo departamento. Azaña no interpretó erróneamente el significado de esta insólita exigencia.

—Esto implica —dijo fríamente— que usted retira su confianza.

—Si lo interpreta en esa forma, sí —respondió el presidente.

Al instante, Azaña presentó la dimisión del Gobierno.

En aquel momento se interpretó que la acción de Alcalá Zamora estaba motivada por su enconado resentimiento contra la aprobación de la ley que prohibía a las órdenes religiosas la práctica de la enseñanza. El presidente había sido salvajemente

censurado por algunos miembros del clero, que lo tildaron de renegado de la Iglesia, institución hacia la que, en verdad, sentía casi fanática devoción. No cabe duda de que se hallaba alterado. Se rumoreaba que sufría un complejo de manía persecutoria, y en algunos círculos era habitual dudar de su estado de salud mental. Nunca di crédito a estas maliciosas murmuraciones, aunque algunos de mis colegas sí lo hicieron. Un día, me encontraba en una exposición de arte en la Casa de Velázquez, cuando el embajador de una República de Sudamérica que —paradójicamente— no podía soportar las repúblicas, me dijo al oído:

—¿No es terrible lo del presidente?

—¿Qué sucede con el presidente? —pregunté, echando una mirada en dirección a Alcalá Zamora, que a unos pasos de nosotros discutía sobre una pintura con el embajador francés.

—Ciertamente —continuó—, anteanoche se encontraba en tal estado de histerismo que se metió bajo la cama diciendo que trataban de matarlo.

Esa fue su desconcertante contestación. Allí de pie estaba el presidente, tranquilo, sereno, sonriendo, conversando animadamente con el embajador de Francia. Era absurdo. Alcalá Zamora gozaba de perfecta salud mental, no había duda de ello. Pero su espíritu sufría la tortura de saber que algunos de sus correligionarios, aquellos que profesaban su misma fe, lo miraban como a un apóstata. Los chismosos de Madrid decían que, tras acudir a su confesor en busca de consejo, le habían sugerido consultar a determinada autoridad eclesiástica de prominente jerarquía, que le habría aconsejado firmar la ley de Confesiones y Congregaciones y después dimitir. Alcalá Zamora, efectivamente, firmó la ley, pero no dimitió; es muy probable que esta historia fuese simplemente un bulo.

Pero él odiaba a Azaña, de ello no hay duda. Su vanidad había sido herida por una personalidad más imponente y un intelecto más grande que le hacían sombra.

En el período de consultas abierto por la dimisión de Azaña, el presidente encargó formar Gobierno al socialista Prieto, notable orador, que, no obstante, chocó contra la obstinación del presidente de incluir en el Gabinete a un miembro de la oposición, del partido de Lerroux. Cuando Prieto declinó el encargo de Alcalá Zamora, Lerroux esperaba ser llamado a palacio. De habersele encomendado finalmente la constitución del Ejecutivo, no habría subsistido el voto de confianza de las Cortes, y ello habría implicado la celebración de elecciones, cosa que el presidente deseaba evitar. Aquel día, Lerroux se retiró pronto a casa con el fin de acumular energías para la jornada siguiente; pero a media noche el convocado a palacio fue Azaña. Con algunas modificaciones, formó un nuevo Gobierno, que tenía idéntico color político que el anterior. El mismo día que se hizo pública la constitución de dicho Gabinete, Fernando de los Ríos me llamó en su recién adquirida condición de ministro de Estado.

Hice mi primera visita a las Cortes para oír la declaración ministerial de Azaña y presenciar el debate sobre el voto de censura presentado por Lerroux. Los diputados de España legislan en una hermosa cámara que es un poco más pequeña que la que

acoge el Senado de los Estados Unidos. Los asientos de los parlamentarios, de cara a la mesa presidencial, forman una media luna y cada fila se halla un poco más alta que la inmediata anterior. A un lado, cerca de la tribuna, está el banco azul de los ministros. Detrás de la mesa del presidente de las Cortes se dispone una hornacina cerrada por una cortina, donde antes estaba el trono.

Ante una pequeña mesa situada delante de la tribuna se sentaban los taquígrafos oficiales. Adornaban los muros lápidas de mármol con inscripciones de los nombres de antiguas personalidades políticas que, en su mayoría, habían sufrido muerte violenta: Cánovas, Prim, Sagasta, junto a los de Galán y García Hernández, los dos jóvenes oficiales ejecutados después del fracaso de la sublevación de Jaca, cuatro meses antes de la caída del trono. La cámara estaba iluminada desde el techo, decorado con pinturas históricas. Frente a la mesa se hallaba la tribuna de la presidencia, que tan solo vi usar en una ocasión. La destinada a la prensa, constantemente abarrotada, era de tamaño reducido; la diplomática, aún más pequeña, poseía una especie de antepalco; finalmente, la tribuna pública estaba siempre llena por completo.

Las sesiones comenzaban generalmente a las cuatro de la tarde, y en aquella hora la policía, montada y a pie, patrullaba por la calle. Los diputados acudían puntuales, pero se entretenían en los pasillos y a menudo las galerías se llenaban una hora antes de que uno solo de ellos apareciera en la cámara. Finalmente, con la entrada del presidente, sonaban los timbres y los diputados penetraban en la sala de forma atropellada, charlando y riendo, como escolares después del recreo. Sin embargo, una vez en sus escaños, escuchaban con atención los discursos. De vez en cuando, especialmente antes de la sublevación de los generales y de la invasión de las fuerzas armadas del Eje, hubo muchas escenas tormentosas. En tales ocasiones, el presidente agitaba con fuerza la campanilla y gritaba por medio de un altavoz; por regla general, produciendo un atronador pero inútil ruido.

4

Azaña estaba hablando cuando llegué a la tribuna de diplomáticos. Detrás de él se sentaban los socialistas y los miembros de su pequeño partido. La oposición, dirigida por Lerroux, se situaba en frente, de cara al banco azul. Aquella fue mi primera visión de Azaña, y al primer golpe de vista fue evidente para mí que había sido tosca y maliciosamente interpretado por los caricaturistas. Hablaba en forma de conversación, con fluencia y pocos ademanes. A veces extendía los dedos y descansaba la mano sobre el corazón. Jean Herbet, el embajador francés, sentado a mi lado, comentaba con admiración su castellano perfecto. «Nadie habla con tanta pureza», dijo; después, tendría ocasión de comprobar que esa era la opinión tanto de los amigos como de los enemigos. Fue vehementemente aplaudido.

Acto seguido se produjo agitación en la cámara, al levantarse Lerroux para hablar. También era mi primera visión de esta pintoresca y vívida figura. Después de setenta años de agitada vida y unos rudos comienzos, se mantenía firme como un poste. De estatura regular, vigoroso y calvo, se parecía a Azaña en estos rasgos, pero la semejanza terminaba ahí. Carecía de la facultad de economizar palabras que

caracterizaba a Azaña, de su aversión a la redundancia, de su dicción precisa, de su ceñido razonamiento. Lerroux tenía fluencia, su voz era agradable, pero los trucos retóricos del orador de mitin eran demasiado evidentes, aunque, para ser justos con él, no los manifestó.

La carga de su ataque era menos contra Azaña que contra los socialistas, a quienes combatió fiera y desatadamente, provocando la exteriorización de acres protestas desde sus bancos, hasta que Julián Besteiro, el erudito presidente, tuvo que recurrir a la campanilla. Cuando Lerroux acusaba falsamente a los socialistas de fomentar disturbios, un tísico endeble se levantó del banco azul y dijo con tono sereno: «Eso es mentira». Entonces, se desencadenó la tormenta. La campanilla no se podía oír ante los clamores de los correligionarios de Lerroux, que alegaban que su jefe había sido insultado; pero el viejo político, cínico y cargado de experiencia, y probablemente comprendiendo que se había excedido en su imaginación, impermeable al insulto, les impuso silencio con un ademán.

Se verificó la votación y Azaña obtuvo el voto de confianza.

Aún gobernaría dos meses más. Había sido jefe del Ejecutivo desde la instauración de la República, pero la acumulación de motivos de descontento y las decepciones tras una prolongada permanencia en el poder comenzaban a manifestarse contra él, y la oposición se quejaba de que, según la naturaleza de la Constitución, las Cortes Constituyentes tendrían que haber sido disueltas y convocadas nuevas elecciones. El Gobierno, por su parte, sostenía que hasta que se aprobaran las leyes que desarrollasen los principios fundamentales de la Constitución, el trabajo de las Cortes no estaba terminado.

Entre tanto, un hombre joven llamado Gil Robles recorría el país organizando la oposición y preparando incongruentes combinaciones con vistas a la consulta electoral.

5

Manuel Azaña permanecía la mayor parte de su tiempo en el palacio de Buenavista, pero recibía a sus ministros y a los diplomáticos en la sede de la presidencia, situada en el Paseo de la Castellana, en una gran mansión de ladrillo con adornos de piedra que en otro tiempo había sido el palacio de una de las infantas. Le encontré de pie en el centro de su despacho particular: un hombre de mediana estatura, robusto, que vestía traje gris azulado. Era la primera vez que veía de cerca al político que en aquellos días el *Times* de Londres y *The New York Times* presentaban como «el hombre fuerte de España», y sin excepción alguna esta opinión era aceptada por todos los miembros del cuerpo diplomático, incluido Raffaele Guariglia, embajador de Italia. No obstante, Guariglia, hombre pequeño, de buen parecer y suaves maneras, me dejó lleno de asombro cuando me dijo: «Azaña es el hombre más capaz, pero no hay bastantes como él, y, bajo un régimen democrático, no puede hacer nada. El mundo está gravemente enfermo y será necesaria una gran operación».

La personalidad de Azaña dominaba el salón. Me transmitió la impresión no tanto de simpatía como de poder intelectual. Nada había en su apariencia que justificara la crueldad de las caricaturas que daban a su rostro un aspecto grosero, que en

absoluto poseía. Los labios sensuales existían solamente en la maliciosa visión del artista, pues, aunque llenos, eran firmes, y su boca denotaba carácter y energía. Su tez, descrita por sus detractores como si fuera de barro húmedo, no era ciertamente florida, y a la luz artificial de la estancia adquiriría una apariencia excepcionalmente pálida. Su cabeza, calva en la parte superior, aparecía poblada de abundante cabello gris acerado. Su voz era agradable, segura, sincera, masculina. Su genio se revelaba cuando, en el transcurso de su parlamento, el rostro se iluminaba de manera sorprendente. Sus ojos eran agudos, expresivos, cambiantes según el estado de ánimo del momento. Sus ademanes eran serenos y, sin embargo, pese a estar siempre tan ocupado, al parecer no perdía detalle de nada.

—Sin duda le agrada España, a juzgar por la cantidad de viajes que ha hecho usted —me dijo.

Yo había recorrido el país calladamente, de modo extraoficial, sin apelar a funcionarios, manteniéndome fuera del alcance de la prensa, pero él era conocedor de todos los lugares por donde había estado. Cuando le pregunté cómo se las arreglaba para atender la multitud de sus obligaciones, me contestó con una sonrisa oblicua: «Trabajando todo el tiempo».

Es imposible comprender la situación de España bajo la República sin analizar la figura de Azaña, quien, dígame lo que se diga, fue el baluarte indiscutible de la República antes de la guerra. Fue odiado —aunque no despreciado— por los beneficiarios de los privilegios feudales, porque en él reconocían el gran obstáculo para el restablecimiento del antiguo régimen. La aversión que sentían contra él era extraordinaria, y, no obstante, ningún hombre en la vida pública de España fue menos demagogo y menos dado a la vituperación. El odio de que era objeto resultaba, en realidad, un tributo a su intelecto.

Nacido en Alcalá de Henares, la pequeña y encantadora ciudad cuna de Cervantes, tenía cincuenta y tres años cuando yo llegué a España. Su familia pertenecía a la clase media. De joven tuvo por maestros a los frailes del Colegio de Agustinos de María Cristina, en El Escorial. La vida allí dejó en él una impresión indeleble, que más tarde revivió en su hermosa composición autobiográfica, la novela *El jardín de los frailes*.

Al salir del colegio, se trasladó a Madrid para atender las lecciones de Francisco Giner de los Ríos, uno de los pensadores y reformadores más notables que haya dado la cultura española; liberal y humanista, abanderado de la democracia y la libertad, un valeroso cruzado en favor de la educación popular, bajo la elocuencia de esta alma singular, Azaña seguramente se saturó de la filosofía política que había de dar forma a su carrera.

Francisco Giner fue el maestro e inspirador de los españoles más selectos de su época, entre ellos Antonio Machado, el gran poeta, quien ante la muerte de su maestro escribió:

... Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.

Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Así, también, soñaba Azaña.

Después de haber obtenido el doctorado en Leyes, encontró un empleo en las oficinas de la Dirección General de Archivos, y parecía que iba a quedar enterrado indefinidamente detrás de una mesa de despacho en el Ministerio de Justicia. No tenía entonces amigos poderosos, pero como disponía de tiempo se dedicó asiduamente al estudio. Leía y escribía. A los veinticuatro años se trasladó a París, donde permaneció un año escribiendo penetrantes artículos para *La Correspondencia de España*, de Madrid, oculto tras el seudónimo de Martín Pinel. Miembro del Ateneo de Madrid, famoso centro de intelectuales y liberales durante un siglo, sentó su reputación como hombre de letras y orador con una serie de conferencias que pronunció en defensa de la memoria de Segismundo Moret. Conquistó celebridad en un círculo que, aunque limitado, gozaba en el país de la máxima distinción. En una sociedad compuesta de españoles de fama internacional, Unamuno entre ellos, estaba preparado para destacar. Pero el hecho de habersele concedido un puesto entre la aristocracia del intelecto y del espíritu no le daba prestigio entre los políticos, ni entre los cortesanos.

Después, en 1914, llegó el Apocalipsis. Cuando la mayor parte de la nobleza española se alineó en favor de las potencias centrales, y Juan March echaba los cimientos de su fortuna, que habría de jugar más tarde carta tan poderosa contra la República, el joven Azaña, demócrata de pies a cabeza, se puso del lado de los aliados. Fue uno de los fundadores del pequeño grupo de liberales y demócratas que organizaron manifestaciones en pro de los aliados, que culminaron en una gran concentración en la plaza de toros de Madrid, donde Azaña tomó parte y con su elocuencia acrecentó su reputación. Consagrado a la causa de las democracias aliadas, visitó los frentes de Francia y de Italia y publicó en *El Liberal* informaciones de cuanto vio. Al final de la guerra volvió a París, donde, tras otro año de estudio y observación, escribió sus *Estudios de política francesa contemporánea*, cuyo primer volumen apareció bajo el título de *Política militar*.

De vuelta a Madrid, junto con Rivas Cherif fundó la revista literaria mensual *La Pluma*, abandonada a los dos años, al asumir Azaña el cargo de director de un semanario de opinión, *España*. Este sucumbió inevitablemente bajo el mandato de Primo de Rivera, en 1925, aunque Azaña escribió poco sobre política. Durante estos primeros años de posguerra parecía destinado a una carrera puramente literaria. Fue en el curso de este fecundo período cuando escribió *El jardín de los frailes*, y su brillante biografía de Juan Valera, el novelista y diplomático español, con la que ganó el primer premio nacional de literatura, y un drama titulado *La Corona*. Hizo traducciones de *La Biblia en España*, de George Borrow; de la novela de Próspero Mérimée *El coche de Su Santidad*, y de *El Orbe y la Cruz*, de Gilbert Chesterton.

Mientras tanto, demócrata y liberal por instinto, el discípulo de Giner de los Ríos fue inclinándose hacia la actividad política como el único medio de conseguir las reformas sociales y políticas que creía necesarias para convertir a España en un Estado europeo moderno. Era más un reformador que un revolucionario, y esperaba que la monarquía se transformara dentro del marco de la ley. A los veintiséis años se afilió al partido de Melquiades Álvarez, que no aspiraba al derrocamiento, sino a la liberalización del régimen. Pronto se dio cuenta de que aquel partido era una mera protesta de salón a la que se escuchaba con un tolerante bostezo. Solo entonces abandonó sus simpatías monárquicas y, con un pequeño grupo de amigos, fundó Acción Republicana, un partido que llamó poco la atención.

Al caer la monarquía, fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes, y la República encontró en él un estadista. Como ministro de la Guerra emprendió enérgicas reformas. Centenares de ociosos oficiales del Ejército, meros adornos de salón, fueron retirados, aunque continuaron cobrando sus pensiones, a pesar de ser todos ellos enemigos de la República. La proporción de oficiales y clases en el Ejército español había sido extraordinaria. Pronto fue nombrado jefe del Gobierno, y desde el primer momento se desenvolvió en su nuevo cargo con la competencia y seguridad de un veterano parlamentario.

Ardiente demócrata, se inclinaba por las reformas económicas y sociales. Gobernó sirviéndose de sus extraordinarias cualidades intelectuales, como estadista más que como político.

Frío, un poco retraído, demasiado orgulloso para inclinarse ante los mezquinos trucos de la demagogia, su personalidad no era la de un líder de masas. Sus esquemas mentales eran los de los lógicos franceses. Incapaz de abandonarse a la embriaguez emocional del carácter español, era, no obstante, todo un español. A pesar de estas desventajas, se le concedió el liderazgo y, aunque solo contaba con un partido pequeño, se convirtió en auténtico líder entre los jefes de las formaciones republicanas.

Salvador de Madariaga, que lo conocía bien, lo ha presentado como «un intelectual altivo y un tanto recluso, de gustos delicados en materias éticas y estéticas», como «un hombre de gran distinción intelectual, elevación moral y orgullo, con cierto aspecto femenino en su carácter al que se debía su excesiva sensibilidad». (*España*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1942).

Apasionadamente inclinado a las reformas, algunos pensaban que tenía cualidades de dictador. Uno de sus amigos me sorprendió por su insistencia en subrayar el parecido de Azaña con Robespierre «en algunos aspectos» y su condición de «jacobino típico». El comentario requiere una matización. Azaña era un jacobino de los años 1789-1791, pero no del período posterior de la demagogia y el extremismo de Robespierre y Marat. Pudo asemejarse a Robespierre por la intensidad de su adhesión a su propia ideología, pero el fanatismo que precipitó el reinado del Terror era ajeno a su naturaleza. En verdad, fue su tolerancia hacia sus enemigos lo que habría de contribuir a su ruina. Entre los revolucionarios franceses, Azaña se parece más a Vergniaud que a Robespierre.

Sus peores enemigos reconocen la superioridad de su oratoria. La pureza de su

español, la elegancia de su dicción, lo melodioso de su fraseología, el poder irresistible de su razonamiento, su capacidad de concisión y la profundidad de su pensamiento hicieron de sus principales discursos acontecimientos nacionales. Álvarez del Vayo, uno de sus más severos críticos, ha dicho recientemente (1950) que «como orador y conferenciante no tuvo igual»; «escogía cada palabra con tal precisión que nadie podría hallar otra más exactamente adecuada a la idea que había de expresar»; «sus discursos han llegado a ser el modelo para el nuevo estilo de hablar, libre del artificio y el barroco de la mayor parte de la oratoria contemporánea española y latinoamericana. Su oratoria era dirigida exclusivamente al intelecto». Este crítico concluye que «con una habilidad que penetra hasta el fondo —el pasado, el presente y el futuro de su pueblo—, Azaña da la medida exacta de su temperamento analítico y su incapacidad para el entusiasmo» (*El último optimista*). Lo cual simplemente significa que sus grandes discursos fueron más analíticos que emocionales.

Ante cualquier tormenta que bramara en contra, él se mantenía invariablemente sereno. Cuando el general Sanjurjo dirigió su insurrección en 1932, que resultó fácilmente dominada, Azaña permaneció en los balcones del palacio de Buenavista fumando serenamente un cigarrillo y presenciando la lucha y los tiroteos que tenían lugar en la calle; y cuando por unos días fue tomada Sevilla y se esperaba que el Gobierno de Madrid se hallara presa del pánico, se reunieron las Cortes, y Azaña presentó para su discusión una enmienda a la Ley Agraria. Era un buen psicólogo.

7

Fernando de los Ríos fue el primer ministro de Estado con el que traté. Después se convertiría en el diplomático más culto que España envió a Washington desde que estuviera allí Juan Valera. Poseía una completa formación cultural y un elevado sentido de servicio público en el ámbito de la política y la educación. Fue su tío, Francisco Giner de los Ríos, quien modeló su mente. Había sido profesor en la Universidad de Granada y después en la de Madrid, en la cual desempeñó el cargo de rector. Profundamente interesado en todo lo relacionado con la educación, orador y hombre de letras, en política era liberal por naturaleza. Se hizo socialista.

Entre tanto, se produjo la revuelta de diciembre de 1930, su fracaso y la detención de los principales personajes comprometidos. La experiencia de don Fernando durante la primera semana, a pesar de no ser generalmente conocida, recuerda a un episodio de una novela de Dumas. Se refugió en el domicilio de Pérez de Ayala, el novelista, pero su anfitrión era a la sazón republicano y su casa podía ser registrada por la policía. Los amigos de don Fernando se afanaron en encontrar para él un refugio. No lejos de Madrid, Juan Belmonte, el famoso y querido matador de toros, tenía una finca en la cual residía entonces. ¡Perfecto! Pero ¿cómo llevar allí al prófugo? Los soldados vigilaban y detenían todos los coches en las carreteras principales. Belmonte halló la manera.

Así, una mañana de intenso frío, el diestro fue con su coche a casa de Pérez de Ayala. Un hombre cubierto con una manta para protegerse contra el frío, embozado hasta los ojos para ocultar la barba, se acomodó en el asiento trasero y Belmonte se

colocó al volante. El vehículo puso rumbo acelerado hacia las afueras, pero apenas había salido de los suburbios de la capital cuando los soldados, alineados en la carretera, lo pararon. Se abrió la portezuela. El rostro de Belmonte, tan familiar, con su pronunciada mandíbula, reveló indignación. Los militares se echaron atrás, avergonzados por su equivocación y más confundidos que si hubieran detenido el coche del rey. Una excusa pronunciada entre tartamudeos y una sonrisa zanjaron el incidente. Prosiguieron la marcha, y así fue como el coche de Belmonte burló la vigilancia de los soldados de Alfonso XIII.

En la finca del matador, don Fernando estuvo a salvo durante una semana, transcurrida la cual regresó voluntariamente a Madrid, para unirse a sus compañeros de conspiración en las celdas carcelarias que sus admiradores llenaban de flores. Poco después, el rey marchaba, de noche, en dirección a Cartagena para emprender su viaje hacia el exilio, la multitud irrumpía con regocijo en las calles, se agolpaba en la Puerta del Sol y, desde el balcón central del Ministerio de la Gobernación, se proclamaba la República. Don Fernando tomó parte activa en el drama del día, ya que él y Lerroux fueron los primeros miembros del Gobierno provisional que llegaron al Ministerio y tomaron posesión de sus cargos. Como ministro de Justicia, redactó la declaración jurídica estatutaria del período provisional, así como otro documento, todavía inédito, estableciendo el acuerdo de los partidos políticos acerca de las medidas sociales y militares de esa etapa de transición. De vez en cuando, lo visitaba en su casa. Vivía modestamente en un piso cuyas habitaciones denotaban al hombre ilustre que las habitaba. Su esposa, mujer de gran cultura, efectuaba con regularidad excursiones al campo, donde ejercía de profesora voluntaria educando a los campesinos.

8

Al día siguiente de haber presentado mis cartas credenciales nos cambiamos al palacio del duque de Montellano, que yo había alquilado. Los terrenos ocupaban toda una manzana de casas. Los espaciosos jardines, mirando hacia la Castellana, estaban rodeados por una alta verja de hierro, y los árboles y arbustos se disponían de tal forma que uno podía pasear o estar sentado en el jardín sin ser visto desde la calle, y comer privadamente en la terraza. La reina Victoria amaba este jardín. El edificio había sido proyectado por un arquitecto francés. En un salón, especialmente diseñado para ello, colgaban cuatro famosas pinturas de Goya. El comedor, de mármol, con el techo decorado por un pintor italiano, era bello y distinguido. En cierta ocasión, en la etapa inicial de su exilio, el expresidente de México Porfirio Díaz se presentó en Madrid; el rey no pudo recibirlo en palacio por razones políticas, pero lo obsequió con una comida en su honor en los comedores del palacio de Montellano. En el salón rojo había cuatro grandes obras de Guardi, otra vez de moda tras un período en que la valoración del pintor había caído, y de las paredes del salón de baile, sin equivalente en ninguna otra embajada, colgaban el retrato de la duquesa de Arión, de Zuloaga, madre de la joven duquesa de Montellano, y el de la duquesa Dowager, de Boldini, en el que la retratada parecía un cristo femenino, pues fue pintado en una época en que las jóvenes procuraban tener tal apariencia.

Tanto el salón de baile, emplazado en un extremo de la casa, como el comedor, al otro lado, daban a una amplia terraza de mármol cuyas escaleras descendían hacia el jardín, con sus flores, su hermosa fuente, sus numerosos pinos, plátanos y castaños de Indias. Frente a la terraza había un encantador pabelloncito de piedra para tomar el té y jugar a las cartas. Uno de los proyectiles de Franco impactaría sobre este lugar durante la guerra. Ocultas de la terraza por arbustos y árboles había tres casas de piedra para la servidumbre, el garaje y las cocheras, y detrás de estas un establo de ladrillo para nueve caballos, con los nombres de los ponis de polo de Montellano pintados en los pesebres.

En aquel barrio tranquilo de la ciudad, durante el verano, uno podía sentarse bajo los árboles e imaginarse que se hallaba en el corazón de la campiña.

La atmósfera y algunos aspectos del urbanismo de Madrid me recordaban a Washington. Las calles con hileras de árboles, las plazas con sus monumentos, la ausencia de humo de fábricas, el aire fácil de la vida oficial..., todo me evocaba la capital norteamericana que conocí en la primera década del siglo.

Enamorado como estaba de Madrid en aquellos primeros días, ir a pasear por el campo, tan accesible, era un saludable alivio del fatigoso ceremonial de las visitas. ¡Había oído criticar tantas veces las «monótonas, grises llanuras de Castilla»...! Me fascinaron desde el principio, y mi afecto por aquellas tierras fue en constante aumento. Aquellas extensiones pardas, matizadas aquí y allá con el tono verde de los huertos de olivos, y todo ceñido por la cercanía de las montañas, envueltas en la luz azul y púrpura, nunca me resultarían monótonas. Y siempre parecen diferentes, por el efecto de los juegos de luz y sombra. Llegué a tomar cariño a estas llanuras, especialmente al atardecer, y desde ellas he presenciado las puestas de sol más encantadoras. Y sobre todo, continuamente, se cierne sobre el paisaje una paz perfecta. A corta distancia de Madrid se halla Toledo, donde imprimieron su huella cuatro civilizaciones; y El Escorial, por cuyos fríos y austeros corredores tanto fasto pasó; y el palacio de El Pardo, que era mi favorito; y la fascinante y deleitable ciudad de Alcalá de Henares, donde, durante siglos, príncipes y filósofos fueron discípulos de sabios famosos.

Aquel primer verano viajé por toda España, comparando lo que veía con lo que había oído previamente. En julio de 1931, tres meses después de la caída de la monarquía, mi esposa y mi hija recorrieron el país, sin encontrar otra cosa que cortesía y orden en todas partes. Pero otro mes de julio, dos años después, la murmuración de los salones se afanaba en divulgar historias acerca del estado de desorden rayano en la anarquía que se extendía por el país. Yo tomé la determinación de comprobarlo por mí mismo.

Vagando por una tierra mágica

En los primeros días de junio salimos por carretera en dirección a Gibraltar para reunirnos con Patricia. Así pudimos contemplar las llanuras de la Mancha y saludar los molinos de viento contra los cuales arremetiera don Quijote; penetramos en la deslumbrante opulencia de Andalucía, tan diferente de la austeridad de Castilla. En esta excursión de verano había de darme cuenta de que las carreteras españolas eran excelentes y los mejores hoteles, limpios y confortables. En gracia, en colorido, en la diversidad de su belleza, en la cortesía y cordialidad de sus gentes, en los lugares de significación histórica y en los tesoros artísticos de las iglesias, no conozco otro país de Europa de mayor encanto. El general Primo de Rivera tiene su monumento en las magníficas carreteras que construyó. El Fomento del Turismo había llevado a cabo una campaña entre los posaderos contra el uso de aceite, y especialmente del aceite rancio, al cocinar para los extranjeros. A fin de proporcionar alojamiento y comidas, en ausencia de ciudades con facilidades adecuadas, el Gobierno había construido paradores que cubrían esa necesidad. La mayor parte de estas pequeñas y encantadoras posadas en miniatura se encuentran en las afueras de los pueblos, están pintadas con alegres colores por el interior y por fuera, y en ellas se halla todo el razonable confort de los grandes hoteles. Nuestro primer contacto con uno de estos paradores fue en Manzanares, y el recuerdo de las veces que me detuve a comer allí en una atmósfera de hogar hospitalario perdurará en mi memoria.

A poco de salir de Manzanares estábamos en medio de la portentosa y fértil Andalucía. Huertos de olivos matizaban el paisaje. En los campos amarillos, labriegos trillando, batiendo el grano, semejantes a bíblicas figuras, o extrayéndolo con rastrillos conducidos por muchachas o mujeres, mientras sostenían las riendas del paciente caballo o de la mula. Ocasionalmente, podía verse maquinaria agrícola norteamericana, pero la cantidad permitida está limitada por la ley, por considerar que su uso general privaría a los campesinos de medios de vida. En otras tierras veíamos caballos amarrados a pértigas dando vueltas a la noria, sacando agua para el ganado. A lo largo de la carretera principal nos cruzamos con borricos montados por muchachas jóvenes y por ancianas, con los serones cargados de verduras. De vez en cuando tropezábamos con pequeñas caravanas de estos pacientes y amables sostenedores del pobre, a los que solamente se les veía la cabeza, pues iban cargando sobre sus lomos grandes haces de leña destinada a cocer el pan. Generalmente, siempre caminaba al lado de ellos un labriego de rostro curtido.

en el labriego». Pacientes, pintorescos, corteses, industriosos, se levantan con el alba para trabajar en grandes fincas hasta que se pone el sol por una mísera pitanza, viven pobremente en pueblos descoloridos, polvorientos, antiguos. Pocos de ellos poseen los aperos que emplean en su trabajo. En la mayor parte de las regiones, especialmente en el sur, es raro el campesino propietario de una mula o un arado. Sus medios de subsistencia dependen de la voluntad o el capricho de los terratenientes, dueños de grandes fincas de las que permanecen ausentes. Los tiempos patriarcales en los que los nobles pasaban parte de su vida en sus haciendas, preocupándose personalmente por sus labriegos, terminaron hace mucho. Ahora el hacendado vive lujosamente en Madrid, París o Londres, y deja sus propiedades y los seres humanos que dependen de ellas al gobierno de desconsiderados administradores cuyo único interés consiste en exhibir los estados de cuentas a su amo. La mujer campesina contribuye con su esfuerzo a la lucha por la existencia, sembrando, labrando, amontonando paja, ayudando en la recolección y la trilla. Jamás he pasado por esas tierras sin encontrar grupos de campesinas inclinadas sobre las márgenes de los arroyos lavando ropa, para lo cual usan piedras a modo de tablas de lavadero. Las prendas colgadas en las cercanías, sobre arbustos, para secarse al sol, eran siempre blancas como la nieve.

Observando a un anciano labriego que avanzaba trabajosamente a lo largo del camino con la cabeza gacha, lo llamamos para pedirle que nos orientara. Bronceado por el sol, con la piel arrugada de tanto exponerse a la intemperie, el viejo se acercó a nosotros y, con gesto de cortesía, se descubrió. Le miramos a los ojos y nos dimos cuenta de que, al descubrirse, lo hacía no como admisión de inferioridad, sino como corresponde a un caballero ante otro caballero. Tal vez es analfabeto, pero sus ojos denotan inteligencia y carácter. Nos orienta con precisión y hay en sus modales innata dignidad. El labriego español es, por instinto, un caballero. Si se le ha negado una elemental instrucción, esa es su tragedia, pero no tiene la culpa de ello; es capaz de suplir la instrucción con los buenos modales. En una ocasión en que un gitano ebrio, en un café andaluz, profirió ultrajes injustificados contra un extranjero, una joven campesina que servía a la mesa intentó arreglar la incómoda situación: «No debe hacerle caso —dijo—; no tiene instrucción». Y ella tampoco sabía leer ni escribir.

3

Nos dirigimos a la antigua capital árabe, Córdoba, donde llegamos al atardecer. El aire estaba densamente cargado de la fragancia de las flores y las calles hervían llenas de niños alborotadores. Una docena de rapazuelos traviosos y sonrientes trataron de saltar sobre el coche en marcha, deseosos de guiarnos hasta el hotel Regina. Pepe, el conductor, de mal talante, trató de ahuyentarlos, pero aquello era tanto como pretender argumentar con un enjambre de abejas. Los verdaderos amos de España son los niños, y gobiernan con gracia.

Aparte de la mezquita, quedan pocos monumentos de los tiempos de la ocupación árabe. Sin confundirse con la catedral, construida literalmente dentro de los muros del antiguo templo de Mahoma, el Gobierno ha ido restaurando y conservando las

huellas del arte árabe. Pero en Córdoba iba a resultarme fácil reconstruir la atmósfera de época árabe en el palacio del marqués de Viana, antiguo caballero del rey, con sus numerosos patios adornados de fuentes y cipreses, con sus naranjos arrimados a los muros a fin de hacer la vida más soportable durante el verano andaluz.

El recorrido por carretera hasta Sevilla siempre me proporcionó gran placer, pero nunca tanto, estoy seguro de ello, como cuando lo hice por vez primera. Sobre los campos ardientes de sol se veían numerosos y grandes rebaños de ovejas, cuidados por apacibles pastores a los que ayudaban perros guardianes que Landseer habría amado. En nuestro camino se cruzaban reatas de indiferentes borricos. Una encantadora campesina, montada en uno de ellos, nos sonrió, y su compañera, una anciana de rostro coriáceo arrugado por el tiempo, nos obsequió con otra sonrisa. «Buenos días», dijo, como gorjeando, la joven. «Vayan con Dios», murmuró la anciana.

Una comida a toda prisa en Sevilla, y la entrada de la tarde nos encontraba en Jerez de la Frontera, «la tierra del jerez», donde tantos turistas, andando de bodega en bodega, probando marcas de vino, han terminado un poco achispados. La vida de esta pequeña y orgullosa ciudad gira en torno a las casas vinateras. Aquí nació Primo de Rivera, y en la plaza principal se le ve en su monumento, vigilando la ciudad, montado en un encabritado caballo, pues allí la gente es partidaria del antiguo régimen.

Al atardecer, nos pusimos en marcha hacia Algeciras por la serpenteante carretera de la montaña, y a ratos bordeando el mar azul, siempre maravillados ante la belleza del panorama.

4

En la carretera principal entre Sevilla y Algeciras uno advierte la visión de la blanca y resplandeciente ciudad de Cádiz, a la orilla del mar. Su avenida de palmeras frente al Mediterráneo proclama los trópicos. Sus calles son estrechas y limpias. Nos detuvimos lo suficiente para visitar la capilla de los Capuchinos y ver el famoso cuadro de San Francisco, con su expresión de éxtasis, obra de Murillo, y otro de los lienzos de este famoso artista, el que estaba pintando desde una escalera cuando sufrió su fatal accidente.

Conscientes de que la inmunidad diplomática impone una obligación especial, parábamos el coche para dejar paso a las ovejas y otros animales, gallinas huidizas y perros, y aminorábamos la marcha para no descomponer la dignidad de un arrogante pato contoneándose en medio de la carretera. Los españoles iban a constituir un gran problema debido a esa pasión que tienen por sentir tan cerca el aire de un coche a gran velocidad. «¿Vio usted a ese individuo que literalmente hemos rozado?», me preguntó un acompañante que conocía bien su España. «Ese — explicó mi amigo — es el complejo del matador de toros. Les gusta que el matador se arrime al toro, y la mitad de la gente desea ser torero».

El sol ya se ponía cuando llegábamos a Sevilla. En la parte antigua de la ciudad y en un laberinto de calles estrechas encontramos el hotel Madrid, en otro tiempo palacio de un hidalgo. Llegué a tomar cariño a este hotel, con preferencia sobre ningún otro de España. Las paredes, con sus típicos colores azul, rojo y amarillo, estaban adornadas con muchas pinturas, y en el patio había naranjos y palmeras, y fuentes que arrullaban nuestro sueño por la noche. Se desayunaba frente a una puerta vidriera bañada por el sol, y el aire nos traía la fragancia del azahar de los naranjos que crecían junto a los muros.

No se puede describir Sevilla. Se la siente. Más que París es «la ciudad mujer con rosas en los cabellos». Es la ciudad de Carmen, de los toreros, de las calles estrechas, de las ventanas con celosías y de los balcones donde se asoma lo novelesco; la ciudad de la música de guitarra, del cante flamenco, de la alegría y la danza, de las mesas de café en las aceras.

Advertí que los andaluces difieren de los castellanos como los bávaros difieren de los prusianos. Viven despreocupadamente, dormitando al sol. Son los gascones de la Península: expansivos, chispeantes, dados a la jactancia, más dulces y más flexibles que los castellanos. Sufrí una decepción al comprobar que allí no había cafés donde uno pudiera ver danzas gitanas. «¿Por qué no es posible?», pregunté a un español. Me contestó que no harían negocio, ya que los hombres no llevarían allí a sus mujeres. «Pero no —se apresuró a explicar mi informante— porque no tengan confianza en ellas; es de sus amigos de los que no se fían».

El alcázar, palacio de los reyes árabes y sus sucesores, como soñando en medio de sus incomparables jardines, con su laberinto de senderos de boj, sus naranjos, palmeras, pimenteros, cipreses, parecía triste aquel verano, retirados sus tapices. En cambio, me pareció impresionante un pequeño salón donde colgaban unas fotografías de las hijas del rey Alfonso que no habían sido tocadas por la República.

Pero es la soberbia catedral la que domina la ciudad, siempre hermosa, siempre cambiante con sus luces y sombras, siempre la misma. Dignidad, grandeza, leyenda, tragedia e historia están aprisionadas en aquella maciza montaña de piedra. Unas lindas muchachas corrieron a nuestro lado cuando entrábamos, fueron directamente ante un altar y se arrodillaron: estaba consagrado al santo que hace volver a los amantes descarriados. En la puerta se apiñaban mendigos, y sus plañideras súplicas se mezclaban con el canto de los sacerdotes dentro de la iglesia.

Cuando desde allí nos internamos en la provincia de Badajoz, sentimos la emoción de una extraña, triste belleza, al contemplar desde la serpenteante carretera entre montañas las vívidas perspectivas que se extendían ante nuestros ojos. No era fácil asociar tanta belleza con tanta miseria humana, pues en esta provincia de vastas haciendas, la pobreza del campesino mal pagado era lastimosa. Las fincas estaban cercadas por vallas de piedra y cactus. Al mediodía atravesamos el viejo puente romano de la ciudad de Mérida, cuyo antiguo anfiteatro todavía se usa a veces para

representaciones de tragedias griegas. Comimos allí en un placentero parador, y aquella tarde penetramos en el corazón de la Edad Media.

Nunca olvidaré la visita de aquella tarde al antiguo monasterio de Guadalupe. En muchos campos vimos hombres, mujeres, caballos y mulas afanados en la trilla. Por la carretera cruzaban a veces, contoneándose señorialmente, pollos y gallinas que nos obligaban a parar el coche. Campesinos montados sobre mulas y muchachas de ojos negros cabalgando sobre borricos desfilaban por el camino, de regreso de sus faenas. El paisaje era apacible, y aquellas escenas apenas parecían pertenecer al mundo moderno, quizá debido a la magia de la tarde. Por fin llegamos a la antigua y decrépita aldea que se extiende alrededor del monasterio, construido en el siglo XIV, donde íbamos a descansar aquella noche.

Hace siglos, este monasterio situado entre montañas, apartado de los caminos transitados, daba refugio al viajero, y aquella costumbre se ha conservado, ahora con mayor confort. Una anciana cuidó del traslado de nuestro equipaje y lo llevó al salón de recepción, donde nos recibió el director general, el padre Julio Florza, joven a pesar de su cabeza calva. Se movía de aquí para allá con buen humor. Nos acompañaron al viejo claustro, restaurado poco antes para solaz de los viajeros. Subimos al segundo piso y caminamos a lo largo de una amplia galería de piedra que daba al patio, hasta un enorme y altísimo cuarto con tres camas, sencillo como la celda de un monje. Estaba arreglado de tal forma que, con la ayuda de una cortina, cada lecho quedaba aislado. A través de una puerta vidriera que se hallaba abierta se veía una parte del triste pueblo y las montañas cercanas.

Aquella noche nos sentamos a la mesa con el padre Florza. Nos fue servida una cena sencilla y saludable. Luego salimos a pasear por las calles del pueblo, bajo la luz crepuscular. Unos viejos charlaban, sentados frente a una taberna. Por lo demás, la villa era como una población muerta. Súbitamente, desde una callejuela tortuosa desembocó ante nosotros una procesión patética, al frente de la cual iba un párroco; detrás, algunas personas caminaban lentamente o arrastraban los pies. Llevaban un tosco ataúd. Era un entierro a la luz del crepúsculo. Se estaba escribiendo un breve párrafo de los anales de la gente pobre. Así había ocurrido durante siglos, bajo la sombra del monasterio.

La pátina de los siglos se extendía sobre la oscura iglesia y las dependencias del monasterio. Famoso como templo desde centenares de años atrás, hombres y monarcas se acercaron hasta estos altares y capillas en peregrinación, durante generaciones, a través de abruptos caminos montañosos. Los monarcas habían llegado al lugar cargados de preciosos regalos que al día siguiente, por la mañana, tendría ocasión de contemplar. Cortés, de vuelta de la conquista de México, había estado allí orando por su alma. Generaciones de campesinos nacieron bajo su sombra, vivieron sus vidas laboriosas y sencillas y fueron llevados a sus tumbas y olvidados, pero el monasterio no había cambiado.

La luz fue haciéndose más tenue. El grupo de viejos frente a la taberna era ya una sombra borrosa. Nada alentaba en las calles primitivas. En alguna parte ladraba un perro. Fuera de estos ruidos, aquel era literalmente un pueblo de muertos.

Durante la cena el padre Julio nos había anunciado que después de la misa de medianoche se celebraría una procesión con antorchas por las diferentes capillas, un espectáculo que quizá encontraríamos interesante. Advirtiéndome mi vacilación, el

joven párroco sonrió comprensivo, y dijo: «Ustedes se acuestan, y yo llamaré a su puerta a la una». Y así, completamente vestidos, nos echamos en la cama, dejando abierta la puerta por donde penetraba la luz de la luna formando leves sombras. Un vago murmullo venía del bosque; con él nos dormimos. Tiempo después se dejó oír el golpear del pesado picaporte de hierro y escuchamos ruido de voces. Nos levantamos y bajamos al patio, pasando por la galería. La noche era extrañamente hermosa. El cielo estaba tachonado de estrellas que daban la impresión de ser más grandes y estar más cerca de la tierra que de ordinario. El aire era fragante. Entramos en la sombría iglesia,

Eran casi las dos de la madrugada, pero niños bien despiertos jugaban bajo las naves. La misa aún no había terminado. Me fascinó la imagen de la Virgen de Guadalupe sobre su altar. Terminada la ceremonia, seguimos a los monjes que llevaban antorchas mientras se trasladaban de una capilla a otra en procesión. Fue una memorable experiencia en aquel apacible retiro, tan lejos de la barahúnda del mundo moderno. Pedimos la cuenta. «Lo que gusten dar», fue la contestación. Porque así ha sido siempre en el monasterio de Guadalupe.

7

Después de pasar algunos días en Madrid, una mañana de sol y bajo un cielo azul salimos para asistir a las famosas fiestas de Pamplona. Tras haber visitado el extremo sur de España sin hallar en él ni asomo de desorden o descontento popular, nos dirigíamos ahora hacia el extremo norte. La carretera hasta Burgos se extiende como una cinta por la agradable campiña. Cerca de la ciudad nos detuvimos a comer junto a la carretera y bajo la arboleda, desde donde podíamos contemplar las bellas torres de la catedral destacándose contra el cielo. Una anciana campesina, curtida y arrugada, al pasar lentamente frente a nosotros montada en un asno, nos saludó con el aire ceremonioso de una reina. De allí en adelante, el camino hasta Pamplona resultó más hermoso. Vetustas atalayas moras de las que siglos atrás salieron llameantes señales nos contemplan desde las cumbres. Otra vez nos hallamos en una verde campiña, como en Andalucía, pero ¡qué gente tan distinta! Estos hijos de Navarra todavía piensan y sienten como en el siglo XVI. Son los carlistas, que tienen como baluarte de sus valores la divisa «Dios y Rey». Esta inscripción la encontré en la cabecera del periódico que leen.

Era ya de noche cuando, desde las ventanas del Grand Hôtel, contemplamos la plaza de San Francisco, en el centro de la cual se alzaba la estatua de dicho santo. Las calles y los vestíbulos de los hoteles hervían de visitantes. Las ciudades de San Sebastián, Biarritz y San Juan de Luz vertían sobre Pamplona una muchedumbre festiva, pero no llevada por el fervor religioso de los carlistas, pues acudía para presenciar la corrida de toros, la feria, el regocijo. Aquella noche atravesamos la congestionada Plaza de la República, en la que alegres grupos retozaban y flirteaban. Encontramos cerca del hotel un lugar tranquilo que hizo famoso Ernest Hemingway en su obra *The Sun Also Rises*¹. El aire vibraba con la música de las guitarras y los cantos. Parecía que la gente, en lugar de andar, bailaba durante sus fiestas. Vimos a uno que, con paso vacilante y apretando contra su pecho una bota

de vino, se acercaba a nosotros, que ya íbamos de regreso al hotel; su rostro brillaba con aire de lascivo júbilo, al tiempo que nos ofrecía el pitón de la bota. Cuando bebimos, sonrió con un gesto de aprobación y se alejó, danzando y tambaleándose.

Al día siguiente, a la ingrata hora de las seis de la mañana, presenciemos el desfile de los toros de lidia, conducidos a los corrales para la corrida de la tarde, y asistimos luego a la divertida capea en la que los chavales toreaban becerros. En los tendidos, las muchachas coqueteaban y los jóvenes entonaban canciones navarras.

Después de presenciar este típico espectáculo nos retiramos con prisa para dormir un rato. Estábamos a punto de conciliar el sueño, cuando los gritos y las risas de los niños nos hicieron asomar a la ventana. La plaza de San Francisco hervía de chicos vestidos con trajes de fiesta, que corrían, escondiéndose y gritando, seguidos por descomunales monstruos sobre zancos y con rostros de gárgolas que golpeaban con globos llenos de aire las cabezas de los rapaces, haciendo un ruido ensordecedor. Rápidamente la escena cambia. Ahora los niños están bailando, la plaza se ha convertido en un torbellino, al compás de *Navarra*. Después empiezan a cantar y a perseguir otra vez a los monstruos. Nosotros volvimos a meternos en la cama.

8

Había visto por primera vez una corrida de toros en Madrid, un día de junio, bajo un cielo abrasador. La escena en sí era emocionante: el más azul de los cielos azules, los ardientes rayos del sol dando mayor intensidad al azul del firmamento, el verde, el amarillo y el rojo de los vestidos y sombrillas de las mujeres que ocupaban los tendidos. Veinte mil personas, tensas, en expectación. El murmullo de tantísimas voces ensordecía como el batir de las olas. Desde que los alguaciles, montados en sus caballos y vistiendo al estilo de la época de Felipe II, salieron a la plaza al son de las trompetas, para recibir las llaves de los toriles, mis emociones fueron avivándose con exaltación, pero confusas. El color, la alegría, la arrogancia del paseíllo al frente del cual marchan gallardamente los toreros con sus brillantes trajes, la primera embestida del toro contra los picadores, la gracia y bravura del toreo de capa, la destreza y el valor de los matadores, la brillantez y audacia de los banderilleros, la conciencia de que la muerte acecha en el aire a ras de la ensangrentada arena serían capaces de acelerarle el pulso a una estatua. Y de todo ello, al final, emerge un sentimiento predominante: la admiración y lástima profundas por la magnífica bravura del toro. Mis simpatías, en definitiva, habían de ponerse de su lado.

«Pero no es un deporte —aclara el español—; es una tragedia». ¿Creen los ingleses que es un espectáculo cruel? Se les pide entonces que expliquen la caza del zorro, animal que no puede defenderse. «¡Parece tan cruel!», dice, sin tacto alguno, una americana. «Es posible —replica una española que no tiene el menor interés por los toros—, es posible, pero todavía no hemos tenido necesidad de crear sociedades para la prevención de la crueldad contra los niños».

Aquel día, en Pamplona, vi torear a Domingo Ortega y a Armillita Chico, el diestro mexicano, ambos elegantes, valientes, expertos, que tuvieron una de sus mejores tardes.

Vuelta a Madrid por dos meses. La ciudad se abrasa bajo el sol achicharrante. Cerramos las oficinas a las dos y, después de comer, descansamos hasta las cinco. El té a las seis y media, cena a las nueve y media en la terraza, donde se siente fresco después de que el jardín haya sido regado y sopla la brisa del Guadarrama. Siempre guardaré en mi memoria el recuerdo de las noches de aquel verano, cuando la luna llena inundaba el jardín, los árboles se balanceaban mecidos por un aire suave y refrescante. Los castaños de Indias, los plátanos, los pinos eran hermosos a la luz de la luna. Madrid es encantador incluso en la canícula.

Entonces salimos para San Sebastián y los Pirineos. En esta ocasión, por primera vez en muchas noches, dormimos en un confortable hotel de Burgos, hasta que al amanecer el estruendoso tañido de las campanas de la antigua iglesia de enfrente hizo imposible prolongar el sueño. Aquella mañana el aire era muy frío y atravesamos las montañas con lluvia. Recorrimos las hermosas montañas vascas, vestidas todas de un verde intenso. Los árboles eran corpulentos, majestuosos, y nosotros volábamos por las carreteras, tan buenas como las mejores del mundo. Más lejos, desde un mirador natural en la ladera de la montaña, contemplamos el mar, donde las azules aguas formaban espuma blanca al chocar contra las rocas. Después llegamos a San Sebastián. Nos hospedamos en el hotel Continental, que mira hacia la Concha, donde la marea, bramando, se precipita sobre la arena.

Aquella tarde, en un té danzante celebrado en la quinta de un amigo, conocí a un joven interesante que estaba destinado a tener un fin trágico. José Antonio Primo de Rivera, hijo mayor del general dictador, era un joven moreno y guapo. Su cabello, negro como el carbón, brillaba sedosamente. Sus ojos, también negros y agudamente inteligentes. Su rostro, fino y de tinte andaluz. Sus maneras, corteses, modestas, deferentes. La pasión de su existencia era reivindicar la memoria de su padre. El viejo dictador, que había contribuido a prolongar la vida de la monarquía en una de sus crisis, fue destituido bruscamente una vez había terminado su obra y, desdeñado, quebrantada su salud, había cruzado la frontera llevando consigo un simple maletín, para morir abandonado en París poco después. Aquel recuerdo inflamaba el corazón de José Antonio. Cuando lo conocí aquel día ya había empezado la organización del partido fascista. Unos centenares de jóvenes, un grupo de audaces alborotadores se habían enrolado bajo su bandera y el arrojado líder inició la marcha. Recorrió todo el país organizando sus menguadas fuerzas y pronunciando fervorosos discursos. Muy en serio, por lo que yo sé, se preparó a fondo para dominar el arte de la oratoria y con el tiempo habría de ser un buen orador; sus discursos tenían enjundia, eran bien fraseados, aunque con una debilidad andaluza irreprimible por el floreo. Muy pronto sería elegido diputado a Cortes, donde terminó por convertirse en azote de muchos hipócritas con los que estaba aliado. Incapaz de disimulo, con cierto don para la frase mordaz, se atrajo la encarnizada enemistad de muchos, le gustaba vivir

en peligro y actuar con un abandono temerario que era la desesperación de sus amigos. Le atraían las multitudes y se negaba a esquivarlas. Una noche, mientras paseaba en coche por Madrid, lo tirotearon desde la sombra. Paró el coche y se lanzó en busca de sus agresores, solo, sin armas, sin cuidarse de los posibles enemigos que pudieran ocultarse en la oscuridad. Al poco rato aparecía sonriente y jubiloso en el Bakanik, donde concurría la «gente bien» para tomar cócteles, y aquellos que escucharon de sus labios lo que le había sucedido lo hallaron tan encantado como un chiquillo. Era de la casta de los mosqueteros de Dumas. Yo lo recordaré siempre tal como lo vi la primera vez: joven, pueril, cortés, riendo y bailando aquella tarde en la quinta de San Sebastián.

11

Dos días después, por la mañana, salimos en coche hacia Bilbao por una pintoresca carretera que ondeaba graciosamente a través de las montañas, y aquella misma tarde nos sentamos entre una multitud sudorosa para ver a Ortega y a Armillita Chico frente a los toros más grandes y bravos de España. Estaba con nosotros el joven Franklin Roosevelt, entusiasmado como un chiquillo porque durante la corrida le brindaron un toro. Pero antes, cerca de la puerta, al salir del hotel para dirigirnos a la plaza, una compacta multitud nos arrastró como la tempestad arrastra las hojas secas. Observando el punto hacia donde la muchedumbre convergía, nos explicamos lo que estaba sucediendo: unos hombres con trajes bordados trataban de abrirse paso. Ortega y su cuadrilla se dirigían a la plaza, y el gran matador mostraba una actitud arrogante. Aunque accedía a dar la mano a sus admiradores, lo hacía de mala gana. A pesar de todo, aquella tarde estuvo colosal toreando.

A la mañana siguiente fuimos a Santander, sede de la moderna y favorita residencia del rey, que se levanta en un promontorio cerca del mar, y semeja, vista a distancia, un palacio de ensueño recortándose en el cielo. Después de implantada la República, Fernando de los Ríos lo habilitó para los cursos de verano de la Universidad Nacional. Mientras atravesamos los jardines, vimos, secándose al sol en las ventanas abiertas del palacio de un rey, las medias de seda de las estudiantes norteamericanas.

12

Las seis horas de viaje a través de las montañas de Gijón (Asturias) constituyen una experiencia que se recuerda fácilmente. Son bellas esas agrestes y majestuosas montañas, los apacibles valles y las interesantes aldeas adormecidas en la sombra. Los montañeses asturianos son corajudos, robustos y altivamente independientes. Cuando la invasión árabe irrumpió triunfal en la Península desde tierras del sur, arremetió contra la muralla de piedra de estos astures y se detuvo. Durante los siete siglos de dominación árabe, este fue uno de los dos lugares de España que nunca pisaron los pies del invasor. Tierra pacífica y feliz, y no obstante, en alguna parte de

estas montañas se encuentran las minas de carbón donde los trabajadores viven en la miseria y las tinieblas.

Aquella noche, en Gijón, Patricia y yo, acompañados por un guía local, recorrimos hasta medianoche las calles de la ciudad. Pronto nos hallamos rondando por un barrio feo, próximo al mar, en busca del mercado de pescado. Aquel desierto lugar, con sus sombras, parecía siniestro. De cuando en cuando, nos cruzábamos con alguna figura solitaria que no era grato contemplar. Finalmente, llegamos a una construcción baja de madera, la lonja de los pescadores. Por allí había grupos de hombres torvos, de rostros morenos, ardientes y arrugados: pescadores y marineros. Un enorme montón de pescado fresco resplandecía en el suelo en medio del pequeño recinto. Al lado estaba el subastador.

Todas las noches, los pescadores, a su regreso del mar, desembarcaban sus redadas sobre el suelo del viejo caserón. A un lado del edificio había una galería con una larga mesa de madera tosca, y detrás, una fila de mujeres con los rostros más impresionantes que jamás he visto.

Ese era el mercado de las mujeres que negociaban con el pescado. Sus sillas eran los puestos que habían comprado. Ni una cara joven o agraciada entre ellas. Todas eran viejas, con rostros duros y bronceados. Algunas tenían el cabello aplastado sobre la cabeza y otras iban desgredadas. Sus bocas eran duras y severas, y sus ojos osados, fríos y cínicos. Una de estas viejucas fumaba un cigarro.

El subastador dio comienzo a la venta; una voz áspera, desde la galería, gruñó su oferta; una segunda voz, de timbre agudo, elevó la postura; después, otra, y, finalmente, el subastador anunció la venta. La que obtuvo la mercancía apretó un botón que hizo sonar un timbre y dejó caer una bola en la que estaba su nombre, y esta descendió por una canal hasta el cobrador, que preparó el recibo de la transacción. Las viejas se internaron en la noche llevando sus compras en enormes canastas que apoyaban sobre la cabeza. Estas ancianas briosas tienen su lonja, sus puestos en ella, sus leyes y sus reglamentos.

13

A la mañana siguiente nos dirigimos atravesando montañas hacia Galicia. Esta es la tierra de los celtas, donde, según insisten algunos, tuvo su cuna la raza irlandesa. El viaje a Lugo en el atardecer fue delicioso. El paisaje era de una belleza inenarrable. Encantadoras aldeas gallegas anidaban en estrechos valles, y cerca de ellas, y a lo largo del camino, pasaban mujeres y jóvenes con las mejillas rosadas y los ojos brillantes, prueba de una robusta salud, con cestos, fardos o jarras sobre la cabeza. Con tanta perfección los llevaban que sus manos no tocaban los bultos. Durante siglos los viajeros que han visitado España han comentado el porte incomparable y el andar de la mujer española, desde la princesa hasta la labriega. Venía una ligera y fragante brisa de la montaña, y por doquier había purpúreo brezo de Escocia.

14

El camino de los enamorados españoles en el pasado no careció de obstáculos. El problema de la joven con modestos recursos era establecer contacto con el varón. Pero Cupido hace tiempo que inventó un astuto plan, y con su dardo señaló a los jóvenes el «paseo» como el feliz terreno de conquista para los amantes. Y así sucedía que al atardecer, antes de la hora de la cena, en todos los pueblos y villorrios uno podía verlos paseándose arriba y abajo, durante una hora poco más o menos, en determinadas calles. Las muchachas caminaban en grupos, al igual que los muchachos, y cuando unos y otras se cruzaban los ojos enviaban un mensaje, de modo que la muchacha sabía por la persistencia del joven que la asediaba la medida de su admiración; el joven, por su parte, comprendía por sutiles signos si sus atenciones interesaban o no. El enamorado no se acercaba, pero suplicaba. Muy pronto, quizá, la madre de ella recibía una nota pidiendo permiso para visitar a su hija. El joven acudía a la casa, la madre vigilaba y el chico invitaba a la hechicera al cine con su hermana, y así, con el tiempo, el noviazgo florecía en matrimonio. Mientras las jóvenes españolas están hoy liberándose de las trabas de la tradición, el «paseo» continúa en todas partes.

Aquella noche, en Lugo, dimos con la calle del «paseo». Una multitud de jóvenes transitaba lentamente de un extremo a otro de la acera. Debido a que «el paseo» tiene sus privilegios, no se permite la circulación de ningún vehículo por la calle. A lo largo del trayecto había muchas mesas donde uno podía tomar café, té o vino, o sentarse a leer su periódico bajo la luz del gran foco de la arcada. Estaba yo precisamente leyendo, cuando noté que la luz iba amortiguándose y, al levantar la mirada, me di cuenta de que el «paseo» había terminado y todo estaba desierto. La luz eléctrica del centro de la manzana se apagó. Un automóvil entró en la calle.

Recuerdo Lugo por sus calles estrechas y limpias, y por su iglesia del siglo XIII, ennegrecida por el tiempo y llena de encanto.

15

De allí nos dirigimos a Santiago de Compostela; estábamos en tierra histórica, sagrada para los devotos peregrinos de siglos pasados, que trabajosamente se abrieron camino hacia la pretendida tumba del santo. Un día, cuenta la leyenda, un cuerpo fue arrojado a la orilla por el mar y una luz milagrosa proclamó que era el del apóstol. Le dieron sepultura en la espléndida y antigua catedral, y desde todas partes de la cristiandad, durante la Edad Media, millares de creyentes acudieron, a pie o montados en mulas o caballos, al lugar de adoración. Así se fueron abriendo senderos que habrían de convertirse en las presentes vías de tránsito; muchos de aquellos peregrinos murieron y fueron enterrados a la vera de los caminos, y se abrieron posadas para dar alojamiento a hombres y animales. Los devotos que sobrevivían a la dureza de las jornadas y llegaban a Santiago de Compostela iban directamente a la catedral, y sus manos dejaron profunda huella en la dura piedra de la columna que se halla junto a la puerta.

Vista desde la calle, esta iglesia es tremendamente impresionante, y dentro tiene la pátina del tiempo y la dignidad de la historia, aunque carece de belleza especial. Subimos hasta el campanario justamente cuando las grandes campanas de bronce,

regalo real, comenzaban a repicar, y el ruido era enloquecedor. Arriba, al asomarnos a lo que en un castillo llamaríamos torre almenada, nos sorprendió hallar, en aquella gran altura desde donde no se divisaba la calle, grandes estatuas de santos ennegrecidas por el tiempo y la intemperie. En la capilla vimos el pretendido sepulcro de Santiago. Es una catedral que inspira reverencia, saturada por el romanticismo de las leyendas de los peregrinos de una época de fanatismo religioso.

El día siguiente fue un domingo de sol brillante. Salí a dar un paseo por las estrechísimas calles medievales y deambulé por callejuelas jalonadas por viejas casas. Paseaban muchos como yo. Algunos se dirigían a la catedral con los breviarios en las manos. Pasaron muchas mujeres que llevaban increíbles fardos sobre sus cabezas. Junto a la ventana abierta de una taberna había hombres bebiendo cerveza y distrayéndose en la contemplación de los transeúntes. Las campanas de la catedral parecían muy cercanas en el apacible domingo.

De pronto, se oyeron las notas misteriosas de la gaita.

Del fondo de la callejuela venían hombres que lucían pantalón corto hasta las rodillas, tocando sus instrumentos. Nadie prestaba demasiada atención, como si la música de la gaita no fuera ninguna novedad en Santiago. Y así, durante horas, estuve dando vueltas por las limpias calles, empedradas con grandes losas de piedra que el desgaste había dejado pulidas como mármol. De vez en cuando, desde una inesperada bocacalle, surgía una plaza con una exquisita construcción medieval de piedra al fondo, quizá una iglesia del siglo XIII, un hospital o un colegio. Esta ciudad única proviene de la mística Edad Media, pero no hay en ella signos de decadencia.

Por la tarde nos dirigimos a León, para pernoctar, y al día siguiente nos detuvimos en Valladolid, antigua sede de los reyes, para ver dónde encendía sus hogueras la Inquisición y los restos del palacio donde Carlos V toreó y mató un toro para celebrar el nacimiento de un heredero.

Habíamos recorrido de una punta a otra España en busca de los desórdenes, «bordeando la anarquía», de que se hablaba en los salones de Madrid, pero no encontramos nada que los confirmara. Tropezamos con partidarios de la monarquía, pero entre ellos lo que había era una disposición a aguardar acontecimientos. En Pamplona, como era de esperar, la gente, los carlistas, eran como siempre apasionados devotos de Dios y del rey, y no hacían de ello un secreto. Acaso aquella anarquía de que habíamos oído hablar tendría lugar en la costa del Mediterráneo, en algún sitio entre Barcelona y Málaga. Proyectamos hacer un reconocimiento por aquella parte del país.

¹ Traducida en español como *Fiesta*. (N. del E.)

Política, políticos y jiras campestres

No habíamos hallado desórdenes, pero cundían los rumores acerca de un posible golpe militar, sin nada definido en que basarlos. No obstante, durante el caluroso verano de 1933 la posición del Gobierno Azaña estaba lejos de ser cómoda. Durante más de dos años había conducido la máquina parlamentaria a gran velocidad, presionando y aprobando leyes de reforma. Azaña tenía tras él a su partido, más impresionante en calidad que en cantidad, pero sus aliados socialistas se ponían cada vez más impacientes. La conversión social y económica de España en un Estado enteramente moderno del siglo xx no podía realizarse de manera instantánea con una varita mágica, y no eran pocos los obreros en el campo político que protestaban por la dilación. Entre las leyes de reforma aprobadas por el Parlamento ninguna era realmente socialista, y Julián Besteiro, el erudito presidente de las Cortes, presionaba para que su partido no tomara parte en el Gobierno hasta que no le fuera posible ejercer también el poder, a pesar de que tres socialistas tenían carteras ministeriales. La oposición sostenía encarnizadamente que las Cortes Constituyentes se estaban convirtiendo de forma ilegal en Cortes ordinarias, y pedía su disolución y nuevas elecciones.

2

En la elección del Tribunal de Garantías Constitucionales, el primer domingo de septiembre de 1933, la coalición gubernamental sufrió una fuerte derrota. Juan March, considerado como el hombre más rico de España, fue escogido por los enemigos del régimen. Con este pretexto, Lerroux planteó la cuestión de confianza en las Cortes, y yo presencié el debate, en una cámara casi vacía. Lerroux atacó, Azaña replicó vigorosamente y obtuvo una mayoría de 127. Pero al siguiente día, en una reunión del Consejo de Ministros, Azaña presentó la dimisión de su Gobierno. Disimulando su alegría, Alcalá Zamora rogó al Ejecutivo que continuara hasta que tuviera lugar la ratificación del tratado con Uruguay, que estaba pendiente, pero al mismo tiempo planteó tres preguntas a Azaña. Fernando de los Ríos me dio la versión exacta de ellas:

Primero, si la coalición gubernamental se había roto; segundo, si Azaña pensaba que la continuación del Gobierno existente sería buena o mala para el cuerpo electoral republicano, y tercero, si consideraba que aquel Gobierno era el más indicado para presidir las elecciones municipales.

Azaña replicó que, aunque la coalición no se había roto, se estaba desintegrando y afirmó que el presidente era la persona indicada para contestar a las otras dos preguntas. Insistió en su dimisión. Fernando de los Ríos me dijo que la corriente de

opinión se alejaba de las izquierdas y que en esta ocasión debía permitirse que probaran suerte los elementos más conservadores.

Los socialistas, decía, estarían dispuestos a retirarse con tal de que no hubiera persecuciones ni proscripciones.

Lerroux, encargado de constituir Gobierno, sabía que Azaña no le prestaría su colaboración y que los socialistas se opondrían al Gabinete que se constituyera. Desde luego, Lerroux no estaba dispuesto a entrar en coalición con partidos notoriamente hostiles al régimen. No había, pues, más que una solución: la constitución de un Gobierno compuesto exclusivamente por hombres de su formación política, y un aplazamiento de las sesiones de las Cortes para evadir el voto de confianza. Fue durante estos treinta días de vacaciones parlamentarias cuando tuve mi primer contacto con Lerroux.

3

Me había dado cita para las cinco de la tarde. El ambiente de la presidencia ofrecía notable contraste con el del tiempo de Azaña. Tras cierta confusión y algún que otro empujón en los corredores, fui acompañado por un ujier a un salón del piso superior situado detrás de la sala de recepciones del jefe del Gobierno y, al atravesar la puerta abierta de aquel salón, me asombró ver el cuadro que se ofrecía a mis ojos. La estancia hervía, zumbaba, alborotaba y rugía llena de una multitud de individuos vociferantes, gesticulantes, congestionados y excitados, todos ávidos de ser oídos por el jefe. Yo esperé en un elegante antedespacho con colgaduras de seda azul, una mesa dorada en el centro y sillas también doradas tapizadas del mismo color. Un ornamentado reloj sobre la chimenea rompía el silencio con su tictac. Esperaba, y pensé, extrañado, si no habría sido olvidado. Cuando el atolondrado ujier volvió, me condujo al salón lleno de gente y, a golpes y codazos, se abrió paso hasta la puerta del despacho de Lerroux. Allí, ante mi asombro, me dejó a cargo de un guardia. Aquello habría constituido una ofensa evidente, a no ser por la manifiesta confusión del ujier, de modo que no me preocupó. Pero aquel incidente me dio la oportunidad de estudiar a los paniaguados españoles en un momento de hambre. ¡Cuántas veces había yo presenciado las mismas escenas en la sala de espera de un jefe político en mi país a la hora de distribuir los panes y los peces! Entonces conocí la diferencia entre Azaña y Lerroux: el uno era un estadista; el otro, un cacique.

Cuando por fin la puerta se abrió, me hallé frente a un hombre de mediana estatura, recia constitución, ojos centelleantes y amables, que no aparentaba sus setenta años. Tenía rostro rojizo y lleno, y parecía robusto, aunque yo sabía que todas las noches se retiraba a descansar a las nueve y rehusaba la mayor parte de las invitaciones a cenar. Las puntas de sus bigotes, gallardamente retorcidas, delataban la casta del gascón. Su cabello era casi blanco; la cabeza, calva, excepto por unos pocos pelos erectos en arrogante desdén, al verdadero estilo español. Sus ojos castaños brillaban con benevolencia, trasluciendo un vivo sentido del humor, y en su profundidad yo podía adivinar astucia, sagacidad, mundana sabiduría y no poco cinismo. Verdaderamente, la vida tenía poco que enseñar a Lerroux.

Nació en la durmiente villa andaluza de La Rambla, en la provincia de Córdoba.

Su padre era veterinario del Ejército, y la familia, pobre. Lerroux, por algún tiempo, fue aprendiz de zapatero remendón, y a veces cuidaba el altar de la iglesia de un tío suyo, párroco en la polvorienta villa de Benavente, en Castilla. Se alistó en el Ejército y después desertó. ¡Luego escribió y publicó un libro de cocina! Pero, inteligente y ambicioso, aspiraba a cosas más altas, y cuando le salió una colocación de secretario en Madrid, con un sueldo de nueve duros al mes, ávidamente la aceptó, y comía en las tabernas por más o menos una peseta diaria. Pero el borrascoso andaluz de robusta constitución y sobrado arrojo no se conformaba con cosas pequeñas, y cuando una casa de juego de la Puerta del Sol necesitó un *croupier*, lo halló en Lerroux. Sin embargo, pronto lo perdió, porque el joven se pasó a un periódico republicano que necesitaba un valiente; y es que la publicación de un periódico republicano era entonces una invitación a la violencia. Fuerte como un toro, arrogante como un gascón, vanidoso como un pavo real, fanfarroneaba entre los haraganes de la Puerta del Sol, admirados y temidos. Se convirtió en una pintoresca personalidad que paseaba por las calles vestido como un dandi, atusándose sus grandes bigotes negros y llevando ladeado en la cabeza un sombrero hongo.

Tras ciertas actuaciones en política, se fue a Barcelona, donde hasta el día de hoy sus enemigos insisten en afirmar que fue enviado por los monárquicos para organizar un partido republicano inofensivo al objetivo de dividir a los separatistas. Desaparece el dandi y aparece el campeón del proletariado, con camisa de franela de cuello abierto, exhibiendo el pelo de su pecho. Fundador de la Casa del Pueblo, desarrolló un estilo populachero de elocuencia en el cual la moderación no tenía cabida. Muy pronto se convirtió en una figura dominante en Barcelona, donde se le conoció como «el emperador del Paralelo», lugar este que equivale en la capital catalana a lo que Montmartre, la Bowery o The Barbary Coast representan en otras ciudades. Bajo la bandera del republicanismo, perfeccionó una máquina política que hubiera eclipsado el ingenio de los más consumados caciques de las ciudades de América, atrincherado en el ayuntamiento, extendiendo ampliamente sus tentáculos. Mientras tanto, había estudiado leyes y fue admitido en el foro. Con el tiempo, este hábil y práctico político profesional expandió su organización por todo el país y, con la desaparición de los gigantes, se hizo con el cetro de la dirección del partido. Tenía modales atrayentes y facilidad de palabra. Cuando asumió la jefatura del partido republicano en las Cortes, había comenzado a adquirir la dignidad de un grabado en acero. Sus enemigos se mostraban escépticos acerca de su sinceridad y dudaban de la calidad de su republicanismo, aunque, en la mayor parte, su partido estaba compuesto por republicanos convencidos y él lo era en el fondo. Madariaga lo describe como «un león domesticado en el jardín de la monarquía».

Cuando, al establecerse la República, Azaña se destacó sobre él, su odio al intruso fue inmediato. Así, su partido había de convertirse primero en aliado y después en instrumento de los enemigos del republicanismo. La naturaleza humana explica muchas cosas, pero no todas. Había diferencias irreconciliables en las concepciones de los dos hombres acerca de la misión del nuevo régimen.

Para Lerroux, significaba un cambio político; para Azaña, un drástico cambio social y económico. De haber sustituido a un presidente por un rey, Lerroux se habría sentido satisfecho; para Azaña, eso no significaba nada. Este se proponía

crear una nueva España con mejores perspectivas de vida para las masas, más derechos y dignidad para el trabajo, tierra para los campesinos y abolición de los privilegios feudales.

Interesado principalmente en el poder y el favoritismo, Lerroux, creo que inconscientemente, había de llevar a su partido a una estrecha alianza con los enemigos del liberalismo que antes había predicado y de la República por la que había luchado. Involuntariamente, estaba ayudando a preparar el terreno para el fascismo. Estoy seguro de que la historia le acusará por haber permitido que el resentimiento y la ambición personal dividieran las fuerzas republicanas en una coyuntura crítica.

Sin embargo, sentado aquel día junto al viejo veterano, sentí la atracción de su personalidad. La madurez de los años le daba cierto aire de dignidad. Mirando a sus ojos centelleantes, me parecía un jefe bondadoso y accesible, sabedor de que «la Constitución no representa nada entre amigos». El tiempo le había curado de sus ilusiones y se había convertido en un cínico sonriente a quien divertía mucho el clamor de las ideologías. Yo había ido a visitarlo para interesarme por la suerte de unos norteamericanos que habían golpeado a un guardia civil, y Lerroux fue la amabilidad en persona. «Haré todo lo que sea posible dentro de la ley», me dijo, y a continuación, con un guiño, añadió: «Y al margen de ella, si es necesario». Cumplió su palabra.

Pero Lerroux tuvo que hacer frente al temporal cuando las Cortes se reunieron de nuevo. La tribuna diplomática se hallaba repleta para presenciar el debate. Los timbres sonaron, los diputados se precipitaron en el salón de sesiones, riendo, bromeando. En el banco azul había nuevas caras. Y Lerroux se levantó, sereno, cínico, para afrontar a su enemigo y el voto de confianza. «Los que van a morir os saludan», comenzó diciendo. Su voz, que no carecía de melodía, fluía suavemente, y las frases, como largas cintas de vagos rumores, ilustraban perfectamente la definición de Talleyrand acerca del propósito de las palabras. En conjunto, un discurso fastidioso. Fue escuchado en silencio y, cuando terminó, solamente los miembros de su partido lo aplaudieron.

4

A continuación se levantó Indalecio Prieto, jefe de los socialistas, bajo, corpulento, calvo, solo con un cerco de cabellos en la parte inferior de la cabeza y sobre la nuca. Su dinámica oratoria se dejó sentir de inmediato. Yo lo había observado en el banco azul, cuando era ministro del Gobierno Azaña, donde su enorme y grueso rostro, su doble barbilla y sus pliegues carnosos en la nuca producían una impresión de ordinariéz. Sin embargo, desde el momento en que se levantó a hablar se produjo una transformación asombrosa. Su faz se iluminaba con exaltación. Su voz, clara, flexible, sonaba como un clarín. Sus ademanes de orador me recordaban a Burke Cockran, el gran norteamericano: la misma gesticulación, el mismo *crescendo* en la voz, cuando se acercaba al final de los períodos brillantes, con los resonantes golpes de su puño cerrado sobre el pecho o la sonora palmada de su gorda mano sobre el mulso. Su ataque fue devastador.

Ningún otro hombre en España tenía una personalidad más brillante y poderosa, con más genio para la vida política. Su elocuencia era natural, no una elaboración académica. Los corresponsales de prensa, que penetran fácilmente los engaños del fingimiento, me aseguraban que Prieto era un hombre de generosos impulsos, jovial, compañero divertido, ingenioso, humorístico, intensamente humano en sus vicios y sus virtudes. Ni sus enemigos más virulentos le han acusado de ser más sanguinario que un cordero. Era ponderado y maestro en la psicología de las masas. Uno de los españoles más cultos me dijo que «nunca había conocido otro hombre con más talento natural» o «con mayor capacidad para la comprensión». Para demostrarlo, citó la opinión de un distinguido experto en cuestiones financieras a quien Prieto consultó sobre una cuestión técnica. El experto le había dado una explicación complicada, y al día siguiente en un discurso Prieto hizo una exposición tan lúcida como habría podido hacer aquel especialista, que hubo de admitir que nunca «había conocido un hombre con semejante capacidad de asimilación».

Prieto se había educado a sí mismo mientras vendía periódicos en las calles de Bilbao, actividad que inició a los once años. Había devorado y asimilado todo lo escrito por Pablo Iglesias, el ilustre fundador del Partido Socialista en España. De él había aprendido el arte de la claridad, la rectitud y la sencillez.

Hablaba ahora en las Cortes sobre el voto de confianza, y a medida que ponía en acción toda la artillería de su rica oratoria —agudeza, ironía, sarcasmo, humor, invectiva, burla— la cámara estallaba en risas y aplausos. Mientras pronunciaba su discurso, cada vez me recordaba más a Danton. «Una personalidad tremenda», susurró la señora Pérez de Ayala, que estaba junto a mí.

Azaña tenía que cerrar el debate después del descanso. Durante los discursos de Lerroux y de Prieto había permanecido impassible, aparentemente lejos de allí, y blanco como la escayola, pues acababa de salir de una enfermedad. Se levantó para hablar, en medio de un silencio absoluto. Lerroux se inclinó hacia delante con la mano en la oreja. El tono de Azaña era coloquial, pero elocuente y hábil. Era un maestro de la pausa eficaz y podía poner dinamita en la inflexión de un vocablo. Una y otra vez su ironía provocó tormentas de aplausos. Lerroux, con la cara enrojecida, no dejaba de mirarlo, hasta que al fin interrumpió coléricamente para desafiar al orador a que dijera cuándo, según lo acusaba, Lerroux había dicho que el pueblo había perdido la confianza en las Cortes. Azaña, en un tono de fastidio, citó el libro, el capítulo y el párrafo, y continuó hablando. Al procederse a la votación, solamente el partido de Lerroux votó por él. Lerroux fue derrotado.

Tres días después, acompañé a palacio al general Fuqua, para presentarlo al presidente. Periodistas y fotógrafos se agolpaban a la entrada, pues Alcalá Zamora, ocupado en la tarea de formar Gobierno, estaba todavía recibiendo a los representantes de los partidos. Un soldado tieso como una baqueta, vestido con uniforme gris y casco de acero, nos abrió paso hasta su despacho, donde le hallamos de buen humor, lo que auguraba un pronto final de la crisis. Un secretario particular, mientras nos acompañaba hacia la salida, señaló a dos hombres en el

salón de recepciones y nos dijo al oído que uno de ellos sería probablemente el próximo jefe del Gobierno. Se refería a Sánchez Román, destacada personalidad del foro madrileño, firme republicano y conservador. Pero Sánchez Román había acudido a palacio para declinar el encargo y, al final, se formó un Gobierno presidido por Martínez Barrio, que era entonces el primer lugarteniente de Lerroux.

La campaña continuaba.

6

La celebración de un banquete de la Cámara de Comercio Americana me llevó a Barcelona en el mes de octubre de 1933. Aunque mi asistencia podría calificarse de «no oficial», a fin de escapar a ciertos protocolos embarazosos, fui a saludar inmediatamente al coronel Macià, presidente de la región autónoma y símbolo de la autonomía catalana. A pesar del carácter oficioso de mi visita, cuando entré en el patio del hermoso palacio del siglo xv, entonces el de la presidencia, los mozos de escuadra que estaban formados con vistosos uniformes de gala avanzaron algunos pasos y se detuvieron. Así tuvo lugar mi presentación no oficial ante aquel fascinante anciano, en el salón de recepciones. Macià me hizo pasar a una estancia llena de encanto, con pequeñas ventanas de vidrios de colores.

Macià, que se había consagrado apasionadamente al movimiento catalán histórico, conquistó el afecto permanente del pueblo. Solo una mirada y me sentí bajo la influencia de su raro hechizo. Más bien alto, con elegante delgadez, sus setenta años descansaban serenamente sobre él. Su abundante cabello y su pulcro bigote eran blancos como la nieve; sus facciones, pequeñas y finas; sus grandes y luminosos ojos castaños reflejaban bondad. Vestía pulcramente de traje gris, corbata y calcetines del mismo color. Un pañuelo de seda asomaba coquetón del bolsillo superior de su chaqueta. Era Beau Brummell con canas. Su voz era baja, musical, perfectamente modulada. Si era el «líder del populacho», como decían sus enemigos, era, no obstante, un hombre refinado y un caballero. De vuelta a la residencia de Claude Dawson, nuestro cónsul general, me encontré con una gran cesta de rosas amarillas con la tarjeta de Macià dirigida a mi esposa, a pesar de que en Barcelona no había sido mencionada su presencia. Él lo sabía todo. Pronto me devolvió la visita, y cambiamos brindis y nos estrechamos las manos, y cuando la venerable figura con faz de poeta se retiró, yo me sentí seguro de haber estado en contacto con la materia prima de la historia.

7

Barcelona es una hermosa ciudad moderna, palpitante de energía y espíritu emprendedor. El catalán es diferente del castellano, lo mismo que el gallego es diferente del vasco. Los catalanes y los vascos son los yanquis de España, dinámicos, diligentes, capaces, progresivos en el sentido material, un poco turbulentos a veces. En la fábrica, la oficina o la tienda son los hombres más felices. Pero Barcelona no es típicamente española.

Un día hicimos una jira campestre con el cónsul general y su esposa, en las laderas de la montaña de Montserrat, coronada por el antiguo monasterio que se asocia a la leyenda de Tristán e Isolda. Allí, entre árboles y flores, ante un panorama magnífico, antes de visitar el monasterio, cuyo origen se remonta a los primeros siglos del cristianismo, comimos bajo la sombra de árboles gigantescos. También está allí la iglesia, cuyos tesoros pudimos contemplar —los templos no habían sido despojados de ellos por la República, como a muchos se les hacía creer fuera de España—; y subimos la escalera para ver más de cerca a la Virgen Morena. Pero más impresionante, como iglesia, era la catedral de Barcelona, situada en el corazón de la parte antigua de la ciudad, donde las calles son estrechas y los edificios que la rodean sumen su interior en una religiosa luz crepuscular, aun cuando el sol brilla. Y el claustro estremecedor y lleno de encanto, donde yacen los restos de los patriotas catalanes asesinados por Napoleón. La puerta principal de la catedral se abre sobre una calle tan estrecha que solo son suficientes tres pasos para cruzarla; y eso fue una comodidad para Fernando e Isabel, que residían en el antiguo palacio situado enfrente. Un día, hace siglos, una curiosa procesión marchaba por esa estrecha callejuela detrás de algunos indios y marineros al frente de los cuales iba Colón. El descubridor de América, recién llegado de su gran hazaña, se dirigía al palacio para informar a los monarcas católicos. Aquel fue en la historia el primer desfile del Día de la Raza. El viejo palacio está en la actualidad lleno de antiguos manuscritos.

En Barcelona no encontré ni oí nada acerca de desórdenes.

8

La campaña electoral se desarrollaba tranquilamente. Hacia finales de octubre fui con Fernando de los Ríos a comer en el único restaurante que hay en la abandonada Universidad de Alcalá de Henares. Me habló francamente de las próximas elecciones y dijo que las derechas ganarían, pero que la victoria sería desastrosa para los vencedores, que estaban decididos a derogar las reformas de la administración de Azaña, lo que provocaría una reacción que calificó de «terrible». Yo tendría ocasión de recordar después estos pronósticos. Don Fernando acababa de regresar de una visita a su circunscripción de Granada. Allí, las derechas decían a los campesinos que el mantenimiento de sus nuevos derechos, concedidos por las izquierdas, dependía de que ahora les votaran a ellos. Don Fernando, con sus barbas, sonreía. «Estos labriegos no son necios —decía—, y la estupidez de la amenaza los ha encolerizado más». Pero lo que más me impresionó en él fue su admisión de la derrota.

9

La campaña electoral, juzgada según la norma norteamericana, parecía anormalmente tranquila. La manifestación republicana más significativa no fue política en modo alguno. Un día de octubre, un buque de guerra francés ancló en el puerto de Valencia; traía de Francia los restos de Blasco Ibáñez, muerto en el país vecino, al que fue desterrado. Sus novelas, describiendo la vida de los mineros,

pescadores y campesinos, significaban más para los españoles que sus *Cuatro jinetes del Apocalipsis*, que habían impresionado al mundo durante la Primera Guerra Mundial. En su tierra de Valencia era el ídolo de los republicanos, que le habían construido un espléndido mausoleo.

Viajando hacia Valencia con Rex Smith, de la Associated Press, un error de cálculo hizo que a la hora de comer nos encontráramos en un pueblecito, lejos del parador. Nos conformábamos ya con una buena rebanada de pan y queso, pero no habíamos contado con los recursos de Pepe. Después de hablar con un lugareño, nos condujo al fondo de una calle lateral hasta una construcción parecida a un granero. El sitio donde entramos era una habitación grande, fría, triste, pobremente amueblada, con varias mesas ordinarias y sin manteles rodeadas de campesinos modestamente vestidos, y entre ellos un cura. Estaban tomando café. Era el club de los pobres del pueblo.

El dueño, complacido pero tímido, se acercó a nosotros, que le preguntamos si podíamos pedir unos huevos. Sí, podía servirnos huevos, y, como aquella mañana en el pueblo habían matado un cerdo, posiblemente también podría darnos algo de carne. Pedimos cerdo. Como estábamos temblando de frío en aquel aire glacial, después del viaje, pedimos coñac. Nuestro hospedero pareció un poco turbado, pero desapareció y enseguida volvió trayendo la bebida. Entre tanto, el salón se estaba despejando. Pronto fuimos conducidos a la sala familiar, amueblada con sencillez pero inmaculadamente limpia. Un mantel blanco como la nieve cubría la mesa. Desde el lugar que ocupaba, un raído pero confortable diván contra la pared, podía bajar mi mano derecha sobre la cuna de un niño y la izquierda sobre la cabeza de un perro, que esperaba ávido las migajas de la mesa del rico. Dos pulcras y sanotas mujeres, como las de las granjas norteamericanas, trajinaban por la estancia y sonreían con gracia mientras colocaban ante nosotros una enorme fuente con una docena de huevos frescos y arroz, pan hecho en casa y el vino del lugar; y al tiempo que nosotros glotonamente rebañábamos el plato, contentos, al calor del brasero que había debajo de la mesa, ellas se arrodillaban ante el fuego, friendo la carne, y aquella mezcla de olor a carne frita y a leña ardiendo resultaba muy agradable. Pronto sirvieron una gran cazuela colmada de carne de cerdo. Las mujeres sonrieron con indulgencia al ver cómo yo deslizaba por debajo de la mesa algunos pedacitos para el agradecido perro; cuando terminamos no quedó nada en la cazuela. Al presentar la cuenta, el dueño parecía turbado por el montante de la misma, y empezó a darnos explicaciones, pues, al no disponer de coñac en la casa, había tenido que ir a comprar una botella. Miré la nota. Equivalía a un dólar y veinte centavos por los tres, incluido el perro. Doblé el importe. Cuando marchamos, las dos mujeres y el dueño estaban en la calle sonriendo y saludándonos, y el perro nos despedía ladrando. Había sentido la sencilla y cordial hospitalidad de un campesino español, y viví unos momentos que nunca olvidaré.

Llegamos a Valencia al atardecer, y aquella noche el barco de guerra francés entró en el puerto con los restos de Blasco Ibáñez. A la mañana siguiente, cuando asistí a la

recepción presidencial en el salón de actos del ayuntamiento, provisto de un balcón bajo el cual se agolpaba una enorme multitud, encontré, además de a Alcalá Zamora, al coronel Macià y a Lerroux. La calle presentaba un cuadro de color y animación. Una mujer de ojos negros que estaba junto a mí en el balcón me habló de la admiración que Blasco Ibáñez sentía por las instituciones norteamericanas. Era su viuda, una chilena. Algunos años después, en Santiago de Chile, me obsequiaría con sabrosas paellas en su casa. Los fascistas italianos la habían echado del hogar del novelista en Mentón y habían destruido su selecta biblioteca.

Al fin, desde lejos, en la calle, llegó el eco de una banda de música y se dejó ver el cortejo, encabezado por hombres a caballo. Miles de manifestantes siguieron a más bandas. Un bosque de banderas convertía la avenida en una dinámica masa de colores. El cortejo caminaba lentamente, y tardó mucho en pasar por debajo del balcón el ataúd del famoso novelista, llevado a hombros por muchos ciudadanos. A intervalos frecuentes hacían una pausa para relevarse en la pesada carga. La banda tocaba acordes fúnebres. Blasco Ibáñez volvía a su patria, y volvía para reposar por siempre en ella.

Era ya muy avanzada la tarde cuando nos sentamos para la comida oficial en honor de Alcalá Zamora —una sencilla comida para veintiséis personas—. El presidente ocupaba un sitio frente a mí, al otro lado de la mesa, con Macià a su lado, y pude observar que este último, delgado y de ojos centelleantes, era el más elegante de los dos y el más desenvuelto. Una comida fúnebre, lenta, callada como un sepulcro. El silencio era molesto. Lerroux cruzó su mirada con la mía, levantó su copa de champaña y bebimos tras un brindis silencioso.

11

A la mañana siguiente fuimos a los arrozales, donde unos amigos nos habían prometido una paella. Al pasar por un pueblecito, la conmovedora voz de Lerroux atronaba en medio de la carretera. Una estación de radio del Club Náutico de Valencia transmitía su mensaje a sus partidarios de la provincia. Nos detuvimos en el popular terreno de caza de patos, entre los arrozales. Los permisos para cazar se vendían a siete mil pesetas, y ese dinero era el principal ingreso de un buen número de aldeas.

Y después, otro recordatorio de que una campaña electoral estaba en marcha. Antes de la comida, nos habíamos encaminado hacia un pabellón situado en una enorme playa para tomar unos cócteles; al subir las escaleras advertimos un pequeño grupo ante nosotros en el que se hallaba Macià. «No queremos tropezar con estos catalanes», dijo uno de mis acompañantes valencianos. Yo atribuí la malignidad de la observación a antipatías regionales, hasta que más tarde me enteré de que mis acompañantes eran de derechas. Fue la última vez que vi a aquel encantador anciano, pues pocos meses después murió; fue sinceramente llorado por las masas catalanas.

12

Al aire libre, bajo un sol de otoño que tostaba mis espaldas, me encontraba sentado de cara a la carretera principal de Valencia, comiendo una paella, al mismo tiempo que disfrutaba de la contemplación de una pintoresca procesión de camiones cargados de leña, a los cuales se encaramaban niños felices que comían melones. Después de la comida, visitamos la placentera vivienda del capataz de los arrozales. Era extraña, pero muy atractiva, inmaculadamente blanca, con franjas de azul brillante y legumbres secas colgando de las vigas. Después, el capataz nos llevó a dar un paseo en bote de motor por el antiguo canal, construido siglos antes, durante la ocupación árabe. Fue para mí una memorable excursión, pues la mezcla de mis acompañantes descubrió ante mí la democracia instintiva del pueblo español. El viejo campesino y el joven que gobernaba el bote eran tratados por el abogado, el aviador y el aristócrata como iguales, y ellos aceptaban el tratamiento con dignidad, como si les fuese debido. Estaban divididos en política, pero la política se dejaba a un lado en una reunión social. Cuando regresábamos, todos reían bromeando y cantando, y así fue anocheciendo; la luna proyectó sobre el antiguo canal moro un leve rayo de luz, y los arrozales se empapaban de agua, como un pantano.

13

Aquella noche tuve el presentimiento de la tragedia que se avecinaba en España. Estábamos tomando un refrigerio en el Vodka, un bar de moda, cuando sentí la impresión vivísima del peligro que amenazaba a la democracia española. Algunos oficiales del cuerpo de Aviación, muy garbosos en sus uniformes de gala, pues habían sido mandados desde Madrid para asistir a la llegada de los restos de Blasco Ibañez, irrumpieron en el local en un estado de jubilosa excitación y se pasaban ansiosamente un periódico de mano en mano.

El periódico contenía una declaración de José Antonio Primo de Rivera anunciando que sus fascistas librarían sus batallas «en la calle» y no en las urnas. Estos oficiales del Ejército, que habían jurado fidelidad a las instituciones democráticas, se mostraban encantados. Temprano se proyectaban las sombras de los inminentes acontecimientos.

Regresamos a Madrid a tiempo para las elecciones.

SEGUNDA PARTE

Período del trabajo de zapa

Comienza la liquidación de la República

La campaña electoral en sí no indicaba más crisis del régimen que cualquier otra de los Estados Unidos. El hecho más significativo era la alianza del partido republicano de Lerroux con otras formaciones secretamente hostiles no solo al republicanismo, sino a la democracia.

Los partidos republicanos adheridos a Azaña entraron en la campaña acarreado el fardo de los usuales agravios acumulados por sus enemigos y de las disensiones entre sus propios amigos. Azaña había dado a la nación dos años y medio de normal estabilidad dentro del proceso de la democracia, pero sus rivales hicieron de su liberalismo un defecto. El odio de los monárquicos al régimen republicano era natural, puesto que la nobleza había sido despojada de sus antiguos privilegios. Los carlistas estaban enfurecidos debido a las cortapisas que la República imponía al poder político de la jerarquía. Los terratenientes, con sus inmensas riquezas, la temían a causa de la proyectada reforma agraria. Los grandes industriales se resentían de las leyes sociales, iguales a las que existen en Estados Unidos desde hace muchos años; y el poder financiero reflejaba la hostilidad de los grandes propietarios y los industriales. Las jerarquías eclesiásticas se movilizaron contra la República, primordialmente a causa de la ley que separó a la Iglesia del Estado, y aunque no existía interferencia en el culto religioso, se había prohibido la enseñanza a las órdenes religiosas. Así, los más ricos y poderosos elementos hicieron causa común contra Azaña y la democracia que él simbolizaba, la cual solo podía contar para su defensa con la clase media, las profesiones liberales, los escritores, los intelectuales, los campesinos y los obreros industriales. La administración de Azaña se había movido con tan febril celeridad que algunas de sus reformas estaban aún tan solo en el papel, y se manifestaba algún resentimiento y cierta desilusión incluso entre aquellos cuyos intereses él ansiaba servir.

Azaña me dijo que su reforma agraria estaba motivada por la convicción de que la pobreza y la miseria de los campesinos, que constituían el ochenta y cinco por ciento del pueblo, producirían inevitablemente desórdenes sociales favorables al comunismo, a menos que se elevara su nivel de vida económico y social. En los comienzos del segundo gobierno de Azaña, vino a visitarme un escritor inglés muy conocido, y me sorprendió por sus manifestaciones violentas contra las reformas agrarias. Al expresarle mi sorpresa, puesto que escribía para una famosa revista liberal, se explicó: «De esta forma detendrá la revolución». Poco después supe que era comunista. Efectivamente, los comunistas sabían que el programa agrario de Azaña tenía por fin combatirlos, pero los grandes terratenientes no eran tan inteligentes: cuando se les impuso la restricción en las exportaciones de granos y productos agrícolas a fin de mantener los precios al alcance de las masas consumidoras, calificaron estas medidas de «comunismo».

La reforma agraria era imperativa especialmente en Andalucía y Extremadura, donde más de quinientos grandes latifundios, propiedad de hombres muy ricos, no se cultivaban. La ley determinaba la incautación de las viejas heredades feudales sin compensación. La tierra inculta y las tierras comunales se asignaban a los agricultores, pero se preveía una compensación del cinco por ciento. Nada que no hubiera sido realizado antes en Francia se proponía para España, pero aquí la Revolución francesa, dirigida contra el feudalismo, no había influido. Así, la reforma agraria constituía un desafío a la persistencia de la sociedad feudal del Estado español. Desde principios del siglo XIX, España ha estado dominada por los terratenientes. No era posible la solución de ningún problema social grave sin esta reforma. Los grandes propietarios, naturalmente, eran hostiles, pero incluso los mismos trabajadores se mostraban insatisfechos, debido a la lentitud del proceso legal de aplicación de la reforma. El Gobierno de Azaña había querido avanzar con tanta rapidez sobre un ámbito tan extenso que no había tenido tiempo de consolidarse en ninguna posición.

Las leyes sociales promulgadas no eran ni siquiera socialistas, pero para los industriales eran revolucionarias y «comunistas». Reconocían la personalidad legal de la organización obrera, establecían una relación contractual con los patronos y, como acontece en otros países, por primera vez se fijaban los horarios legales de la jornada, el seguro contra accidentes y la desocupación, así como la atención a la maternidad. Bajo el mandato de Azaña, la posición de la clase trabajadora había mejorado, pero la legislación para resolver los conflictos del trabajo por medio de una comisión mixta (comités paritarios) compuesta a partes iguales por patronos y obreros, con la facultad de decisión por el Ministerio de Trabajo en caso de empate, Largo Caballero, como ministro del ramo, tenía el voto decisivo e invariablemente se pronunciaba a favor de los obreros, aun en casos donde claramente estos no tenían razón, lo que determinó la desconfianza de algunos elementos de la clase media.

En el terreno de la enseñanza popular, la administración de Azaña actuó con entusiasmo, ya que las necesidades eran apremiantes en un país con un porcentaje tan aplastante de analfabetos: más de nueve mil comunidades se hallaban sin escuelas ni maestros y cientos de miles de niños carecían de acceso a la enseñanza. La tarea era colosal y requería la elaboración de un enorme programa. Bajo el ministerio de Marcelino Domingo se progresó mucho, y bajo el de Fernando de los Ríos se abrieron diez mil escuelas. Pero para las escuelas públicas había escasez de maestros y poco tiempo para su formación. Durante el corto período en que regentó el ministerio Salvador de Madariaga, se realizó un intento serio para facilitar la preparación de maestros. Aun así, cuando las escuelas religiosas fueron, desgraciadamente, cerradas, el Estado no estaba en disposición de asumir sus obligaciones. La ley contra la enseñanza religiosa movilizó a los católicos más devotos contra la República democrática liberal. No existía interferencia con el culto religioso; la gran riqueza de oro y plata guardada en los relicarios de iglesias y catedrales permanecía allí para ser exhibida por los curas al turismo, pero los párrocos dejaron de recibir un sueldo del tesoro del Estado y el mantenimiento de la organización de la Iglesia dejó de ser una obligación para este. Los jesuitas fueron expulsados, sobre el papel, aunque algunos monarcas católicos ya habían procedido a su expulsión en ocasiones anteriores, pero la supresión de lo que en los Estados

Unidos se llamarían escuelas parroquiales soliviantó la furia de los devotos, y toda la fuerza de la activa organización jerárquica de la Iglesia se volvió contra Azaña y sus aliados.

2

Así, al mismo tiempo que la máquina legislativa trabajaba día y noche en medio del tórrido verano, un joven político relativamente desconocido se afanaba con febril actividad en la organización de un partido clerical que sería conocido como la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas). Su primordial interés, decía, era la Iglesia. Entró en campaña con una declaración de indiferencia respecto a la elección entre república o monarquía, pero anunciando su propósito de restablecer los antiguos derechos de la Iglesia. En toda su campaña manifestó una reticencia inquietante en su actitud frente a la República, pero se presumía que en el fondo era monárquico. Algunos pensaron que se proponía una misión semejante a la emprendida por el viejo partido católico de centro de Alemania, y que el joven líder católico español estaba cortado a la medida para representar el papel de Windthorst; otros abrigaban el temor de que aspirase a una misión parecida a la de Hitler y Mussolini.

El joven líder había revelado cierto genio como organizador, y sus declamaciones fervorosas evocaban emociones fanáticas como en los días de las cruzadas. Así, con sorprendente rapidez, movilizó un fuerte partido que obedecía ciegamente todas sus órdenes, tanto como los fascistas italianos y los nazis obedecían las de sus jefes.

Así surgió Gil Robles, desde la sombra entre bastidores al centro iluminado del escenario político.

Pero con la creación de su partido no había terminado, ni mucho menos, su labor. Su capacidad organizadora y cierto talento para la intriga hallaron amplio campo de acción. Encontró a las derechas y a las izquierdas organizadas en diferentes partidos, cada uno de ellos celoso de su personalidad. Si él lograba constituir un frente sólido de los partidos de la derecha, incluyendo los monárquicos y los escasos fascistas, prevalecería sobre los divididos partidos de izquierda. Pronto inició discretas conversaciones con los líderes monárquicos y carlistas, enemigos jurados de la República; con los agrarios, abiertamente hostiles a la reforma agraria; con los representantes de la Lliga Regionalista de Catalunya, campeones leales de los privilegios económicos, y con el veterano Lerroux y su partido radical republicano. Todo iba a depender de la combinación con el notoriamente anticlerical Lerroux. Para este, tal componenda significaba la jefatura del Gobierno; a los semirrepublicanos les ofrecía una fachada republicana. Y a base de asegurar determinadas condiciones y necesidades se formó el sólido frente derechista, una incongruente mezcla de elementos incompatibles e irreconciliables; una combinación que había de hacer inevitable la coalición de partidos del Frente Popular en las elecciones siguientes. Pero de momento, serviría a los fines de estas elecciones. Lerroux, el viejo y taimado zorro, sonreía socarronamente ante la candidez del joven político y comenzó a contar sus pollos antes de que estuvieran en el gallinero. Confiaba en que su partido, integrado por políticos prácticos y con experiencia,

obtendría la mayoría en las elecciones, y contaba con ser, al final, jefe del Gobierno.

3

Pocas semanas antes de las elecciones, toda España sonreía con la grotesca «fuga» de la cárcel del inmensamente acaudalado Juan March, familiarmente conocido como «el contrabandista». Nadie como él había sacado tan rico provecho de la dictadura, la cual le había concedido el monopolio del tabaco. La prisión, situada frente al antiguo palacio del Arzobispo en Alcalá de Henares, con sus barrotes de hierro, parecía bastante segura. Allí, durante dieciocho meses, aquel viejo pequeño, con una reputación pestilente, pero tan perfumada por su enorme riqueza que incluso la gente sana de corazón halló grata su presencia, había meditado sobre sus pecados. Con frecuencia, a través de los cristales de la habitación donde nació Catalina de Aragón en el citado palacio, contemplé las rejas al otro lado del pequeño patio y me pregunté si Juan March estaría satisfecho con el servicio. Una noche, cuando el carcelero llegó, el viejo le dijo: «Se ha cometido conmigo una gran injusticia. Usted debería abrirme la puerta y dejarme salir a la calle». Y el carcelero, tierno de corazón dentro de su exterior rudeza, e impresionado por la persecución de que era víctima el buen hombre de cabellos grises, hizo lo que este le pedía. Entre las risas cínicas y carentes de todo pudor de los cafés se relataba esta historia, y la gente soltaba alegres carcajadas, pero había cínicos que daban a entender que el hipersensible carcelero se había impresionado menos por las desgracias del preso que por los billetes que puso en sus manos. Más aún, tan profunda era la devoción que sentía por su custodiado que escaparon juntos.

Un encarnizado enemigo de la República, y nada amigo de la democracia, poderoso a causa de su inmensa fortuna, andaba ahora suelto.

Pero en Madrid se extendían otros rumores, y March fue pronto olvidado. Se decía que Largo Caballero, líder socialista de la extrema izquierda, estaba en connivencia con el Ejército en la organización de un levantamiento para el caso de que las izquierdas fueran apartadas del poder. El Consejo de Ministros se reunió en solemne sesión. Patrullaban por las calles tropas de a caballo, policía motorizada y otras fuerzas con los fusiles al hombro.

No obstante, todas estas precauciones eran sobre todo debidas a rumores de un golpe de Estado militar, supuestamente en preparación si eran las derechas las que perdían, y los ojos de los reaccionarios echaban chispas. A pesar de ello, en conjunto, el decoro y el orden daban el tono en los mítines políticos, y los pocos disturbios que se registraron fueron el resultado principalmente del trabajo de los provocadores derechistas. Estos abroncaron a Prieto en un acto público en Cádiz, y en Bilbao tiraron bombas lacrimógenas en otro al que asistían Prieto y Azaña, consiguiendo desorganizar el mitin. Al parecer, en esta ocasión, Prieto expresó tranquilamente: «Ahora ellos nos hacen derramar lágrimas; pero nosotros les haremos llorar sangre».

Unos días antes de las elecciones fui invitado a una comida de oficiales de la Escuela de Aviación y allí conocí a Ramón Franco, famoso por su vuelo a Sudamérica y por su republicanismo furibundo, cuando poco antes de la caída del

rey había sobrevolado el palacio real arrojando panfletos revolucionarios. Era un hombre guapo, de baja estatura, pero de constitución robusta, cabello negro, tez morena y ojos extraordinariamente oscuros que centelleaban cuando iba a reír. Al día siguiente me envió uno de los escasos ejemplares de la Constitución de la República, impreso en colores, encuadernado en piel, con el sello de plata de la República en la cubierta. Ahora me causa risa ver la dedicatoria que para mí escribió en el libro: *Al gran periodista, ilustre escritor y republicano, el buen amigo. Ramón Franco*. Cuando tres años después este ardiente republicano se unió a su hermano en el ataque a la República, encerré el volumen bajo llave y reflexioné sobre las burlas que deparan la historia y la volubilidad del hombre.

La campaña transcurrió tranquilamente. Incluso se manifestó cierto regocijo cuando la víspera de las elecciones amaneció nublado y lluvioso. Las insurrecciones españolas, me dijeron, no florecen en tiempo húmedo. El día siguiente era domingo, día de la consulta electoral. Las gentes que no tenían apremiantes ocupaciones fuera permanecían en sus casas, e incluso la iglesia británica suspendió su servicio matinal, por temor a los alborotadores. Pero las elecciones en Madrid fueron tranquilas, como las que hubieran podido celebrarse en Indianápolis, con menos incidentes de los registrados en algunas de Kentucky.

La unificación de todos los partidos de derecha en una sola candidatura, junto con la enorme suma de dinero suministrada por los monárquicos, los terratenientes, los industriales y Juan March, lograron fácilmente el éxito, como se había previsto.

Durante toda la campaña tuve oportunidad de escuchar muchas cosas, pero ni una sola vez expresó nadie interés o preocupación acerca de los comunistas. En las elecciones que siguieron inmediatamente a la caída de la monarquía, más tarde atribuida grotescamente a los comunistas, estos habían obtenido solo un lugar en las Cortes, entre más de cuatrocientos diputados que integraban la cámara, un puesto que ocupaba un hombre acomodado. Comunista de salón ante el que la gente se sonreía.

En las elecciones de 1933 obtuvieron solo un acta. El partido de Gil Robles fue el que ganó sobre los demás.

4

Durante dos años Gil Robles había de ser dueño del destino inmediato de España, si no la cabeza visible del Gobierno. Como organizador de la victoria y líder del partido más numeroso de las Cortes, en condiciones normales tendría que haber sido el jefe del Gobierno. Pero dudaba, y de momento prefirió tener el poder efectivo que la responsabilidad. Y además, existía un obstáculo en Alcalá Zamora, a quien no le había pasado por alto el hecho de que durante toda la campaña Gil Robles se había abstenido de manifestar lealtad a la República. Resueltamente, el presidente declaró que nunca entregaría el gobierno a un líder que rehusaba públicamente reconocer a la República. Por otra parte, aunque el partido de Gil Robles era más numeroso que los otros, contaba solo con el veinticinco por ciento de los miembros de las Cortes. Era un partido minoritario.

Pero el interés del joven líder apenas era mayor que el de los monárquicos, quienes,

con prodigalidad sin precedentes, habían volcado su dinero para la campaña electoral. Si Gil Robles no había pronunciado una palabra en favor de la República, tampoco había hecho abierta promesa por el régimen monárquico, y cuando le preguntaron sobre la vuelta del rey, respondió con cara de jugador de póquer.

Así, de inmediato, Gil Robles comenzaba a probar el fruto de una alianza imposible compuesta de elementos incongruentes, y el sabor de aquel fruto era amargo.

Los monárquicos querían la vuelta del rey *inmediatamente*; los agrarios querían que se expulsara a los pocos campesinos de sus tierras *inmediatamente*; los industriales y financieros insistían en que se derogaran las leyes de trabajo *inmediatamente*.

Y nada de esto era posible.

Pero el partido de Lerroux, que se movía con habilidad por el vestíbulo del hotel Palace, era mucho más razonable: todo lo que solicitaba era el poder, *inmediatamente*; y eso no solo era posible, sino conveniente. Lerroux se convirtió en jefe del Gobierno, Gil Robles en el amo, y así comenzó la asociación entre el viejo vituperador de la Iglesia y el joven campeón de la Iglesia.

El padre de Gil Robles había sido un reaccionario militante profesor de Salamanca, que sentía un odio feroz hacia el liberalismo. El hijo se distinguió en la misma ciudad como director de un pequeño grupo de estudiantes que lanzaban duros ataques contra el gran filósofo español Unamuno, que diera distinción a la Universidad. Gil Robles odiaba a Unamuno porque era liberal, pues, en su léxico, un liberal es un hombre subversivo de la sociedad y de la religión. Era un conservador nato. Cuando su padre murió, dejando pocos bienes, él llegó a ser profesor de Derecho Administrativo en Salamanca y actuó de juez municipal en Madrid, al mismo tiempo que practicaba la abogacía. Su celo y habilidad atrajeron la atención de Ángel Herrera.

Este destacado personaje fue fundador de *El Debate*, diario dedicado exclusivamente a defender los intereses de la Iglesia. Reclutaba su personal entre hombres de capacidad y celo, adquirió los mejores servicios de noticias, el equipo mecánico más moderno, y presentaba la información y las opiniones del periódico en un estilo digno e interesante. En ocasión de mi visita, fue servido un espléndido té en el amplio salón de lectura y recepción amueblado con gusto, y fui presentado a la escuela de periodistas del diario. Herrera era toda una institución, pero se retiró, dejando la administración del periódico en manos de su hermano Francisco.

Cuando Gil Robles se convirtió en colaborador de *El Debate* fue acogido bajo la protección de Ángel Herrera, y esto le dio prestigio y poder desde un principio.

Por un momento, después de las elecciones, Madrid quedó apagado, y nosotros decidimos realizar una excursión a Ávila, ciudad asociada a tantos acontecimientos inspiradores en la historia del catolicismo. El sol lucía deslumbrador a nuestro paso por el Guadarrama, pero a poco de internarnos en las montañas, el cielo se oscureció y amenazadoras nubes sumieron la carretera en una especie de crepúsculo. El cuadro

era mágico, con negras sombras bajo densas nubes y puntos brillantes de luz allí donde el sol las atravesaba. Pero cuando alcanzamos lo alto de la montaña y comenzó a llover, corríamos dentro de nubarrones impenetrables a diez pies de distancia; la aventura se hizo desagradable. En el bosque había montones de nieve. El sol resplandecía sobre las grandes rocas húmedas, haciéndolas brillar como descomunales diamantes. La lluvia aumentó en intensidad. Los pastores, en los campos, arrebujados en sus mantas, ponían una nota pintoresca, pero heladora. Finalmente, nos alegró pasar en coche bajo los portales de los muros de Ávila, construidos hace nueve siglos y todavía en perfecta conservación, con sus ochenta y tantas torres casi tan buenas como si fueran nuevas. Nosotros habíamos visitado Carcasona, donde gran parte de la ciudad se ha restaurado para el turismo; Ávila era auténtica.

Nuestra habitación del hotel daba a la plaza de la catedral, y a través de nuestra ventana se veía la entrada de la gran iglesia gris, emplazada a poco más de media manzana de casas. Las dos figuras de guerreros labradas en cada uno de los lados de la entrada, el hecho de que el ábside de la iglesia fuese construido dentro y más allá de los muros de la ciudad, como parte de la defensa militar, proclaman la preocupación por la guerra que dominaba en la religión militante del siglo XI. Contemplé este templo del culto, semejante a una fortaleza, en la amortiguada luz de un día nublado, para llevarme el recuerdo de los relieves de alabastro de la nave y el sentimiento de que había tocado la Edad Media.

Pero era más fascinante el monasterio de Santo Tomás, fundado por Isabel la Católica y Fernando. Al morir su hijo Juan, a los diecinueve años de edad, fue enterrado en este lugar, y se encargó al genial escultor florentino Fancelli el diseño de la tumba. Es un magnífico sarcófago de alabastro, exquisitamente esculpido, y aquella figura yacente me pareció la obra más hermosa que jamás había visto. Los rasgos del príncipe tienen una expresión de éxtasis. Allí, ante el altar, a través de los siglos, yace el joven que «murió por amor». Muy débil, y casado con una robusta princesa, los médicos recomendaron la separación hasta que mejorase su salud, pero Isabel, recordando los preceptos de las Escrituras, «ningún hombre se separe», puso el veto al consejo y poco después el delicado príncipe murió.

Fuimos a parar a un mundo blanco. Caían grandes copos de nieve y a la mañana siguiente la plaza de la catedral mostraba ante nosotros un cuadro melancólico. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de nieve y seguía nevando. Un pequeño y paciente asno con cántaros de leche en los serones, parado frente a una puerta en espera de su dueño, bajaba su cabeza contra el viento y la nieve. Algunos monjes con capuchas cruzaban la plaza cautelosamente, camino de la iglesia. Grupos de muchachas vestidas de alegres colores se abrían paso hacia la catedral. Las calles se hallaban fangosas y casi desiertas, y Ávila parecía más que nunca algo hermoso y muerto bajo un manto blanco.

Mientras tanto, Pepe anunció que las carreteras estaban siendo despejadas y que, saliendo temprano, podríamos hacer el viaje a Madrid con seguridad. Brigadas de obreros habían comenzado los trabajos en los muros de la ciudad, y recorrimos un largo trecho atravesando montañas sobre el duro suelo de la carretera ya despejada. A nuestro alrededor, kilómetros y kilómetros de blancura. La húmeda y resplandeciente nieve colgaba de cada pequeña rama del bosque montañoso.

Campeños de rostros enrojecidos y sonrientes se divertían con los apuros de aquellos que, impacientes, trataban de pasar delante de otros coches, metiéndose sobre los montones de nieve formados al margen de la carretera. Doce grandes bueyes uncidos a un barredor de nieve trabajaban duramente. Alcanzamos la cumbre sin dificultad, y desde lo alto contemplamos un cuadro panorámico como de un país de hadas. Aquel puerto es bien conocido de los jóvenes madrileños que van allí regularmente en el invierno para esquiar. Pronto fuimos descendiendo por la otra vertiente y empezamos a rodar bajo el cálido sol de la llanura.

Ávila es más que una ciudad de la Edad Media: es un símbolo, el símbolo de una España mística, medieval, casi fanáticamente religiosa. Conocer Ávila es comprender muchas cosas de la política.

6

Martínez Barrio continuaba siendo jefe del Gobierno.

Circulaban los rumores de costumbre. La prensa extranjera, tan groseramente injusta con la España republicana, describía lúgubrementemente el «terror y tensión» en Madrid, un domingo por la mañana, debido al «miedo de un levantamiento sindicalista o anarquista». No se insinuaba, ni siquiera en la prensa sensacionalista extranjera, un peligro comunista. En aquel día de «terror», cuando, según un periódico de Londres, se nos tenía encerrados en nuestras casas, yo me paseé en coche durante más de una hora por el Retiro, grandioso parque situado en el corazón de la ciudad, y allí encontré miles de hombres y mujeres jóvenes paseando y flirteando alegremente bajo el sol. Madrid estaba aquella mañana tan tranquilo como Nueva York o Londres.

¡Lo más serio que sucedió fue una huelga de camareros! Al día siguiente, en las Cortes, Prieto interpelló al Gobierno sobre el conflicto. En su réplica, el portavoz del Ejecutivo atribuyó a la campaña de los socialistas la causa del disturbio. No era verdad. La huelga fue promovida por sindicalistas y anarquistas, y las denuncias del Gobierno sobre la preferencia de estos por la violencia palidieron ante el formidable ataque del orador socialista. Este recordó a las derechas que, durante el gobierno de Azaña, un levantamiento anarquista había sido duramente reprimido y, a consecuencia de ello, las derechas habían atacado a don Manuel por su severidad.

«¿Qué es lo que motiva la intranquilidad? —gritaba Prieto—. La impía alianza del partido de Lerroux con los reconocidos enemigos de la República».

Y aquello era verdad, en parte.

7

Al cabo de un mes, cuando se reunieron las Cortes, Martínez Barrio dimitió y Lerroux fue nombrado jefe del Gobierno. Pero en el fondo no estaba todo tranquilo. Martínez Barrio, un republicano cabal, con una ideología democrática, que no se avendría a componendas por el poder, miraba con recelo la alianza de su jefe con los enemigos del régimen republicano. Muchos contaban con que Lerroux había

prometido derogar las reformas militares de Azaña y restablecer en sus puestos a centenares de oficiales antirrepublicanos. Cuando propuso ser él mismo ministro de la Guerra, el rumor comenzó a tomar visos de verdad. La estrategia no pasó inadvertida a Martínez Barrio, que hizo sentir su desagrado y, como Lerroux procuraba no romper con su más hábil lugarteniente, a quien en público se refería como «mi hijo espiritual», se echó atrás.

Pero Martínez Barrio no se reconciliaba fácilmente con los extraños compañeros de su jefe. Antes de abandonar la presidencia del Gobierno para dar entrada a Lerroux, ofreció una comida a los periodistas que habían prestado servicio en la presidencia del Consejo durante su permanencia en ella, e hizo unas manifestaciones sensacionales. El lugarteniente de Lerroux rindió tributo a Azaña como al más capaz de los estadistas españoles, con el cual podría cooperar en el futuro. Los cafés zumbaban con apasionados comentarios.

Aquel día, ante unas Cortes abarrotadas, Lerroux leyó monótonamente un corto e insípido discurso, aplaudido por su partido y escuchado en silencio por las formaciones de la coalición.

Seguidamente se levantó Gil Robles.

El joven político era dueño de los destinos inmediatos de España. Con los votos y la influencia podía, tan solo con un movimiento de cabeza, hacer tambalear a Lerroux en su pedestal, en un instante. Algo en su gesto denotaba la arrogante conciencia de poder. Era de estatura mediana y se notaba un ligero abultamiento del vientre bajo su chaleco. Al igual que casi todos los líderes españoles, era calvo. Ningún rasgo suyo era capaz de llamar la atención y entre una multitud habría pasado sin ser advertido. Sus ojos, que denunciaban ausencia de humor y mucha desconfianza, parecían meditar sobre asuntos distantes. Lo estuve observando desde la tribuna diplomática durante horas sin verlo nunca sonreír. Su expresión general sugería enfado, suspicacia, petulancia, disconformidad. Trabajaba incesantemente y mostraba los efectos de ello en sus inquietas maneras y en sus ojos cansados. Era nervioso, y su constante manoseo de la corbata y las peculiares sacudidas de su cabeza, como si tratara de librar su cuello de la fricción de la camisa, revelaban una tensión constante.

Pero sería imposible negar su elocuencia. Era la elocuencia de un intenso sentimiento, del fervor apasionado por una causa o del odio desdeñoso contra un enemigo. Tenía una forma peculiar de elevarse hasta el clímax acelerando la rapidez de sus expresiones y el volumen de su voz aguda; y mientras sus correligionarios atronaban con aplausos, él tomaba un vaso de agua. Carecía de ingenio, de humor, de verdadera ironía, y el efecto de sus discursos dependía de la intensidad de su declamación partidista. Sus admiradores lo proclamaban un Pedro el Ermitaño del siglo xx que venía a predicar y dirigir una cruzada.

Aquel día molestó a sus aliados monárquicos recordándoles que el hecho de ser de derechas no implicaba necesariamente la obligación de ser monárquico. Y debió de sentirse herido el orgullo de Lerroux al advertir que todos miraban a Gil Robles, en espera de que anunciara una política gubernamental, en vez de esperarla del jefe del Gobierno.

En aquella sesión, ninguno de los líderes de la oposición hizo uso de la palabra. Se percibía una indefinida corriente subterránea de enconos penosamente identificable;

Goicoechea, jefe de los monárquicos, aguijoneó a Prieto, y este atacó el contrato de la Telefónica e hizo una desfavorable referencia a Primo de Rivera, el dictador. El hijo de este último, en aquel momento el único diputado fascista en las Cortes, se dirigió furiosamente contra el orador, pero los diputados intervinieron y después de este incidente circuló el rumor de que más de uno había sacado a relucir la pistola. Con todo, el hecho más significativo de este choque se debió a la tentativa de Gil Robles de echar aceite sobre las aguas encrespadas: no era el momento, dijo, de discutir el contrato en controversia, pero, añadió autoritariamente, este se discutiría pronto.

Lerroux, en el banco azul, pestañeó. El joven se arrogaba ya el derecho de hablar en nombre del Gobierno.

8

Llegó la Navidad; su espíritu se dejó sentir momentáneamente sobre los políticos, y por una vez hubo paz. A lo largo de los caminos, campesinos con largas varas conducían pacientemente manadas de pavos al mercado; junto a la calzada, en las calles congestionadas de gente, los animales, contoneándose bajo la mirada vigilante de sus guardianes, se apretujaban con extraña docilidad, ajenos al ruido del tráfico y a la sentencia que los amenazaba. Curiosos y divertidos espectadores se paraban para presenciar la escena y escoger su pavo para la fiesta. En una de las estrechas calles una feria de juguetes se anunciaba por la animación y el ruidoso regateo. Y los amigos que se encontraban en la calle bromeaban alegremente sobre sus probabilidades en la lotería navideña.

9

En un día lluvioso de últimos de diciembre, mi esposa y yo emprendimos el viaje en coche hacia Granada, para asistir como huéspedes de honor a una fiesta de tres días organizada por el Centro Artístico en homenaje a Washington Irving. Por ningún otro autor extranjero sentían los españoles mayor afecto, según me dijo el duque de Alba, ya que ningún otro había hecho tanto por España. Viajamos hacia la antigua y romántica ciudad en medio de un aguacero que otorgaba al panorama una extraña, fantástica belleza, con grandes y negros nubarrones, rotos, aquí y allá, por espacios de luminoso azul. El viento aullaba, la lluvia azotaba las ventanillas del coche, y viento y lluvia ondeaban por la gran extensión de los campos pardos. Las montañas, envueltas en lejanas cortinas de bruma, aparecían a través de la oscuridad misteriosa e irreal. Desde Manzanares, donde comimos, la carretera hasta Bailén da vueltas entre las colinas, y a la luz de una media luna llegamos al lugar histórico que fue teatro del triunfo de los españoles sobre Napoleón.

Allí, a la vera del pueblo, poco más que una aldea, encontramos el parador, y pasamos del punzante frío al interior de una estancia amueblada en azul, donde las llamas de un fuego de leña saltaban alegremente en una chimenea. Nada podía ser más grato, con la lluvia golpeando contra la casa y el viento rugiendo alrededor. La

chimenea era amplia, de ladrillos rojos, sobre una plataforma, también de ladrillos, con bancos cubiertos de blandos cojines azules a cada lado, y en la plataforma, frente al fuego, grandes y cómodos sillones. El olor de la leña ardiendo era agradable, y, después de una cena excelente, permanecimos amodorrados allí hasta la hora de acostarnos. Los dormitorios eran pequeños, impecablemente limpios, provistos de casi todas las comodidades, como un moderno coche *pullman*. Esto era lo típico de todos los paradores.

Por la mañana, el viaje a Granada a través de una encantadora campiña quebrada por montículos y montañas, evocando siglos de dramática historia, fue emocionante. Era fácil imaginarse los pillajes de la caballería mora y al ejército de Isabel la Católica marchando con sus estandartes. Durante algunos kilómetros corrimos entre hileras de verdes olivos. En un campo, una muchachita vestida con traje ligero de verano guardaba cerdos y se frotaba sus pobres manos enrojecidas por el frío. Sobre la empinada vertiente de una colina pacía un enorme rebaño de ovejas, desparramadas desde la base hasta la cumbre. Llegamos al hotel Alhambra Palace a la hora de comer.

Guiados por un encantador grupo de jóvenes, muchachas y muchachos, hicimos nuestra primera visita a la Alhambra, bajo un cielo encapotado, con fuerte lluvia azotando el pavimento del patio de los Leones. Y aquella noche nos llevaron a las cuevas de los gitanos.

Los de aquí no son gitanos nómadas. Durante generaciones han vivido allí en las cuevas, sobre la ladera, en el estrecho camino que conduce al Sacromonte. El comité de festejos había recorrido todos los hogares buscando las más bellas y artísticas bailarinas, que fueron congregadas en una cueva para nuestra diversión. Había oído decir que aquellas estancias eran sucias, pero no las encontré así. La pieza de la entrada estaba impecablemente limpia; las paredes, perfectamente blancas, y de ellas colgaban viejas cacerolas de cobre, pulidas y relucientes. Alrededor, junto a la pared, se sentaban las gitanas, bonitas, graciosas, pintorescas, y a la entrada se colocaban los gitanos con las guitarras. Las bailarinas aparecían solas o en parejas, entregándose a sus danzas expresivas con profundo abandono pero con delicadeza. Bellas y voluptuosas, girando con ritmo cada vez más acelerado, los ojos relampagueantes, sonrientes, eran animadas por las que permanecían sentadas con rítmicos palmoteos de manos y gritos de aprobación. Al servirse el vino, las muchachas bebieron poco y, cuando apareció en la entrada un reportero fotógrafo, el efecto fue mágico, pues las gitanas, como los niños, gustan de ser retratadas. Avanzaron en dirección a mí, dando por descartado que yo posaría, y en un instante me vi rodeado por ellas, algunas de pie detrás de mi silla, otras delante, sentadas con gracia en el suelo. Ziegfeld² no habría podido componer un conjunto más encantador del que formaron del modo más natural aquellas muchachas. El resultado, sin embargo, fue dejar a todo el grupo que me acompañaba fuera de la fotografía, y así apareció en los periódicos: en el centro, un hombre rodeado de su harén.

Cuando pregunté por qué estas exquisitas bailarinas no explotan su arte en París y Nueva York, me contestaron que pronto sienten añoranza de las cuevas, de la soñolienta atmósfera de Granada, del viejo y angosto camino del Sacromonte, y se apresuran a regresar. Algunas, no obstante, han llegado a ser famosas. La historia de

Pepita, por ejemplo, ha sido deliciosamente contada por Victoria Sackville-West.

A la mañana siguiente visitamos el Generalife y, por la tarde, en los bosques de la Alhambra, Sybil descubrió la lápida que daba a la vía principal el nombre de Irving. Visitamos el panteón de los Reyes Católicos, más impresionante para mí que la tumba de Napoleón. En la última noche de la fiesta, una compañía de actores profesionales representó una comedia escrita para aquella ocasión sobre la vida de Granada que conoció Irving. Al llegar al palco, adornado con la bandera norteamericana sostenida por una enorme águila de bronce, la orquesta tocó el himno *América*, y todo el público se puso en pie. Después, el cuerpo consular entró en el palco, y el cónsul alemán, como decano del cuerpo, nos dio la bienvenida oficial. Se presentó entonces un grupo de encantadoras jóvenes, del que se adelantó una, María Luisa Hernández, que leyó un amable discursito en perfecto inglés. Luego dio comienzo la representación.

De vuelta a Madrid, pasamos otra noche en el parador de Bailén.

2 Se refiere a Florenz Ziegfeld, un empresario estadounidense famoso por sus espectáculos de bailarinas inspirados en el Folies Bergère francés.

Comienza la reacción. Personalidades

El banquete del presidente dedicado al cuerpo diplomático a comienzos de enero inaugura la temporada de las recepciones oficiales. A nuestra llegada atravesamos el patio del palacio entre filas de oficiales, subimos la amplia, hermosa escalinata de mármol, saludados cada tres escalones por la guardia presidencial, que vestía uniforme azul, rojo y blanco, con dorados cascos empenachados, y fuimos recibidos por el presidente Alcalá Zamora y su atractiva esposa en uno de los magníficos salones del palacio.

Habíamos sido advertidos de que pasaríamos mucho frío y la sangre se nos congelaría en aquella helada atmósfera del inmenso edificio, sin embargo, ese año grandes troncos ardían en todas las salas. La comida tuvo lugar en el vasto salón de banquetes, en una mesa enorme con grandes candelabros de plata colocados a intervalos e islas de flores en el centro. El menú era digno de la tradicional estancia, pero mi procaz vecino de mesa, un monárquico de corazón, comentó agriamente el uso de la platería real. Después de disfrutar de café, licores y cigarros en un salón adjunto, entramos en el del trono, donde tenía lugar la fiesta, y yo me senté justamente detrás de Alcalá Zamora, al lado opuesto del trono vacante, interesante entonces como una pieza de museo.

El espectáculo consistía en una exhibición de baile a cargo de la incomparable Argentina. Completamente sola, sin música, aquella noche danzó con su acostumbrada brillantez: *Serenata*, *Danza de la Ópera*, *Niña brava*, *Tango flamenco*, *Navarra*, y cerró la representación con *La corrida*, la apasionada y tempestuosa danza de los toros. El acompañamiento musical fueron sus castañuelas, sin perder una nota, sin un solo sonido que no tuviese el tono preciso. En manos de la Argentina, las castañuelas eran música y elocuencia. Sus bruscos cambios de expresión en cada una de las variaciones de la danza resultaban fascinantes. No tenía edad, aunque su esbeltez de muchacha simbolizaba el espíritu de la alegre juventud. Llamada por el presidente al final del programa, se presentó sonriente, sonrojada y tímida. Fue una noche agradable, sin que se insinuara la tensión política del momento, y cuando salimos, a las dos de la madrugada, los guardias aún permanecían en las escaleras, inmóviles como estatuas.

2

Unos días después, Pita Romero, ministro de Estado, dio su primer banquete a los jefes de las misiones diplomáticas en el ministerio, tan feo y austero por fuera como rico en posibilidades insospechadas por dentro. Subimos la ancha y alfombrada escalera hasta la terraza del patio, para disfrutar de unos cócteles en las habitaciones

del ministro. La comida fue servida en una gran mesa en forma de herradura, en el patio, rodeado de balcones con colgaduras de preciosos tapices antiguos, y la iluminación indirecta daba la impresión de que nos encontrábamos bajo la luz del día. La sorpresa del menú fue servir vodka y caviar. Para que esto no sea mal interpretado, debe aclararse que Pita Romero se situaba en el centro del arco político, si no en la derecha, e indudablemente era católico. Después de la cena, se sirvió café y licores en la terraza, que ofrecía una gama de animados colores, hasta la madrugada, pues el viejo comedor que se abría a ella fue destinado a los danzantes.

Pita Romero era muy joven, elegante, la cabeza bien formada, el cabello negro, grandes y expresivos ojos, y de modales agradables. Existía mucho desconcierto sobre el milagro de su rápida ascensión, pues no era el tipo de personalidad que atrajera a los arribistas que rodeaban a Lerroux, sino, más bien, hombre independiente antes que de partido, pero era favorito personal de Alcalá Zamora. Discurría con rapidez, tomaba decisiones con energía, actuaba sin titubeos y siempre de buena fe. Cualquier idea de su carácter político se diluía en el encanto de su personalidad. Me impresionó como devoto católico y firme republicano.

Desde la cena presidencial hasta el mes de junio se sucedieron diversos actos diplomáticos que pronto se hicieron enervantes. Entre los diplomáticos había algunas personalidades que habían desempeñado papeles relevantes en la transición de la monarquía a la República.

Mi primer contacto con el cuerpo diplomático tuvo lugar la misma noche de nuestra llegada, cuando la princesa Elizabeth Bibesco, esposa del ministro rumano e hija del estadista inglés Asquith, nos telefoneó para invitarnos a comer al día siguiente. Conocía yo a la princesa como autora de inteligentes novelas epigramáticas y sabía que, cuando su marido estuvo en Washington, ella conquistó fama de desairar a los impertinentes. Menuda, hermosa, brillante, con chispeante inteligencia en la conversación, encontré en ella a la persona más fascinante de todo el cuerpo diplomático. Educada en la atmósfera política del hogar paterno, bajo la influencia de una madre extraordinaria, tenía una visión penetrante de la actualidad. Un día me enseñó un álbum de recortes con artículos escritos por ella anónimamente sobre cuestiones políticas norteamericanas y para un periódico de Londres. Era amiga de Azaña, que la admiraba, y a quien ella criticaba en su misma cara, adoptando el papel de *enfant terrible*. Contaba al mismo tiempo con la amistad de José Antonio Primo de Rivera, tras cuya muerte escribiría una novela dedicada a su memoria. Desgraciadamente, un cambio de política en Rumanía determinó que su marido fuese llamado a su país poco después de mi llegada a Madrid. Con frecuencia ella actuaba de anfitriona para el embajador británico, *sir* George Graham, que era soltero.

Sir George, que había de ser después uno de mis mejores amigos entre los embajadores, ascendió en la carrera diplomática casi peldaño a peldaño, en París. Pese a ser favorito de Curzon, este nunca le perdonó que rehusara la embajada de Alemania, que se consideraba el puesto más importante para los ingleses. Si bien era soltero, tenía excelente gusto para la moda femenina y, estando en París, con mucha frecuencia hacía las compras para *lady* Curzon. Muy alto, ligeramente inclinado de espalda, un poco tímido, lo hallaba invariablemente simpático, interesante, muy humano. Un día, al observar una atractiva pintura de paisaje en una pared, pregunté

por el nombre del artista. Me respondió, ruborizado, que era obra suya. Escribía novelas cortas para distracción propia, y ocasionalmente se las enseñaba a sus íntimos; estaban compuestas con mucha inteligencia, pero le horrorizaba la idea de que se publicaran. Me resultó impresionante su presciencia y su penetración política, capacidades que yo había de echar en falta en la mayor parte de los diplomáticos de carrera. Su posición como embajador de la patria de la reina de España seguramente no fue fácil en el momento de la caída de la monarquía, pero en todos sus actos se condujo meticulosamente correcto. Pese a ser conservador por tradición, sus observaciones y su experiencia le habían dado una visión liberal de las cosas. Era el más animado y provechoso compañero para conversar junto al fuego que yo he conocido. Mentalidad abierta, sentido del humor y persuasión. Después de su retiro, continuamos la relación por correspondencia, y a su muerte me legó algunas de sus escogidas piezas de plata vieja.

El nuncio, monseñor Tedeschini, ahora cardenal y arcipreste de San Pedro, vivía en la parte más antigua de la capital en un palacio que se desmoronaba y que ya era viejo cuando el Vaticano lo adquirió, hacía generaciones. Tan estrecha era la calle donde estaba emplazado, que un coche grande tenía que andar con precaución. Tedeschini era alto, elegantemente delgado y agraciado, con finos rasgos sutilmente cincelados, como los de un camafeo, con ojos expresivos y elocuentes. Voz vibrante de cordialidad y modales cálidamente amistosos. Su presencia se hacía notar en medio de cualquier multitud. Muy hábil, con el genio para escoger la palabra correcta y el mejor tono de voz, me impresionó como diplomático al gran estilo de la vieja escuela. Demostró consumada destreza en la transición del régimen monárquico al republicano. Monárquico, sin duda, era, además, realista, y su primordial interés residía en la Iglesia. Cuando figuró como uno de los tres cardenales con más votos en la elección del presente papa, el *Manchester Guardian* informó de la hostilidad hacia él en algunos círculos a causa de su supuesto consejo de no comprometer a la Iglesia irrevocablemente en la causa de Franco. Yo siempre lo recuerdo con sus vestiduras rojas en los banquetes y tal como lo vi muchas veces, paseando solo por los remotos lugares de la Casa de Campo, leyendo al mismo tiempo que caminaba, seguido de su coche que lo recogía luego para llevarlo de vuelta hacia el viejo palacio.

El conde Welczeck, embajador alemán, fue íntimo amigo y compañero de caza del rey. Había ingresado en el servicio diplomático de mala gana, ante la insistencia de su padre. «Yo siempre quise ser agricultor», me confesó un día. Pertenecía a una vieja familia *junker* de terratenientes; era un aristócrata completo, hombre de mundo, amante de los placeres e infatigable en el baile. Aparentaba ser observador superficial, poco interesado en problemas políticos o diplomáticos, pero esta afectada frivolidad era una máscara. Era un diplomático de los días del emperador, amigo de Hindenburg, y encontraba repugnantes a los nazis y peligroso a Hitler. En cierta ocasión, en el jardín de mi casa, me habló con franqueza, y entonces conocí sus verdaderos sentimientos. Trasladado a París, al cabo de ocho años dimitió, antes de que diera comienzo la Segunda Guerra Mundial. Años después lo vi en Chile. Sus grandes propiedades fueron confiscadas por los comunistas y sus ingresos, reducidos a la nada.

Jean Herbette, embajador francés, presumiblemente socialista y hábil periodista,

había sido un anatema para la aristocracia española a causa de su ideología y de su misión diplomática en Moscú; era el favorito principal de los partidos de izquierda. Frío, distante, poco atractivo en lo personal; en general, no gozaba de popularidad. Después de la caída de Irún en los primeros días de la guerra fascista, abandonó con cínica indiferencia a sus viejos amigos y cultivó asiduamente la amistad del comandante fascista de Irún. «¿Era socialista?», pregunté años después a un diplomático francés. «No, era herbettista».

Sentía yo afecto por Robert Everts, el embajador belga, y por Jean Perłowski, el ministro polaco, hombre de gran atractivo y cultura, interesado en libros y pinturas. Asociado con Paderewski en los años en que el gran pianista abandonó su arte por su país, Perłowski guardaba muchos recuerdos de su ilustre compatriota. Una vez, estando sentado junto a él, en una conferencia, el artista observó que su auxiliar movía los dedos sobre la mesa y le preguntó si tocaba el piano. «Toqué un poco, cuando era joven», contestó Perłowski. Una expresión de inefable tristeza apareció en el rostro de Paderewski. «También yo tocaba —dijo—. También yo tocaba».

3

Las elecciones municipales de enero de 1934 dieron en Cataluña una victoria aplastante a las izquierdas. Azaña y Prieto habían tomado parte allí en diversos actos durante la campaña electoral, bajo la consigna de salvar a la República. El cambio de corriente desde las elecciones anteriores del mes de noviembre produjo cierta desazón a los que estaban en el poder. Y Lerroux continuaba preocupado acerca de la desafección de Martínez Barrio, debida a la estrecha alianza de su formación con los enemigos de la democracia y de la República. El aire estaba lleno de rumores. Para escenificar su falsedad, los radicales organizaron un banquete en el Ritz en honor de su líder, en el transcurso del cual este y Martínez Barrio intercambiaron palabras de cumplido, y Lerroux anunció que el partido nunca aceptaría las cadenas de las derechas y que él moriría por la República. Se dio por cierto que la declaración era el precio fijado por Martínez Barrio para permanecer en el redil. Pero esta escena de reconciliación familiar no contuvo a la coalición gobernante en su propósito de incrementar sus esfuerzos para dividirlos y, así, conseguir el aislamiento de Lerroux.

A principios de febrero, Martínez Barrio, en una entrevista, desaprobó una parte del programa de la coalición gobernante, y al día siguiente las Cortes se hallaban atestadas, en espera de una escena dramática. Cuando Lerroux entró en la cámara, parecía muy viejo y cansado.

Gil Robles lanzó un ataque contra el lugarteniente de don Alejandro, con modales y ánimo imperativos, exigiendo una explicación sobre sus palabras. Pidió ser informado de si Martínez Barrio, como ministro, impondría la ley y el orden. Si así era, Gil Robles y su partido continuarían apoyando al Gobierno. Martínez Barrio irguió su gran corpulencia en el banco azul. Hombre de robusta constitución, físicamente impresionante, aumentaba la impresión de su fuerza con su manera directa de hablar. Aquel día no se hallaba con ánimo de contrición, y no trató de defenderse ni de suavizar el resentimiento de sus arrogantes enemigos. Ciertamente,

dijo, no estaba de acuerdo con todo el programa del Gobierno y, cumpliendo sus deberes ministeriales, no toleraría ninguna interferencia de sus colegas desde dentro ni de sus enemigos desde fuera. ¿Mantener el orden? Él lo mantendría contra «todos los enemigos de la República, ya fueran de la derecha o de la izquierda, socialistas, monárquicos o fascistas».

Como no era en manera alguna lo que deseaba oír, Gil Robles apeló a Lerrooux. El viejo y cansado político, duramente presionado, replicó que el Ejecutivo estaba por la legalidad y el orden, y que él estaba dispuesto a favorecer incluso una ley más fuerte para su mantenimiento.

Resultaba evidente que habían sido planeados dos actos para el drama de aquel día: uno, expulsar del Gobierno al demócrata Martínez Barrio; y otro, estigmatizar a los socialistas como enemigos públicos a los que había que suprimir. Prieto, con la ira de un toro enfurecido, embistió contra los conspiradores y, a despecho de las mofas, pronto se impuso y se irguió retador contra sus enemigos. ¿Se había unido la coalición en el poder para perseguir a los socialistas? ¿Deseaban una batalla? Entonces, que venga esta, gritó. Que se privara a los socialistas de una de sus prerrogativas parlamentarias o constitucionales y ellos contestarían en la calle.

Dos históricos acontecimientos se previeron aquel día: la salida del demócrata Martínez Barrio del Gobierno y el levantamiento de octubre.

4

Al siguiente domingo, en un teatro de Madrid, asistí por primera vez desde mi llegada a España a un mitin político para oír hablar a Manuel Azaña. Cuando llegué, ya hacía una hora que había comenzado. Las puertas del local se cerraron para evitar aglomeraciones, pero un funcionario me hizo entrar y presencié una escena tremendamente impresionante. El teatro estaba atestado hasta el segundo piso y los pasillos en la planta baja rebosaban de gente en pie. Azaña hablaba en tono de conversación, con ingeniosas inflexiones que provocaban la risa y a intervalos, tormentas de aplausos. Estaba advirtiendo de que, bajo el dominio de Gil Robles, el Gobierno de Lerrooux se inclinaba hacia la extrema derecha. Aunque él no estaba de acuerdo con todo el programa de los socialistas, la preservación de la República reclamaba la unificación de todos los partidos republicanos de izquierda. Un discurso de estadista, moderadamente fraseado, exento de demagogia, que duró más de dos horas, sin que una sola persona saliera del local, en medio de un silencio absoluto, a pesar de que centenares de personas permanecían de pie en los pasillos. Nunca en mi país he presenciado un mitin político conducido con más decoro ni mantenido en un plano más elevado.

Azaña había previsto otro acontecimiento histórico muchos meses por adelantado: la creación del Frente Popular.

5

Al día siguiente el Gobierno se sentía incómodo. Circulaban rumores de un

levantamiento, no de los comunistas, que todavía no se habían revelado como un peligro, sino de los sindicalistas. Lerroux, que se retiraba habitualmente a las nueve, a media noche iba del Ministerio de la Guerra al de Gobernación. Como se desconfiaba del Ejército, agentes del Gobierno fueron enviados a los cuarteles para hacerse cargo de las líneas telefónicas. Los depósitos de agua quedaron bajo vigilancia.

Al mismo tiempo, el partido de Lerroux estaba dividiéndose. Los verdaderos demócratas y republicanos se agrupaban en torno a Martínez Barrio; los otros, aventureros políticos, se unían a Gil Robles para agredir a Martínez Barrio. En la junta secreta, Lerroux, en un estado de alta tensión emocional, se levantó para anunciar su completa aprobación de la acción de Martínez Barrio, declarar que su partido estaba más a la izquierda que a la derecha y reiterar su devoción republicana. Al referirse a la acusación de que él era desleal a la República, o demasiado débil para defenderla, su voz se quebró y no le fue posible continuar. Un momento de asombro y, después, todos los asistentes se pusieron en pie para prodigar al compungido anciano una prolongada ovación. Otra vez pasó la crisis.

Pero los extremistas de derecha avanzaban de firme, colocando a Lerroux más y más bajo su dictado; y entonces, un día frío y húmedo de abril, Martínez Barrio, que ya había aguantado suficiente, dimitió. Lerroux informó a Alcalá Zamora, quien, ejerciendo su prerrogativa presidencial, sugirió la dimisión de todo el Gobierno. Se dijo que Lerroux fue requerido para incluir en su nuevo Gabinete una mayor representación de los reaccionarios agrarios y a algún miembro del partido de Gil Robles. Pero el nuevo Ejecutivo apenas difirió del anterior. La única sorpresa fue el relevo de Salvador de Madariaga de su puesto de embajador en París para darle el Ministerio de Instrucción Pública. Parecía una disminución de categoría, si bien algunos daban por supuesto que rápidamente sería trasladado al Ministerio de Relaciones Exteriores.

6

Salvador de Madariaga vino a visitarme poco después de su llegada a Madrid. Yo estaba familiarizado con algunas de sus brillantes obras y con su bien merecida reputación intelectual. Era partidario de Inglaterra, donde había tenido una cátedra, en Oxford, y tenía muchos prejuicios contra los Estados Unidos a causa de la negativa de este país a entrar en la Sociedad de Naciones.

Más bien bajo, delgado, con la penetrante inteligencia del profesor grabada en su rostro. Aquel día tuve la impresión de que era un hombre simpático, brillante, ingenioso, un ser humano lleno de buen humor, más idealista que realista, soñador, pero una personalidad. En Ginebra, donde representó a España en la Sociedad de Naciones, había sentado un ejemplo de fidelidad al Convenio que debió de colocar en situación embarazosa a algunos de sus colegas. Era universalmente querido y admirado. Sin embargo, a mí me dio la impresión de ser ajeno a la política interior de su país. Azaña había sido su amigo y su admirador, pero Lerroux lo mantuvo en su puesto. No tenía una marcada filiación hacia ningún partido. Se distinguía por su capacidad para la justa cólera, algo que chocaba al mundo diplomático, y cuando

denunció a los fabricantes de armamentos como fabricantes de guerras, los baluartes de la prensa reaccionaria de París, por motivos nada desinteresados, pidieron su revocación. Yo encontré en él a un ser humano lleno de vigor, brillante, divertido, encantador. Pero las derechas aceleraban la marcha para poner fin a la carrera ministerial.

7

El Madrid de aquella época acogía a numerosas personalidades ajenas al ámbito de la política. En un banquete dado en honor de Catalina Bárcena, la actriz española, y Martínez Sierra, el dramaturgo, autor de *Canción de cuna*, conocí a Benavente, famoso dramaturgo, ganador del Premio Nobel, quien, a despecho de su avanzada edad, regularmente producía una o dos alegres comedias cada temporada. Era un hombre diminuto, calvo, de poblado bigote gris, con barba que no se extendía bajo la barbilla y ojos burlones. Algo en su apariencia recordaba a D'Annunzio, posiblemente una semejanza en la figura y en la forma del cráneo, o en lo atildado de su atavío, pues ningún joven calavera podría ser más esmerado en el vestir que Benavente. Advertí sobre todo sus pequeñas y bien formadas manos y el exótico anillo que resaltaba en uno de sus dedos. Lo vi con frecuencia, después, sentado en la terraza de su café favorito, en San Sebastián. Era un hombre cortés e invariablemente se levantaba y saludaba inclinándose.

Aquella primavera vi mucho a Pérez de Ayala, el novelista, por entonces embajador en Londres, que se encontraba descansando en Madrid. Esbelto, vestía impecablemente y aparentaba ser más joven de lo que era. Con su dominio del arte de novelar había hablado duramente contra el antiguo régimen. Era uno de los intelectuales más jóvenes que, en los postreros días de la monarquía, introdujo el republicanismo como moda en los círculos artísticos. Gran aficionado del arte taurino y amigo íntimo de Belmonte, el famoso matador de toros. Una tarde fui con él y *sir* George Graham a una corrida. Pérez de Ayala era un compañero ideal para el caso. Conocedor de todas las filigranas del arte del toreo, comentarista inteligente de la calidad de los toros, se agitaba con infantil entusiasmo. Me lamentaba yo aquella tarde de que Belmonte, que se había retirado hacía tiempo, decidiera torear de nuevo, pues ya se había convertido en leyenda y ahora que era viejo se arriesgaba a empañarla o a ser muerto.

—Belmonte es tan bueno como siempre —espetó Ayala.

—Pero no tan joven —repliqué yo.

—¡Ah, pero las piernas de Belmonte nunca fueron buenas y nunca dependió de ellas! Él atrae hacia sí al toro y hace la faena con los brazos, y estos no están viejos. Belmonte no será cogido.

8

El Gobierno de Lerroux avanzaba con rapidez, quizá inconscientemente, hacia la liquidación de la República. Se intentaba promulgar una ley sobre los bienes del

clero. En realidad, los curas siempre habían percibido una miseria bajo el régimen monárquico, pero la Constitución significaba un obstáculo para la reanudación de la paga, puesto que ello implicaría restablecer la vinculación de la Iglesia con el Estado. Sé que algunos fieles republicanos opinaban que había sido un error privar a los curas de sus modestos haberes, pero reincorporarlos a la nómina del Gobierno sería sentar un precedente para la violación de otras disposiciones constitucionales.

Sonriendo cínica y maliciosamente bajo sus bigotes, Lerroux declaró, con cara dura, que la paga no se hacía a los curas, sino a «funcionarios públicos sin trabajo» y sin medios de vida. Los socialistas promovieron una fuerte protesta en las Cortes, pero la gran mayoría de las derechas avanzó hacia su objetivo desmañada pero inconteniblemente, como un tanque.

Fue en el curso de este debate cuando Martínez Barrio hizo historia política al entrar en la cámara y sentarse entre los diputados de izquierda. El cisma en el partido de Lerroux ya no podía disimularse por más tiempo. El domingo anterior, en Sevilla, Martínez Barrio había hecho un llamamiento para la unificación de todos los partidos republicanos verdaderos a fin de defender la República. La formación de Lerroux, dijo, era lógicamente un partido de izquierda, libre de la obligación de obedecer órdenes de las derechas, contrariamente a como se venía haciendo.

Y al día siguiente, Lerroux obedeció nuevas órdenes.

Se discutía una ley de amnistía para los presos políticos de la que los republicanos implicados en conflictos de trabajo eran excluidos, pero de la que se beneficiarían los que habían desenvainado sus espadas para atacar a la autoridad constituida.

En agosto de 1932, el general Sanjurjo había encabezado una rebelión que fue rápidamente dominada, él detenido y condenado a muerte y, posteriormente, indultado de la última pena por el Gobierno Azaña. Bajo la propuesta amnistía, Sanjurjo podría juntarse con sus compañeros de conspiración; Juan March, que había sobornado a sus carceleros para evadirse de la cárcel, podría volver para reanudar sus actividades, y Calvo Sotelo, el ministro de Hacienda de la dictadura de Primo de Rivera, podría comenzar a preparar las maletas para regresar a España.

Prieto tronó en las Cortes contra una medida tan deliberadamente destinada a servir a los mortales enemigos del régimen, pero la suya fue una voz clamando en el desierto. Sanjurjo salió del presidio y se dirigió presuroso a Lisboa para tramar la red de una nueva conspiración. Juan March volvió solapadamente a sus intrigas y Calvo Sotelo se presentaría pronto en las Cortes con alardes de suprema desfachatez.

La ley de Amnistía fue a todas luces un escándalo y poco menos que una traición. La presentó y defendió un estúpido ministerio, como si fuese un mandato del pueblo, pero cuando Prieto propuso que se sometiera a refrendo de la gente, Gil Robles y Lerroux rechazaron la proposición. La ley se aprobó precipitadamente.

Al mismo tiempo, líderes reaccionarios hacían misteriosos peregrinajes a Italia y Alemania, posiblemente buscando asistencia militar de Hitler y Mussolini en sus planes para exterminar a la democracia española. Aunque Gil Robles asistió al congreso nazi en Alemania, no hay certeza de que negociara con los jefes de ese

partido.

Yo no creía entonces, y no lo creo ahora tampoco, que Gil Robles fuese fascista, aunque la inclinación de su partido tendía hacia el totalitarismo, y sus juventudes, que sí eran fascistas, causaban una mala impresión con su consigna «Todo el poder para el jefe». Lo cierto es que, después de la insurrección de octubre de 1934, él rechazó firmemente la proposición del Ejército para el establecimiento de una dictadura. Durante la guerra española sus enemigos más virulentos fueron los fascistas y los militares, y el régimen no le permitió volver a España desde Portugal, donde se había refugiado. Estoy persuadido de que Gil Robles favoreció el sistema parlamentario lo mejor que pudo, porque su partido era el mayoritario y podía haber vuelto fácilmente al poder.

En marzo, Goicoechea, jefe de la escasa minoría monárquica en las Cortes, acompañado por Rafael Olazábal, se entrevistaba en Roma con Mussolini y el mariscal Balbo, y llegaba a un acuerdo preliminar para la participación militar activa de la Italia fascista en la «guerra civil» que se estaba preparando en España. Esta había de ser la técnica del Eje. Por aquel mismo tiempo José Antonio Primo de Rivera apareció en Berlín como huésped del Gobierno nazi y se le rindieron todos los honores.

El embajador español en Berlín, Luis de Zulueta, que se había mantenido en el puesto desde el régimen de Azaña, hondamente preocupado por estas entrevistas, advirtió al Gobierno Lerroux, pero de Madrid no llegó contestación. En consecuencia, presentó la dimisión. Fue reemplazado por el señor Agramonte, que había sido ministro en Praga y era notoriamente hostil al régimen democrático de su propio país. Muy pronto se encontró cara a cara con el encantador Ribbentrop.

El Gobierno Lerroux había estado en el poder solamente dos meses, y la obra de la liquidación del régimen y exterminio de la democracia se realizaba tanto fuera como dentro del país.

10

Pero la conspiración no estaba madura para la rebelión, y los conspiradores se cubrían con la máscara de la lealtad. En medio de estas negociaciones secretas, el Gobierno montó una brillante demostración para el aniversario de la República. Madariaga, ministro de Instrucción Pública, había planeado una serie de notables espectáculos. En la plaza de toros, bajo un sol llameante, se reunieron veinte mil personas para presenciar la representación de *El alcalde de Zalamea*, de Calderón de la Barca, interpretado por una compañía que encabezaba Margarita Xirgu. Grandiosa escena llena de colorido: el cielo azul sin una nube, el aire cálido y fragante, y los alegres colores de los vestidos femeninos que daban un aire festivo al acto. Cuando la banda de música interpretó el «Himno de Riego», miles de personas se pusieron en pie, pues el presidente entraba en su palco. Lerroux, mal vestido, saludó fríamente con una inclinación.

Al siguiente día una muchedumbre se apiñaba en la plaza del palacio real, donde hombres y mujeres entonaban canciones y bailaban danzas de sus provincias de origen, vestidos con trajes regionales, mientras vendedores ambulantes ofrecían

postales con las imágenes de los mártires republicanos de Jaca. Aquella noche, paseando en coche por la Casa de Campo, tropezamos con una larga manifestación de jóvenes que marchaban al son de tambores y cornetas.

11

No cabía equivocación acerca del entusiasmo de las multitudes que celebraban el tercer aniversario de la República, pero, más allá de las apariencias, políticos hostiles a la democracia continuaban apresurando su trabajo de destrucción. Lerroux, sin embargo, tenía complicaciones en palacio. Alcalá Zamora entendió perfectamente la significación de la ley de Amnistía. Si la firmaba, sería con la publicación de una nota que contuviera una enérgica protesta. Mientras la tormenta bramaba en la calle, el presidente, sentado y con la frente cerca del papel, escribía.

Lerroux fue llamado a palacio. Alcalá Zamora, con expresión muy grave, exteriorizó su malestar con el comentario de que equivalía a su dimisión. Lerroux fingió perplejidad. Bajo la ley constitucional, el presidente no podía hacer pública su protesta, a menos que fuera respaldada con la firma de miembros del ministerio. Lerroux rehusaba firmar ningún papel que implicara una condena de su actuación de gobierno. Presentó la dimisión, y Alcalá Zamora publicó su protesta. Gil Robles murmuró algo acerca de formular una acusación y hacer de Lerroux el presidente de la República, pero el viejo, sabio por los años, no se impresionó.

Para entonces, se estaba ya produciendo una reacción contra las derechas en el poder. Lo que menos deseaban, y lo que más temían, era una disolución de las Cortes y la celebración de elecciones tan solo cinco meses después de su triunfo electoral. Los verdaderos amigos del régimen estaban ahora convencidos de que la República se veía amenazada y la clase trabajadora ya había comenzado a movilizarse para la lucha. Sin embargo, antes daría una noble advertencia.

Gabino, mi mayordomo, me despertó una mañana con una cara lúgubre y el anuncio de que no habría pan para el desayuno, pues se había declarado una huelga general de veinticuatro horas y en la ciudad se hallaba todo cerrado. Así, imitando la idea de María Antonieta, en vez de pan, comimos pasteles calientes. Contemplé por las ventanas las calles desiertas. Ni un taxi a la vista. Las cortinas de las tiendas estaban echadas y reinaba un silencio de mal agüero. ¿El motivo? Lerroux había negado permiso a los socialistas para celebrar un mitin, mientras concedía autorización a Gil Robles, y la respuesta fue el silencio en las calles.

12

Con todo, durante estos días verdaderamente críticos todo estaba tranquilo. Nadie era molestado en las calles y las principales carreteras en las afueras estaban despejadas, como comprobé en un paseo hacia El Pardo y la famosa ciudad de Guadalajara. El palacio de El Pardo era mi favorito. Construido en 1547, en los tiempos de Carlos V, había sido habitado sucesivamente por todos los monarcas. La villa es bastante gris, pero poco más allá del pueblo se encuentra el parque de caza

de los soberanos, donde la realeza ha cazado durante siglos. Es un terreno quebrado, con desmedrados robles verdes sobre un fondo amarillo. Desde sus alturas, la vista de la capital a distancia es soberbia. El palacio era lo que atraía mi imaginación. El patio, con sus grandes baldosas desgastadas, las ventanas de las buhardillas del viejo edificio, las anchas y austeras escaleras de granito, todo hablaba de vetustez, pero las habitaciones más pequeñas dan al conjunto el encanto de lo sencillo y la impresión de que una familia ha vivido allí en la intimidad. Excepto por los muebles, se han hecho pocos cambios durante siglos. La historia se desparrama familiarmente por todos sus acogedores rincones. El pequeño teatro, construido por Isabel II, cuyo rústico escenario ha sido pisado por varios de los más grandes histriones de la época, iluminaba la corte de aquella alegre dama. Desde ese viejo palacio, María Cristina y Victoria habían ido en coche a Madrid para sus bodas; aquí Zita, la desgraciada emperatriz de Austria, encontró refugio con su corte de cuarenta cortesanos; aquí Otto, su hijo y heredero, vino para pasar su convalecencia, y dentro de estos muros el infortunado príncipe de Asturias pasó días de soledad.

13

Cuando regresamos a Madrid, Lerroux ya no era jefe del Gobierno más que por delegación. Cuando Ricardo Samper lo sustituyó, fue meramente el cambio del amo por el subordinado. Samper era un político provinciano, de escasa capacidad, sin ningún prestigio ni firmeza. Habría sido difícil encontrar una persona menos atractiva. Hombre pequeño, feo, sus ojos saltones y su gran nariz le daban la apariencia de una rana. Se movía con grotesca solemnidad. De agudeza, gracia o elocuencia no tenía nada. Se daba por descartado que el suyo sería un mandato fuerte, para un mes, hasta que Lerroux volviese a su antiguo puesto. En momentos tan críticos, parece increíble que una persona tan incompetente pudiera ser colocada al frente del Gobierno, a menos que la coalición de derechas lo hiciera a propósito para ponerlo en ridículo. Se diría que se mofaban de la República.

El efecto de la amnistía fue pronto ostensible, cuando los encarnizados enemigos del régimen democrático, que habían financiado insurrecciones y desenvainado la espada para combatirlo, volvían con la intención de zambullirse de nuevo en las viejas conspiraciones. Otra vez la maligna y enjuta figura de Juan March se veía vagando por los salones del Palace, y Calvo Sotelo se incorporó a su puesto en las Cortes con la condescendencia de un vencedor, divirtiéndose con burlas a la democracia y abiertas obstrucciones al régimen.

Calvo Sotelo oscilaba todavía entre los treinta y cuarenta años cuando fue ministro de Hacienda bajo la dictadura de Primo de Rivera, y le quedó fama de haber sido un genio en su cargo. El estado de la Hacienda al advenimiento de la República, no justificaba dicho prestigio, pero este había echado raíces. Era un hombre de buena apariencia, delgado, de cabello negro y alisado, pronunciados rasgos aristocráticos, y que se conducía con gracia y alguna distinción. Su odio a la República, su desprecio a la democracia, su impaciencia por las reformas sociales, su devoción obsequiosa a los situados en las alturas lo hacían particularmente detestable para los demócratas. Era, de hecho, un fascista, un hombre experto y

audaz, aunque capaz de usar medios despóticos para implantar «ideas recién inventadas». Indudablemente, tenía grandes cualidades para la acción, y su valor personal era incuestionable. A despecho de su intensa actividad, era estudioso. Era el orgullo y el agente de la plutocracia que instauró a Hitler en Alemania y a Mussolini en Italia.

A su regreso no perdió tiempo en hacer valer sus derechos. En un debate sobre el presupuesto, encontró la oportunidad, y la audacia de su acción y la arrogancia de sus modales lo retrataron inmediatamente, con creces, como el más peligroso y capaz de los enemigos del régimen democrático.

Pero contemplando la escena desde la galería diplomática de las Cortes, para mí estaba clara la presencia de algo que no se compaginaba con el cuadro. Él, el más capacitado entre las derechas, en una cámara llena de derechistas, estaba siendo desairado. El recibimiento que le hicieron fue frío. Sus maneras no eran afectuosas y su arrogante condescendencia hacia sus colegas no despertaba simpatía, pero había algo más profundo en el misterio.

Y la intriga creció cuando se levantó Prieto a contestar y las Cortes, en ambos lados, dispensaron al orador socialista y primer ministro de Hacienda de la República una acogida asombrosamente simpática. Obligado a replicar sin previa preparación, expuso las condiciones en que Calvo Sotelo dejó la Hacienda y cómo él la había encontrado, y aquel día las derechas se unieron a la ovación que se le tributó. Cuando se terminó la sesión, el aplauso se repitió en la calle, mientras Calvo Sotelo era recibido con gritos de: «Vuélvete a París». Incluso la prensa de derechas, al día siguiente, reconoció la unánime aprobación de la réplica de Prieto.

El incidente constituyó tema de general expectación. Indudablemente, Calvo Sotelo había vuelto con la determinación de apoderarse de la jefatura del movimiento contra el régimen democrático, y tales planes entraban en conflicto con los de Gil Robles y su partido. Calvo Sotelo no podía ser «puesto en su lugar» demasiado pronto.

14

Entonces, por un momento, todo permaneció otra vez tranquilo en la superficie, y Alcalá Zamora se mostró sonriente y feliz en la cena que le ofrecí en la embajada. Llegó bien protegido, como el rey lo estuvo en ocasiones semejantes, con el paseo del Cisne lleno de tropa de caballería y soldados de infantería armados con rifles. También había fuerzas armadas en los jardines adyacentes a la Castellana. Aquella tarde, la policía vino a preguntar en qué lado de la casa se hallaba situado el comedor. Un huésped americano, al entrar en el paseo del Cisne, se sorprendió tanto por aquel alarde de fuerza militar, que casi se volvió atrás. Pude comprobar que cuanto más complicadas eran las precauciones de la policía, más a su placer estaban los invitados en tales ocasiones. Un poco antes, en una comida ofrecida por el embajador británico a los ministros, encontré la calle tan congestionada de gente armada que pregunté a *sir* George Graham si había alguna razón especial para aquello. «Bueno —dijo *sir* George—, tengo prácticamente aquí a todo el Gobierno, y una bomba lo barrería todo». Después, sonriendo, añadió: «Además, también yo

estoy aquí». Había solicitado protección.

Aquella noche, en mi casa, Alcalá Zamora se hallaba de excelente humor, reía, hacía chistes, aparentando no temer al futuro político. Según me manifestó, atribuía al sistema de una sola cámara todas sus complicaciones y lamentaba la falta de un Senado. Pero ese día no dejó entrever ninguna preocupación sobre la crisis política. Pregunté a uno de mis invitados, un viejo y cínico diplomático con muchos años de servicio, qué sucedería. «Nada, nada en absoluto —dijo—. En España nunca ocurre nada».

Retratos y fasto

En medio de la crisis, una brillante fiesta pronorteamericana celebrada en Toledo produjo un milagro en España: una momentánea reunión social de los partidos opuestos. Para mí, Toledo es la ciudad más fascinante de España. El granítico palacio del Alcázar atrae especialmente la atención del visitante que llega. Su fachada es interesante, pintoresco su patio enlosado, con sus galerías, pero nunca me sentí emocionado por esta enorme mole de granito, y su destrucción, durante la guerra fascista, no me produjo ninguna impresión. Entrando en la ciudad por la antigua puerta árabe, y subiendo por la carretera de la colina, se llega a la histórica plaza. Un implacable sol cae sobre ella por la mañana, pero todas las noches, desde el comienzo de la primavera hasta últimos de otoño, buena parte de la población bulle en torno a las mesas de cafés y bares que la ocupan conversando y bebiendo refrescos. En la hora del crepúsculo, la imaginación se excita fácilmente. Allí está la Puerta de la Sangre, gran entrada de piedra a la plaza, por la cual desfilaban las víctimas de la Inquisición hacia su muerte en la hoguera levantada en el centro, bajo la mirada fría de los dignatarios civiles y eclesiásticos que presidían el espectáculo desde el balcón. Innumerables veces he pasado bajo ese arco para descender los escalones, gastados por los siglos, hacia la callejuela donde existía la vieja posada llena de colorido, con la atmósfera de los tiempos lejanos en que don Quijote espoleaba a Rocinante en sus aventuras; pues esta antigua posada que ofrecía refrigerios a hombres y a bestias en la época de Felipe II continuaba su originario servicio. El pequeño patio, con sus decrepitos y hundidos balcones sobre los cuales se abren las habitaciones de los huéspedes, tenía la fragancia del siglo XVI. Desde allí alguna vez Cervantes contempló animadas escenas: el ufano caballero, el labriego sudoroso, el cortesano que deambulaba, las aves del corral picoteando en busca de migajas, y olió como ahora los mezclados aromas de cocina y de establo. Las aves domésticas todavía picoteaban y cloqueaban en el patio, y en días de mercado el establo se llenaba de borricos, y los labriegos comían allí sus almuerzos caseros. ¡Ay!, los salvajes bombardeos de Toledo pronto destruirían esta preciosa posada de Cervantes, una pérdida para mí mucho más grande que la destrucción del alcázar.

Siempre andaba yo por las estrechas y retorcidas calles, hasta la vieja iglesia de Santo Tomé, para sentarme en silencio frente a la obra maestra del Greco, *El entierro del conde de Orgaz*. Aquí, este rico y poderoso noble había sido enterrado mucho antes de que el artista lo inmortalizara con su pincel. El templo es pequeño y pardusco y, a no ser por la incomparable pintura, que atrae a los amantes de la belleza desde todas partes, no valdría la pena visitarlo.

La casa llamada del Greco puede o no haber sido su domicilio, pero incuestionablemente perteneció a Samuel Levy, un judío muy rico a cuyas fabulosas reservas de oro los reyes acudían para sus necesidades, hasta que Pedro el Cruel

descubrió que era mejor negocio robar los vastos depósitos de oro de los pasajes subterráneos que pagar capital e intereses. Cerca de esta casa de Levy está la vieja sinagoga judía que él regaló a sus correligionarios. Los árabes la toleraron, pero los cristianos, menos liberales, expulsaron a los judíos para usarla como iglesia; los adornos e inscripciones hebreos fueron cubiertos con yeso, que escondió su belleza, pero el yeso ya ha sido eliminado. Este es el monumento a Levy, el judío que depositó su fe en los reyes.

Pero la gloria de Toledo es su catedral, a pesar de que este magnífico e imponente edificio está tan cercado por callejuelas que uno tiene que irse al campo, más allá del Tajo, para contemplar su silueta destacándose sobre el cielo en su verdadera grandeza. Desde aquí, durante siglos, los cardenales han dirigido la vida espiritual y la vida temporal del reino; aquí una veintena de ellos o más hallaron sus tumbas, y sus capelos penden del techo. En la sala del cabildo se exponen los numerosos retratos de estos seculares dignatarios, y en otra se encuentran los vívidos rostros de los *Discípulos*, obra del Greco. En la sala del tesoro pueden contemplarse a través de los cristales incalculables riquezas en oro, plata, piedras preciosas, antiguos ropajes episcopales incrustados de joyas y una gran cruz labrada con el primer oro que Colón trajo del Nuevo Mundo. Tres cerrojos protegen estos tesoros de los intrusos, y las tres llaves necesarias para abrir la pesada puerta están en manos de tres sacerdotes.

Nadie puede permanecer dentro de esta hermosa catedral con sus ventanales de policromos cristales, su soberbia procesión de la Cruz labrada en mármol, sin sentir emoción y respeto. «Es más impresionante para mí que la catedral de San Pedro», me dijo el doctor Harry Garfield, del Williams College, cuando le acompañé para enseñársela.

Pero nunca es Toledo tan encantador como durante la noche, cuando uno deambula por sus retorcidas y angostas calles bañadas por la luz de la luna, bajo los misteriosos balcones de donde viene el rasgueo de las guitarras, las carcajadas, las quejumbrosas melodías del canto flamenco. Si las casas parecen austeras desde fuera, el enterado conoce la belleza, gusto y encanto que las adorna por dentro, y detrás de los rígidos muros de piedra se esconden los patios con cantarinas fuentes y naranjos y palmeras.

2

A una comisión venida de Toledo, Ohio, en peregrinación a Toledo, España, le fue dispensada una brillante acogida. La locomotora del tren que la conducía, y en la que ondeaban las estrellas y las barras de la bandera de los Estados Unidos, entró en la estación al mismo tiempo que una banda militar tocaba nuestro himno nacional y una flotilla de aviones volaba a baja altura. Al cruzar el viejo puente romano se hizo entrega a los visitantes de las llaves de la ciudad, mientras lindas muchachas ataviadas con alegres trajes les arrojaban rosas rojas desde un balcón. En la plaza, llena de gente que gritaba con entusiasmo, pasamos revista a los soldados que desfilaban ante nosotros, y después, por la angosta calle, con colgaduras en todas las ventanas, con rizadas serpentinas de todos los colores ondulando de un lado a otro,

con sonrientes muchachas que arrojaban una lluvia de pétalos de rosas desde los balcones, nos dirigimos al edificio del ayuntamiento, donde, desde un balcón, admiramos a la multitud que se congregaba en la plaza de la catedral.

Al día siguiente presenciemos la procesión del Corpus Christi desde los balcones de nuestro alojamiento, advirtiéndome que muchos se arrodillaban, aunque otros no, al paso de la Hostia. En el palacio cardenalicio presentamos un álbum al cardenal Gomá, acto que tuvo lugar en el salón del trono, con su sitial de terciopelo y su dosel rojo, sus retratos de obispos formando el séquito del retrato de Isabel II, en plena juventud y belleza. El cardenal Gomá era de mediana estatura y más bien fuerte, un catalán con rostro enérgico y agudos e inteligentes ojos azul-grises que denotaban la presencia de un líder militante. Dos años después habría de representar su papel en la terrible tragedia de la rebelión.

3

Una tarde fuimos obsequiados en la casa de campo del doctor Marañón. Veinte años antes, este había comprado un convento abandonado en un monte, desde el cual, a través de un profundo valle, se destacaba, como si de un cuadro del Greco se tratase, la antigua ciudad. El doctor Marañón era brillante y versátil, médico famoso, autor de algunos interesantes libros y orador de gracia y enjundia. En los días de la monarquía era un reconocido académico que, a pesar de sus inclinaciones republicanas, permaneció como médico de la corte y de la aristocracia debido a su simpatía y talento profesional. Cuando Primo de Rivera lo metió en la cárcel, su celda apareció atestada de flores que envió la gente encumbrada, y los grandes acudían a visitarlo en la prisión. Al instaurarse la República, abandonó la política, pero cuando sobrevenía alguna crisis y Alcalá Zamora, de conformidad con la costumbre, llamaba a palacio a los líderes políticos para consulta, Marañón era invariablemente convocado. En su aspecto, era un verdadero apolo, de mediana estatura, esbelto y gracioso, con rasgos hermosos, cabello negro como el carbón y ojos oscuros. Tuve oportunidad de conocerlo personal y profesionalmente, y lo encontré simpático e interesante.

Estábamos todos en el prado, cuando un viejo y deslucido automóvil avanzó por el césped, y una mano salió por la ventanilla haciendo balancear unas aves.

Aquel individuo de las aves era sin duda algún amigo de Marañón que regresaba de una cacería afortunada. El doctor me cogió por el brazo y, conduciéndome hacia el coche, me sorprendió diciendo: «Quiero que conozca usted al conde de Romanones».

4

Romanones era uno de los pocos españoles con cuya historia estaba yo adecuadamente familiarizado antes de ir a España. En diferentes ocasiones había sido jefe del Gobierno y ministro de Estado con la monarquía. Como ministro de la corona, había iniciado a Alfonso, de muchacho, en la dignidad real y fue a él a

quien acudió el rey, demasiado tarde, para que salvara el tambaleante trono. Con el pueblo gruñendo amenazadoramente frente a palacio, Alcalá Zamora se había apresurado a correr a casa de Marañón, y ambos emplazaron a Romanones advirtiéndole de que, a menos que el rey saliera de España aquella noche, ellos no podrían asumir responsabilidades por las consecuencias. Haciendo frente a durísimas realidades, Romanones aconsejó al monarca la salida y, cuando al siguiente día la reina y sus hijos subieron al tren para emprender el viaje al exilio en la desierta estación de El Escorial, Romanones, sentado en una carretilla, lloró. El conde se atrajo la enemistad de la aristocracia por haber aconsejado al soberano la salida de España. Cuando en la calle fue reprendido, pocos días después, el viejo político replicó que, de haber permanecido en España, Alfonso XIII probablemente habría perdido la vida y «al resto de nosotros nos habrían cortado el cuello». Tal como ocurrieron las cosas, no se derramó una gota de sangre. Dos meses después de la marcha del rey, Marañón escribió afirmando que los monárquicos que tan poco hicieron por salvar la monarquía y después insultaban a Romanones, se ruborizarían de vergüenza si hubieran podido escuchar con qué desesperada persistencia hizo lo posible para salvar al régimen. Los críticos de Romanones ignoraban el hecho de que antes de que diera su consejo, el general Sanjurjo fue llamado a palacio y preguntado por el monarca sobre la posibilidad de contar con el ejército para protegerlo. Cuando Sanjurjo bajó la cabeza en silencio, Alfonso volvió a preguntar si podría confiarse en los militares para la protección de la reina y sus hijos. La contestación fue afirmativa.

Pero Romanones con frecuencia se vio en pugna contra un gran sector de su clase. Durante la Primera Guerra Mundial, cuando la nobleza y la aristocracia en su mayor parte simpatizaban con Alemania, él fue un esforzado defensor de los aliados. Él creía en la monarquía constitucional; los otros, en la autocracia. Él quería una monarquía constitucional; los otros se apegaban a las ideas del siglo XVIII.

Cuando, en medio del fermento revolucionario, fueron convocadas elecciones, Romanones, que pasaba de los setenta años, temerariamente anunció su candidatura como monárquico, y salió elegido. Cuando, en su ausencia, el rey fue enjuiciado en las Cortes por traición, tuvo el valor de levantarse solo en su defensa. Corresponsales de prensa me han referido una divertida historia relacionada con este acto de osadía. En la tarde del mismo día en que tenía que hablar en defensa del soberano, en sesión nocturna, encontraron al anciano en su casa del paseo de la Castellana, lanzando juramentos, mientras andaba cojeando de un lado a otro de la habitación. «Perdónenme un momento, señores —dijo mientras reanudaba su andar y sus alusiones sulfurosas—. Esta noche voy a las Cortes a defender a mi rey contra el populacho. Siendo grande como es mi aversión por los enemigos del rey, estos son personas admirables, comparadas con sus amigos de los buenos tiempos. Todo el mundo sabe que, sin ayuda de nadie, voy a defender esta noche al rey, pero no ha habido ni un alma que haya tenido la valentía ni siquiera de dejar su tarjeta».

Poco después, cuando se requería menos valor y los monárquicos constituyeron un partido, Romanones, aunque el único entre ellos con capacidad y sagacidad políticas, permaneció aislado y se sentó solo en las Cortes como monárquico independiente. Favorecía él una monarquía constitucional limitada, parecida a la de Inglaterra. Los republicanos, incluso los socialistas de las Cortes, respetaban y

admiraban al inflexible anciano, y esto acentuó la desconfianza de los suyos. «Un astuto y viejo zorro», murmuraban. Mientras tanto, Romanones asistía a las sesiones de la cámara, escribía sus valiosas memorias, sus biografías de María Cristina y Espartero, inspeccionaba sus grandes propiedades y cazaba en los montes.

5

—Quiero que conozca a Romanones —dijo Marañón.

El anciano político se apeaba de su viejo coche en el momento en que nos acercábamos a él. Había estado de caza en el monte, y en su cara áspera asomaba una barba de tres días. Una camisa gris de franela, de cuello abierto, clamaba por la lavandera, y sus toscas botas tenían el barro pegado hasta más arriba de los talones. Cojo desde la infancia, siempre llevaba un bastón. Como los fotógrafos de prensa se acercaban, se dirigió a ellos, balanceándose y sacudiendo el bastón con fingida furia. Ni siquiera su barba podía ocultar la energía de sus facciones: una cara fuerte, imperiosa e inteligente, con la mandíbula saliente, boca cínica, burlona, y unos ojos observadores.

Caminó contoneándose sobre el césped para unirse al grupo procedente de Toledo, la mayor parte del cual se componía de rivales políticos, republicanos, socialistas, militantes obreros; pero se sentó entre todos con la indiferencia de un invitado entre amigos. Sus enemigos, que no obstante le respetaban, se agruparon a su alrededor. El viejo zorro miró burlonamente a la cintura del gobernador de Toledo, haciendo un comentario irónico. El gobernador pareció molestarse, y el viejo, con aire travieso, sonrió. «Usted no debería irritarse por un cumplido», dijo Romanones. Me pidió después que acompañara a los norteamericanos a su casa de campo cerca de Toledo, al otro día por la tarde, y, volviéndose hacia el alcalde de esta ciudad, que era un obrero, los invitó a él y a sus amigos. Los enemigos políticos no se mezclan socialmente en España, pero en esta ocasión acudieron a la invitación. Los visitantes norteamericanos habían hecho el milagro.

La casa de campo de Romanones en Buena Vista era una reminiscencia de los tiempos feudales. Un criado esperaba en el cruce de la carretera para indicarnos el camino; entramos por una puerta de piedra en la impresionante morada, una construcción baja, en cuyo jardín, el conde y la condesa, con sus hijas y nietas, nos recibieron como si fuésemos antiguos amigos. Romanones me acompañó a un jardín que había detrás de la vivienda y me preguntó por qué, en un momento de discordia en Cuba, los Estados Unidos tuvieron que abrogar la Enmienda Platt. Le dije que el efecto de la enmienda sobre nuestras relaciones con América del Sur no había sido feliz y que, en caso de necesidad, nosotros nos uniríamos con los países sudamericanos para prevenir la anarquía. Las facciones del viejo político se iluminaron con una sonrisa irónica. «En ninguno de ellos reina mucho el orden», contestó el conde.

La casa era del siglo XIV y en ella vivió el cardenal de que habla Cervantes en el prefacio de la segunda edición del *Quijote*. Sobre una de sus puertas, el cardenal había grabado una inscripción en latín que proclamaba aquel lugar como el más hermoso del mundo. Nos sentamos, y el viejo estadista me hizo preguntas sobre

Roosevelt. Pensaba él que Woodrow Wilson se agigantaría con el tiempo. Una de sus preguntas me impresionó por lo curiosa: quería saber si un negro podía ser nombrado miembro del Gobierno en los Estados Unidos. Le expliqué que no había ninguna prohibición legal, pero que el prejuicio podría impedirlo. Otra vez la enigmática sonrisa. «Soy el único liberal que queda en España», apuntó, sin que viniera a propósito de nada. Era un conversador fascinante y un simpático anfitrión.

Una larga mesa sobre el césped ofrecía diversos manjares, y noté que Romanones conocía bien a los norteamericanos: nos obsequiaba con *whisky* y soda en vez de vino. Otra vez me maravillé de su familiar forma de mezclarse con sus enemigos políticos y de clase. El fotógrafo lo retrató sentado en un poyo en conversación con el alcalde de Toledo, un proletario. Un novelista inteligente, del partido republicano de Azaña, charlaba con él maliciosamente.

—Le estoy poniendo en una novela —decía.

—¿Por qué a mí? —preguntó Romanones.

—Porque usted es demasiado listo —replicó el escritor—. Usted se las arregla para permanecer en la cima, pero está socavando la República.

El viejo zorro sonrió burlonamente, sin hacer ningún comentario.

6

Antes de partir la delegación de Ohio, di una recepción en la embajada en su honor, y aquella tarde circularon rumores de que se preparaba un golpe de Estado militar para secuestrar a Alcalá Zamora e imponer una dictadura militar. Un socialista me comunicó que su gente estaba preparada día y noche para la acción. Yo oí casualmente a Rocha, ministro de Estado, hablar a Romanones sobre ello. El rostro del viejo liberal no dejó traslucir nada.

Desde el punto de vista político, todo permanecía en apariencia tranquilo. Samper parecía dormir durante todo el verano, hasta que las sesiones parlamentarias se reanudaran en octubre. Pero había inquietantes presagios. Una comisión de las Cortes proponía la concesión de un suplicatorio para procesar a un diputado socialista en cuyo domicilio se habían encontrado armas. Prieto impugnó la legalidad del procedimiento, basándose en que el acusado no había sido oído previamente, y con mucha sorpresa Gil Robles se levantó para declarar que Prieto tenía razón. El orador socialista dio las gracias, inclinándose, y la cámara estalló en carcajadas. Pocos días después, con las leyes del procedimiento observadas, la comisión repitió su dictamen, pero añadió una recomendación de procesamiento contra José Antonio Primo de Rivera, que se había hecho responsable de las armas encontradas en el domicilio de uno de los fascistas de su partido.

Cuando el caso del socialista se planteó, Prieto, brillantemente, invocó la inmunidad parlamentaria, lo cual era de esperar; pero cuando se trató el caso del líder fascista, con tanta o más elocuencia y vigor, protestó contra el procedimiento. La Cámara quedó boquiabierta al ver a Primo de Rivera apresurarse a dar la mano a Prieto y elogiarlo por su «deportiva acción». Semejantes cortesías de tolerancia eran sensacionalmente raras.

Al día siguiente me visitó Madariaga, con alegre y burlón espíritu, en manera

alguna atenuado por su salida del ministerio, pues él retenía su puesto como representante de España en Ginebra, lo cual significaba más para él que ningún cargo en el Ejecutivo, pero en cambio se mostraba pesimista sobre la situación interior del país. Creía que Azaña era un estadista capaz, pero abrigaba el temor de que «la magnitud de su caída, calibrada por las pobres razones que la determinaban», había quebrantado su espíritu.

Al cabo de algunos días el «quebrantado espíritu» de Azaña se manifestó con la reorganización del comité revolucionario que había firmado el pacto de San Sebastián en 1930. Los firmantes originales estaban otra vez en acción con solo dos excepciones: Alcalá Zamora fue excluido, debido al cargo que ocupaba, y Lerroux, que inmediatamente se había pasado con armas y bagajes a los extremistas de la derecha que conspiraban contra el régimen, no fue requerido. En aquel momento se pensaba que Azaña había recobrado el control de los diarios *El Sol* y *La Voz*. El órgano de Gil Robles, *El Debate*, atacaba la política catalana de sus colegas. Se decía que Lerroux estaba planeando la publicación de un órgano propio. El *ABC*, órgano monárquico, ya sin miedo al enfado gubernamental, pedía vehementemente el regreso del rey.

7

A pesar de tanto rumor, la opinión no tomaba en serio la política. Lerroux hallábase descansando en su pequeña villa, en la placentera y montañosa aldea de San Rafael, y los líderes de la derecha, con Samper, le estaban preparando el terreno. Pero nada parecía agitarse. El cuerpo diplomático estaba ausente de Madrid, cuando se efectuaron honras fúnebres por el alma de Hindenburg, en la iglesia luterana situada en los terrenos de la embajada alemana. Aquella tarde yo estaba en el jardín hojeando las páginas de una novela de Conrad, mientras esperaba una llamada telefónica del conde Welczeck, embajador alemán, cuando Perłowski, el ministro polaco, se presentó. Señalé la novela que tenía en mis manos, en espera de una sonrisa apreciativa. «Odio a Conrad —dijo apasionadamente—. Lo odio. No me gustan sus novelas ni me gusta su autor».

Perłowski y Conrad habían sido amigos de infancia, cuando el tío del diplomático era tutor del futuro novelista. Perłowski no podía perdonarle a Conrad que escribiera en inglés y, además, que no contribuyera en nada a la lucha por la independencia de su país. «No levantó un dedo ni escribió una línea en favor de Polonia —dijo—. La última vez que le vi fue en el entierro de mi tío y habló en inglés. Le pregunté si había olvidado su idioma nativo. Pareció embarazarle la pregunta».

8

El primero de agosto de 1934 salimos de Madrid en dirección a la capital veraniega de San Sebastián. Pasamos la noche en Burgos y visitamos la catedral, que vimos por fuera, bajo una luz opaca. Era algo magnífico, y hasta los mendigos que se nos

acercaban eran tolerables. A la mañana siguiente nos acercamos a la antigua iglesia y monasterio de las Huelgas, pasando por los muros del siglo XII hacia la Edad Media, donde el Príncipe Negro fue admitido durante algún tiempo en una atmósfera de piedad, y estuvimos junto al altar donde Eduardo I de Inglaterra fue armado caballero en 1284. El claustro, rebosante de flores, no parecía haber cambiado mucho en setecientos años. Visitamos el monasterio de Miraflores, del siglo XVI, al que fuimos acompañados por un gracioso monje. Los turistas no deberían ignorar este lugar que alberga la magnífica tumba de Juan II y de Isabel, su esposa. El encaje del vestido de la reina y el bordado del uniforme del rey son de un realismo delicioso. Mientras admirábamos esta obra maestra el monje subrayó que Gil de Siloé, el escultor, había trabajado cuatro años y cuatro meses para la ejecución de la obra; y después, con taimada alusión a las leyes del trabajo de la República, añadió: «Debió de haber trabajado más de ocho horas diarias». Con una caprichosa sonrisa, señaló hacia el sitial del coro, primorosamente labrado, y contó la historia de su ejecución. Un judío no converso, artista consumado, fue sentenciado a muerte por su fe religiosa, pero la reina Isabel le prometió perdonarle la vida si realizaba el sitial del coro con acierto. «Lo hizo muy bello y artístico —dijo el monje—, pero profano, ya que no hay ni un solo motivo religioso en el trabajo».

San Sebastián es una ciudad hermosa, mucho más atractiva que Biarritz, con elegantes tiendas a lo largo de la Alameda y calles laterales llenas de cafés donde centenares de personas se sientan bajo policromas y elegantes sombrillas, hablando y observando a los transeúntes. Las carreteras hacia el Monte Igueldo y las que corren junto al mar son pintorescas. En Rentería pudimos sentarnos en el jardín de una taberna bajo los plátanos y saciarnos de chocolate con churros, pero más interesante para mí fue el puerto pesquero de Pasajes, cuyas escalinatas, descendiendo hasta el mar, recuerdan a Venecia; uno se detiene allí ante una casa situada junto al borde del mar, con balcones colgando sobre el agua, donde Victor Hugo vivió y escribió su drama español. Un día, tras un paseo por una tortuosa carretera, llegamos al lugar donde nació el fundador de la orden de los jesuitas. Sufrí una decepción, pues las habitaciones más íntimas asociadas con Ignacio de Loyola están tan cargadas de oro y plata, mármoles y piedras preciosas que nada hace suponer ni remotamente que se trate del palacio que Loyola conoció.

9

Fue en San Sebastián donde por primera vez vi a Belmonte torear. La congestión del tráfico nos hizo llegar con retraso; en el momento en que nos sentábamos, el famoso diestro mataba de una estocada su primer toro. Este había resultado bueno, y la faena de Belmonte notable, pero el segundo era peligrosamente difícil, e incluso el ídolo no se libró de alguna bronca cuando mostró intención de abreviar el toreo de muleta.

Después, durante aquel mismo verano, vi en Aranjuez a Belmonte con mayor ventaja. Salimos con antelación para librarnos de las congestiones del tráfico, pero no con la suficiente, porque, cuando nos acercábamos a Aranjuez, tuvimos que andar a paso de caracol a causa de un gran atasco de coches. Ocurrió que un

automóvil topó con otro, sin ocasionarle ningún desperfecto; el conductor saltó, para ver la importancia del daño y fijar la responsabilidad, e inmediatamente tres hombres en un estado de salvaje excitación gritaban, cerrando los puños, gesticulando con extravagancia, como si estuvieran prestos a acometerse, con las venas del cuello y de la frente hinchadas. Al final, llegaron a un acuerdo, y el más exaltado del trío subió a una camioneta, pues no estaba directamente interesado con ninguno de los coches en colisión. Pero siendo español e incapaz de resistir a la tentación de tomar parte en un combate verbal a lo grande, había saltado de su vehículo para lanzarse a la gloriosa pelea por cuenta propia.

Y después, a la plaza a ver a Belmonte. Con un toro perfecto estuvo soberbio. En una ocasión, toreando muy arrimado, como era su costumbre, la pezuña del animal le dio en la pierna y comenzó a andar hasta la barrera, cojeando. La multitud se sintió afectada penosamente, temerosa de que su ídolo hubiera sido herido. En un instante, Belmonte dejó de cojear y, con aire impasible, saludó repetidas veces a sus admiradores. Otra vez, toreaba tan cerca del toro que fue derribado, y de nuevo pudo darse cuenta uno del estremecimiento que recorrió a la muchedumbre. Pero el diestro se levantó y extendió las manos, como prueba de que no pasaba nada. Después siguió la más emocionante exhibición de capa que jamás he visto, en la cual Belmonte se liaba el toro al cuerpo, el animal se revolvía furioso en dirección opuesta, y todo con tanta rapidez que era imposible decir lo que estaba sucediendo. Otra vez, su segundo toro fue malo, negándose a embestir, parándose reservón frente a la muleta. Al final, desesperado, Belmonte lo igualó para matar, y un griterío de protesta salió de la muchedumbre. Entonces se detuvo, miró al público y, después, sonriendo, intentó de nuevo muletear, pero sin suerte. En un momento, cerca el animal de la barrera, el diestro entró a matar y, con un movimiento de enojo, el astado hizo saltar la espada por lo alto. Belmonte se enfureció. Aquella temporada otro de los toros había lanzado la espada volando a los tendidos, hiriendo a un espectador, y dicho día el matador había llorado como un niño. Esta vez aguantó al toro desde la barrera antes de que intentara de nuevo despedir el estoque.

10

Tres días después de aquella corrida una huelga general paralizó Madrid. Era una protesta contra la actitud del Gobierno hacia Cataluña. Durante aquella jornada no tuvimos pan. Una huelga pacífica, sin disturbios. Por espacio de más de una hora paseé por las calles, sin ver un mal gesto. No se había notificado previamente la huelga. Las órdenes se cursaron a las dos de la mañana, e instantáneamente todos los trabajos cesaron durante veinticuatro horas. No se registró excitación, excepto en la prensa extranjera.

Pero nos encontrábamos al borde de serios conflictos. Circularon rumores acerca de un golpe de Estado militar. Se había acordado depositar bajo el arco de Carlos III, en Madrid, los restos de Galán y García Hernández, los oficiales que murieron fusilados en diciembre de 1930, después del fracasado levantamiento de Jaca. Estos dos jóvenes militares se habían convertido en los mártires de la República, y sus nombres fueron grabados en lápidas de mármol en las Cortes. Había sido planeada

en detalle toda la ceremonia. Las tumbas bajo el arco estaban ya dispuestas. La fecha, fijada desde tiempo atrás para el 15 de septiembre de 1934. Consecuentemente, cuando, sin explicación alguna, el Gobierno, que las masas creían hostil a la República, retiró la autorización para la celebración del acto, se produjo una protesta airada. ¿Por qué aquella supresión del permiso? ¿Se debía a que el día 13 era el aniversario del golpe de Estado de Primo de Rivera? ¿Por qué no el veintitrés?, preguntaba el Gobierno. ¿Quizá la razón estaba en que aquel día las derechas obsequiaban con un banquete a Lerroux y le regalaban como presente la casa donde nació? Nadie lo sabía, pero todo ello era muy significativo. Los cuerpos de Galán y García Hernández todavía yacen en el cementerio donde cayeron, y se dijo que habían sido mandados allí soldados para impedir que fuesen desenterrados. Los rumores levantaron expectación, avivados con la historia de que grupos de republicanos traerían por la fuerza los restos a Madrid para ser enterrados conforme se había planeado.

Pero no hubo ceremonia ni el 15 ni en el 23 de septiembre, y estaba claro que el Gobierno no tenía intención alguna de rendir homenaje a los mártires de la República.

Mientras tanto, los enemigos del régimen avanzaban con paso firme. El reputado director del diario *La Prensa*, de San Sebastián, Manuel Andrés, un republicano íntegro que había sido director general de Seguridad con Azaña, fue asesinado por la espalda al salir de su oficina. Dado que era una gran figura entre los republicanos, se le había «liquidado» al clásico estilo fascista. Azaña, que asistió al entierro de su amigo, vencido por la emoción, se desmayó.

Se acercaba una crisis. Muchos, si no la mayor parte, pensaban que el país estaba al borde de acontecimientos sangrientos. Pero era un golpe de Estado militar lo que se esperaba, no un golpe de Estado fascista. *Yo nunca oí a nadie suponer la más remota posibilidad de un intento de golpe de Estado por los comunistas; eran tan insignificantes en número, que rara vez a la sazón se oía mencionarlos. Todas las suposiciones de un golpe de Estado por las izquierdas significaban un levantamiento del movimiento obrero organizado.*

El retorno de los moros

Dos semanas antes de la revolución de Asturias, Mallory Browne, de las oficinas de París del *Christian Science Monitor*, enviado a España para informar a su periódico sobre la situación del pueblo español, solicitó mi consejo respecto a las personas más indicadas para visitar, y yo le sugería que viera a Azaña, a Lerroux, a Gil Robles, al conde de Romanones, a José Antonio Primo de Rivera, a Largo Caballero y a Fernando de los Ríos y le entregué cartas de presentación para alguno de ellos. Suponiendo que dichas personas hablarían con más franqueza para una publicación que se hallaba a cinco kilómetros de distancia, acepté agradecido el ofrecimiento de Browne de informarme del resultado de sus conversaciones con dichos personajes.

Largo Caballero, socialista de la extrema izquierda, no había cesado de proferir durante algún tiempo, casi diariamente, amenazas de revolución, y Browne lo encontró en un estado de gran exaltación. Acababan de ser detenidos algunos de sus auxiliares en la dirección del socialismo. Por esta razón estaba enfurecido. Los socialistas, decía, sujetos en aquellos momentos a persecución abierta y sistemática, ya no podrían desenvolverse dentro de una línea evolucionista. Solamente la fuerza podría resolver el problema de su existencia. Admitió, sin tratar de ocultarlo, que se estaba preparando una rebelión contra la política de Gil Robles, y con la excepción de Julián Besteiro, todos los dirigentes socialistas favorecían esa táctica.

Al día siguiente, Browne visitó a Fernando de los Ríos y quedó muy impresionado por su dignidad y atractivo intelectual. Expuso con claridad que él, aunque por temperamento era contrario a los métodos de fuerza, aceptaría la disciplina del partido. Admitió que los dirigentes firmantes del pacto de San Sebastián habían suscrito otro acuerdo de colaboración, pero posteriormente los socialistas decidieron actuar con independencia. Deduje de esto que la rebelión que posiblemente se preparaba sería un movimiento puramente socialista, en el cual los otros partidos republicanos no estarían comprendidos.

Dos días más tarde no había acontecido nada, y era manifiesto que los socialistas y las derechas maniobraban para situarse ventajosamente, cada uno de ellos empeñado en atribuir al otro la responsabilidad del conflicto. De una fuente de información que consideraba fiable, supe que el propósito de Largo Caballero al pronunciar abiertas amenazas tenía por fin provocar a Salazar Alonso, ministro de la Gobernación, induciéndole a adoptar alguna medida de violencia anticonstitucional que justificaría a los socialistas haber actuado en defensa propia. Era significativo que socialistas de izquierda como Juan Negrín y Álvarez del Vayo no gozaran de la confianza de Largo Caballero, porque este pensaba que «habían pasado demasiado tiempo en el extranjero y no entendían el temperamento español».

Browne opinaba que Azaña era el estadista más capaz. La información que me dio de su conversación con él fue prueba positiva para mí de que don Manuel estaba en

contra de una acción de fuerza. En tanto que demócrata y humano, decía, participaba de la indignación de los socialistas que se veían perseguidos, pero opinaba que un levantamiento armado constituía un suicidio desde el punto de vista táctico. Dudaba de la capacidad de los socialistas para llevar a cabo un golpe de Estado y, aun en el caso de que obtuvieran un éxito momentáneo, no los creía aptos para seguir adelante, pues era casi seguro que se verían saboteados por los funcionarios del Estado. El resultado, en cualquier caso, pensaba él, sería la derrota y una reacción inevitable que podría arrasarse los cimientos de la República. Poco después recordaría yo esta entrevista cuando se acusó a Azaña de haber organizado y dirigido la rebelión.

José Antonio Primo de Rivera encantó a Browne, pero no lo convenció de su capacidad para asumir el papel al que aspiraba, y el conde de Romanones, en su finca de Guadalajara, estuvo amable y divertido, pero el viejo zorro se mostró elusivo respecto a la amenaza de rebelión.

Browne encontró a Gil Robles misteriosamente esquivo, pero por fin fue admitido en el estudio del líder. Su casa en la calle de Velázquez estaba custodiada por fuerza armada, aunque él no ocupaba entonces ninguna posición oficial. Impresionó al corresponsal por su fanatismo partidista y la dureza de sus comentarios acerca de sus adversarios políticos. Se enteró con asombro de que el jefe de la CEDA, con no menos interés que Azaña, deseaba la disolución de las Cortes y la celebración de nuevas elecciones, habida cuenta de que el sentimiento de la opinión pública cambiaba rápidamente en favor de la izquierda. Pero el país se hallaba intranquilo, empachado de las historias fascistas sobre «complots comunistas» y las fantásticas mentiras acerca de «la llegada de Trotski a Barcelona». ¿Tendría Gil Robles la impresión de que el momento era psicológicamente favorable a las derechas? O, enfurecido por la continua exclusión del poder de que era objeto, ¿estaba dispuesto a arriesgarse al veredicto de las urnas? Cuando se le preguntó si su formación iría a las elecciones como partido republicano, eludió una contestación escueta y directa.

—A nosotros se nos juzgará por lo que digamos en la campaña electoral —dijo.

—Pero sus contrarios afirman que usted es un enemigo de la República —le indicó Browne.

—Yo soy el único amigo de la República —fue su sorprendente respuesta.

Browne salió de la entrevista con la clara impresión de que Gil Robles no era amigo de la República democrática. Al preguntarle si era posible que su partido trabajara en colaboración con los liberales, como Azaña, por ejemplo, el joven líder espetó:

—Azaña no es un liberal, sino un déspota.

Lo que a la vez hacía recordar el comentario de Azaña sobre Gil Robles: «No es un individuo, sino un instrumento».

Cuatro días después se reunieron las Cortes, tras unas vacaciones de cuatro meses, y Gil Robles arremetió con ímpetu, deseoso por alcanzar el poder. En la primera sesión, Samper tenía que rendir cuentas de su gestión como jefe del Gobierno. Esta

no había sido brillante, pero sus constantes peregrinaciones a la villa de Lerroux en San Rafael crearon la impresión de que todos sus actos de gobierno habían sido dictados por su jefe. Se esperaba con absoluta seguridad que en la reunión de las Cortes presentaría la dimisión, abriendo paso de nuevo a Lerroux, pero en alguna parte había surgido un tropiezo.

Las tribunas estaban llenas, cuando, al sonar los timbres, los diputados se precipitaron en la Cámara. Los socialistas, todos presentes, se sentaban en compacto grupo debajo de la tribuna diplomática. Prieto parecía grave y malhumorado, pese a lo cual, de cuando en cuando, algunas de sus agudezas hacían reír a los diputados sentados cerca de él. No obstante, era evidente su nerviosismo.

El partido de Lerroux en pleno también se hallaba presente. Romanones se dirigió, cojeando, a su escaño en el pasillo del centro, repartiendo a su paso apretones de mano. Samper tomó asiento en el banco azul, y después salió del salón... Gil Robles cuchicheaba con Santiago Alba en la presidencia, seguramente sobre el orden del día. De vuelta a su asiento, estrechó la mano a Romanones, dándole amigables palmadas en la espalda. Samper volvió al banco azul. Lerroux entró silencioso como un ratón, y encontró un sitio tres filas más atrás de Samper. El aire de la montaña, en San Rafael, había dado color a su rostro.

Samper, que no era orador, comenzó a hablar, y la CEDA a interrumpirle. Luchó torpemente para continuar en medio de la confusión de la Cámara. Le siguió Gil Robles, con un enconado ataque contra la tímida forma que el Gobierno había empleado para tratar la cuestión catalana, hablando airadamente, y sus correligionarios, con disciplina sumisa, asentían con murmullos de aprobación, como viejos feligreses en la iglesia diciendo amén. Enojado por algunas manifestaciones del orador, Samper abrió ruidosamente su pupitre y sacó un carnet de notas, lo que enfureció a sus enemigos, que consideraron el gesto como una impertinencia. Cuando Samper pidió que fuese escuchada la opinión de todos los jefes de minoría, una ola de indignación surgió de los bancos de las derechas. Romanones, desde su escaño, agitaba violentamente su bastón, increpando a Samper. Santiago Alba hacía sonar la campanilla pidiendo orden, pero Romanones repetía sus gestos y sus palabras: «Nos está tomando el pelo: ¡dimita! —gritaba—. Nos está tomando el pelo: ¡váyase!».

En aquel momento, como decidido en previo acuerdo y después de repetidos ensayos, el corpulento Cid, uno de los ministros del Gobierno Samper, situado notoriamente muy a la derecha, simulando disgusto y previendo la dimisión del Gabinete, se levantó y empezó a alejarse del banco azul, seguido de algunos de sus colegas.

Abandonado por todo el mundo, incluso por Lerroux, Samper pidió que se suspendiese la sesión para considerar la situación, y a los veinte minutos, cuando se reanudó, antes de que todos los diputados hubiesen llegado a sus escaños, Santiago Alba daba lectura a una nota del jefe del Gobierno anunciando la crisis.

Lerroux fue el encargado de formar nuevo Gabinete, pero a los dos días se hallaba frente a inesperadas dificultades. Gil Robles pedía para su partido la cartera de Guerra o de Gobernación, departamentos que representaban el control de las fuerzas armadas. Lerroux se negó. Iba y venía del palacio presidencial, donde Alcalá Zamora, muy excitado, se lamentaba con una fantasiosa idea en la cabeza: «Mi

amigo Largo Caballero quiere cortarme la cabeza», decía.

Mientras tanto, se acentuaban los rumores que auguraban una huelga revolucionaria si el partido de Gil Robles entraba en el Gobierno, y Martínez Barrio, sensato y moderado conservador, declaraba en un mitin en Sevilla que se estaba planeando una dictadura militar y que ello significaba la guerra. Prieto había pronunciado la misma advertencia en las Cortes.

Al día siguiente, Lerroux anunció la constitución de su Gobierno, con miembros de la CEDA como ministros de Trabajo, Agricultura y Justicia. El nombramiento del doctor Anguera de Sojo para la cartera de Trabajo era tanto como echar petróleo al fuego; como gobernador de Barcelona, se había atraído el odio de los trabajadores por la severidad de su conducta. No obstante su reputación de hombre fuerte, enérgico, cruel, no había nada en su apariencia que lo denotara, pues era delgado y frágil, con la cara macilenta del asceta. Vestía sobriamente de negro y, a causa del corte de su chaqueta, se le habría podido confundir con un cura. Cuando hablaba, su voz y sus ademanes eran los de un anciano. Pero simbolizaba la oposición a las medidas de mejora de la clase trabajadora.

3

Para los republicanos, la admisión de miembros de la CEDA en el Gobierno significaba un peligro, y los acontecimientos posteriores demostrarían que el temor estaba justificado. En espera de dichos acontecimientos, los socialistas, por sus propios medios, se habían preparado para la revolución. Resulta extraordinariamente curiosa la facilidad con la cual compraron una gran cantidad de armas del mismo Gobierno para sus sindicatos. Estas habían sido cargadas en el barco *Turquesa*, en presencia de un oficial del Estado Mayor del Ejército, y el estúpido de Samper, entonces jefe del Gobierno, había ordenado que se despachase el cargamento «urgentemente» por telegrama. Las armas habían de ser enviadas a Asturias y al País Vasco, si bien al final se entregaron todas en Asturias bajo la supervisión personal de Prieto. Treinta camiones haciendo viajes de ida y vuelta durante todo el proceso de descarga atrajeron la atención.

Los directores del levantamiento, Largo Caballero y Prieto, habían establecido su cuartel general en Madrid, en el domicilio de uno de sus correligionarios, concretamente, en el estudio del pintor Luis Quintanilla. Los vecinos se acostumbraron a ver y oír a toda clase de individuos que entraban y salían del piso a todas horas. El lugar era espacioso y contaba con la ventaja de tener una azotea. Los partidos republicanos no fueron invitados a unirse al levantamiento, ni, en caso de éxito, se les propondría intervenir en el Gobierno. Tenía que ser un movimiento insurreccional puramente socialista. Los líderes contaban con el concurso de un número de oficiales del Ejército en los regimientos y batallones de Madrid y provincias, concurso este que había de fallar. El levantamiento se condicionaba a la entrada de miembros de la CEDA en el Gobierno, y Largo Caballero se aferraba a la idea de que Alcalá Zamora continuaría oponiéndose a la admisión de estos en el poder. Sin embargo, se había nombrado un Gobierno revolucionario, que estaba preparado en el estudio de Quintanilla.

Los extremistas y separatistas, en Barcelona, planearon aprovecharse de la situación para proclamar Cataluña Estado independiente. Al mismo tiempo, Azaña, a la sazón en Barcelona, adonde se había desplazado para asistir al entierro de Jaime Carner, exministro de Hacienda de su Gobierno, habiéndose enterado del plan, decidió quedarse allí para evitar que se llevara a efecto.

La CEDA entró en el Gobierno. La hora había llegado. A medianoche se me informó de que la revolución estallaría a las cuatro de la madrugada, empezando con la paralización de los ferrocarriles y lanzándose todas las fuerzas socialistas a la calle. Al día siguiente desayunamos sin pan, pues se había declarado la huelga. No se publicaron los periódicos, a excepción del órgano de los monárquicos y el de la CEDA, el *ABC* y *El Debate*, respectivamente, confeccionados por obreros no sindicados. Los tranvías y taxis no circulaban. Cuando algunos pequeños comercios de las barriadas residenciales abrieron sus puertas, los dueños se dieron cuenta de que la gente los miraba en actitud de airada protesta y, a toda prisa, cerraron sus tiendas. Los ferrocarriles, aunque funcionaban, disponían de poco personal.

Pero en Barcelona todo estaba tranquilo. Se daba por descontado que Azaña había convencido a Luis Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña, para preservar rígidamente el orden y no alterar el *statu quo* a menos que en Madrid se declarase el estado de guerra. Se mantuvo el orden, y Madrid no se apresuró a declararlo, como don Manuel había previsto. Con todo, gravemente preocupado, telegrafió a otros dirigentes de la capital pidiendo que se reunieran con él en Barcelona. No tuvo respuesta. Companys apeló al pueblo desde la radio pidiendo calma y confianza en el Gobierno de Cataluña para la protección de sus intereses. Pero, aquella misma noche, el cónsul general Dawson me telefoneó para informarme de que se estaban distribuyendo armas. Según se había observado, me decía, era notable la actividad desplegada por Azaña con los funcionarios encargados del mantenimiento del orden.

En Madrid todo estaba aparentemente tranquilo. Por las calles las gentes se manifestaban de buen humor, más curiosas que alarmadas, pero a las diez de aquella noche el corresponsal de un periódico norteamericano me telefoneó para advertirme de que estuviera prevenido durante las dos horas inmediatas; eso fue, escuetamente, lo que me comunicó, sin una palabra más. Pensando en la posibilidad de que el *ABC*, cuya sede se encontraba en la Castellana, cerca de mi jardín, pudiera ser bombardeado, cerramos las puertas de hierro de aquella parte de la vivienda y permanecemos a la espera. Pero no sucedió nada. Supe después que el objetivo del bombardeo tenía que haber sido el centro fascista, unas manzanas de casas más allá, pero alguna circunstancia lo impidió.

A la mañana siguiente, el *ABC* y *El Debate* anunciaban que la huelga había sido aplastada, pero la misma información que daban respecto a Madrid, asegurando que la situación era de completa normalidad, desmentía la exactitud de dichas noticias. De una fuente informativa digna de crédito recibí distinta información a la suministrada por los diarios gubernamentales. El conflicto en Asturias se extendía; los socialistas se habían apoderado de La Carolina, en el sur; los ferrocarriles casi habían cesado de operar, y los trenes ni entraban ni salían de la estación de Atocha. Un correo de París que era esperado en la embajada por la mañana, no llegó, detenido en el camino por la paralización del tren. En la barriada de Tetuán, en la

capital madrileña, su *Saint Antoine*, se iniciaban tiroteos callejeros.

Por la tarde la situación era más preocupante. Lester Ziffern, de la United Press, me dijo por teléfono que al cabo de una hora Cataluña declararían su independencia. Unos minutos después, el cónsul general Dawson me telefoneó con la confirmación: ya estaba hecho. Azaña había perdido la partida.

Entretanto, el tiroteo comenzó a ser general en las calles de Madrid. Las ametralladoras repiqueteaban en la Puerta del Sol, donde, en el restaurante Heidelberg, los reporteros de prensa tenían que echarse al suelo para no ser alcanzados por las balas. Pedí al capitán Logan Rock que me pusiera inmediatamente en comunicación con Washington, y un momento después de haber salido de su oficina con este propósito, la estancia fue literalmente barrida por los disparos de los tiradores apostados en los tejados vecinos. Mi llamada probablemente le salvó la vida. Aquella noche hablé con Cordell Hull para informarle de la seguridad de los norteamericanos y del cierre de fronteras. No había garantía de que un cable pudiera llegar al Departamento de Estado, al que importunarían pidiendo noticias los familiares de los norteamericanos residentes en España.

Desde el balcón del Ministerio de la Gobernación, Lerroux denunció la rebelión de los catalanes y declaró el estado de guerra en todo el país. Aquella misma noche cerramos las puertas metálicas y distribuimos bujías por todas las habitaciones, en previsión de que fuese cortada la luz eléctrica. Un regimiento de infantería patrullaba por las calles. Los transeúntes andaban torpemente, obligados a llevar los brazos en alto.

Y después, el domingo, se produjo el colapso de la rebelión catalana. Era un día de hermoso sol y aire reconfortante. Uno de los sirvientes, de vuelta de la iglesia, informó de la presencia de numerosos guardias custodiando la casa de Alcalá Zamora, cerca de nuestra embajada. Todos los viandantes eran obligados a caminar con los brazos alzados. Procedentes del centro fascista, se oyeron ruidosos vivas a José Antonio Primo de Rivera.

¡En las demostraciones a favor del Gobierno, Lerroux y sus ministros hicieron el saludo fascista! Los enemigos de la democracia no habían olvidado su convenio con Hitler y Mussolini. Así se manifestaban abiertamente los adversarios del régimen y de la democracia.

Mientras, se produjeron muchas muertes innecesarias. En la Puerta del Sol, llena de gente, irrumpieron soldados con una ametralladora y, perdida toda serenidad, sin provocación alguna, abrieron fuego. Jóvenes soldados, inexpertos y atolondrados, debido a su nerviosismo, apretaban el gatillo con facilidad. Disparando histéricamente a los tejados contra enemigos imaginarios, lanzaron algunos tiros contra viviendas de gente inofensiva. Los que circulaban en coche se acostumbraron a ver asomar por las ventanillas de los vehículos temblorosos fusiles encarados contra ellos por soldados atemorizados.

Una noche, la hermosa calle de Alcalá mostraba un aspecto fantasmagórico y

siniestro. Los focos del alumbrado estaban encendidos solamente cada tres bocacalles, lo que sumía esta ancha vía en la semioscuridad. Por las aceras paseaban soldados, y a los transeúntes se les obligaba a transitar por el centro de la calzada, con los brazos en alto. En cada calle, los ciudadanos, al oír un disparo, se tiraban al suelo hasta que pasaba el peligro de un tiroteo.

Al día siguiente la rebelión entró en una nueva fase. En las vías más concurridas de Madrid y Barcelona se emplazaron ametralladoras, y de nuevo me telefonearon corresponsales de prensa que se encontraban cercados en el restaurante Heidelberg a causa de los tiroteos en los alrededores.

Aquella misma jornada me vi sorprendido por la inesperada aparición de Samper en la embajada, en visita oficial como nuevo ministro de Estado. Evidentemente, había dormido bien y su aspecto no era el de alguien preocupado. La única explicación razonable de que se aventurara a salir y a ser blanco de los disparos era su propósito de demostrar la serenidad del Gobierno con un gesto espectacular. Al despedirme, lo acompañé a la puerta y vi que no llevaba en su coche protección de gente armada.

Pero no todos estaban tan serenos. Aquel día, Jay Allen, corresponsal del periódico *Chicago Tribune*, al regresar a su domicilio en la calle de Alcalá se encontró con que la policía lo había registrado. Me telefoneó diciendo que se hallaba perplejo, aunque no había que ir muy lejos para dar con una explicación: la dispersión del ministerio revolucionario del estudio de Quintanilla había llevado a Negrín y Álvarez del Vayo a procurarse noticias en el piso de Jay. Después, una segunda llamada de Allen: la policía había vuelto y, apuntándoles con armas, lo habían obligado a él y a los también periodistas Leland Stowe y Edward Taylor a levantar los brazos. Cuando, indignados, protestaron, la policía dijo que alguien había disparado desde el balcón del piso de Jay, cosa que no era cierta. Luego les pidieron disculpas, alegando que los pacos los habían despistado. Después de tomar un *whisky* con soda, se marcharon de buen humor, pero solo para volver a la mañana siguiente. Otra vez me telefoneaba Allen informándome de que la policía estaba allí, y que, en caso de que lo detuvieran, Leland Stowe me lo comunicaría al instante. Apenas había colgado el teléfono cuando Stowe me llamó para decir que se habían llevado a Allen. Protesté enérgicamente en el Ministerio de Estado y fue puesto en libertad al instante.

Una hora más tarde Allen volvía a llamarme; supuse que era para darme las gracias, pero no hizo mención del incidente, que al cabo de una hora ya era historia. «He aquí algunas noticias sensacionales —me dijo—: El rey de Yugoslavia, Barthou y un general francés han sido asesinados en Marsella», y colgó el teléfono.

La Segunda Guerra Mundial estaba preparándose.

Debido a la rigidez de la censura militar, en Madrid fue imposible durante varios días saber casi nada de lo que estaba aconteciendo en Asturias. Ya era claro que la insurrección en Barcelona y Madrid había terminado. Largo Caballero y Prieto continuaban escondidos. Pero durante días la suerte de Azaña fue un misterio. Con toda la prensa republicana suspendida, los periódicos de la coalición gobernante

sacaron el mayor partido posible de aquella oportunidad para atacarlo con desenfado y falta de escrúpulos. Según esta prensa, Azaña había «huido a Francia», se había «escapado por una alcantarilla», era el «instigador de la rebelión» y el «ejecutor de Cristo». Sus enemigos vomitaban rencor con furia tan desatada que habría de ser inevitable una reacción.

La verdad era que Azaña se había opuesto a la rebelión. Camino de Barcelona para asistir al entierro de su exministro de Hacienda, en el asiento del tren que ocupaba junto a Largo Caballero, trató de persuadir al fogoso líder de que la insurrección que se planeaba haría el juego al enemigo, lo cual solamente le valió un insulto. «Yo tengo prestigio —gritó Largo Caballero—, y el hecho de haber hablado con usted tanto tiempo disminuirá mi prestigio». Asombrado, Azaña contestó con calma: «Entonces usted necesitará todo el prestigio de que pueda disponer».

Cierto es que, en Barcelona, Azaña perseveró en su intento de evitar la desesperada empresa de los separatistas. Comentando su conducta en aquellas circunstancias, Madariaga considera que «fue impecable» y que «dio a los catalanes, que andaban completamente desorientados, consejos dignos de un hombre de Estado, que hubieran hecho bien en escuchar y que no escucharon, sobre todo porque Companys no tuvo el valor de ser prudente» (*España*, de Madariaga). Fracasado en su intento, don Manuel se retiró a las habitaciones de su hotel, emplazado en el centro de la zona de peligro. Instado por sus amigos a buscar refugio más seguro, decidió trasladarse a otro hotel en las afueras, no muy lejos de Barcelona. Pero el taxi que tenía que recogerlo en los suburbios de la capital no apareció, de modo que se volvió a la ciudad para refugiarse en casa de un amigo. ¡Una taza de café le hizo perder la libertad! Una patrulla efectuó un registro en el piso de su amigo, y estaban a punto de retirarse cuando advirtieron un servicio intacto encima de la mesa. «¿Para quién es esta taza?», interrogaron. Siguió a la pregunta un forzado silencio. Los soldados reanudaron el registro. Azaña había salido a un balcón, y allí lo encontraron; pero la normalidad de la detención no satisfacía la histeria del momento, y así, los informes de prensa enemiga dijeron que fue encontrado «bajo una cama» y que lo habían pillado «temblando como una hoja» y «con una pistola en la mano». Uno de los periódicos de Madrid criticó furiosamente a los soldados que lo detuvieron por no haberlo fusilado allí mismo, para evitar futuros conflictos, y tan amables manifestaciones, tan evocadoras del Berlín de Hitler y la Roma de Mussolini, pasaron por la censura militar.

Primero fue confinado en la pequeña cabina de un barco en el muelle, con Luis Bello, quien, tras una larga vida de notable servicio en favor de la educación, se estaba muriendo de tuberculosis. Se le negó permiso para hacer una declaración; los periódicos de sus partidarios estaban suspendidos, y así, amordazado, sus enemigos habían de inundarlo de inimaginables injurias.

A los cinco años de la proclamación de la República, la mayor parte de sus fundadores estaban muertos, en la cárcel o escondidos. Desde su misterioso refugio Prieto hizo pasar una *interview* para la prensa extranjera por medio de Jay Allen, denunciando el salvajismo de los moros y la Legión Extranjera en Asturias y advirtiendo de que esto había dejado huellas indelebles y que España nunca volvería a ser la misma. Allen me enseñó la *interview* antes de enviarla, sin hacer caso a mi insinuación de que no siempre podría librarlo de la cárcel.

Los insultos contra Azaña ganaron impulso, llegando a alcanzar proporciones desmesuradas. El *ABC* aullaba regocijado porque, cuando fue detenido, se había puesto un cigarrillo en la boca y no lo había encendido. Lo calificaba de «salvaje patán ibérico». Los soldados de guardia de la jefatura de policía donde fue conducido inicialmente fueron censurados porque lo trataron con el respeto debido a un exjefe del Gobierno; y cuando los centinelas del barco-prisión, sabiendo que la discreción es parte principal del valor, no lo saludaron, el citado diario se deleitaba refiriendo el incidente.

Pero el Gobierno estaba lejos de sentirse feliz, y en las honras fúnebres dedicadas a Barthou me di cuenta de la macilenta expresión de los ministros y de sus profundas ojeras. Mientras, la censura militar guardaba en secreto los atroces acontecimientos de Asturias. Se sabía que los legionarios y los moros habían sido traídos de África y lanzados contra los mineros asturianos, pero en la prensa no se hacía mención alguna a su presencia. Como tema de conversación era tabú. En los círculos diplomáticos se susurraba al oído. En el curso de los siete siglos de dominación árabe, los infieles se habían topado con una Asturias impenetrable, y durante siglos los cristianos citaban con orgullo el valor de los bravos montañeses. Para muchos era increíble que el Gobierno español hubiera traído a los moros para que se vengaran asesinando españoles. Pero la verdad era incontrovertible. Muchos de ellos habían desembarcado en Cádiz, y dos trenes cargados de tropas moras pasaron por Madrid en dirección a Asturias, donde el ejército avanzaba poco. El drama se prolongaba demasiado para que pudieran sentirse tranquilos los círculos oficiales, ya que las simpatías iban a tornarse hacia los asturianos que combatían en las barricadas.

En toda España, simultáneamente, los adversarios de la política del Gobierno eran detenidos en masa —socialistas, naturalmente, pero también liberales de la tendencia de Azaña, republicanos del sector de Martínez Barrio, demócratas en general y en particular dirigentes obreros— y encerrados en las prisiones sin instrucción de proceso. Unos meses después, asomado a un balcón de la Alhambra, en Granada, me llamó la atención un gran edificio moderno, y pregunté lo que era.

—Es la cárcel de mujeres —me respondieron—, pero ahora está llena de hombres. La cárcel de los hombres no es suficiente para albergar a todos los que fueron detenidos en octubre.

—Pero en Granada —dije yo— no sucedió nada.

—No —fue la respuesta—, pero había gran cantidad de demócratas y republicanos.

Eso era suficiente; y así fue como la redada arrastró a la masa liberal hasta que más de treinta mil fueron detenidos y la mayor parte de ellos permanecieron en la

cárcel sin que se les sometiera a juicio, y hasta sin ninguna acusación, durante dieciocho meses. En aquel momento no había más derechos civiles en España que en Alemania, Italia o Rusia.

Una noche se les ocurrió a los militares registrar la casa de Largo Caballero y allí lo encontraron. Fue enviado a la cárcel Modelo. Pero Prieto permanecía oculto, trayendo de cabeza a la policía. Un buen día, el director de *ABC*, que desde esta tribuna había acusado al orador socialista de un delito que no había cometido, recibió una digna réplica, firmada «Prieto». ¡Qué impertinencia! Pero el director fue lo suficientemente caballero para publicarla; todo Madrid se rio a carcajadas y creyó que Prieto no sería detenido. El socialista era diestro en eludir las cárceles, y fue uno de los pocos líderes que escaparon a la detención después del fracaso del levantamiento de 1930; circulaba el rumor de que había cruzado la frontera disfrazado de fraile, alegre y gordinflón. Dónde estuvo escondido en 1934, nunca lo supe. Se contaron muchas historias de su fuga a Francia, pero la verdad es que pasó la frontera en el coche de Ignacio Hidalgo de Cisneros, que durante la guerra civil fue subsecretario de Aviación. Los relatos de la fuga de Prieto habrían deleitado a Dumas.

8

A todo esto los periódicos gubernamentales publicaban horripilantes informaciones de las «atrocidades» de los mineros asturianos, destinadas a influir en la opinión extranjera. Por otra parte, filtrándose en Madrid por conductos clandestinos, comenzaron a llegar los relatos de robos, violaciones, asesinatos y torturas cometidos por los moros. Tribunales militares con parcialidad manifiesta sentenciaban a muerte con entera libertad, y el sentimiento público comenzó a cambiar.

Con la estupidez acostumbrada en los gobiernos arbitrarios, se impuso una rigurosa censura, y los rumores se extendían como el viento sobre los campos de trigo, empeorando más las cosas. La prensa extranjera, sintiendo curiosidad sobre el silencio de Asturias, inició la publicación de extrañas informaciones. En las plateas de los teatros se producían alborotos de significación política. Cuando los noticieros del cine exhibían al general Ochoa al frente de sus tropas entrando en Oviedo, los simpatizantes del Gobierno aplaudían apasionadamente; y cuando Raquel Meller, en una fervorosa canción, proclamaba que los españoles nunca llevarían las cadenas de la esclavitud fascista, los izquierdistas gritaban con aprobación. Y el odio se entronizaba, y el odio se puso a la orden del día. La prensa de derechas promovía alborotos con invenciones espeluznantes destinadas a encender la sangre. Según estas patrañas, en Asturias habían sido crucificados algunos sacerdotes. «Veinte monjas habían sido colgadas». A los niños de los guardias civiles les habían sacado los ojos... Mentiras monstruosas inspiradas en las técnicas de Goebbels. Pero mientras el apetito de horrores no estaba todavía satisfecho, se puso en circulación la absurda noticia de que un cura había sido asesinado, descuartizado y colgado de un gancho en el mostrador de una carnicería. Esta era, efectivamente, la propaganda de Goebbels en su forma más repugnante. El aire se estremecía con himnos de odio

contra los demócratas, tanto si estaban complicados en la rebelión como si no lo estaban, pues se trataba de preparar a la opinión pública para la ejecución en masa de los presos políticos.

9

Fue en aquella ocasión cuando los victoriosos se enfrentaron unos contra otros. El espíritu de persecución se había instaurado y continuaría por algún tiempo. Ya a la sazón los estúpidos comenzaban a impresionarse con la propaganda fascista que afirmaba que ser demócrata era ser «rojo». ¿No lo había dicho también Hitler? ¿Y Mussolini? Durante dos días sucesivos el Consejo de Ministros deliberó sobre la situación, pero el silencio impuesto por la censura dejó a la opinión pública en la oscuridad respecto al punto preciso de discrepancia entre Alcalá Zamora y los políticos de la derecha. El presidente era contrario a que se juzgara a los presos políticos por tribunales militares, si bien no se supo si se oponía a la ejecución de los dos jefes militares condenados en Barcelona. Lerroux, con su sensatez de viejo, sabía que no era conveniente hacer mártires. Se supo que el Gabinete estaba dividido y que los tres ministros de Gil Robles pedían sentencias de muerte.

En el tercer día, los ministros se reunieron bajo la presidencia de Alcalá Zamora, en palacio. Comenzaron a las nueve, comieron a las dos y continuaron deliberando hasta las cinco de la tarde. El presidente habló largo rato, pidiendo que las sentencias de los tribunales militares fuesen revisadas por el Tribunal Supremo. Fue el suyo un discurso combativo. Hizo la comparación de los dos oficiales de Cataluña sentenciados a muerte con la traición del general Sanjurjo, cabecilla de la rebelión contra el régimen en 1932. Los oficiales de Barcelona, dijo, estaban obligados a obedecer órdenes de la Generalidad, pues Cataluña era reconocida como autónoma; en cambio, Sanjurjo era un subordinado del Gobierno, y se rebeló contra él, contra la República y «contra la soberanía del pueblo». Y ¿en qué actitud, preguntó, estaban los ministros que ahora se hallaban reunidos ante él respecto a la petición de clemencia en favor de Sanjurjo? Volviéndose hacia unos papeles que había sobre su mesa, cogió un telegrama en el que se pedía clemencia para el general sentenciado, telegrama firmado por Manuel Giménez Fernández, en ese momento ministro de Agricultura de la CEDA, quien insistía en la sentencia de muerte contra los catalanes. Y después, volviéndose a Lerroux: «En aquel momento, y en ocasión de la ley de Amnistía que provocó todo este conflicto, a usted le gustaba repetir esta cita: “La virtud de la clemencia no es excesiva”. ¿Es excesiva, señor Lerroux, solamente cuando se aplica en interés de los republicanos?».

Después, bruscamente, dirigió un vigoroso ataque contra los militares que presumían de dictar órdenes al Gobierno. Volviéndose hacia Hidalgo, ministro de la Guerra, le preguntó si era verdad que existían entre la oficialidad comités cuyo propósito era intimidar al Estado. Hidalgo admitió que era cierto, y citó los nombres de dos coroneles que amenazaban con una rebelión si las ejecuciones no se cumplían.

—¿Tengo derecho a suponer que esos coroneles fueron inmediatamente arrestados?
—preguntó en tono irónico.

No recibió contestación.

El presidente continuó manifestando que tenía razones para saber que todo lo que estaba diciendo sería conocido inmediatamente por alguno de los generales.

—¿Qué generales? —preguntó Hidalgo.

—Los generales con los que usted está conspirando —espetó el presidente, refiriéndose a Franco y a Goded.

Según la ley, el discurso del presidente no se podía publicar sin el consentimiento de los ministros. Temiendo la preparación de un golpe de Estado militar, Alcalá Zamora estaba decidido a hacerlo llegar al público. Cuando los ministros se marcharon, dictó su texto con vistas a su publicación clandestina. Fui informado de que una copia del mismo fue enviada a París para ponerla a salvo; otra se entregó a cierto ministro, amigo personal. Finalmente, con la aceptación de su plan sobre la revisión de las sentencias de los tribunales militares por el Tribunal Supremo, no hubo necesidad de que se publicara.

No obstante, la indignación de la extrema derecha y de los militares no conocía límites, y en la ciudad zumbaban los rumores de un golpe de Estado. En el Ministerio de la Guerra se habían instalado los generales Franco y Goded para dirigir las operaciones contra los asturianos. La conjetura popular señalaba al primero como el probable dictador, pese a que muchos ponían en tela de juicio su capacidad para ello. Se coincidía en que Goded —cruel, carente de escrúpulos, desleal— estaría mejor preparado. Este había traicionado al rey, después a Primo de Rivera y, últimamente, a Lerroux y a Azaña, pero se entendía que era demasiado impopular entre los demás generales. Era extraño que en aquel momento no se mencionara a Sanjurjo para el papel de dictador.

10

Aparentemente, reinaba una temporada de calma. Yo nunca había visto a Madrid tan alegre y deslumbrador. La rebelión había terminado. Lucía un dorado sol de otoño y el aire era fresco y fragante de aromas. A lo largo del paseo de la Castellana, los transeúntes caminaban tan cerca unos de otros que, vistos desde un coche, parecían moverse como una masa compacta. En el hermoso Retiro se estacionaban muchos vehículos, sus paseos se hallaban tan concurridos como el citado de la Castellana, y mucha gente deambulaba por los agradables senderos entre la arboleda.

Mientras se esperaba la apertura de las Cortes, hice otra de las muchas excursiones sentimentales a Alcalá de Henares, la más dulce y encantadora ciudad de la vieja Castilla. Su gloria, que iluminó generaciones, terminó cuando la famosa universidad fue trasladada a Madrid. Había desaparecido toda la gloria, pero quedaban los monumentos, los sólidos edificios convertidos ahora en cuarteles. Los mejores se conservaron para recreo del público. Paseando por las estrechas calles, bordeadas por los edificios de la antigua universidad, uno sale de repente ante el Mesón del Estudiante. Cruzamos el patio, empedrado con guijarros, pasando junto a un antiguo pozo, cuyo brocal de piedra está profundamente cortado por el uso de las cuerdas durante muchas generaciones, para entrar al salón reservado en pasados tiempos como comedor de los profesores famosos y los estudiantes notables. En el

centro, a un lado, hay una enorme chimenea de piedra sobre una ligera elevación. Allí se asaba la caza para los jóvenes provistos de espadas y chorreras que comían a la luz de las velas. Con frecuencia llegaba yo allí en invierno, para sentir la alegría de subir sobre la plataforma, de un solo peldaño, y sentarme en un taburete cubierto con piel de cabra, dejando que el calor de las llamas amortiguase la mordedura del viento de la montaña. En torno a la mesa hay banquetas y otros asientos más cómodos. En un ángulo de la habitación hay una gran piel de cerdo henchida de vino. Era delicioso sentarse frente a las juguetonas llamas y ante una comida de platos diversos.

Desde el comedor se puede pasar al primoroso patio rodeado por dos edificios de piedra, de dos pisos, a los que el tiempo ha dado una coloración rosa pálido. Nada ha cambiado, aunque las gárgolas están un poco roídas por la lluvia y el granizo. En el centro existe un antiguo pozo con un balde, en la actualidad mero detalle de ornamento, aunque, hace siglos, en él los sabios apagaban su sed. Abriéndose al patio hay un salón de lectura, tan inspirador en su asociación con el pasado y su belleza que un invitado mío procedente de la Universidad de Oxford, instintivamente se quitó el sombrero al mismo tiempo que exclamaba: «No hay en Oxford nada de tanta inspiración como esto». La gran altura del techo, en sí mismo una obra de arte, es impresionante, como lo son el estrado y la elevada plataforma a lo largo de los muros en los que se hallan las placas de mármol que recuerdan los nombres de los profesores y filósofos de pasados siglos que enseñaron allí. Después de los tumultos y los gritos de los políticos y militares conspiradores de Madrid, unos pocos minutos en este salón eran como un baño espiritual, una depuración para el alma.

Me gustaba detenerme siempre junto a la puerta medieval de piedra de los antiguos muros de la vieja ciudad, en la iglesia principal, memorable en su austera sencillez y en sus reminiscencias. Por lo general, nos encontrábamos solos. En una tumba de extraordinaria belleza, una joya del Renacimiento, frente al altar, yace el gran cardenal Cisneros, de los tiempos dorados de Isabel la Católica. ¡Qué majestuoso, sereno y poderoso parece en la figura yacente! Durante la guerra, más tarde, esta obra maestra sería destruida por las bombas de los aviadores fascistas extranjeros.

Siempre será fascinador para mí el viejo palacio del Arzobispo, construido hace siglos, cuando los cardenales competían abiertamente con el rey por el poder temporal. Abandonado hasta hace poco, hay algo muy triste en el estado en que se encuentra hoy día este magnífico edificio. Entramos en el gran patio, que se ennegrece de muerte y abandono, y subimos la ancha escalinata hasta la amplia galería de piedra que lo rodea, y de allí atravesamos muchas habitaciones, en la actualidad llenas desde el suelo hasta el techo con amarillentos documentos en los que se guardan los secretos de la historia. Contemplamos, con respeto hacia los arzobispos por su amor a la belleza, la ornamentación de los techos de las habitaciones, tallados en madera, con dibujos distintos en cada estancia; y así hasta llegar a los dos grandes salones donde los reyes y los cardenales decidían los destinos de España, y donde Isabel la Católica dio a luz a Catalina de Aragón, primera mujer desgraciada de Enrique VIII de Inglaterra. Los techos todavía conservan su belleza, pero los pequeños vidrios de colores en las altas ventanas han sufrido las pedradas de los muchachos alborotadores. Miramos por estas ventanas hacia el edificio de

enfrente, con ventanas de barrotes de hierro y ceñudo aspecto.

—Es una cárcel —me dice el guía—. Allí está Juan March —y sonrío con satisfacción.

Poco después, en otra ocasión, atisbamos la prisión por las mismas ventanas.

—Juan March sobornó al carcelero y se fugó —nos dijo el guía con pena.

Y ahora Juan March está sentado en un rincón de la rotonda del hotel Palace en Madrid, y la gente se inclina respetuosamente, pues tiene grandes posesiones. Con la muerte del régimen de Azaña, su importancia está creciendo a pasos agigantados. Se ha convertido en un gran «patriota» y ha recuperado su puesto en las Cortes, que se encuentran reunidas en este momento.

Es tiempo de cruzar la calle y observar lo que está sucediendo en este lugar.

Sembrando vientos

Con el país invadido por la prensa antidemocrática que publicaba espeluznantes relatos sobre las «atrocidades» de los mineros asturianos, comenzaron a filtrarse en Madrid noticias acerca de las barbaridades cometidas en el otro bando. Una noche, un corresponsal de prensa que había efectuado un recorrido casa por casa en Oviedo, a lo largo del trayecto que siguieron los moros y la Legión Extranjera al entrar en la ciudad, me entregó su información, que era horrorosa. Así, los relatos de violaciones, robos y asesinatos llegaron a la capital. Muy pronto el desesperado artificio de Gil Robles y Lerroux de *ordenar una censura de los discursos pronunciados en los debates* de las Cortes ofreció la prueba de que tenían algo que ocultar.

Denunciando los procedimientos de censura parlamentaria como una mofa, los socialistas y muchos republicanos se negaron a asistir a la sesión inaugural de las Cortes, a principios de noviembre de 1934. Las calles próximas al Parlamento estaban llenas de soldados, pero los partidarios del Gobierno se encontraron solos en la cámara. Lerroux habló con calma, prometiendo terminar con la crueldad de los castigos y reiterando su lealtad a las derechas. En esta ocasión, invirtió sus manifestaciones anteriores, hechas en la comida a Martínez Barrio, cuando proclamó su fidelidad a las izquierdas. Gil Robles aplaudió discretamente y después habló con gran vehemencia; su partido respondió al discurso con una serie de ovaciones. Era evidente su completo dominio del Gobierno.

Pero al día siguiente dicho predominio se vio desafiado por Calvo Sotelo, el beneficiado por la ley de Amnistía, que profirió un ataque insultante contra el republicanismo y la democracia, y realizó una referencia laudatoria al concepto fascista de la sociedad. Se le sabía partidario del fascismo bajo un rey títere y aspirante a la jefatura de la coalición derechista. Su arrogancia intimidaba.

Cuando Gil Robles se levantó para pronunciar un sorprendente ataque contra la idea de superestado, todo el mundo se dio cuenta de que la contienda no era tanto entre democracia y fascismo como entre Gil Robles y Calvo Sotelo. Incluso así, fue un debate notable. Después, durante una semana, las sesiones de Cortes fueron apagada rutina, y yo respondí otra vez a la llamada de las carreteras.

Un claro día de noviembre acompañamos a una monja norteamericana de las ursulinas, una mujer alta con expresiva cara de irlandesa iluminada por unos ojos alegres y de aguda inteligencia, al interesante castillo medieval de Oropesa. Estaba preparando un libro sobre la colonización del Perú. Durante los sucesos de octubre, había vivido en el convento irlandés en Madrid, yendo y viniendo a la biblioteca

con su hábito de monja en los días en que, según el *Daily Mail* de Londres, las calles de la capital estaban inundadas de sangre y las religiosas eran muertas a tiros.

El castillo de Oropesa había sido residencia del quinto virrey del Perú; en él halló refugio Carlos V durante su preparación para ser recibido en un monasterio vecino donde había de pasar el resto de sus días. También santa Teresa había descansado en Oropesa unos días, con ocasión de uno de sus viajes. Tras caer en desgracia el dueño del castillo, fue convertido en un amable parador, desde cuyas ventanas se divisaba un panorama maravilloso de muchos kilómetros de extensión. Una pequeña y escabrosa aldea se extendía a su alrededor. Aquel día fuimos a la torre y a las murallas, construidas en el siglo XIV sobre las rocas sueltas que un día fueran escaleras y que ahora ofrecían serio peligro. Tiempos atrás las galerías que rodeaban el patio habían sido escenario de la elegancia, donde damas y caballeros vistiendo sedas y chorreras presenciaban los torneos. Ahora el patio tiene un pequeño anfiteatro de piedra para acomodo de la gente del pueblo en las corridas de toros. Aquel día jugueteaban en él los niños, pues se había abierto una escuela pública en una parte del castillo. A la salida del patio principal, dimos con una pequeña sala donde se podían comprar trabajos típicos de la región. Un hombre, una anciana y dos mujeres jóvenes se agrupaban en torno a un relumbrante brasero. Ellas hacían calceta: él leía el periódico. Efectuamos algunas compras bajo la mirada penetrante de la anciana, y, al salir, toda la familia nos despidió ceremoniosamente.

Días después, atravesamos las montañas hacia Segovia para ver la iglesia de la Vera Cruz de los Caballeros Templarios. Yo conocía el alcázar de Segovia, donde los Reyes Católicos fueron coronados, y el acueducto romano que se conserva perfectamente en el corazón de la ciudad; pero la pequeña iglesia de la Vera Cruz solo la había visto vagamente a través de la niebla desde las murallas del castillo medieval. Se halla en las afueras de la ciudad, en un lugar solitario, y allí ha permanecido sin sufrir cambios desde que fue construida en 1209. Entrando por una bella puerta románica, nos encontramos en una estancia fría, solitaria y extrañamente construida, el centro dominado por una capilla menuda dentro de otra más pequeña: un edificio de dos pisos. En la estancia de abajo, los caballeros se vestían sus hábitos y ceñían sus espadas antes de dirigirse a la batalla por el sepulcro de Cristo. En la estancia de arriba oraban toda la noche, mirando al altar, en la planta inferior, a través de una ventana. En una pequeña habitación junto a la entrada de la iglesia, donde los caballeros recibían sus hábitos y sus espadas, según dice la tradición, hubo en un tiempo un pedazo de la Cruz. ¡Qué época romántica de inflamada fe evoca esta pequeña iglesia! En una blanca pared de piedra encontré algunos garabatos cubiertos por un cristal. Más de medio siglo antes, aquel incomparable tribuno español de la República, Emilio Castelar, en una peregrinación sentimental, escribió con emoción en uno de los muros de la iglesia los pensamientos que le inspiró.

Cuando salíamos, un chubasco nos hizo retroceder para cobijarnos bajo el antiguo portal y, al extender la mirada hacia el solitario valle, brumoso a través de la cortina de agua, pensamos que no debió de ser muy diferente en los tiempos de las Cruzadas.

En las Cortes, Gil Robles se disponía a atacar para conquistar el poder.

La lucha no dio comienzo hasta las seis de la tarde. Los socialistas y muchos republicanos continuaban ausentes. Martínez Barrio y Miguel Maura ocupaban sus escaños, pero únicamente como atentos oyentes. En el banco azul se sentaban Samper, Hidalgo, ministro de la Guerra, y Rocha, solos, abandonados, todos aguantando los embates de los amos de la coalición. Lerroux se disponía a arrojarlos a los tiburones. Todos ellos se mostraban sombríos, heridos, indignados. Gil Robles no hablaría. Y Lerroux habría de callarse. Un oscuro monárquico fue utilizado para apuñalar a las víctimas en la casa de sus amigos por miedo a que se volvieran hacia sus líderes con un: *et tu, Brute?*

Hidalgo respondió al ataque con una inspirada réplica contra la mixtificación de los hechos, pero con Samper, que sufría limitaciones intelectuales y oratorias, fue diferente. Cuando el hombrecito con cara de rana lanzó el epíteto de «embustero» a su verdugo, y Santiago Alba, colega suyo de partido y presidente de las Cortes, pidió una satisfacción, Samper fue dejado solo. Otros se unieron al ataque, pero ninguno de los líderes. La vergüenza exige su tributo. Y ninguno de los jefes a quien Samper había servido, como un perro sirve a su amo, pronunció una sola palabra en su defensa.

Dos días después, Samper e Hidalgo salieron del Gobierno, ya que Lerroux no tenía ya el ánimo ni la capacidad para defender lo suyo. Estaba encadenado y resignado. Pero si Gil Robles pensaba obtener el Ministerio de la Guerra para su partido, sufrió una decepción. Lerroux se hizo cargo de dicha cartera y trasladó a su amigo Rocha de Marina, a Estado.

4

Con todo, la coalición de derechas no era enteramente feliz. Azaña permanecía en el barco-prisión, en un pequeño camarote, con su compañero tuberculoso, sañudamente atacado todos los días, negándosele el derecho a defenderse. La inevitable reacción en pro de la justicia llegó cuando, desafiando la censura militar, un documento firmado por muchos de los nombres más ilustres de España, *El caso de Manuel Azaña*, fue difundido por radio en Madrid. En él se denunciaban las persistentes falsedades del odio y la desfachatez de la mentira de que Azaña había inspirado la rebelión, con estas palabras: «Es bien sabido, no solamente por nosotros, sino por sus detractores, que esto es falso». Criticaba el propósito de sus enemigos de «aniquilarlo» y de «armar el brazo de un asesino». Y continuaba:

Con él tenemos más o menos coincidencias ideológicas, pero no somos del mismo credo político ni estamos vinculados a él por ninguna clase de interés. Lo que se está haciendo contra el señor Azaña no tiene quizá precedente en nuestra historia, y, si lo tiene, será mejor no recordarlo. No es una oposición lo que se está ejerciendo contra él, sino una persecución. No se le acusa, se le calumnia, se le amenaza. No tratan de derrotarlo, sino de destruirlo. A fin de perjudicarlo, se han usado todas las formas del insulto. Se le quiere presentar como al enemigo de su pueblo, como la causa de todas sus desgracias, como un monstruo indigno de vivir.

Todos sabemos, incluso sus peores detractores, que esto no es verdad, que las ideas y la conducta de Azaña son absolutamente contrarias a los tristes sucesos que han afligido al país recientemente, y

que él ha seguido, en el poder y en la oposición, una política para el bienestar del pueblo, de honestidad e integridad, la cual le da un valor intelectual y moral al que cualquiera puede oponerse, pero que nadie puede regatear.

Nuestra protesta se levanta contra la forma de los ataques que han alcanzado tan ciega malevolencia que parecen destinados a impedir la justa acción del Estado, provocar una ciega sublevación o poner armas en las manos de un asesino.

La notabilidad de los firmantes en los ámbitos de la literatura, el arte, la política y la ciencia indujo al Gobierno a la acción, y una comisión de las Cortes fue enviada a Barcelona para tomar declaración a Azaña. Pero la prensa gubernamental rehusó incluso publicar sus respuestas, y los periódicos de izquierda fueron silenciados por el censor.

Enfurecido hasta la estupidez por la posibilidad de que Azaña fuese libertado, el ministro de Justicia de Gil Robles se apresuró a preparar una ley para la reorganización del Tribunal Supremo, antes de que se viera su caso, con la intención de amañar la situación para que fuese condenado. Pero el Tribunal, anticipándose al truco y actuando con rapidez, sostuvo que no existían pruebas para procesar ni detener a Azaña. Liberado inmediatamente, don Manuel se dirigió a casa de la actriz Margarita Xirgu, cerca de Barcelona, donde lo esperaba su esposa. La furia de la prensa gubernamental y de las derechas se desató en fieros ataques contra el Tribunal.

5

Pero la coalición también se hallaba en dificultades. El ministro de Agricultura, Manuel Giménez Fernández, el más conspicuo de los miembros de la CEDA después de Gil Robles, disgustaba a los agrarios. Hombre alto, atlético, con cabellos y bigote negros, de agradables maneras infantiles, resultaba un tipo atractivo. Al contrario que los de su jefe, sus discursos estaban exentos de emoción, se ceñían a los hechos, argumentaban. Carecía de sentido dramático. Profunda e inteligentemente interesado en el problema de los campesinos, sostenía teorías y puntos de vista propios, parecidos a los de los socialistas cristianos, teorías y puntos de vista que la jerarquía había apadrinado alguna vez blandamente. Asombró a no pocos de sus correligionarios con una seria interpretación de la famosa encíclica de León XIII sobre el trabajo.

Pero, al igual que los otros partidos de aquella incongruente combinación de las derechas, los agrarios aplicaron sus propias interpretaciones después del triunfo electoral. Para ellos, este significaba la destrucción de todos los planes destinados a mejorar la penosa situación de los campesinos, la inmediata expulsión de los agricultores que el gobierno de Azaña había instalado en algunas tierras y la exigencia del máximo trabajo por el mínimo jornal posible.

Cuando, al asumir su puesto, Giménez Fernández advirtió a los viejos terratenientes feudales, por radio, de que no debían arrogarse el derecho de reducir la ya mísera paga de los campesinos, los agrarios encajaron alegremente el golpe, en la creencia de que aquello era un ardid del político para ganar tiempo. Pero, a medida que pasaba el tiempo y los campesinos continuaban en las tierras, no fueron

pocas las quejas.

Al final, Giménez Fernández expuso su posición claramente, hablando con moderación, pero insistiendo en su propósito. Azaña había instalado agricultores, cuando poseían un arado o una mula, en las tierras de los propietarios ausentes. Estos, advirtió Fernández, no serían desalojados antes del plazo de un año, y tampoco pasado este período de tiempo, a menos que entre tanto pudiera hallarse una adecuada política como sustitutivo. Los terratenientes que vivían en sus tierras y las cultivaban, decía, se sentirían complacidos al ver así reducido su problema; en cuanto a «los propietarios ausentes, que vivían en Madrid o en París, interesados solamente en los beneficios», esos no importaban.

Los agrarios quedaron estupefactos, y Martínez de Velasco, su líder, abogado de Madrid y sin conexión alguna con la tierra, protestó duramente. Giménez Fernández replicó que, si sus puntos de vista no convenían al Gobierno, ya sabía lo que tenía que hacer.

Entonces los agrarios recibieron el segundo golpe cuando, al defender a su ministro, Gil Robles dijo que los grandes terratenientes que ignoraban sus obligaciones sociales no habían «aprendido la lección de la revolución». Comenzaron a circular habladurías acerca del líder de la CEDA. Los agrarios estaban furiosos, pretendiendo que habían sido engañados.

Pero, como se demostró después, algo sucedía en la trastienda, y muy pronto Giménez Fernández dimitió, arrojado a los lobos agrarios. *La suerte de los campesinos bajo la coalición derechista fue así sellada.* El incidente tuvo mayor trascendencia. La profecía de Fernando de los Ríos se realizaba. La reacción cabalgaba con botas y espuelas. ¿Estaba Gil Robles en las manos de fuerzas más poderosas que las suyas? Los reaccionarios de la extrema derecha ya no confiaron en él.

6

Aproximadamente por estos días, Royo Villanova, derechista muy cercano al centro, ministro de Instrucción Pública, caballero de excelente capacidad y gracia, con redonda y rosada cara enmarcada en blanca barba que inspiraba confianza, presentó a las Cortes un proyecto para la enseñanza pública que Gil Robles atacó violentamente. Royo Villanova replicó con dignidad que él actuaba simplemente de acuerdo con la Constitución, lo que era verdad. Al caer la monarquía, noventa mil niños quedaron sin facilidades de acceso a la educación, y la administración de Azaña había proyectado remediar aquella situación. Una vez desaparecido el Gobierno de don Manuel, la construcción de escuelas prácticamente había cesado. Royo Villanova acusó con acaloramiento a Gil Robles de la determinación de destruir las escuelas públicas y volver al viejo sistema, con su enorme masa de analfabetos. Cuando Gil Robles replicó con menosprecio que Royo Villanova estaba «tratando de levantar una tempestad en un vaso de agua», Martínez Barrio gritó: «¡Las palabras exactas del señor Azaña!», y se sentó sonriente.

Royo Villanova presentó su dimisión, pero Lerroux lo persuadió para que la retirara, dando así materia para las murmuraciones; no obstante, cuatro días

después Royo Villanova insistió, y así fue como uno de los más sanos y más conservadores españoles dejó el Gobierno.

Y con su dimisión, la suerte de las escuelas públicas bajo la coalición de derechas fue sellada. La «liquidación» de las reformas era una parte esencial de la liquidación de la democracia en España.

7

A todo esto, la lucha entre Gil Robles y Calvo Sotelo por la jefatura del movimiento de derechas incrementaba su virulencia. Enemigo declarado y despreciador de la democracia, Calvo Sotelo agradaba más y más a los extremistas de la coalición gobernante, que soñaban en un golpe de Estado. El choque de las ambiciones de los dos hombres estremecía el ambiente. El órgano monárquico publicaba la carta abierta de Calvo Sotelo a su rival, acusándole de hacer uso de la censura para impedir que la opinión monárquica llegara al público, y Gil Robles replicaba que la única misión de la prensa monárquica era atacarle a él, a pesar de lo cual él se uniría al esfuerzo para levantar la censura. Contrarreplicaba Calvo Sotelo y, con fundamento, que desde el momento en que Gil Robles *era* el Gobierno, no había necesidad de que se le uniera nadie para terminar con la censura.

Era una lucha vergonzosa dentro de una atmósfera de hipocresía, pues la censura se imponía, no a los monárquicos, cuyo órgano diario tronaba contra la República, sino a los socialistas y a los seguidores de Azaña; y su primordial propósito era impedir la publicidad de las acusaciones por las atrocidades cometidas por los moros y la Legión Extranjera en Asturias. Y es que ahora estaban llegando a la capital terribles relatos: testimonios de mineros que fueron castrados, sumergidos en agua helada y torturados para arrancarles «confesiones», hasta que los médicos se negaron a firmar certificados de muerte natural de hombres que habían sido asesinados, y los jueces rehusaron procesar a reos a los cuales se les habían arrancado declaraciones por medio de la tortura.

8

Con rumores de una crisis total circulando profusamente, acudí un día a visitar al señor Rocha, ministro de Estado, íntimo amigo de Lerroux, y lo encontré muy deprimido. Con tristeza, me dijo que el día siguiente sería para él el último en el ministerio y que convenía posponer las discusiones sobre asuntos diplomáticos, hasta que su sucesor pudiera recibirme unos días después. Había cursado invitaciones para un té en el ministerio para la noche siguiente y, con una sonrisa sarcástica, comentó que la reunión que se había proyectado para despedir el año viejo (1934) se había convertido en su propia despedida. Sin embargo, a la noche siguiente nadie se sentía más feliz que Rocha, pues Velasco había declinado el cargo y él seguía de ministro.

El señor Rocha no era ni brillante ni encantador, pero sí afable y muy humano. Gozaba en los banquetes del cuerpo diplomático, y yo sospechaba que los habría

echado mucho de menos. Era un excelente narrador de cuentos, y me agradaba su carácter. Continuaba todavía cerca de Alcalá Zamora, como ministro de Estado, cuando el presidente ofreció una comida a los jefes de misiones diplomáticas.

Aquella noche, Alcalá Zamora parecía feliz y despreocupado; sonreía constantemente, junto a su esposa, delgada y de cabellos grises. Allí estaba Lerroux, con aspecto complacido, a pesar de sus preocupaciones, y, contrariamente a su costumbre, también se hallaba presente su esposa. En un momento en que Lerroux daba vueltas por el palacio inspeccionándolo cuidadosamente, *sir* George Graham me dijo al oído que parecía «un hombre que ha alquilado una casa y está calculando lo que hará cuando se traslade a ella». Ya no era un secreto para nadie que esperaba obtener la presidencia de la República de la coalición con Gil Robles como recompensa a su complacencia.

Y Santiago Alba, presidente de las Cortes, conversando y sonriendo, se mezclaba con los invitados. Había sido ministro del rey y se contaba una extraña historia del supuesto intento de Alfonso para apresarlo. El día del golpe de Estado de Primo de Rivera, se hallaba en San Sebastián y, conociendo su intención de regresar a Madrid en tren, el monarca lo persuadió para que le acompañase en coche al campo. Llegaron a la estación con escaso tiempo para tomar el tren. Cuando Alba subía al vagón, un amigo le susurró al oído la noticia de que se había producido un golpe de Estado en Madrid y que sus enemigos estaban en el poder. ¿Lo sabía el rey? Santiago Alba estaba seguro de que sí. Se volvió de la estación y en coche pasó la frontera de Francia, donde permaneció hasta la caída del soberano, ejerciendo de abogado en los tribunales franceses durante años y con notable éxito. Con el fin del dictador y la instauración de la República, había vuelto a España, asociando su suerte política al partido de Lerroux, y al subir este al poder Alba fue nombrado presidente de las Cortes. Era hombre de mediana estatura, fornidamente constituido, con bigote y perilla, cabeza bien formada y ojos que revelaban inteligencia y penetración a la vez. Sus enemigos lo acusaban de ser poco escrupuloso y de tener una manifiesta disposición a la codicia, pero otros críticos más desinteresados pensaban que su mayor pecado era la timidez. «Si hubiera poseído valor físico y moral a la medida de su capacidad, habría sido un gran hombre», me dijeron en una ocasión. De cualquier forma, tras la salida de Martínez Barrio era con creces la figura más importante que quedó en el partido de Lerroux.

La coalición de Gil Robles había estado en el poder quince meses sin poderse anotar un solo hecho constructivo a su favor. Existía disgusto entre los monárquicos, enfado en los agrarios, resentimiento en los industriales y malevolencia entre los líderes del grupo. Circulaban por los cafés y los vestíbulos de los hoteles rumores de una crisis inminente. Al no estar los partidos de acuerdo en la política a seguir, nada se hacía. Enfurecidos por la liberación de Azaña, sus enemigos realizaban esfuerzos de ingenio a fin de hallar algún pretexto para su detención y su ruina. Mucho se había dicho anteriormente acerca del contrabando de armas, pero nadie pensó que don Manuel estuviera complicado en nada criminal o vergonzoso.

Mas para proceder contra Azaña en los tribunales, era necesario obtener el consentimiento de las Cortes; y eso significaría darle una oportunidad para defenderse desde una tribuna donde todos podrían verlo y oírlo, algo en lo cual era maestro. Lerroux, sensato por sus años, no tenía deseos de caer en ese juego; se dijo que los agrarios votarían con él en tal sentido.

En aquellos días Lerroux y Gil Robles celebraron una conferencia de dos horas. Algunos creyeron que el motivo de esta reunión eran las complicaciones políticas; otros aseguraban que la razón era el colapso en que se hallaban los asuntos de la nación. *El Debate* se quejaba e insistía en que sería necesario decidirse entre «democracia o eficacia», lo que en realidad significaba entre fascismo y democracia. *El Debate seguramente conocía en aquellos momentos la existencia de acuerdos con Mussolini, para que prestara ayuda material a una rebelión en España.*

Es significativo que, en aquellos días, en el reajuste de altos cargos del Ejército que se llevó a cabo, todo puesto vital y estratégico fuera encomendado a un general hostil al régimen democrático. El Ejército estaba ya en poder de las fuerzas antidemocráticas.

Sin embargo, no todo estaba tranquilo dentro del campo de los enemigos: no se ponían de acuerdo sobre su objetivo.

10

«Hay una tregua política —me dijo un día de febrero el general Fuqua—. Quiero que venga usted conmigo a ver un hermoso castillo medieval». El general no conocía el nombre del castillo, pero sabía dar con él. Pronto corríamos por una excelente carretera y, al llegar a un polvoriento ramal, Fuqua paró y echó mano de su inevitable mapa. «Sí —dijo—, este camino nos llevará al castillo. Allá están las montañas mencionadas por el hombre que me dio la orientación, y ahí está el pequeño arroyo». Salimos de una carretera en perfecto estado para seguir por un pésimo sendero, evidentemente abandonado desde hacía años, por el cual íbamos saltando a campo traviesa. Un frío y punzante viento descendía de las nevadas montañas y nos azotaba salvajemente los rostros. Negros nubarrones cruzaban el espacio, amenazando con un fuerte chaparrón. El camino se hacía cada vez más intransitable y parecía como si anduviéramos sobre el fondo rocoso de un riachuelo seco. El castillo no se veía por ninguna parte. Después de largo rato, fuimos a salir de nuevo a una buena carretera —la misma que habíamos abandonado para hacer esta loca excursión— y allí, ante nosotros, surgió el edificio, que yo había visitado meses atrás.

Lo había visto un día de agosto mientras comíamos cerca del lugar en una casa de campo. Había sido construido en el siglo XVI como residencia y fortaleza a la vez. Aquella tarde anduvimos solos recorriendo las evocadoras ruinas asociadas a una época romántica en la que un noble que vivió allí, de la famosa familia de los Mendoza, raptó a la dama de sus amores llevándola en su caballo hasta el castillo. El patio se encontraba en verdad desolado, con bloques caídos y piedras por todas partes, pero desde fuera parecía estar perfectamente conservado. Dimos con el camino que conducía a la gran galería ornamentada, con sus balaustradas

delicadamente labradas y sus esbeltos pilares, desde donde podía verse, en una extensión de muchos kilómetros, un paisaje encantador.

Yo había oído por casualidad la historia de aquel castillo, que sirve para explicar una de las razones del malestar social en España. El propietario, un noble de vasta fortuna y elevada inteligencia, había sido apremiado para que restaurase la fortaleza y la cediese a la nación como un monumento de la cultura del siglo XVI. Se iniciaron las obras. Pero debido a que la tarea era agotadora, pues era necesario levantar y transportar piedras enormes, los obreros, que como paga recibían únicamente la comida, pidieron una o dos pesetas de jornal —menos de 25 centavos de dólar—. Enfurecido por las «extravagantes ideas» de los trabajadores, el propietario declaró indignado que no estaba dispuesto a aguantar tales pretensiones de «los comunistas», de modo que abandonó el proyecto. Varias veces oí relatar esta historia a encantadoras damas que se reafirmaban en la conclusión con una luz de triunfo en sus ojos, como diciendo: «¿Qué puede usted hacer con esta clase de comunistas?».

El patio era aún un montón de escombros de piedras y roca. El empeño en mantener las lamentables condiciones de vida de los trabajadores hizo que, antes que pagar unos céntimos de jornal, se optara por abandonar aquel precioso monumento de una época romántica.

La coalición de derechas se rompe

Aparentemente nos hallábamos en un período de calma en la actividad política, y transcurrió un mes antes de que Azaña se defendiera en las Cortes contra sus malignos acusadores. La propaganda, no obstante, estaba activa y, de manera sistemática, se repetía la historia de que el país se hallaba en un estado de desorden que bordeaba la anarquía, ante lo cual, y con el propósito de convencerme por mí mismo de la verdad, en el mes de febrero, acompañado por el general Fuqua y Biddle Garrison, me dirigí hacia el sur. Aunque era un militar serio, Fuqua se alegraba y se entusiasmaba en estas excursiones, en las que actuaba como un muchacho, ocurrente, jovial y amoldable. El hábito profesional hizo de él, durante años, un esclavo del mapa, y el mapa salía a cada cambio de panorama, y junto con él, de algún misterioso escondite, aparecía también un libro lleno de información acerca de cualquier pueblo por donde pasábamos.

Nos detuvimos una noche en Córdoba, contemplamos a los trabajadores en la antigua mezquita, vimos de nuevo los catorce patios del palacio de Viana, con sus naranjos cargados de fruta y sus fuentes murmuradoras, y llegamos a Sevilla a la hora de comer. La antigua influencia árabe subsiste en grado notable en esta ciudad donde había normas rígidas sobre el comportamiento de las mujeres. Aunque famosas por su encanto y su belleza, rara vez puede verse por la calle a una hermosa mujer sevillana de la clase alta. Estas se hallan confinadas tras las cortinas de sus ventanas. La hija de un diplomático me contó su sorprendente experiencia cuando estuvo en Sevilla como invitada de una amiga suya. Preparada, como estaba, para hallar una estricta vigilancia, se asombró al ver que su amiga no osaba salir al jardín rodeado de elevadas tapias sin una acompañante. ¿No podía una flirtear desde el jardín, cerrado por altos muros de ladrillo, con alguien que se hallase en la alta ventana de una casa vecina?

Y así, en Sevilla no hay cabarets donde pueda verse bailar a españolas o gitanas, me contaron, porque los sevillanos no llevarían a semejantes lugares a sus hijas o a sus mujeres.

Decidimos hacer un viaje sentimental a Palos, de donde Colón zarpó para su inmortal viaje, y a la Rábida, el monasterio donde pidió ayuda. Fuimos acompañados por Emily Wright, desde hacía tiempo representante de la Biblioteca del Congreso en los Archivos de Indias. Sabiendo que no encontraríamos parador en aquel olvidado trayecto, pedimos que nos prepararan la comida para llevárnosla. Una buena carretera atraviesa el paisaje solitario, con un sector extrañamente ignorado por los turistas. Al fin llegamos a Palos. Este pueblo pesquero tenía solo cuatrocientos habitantes cuando Washington Irving lo vio hace un siglo, pero hoy la población ha aumentado seis veces. Deseaba yo ver especialmente la iglesia de San Jorge de Palos, donde Colón oyó misa y desde donde su tripulación marchó

directamente a los barcos, después de la celebración, en aquella mañana del siglo xv. Por el camino, *miss* Wright recordó su última visita al pequeño templo y me contó una historia instructiva.

Durante siglos, el gran tesoro de la iglesia de San Jorge había sido una pequeña imagen de marfil de la Virgen, bellamente labrada. Años atrás, algunos devotos de la parroquia la habían vestido con una túnica de terciopelo rojo, ocultando así la belleza y el arte de la obra, pues solamente le quedaba descubierta la cabeza. Cada año añadía su capa de polvo al vestido de terciopelo, que empezó a decolorarse. Al fin, hacía de esto muy poco, apareció en la parroquia un nuevo cura dotado del sentido de la belleza. La profanación de la Virgen con aquel vestido sucio lo atormentaba, y sus manos estaban impacientes por arrancárselo, pero dudaba de si aquellos sencillos pescadores, que querían a su Virgen tal como la habían visto siempre, lo comprenderían. Entonces, un día en que *miss* Wright y algunos amigos visitaban el templo, el párroco, de súbito, se decidió a quitarle la vestimenta; y como lo pensó, lo hizo. En aquel momento un murmullo procedente de la puerta abierta reveló la presencia de un numeroso grupo de gente del pueblo en actitud suspicaz y agresiva. Tomando la precaución de advertir a la guardia civil, el cura se dirigió a la puerta y explicó que nadie tenía la intención de llevarse ningún tesoro de la iglesia, sino que simplemente había quitado el horrible vestido de la Virgen porque ocultaba una hermosa obra de arte de la que los fieles tendrían que enorgullecerse. Después invitó a los campesinos y pescadores a que comprobaran que la imagen todavía estaba allí. Se marcharon, tranquilizados en cierta medida, aunque perplejos y apenados.

He oído otras historias parecidas que demuestran la ardiente devoción de los lugareños por las obras de arte que albergan los templos de sus pueblos. Cuando, no hace mucho, se advirtió que una hermosa pintura antigua de la iglesia de un pueblo necesitaba ser restaurada, se decidió trasladarla al Museo del Prado para su reparación. Pero cuando los forasteros de la capital aparecieron en la aldea, campesinos armados de palos y biellos les salieron al paso, dispuestos a defender con sus vidas su cuadro. Ningún razonamiento ni persuasión alguna pudo convencerlos de que se avinieran al traslado, aunque en cambio aceptaron que desde Madrid viniera un experto a realizar la restauración en el propio pueblo. Se improvisó un estudio, donde el especialista trabajó bajo la atenta mirada de un comité de vigilancia compuesto por un campesino, el maestro y un comerciante locales.

Esto es típicamente español; por eso, cuando, durante la rebelión fascista, escuché que los obreros y los campesinos se inclinaban a vender sus obras de arte a otros pueblos, tenía la seguridad de que era una calumnia.

Palos aparecía patético en su soledad. La citada iglesia de San Jorge, situada entre el mar y una colina, mostraba descarnadamente su antigüedad. Era fría, pequeña, ruinosa y solitaria. Allí estaba el pequeño púlpito de hierro con sus retorcidas escaleras desde las cuales el mensajero del rey leyó la autorización para la expedición

a las Indias. Aquí la heroica tripulación oyó misa por última vez antes de embarcarse para su inmortal travesía. Sagrada como debería ser para dos ricos continentes, está cayendo en ruinas por abandono. No pudimos entrar en la pequeña capilla donde fueron bautizados los Pinzón, pues una gran parte del techo se había derrumbado, y el resto se bamboleaba. La colina situada detrás del edificio, presionando sobre sus muros, acabará por destruirlo. Solamente una pequeña cantidad de dinero sería necesaria para preservar dicha capilla y allanar el cerro. El párroco, Cristóbal Escribano Olivia, un joven sacerdote de agradable e inteligente aspecto, habló sentidamente sobre la dificultad de obtener los fondos. Considerando los enormes ingresos de la jerarquía, no entendía por qué no se había hecho nada.

3

Desde allí, al monasterio de la Rábida.

Está rodeado de pinos, aunque el gran pinar que conoció Colón hace tiempo que cayó arrasado la artillería de los franceses. Es un recinto de escasa altura, nada impresionante en el exterior, relevante tan solo por sus reminiscencias históricas. Solamente cuatro frailes lo guardan y, a no ser por los turistas, el monasterio habría sido ya cerrado, como lo estaba cuando lo visitó Irving hace un siglo.

Llegamos a mediodía, preguntamos a un amable fraile si podíamos comer allí nuestras provisiones y, con afectuosa sonrisa, nos condujo a una estancia donde los cinco monjes comían. Extendió un limpio mantel y nos trajo cuchillos, tenedores, cucharas y vasos, y solo pudimos pagar una botella de vino. Mientras comíamos, con el amable monje rondando en torno a nosotros, observé una súbita sonrisa de inspiración iluminar su rostro al mismo tiempo que se dirigía a una mesa situada junto a la pared, sobre la cual había una pequeña caja, en la que apretó un botón. Y fue así como en el monasterio en el que Colón solicitó ayuda para su causa, y donde Cortés descansó de sus trabajos, nosotros, sentados ante el sonriente monje, escuchamos las notas de *Carmen* que nos llegaban de Sevilla. Nunca olvidaré aquel monasterio, la comida en la pequeña estancia donde resonaban los acordes de *Carmen* y al simpático monje que fue tan amistoso, a la manera encantadora de los españoles.

Llovía cuando atravesamos la antigua ciudad de Niebla, encaramada sobre su colina rocosa desde la Edad de Piedra. Atravesando sus portales entramos a la plaza, pavimentada con guijarros desiguales. El agua azotaba furiosamente el pavimento. Allí, bajo la lluvia, reinaba la soledad, no se veía a nadie, excepto a un solitario mendigo que salió súbitamente de algún portal para pedir limosna. Era tétrico. Fue aquí donde se descubrieron una serie de tablas o losas que llevan las mismas misteriosas inscripciones que las desenterradas en Guatemala, prueba positiva, piensan algunos, de la existencia de la perdida Atlántida.

4

Reanudando nuestra excursión, nos detuvimos en Jerez de la Frontera, «la patria del

vino jerez», el tiempo suficiente para comer y visitar las bodegas de González Byass. Allí saludamos al venerable jefe de la famosa casa, un verdadero patriarca de ochenta y seis años, bello, viril, vigoroso, rebosando humor, profundamente interesado en la vida contemporánea. Lo encontré interesante como símbolo político. Confesó su tristeza por las condiciones de España, y comprendí su intención. Para ponerlo a prueba, le pregunté si ahora que las derechas se hallaban en el poder no estaban mejor las cosas. Sacudió la cabeza. «La propiedad todavía está en peligro», dijo. Era el punto de vista de las familias destacadas de la localidad, que son monárquicas, con especial inclinación hacia la dictadura de Primo de Rivera, cuya estatua se levanta en la plaza.

El viaje de Jerez a Cádiz es fascinante, con las grandes salinas y las enormes pirámides de sal reluciendo al sol, y los canales por donde pasa el agua del mar. De cuando en cuando estos canales son desaguados, y la sal que dejan es apilada en montones para secarla y limpiarla.

Llegamos a Cádiz al anochecer. Con todo dispuesto para el carnaval, la calle Ancha, el paseo favorito, estaba atestada. Es una larga y estrecha vía que dispone de excelentes establecimientos. Aquella noche vimos más mujeres hermosas que durante los días de nuestra estancia en Sevilla. La influencia morisca, en otros tiempos tan fuerte, ha desaparecido.

Otra noche en el María Cristina de Algeciras, y después hacia Málaga recorriendo una hermosa carretera costera, los montes a un lado, al otro las olas del mar.

Aquella noche Málaga estaba deslumbrante; el Collete Palace, donde nos aposentamos, lleno de hombres y mujeres dispuestos para la alegría del carnaval, el baile y la cena. Aunque muchos iban disfrazados, no se permitía el uso de máscaras. La escena estaba llena de color, y la danza, la comida y el beber duraron hasta el alba.

Desde Málaga nos dirigimos a la pintoresca, encantadora villa pesquera de Torremolinos, todavía no estropeada por el turismo, vieja y típica de la región. En lo alto de una colina, desde hacía años, los carabineros moraban en unas casitas de piedra, abandonadas para tal fin mucho tiempo atrás. Años antes habían pasado a ser propiedad de un español, pero, aquejado por sus pérdidas financieras, las viviendas fueron arrendadas a un inglés con la condición de que le fuera permitido al viejo español, que se había vuelto un maniático, vivir en la colina. Con el tiempo, la hija del inglés se casó con un arquitecto norteamericano que quedó tan enamorado de la ciudad que se estableció y se quedó para siempre. Las casitas son ahora parte del mesón de Santa Clara.

Desde el sombreado prado se contempla el mar y las montañas. Ninguna otra vista nos parecería más hermosa: el azul índigo del agua, el profundo azul del cielo, la nieve en los picos de las montañas, el blanco oleaje allá abajo, en la playa. Aquella tarde estuvimos sentados en la cumbre de la colina, bebiendo vino y gozando del panorama.

Camino de Granada comimos jamón y huevos fritos en un pueblo de la montaña. Aunque el restaurante nos había sido altamente recomendado, su aspecto nos pareció tan poco atrayente que nos decidimos por el menú que consideramos menos peligroso. Pero las mesas del comedor eran limpiísimas y, a medida que observábamos los platos espléndidos de nuestros vecinos, comenzó a pesarnos tanta

cautela. Llegamos a Granada por la noche y, por la mañana, volvimos a visitar la Alhambra, desde donde contemplamos, al fondo, la prisión llena de detenidos políticos culpables del único crimen de ser demócratas y amar la libertad. Aquella noche dormimos en el parador de Manzanares y llegamos a Madrid al mediodía.

No habíamos presenciado ningún desorden, pero la prensa extranjera continuaba divulgando la propaganda fascista de que la nación se hallaba al borde de la anarquía.

5

Al regresar a Madrid, visité inmediatamente a Lerroux. Una censura particularmente estúpida había prohibido a la United Press ofrecer a sus clientes españoles la información del nuevo reclutamiento en Alemania, aunque a la Agencia Fabra, francesa, sí le fue permitido enviar estas noticias. Además, el hijo de un ordenanza que había servido en la embajada durante años había sido detenido, aparentemente por poseer una pistola, pero probablemente por creerse él mismo un socialista. Tenía interés en saber por qué la agencia de prensa norteamericana había sufrido esta discriminación, y si el encarcelamiento del muchacho, sin que hubiera sido juzgado, podía concluir.

En la presidencia, aquella noche, Lerroux parecía eufórico. A pesar de los rumores de que se hallaba decaído y avejentado, en aquel momento se mostraba apuesto como un dandi, el pañuelo con ribetes azules asomando coquetonamente de su bolsillo de la chaqueta, la Orden de la República en el ojal y luciendo una camisa de rayas azules con corbata a juego. Su tez era rubicunda, sana, fresca; sus oscuros ojos de mirada ladina resplandecían. Era la cordialidad en persona y, cuando me referí a su cumpleaños, habló con vehemencia del pequeño y polvoriento pueblo andaluz donde nació.

«Pero ¿por qué la censura sobre noticias de Alemania?», preguntó, claramente asombrado. Le dije que compartía su curiosidad, y me garantizó que investigaría y recibiría al representante de la United Press al día siguiente. Escuchó con interés el caso del muchacho y prometió hacer algo, y lo cumplió. Otra vez me impresionó con su vieja astucia, su melosidad, su sagacidad política. Nada en sus despreocupadas maneras indicaba la inmediata crisis que acechaba. Gil Robles insistía en la ejecución de González Peña, líder de los mineros asturianos en los últimos sucesos, y Alcalá Zamora, apoyado por Lerroux, se decía que estaba en contra. Mucha gente predecía que el líder de la CEDA retiraría del Gabinete a sus ministros provocando una nueva crisis, si bien nadie sabía exactamente por qué. Él y su partido habían monopolizado hasta entonces los frutos de la victoria de la coalición, y los monárquicos y los agrarios habían quedado fuera.

Además, se pensaba que Lerroux estaba impaciente ante la insistencia del joven colíder en llevar a Azaña a un juicio mediante acusación amañada. El viejo luchador, adiestrado en tantas batallas, prefería dejar pasar las cosas, y se dijo que Gil Robles compartía su opinión, pero era incapaz de controlar a sus impulsivos correligionarios. Estos pedían el enjuiciamiento de Azaña.

Dos días después me dirigí, bajo la lluvia, a las Cortes para presenciar el debate sobre los inventados cargos contra Azaña. La tribuna diplomática estaba atestada. Allí se encontraba Salvador de Madariaga, profundamente interesado. Poco antes de las cinco la cámara se llenó. Azaña, caminando con ligeros y cortos pasos, hizo su entrada y fue a sentarse en un escaño situado bajo la tribuna diplomática, con su pequeño partido y el reducido grupo de Martínez Barrio. Los socialistas continuaban ausentes; no habían vuelto desde que se estableció la censura para los debates parlamentarios. Azaña se encontraba rodeado de enemigos que lo odiaban.

Un diputado de segunda fila de la CEDA presentó la acusación y la defendió pobremente. Goicoechea, el jefe de los monárquicos, le siguió, con risas y gestos necios, que Miguel Maura remedó desde su escaño, para regocijo de los presentes. Habló luego un carlista; una intervención tan mediocre como las anteriores. El ataque carecía de fuerza.

Cuando Azaña se levantó se produjo el acostumbrado silencio que invariablemente rendía tributo al notable político de cabeza calva. Todas las miradas se volvieron hacia él y no se desviaron durante todo el discurso. Lerroux, en el banco azul, estaba con la mano en el oído para oír mejor. Hundido en su escaño junto al pasillo, Romanones escuchaba en actitud similar.

Don Manuel hablaba con voz clara, frío y tranquilo, casi desdeñoso, pero con su acostumbrada palidez. Pronto se lanzó al verbo desbordado de un brillante discurso. Refiriéndose a las acusaciones, las leyó, capítulo por capítulo, intercalando comentarios irónicos que provocaban desganadas risas de sus enemigos. Declamó con garra, a veces con pasión, y con una rapidez asombrosa en la expresión. Los rostros de sus enemigos evidenciaban desasosiego, pero yo pensé que los viejos parlamentarios, Lerroux y Romanones, lo admirarían por la inteligencia de su discurso.

Porque la defensa de Azaña fue un vigoroso contraataque, con sátira, sarcasmo, ironía, ingenio y elocuencia. En algún momento, cuando el fuego de su oratoria quemaba demasiado, alguien lo interrumpía, y Samper, ahora detrás del banco azul en lo alto de los escaños, perdió la serenidad y lanzó un brusco comentario que don Manuel captó y hábilmente le devolvió, para regocijo incluso de los correligionarios de Samper. Goicoechea, de vez en cuando, gritaba una observación y Azaña hacía una pausa para recogerla y después pulverizarla en una simple frase. Cuando llevaba dos horas y media hablando, Gil Robles comenzó a interrumpir, con expresión anodina y de una manera tan ineficaz como los otros.

Al terminar el tiempo reglamentario y anunciar Santiago Alba que Azaña podía continuar solamente con el consentimiento de la Cámara, Gil Robles propuso que se le permitiera seguir después de un descanso, y el orador anunció su intención de reanudar su parlamento después de la cena. Ocurrió entonces un hecho asombroso: la Cámara, abarrotada de enemigos suyos, estalló en aplausos. Madariaga, a mi lado, susurró: «Un gran discurso».

Cuando después de la cena llegué para oír el final, la tribuna diplomática estaba casi desierta, aunque Madariaga se hallaba allí otra vez. Ni siquiera los escaños de los diputados estaban llenos. Lerroux y Romanones se habían ido a dormir. Cuando

Azaña reanudó el discurso, los efectos del castigo infligido a sus enemigos eran manifiestos en la cruda ofensiva de las interrupciones, acompañadas de burlas. Después de otra hora, Azaña terminó. Era medianoche cuando salimos.

Mientras diputados de poca significación hablaban, Azaña, sentado, corregía la copia de su discurso tomada taquigráficamente. Aquella noche me detuve en las oficinas de la United Press y me enteré de que el censor había prohibido que algunas partes del mismo se transmitieran a los Estados Unidos. Todos los comentarios favorables a aquel texto habían sido tachados por el lápiz rojo del censor. A la mañana siguiente, los periódicos de oposición insultaban al orador, pero no publicaban su discurso.

La conclusión del debate en la tarde del día siguiente fue muy pobre. Azaña estaba sentado en su escaño escuchando, como si se aburriera. Al final, se procedió a la votación y se nombró una comisión encargada de formular los cargos.

Dos días antes, Lerroux ya había manifestado a los corresponsales de prensa que no existían pruebas contra Azaña y que lo único implicado en el asunto era la propia política. Estaba asqueado.

7

Una semana más tarde, el Gobierno de Lerroux hacía frente a una crisis. Tras sostener el Tribunal Supremo que existía fundamento para la conmutación de la pena de González Peña, se pasó el dictamen al Consejo de Ministros, y Gil Robles amenazó con la dimisión de los tres ministros de la CEDA. Pero el viejo y astuto zorro en la presidencia se limitaba a sonreír. Sabía que su joven aliado no deseaba la disolución del Parlamento y la celebración de elecciones.

A la misma hora el regocijo se extendía entre un reducido círculo ante una irritante actuación del nuncio, monseñor Tedeschini, que arrojaba luz sobre la estrategia y las esperanzas de la CEDA. Las cosas sucedieron así. Cuando el nuncio informaba al Vaticano, era costumbre que en algunas ocasiones lo hiciera por teléfono. Un día, a su requerimiento, se dejó la línea libre para una de estas conversaciones. En aquel momento Pita Romero, ministro de Estado, había sido nombrado para negociar un concordato con Roma. Era católico devoto, pero por ser republicano sincero se le consideraba como sospechoso. El nuncio pidió que se pusiera al habla un oficial del Vaticano. El agregado militar de la embajada española en Roma tenía el mismo nombre, y el operador italiano puso al nuncio en comunicación con la embajada. El diplomático se asombró de oír la blanda voz del nuncio derramando sobre sus oídos los secretos de la estrategia de la CEDA, pero, consciente de la importancia de lo que estaba escuchando, se calló y cuidadosamente tomó notas. Hacia el final, las revelaciones resultaban picantes. Hablaba el nuncio de la inmediata llegada a Roma de Pita Romero y aconsejaba que fuera tratado con la mayor suavidad y respeto, pero que no se le permitiera terminar su misión. Había que darle alas, estímulo, dejando pasar algunas semanas o meses, hasta que la CEDA fuese dueña completa del poder. Al ser informado el embajador español, este, a su vez, transmitió las noticias a Pita Romero, que era todavía en Madrid titular de la cartera de Estado. Cuando, poco después, el ministro vio al nuncio y, sonriendo, le dijo que tenía

entendido que había sostenido una conversación con Roma, Tedeschini, en su tono más amable, replicó que se alegraba de haber preparado el camino para la recepción del joven enviado por medio de una conversación personal, fórmula esta preferible a las más habituales de la correspondencia. Tedeschini estaba radiante ante Pita Romero, que sonreía con afabilidad al nuncio.

8

Mientras continuaban las conferencias de los ministros, *El Debate* causó cierta sensación al publicar un editorial en el que manifestaba que la pena de muerte de González Peña y otros veinte condenados más no justificaba una crisis. Esto, según interpretaban los chismosos, era claramente la voz de Ángel Herrera, el padrino de Gil Robles. Muchos se preguntaban si Herrera, el amo, no estaría rompiendo con Gil Robles, el subordinado.

Pero cuando se reunió el Consejo de Ministros para adoptar una decisión, el misterio se ahondó, pues los tres ministros de la CEDA y los agrarios votaron por la ejecución de los veinte hombres. Lerroux y los demás se inclinaron por la conmutación de la pena y ganaron.

Consiguientemente, Lerroux corrió a palacio con su dimisión, y Alcalá Zamora le encargó la formación de otro Gobierno. El cisma sobre las sentencias de muerte parecía un hecho.

Y de nuevo se oía hablar, «muy confidencialmente», desde diversos entornos, de un golpe de Estado militar que se estaba fraguando.

Tras dos días de vanos esfuerzos para persuadir a la CEDA y a los agrarios de que cooperaran en el Gobierno, Lerroux dio cuenta de su fracaso y Martínez de Velasco, líder de los agrarios, fue invitado a probar suerte. Pero este encontró a Gil Robles tan intransigente como lo había encontrado Lerroux; el jefe de la CEDA había pedido seis carteras, incluso la de Guerra, por la cual, muy significativamente, sentía un constante afán.

Así, al final, Lerroux fue llamado nuevamente y respondió con la formación de un Gabinete compuesto enteramente por miembros de su partido y técnicos. Un general fue nombrado ministro de la Guerra; un almirante, ministro de Marina; y el gobernador del Banco de España, ministro de Hacienda. En cuanto a la pericia de los que ocupaban los puestos vitales, era un Gobierno respetable, pero su dominio político era imposible, y no se atrevería a someterse a un Parlamento hostil.

Por ello Alcalá Zamora suspendió las Cortes por espacio de treinta días. El propósito era claro: el presidente y los líderes derechistas hacían un desesperado esfuerzo para evitar la necesidad de convocar elecciones. Se esperaba que en treinta días los jefes de las formaciones de derecha zanjaran sus diferencias y alcanzaran el acuerdo en un Gobierno que pudiera continuar sin la prueba electoral del consentimiento público. Pero la coalición parecía navegar por una corriente en la que había más rocas que agua.

Fernando de los Ríos vino a verme en la noche que se formó el Gobierno puente, animado en cuanto a la perspectiva política, pero razonable y realista. Pensaba él que el intento de la coalición de derechas estaba destinado al fracaso, y que en mayo habría disolución de Cortes y elecciones. La tragedia de Lerroux, pensaba, consistía en sus titubeos y vacilaciones, y en su tardío reconocimiento de que había estado acuchillando a la República. Estaba seguro de que Lerroux había perdido la visión del objetivo central del régimen, pues de otra forma no habría consentido la violación de algunas partes de la Constitución.

—Pero las elecciones —dije yo—, ¿cómo se desarrollarán?

—Las izquierdas ganarán fácilmente —replicó.

Para conseguir que me ampliara su punto de vista, le dije que aquella no era la opinión de las personas con las que yo había hablado.

—Naturalmente —contestó—. En un puesto diplomático usted está relacionado principalmente con financieros, industriales, aristócratas y sus aduladores y parásitos. Yo pienso en lo que el pueblo está pensando y diciendo. Nosotros sabemos que en las pequeñas ciudades y en las aldeas la gente está enfurecida contra el Gobierno reaccionario que padece. Lo sabemos, porque hemos verificado un verdadero plebiscito. La increíble salvajada de los moros y la Legión Extranjera en Asturias ha sido ocultada por medio de la censura en la prensa e incluso en las Cortes, pero en todos los pueblos la gente conoce la historia completa, que les ha llegado de palabra y por folletos pasados de mano en mano.

Yo iba a recordar esta conversación diez meses después, cuando llegaron las elecciones.

La coalición de derechas había perdido la confianza del pueblo; los líderes sospechaban unos de otros, y lo decían.

Pero por lo menos durante treinta días nada iba a acontecer públicamente, en tanto se establecía una tregua temporal tras las puertas cerradas, así que hicimos planes para visitar Sevilla durante la Semana Santa. Fuera de España se había extendido la impresión de que la Iglesia era perseguida, y aunque cabían objeciones contra la supresión de la enseñanza del catecismo, yo no había visto ninguna intervención contra el culto religioso. Los tesoros continuaban en los templos bajo llave, y las llaves en posesión del clero. No obstante, pensé que la mejor comprobación sería presenciar las ceremonias religiosas que se celebraban en las calles, como en Sevilla. Iríamos a verlo.

La Semana Santa en Sevilla, 1935

Los cielos eran inmaculadamente azules, las lejanas montañas aparecían bañadas en la belleza de sus brumas purpúreas y el aire era fragante mientras avanzábamos por las excelentes carreteras de Andalucía hacia Sevilla. Cuando llegamos por la noche a Córdoba, el aire era dulce con el perfume de las flores recién abiertas. Que la fiesta sería más brillante que de costumbre era tan evidente cuando llegamos al hotel Regina, que lo encontramos lleno de huéspedes que iban de paso, lo que nos obligó a tomar habitaciones en la planta baja, cerca del vestíbulo, que zumbaba con risas y algarabía de conversaciones hasta avanzadas horas de la noche. Otra vez las famosas imágenes de las iglesias iban a sacarse a la calle para mostrarlas al pueblo, y parecía como si toda España estuviera en la carretera.

De paso hacia Córdoba, nos cruzamos con una pintoresca comitiva. A distancia, parecía un escuadrón de caballería avanzando por la carretera, pero, al aproximarnos, los jinetes se hicieron a un lado, alineados a la vera del camino. Entonces, a la cabeza de la procesión, vimos, atado al lomo de una robusta mula, el ataúd. Detrás del mismo marchaban veinte o treinta hombres sobre mulas y caballos, y, al pasar los del duelo, sonrieron, saludando alegremente.

Tal fue nuestra entrada en la Semana Santa de Sevilla.

Hallamos la romántica ciudad repleta de gente. El enorme hotel Palace andaluz, cerrado desde la huida del rey, fue abierto de nuevo con motivo de la fiesta, pero mucho antes del comienzo de la semana todos los hoteles habían agotado las habitaciones y algunos visitantes más valientes se contentaron con dormir sobre colchones echados en las bañeras.

Nunca me había parecido Sevilla tan dulce, grata, fragante y femenina. Las calles se hallaban invadidas del gentío, hombres y mujeres con ánimo de fiesta, y los vestíbulos de los hoteles bullían. La ciudad zumbaba y cantaba —cantaba, literalmente, pues casi siempre podía oírse a distancia el plañidero eco de las canciones flamencas. Felizmente, tomamos posesión de los aposentos reservados al embajador en el suntuoso consulado, situado dentro de un jardín de alta verja de hierros puntiagudos y puerta cerrada para evitar intrusos, con su patio de azulejos, donde murmuraba una juguetona fuente proyectada por Gertrude Vanderbilt Whitney. Allí fue posible dormir durante la noche.

Las procesiones comenzaban el lunes y continuaban hasta el viernes, alcanzando la apoteosis de lo pintoresco el jueves. Cada iglesia parroquial tiene su imagen preferida, su Virgen favorita, sus figuras de la crucifixión, su vía crucis. Las

imágenes son exquisitamente bellas en sí, pero además van vestidas con las ropas más ricas, bordadas de oro, y en algunas relucen piedras preciosas. Van conducidas en pasos, sobre andas de plata, y la mayor parte cubiertas con lucidos y costosos doseles. Son propiedad de las cofradías de los diversos templos, y siempre que salen a la calle las acompañan miembros de la cofradía encapuchados. Entre estos anónimos acompañantes hay siempre algunos individuos distinguidos, pertenecientes a todas las clases sociales. Aquel año Juan Belmonte desfiló, sin ser advertido, bajo su capucha, pese a que la multitud lo adoraba. Una vez al año, estas imágenes son llevadas desde sus iglesias, en procesión, hasta la catedral, y dentro del templo se disponen ante el altar mayor; después, otra vez en procesión, vuelven a sus capillas. Miles de personas se congregan ante las iglesias parroquiales para ver salir a las imágenes al sol y recibirlas con aclamaciones.

Nada mejor que estos pasos y su carga podría ejemplificar el concepto que uno tiene de la belleza. Solo la imagen es ya una obra de arte; la riqueza de los bordados y las enjoyadas vestimentas excusa la descripción; las andas de plata, con labrados candelabros en la parte de atrás, y el frente resplandeciendo con veintenas de grandes cirios encendidos, por la noche, deleitan la vista.

Y así marcha la procesión. El peso de las andas con la imagen es enorme, y son hombros humanos los que las acarrearán, aunque los portadores están ocultos bajo las telas que cubren los pasos. A intervalos descansan y, con frecuencia, en estos recesos se beben unas copas de vino. Este método de transporte es tradicional, y la sugerencia de que sea sustituido por vehículos mecánicos se acoge con mofa. Debido a la gran fuerza que se requiere, la mayor parte de los acarreadores de las imágenes son reclutados entre los trabajadores del puerto, muchos de los cuales son sindicalistas, enemigos de la Iglesia. ¡La religión cargada sobre las espaldas de los incrédulos!

Frecuentemente una banda de música precede o sigue a los pasos. Al frente, desfilan los hermanos encapuchados de la cofradía. Atrás, caminan penosamente los penitentes, vestidos de negro, descalzos, llevando sus pesadas cruces negras. De vez en cuando, alguno se corta los pies con un cristal. Se anuda un trapo al pie y continúa la marcha. En los balcones y en el transcurso de la procesión, hombres y, a veces, mujeres salen a cantar al paso de las imágenes.

3

Contemplamos por primera vez la procesión desde el balcón del Banco Anglo-Sudamericano; los pasos venían por la angosta e histórica calle de las Sierpes, en la actualidad llena de tiendas de lujo y de casinos. Vimos al inicio un gran número de rosados cirios encendidos en las andas frente a la imagen. La música de las bandas, la estremecedora cadencia de los cantaores de flamenco, el movimiento de los nazarenos con sus túnicas blancas y negras, los penitentes con sus cruces, una obra maestra de colores formaba un espectáculo rico en sentido dramático, todo fragancia de los tiempos místicos medievales. La siguiente noche ocupábamos nuestro palco en la tribuna presidencial, pero, más inclinados a mezclarnos con la gente en la calle, por la tarde paseamos por la calle de las Sierpes. Esta antigua vía, de la que se

excluye a los vehículos, estaba bordeada de sillas que se alquilaban a bajos precios, pero se nos advirtió del peligro de ser atropellados por un caballo o estrujados por la aglomerada multitud. La procesión aún no había aparecido. De un edificio a otro la humanidad se agolpaba. Nos paramos en una bocacalle, cerca del lugar de la antigua prisión donde estuvo encarcelado Cervantes y donde escribió la mayor parte de su don *Quijote*. Sentimos el hechizo del lugar. El raro genio de Cervantes proyecta un halo en aquella escena.

Y después, un incesante movimiento de la multitud, que comienza a echarse para atrás, arrimándose a los edificios, o forma grupos en las bocacalles. Al extremo de la calle podía verse la cabeza de la procesión y, a medida que avanzaba, se escuchaba una algarabía de voces, gritos de admiración, y algunos empujaban para tomar sitio. Cansados del espectáculo, muchos se salen por las bocacalles para sentarse en mesas al aire libre y beber un trago. Luego, un suspiro ante la belleza de un paso que se acerca, se percibe como una ráfaga de viento, las mesas quedan abandonadas y los mendigos terminan los vasos de vino. El paso se detiene frente a nosotros para descanso de los portadores. Junto al balcón abierto del segundo piso de un café vimos unos hombres comiendo. Al detenerse la imagen, uno del grupo retiró su silla y salió al balcón con la servilleta en la mano. Echando atrás la cabeza, extendió sus brazos hacia la Virgen y cantó una saeta. Se hizo en la multitud un silencio profundo. Se podía oír la respiración del vecino. Al terminar, el cantaor se retiró del balcón y volvió a su sitio en la mesa. Mientras, la gente en la calle de las Sierpes y en las adyacentes aplaudía. Los hombres que cargaban la imagen levantaron las andas y la procesión siguió lentamente hacia la catedral. Lejos, al extremo de la vía, podíamos oír a otros que también cantaban.

4

El gran día era el jueves. La imagen favorita del pueblo sería sacada en su paso. A la una de la mañana la Macarena abandonaría su pequeña iglesia de San Gil, en Triana, rodeada por su guardia de soldados romanos. Así, después de comer, nos dirigimos hacia este barrio para ver a la Virgen en su propia morada. Durante siglos Triana ha sido el hogar de los marineros y, más recientemente, de los gitanos. Fue allí donde Rodrigo se unió a Colón para ser el primero que viera el Nuevo Mundo. Pero pocos saben de Rodrigo en la actualidad, mientras que, por el contrario, nadie ignora a Belmonte, que nació allí. En esta antigua ciudad él, de niño, se decidió a escabullirse y a pasar a nado el río para llegar a las dehesas de los toros y probar sus proezas. Posiblemente porque de allí han salido muchos diestros, la Macarena es conocida como «la Virgen de los toreros».

Nos abrimos paso a través del laberinto de estrechas calles en dirección a la pequeña parroquia con su puerta románica. La muchedumbre entraba y salía. Nada hay que registrar de excepcional sobre la iglesia en sí, aunque no cabe duda de que tiene su historia, su leyenda y sus tragedias. Pero allí vimos a la Macarena al alcance de nuestra mano.

Se hallaba sobre las andas, reluciente plataforma de plata con cuatro pesadas columnas del mismo material en sus cuatro ángulos, sosteniendo el dosel. Es fácil

aceptar la opinión popular de que entre las imágenes que se ven en la calle durante la Semana Santa esta es la más hermosa. La figura está ligeramente inclinada hacia delante, una mano en el pecho y la otra extendida hacia abajo en gesto de súplica. El rostro es hermoso, inefable, dulce, y las lágrimas que corren por sus mejillas son perlas. Ciñe su cabeza una gran corona de oro, y sus vestiduras son de un verde esplendoroso, bordadas en oro y relucientes de pedrería. La gente humilde la contempla con reverencia, y los sencillos feligreses observan con atención a los extranjeros para sorprender su expresión admirada. Después sonríen.

El presidente de la cofradía vino para hacernos de guía. Yo había oído que a su muerte, Joselito, el notable torero, en un tiempo rival de Belmonte, había legado un anillo a la Macarena. Quise saber más y pedí que me contasen la historia. En efecto, me confirmaron que era costumbre de Joselito dar todos los años a la Virgen un anillo, y que el candelabro de plata emplazado en la parte posterior de las andas era también regalo suyo. En el ropaje rojo extendido en esta zona trasera se había insertado un pedazo del capote del gran diestro.

5

Los espectadores que, como nosotros, habían sido invitados a presenciar la procesión desde un balcón de la calle de las Sierpes, eran afortunados, pues allí se capta completamente el efecto emocional y el colorido de la Semana Santa. Veíamos desde allí, abajo, una masa de humanidad, sentada en sillas que ocupaban el pavimento o apretada contra los edificios, en medio de la cual, lentamente, caminaban las imágenes y los nazarenos. Desde el balcón de una casa situada enfrente, una bella dama de ojos brillantes y cabellos negros como el carbón, adornados con un rosa roja, nos sonreía. Ella personificaba a Sevilla. Entre uno y otro paso, los invitados que ocupaban aquella vivienda comían y bebían alegremente, pero cuando se acercaba una nueva imagen, corrían otra vez al balcón. Hasta nosotros llegaban murmullos de admiración de la multitud, desde otro balcón próximo un cantaor dejaba oír el trémolo de una saeta, y cuando se extinguía el eco de los aplausos surgía otro a distancia. Aquí en la calle de las Sierpes estaba el alma de la Semana Santa: la masa de humanidad, los balcones con sus colgaduras, los murmullos y las exclamaciones del pueblo, el conmovedor, melancólico cantar de los saeteros. La procesión sigue su marcha, los nazarenos se esconden bajo sus túnicas y sus capuchas, los penitentes se arrastran penosamente descalzos bajo sus pesadas cruces...

Súbitamente se produce una ansiosa agitación en la multitud, y de lo más alto de la calle llega un vehemente y brusco aplauso que no denota nada de emoción religiosa, sino que, en su militante y regocijado tono, sugiere algo terreno. El misterio pronto se aclaró. Se acercaba la Guardia civil montada, con el repiqueteo de cascos de sus caballos que caracoleaban recibiendo el homenaje de la multitud. Pronto el entusiasmo llegó a la histeria. Detrás de los jinetes venían los huérfanos de esta famosa organización militar, niños vistiendo el uniforme del cuerpo, con soberbio gesto marcial, marchando con tal gallardía y precisión que habrían podido acreditar a la Vieja Guardia de Napoleón, sus ojos fijos al frente, las cabezas

erguidas, sin que la curiosidad de la muchedumbre lograra distraerlos. Una mujer se adelantó y acarició afectuosamente la mejilla de uno de los pequeños. Este continuó la marcha con arrogante indiferencia y el rostro inmutable como el de una estatua de mármol, sin dirigir una mirada a su admiradora.

Con todo, uno se siente tentado a sonreír ante la irónica situación, pensando en los muchos obreros del puerto, hombres sin creencias religiosas, que cargaban aquellas figuras de incuestionable valor. Para la mayor parte de estos, se trataba tan solo de otro trabajo bien pagado. Pero delante y detrás de los pasos marchaban soldados armados y se decía que también debajo de cada una de las andas, con los portadores de las imágenes, iban mezclados uno o dos hermanos de la cofradía, prestos a dar la alarma en el momento en que observaran la menor disposición a dañar aquellas obras de arte.

6

Esta procesión terminó a las diez; a media noche empezaría la otra que estábamos esperando. A la una de la madrugada, la Macarena abandonaría su pequeño templo, y nos propusimos presenciar su salida. Como las calles próximas a San Gil son estrechas, dejamos nuestro coche a alguna distancia de la iglesia y nos dirigimos a pie al lugar, abriéndonos paso por entre la muchedumbre, hacia la puerta, pero tuvimos que detenernos al llegar a una manzana de distancia. Arrimados a la pared de las casas presenciamos la escena. Todos los balcones estaban atestados, y no pocos se habían subido a los tejados, sosteniéndose alegremente en sus precarias posiciones. Nosotros nos quedamos allí, apretujados por la amigable multitud.

Al poco se produjo un estremecimiento nervioso de la muchedumbre, se oyó un grito entrecortado de centenares de personas, brilló un resplandor en lo alto de la estrecha calle, junto a la iglesia, y supimos que la Macarena acababa de salir a la noche. Después, el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre el pavimento; la procesión se acercaba. Nos pegamos contra la pared para no ser pisoteados por los animales. Los jinetes aparecieron, pasaron... Detrás de ellos, en medio del gran resplandor de innumerables cirios, venía la Macarena, la hermosa, tierna cara de la Virgen, con sus lágrimas de perlas, mirando a su pueblo. Y a su alrededor, el brillo de la plata de las armaduras y los cascos de los soldados romanos, que son sus invariables acompañantes y protectores cuando se aventura a salir a la calle. La escena era arrebatadora, inolvidable, vista así en la noche de Triana, en la angosta calle por la que tanta historia ha pasado.

7

Sobre la tribuna del Aéreo Club estuvimos sentados cuatro horas, presenciando el místico resplandor de los cirios arriba y abajo de la calle. Nos hallábamos en el centro de la fiesta, en un medio social, conversando con amigos, riendo, haciendo comentarios sobre la procesión, todos esperando a la Virgen que seguía lentamente su camino hacia la catedral. Desde un alto balcón del club una mujer y un hombre

cantaban saetas a las sagradas imágenes que pasaban. La noche era fría, pero los camareros circulaban incesantemente sirviendo coñac.

Un gran rumor lejano anunciaba la llegada de la Macarena. Eran las seis de la mañana, un gris amanecer apuntaba en el cielo. Exclamaciones de admiración se levantaron en la tribuna, y allí, delante de nosotros, se detuvo la imagen favorita de Sevilla. Rígidos y fríos, nos levantamos cuando hubo pasado y nos dirigimos a una hostería cerca de la ciudad para beber algo caliente, y luego, a las siete y media, a la cama.

Así terminó la Macarena su peregrinación a la catedral en la Semana Santa de 1935.

8

El viernes por la noche tuvo lugar la última procesión. La fase puramente religiosa terminaría con la ceremonia en la catedral, el domingo por la mañana, y los pensamientos se volvían entonces hacia la corrida de toros del domingo por la tarde, que durante muchas generaciones ha sido el acto de gala de la semana.

El sábado por la tarde, Juan Belmonte invitó a sus amigos a su cortijo cercano, para presenciar la tienta de los toros de un año. Centenares de personas se hallaban subidas sobre las tapias cuando entramos en el cercado y dejamos nuestro coche en el centro, entre los otros. Había tres viejas carretas colocadas juntas, transformadas así en tribuna para las señoras. Varios jinetes cabalgaban alrededor, y cuando nos aproximamos al centro, uno de ellos, hombre de baja estatura, con piernas un poco combadas y la barbilla saliente como los Habsburgo, saltó de su caballo para darnos la bienvenida con aquella luminosa sonrisa que entusiasmará a millones de espectadores en el ruedo de sangre y arena. Era el gran Belmonte.

Se tienta a los toros para deducir de sus reacciones cuál de ellos posee bravura y cuál no. A los que prometen se les da trato especial hasta el siguiente año, en que tiene lugar otra tienta y se hacen nuevas selecciones.

Súbitamente los gritos de hombres y el batir de pezuñas en la dura y seca tierra llamó nuestra atención hacia el campo, donde se había dado entrada a un solo novillo. Los jinetes cabalgaban cerca del animal, detrás y delante, excitándolo, procurando provocar su fiereza. Los hombres llevaban largas picas y, girando bruscamente, se ladeaban, hacían perder el equilibrio al toro y lo tumbaban de un puyazo. Ahora viene la prueba. ¿Pierde el novillo confianza y bravura, y escapa? Entonces es marcado para eliminarlo. ¿Se levanta y ataca al caballo con más furia? Se lo califica para otro año.

Después se introduce un caballo protegido con peto. ¿Cargará el toro contra él? Embiste y embiste de nuevo, y luego se dirige contra otro caballo sin protección, cuyo jinete pica espuelas para escapar a sus cuernos.

Aquel día dos astados bravos embistieron con tal violencia que se rompieron la espina dorsal y cayeron sentados. Esto fue la sensación de la tarde. La muerte de los toros significa una pérdida monetaria importante para Belmonte, pues es ilegal vender toros muertos de esta forma como carne; esta ley tiene por objeto procurar que se aumenten las precauciones contra los accidentes. Me dijeron que era poco

corriente la muerte de los toros en la tienta. Pero aquel año una prolongada sequía había dejado a los animales relativamente débiles, lo cual, sumado a la dureza de cemento de la tierra calcinada, había contribuido al desastre de la tarde.

Después de la tienta nos dirigimos a una enorme construcción parecida a un granero donde se sirvió un refrigerio. Los invitados que llenaban la amplia estancia eran representantes de la nobleza, la aristocracia y la intelectualidad, y el número de mujeres sobrepasaba al de hombres. Una larga mesa casi se curvaba bajo el peso de abundantes manjares —toda clase de pescados, pollos, jamón, salchichas, quesos, aceitunas, embutidos, pasteles— y vino suficiente para un ejército. Todo el mundo se agolpó en torno a la mesa, sirviéndose cada cual a su gusto, y después se formaron grupos, afuera, para charlar sobre los acontecimientos de la jornada. Belmonte, con sus lentes, su saliente barbilla, sus ojos brillantes, gozaba en su papel de anfitrión. Cuando le presenté a Ruth Chatterton y ella se excusó por haber asistido sin ser invitada, él se inclinó con la gracia de un cortesano, sonrió y contestó: «Señora, una dama de su belleza no necesita invitación en ninguna parte». Después de la comida vino el baile de las gitanas y el cante hondo.

9

Así, poco a poco, nos íbamos acercando a la tarde del domingo en que tendría lugar la corrida. Habíamos presenciado la tienta de los novillos y aquella noche fuimos a un lugar algo distante de Sevilla a ver el encierro de los toros que habían de lidiarse al día siguiente. Había en el campo una tribuna desde la cual se contempla el drama del engaño de los animales. Desde este sitio ventajoso pudimos ver esta comedia de Judas, con los mansos como protagonistas. Por alguna razón, los toros tienen cierta confianza en los mansos. Allí presenciemos la perversa trampa. Se abre una puerta, entra un manso seguido por un toro confiado y exactamente cuando el primero pasa por una segunda puerta a otro departamento, la anterior se cierra en los hocicos del bravo, que se encuentra encerrado. Desconcertado, el toro se vuelve, solamente para encontrar que la puerta por donde siguió al manso está cerrada. El animal se queda un momento indeciso, y luego, viendo una tercera puerta al lado, embiste con gran ruido contra ella y se encuentra encerrado en el furgón que ha de conducirlo a la muerte en la plaza. Aquel día ninguno de los toros parecía fiero en lo más mínimo; ninguno pensó, como podía suponerse, embestir para libertarse. Me parecieron impotentes y dignos de lástima aquellos animales destinados a la corrida de gala.

Y en verdad la corrida fue memorable por lo calamitosa; estoy seguro de que la gran multitud que permaneció sentada al sol aquel domingo se aburrió por lo malo del espectáculo. En otros días la empresa había movilizó a los más grandes toreros con los mejores toros, pero la humana codicia intervino y la ganancia interesó más a la empresa que la presentación de una buena faena. Ninguno de los matadores era de importancia, excepto el Niño de la Palma, que ya no era joven, y los animales eran de los más baratos que se podían encontrar.

Mis impresiones de la Semana Santa en el cuarto año de la República son variadas. En ninguna parte se puede presenciar un espectáculo más deslumbrante. La animación de las alegres multitudes por las calles, los balcones adornados con rojos damascos y tapices, las procesiones resplandecientes de cirios, el aspecto místico, el misterio de los nazarenos, la extraña mezcla de lo sagrado con lo profano, las bellas mujeres con sus mantillas y peinetas se combinan para hacer un espectáculo de inolvidable belleza. En otros tiempos, años atrás, la multitud era más reverente, me contaron, y hombres y mujeres se arrodillaban con más facilidad al paso de las imágenes. El aspecto religioso era entonces predominante, pero ahora uno tiene la impresión de ser espectador de un magnífico espectáculo, un espléndido y artístico drama, con miles de actores en un vasto escenario. Sobre el fondo de las interesantes y viejas casas de las estrechas calles, el efecto es estremecedor, pero en la actualidad solamente en la catedral se registra una reacción devota, solamente allí se mantiene la profunda significación religiosa de la fiesta.

A pesar de ello, no tuvo efecto ningún gesto antirreligioso durante la semana; al mezclarme con la muchedumbre, no oí ni una expresión cínica o irrespetuosa y, si se había tomado alguna precaución militar o policial, no era visible en ninguna parte.

En conjunto, la Semana Santa en Sevilla es una feria, un festival, un brillante acto social donde se congregan miles de personas como en el Derby en Inglaterra, por la diversión y el espectáculo. No hay duda de que algunos de los devotos van en peregrinación religiosa, pero entre las procesiones los hoteles están llenos de alegres grupos que comen y beben, y en los vestíbulos resuenan las risas. Las tabernas de los pobres también estaban atestadas, pero había pocos borrachos, y generalmente se trataba de forasteros. Nadie se habría podido mezclar con la gente en las calles sin darse cuenta de la innata cortesía y amabilidad del pueblo español.

En Córdoba, a nuestro regreso, no encontramos sitio en el hotel, por lo cual nos dirigimos al familiar parador de Bailén, donde pasamos la noche.

Mientras tanto, en Madrid, la política hervía.

Síntomas en el ambiente

Durante generaciones los miembros de la nobleza española han eludido los deberes y responsabilidades de la vida pública. Hicieron de su indiferencia por las cuestiones políticas una virtud, contrariamente a los ingleses, y, en consecuencia, eran en este aspecto ignorantes e ineptos, y cuando llegaron los días difíciles para el rey pocos había entre ellos capaces de servir a la Corona. Pero existían dos excepciones. La más notable de ellas era el conde de Romanones, el más sagaz, inteligente y de mayor experiencia de todos; la otra era el duque de Alba, que ofreció sus servicios y actuó como ministro de Estado y de Instrucción Pública, y que había de ser «embajador» de Franco en Londres durante la guerra civil. La fortuna de su casa viene de los tiempos en que el famoso duque de Alba condujo sus ejércitos un tanto cruelmente en los campos de Flandes, y el último duque tiene la reputación de haber sido uno de los hombres más ricos de España y, ciertamente, uno de los más poderosos terratenientes. Su palacio de Madrid, con sus inapreciables tesoros de arte y de historia, era el más famoso de la capital, y el de Sevilla, uno de los más suntuosos de España. Era hombre culto y se había interesado provechosamente en el fomento del arte y las letras con su propio capital.

La primera vez que hablé con él fue en su palacio de Liria, en el corazón de la parte antigua de Madrid, no lejos del palacio real. Fui a pedirle ayuda para identificar algunos de los lugares y personalidades de la España de los días de Washington Irving. El duque estaba en estrecho contacto con profesores, como presidente de la Academia de la Historia, y con sus archivos podría escribirse la historia social y política del país. El palacio de Liria estaba enclavado en el centro de un gran parque, aislado de los sórdidos alrededores. Su despacho comunicaba con el espacioso vestíbulo, en el cual podía verse la silla de mano en la cual se hacía transportar la célebre duquesa de los días de Goya cuando iba de visita.

El duque era hombre de altura regular, delgado, pero de constitución atlética, bronceada tez, cara flaca, cabello negro, bigote con apariencia de un ligero toque sobre los labios, nariz larga y agudos e inteligentes ojos. Un hermoso perro amarillo le observaba atentamente mientras hablaba, y cada vez que su amo lo miraba se acercaba ansiosamente en busca de una caricia. Me presentaron a una niña de seis o siete años, que se condujo delante de mí con aire ceremonioso, aunque evidentemente aburrida. Como hija única, sería por derecho propio la duquesa, a menos que su padre contrajera nuevo matrimonio y tuviera un varón.

El duque hablaba con animación y buen humor. Aquel día conversamos sobre historia y no se hizo mención alguna a la política. Tomó nota de todo lo que yo deseaba conocer, y en cada caso mencionó el experto que tenía a su disposición y que podría facilitarme los datos. En un asunto que se relacionaba con la Iglesia me aseguró: «Mi monje obtendrá eso», refiriéndose a un monje de El Escorial, brillante

profesor.

Pocos días después se presentó en mi casa con todas las contestaciones escritas a máquina. Esta vez, ante mi indagación acerca de cuestiones políticas, no se mostró tan cauteloso. Quise saber si esperaba que se produjera alguna perturbación, y me contestó negativamente, pero añadió que nadie podía aventurar pronósticos, pues Wellington estuvo en lo cierto cuando dijo que España es el único país donde dos y dos no son necesariamente cuatro. Al preguntarle si el general Goded, soldado ambicioso y sin escrúpulos que pensaba favorecer una dictadura militar, había sido verdaderamente nombrado jefe del Estado Mayor por Gil Robles, como yo había oído decir, me impresionó escuchar lo que me dijo: «¿Ya ha sido nombrado?», preguntó a su vez. La palabra «ya», que no me pasó desapercibida, demostraba que el duque también había oído comentar la posibilidad de semejante nombramiento. Pero cuando le pregunté quién, en su opinión, era el mejor jefe del Ejército, me contestó que el general Franco, a quien describió como un «brillante estratega». Al igual que todos los grandes terratenientes, su oposición a la reforma agraria se expresaba fieramente.

Más tarde me mostraron todo el palacio de Liria, una verdadera galería de arte, un archivo, un museo de historia lleno de pinturas de los antiguos maestros, reliquias del gran duque, el conmovedor retrato de la última duquesa con su vestido rojo, pintado por Zuloaga, salones impresionantes... Me enseñaron también el apartamento donde la emperatriz Eugenia, la tía del duque, murió. Sus médicos le habían prohibido cierto alimento que le gustaba y, cuando su sobrino tuvo que salir hacia Londres, los criados recibieron orden de que bajo ninguna circunstancia le fuera servido. Pero aprovechándose de la ausencia de su anfitrión y de la incapacidad de la servidumbre para negarse a la orden perentoria de una emperatriz, ella desobedeció la prescripción del doctor y, a consecuencia de ello, murió, o así lo cuenta la historia.

Esta era la casa, el tesoro artístico que las bombas de los aviones italianos destruyeron durante la rebelión fascista.

2

A causa de la general ansiedad, sistemáticamente fomentada por fuerzas con intenciones oscuras, se abrigan algunos temores de disturbios con motivo del Primero de Mayo, pero este día transcurrió en toda España con perfecta paz, sin que se registrara un solo incidente. Fue una hermosa jornada, suave por la fragancia de la primavera, y nosotros presenciábamos, sentados en nuestro jardín, el desfile de los obreros por el paseo de la Castellana.

Dos días después, el Gobierno de Lerroux dimitió, pero se sobreentendía perfectamente que, tras un mes de secretas reuniones, los líderes de los partidos de la coalición habrían resuelto sus diferencias y estarían ya de acuerdo sobre la composición del nuevo Gabinete.

Con el anuncio del nuevo Ministerio, los enemigos de la democracia adquirirían todo el poder.

Gil Robles recibió las seis carteras que ambicionaba, incluyendo la de Guerra para

él mismo. Entre los enemigos del régimen había despertado júbilo el esperado traslado de generales de tendencia monárquica o fascista hacia los puestos estratégicos y la relegación de los generales republicanos a puestos inferiores. Tan seguros estaban sus propios correligionarios de este designio, que se propusieron celebrar el nombramiento de Gil Robles con una manifestación, manifestación que este, sabiamente, rechazó. No obstante, al tomar posesión, hizo la significativa declaración de que *el futuro de España estaba en las manos del Ejército*.

Para la cartera de Hacienda, cada día de más importancia, se nombró al señor Chapaprieta, director del Banco de España. Era miembro de las Cortes, aunque no político profesional, y muy pronto había de impresionar a sus colegas de derecha con una actitud realista frente a las sinecuras del Ejecutivo y los impuestos.

Con este nuevo Gobierno de Lerroux la historia de la República entró en una nueva fase que no presagiaba nada bueno para la democracia o la reforma.

Alcalá Zamora, que hasta entonces se había mantenido firme contra la inclusión del partido de Gil Robles en el Gabinete mientras no se presentara ante el cuerpo electoral como un partido republicano, se había rendido. La noche anterior al anuncio del nuevo Gobierno coincidí con el presidente en un banquete de la embajada alemana, y estaba tan animado que un colega me insinuó que, probablemente, su sentimiento de humillación eran tan profundo que simulaba alegría para ocultar su dolor. La enemistad de Alcalá Zamora hacia Gil Robles me interesaba. El presidente era católico ferviente, casi supersticioso en su religión, y por lo tanto parecía extraño que detestara tanto al joven líder de un partido que abiertamente defendía los intereses políticos de la Iglesia. La animadversión era mutua, quizá más en el aspecto personal que en el político, y en este orden cabía explicarla simplemente en razón de la naturaleza humana. Alcalá Zamora era excesivamente vanidoso y Gil Robles, por su parte, tampoco era una humilde violeta. El presidente pensaba que sus años, experiencia y posición le daban derecho a la deferencia del líder reciente. Alcalá Zamora era una figura prominente en la vida pública cuando el otro era todavía un niño. Pero el rápido encumbramiento de Gil Robles tuvo el efecto inevitable en su equilibrio y su perspectiva, y se conducía como consciente de su superioridad. El joven político no consultaba a Alcalá Zamora; se enfrentó con él para dictar la ley, lo cual era misión del presidente. Estaban destinados a chocar.

Así, cuando Gil Robles entró en el Ministerio de la Guerra, Alcalá Zamora se eclipsó, apenas sin darse cuenta. En la cena que le ofrecí por entonces, se manifestó muy animado y no mostró signos de preocupación. Después, incluso estuvo sentado hasta medianoche en el salón de baile conversando agradablemente con el mejor humor.

Fue para mí más interesante en aquella cena el general Batet, el militar que tan vigorosamente reprimió la rebelión separatista en Barcelona. Tenía un aspecto indudablemente marcial. Cara redonda, bronceada, facciones duras y ojos que denotaban el hábito de mando. De mediana estatura y robusto, vestía su uniforme como un modelo. Aquella noche pasó la mayor parte del tiempo en el salón de Goya estudiando las pinturas. Un año después habría de ser ejecutado por orden de sus compañeros de armas por negarse a violar su juramento de lealtad al régimen constitucional, prestado en el empeño del honor militar.

3

Los meses de julio y agosto de 1935 los pasé casi enteramente en Madrid. Durante aquellos abrasadores días todo permanecía políticamente tranquilo en apariencia. Gil Robles había llamado a su lado como jefe de Estado Mayor al general Franco, de quien todo el mundo daba por supuesto que podía dirigir un golpe de Estado militar. Con independencia de los planes y cambios que se hicieron en la trastienda del antiguo palacio de Buenavista, fueron escamoteados a la publicidad. El general Fuqua, mi agregado militar, advirtió algunos movimientos y traslados extraños de tropas, así como cambios en los altos mandos, pero se hablaba escasamente de ello, y pocos eran conocedores del acuerdo con Hitler y Mussolini. *Con todo, existían razones para creer que el Gobierno se interesaba menos por problemas políticos, sociales y económicos que por cuestiones militares.*

4

Esto fue evidente en julio, cuando las Cortes se reunieron para decidir sobre la recomendación de la nutrida comisión que dictaminó que Azaña fuera sometido a los tribunales para responder de los cargos amañados contra él. No había ni la más mínima prueba que los sostuviera, y Lerroux así lo había manifestado. Royo Villanova, miembro del Gobierno en representación de los agrarios, había declarado en la cámara que, puesto que no existían argumentos contra don Manuel, las acusaciones debían retirarse. Era general la creencia de que Gil Robles compartía esta opinión, pero no se atrevía a enfrentarse con sus extremistas correligionarios admitiéndolo.

Aquella tarde la cámara no estaba llena. Advertí un número anormal de ausencias entre los miembros del partido de Lerroux, y se decía que él mismo había alentado la retirada de los suyos para evitar una votación por falta de quórum. Por primera vez vi a Gil Robles en el banco azul, donde también estaba Lerroux, imagen de la placidez. Royo Villanova, con su barba blanca y sus lentes de color, lo ocupaba igualmente con los brazos cruzados, aparentando un aburrimiento inefable. Rocha, el ministro de Estado, sabedor de la presencia de mi hija Patricia en la tribuna, envió una caja de bombones de chocolate. Solamente un discurso expresó firmeza: el de Augusto Barcia, líder del partido de Azaña, en el que pedía acción. Hombre de buen ver y de mucha cultura, de bello e inteligente rostro, habló con vigor y cierta distinción. De cuando en cuando, Lerroux lo interrumpía para cubrir las apariencias.

Después llegó la votación, y se declaró que las acusaciones contra Azaña eran retiradas. La parodia había terminado.

5

Julio y agosto en Madrid fueron soportables. Las noches eran frescas en el jardín, cuando bajaba el viento de la sierra, y al caer de la tarde se podía ir a tomar el té en dos *country clubs* o, todavía mejor, en Fuente de la Reina, situado en lo alto de una colina, cerca de la ciudad. Durante muchos años la cumbre de aquella colina había sido propiedad del rey, y en otros tiempos los miembros de la Corte acostumbraban a celebrar allí sus jiras campestres. Algunos años antes, el rey regaló la propiedad a un sirviente favorito, quien abrió un restaurante y en él servía comidas. En invierno los huéspedes se reunían en torno a la chimenea, en un confortable rincón; en verano, cuando estaba más de moda, las mesas se ponían al aire libre, bajo los árboles, de los que colgaban luces eléctricas. Para mí, el momento más encantador era a la caída de la tarde, cuando la suave brisa mecía los árboles. Hasta allí subían los ecos de la vida pastoral, del fondo del valle, y por todos lados se contemplaban los campos extendidos a muchos kilómetros de distancia. Con frecuencia veía un pastor, allá lejos, casi siempre sentado bajo un árbol, los ojos puestos en un libro, mientras las ovejas pastaban a su alrededor. Pero de noche era más alegre la cumbre de la colina, porque las cenas que se servían eran excelentes, los vinos de las mejores marcas y las mesas estaban llenas de gente. En aquella colina cerca de Madrid he sentido el frío de la brisa a primeros de agosto.

6

Y aquel mes de agosto, cuando Patricia y yo fuimos a Hendaya a recibir a una de sus amigas de la universidad, vi, con mayor detenimiento que antes, el Burgos que había de convertirse en la capital de Franco durante la rebelión. El tiempo era ideal. Los campesinos se hallaban afanados en la trilla, trabajando en la forma primitiva. En los amarillos campos había muchos laborando, con borricos, mulas y bueyes. Muchachas, casi niñas, iban montadas en las trilladoras que eran arrastradas pacientemente sobre el trigo para extraer el grano. Aquel día vimos muchas escenas de este tipo, y solamente en una constatamos el uso de maquinaria moderna. Los bueyes parecían ser las bestias de carga favoritas y daban vueltas, tolerantes y pacientes, cual hastiados veteranos de los campos de trilla.

Pero lo que más me impresionó fue la propia ciudad, que en sí tiene una personalidad particular. Durante siglos, sus habitantes acaudalados no permanecieron fieles a la Iglesia y al rey, y la ciudad fue dominada, a través de sus altas clases, por la filosofía y los ideales del siglo XVI. El humo de las fábricas no tizna el verdor de sus huertos, pues es centro de una zona puramente agrícola. En ninguna parte, creo yo, es el elemento conservador más fiel al concepto aristocrático o reaccionario de la estructura social. Y su primer gloria es la catedral.

Fue en este viaje, en otoño de 1935, cuando vi por primera vez la catedral iluminada durante la noche. El efecto es algo mágico; el cuadro, inolvidable y fascinante. Grandes reflectores colocados en edificios próximos proyectaban su luz sobre el magnífico monumento, desde el suelo hasta la más alta torre, y hacían resaltar, con una intensidad imposible bajo la luz solar, los más pequeños detalles de las delicadas filigranas de sus esculturas. Contra el fondo del cielo, este espectáculo de belleza, las luminosas agujas de la catedral hundiéndose en el cielo a semejanza de

blancas hojas de fuego tocadas por el genio de un artista, casi no parece real.

Me pareció que nada podía simbolizar tan perfectamente el espíritu de la antigua ciudad.

Pero albergaba sus rebeldes. Un domingo por la mañana salí a dar un paseo, cuando todo el mundo parecía andar a pie, yendo y viniendo de la iglesia. La tranquilidad en las estrechas calles era encantadora. Me detuve a un lado de la iglesia de San Lorenzo, que ostenta su enorme escudo de armas, frente al mercado, lleno de mujeres que hacían la compra. Solamente ellas atendían la venta, y era notable la gesticulación y el griterío de las compradoras con sus regateos. Una anciana arrugada salió voceando su enojo, seguida por una de las carniceras, cuyos ojos relampagueaban de indignación. La discusión continuó con muchos movimientos de manos y cabeza, y, al final, la vieja evidentemente ganó la disputa, pues se volvió con aire triunfante y baladrón, entrando de nuevo con la vendedora de pescado en la tienda.

Una mañana me encontraba sentado en el balcón abierto de mi hotel, mirando hacia la calle de Laín Calvo y hacia las casas de cuatro plantas con pequeños balcones de hierro y terrazas. Serían entre las nueve y las diez. De vez en cuando, una mujer se asomaba en bata al balcón para ver la calle y echar una mirada a alguna conocida. Después de un momento de figoneo volvía a su desayuno o a su trabajo. Pasaba un carro, tirado por mulas y cargado de campanillas que tintineaban. Un soldado en elegante uniforme paseaba, contoneándose, calle abajo. Mujeres tocadas de velos se encaminaban hacia la iglesia, mujeres de voluminosos senos y amplias caderas... Pronto los niños bullían por la calle y en las ventanas de los pisos más mujeres haciendo calceta. En el portal frente al hotel apareció una con dos niños, uno delgado y lindo, pero solemne como un filósofo, y, viendo cómo se santiguaba, dudé si era para protegerse contra el mal de ojo de mi ventana. En otro rincón, en su jaula, un pájaro gorjeaba sin tregua.

Llegó la hora del mercado, y de nuevo pasaban mujeres con cestos, bolsas y bultos en los brazos... Al otro lado de la calle, en una ventana abierta, otra colgaba ropa al sol para que se secase. Tales son las sencillas escenas que yo recuerdo de Burgos.

Naturalmente, Burgos tiene sus reminiscencias del Cid, la pequeña iglesia de San Gil, ante la cual el caballo del héroe se supone que se arrodilló, hace siglos, y el templo medieval de Santa Gadea, donde se dice que el Cid obligó a Alfonso VI a jurar que no había estado complicado en el asesinato de su hermano. Este pequeño edificio gótico, con sus escaleras de piedra gastadas por los siglos, rezuma vetustez.

Este fue el Burgos por cuyas calles, durante la rebelión, los oficiales nazis alemanes y los fascistas italianos paseaban impúdica y autoritariamente.

A mediados de septiembre del año 1935, la caldera de la política bullía. Lerroux se hallaba en Barcelona por unos días, recibiendo el homenaje de la coalición gobernante, y Azaña y los líderes de la izquierda estaban preparando un manifiesto que era esperado con mucha curiosidad y angustia. Pero más amenazadora que las ovaciones que recibía Lerroux y el manifiesto de Azaña era la insistencia de Joaquín

Chapaprieta, ministro de Hacienda, en la abolición de algunos ministerios con el fin de hacer economías. La situación financiera era poco sana, y el problema de los cambios alcanzaba serias proporciones. Se hacía necesario reducir los gastos del Estado y elevar los ingresos fiscales, y el ministro, más financiero que político, se disponía a hacer frente a las realidades. Lerroux y Gil Robles no se atrevían a discrepar, pero tampoco podían ponerse de acuerdo sobre sus proporcionados sacrificios de los panes y los peces. Las informaciones sobre negociaciones de Lerroux con el señor Cambó, líder reaccionario de las derechas catalanas, para conseguir la representación de su partido en el Gobierno, determinaba por parte de Royo Villanova la amenaza de dimisión, ya que este «no gobernaría con un catalán».

Todavía más importante era el miedo creciente que inspiraba el plan de Mussolini de incorporar Abisinia al tren del nuevo imperialismo romano, expresado en gestos rimbombantes y desafíos despreciativos ante la Sociedad de Naciones. Parecía un negocio brutal e inmoral tanto alarde contra la ley internacional y el convenio de la Liga, y su burla manifiesta de la palabra dada.

Pero este era el divertido espectáculo presentado por el dictador de un Estado en bancarrota que pretendía intimidar a toda Europa.

Las demandas de Inglaterra a la Liga para que, cumpliendo los acuerdos, aplicara sanciones eran comprometedoras para Francia, pues ¿no había asegurado a Mussolini el infame Laval la aprobación francesa sobre cualquier empresa contra la independencia de una nación indefensa que confiaba en el honor de la Sociedad de Naciones?

Y España estaba alarmada. Una y otra vez, fui sondeado por Aguinaga, inteligente subsecretario del Ministerio de Estado, respecto a la actitud de los Estados Unidos. Parecía extraño que España fuese tan reacia a tomar una postura, pues ninguna otra nación había prestado más sincero apoyo a la organización de Ginebra, y se decía que Salvador de Madariaga, su representante allí, apoyaba las sanciones. Un alto funcionario me confesó que Mussolini era un «loco». Llegué a la conclusión de que España estaba deseosa de apoyar a los británicos. Al mismo tiempo, Madariaga, presidente del comité que llevaba las negociaciones en la crisis de Abisinia, era cada vez más claro.

Y entonces el gato salió del saco: Gil Robles y su partido estaban con Mussolini y contra Inglaterra. Desde hacía tiempo, los enemigos de la democracia en España habían conspirado en Roma para llevar a cabo su acción conjunta.

A pesar de la simpatía popular de España en favor de Abisinia, *El Debate* y *Ya*, los órganos de la CEDA, se pusieron de parte de Mussolini; y Gil Robles podía disponer del Gobierno a voluntad. *El Liberal* señaló la posición de los citados periódicos como prueba de que Gil Robles y su formación estaban contra la democracia. Y en aquel preciso momento la juventud cedista se dedicaba públicamente a denunciar «la democracia del siglo XIX» y a pedir la vuelta a las teorías de gobierno del siglo XVI.

Estos impulsivos jóvenes realizaban una ciega campaña atacando en un momento crítico, desde su órgano de propaganda, la *JAP*, una obra maestra de indiscreción y estupidez política. En dicho periódico imprimían con infatigable reiteración sus consignas: «Todo el poder para el jefe» y «El jefe nunca se equivoca». Los carteles y estandartes de esta organización juvenil exhibían idénticas inscripciones que

equivalían a pedir poderes dictatoriales para su líder. Uno de sus números llegó al máximo de ineptitud, pues desde él atacaban a los demás partidos de la coalición derechista, se burlaban de los agrarios y de un político demócrata por «enseñar el descreimiento con el dinero de los católicos»; se referían en estos términos al ministro de Instrucción Pública, que, según decían, realizaba una labor trivial bajo el pretexto de cumplir las disposiciones constitucionales para la provisión de escuelas públicas. ¿Y los ataques contra Mussolini? Eran imperdonables, decían los jóvenes fanáticos. ¿Y la Sociedad de Naciones? Una organización podrida, «dominada por naciones protestantes».

Este número en cuestión fue demasiado, incluso para «el jefe», que ordenó su retirada de la circulación.

8

En medio de las complicaciones internacionales, el Gobierno dimitió a causa de las demandas de Chapaprieta para la reducción de gastos y por la propia dimisión de Royo Villanova como protesta contra las concesiones hechas a los catalanes. Alcalá Zamora suplicó a los ministros que ajustaran sus diferencias por lo menos durante la crisis internacional, pero sus ruegos fueron vanos. Lerroux había dimitido, y para siempre.

Dos días después, un domingo por la mañana, Santiago Alba inició los trabajos para la formación de un Gabinete con representación de todos los partidos, incluyendo a los socialistas, con la intención de crear un bloque capaz de hacer frente a la crisis internacional. Para este fin, invitó a Julián Besteiro, el más conservador y académico de los socialistas, a una conferencia en la cual este le informó de la imposibilidad de aceptar un cargo en el Ejecutivo, a menos que lo designara su partido. Una noche corrió el rumor de que Gil Robles había aceptado formar parte de un Gobierno en el que hubiera un socialista moderado. Por un instante parecía que España se disponía a prepararse ante cualquier acontecimiento derivado del filibusterismo de Mussolini; pero cuando Santiago Alba supo que no era él, sino los partidos políticos, quienes nombrarían sus representantes, confesó su fracaso.

Azaña acababa de publicar su libro *Mi rebelión en Barcelona*, una obra maestra de ironía, con su acostumbrado estilo y brillantez. La primera edición se había agotado enseguida y circulaba ya una segunda. Era una réplica aplastante a los cargos absurdos con que se le había ultrajado durante tanto tiempo. La prensa de izquierdas lo elogió con entusiasmo y la prensa de derechas rindió el tributo de su silencio.

Tras el fracaso de Santiago Alba, Chapaprieta fue designado para formar Gobierno. ¡Quien había insistido en establecer altos impuestos y reducir los gastos de los ministerios, el que había provocado la crisis, fue llamado a gobernar! La coalición de derechas se hallaba en evidente estado de desesperación. Aquella noche di un paseo por la Castellana, donde centenares de personas se sentaban bajo los árboles, dichosamente indiferentes a los apuros de los políticos, y visité las oficinas de la United Press. Allí supe que los partidos de derechas estaban tan desesperados, y

el miedo a una prueba electoral era tan agudo, que habían asegurado a Chapaprieta el apoyo personal y el de sus formaciones, dándole carta blanca para que eligiese sus ministros.

Al siguiente día anunció la composición de su Gabinete. Él, como jefe, retenía la cartera de Hacienda; Gil Robles continuaba como ministro de Guerra; Lerroux fue nombrado ministro de Estado; Martínez de Velasco, el líder de los agrarios, ocupaba Agricultura. Nada había en la composición del Gobierno que aliviara la ansiedad de las izquierdas. Chapaprieta era un hábil y cauto banquero, honesto, pero, por la naturaleza de su educación y el medio en que se había desarrollado, no se interesaba precisamente por la mejora material de las masas. Bajo de estatura, parecía tener solamente cabeza, contemplado desde la tribuna. En efecto, su cabeza era enorme y su cara alargada con rasgos enérgicos. Con Martínez de Velasco como ministro de Agricultura, todas las esperanzas por la reforma agraria se desvanecieron. *Y Gil Robles, significativamente, continuaba como ministro de la Guerra, con Franco en la jefatura del Estado Mayor, en posición de manejar al Ejército en el sentido que mejor sirviera a sus fines. Pocos dudaban ya de que proyectaba usarlo para determinar el destino del país. Era el verdadero amo del juego. Con un solo gesto de cabeza podía derrotar al Gobierno.*

Mientras tanto, los ingleses se mostraban más preocupados, pues temían que España, bajo las órdenes de Gil Robles, se negara a apoyarles en la propuesta de sanciones contra Italia por su aventura en Abisinia. Por entonces alguien sugirió a Lerroux: «Nosotros debemos permanecer neutrales». Y, según se dijo, había contestado: «Usted está equivocado. Debemos seguir a Inglaterra a toda costa». Pero España permaneció misteriosamente recatada, y muchos pensaban que seguramente tendría sus razones. Incluso así, pocos sabían que en aquella precisa hora se había concluido un acuerdo que estipulaba que, si los extremistas de la derecha forzaban una guerra civil, contarían con la participación de Mussolini, si no la de Hitler, para poner fin a la democracia en España.

Cuando devolví la visita a Lerroux como ministro de Estado, lo hallé de pie en medio del salón, con un brillo caprichoso en sus astutos ojos, respirando alegría y cordialidad. No obstante, se mostró cauto en el asunto de las sanciones y en la situación de Italia en general. Era «optimista» sobre la perspectiva de prevenir la guerra, o de limitarla si llegaba. Pensaba que Mussolini parecía «un poco más razonable» y esperaba que «si el honor de Italia era reivindicado por una victoria en alguna pequeña escaramuza, se mostraría dispuesto a negociar». ¿La actitud de España sobre las sanciones? Eso sería determinado en el momento oportuno, en un Consejo de Ministros.

Pero la víspera, Antonio Goicoechea, el jefe de los monárquicos en las Cortes, provocando la discusión sobre la disputa de Italia, claramente había puesto a su partido al lado de la Italia fascista. Hacía un año que él mismo había concertado un convenio con Mussolini.

El mismo día en que Goicoechea hizo esta declaración, los italianos cruzaron la frontera de Abisinia y Mussolini comenzó la guerra de conquista. El emperador de este país había retirado sus tropas a treinta kilómetros de la frontera, a requerimiento de la Sociedad de Naciones, que parecía determinada a culminar una traición tan flagrante como fuera posible. En esto, y en esto solamente, había de

tener verdaderamente éxito.

Si el pueblo español fue consciente de que la invasión de Abisinia era el comienzo de la marcha de las potencias del Eje contra la democracia española, no dio señales de ello.

«¡Viva el estraperlo!». Frutos podridos

A pesar de la zozobra reinante entre los líderes de la coalición gobernante a causa de sus acentuadas disensiones, se organizó un banquete en honor de Lerroux. Aunque era un aliado de los enemigos del régimen republicano, aseguró que su propósito era consolidar la República. Gil Robles habló en términos de lírico elogio sobre don Alejandro, y los comensales brindaron y aplaudieron. Lerroux se había convertido en un «gran anciano», en el salvador de la nación, casi en el hijo predilecto de la Iglesia. Ahora resultaba un error social mencionar el famoso manifiesto. Se hicieron todas las concesiones posibles para mantener la coalición gobernante frente a las elecciones ya inevitables.

Pero las perspectivas no eran halagüeñas. Sin organización ni previo reclutamiento, cincuenta mil personas se habían congregado en Valencia para oír un discurso de Azaña, y setenta y cinco mil se reunieron en Bilbao. Cuando se solicitó la plaza de toros de Madrid para la celebración de un mitin en el que hablaría Azaña, el Gobierno, torpe y neciamente, negó el permiso; entonces se hicieron gestiones para el uso de un grandioso campo situado en las afueras de la ciudad, más allá del puente de Toledo. Para poder costear la construcción del estadio provisional, se cobró una cantidad por la entrada. Al saber que se encaminaban hacia la ciudad multitudes de todas partes de España, y de todas las clases sociales, que vendrían en trenes y camiones, a caballo, en mulas, en burros y a pie, se produjo verdadera alarma. Algunos días antes del mitin, dichas multitudes ya invadían la capital.

2

Cuando, la víspera del acto, miles de personas entraron en Madrid con el ímpetu y el estruendo de un Niágara, parecían haberse abierto las compuertas de un dique. Llegaban trenes especiales y camiones llenos de personas; muchos venían en mulas y algunos a pie. Irrumpieron en la ciudad con banderas, y a medida que esta entusiástica muchedumbre marchaba por las calles, se temió que los forasteros no pudieran ser controlados y atacaran personas y propiedades. Agentes provocadores nazis y fascistas, entonces presentes en España, estimularon dicha alarma. Las damas de la aristocracia se recluyeron en sus casas y corrieron las cortinas de sus balcones y ventanas. Pero el orden fue perfecto; solamente allí donde los partidos de la derecha sacaron a relucir carteles provocativos se produjo algún alboroto. Los panfletos fueron retirados por orden de la policía, y la noche transcurrió pacíficamente.

Por la mañana del día del mitin, toda la ciudad parecía marchar hacia el puente que atraviesa la carretera de Toledo. Era una impresionante demostración del poder cuantitativo del pueblo. Miles de personas se abrían paso a través del puente, en

dirección al campo de Comillas, acercándose lo más posible a la tribuna, donde permanecían inmóviles. Algunos observadores opinaban que por parte de oficiales del Gobierno se hacían intentos para provocar disturbios —la técnica fascista—, pues tropas de caballería atropellaron a la multitud cuando cruzaba el puente. Se instalaron altavoces para que la voz de los oradores pudiese llegar hasta una muchedumbre de doscientas cincuenta mil personas allí reunidas para escuchar la palabra de Azaña. Durante las dos horas que duró su discurso reinó un orden perfecto.

O'Connell dominaba con sus parlamentos vastas multitudes, pero tenía una presencia imponente, mientras que Azaña era más bien bajo; aquel manejaba con arte las emociones, mientras que don Manuel se dirigía solamente a la razón de sus oyentes. Sus palabras aquel día fueron las de un estadista ante un senado o una academia y, aunque no exenta de ironía, estuvieron singularmente desprovistas de invectiva. En su discurso pidió que la República fuese devuelta a sus prístinos cauces y que se celebrasen elecciones para dar oportunidad a que la opinión expresara su voluntad. Con frialdad, el orador señaló la ausencia de logros del Gobierno y sus tendencias reaccionarias.

El silencio, que no se alteró durante el enunciado de su programa, fue atribuido por algunos a la decepción producida por la moderación de su contenido. En aquella inmensa muchedumbre había liberales, demócratas, republicanos, socialistas, pero también comunistas, sindicalistas y anarquistas. Si los extremistas deseaban una incitación a la revolución, rindieron al orador el tributo de su silencio.

Azaña logró aquel día un hecho histórico: puso los cimientos de una coalición de los partidos de la izquierda para las elecciones que ya no se podían retrasar por más tiempo.

Al terminar el acto, la multitud se volvió a la ciudad, con calma y buen orden, y por la noche muchos emprendieron camino de regreso a sus lugares de procedencia, por tren o en camiones, caminando con lentitud por las montañas o andando trabajosamente a lo largo de las carreteras. La grandiosidad del mitin sembró la consternación entre los líderes de la coalición derechista, que, no obstante, encontraron algún consuelo en el hecho de que había concluido sin que sus peores temores se hubieran hecho realidad. Por aquel entonces, en el exterior se dejaba oír el rumor de que destacados miembros del grupo gobernante estaban complicados en un escandaloso asunto de juego. Un día, poco más o menos, antes del mitin, todo el mundo andaba intrigado acerca de una encubierta declaración gubernamental que aludía a cargos de «un irresponsable aventurero de nacionalidad cubana» contra funcionarios del Gobierno. Según se anunció, el fiscal de la República tenía orden de iniciar una investigación. ¿Por qué el Gobierno se acusaba a sí mismo? Se supo que Prieto, refugiado en París, y en posesión de las pruebas documentales de la vileza, las había enviado a Azaña, quien podría hacer uso de ellas en su discurso. Puesto que don Manuel poseía las comprometedoras pruebas, el Gobierno no podía sino anticiparse al ataque.

Pero no hubo ataque. Azaña simplemente aludió, de forma indirecta, a la «inmoralidad». En todo caso, el enorme éxito del mitin daba nuevas esperanzas a la oposición, y Prieto, que hasta entonces se hallaba en un estado de profunda depresión, regresó precipitadamente a España para organizar el ala derecha de los socialistas de cara a las elecciones.

Los madrileños son gente alegre, y pronto andaban contando el jocoso relato de un jugador profesional en el que aparecían complicados algunos de los líderes de la coalición derechista. Aunque el juego estaba prohibido en España, se decía que un aventurero cubano había tanteado a algunos funcionarios gubernamentales con la oferta de un monopolio sobre el juego. El cubano poseía una máquina denominada Straperlo, palabra que había de entronizarse en el vocabulario de la calle al cabo de pocas semanas. La historia contaba que funcionarios públicos habían accedido a otorgar la concesión del citado monopolio y que se había hecho un anticipo de dinero. Desgraciadamente, el aventurero cometió el error de hacer publicidad en los periódicos sobre la apertura del casino de San Sebastián y, cuando *El Sol* y *La Voz* rechazaron el anuncio y publicaron, en cambio, editoriales que contenían observaciones sobre lo irregular del caso, se realizó una tentativa de soborno y el cubano fue expulsado de las oficinas de dichos diarios; pero ya la grotesca historia era del dominio público. Los políticos comprometidos aconsejaron al aventurero que cruzara la frontera por una temporada, y este se marchó sin el dinero, que se quedó en los bolsillos de aquellos.

En París, Prieto oyó hablar del asunto y, solidario con las tribulaciones del extranjero, puso sus sinceros servicios a disposición de la víctima, a la que aconsejó remitir una carta implorando a los políticos en cuestión que le devolvieran el dinero del soborno para librarse de una completa ruina. Por increíble que parezca, el cubano obtuvo algunas contestaciones, cuyas copias quedaron en manos del excesivamente piadoso Prieto, que las hizo llegar a Alcalá Zamora. Los cargos comprometían a un grupo de lerrouxistas, entre los que figuraban el alcalde de Madrid, el gobernador general de Cataluña y el líder del partido radical en Valencia. Indirectamente, también alcanzaban a Lerroux.

La ciudad se desternillaba de risa, los haraganes de los cafés y de las tabernas se refocilaban con la historietta, y en los salones todo eran sonrisas y burlas. Muchos creían que Lerroux, casi deificado en su vejez, había empañado su historial con las mezquinas raterías de sus subordinados.

Lerroux presentó su dimisión, que Chapaprieta no aceptó. En el partido radical, presa de la cólera y la consternación, Santiago Alba pedía una exposición completa y la purga de los comprometidos. Circularon rumores de una deserción general en la formación que durante tanto tiempo había dirigido Lerroux. La coalición derechista amenazaba con desintegrarse, y los líderes de los partidos cercanos a Azaña permanecían silenciosos y contentos, cosa que sin duda podían permitirse. Interpelado en las Cortes, Chapaprieta se negó a discutir el escándalo hasta que el fiscal de la República presentara su informe. Gil Robles propuso una investigación parlamentaria. Lerroux, sin demasiada convicción, se lamentó de que los izquierdistas desearan publicidad para la historia.

Había mucha ansiedad en la coalición de gobierno sobre lo que podía sacar a la luz la investigación. *El Debate* y *El Liberal* lanzaron ediciones especiales a la calle con la inserción del informe completo de la comisión parlamentaria, lo cual generó

gran sensación. Nadie dudaba de que existía fundamento en la historia del estraperlo, pues los líderes del partido de Lerroux estaban todos claramente comprometidos.

Los cargos contra el apuesto alcalde de Madrid se basaban en que se había inmiscuido con documentos oficiales en un esfuerzo para ocultar el vergonzoso episodio. Al gobernador se le acusaba de haber cobrado uno de los cheques del cubano por valor de treinta mil pesetas, y, según el aventurero, dicha suma tenía que dividirse entre Lerroux y Rocha. El conde de Romanones, disgustado con lo reducido del chanchullo, decía, gruñendo, que aquello eran «sobornos de calderilla».

La superestructura de la coalición de derechas se tambaleaba, y circularon rumores de que Lerroux y Rocha dimitirían el lunes siguiente. El sábado anterior había tenido lugar una tempestuosa conferencia en la que algunos clamaban por la purga del partido radical, mientras que los oportunistas proponían que se apoyase a Lerroux a toda costa. El en otro tiempo orgulloso partido de Lerroux, hasta hacía poco en olor de santidad, ahora pasaba al olvido hundido en la hediondez.

4

Las Cortes se hallaban atestadas ante la expectativa de un debate sensacional. Lerroux, aunque tranquilo, estaba serio, y parecía apenado. Chapaprieta llegó pronto y se sentó a su lado, en silencio. Gil Robles, con expresión de fastidio, ocupó un sitio al otro lado de Lerroux. Rocha, ahora miserablemente mal situado como ministro de Instrucción Pública, fue el último en sentarse, en la parte más distante del banco azul.

El portavoz del partido de Miguel Maura presentó el informe de la comisión parlamentaria. En la cámara se produjo un silencio sepulcral. Lerroux estaba sentado con las manos cruzadas, mirando al frente, aparentemente tranquilo. El alcalde de Madrid, Salazar Alonso, meticulosamente ataviado, habló con emoción en su propia defensa y fue escuchado con manifiesto interés. Después se levantó Lerroux, en medio de un silencio absoluto, y habló desordenadamente, casi con incoherencia. Consciente de ello, se refirió a sí mismo asumiendo el papel del anciano cansado y gastado en el servicio de la República. Se les escuchó con cínico silencio, y su propio partido pareció tambalearse ante la debilidad de su defensa. Cuando terminó, sin que nadie lo aplaudiera, cruzó los brazos y permaneció con la mirada perdida. Una vez quedó claro que su aparente indiferencia era una máscara, un impulsivo joven de su partido pidió la venia de la presidencia, y Lerroux, al instante alerta, se volvió y le miró severamente, clavó sus ojos en los del joven y, golpeando el respaldo del banco azul, le ordenó sentarse.

Habló entonces José Antonio Primo de Rivera, provocando en la sala una tormenta con su rotunda protesta contra la hipocresía y la corrupción. Siguió Maura, que se manifestó suave. Gil Robles se levantó para defender a Lerroux; a su juicio, no había nada inmoral; todo se reducía a un intento de las izquierdas para dividir la coalición de derechas. No rozó el tema de las acusaciones ni de las pruebas. Cuando se sentó, se volvió hacia don Alejandro y se enzarzó con él en una larga y

animada conversación.

Los partidos de la izquierda, prudentemente, se abstuvieron de participar en el debate. Aquella no era una sucia criatura que les perteneciera y, si las niñeras disputaban sobre su limpieza, no les concernía.

Cuando Salazar Alonso fue exonerado por un margen de tres votos, después de una completa exculpación de Lerroux, los diputados se vieron sorprendidos por un grito penetrante:

—¡Viva el estraperlo!

Todos los ojos se volvieron hacia el travieso rostro de José Antonio Primo de Rivera. Este sonrió con la irresponsabilidad de la juventud ante el gesto ceñudo de sus mayores.

5

Lerroux y Rocha dimitieron; Chapaprieta presentó la dimisión de su Gobierno y se le pidió que formara uno nuevo. Estaba preparado para actuar sin demora. Martínez de Velasco fue nombrado ministro de Estado y Gil Robles continuó en el Ministerio de la Guerra. Lerroux, por su parte, anunció un viaje a Portugal para someterse a una cura. En un esfuerzo para hacer su salida decorosa, Santiago Alba declaró que el viejo luchador se había ganado, en verdad, un descanso. Pero su posición era trágica. Días antes había sido presentado por los derechistas como el salvador del país, el campeón de la cristiandad, el custodio de la moral pública, y, tras haber sido anatematizado durante más de cuarenta años por la *élite*, había sido por fin acogido en su seno.; y ahora, a los setenta y dos años, cargado de honores, se le derribaba del pedestal. No obstante, cuando se mencionó que había abandonado la dirección de su partido, el anciano volvió vigorosamente de nuevo a la vida. Mientras él viviera, dijo, permanecería como líder de los radicales. ¿Y salir del país para ir a Portugal? No, él permanecería en España y tendría mucho que decir si el ánimo le inducía a ello. La feliz sonrisa en los rostros de los jefes de la derecha parecía forzada.

A todo esto, Gil Robles usurpaba las funciones de sus colegas. Cuando la Paramount rodó la cinta *El demonio fue mujer*, en la que Marlene Dietrich interpretaba el papel de una cortesana que se burla de un necio y fatuo general español, Gil Robles, perentoriamente, exigió que fuese retirada en todo el mundo, con la amenaza, si no se hacía así, de prohibir en España todas las películas de la Paramount. El motivo de queja parecía traído por los pelos. ¿Era un ofrecimiento del español a Hitler, que había prohibido actuar en Alemania a la actriz judía? O bien, ¿tras haber declarado que «los destinos de España estaban en manos del Ejército», pretendía convertir la institución en sacrosanta? Un hecho era cierto: estaba jugando a dictador antes del golpe de Estado.

Mientras tanto, la inclinación de la opinión hacia la izquierda ganaba terreno por momentos. El diario *Ahora*, más a la derecha que a la izquierda, al hacer la crítica de un libro político exteriorizaba desagradables observaciones sobre la corrupción y la creciente impopularidad de las derechas, apuntando la certidumbre de un triunfo de las izquierdas en las elecciones. En las principales librerías de la capital se vendían

retratos de Azaña. Bajo la superficie tenía lugar una molesta agitación, pero Madrid era inalterable. Fue bajo el dorado sol del día de Todos los Santos cuando, vagando sin rumbo fijo por las afueras de la ciudad, nos encontramos en las cercanías del cementerio. Las calles estaban congestionadas por los coches y las aceras llenas de gente: hombres, mujeres y niños presenciando la procesión de los portadores de flores. A lo largo de la calzada había una fila ininterrumpida de puestos de salchichas y pollo para los hambrientos y de flores para los que se dirigían al camposanto. Vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías.

6

Aprovechándome de otro momento de calma en la crisis política, hicimos una precipitada excursión a Santander. El campo estaba desierto bajo un aguacero, pero muchos campesinos trabajaban en las tierras. Bajo cielos encapotados, crecían las flores por todas partes, se abrían las magnolias y el césped de Santander estaba verde. Al día siguiente, Sybil y yo fuimos a Santillana del Mar para ver las cuevas únicas de Altamira. Una hora de viaje en coche por carreteras húmedas nos llevó a la cueva que, según y coinciden los científicos, fue habitada hace quince mil años, cuando la mayor parte de Europa estaba cubierta de hielo. En el remoto pasado, algún cataclismo cerró su entrada y durante siglos no hubo constancia de su existencia. Un día, en 1868, el perro de un cazador se perdió entre la maleza y fue descubierto después en un pequeño pasaje subterráneo situado entre dos grandes rocas. Poco después la cueva era abierta y explorada, y muchos años más tarde el duque de Alba y otros hicieron las adecuadas donaciones para su conservación.

Entramos primeramente en la vasta estancia que fue cocina del cavernario, en la que hay un gran agujero en el centro para preparar la caza, con huesos de animales salvajes, desaparecidos hace miles de años, alrededor. Contigua a la cocina se encuentra la pequeña estancia denominada la Capilla Sixtina de los Cavernarios. En el techo de la lisa roca había grandes pinturas de animales salvajes que vivieron hace miles de años. Los dibujos eran perfectos, las líneas, tan naturales como las de cualquier artista moderno. Se dice que las pinturas, completamente en rojo y negro, fueron hechas con carbón de leña, corcho y grasa de animal. Tan frescos y vívidos son los colores después de tantos siglos, que nos maravillamos ante la presencia de otro arte perdido. Aquí, ante nosotros, estaba la prueba de que en tan lejana época existía una civilización con un sentido de la belleza y un sentimiento artístico sobre los cuales nada sabemos.

La cercana aldea de Santillana del Mar es fascinante. En los tiempos antiguos, cuando era capital de la Asturias oriental y la residencia favorita de la nobleza, en sus calles se alineaban hermosos palacios, ahora convertidos en alojamiento de los pobres. Pero aún se ven los escudos de armas de las famosas familias. Nos detuvimos ante la casa de los Borgia, un sólido palacio-fortaleza, austero y de líneas severas.

Caminando sobre los resbaladizos guijarros que resuenan con el repiquetear de las almadreñas de los nativos, llegamos a la iglesia colegiata, que ocupa el sitio de un monasterio del siglo VI. La iglesia fue construida en el siglo XII. Al entrar, Sybil llamó nuestra atención sobre los numerosos chanclos de madera que había en la puerta.

Estos duran toda la vida, y en estos lugares la goma es demasiado cara para los pobres. El claustro, que no ha conocido otro uso en el curso de ocho siglos, me agradó mucho. Entre las baldosas del patio crecía la maleza. Las columnas estaban rústicamente labradas y, no obstante, cada una de ellas tenía un dibujo diferente. Aquí descansaba el pasado. Eso era lo que uno sentía, tanto más cuanto que el día era nebuloso y la lluvia azotaba las piedras.

7

Transcurridas dos semanas, el Gobierno de Chapaprieta se tambaleaba bajo los golpes de sus pretendidos amigos. Un agraviado correligionario de Lerroux acusaba al jefe del Ejecutivo de aumentar los precios de la electricidad para explotar a los consumidores e incrementar los beneficios de la compañía... Gordón Ordás, republicano, acusaba a Gil Robles de enemigo de la democracia dispuesto a implantar la dictadura. ¿Acaso no había realizado una visita secreta al rey en Fontainebleau? ¡Qué descaro pretender un puesto en el Gobierno que planeaba traicionar! También se produjo un desagradable revuelo entre los diputados cuando, al tratar de la represión de la revuelta de Asturias, Ordás citó el caso de treinta hombres que habían sido hechos prisioneros, cuyos cuerpos se hallaron en el campo acribillados a balazos. Ordás pidió una investigación.

Ante la creciente virulencia del ataque y la debilidad de la defensa, Chapaprieta, advirtiendo la glacial acogida de su discurso, expuso su propia interpretación. Si existía una disposición a oponerse a su política fiscal, dijo, estaba presto a dimitir.

Pero los líderes reaccionarios de la derecha no querían oír hablar de dimisión ni de elecciones; Gil Robles, con la cabeza erguida, rindió un extravagante tributo a aquellas Cortes derechistas a las que no se podía atribuir realización alguna y que ni siquiera podían mantener el *quorum*. Lo que había que hacer, dijo, era mantener las Cortes y enmendar la Constitución de acuerdo con sus ideas. Terminó con un florido tributo a Lerroux.

Entre tanto, con los partidos de la izquierda desplegando gran actividad por los pueblos y aldeas, otro escándalo, en el que había complicados líderes de la coalición gubernamental, retumbó como un trueno.

8

El 29 de noviembre de 1935, la prensa madrileña anunció con grandes titulares el escándalo, y Miguel Maura planteó una interpelación pidiendo una investigación parlamentaria. Aquella mañana pasé por la presidencia, mientras se hallaba en sesión el Consejo de Ministros, y advertí grupos de gente estacionados en la calle, en hoso silencio, con un número desacostumbrado de guardias civiles entre ellos.

La historia de este nuevo caso se extendió como fuego sobre un llano después de una sequía. Tiempo atrás, el Gobierno había contratado con un armador dos barcos para el servicio de la Guinea Española. Los barcos entregados estaban tan carcomidos, que uno se hundió en las mismas aguas del muelle, y el agente del

Gobierno había cancelado el contrato. El propietario demandó por daños y perjuicios quinientas mil pesetas. La reclamación fue a manos de Lerroux, amigo del vendedor, y el político la entregó a su secretario para una investigación. De acuerdo con la historia que circulaba, este último se había asombrado ante la moderación de la demanda. «¿Cómo? ¡Esto es ridículo! La cantidad es demasiado pequeña. Debemos subirla al menos a tres millones de pesetas». Y así se decidió, en un principio, tras la insistencia del demandante. Entonces, tal como reza la historia, la cantidad llegó a elevarse a siete millones; si bien, intimidados por su propia audacia, se dejó finalmente en tres. Lerroux avisó al agente en la Guinea Española para que pagase la indemnización, dando la impresión de que la orden procedía del Consejo de Ministros. Pero el agente, hombre honesto, se negó a cumplir el mandato, y por esa razón fue depuesto. Tras regresar a Madrid a toda prisa, el agente visitó a otros ministros, que negaron todo conocimiento de la transacción, si bien uno de ellos, notable por su piedad, consideró menos peligroso pagar que exponerse a las consecuencias políticas de una denuncia.

A medida que la historia se daba a conocer, quedaba patente que los cansados hombros de Lerroux tendrían que cargar con aquel fardo, de modo que echaba chispas de resentimiento. Sus lugartenientes no aparecían en sus escaños, y un día don Alejandro, encarándose con sus colegas de la derecha, les dio una explicación directa de lo ocurrido. Sus correligionarios se sintieron considerablemente afectados por el gesto. Lerroux compareció ante la comisión e insistió en que otros ministros habían sido consultados al respecto de aquel asunto.

En la sombra, los dirigentes derechistas trabajaban febrilmente para manipular el informe. Maura, presidente de la comisión, dimitió como protesta. La CEDA, insistiendo en la prístina pureza de Lerroux, echaba las culpas sobre el humilde secretario, elegido como chivo expiatorio. Los monárquicos deseaban declarar culpables a ambos, jefe y subordinado, pero solamente de un «error administrativo». Los republicanos de izquierda, sin embargo, estaban dispuestos a considerar responsables del fraude no solamente a Lerroux y al secretario, sino a Gil Robles como encubridor del hecho.

9

La comisión no pudo llegar a un acuerdo, y la CEDA presentó un documento encubriendo los hechos, firmado tan solo por nueve de los veintiuno que la formaban; pero las opiniones discrepantes de los monárquicos y los partidos de izquierda ni siquiera se leyeron. Según este «informe de la Comisión», Lerroux salió «puro como la luz e inmaculado como una estrella», víctima inocente de un perverso secretario, que fue vilipendiado con justa cólera.

Disgustado por la farsa y la hipocresía de todo aquello, José Antonio Primo de Rivera estaba como un toro furioso en una tienda de porcelanas. Profirió un ataque demoledor, respaldado con pruebas, contra aquel comportamiento hipócrita, y su vigorosa acusación contra la corrupción generó intranquilidad. Sabiendo que Lerroux solamente podía ser exonerado por órdenes de Gil Robles, se dirigió a él en tono dramático, llamándole por su nombre, implorándole que no se convirtiera en el

habitual defensor de aquellos culpables de fraude contra el Estado. El requerido, con rostro enrojecido y semblante furibundo, retorciéndose y contorsionándose en su asiento, pareció por un momento dispuesto a levantarse, pero cambió de parecer. Lerroux, por su parte, permanecía sentado e inmóvil, con los brazos cruzados.

Fue un debate violento, pero sin sentido; una batalla vergonzosa. A las diez, las Cortes suspendieron la sesión hasta la una y media de la madrugada. A las seis de la mañana se produjo la votación. Lerroux fue exonerado, condenado su oscuro secretario, con la teoría de que a mejor día, un hecho mejor —pues era domingo por la mañana—. Pero apenas se anunció el resultado, una penetrante voz se levantó de la desierta tribuna diplomática: «¡Viva el estraperlo!».

Todos contemplaron la cara del travieso José Antonio Primo de Rivera, quien, con el desparpajo de un niño malicioso, se reía de sus mayores. Los diputados lo miraron con ceñudo enfado y se echaron a la calle, desierta.

10

La indiferencia de la coalición gobernante por la República era evidente. En un sorprendente manifiesto, los miembros de la juventud de la CEDA declaraban que el hecho verdaderamente importante era «aplantar la revolución y excluir del poder a las izquierdas para siempre», algo imposible dentro de una democracia. En ese documento se descalificaban las reformas fiscales de Chapaprieta como carentes de valor, debido a la «bancarrotta del Estado». Y pedían una nueva Constitución con «todo el poder para el jefe», es decir, para Gil Robles.

Mientras tanto, se murmuraba que Gil Robles y Franco conspiraban en el Ministerio de la Guerra para preparar un golpe de Estado. El misterioso movimiento de tropas y la designación de generales antirrepublicanos para puestos clave no pasaba inadvertido al observador. El Gobierno se interesaba más en los cañones que en las leyes, la política o los abastecimientos. Pero era evidente que se estaba hundiendo. Más de la mitad de los diputados de Lerroux, disgustados por el silencio de su líder, habían desertado y anunciado la formación de otras alianzas.

Entonces, Chapaprieta dimitió. Dimitió debido a que la CEDA y los agrarios no habían cumplido sus promesas de completo apoyo cuando propuso la reducción de salarios, con el aumento de impuestos a los ricos.

Con la coalición gobernante en bancarrotta, minada por disensiones internas, dominada por el sórdido choque de intereses personales y ambiciones, Chapaprieta fue apremiado a formar un Gobierno de su elección personal, con la promesa de apoyar su política fiscal. Pero cuando acudió a Gil Robles, lo halló furioso, hecho un basilisco y reclamando prácticamente todos los puestos ministeriales. Chapaprieta abandonó su esfuerzo con disgusto.

11

En medio de este caos de las derechas, Manuel Portela Valladares salió a escena, como en una comedia.

Se entendía que el amigo del presidente, Miguel Maura, había sido encargado de formar Gobierno, y, de acuerdo con su versión, prometió presentar la lista de ministros al día siguiente. Al llegar a palacio, sufrió la decepción de encontrar a Portela Valladares en el antedespacho. Su asombro aumentó cuando, juntos, fueron introducidos ante la presencia de Alcalá Zamora, y subió de punto su perplejidad cuando este los saludó como a dos buenos amigos que, era su deseo, habrían de formar el nuevo Gabinete. «¿Pero cuál?», preguntó Maura con palabra entrecortada. El presidente trató de contemporizar, y cuando Maura manifestó que él ya tenía la lista de ministros, como había prometido, se le contestó que las condiciones habían cambiado de la noche a la mañana. ¿No querrían Maura y Portela Valladares ponerse de acuerdo al respecto? Él mismo se retiraría mientras ellos hablaban. Con la protesta de Maura, Alcalá Zamora se alejó con paso firme de la estancia, con cortesías y reverencias. Entonces Maura montó en cólera, mientras Portela Valladares permanecía sentado en silencio, las dos manos juntas, como si estuviera orando. Al final, el primero golpeó la puerta por la que había desaparecido el presidente. Alcalá Zamora reapareció, frotándose las manos y sonriendo. «¿Así que ya se han puesto de acuerdo?», preguntó. Miguel Maura se encolerizó de nuevo y salió de la estancia dando un portazo. Portela Valladares fue encargado de constituir Gobierno. Tal es la historia que me contó un amigo de uno de los principales protagonistas, que me describió la escena.

Portela Valladares parecía un rudo luchador y tenía fama de ser hombre enérgico. Alto, un poco desmadejado, con cierto parecido a Lincoln, de enjuto y enérgico rostro y una gran mata de cabello blanco como la nieve echada hacia atrás, se parecía extraordinariamente a Andrew Jackson, en el retrato hecho por Sully. Además de la jefatura del Gobierno se encargó del Ministerio de la Gobernación, Chapaprieta continuó en Hacienda, hizo a Martínez de Velasco ministro de Estado y no incluyó en el Gabinete ni a un solo miembro del partido de Lerroux ni del de Gil Robles.

Ello equivalía a un anuncio de elecciones.

Dos desertores del grupo de Lerroux, De Pablo Blanco y Rafael Guerra del Río, fueron designados ministros de Agricultura y Obras Públicas, respectivamente; y para la cartera de Guerra y la de Marina, Portela Valladares, prescindiendo de los partidos, nombró al general Molero, para la primera, y al vicealmirante Francisco Salas, para la segunda. Cuando Maura estaba seleccionando a los miembros del Ejecutivo que pensaba le habían encargado formar, Alcalá Zamora sugirió a Molero para Guerra, y lo llamó a Madrid para que conferenciara con don Miguel. Tras este encuentro, Molero hizo su visita de cortesía al entonces todavía ministro de Guerra, Gil Robles, que le preguntó con enfado: «¿Qué está usted haciendo aquí?». Molero se explicó. Era evidente que tenía la aprobación del presidente, su comandante en jefe, pero a pesar de ello fue arrestado. A Gil Robles no le faltaban excusas para su tensión nerviosa. A pesar de que no había escatimado esfuerzos, el poder se le escapaba rápidamente de las manos sin haber obtenido logro alguno durante aquellos dos años en que lo había ejercido. Así, hizo una emocionante y melodramática salida del Ministerio de la Guerra que por tanto tiempo había ocupado. Al tomar posesión del cargo, se había trasladado al palacio de Buenavista, rodeado de grandes jardines, entre altos árboles, cercado por una elevada verja de

hierro y guardado constantemente por centinelas. Era un hermoso lugar para vivir. Había sido la casa de Godoy, el amante de María Luisa, en los días de su poder, y a través de sus ventanas abiertas los gritos de los vendedores del injurioso folleto sobre el romance de la reina y el príncipe de la Paz mortificaron los oídos del favorito. La historia se cobijaba en el palacio y la belleza lo rodeaba, pero casi en un soplo Gil Robles salió de allí, dos días antes de lo que debía, con la dramática promesa de que volvería.

12

En medio de aquella excitación, el papa otorgó el rojo capelo cardenalicio al nuncio, Tedeschini.

Por aquellos días me gustaba pasear al atardecer por la Casa de Campo, privilegio negado durante siglos a todos los mortales, excepto a la familia real y a la corte, destinada a ser campo de batalla de Madrid en el curso de la guerra civil durante más de dos años. A pocos minutos de la entrada, uno se halla verdaderamente en el campo y en una ruta campestre. Con frecuencia veía una figura alta, vistiendo negra sotana, acercarse a pie por la carretera mientras leía un libro, y tras ella un coche que la seguía para recogerla cuando había hecho suficiente ejercicio. Era Tedeschini. Así lo encontré una semana antes de la ceremonia en palacio en la que el presidente colocaría sobre su cabeza el rojo capelo. Aquello había sido privilegio de los reyes españoles, y aunque ahora existía la separación de la Iglesia y el Estado, y la Iglesia no era ningún Estado, estoy seguro de que el devoto Alcalá Zamora nunca se dio cuenta exacta de ello. Sea como fuere, insistió obstinadamente en el derecho de colocar el capelo al nuncio. Los más cínicos entre el cuerpo diplomático calificaron aquello como una chiquillada.

La ceremonia era un acontecimiento, con guardias de brillantes uniformes alineados en las escalinatas y los diplomáticos luciendo sus trajes de gala. Atravesamos frías estancias en dirección al salón de banquetes. Al fin, por una puerta lateral, apareció la esposa del presidente, vestida de satén negro; entró e hizo una reverencia al cuerpo diplomático. Después, por otro acceso situado al extremo del salón, se presentó Alcalá Zamora, en traje de etiqueta y luciendo todas sus condecoraciones, flanqueado por Martínez de Velasco, ministro de Estado, y Portela Valladares. Avanzaron y se detuvieron al final de las dos líneas frente a la nave central. Entonces, por la puerta opuesta entró uno de las guardias nobles del papa, con resplandecientes cordones de oro y casco de plata. Un cura leyó un discurso; Alcalá Zamora replicó, al final, como si recitara, con otro parlamento cuidadosamente preparado y pulido, y hasta sus peores enemigos coincidieron en que pocos españoles en la vida pública habrían hecho gala en tales circunstancias de más gracia ni habrían estado más acordes con el espíritu de la tradición. El mensajero del papa, seguidamente, depositó el capelo sobre la mesa y se retiró.

Pronto volvió con Tedeschini, vestido de púrpura y tocado con casquete rojo. Avanzó hasta el presidente y se inclinó. Después de lo cual, Alcalá Zamora pronunció otro discurso; Tedeschini, siempre inmóvil, parecía fatigado.

Cuando el presidente terminó, el recién distinguido tomó el capelo y se lo entregó

para que lo colocara en su cabeza. Pero, como aquel era de regular estatura y Tedeschini muy alto, no fue tarea fácil, ya que el nuevo cardenal no se arrodilló. Al dar un paso al frente, sujetando el capelo, las manos de Alcalá Zamora temblaban. Fue su único instante de nervosismo, pero cumplió la ceremonia sin ningún tropiezo. Luego, Tedeschini se quitó el capelo y, sosteniéndolo en las manos, comenzó a leer su discurso de contestación. Yo pude ver que había sido escrito con lápiz y que algunas partes fueron borradas y redactadas de nuevo.

Mientras tanto, todo el mundo estaba cansado, pues hacía más de una hora que permanecíamos de pie e inmóviles. Terminada la ceremonia, el cardenal se retiró por la puerta por donde había entrado y el presidente y los ministros salieron por la dirección opuesta. El cuerpo diplomático se dirigió a un salón contiguo para estrechar las manos al nuevo príncipe de la Iglesia o besar su anillo.

Como admiraba a Tedeschini y me era simpático, me alegró «asistir» a la ceremonia en palacio. Tres años después, él sería uno de los tres cardenales que dirigieron la votación en el cónclave para la elección del sucesor de san Pedro.

13

Ahora, ante las elecciones inevitables y con el cuerpo electoral dividido en dos campos hostiles, Alcalá Zamora estaba ansioso por disponer de un partido de centro que actuara de parachoques entre los dos extremos. Tal, se pensaba, tenía que ser la misión de Portela Valladares.

Un día, un destacado periodista, íntimamente identificado con Gil Robles, me pidió una entrevista. Yo lo conocía y era de mi agrado. Estuvo más de una hora conmigo, y la conversación fue a la vez ilustrativa y desconcertante. Comenzó con la sorprendente declaración de que Gil Robles esperaba que la combinación de Azaña ganaría las elecciones y «precipitaría una revolución más sangrienta que la de Rusia», aunque por qué las izquierdas, victoriosas en la consulta electoral, precipitarían una revolución, era cosa de misterio. Yo pensaba más bien que, en caso de que las izquierdas triunfaran, serían sus adversarios quienes pensarían en una revolución, como en verdad sucedió. Aquel periodista me dijo que un espía de Gil Robles le había informado de una reunión secreta celebrada en Bruselas entre Prieto y Azaña en la que se concertó un acuerdo para constituir un sólido frente de las izquierdas a fin de oponerle al sólido bloque de las derechas; después de las elecciones se nacionalizarían los bancos y las principales industrias. Esto, en parte, era manifiestamente falso.

Le pedí que explicara las razones del pesimismo de Gil Robles. Contestó que se basaban, primero, en el sólido frente de los partidos de izquierda, y segundo, en los esfuerzos que realizaba Alcalá Zamora para formar un partido de centro, el cual sacaría sus votos casi enteramente de los conservadores de la derecha.

Cada vez más intrigado por el extraño curso de la conversación, le pregunté cuál era la opinión de Gil Robles sobre las perspectivas electorales. Contestó que la coalición de derechas ganaría en el norte del Guadarrama, donde radicaban pequeños propietarios de tierras, pero la coalición de izquierdas arrollaría en Cataluña, Bilbao, Zaragoza, Madrid y «todo el sur de Madrid». Al expresar mi

sorpresa acerca de sus perspectivas sobre Andalucía me hizo recordar que las izquierdas ya habían ganado allí la mayor parte de los puestos en 1931, sin la ayuda de los sindicalistas, y que con la colaboración de estos la mayoría sería aplastante. Y entonces añadió: «Si disponemos de suficiente dinero, podemos comprar a los sindicalistas, pues estos son susceptibles de venderse».

Le pedí que diera su explicación sobre la tendencia izquierdista de los campesinos andaluces, y me impresionó profundamente con su contestación, viniendo de una persona como él.

—Los campesinos del norte, donde existen pequeñas propiedades, son conservadores —dijo—. Pero en Andalucía, donde tan solo hay grandes latifundios, los campesinos no viven en estos, sino en los pueblos. En tiempos antiguos eran fieles a los terratenientes, pero esto sucedía cuando los propietarios vivían una parte del año en sus tierras, tenían contacto con los trabajadores y reconocían sus obligaciones sociales hacia ellos. Ahora los dueños viven principalmente en Madrid, París, Londres y Suiza, y dejan sus posesiones en manos de administradores que roban, abusan y engañan a los campesinos. El contacto está roto, y el campesino ya no mira al terrateniente como un amigo y protector, sino como a su enemigo natural.

Tras una corta pausa, preguntó:

—¿Sabe usted lo que gana un campesino? Dos o tres pesetas al día por trabajar de sol a sol.

Le pregunté por qué, habiendo tantos intereses comprometidos, los terratenientes no vigilaban a sus administradores.

—La mayoría de ellos son muy ricos —contestó— y viven la mayor parte del tiempo en el extranjero. Tienen grandes inversiones de dinero en el exterior, y no dependen de sus rentas en España. Así, como usted puede ver, España puede arruinarse, pero ellos no.

Cada vez más asombrado por la franqueza de mi visitante, e intrigado sobre los motivos que le habían inducido a esta entrevista, solo podía pensar en la posibilidad de un golpe de Estado en preparación. Así, le pregunté sobre el Ejército. Me respondió que los jefes superiores colocados en posiciones clave eran monárquicos, pero que estos serían sustituidos por jefes izquierdistas después de las elecciones. Dijo que, aunque el general Franco no había sido desplazado como jefe del Estado Mayor, esperaba que Portela Valladares lo trasladara de un momento a otro.

En un tono más confidencial, comentó que los líderes de la derecha en el Gobierno de Portela Valladares se disponían a desertar. Él mismo había preparado una reunión secreta entre Gil Robles y Chapaprieta, en una casa particular, cuando Gil Robles tuvo la certidumbre de que Chapaprieta no apoyaría a Portela en la formación de un partido de centro, sino que, por el contrario, dimitiría en el momento oportuno, siguiéndole en ello Martínez de Velasco.

—Naturalmente —concluyó mi visitante, disponiéndose a partir—, si hay un frente común en la izquierda, Gil Robles tendrá que aliarse con los monárquicos.

Eso era precisamente lo que había hecho en 1933, cuando no existía frente común de las izquierdas.

Cuando el periodista se marchó, yo continuaba en la oscuridad con relación a los motivos de estas importantes revelaciones, ya que él no me había preguntado nada a

mí y, según me dijo, se disponía a contar la misma historia a los embajadores británico y alemán, solamente a nosotros. A los otros representantes diplomáticos los vio dos semanas después, y les trasladó idéntica información, pero matizada: Gil Robles no pensaba que las perspectivas de las elecciones fuesen tan desesperadas. Uno de mis colegas le preguntó bruscamente por qué andaba contando todo esto. La respuesta fue sorprendente: «Porque Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos tienen grandes inversiones en España, y yo pensaba que a ustedes podría convenirles prevenir al presidente de la República contra la idea de alentar la formación de un partido de centro». El embajador quedó sorprendido, silencioso. A los otros colegas se les hizo el requerimiento directo, y al emisario se le contestó que sería gravemente impropio de un diplomático mezclarse así en la política interna del país donde había sido acreditado.

14

Cinco días después de esta entrevista era del dominio público que Chapaprieta y Martínez de Velasco no eran leales a Portela Valladares y que dimitirían. Gil Robles había declarado que no formaría alianza electoral con ningún partido representado en el Gobierno.

El primer Gabinete de Portela Valladares terminó con un dramático episodio. Muchas versiones se contaron, y otras muchas nacieron de la fantasía, pero de que la reunión del Consejo de Ministros fue tempestuosa no puede haber duda. Con gesto torvo, Portela Valladares tomó la ofensiva con la afirmación de que algunos de sus ministros habían celebrado reuniones secretas con Gil Robles y que nadie podía continuar en su Gobierno y al mismo tiempo conspirar con los líderes de la oposición. De Pablo Blanco, golpeando la mesa, gritó que a él nadie podía imponerle con quién conferenciar y con quién no, y Chapaprieta se le unió. Tras eso, Portela, con desdén, acusó al ministro de Hacienda de traidor.

—Hay tres ministros ante mí que tienen tres caras —espetó—: Una para mí, otra para el presidente y otra para el público.

Se temió que el intercambio de puñetazos fuera inminente. Cuando se aplacó el acaloramamiento, Portela Valladares se aseguró un acuerdo sobre el presupuesto y una orden para la disolución de las Cortes. Después, encarándose con los ministros, prosiguió:

—Señores, espero que no haya resentimientos. Les doy las gracias por haberse puesto de acuerdo en este asunto. Ahora iré a palacio a presentar mi dimisión.

Y salió de la estancia dejando atónito a su pequeño auditorio.

Sucedía esto al medio día; a las diez de la noche de aquella misma jornada se constituyó otro Gobierno. Ni la derecha ni la izquierda estaban representadas en él; la mayor parte de sus integrantes eran independientes. Unos pocos radicales que habían abandonado a Lerroux a raíz de los escándalos entraron a formar parte del mismo. Las elecciones habían de celebrarse en una atmósfera de encono, y Portela Valladares las dirigiría.

Mientras tanto, los enemigos del régimen democrático no confiaban en la consulta electoral y aceleraban sus preparativos para adueñarse del poder por la fuerza.

La embajada italiana estaba febrilmente activa, y el embajador camisa negra, Orazio Pedrazzi, recientemente enviado por el impaciente Mussolini para acelerar una revolución fascista, no era extraño a Calvo Sotelo y Goicoechea, en quienes el *duce* aparentemente confiaba.

La embajada alemana tampoco estaba inactiva tras su alta verja. Mucho antes, el general Sanjurjo, que debía la vida a la mal empleada generosidad de Azaña, había ido a Alemania, aparentemente para presenciar los juegos olímpicos de invierno, pero en realidad para visitar las fábricas de armas y conferenciar con los líderes nazis. Pues la Alemania de Hitler, como la Italia de Mussolini, participaba en la conspiración para destruir la democracia española. Hitler obtuvo un acuerdo en virtud del cual dispondría de mineral de hierro de España para sus fábricas, que trabajaban día y noche en la preparación de la guerra mundial, con la que pretendía exterminar la democracia en toda Europa. Tras la fea y alta muralla que rodeaba a la embajada alemana se almacenaba una gran cantidad de armas, y desde todos los consulados alemanes en la Península salía la propaganda; no era necesario imaginar la campaña de prensa dirigida públicamente por Gustav Reder, pues azotaba abiertamente el rostro del observador. A principios de septiembre de 1935, el jefe de propaganda nazi alardeaba de que los periódicos españoles habían publicado ciento cuarenta y cinco artículos glorificando a Hitler. *Informaciones*, propiedad de Juan March, se leía como el órgano de Alemania, mientras *El Debate* y *Ya* eran considerados portavoces de Mussolini.

Todavía más significativo, a los militares españoles se les hacía llegar el periódico alemán *Ejército, Marina y Aviación*. Significativamente, era editado en la misma imprenta que el órgano oficial del Estado Mayor del Ejército germánico, fundado por el general Wilhelm Faupel, un íntimo de Hindenburg, quien, algunos meses después de comenzada la guerra, aparecía como embajador alemán ante Franco, en Burgos, estableciéndose allí provisionalmente como un consejero militar. Espías alemanes e italianos acechaban las posibilidades militares, y los agentes de la Gestapo trabajaban en el territorio español.

Por entonces fue abierto un club nocturno que alcanzó instantánea popularidad en los círculos de moda más hostiles al régimen democrático. El club de Mayer era pequeño y sofocante, pero los parroquianos pertenecían a la aristocracia, y Jimmy Campbell, único animador, los engatusaba con auténticas melodías de piano, con una botella de *whisky* ante sí, mientras danzaban divertidamente en la concurrida sala de baile. En los últimos meses antes de estallar la revolución fascista, el club Mayer era el lugar más famoso de Madrid para jugar después de medianoche. Tan notoriamente era centro de reunión de los enemigos de la República, que escuché a un individuo apostar a que sería destruido por una bomba. Después de iniciada la guerra, cuando el personal de la embajada alemana salió de Madrid, fue Mayer quien quedó como custodio.

Tales eran las condiciones y la atmósfera en la cual se hicieron los preparativos para las elecciones que los extremistas de derecha daban como perdidas por

anticipado.

La batalla electoral

Al principio de la campaña electoral, la España artística e intelectual fue conmovida por la muerte de Ramón del Valle-Inclán, en la lluviosa y encantadora ciudad de Santiago de Compostela. Este presidente de la Academia Española en Roma, popularmente considerado como «el Anatole France de España», era un genial novelista con un privilegiado don para la ironía, y sus novelas descriptivas de la corte de Isabel II contribuyeron considerablemente a socavar la popularidad de la dinastía. Con frecuencia había visto yo a este hombre delicado, alto, con larga y afilada barba, en las terrazas de los cafés, rodeado de sus admiradores y discípulos. Usaba lentes con grandes monturas, y sus ojos eran igualmente grandes y vivaces. Le faltaba un brazo, y gustaba de hacer del motivo de su pérdida cosa de misterio, contando a los extraños las más absurdas historias. La favorita de ellas aseguraba que, hallándose solo en un desierto y perseguido por un león, se cortó el brazo y se lo echó a la fiera como un ofrecimiento de paz. Esta inclinación a fantasear con su propia vida era en él característica. A veces impresionaba fácilmente a quienes no lo conocían con versiones de asesinatos que decía haber cometido. Hasta en su autobiografía llegó a escribir: «Recuerdo con orgullo que allí, en el Deliah, asesiné brutalmente a *sir* Robert Jones. Fue un golpe de venganza digno de Benvenuto Cellini. Yo les contaría la historia, aunque les considero incapaces de apreciar la belleza de la hazaña; pero, después de pensarlo bien, posiblemente será mejor que no les cuente nada, pues podrían ustedes horrorizarse». En una ocasión, al llegar a su café favorito y encontrar a un extraño en su habitual asiento, prestamente empujó al intruso, tomando posesión de su silla, y con solemne indiferencia inició la conversación con sus compañeros. Aunque profesaba ideas republicanas, no era político, y a excepción de haber firmado la protesta contra el encarcelamiento y persecución de Azaña, nada supe de su vida que se refiriera a la política.

Era natural de Galicia, donde murió; de la deliciosa ciudad de Santiago, en la cual incesantes procesiones de fieles marcharon durante siglos en peregrinación hacia la hermosa catedral donde se supone se encuentra la tumba del apóstol. En Santiago de Compostela llueve con frecuencia, y don Ramón fue enterrado bajo la lluvia.

2

Portela Valladares empezó su campaña electoral con un ataque por sorpresa que dejó a Gil Robles y a sus aliados boqueando. Dando por supuesto que las elecciones se celebrarían en abril, estos se disponían cómodamente a perfeccionar su organización y sus alianzas; pero el jefe del Gobierno de blancos cabellos repentinamente disolvió las Cortes y convocó elecciones para mediados de febrero de

1936. Gil Robles no había podido preparar su coalición. Se dijo que había rechazado la demanda de Calvo Sotelo de que, como precio de la colaboración de monárquicos y neofascistas, tendría que llamarse al rey en el caso de una victoria de la derecha. La rudeza de la campaña se intuyó cuando el jefe de la CEDA fue apedreado en un mitin en Galicia en el que había criticado a Alcalá Zamora; los informes llegados a Madrid decían que la mayor parte del auditorio estaba compuesto por mujeres. Poco después Gil Robles cesó en sus ataques contra el presidente, y se dio por supuesto que la Iglesia había hecho presión en tal sentido.

Mientras tanto, se había formado el Frente Popular, una coalición de todos los partidos de la izquierda para concurrir a las elecciones. Puesto que todos los partidos de la derecha se encontraban unidos en un bloque, habría sido una estupidez de los sectores de la izquierda no combinar también ellos sus fuerzas. Esto implicaba la incorporación del pequeño partido comunista, de la misma manera que en la coalición derechista había significado la inclusión de los monárquicos y de los fascistas. Azaña, enemigo irreconciliable del comunismo, apoyó la formación del Frente Popular como una cuestión de necesidad impuesta por la acción de las derechas.

Con el levantamiento de la censura, se evidenció inmediatamente que ni se daría ni se pediría cuartel. El periódico de Prieto, *El Liberal* de Bilbao, publicó 18 páginas de declaraciones escritas sobre las salvajadas cometidas por los moros y la Legión Extranjera en Asturias. Saltando por encima de la Constitución, el Gobierno ordenó la retirada del diario. Pero no importó; ya había sido distribuido en todo el país antes de ser puesto a la venta en las calles de Bilbao.

El domingo por la mañana, cuatro días después de haberse convocado las elecciones, paseando por esa parte de la capital donde se hallaban las residencias más distinguidas, me maravilló ver con qué celeridad Gil Robles había llenado los muros de las calles con fantásticos carteles de propaganda. Se suponía que la impresión de aquellos anuncios en gran tamaño respondía a un plan establecido, lo cual implicaba disponer de enormes fondos para la campaña.

Pero el jefe de la CEDA se encontraba en conflicto con sus juventudes. Una mañana, los políticos se quedaron boquiabiertos al leer unos panfletos en los que se denunciaba al partido de Lerroux como una organización corrupta. Aquello había sido el trabajo de jóvenes impacientes e impulsivos. Cuando Lerroux, indignado, protestó ante su aliado, tuvo que escuchar, con cara de póquer, que desde el momento en que la propaganda estaba en manos de los jóvenes, él no podía hacer nada. Recordando el grito juvenil, repetido constante y monótonamente, «Todo el poder para el jefe», Lerroux sonrió molesto. Muy pronto se daría cuenta de que había dejado de ser un elemento necesario y sería abandonado a su suerte. La naranja había sido exprimida hasta quedarse seca.

A las dos semanas de la convocatoria de la consulta electoral, las derechas anunciaron la formación de un sólido frente en el que participaban los monárquicos. Esto significaba la repetición de la misma alianza compuesta de elementos incongruentes e incompatibles que triunfó en las elecciones de 1933.

Pero las derechas no se arriesgaron a declarar en un manifiesto el contenido de su programa. A despecho de este plan de soplar en frío y caliente, de tirar y aflojar, *Calvo Sotelo, el más capaz del bloque derechista, fascista y monárquico, prosiguiendo*

infatigablemente su campaña, con valerosa decisión declaraba que la victoria de las derechas significaría el fin de la República.

Los políticos de la derecha se estremecían cuando Calvo Sotelo públicamente afirmaba que, en virtud de un acuerdo con Gil Robles, las nuevas Cortes se denominarían Asamblea Constituyente y ordenarían un referéndum sobre la restauración de la monarquía, sometiendo al país bajo la dominación dictatorial del general Sanjurjo en el intervalo de la restauración y para las elecciones. Esto habría significado la celebración de la citada consulta bajo la dirección del sable de un general. En aquellos momentos altos jefes del Ejército iban y venían a Portugal, donde Sanjurjo vivía en exilio voluntario. Se realizó una tentativa para contradecir el derecho que se atribuía Calvo Sotelo de actuar como el representante o portavoz de las derechas, pero la superioridad de su talento no dejó duda acerca del puesto preeminente que ocupaba en la coalición.

Mientras tanto, la fábrica de carteles de Gil Robles trabajaba día y noche, y diariamente aparecían nuevos. En los sectores lujosos de Madrid, casas particulares fueron embadurnadas con estos fantásticos anuncios. Uno, particularmente divertido, aseguraba que, frente a la ausencia de «tuberculosis bajo la monarquía», con la República habían aparecido miles de casos. Por muchas generaciones, esta enfermedad había sido el azote de los pobres españoles, y la República, por medio de clínicas para niños en las que se daba tratamiento gratuito, consiguió que descendiera el promedio de muerte por tal afección. La gente leía, ahogando la risa, y los burlones de la izquierda, irreverentemente, ofrecieron a los jefes de la CEDA un lema: «Votar a las derechas para combatir el cáncer».

Dos semanas antes de las elecciones, apenas se veía un cartel de las izquierdas en las calles, mientras los camiones de Gil Robles inundaban con su propaganda todo el país.

Los reaccionarios contaban con una enorme caja para sobornos, y las damas de la aristocracia andaban por doquier repartiendo mantas y colchones entre los pobres, recién descubiertos. Pero un soborno más evidente fue puesto en práctica. Un agente derechista que había visitado la casa de Constanza de la Mora, republicana a pesar de sus orígenes familiares —era nieta de don Antonio Maura, uno de los más grandes estadistas de la monarquía—, creyó que había comprado a su sirvienta andaluza por veinticinco pesetas; sin embargo, la joven informó a su señora inmediatamente. El día de las elecciones, una dama de la aristocracia llevó en su propio coche a su criada, y a otras once, a las urnas. Las criadas le dieron las gracias, se embolsaron las pesetas y votaron por el grupo de Azaña.

Las izquierdas disponían de escasos fondos. La historia, al más puro estilo Goebbels, del «oro ruso», era puro *canard*. Las cajas de los sindicatos habían sido vaciadas para atender a las familias de los presos y, por lo tanto, quedaba poco en ellas para la propaganda electoral.

En mitad de la campaña, *El Sol* abandonó otra vez a Azaña. El diario era propiedad de un rico industrial de Barcelona, y Chapaprieta era su abogado. Para remediar dicha pérdida, los amigos de don Manuel lanzaron *Política*, a cuya redacción trasladaron a los periodistas y escritores más liberales de *El Sol*. El periódico estaba bien editado, digno en el tono y el estilo, pero era un obstáculo para su labor la falta de fondos, y el personal tenía que trabajar con grandes

sacrificios.

3

Las izquierdas anunciaron su programa en un manifiesto cuidadosamente preparado. Cada partido afiliado había expuesto sus aspiraciones; las proposiciones hechas fueron escrupulosamente estudiadas y en algunos casos rechazadas. Los socialistas pedían, entre otras cosas, la nacionalización de la banca y la disolución de la Guardia Civil, y ambas peticiones fueron negadas. El propósito bien definido del manifiesto era el restablecimiento de la República de 1931. Propugnaba drásticas reformas agrarias, la mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora, la anulación de las disposiciones de los gobiernos de derecha que violaban la Constitución, y prometía la inmediata concesión de una amnistía en favor de los treinta mil prisioneros que cayeron en la redada de 1934.

Las derechas no presentaron ningún conjunto de medidas concreto ni hicieron promesas definidas a la opinión. No osaban prometer nada a los campesinos, después de haber enterrado el moderado programa de Giménez Fernández, y nada ofrecían a los trabajadores, pues ello habría enajenado la ayuda de los industriales y financieros. No se podía declarar en favor de la República y apoyar a los monárquicos, ni prometer el restablecimiento de la monarquía y complacer a los republicanos. Tampoco cabía pedir en arriendo el poder a la vista del balance, singularmente estéril y carente de realizaciones constructivas, además de corrupto. Así, se atrincheraron en tópicos insultantes, acusando a las izquierdas de anarquistas, comunistas y enemigas de la sociedad, y atacaron con encono la autonomía local de Cataluña y del País Vasco, porque, según ellos, significaría la desintegración de la nación.

Así, en líneas generales, hemos expuesto las respectivas posiciones de las derechas y las izquierdas.

Dos semanas antes de las elecciones, el cardenal Gomá, de Toledo, lanzó una pastoral en la que se acusaba destempladamente a los partidos que estaban bajo el liderato de Azaña. Muchos se quedaron estupefactos. No pocos católicos pensaron que el cardenal había cometido un error.

Entonces, Portela Valladares publicó su manifiesto, exponiendo el peligro de dividir al país en dos campos extremistas y apremiando la necesidad de un partido de centro que sirviera de amortiguador de los dos polos. Era una petición sabia y previsoras, pero España no estaba entonces inclinada hacia la moderación.

4

Mientras tanto, los líderes trabajaban febrilmente en busca de circunscripciones fieles. En la primera antevotación de los socialistas de Madrid para la formación de su candidatura, el fracaso inicial de Julián Besteiro para obtener un puesto constituyó un disgusto para los republicanos más moderados. Ningún otro hombre público gozaba de más alta reputación de probidad, competencia y sentido

conservador. Era un socialista evolucionista, que detestaba la violencia. La República lo había sacado de su trabajo tranquilo de catedrático para nombrarlo presidente de las Cortes Constituyentes, puesto en el que se distinguió durante dos años y medio por su conducta limpia, su caballerosidad y su gentileza. Todos, incluyendo a los monárquicos, lo respetaban como docente. Era alto, delgado, un poco inclinado, cargado de espaldas y con rostro de hombre docto. Sus modales amables despertaban al punto confianza. El hecho de que un hombre con tal distinción en su partido no consiguiera fácilmente ser incluido en la candidatura fue explotado por la propaganda fascista como una prueba de que las izquierdas se inclinaban al gobierno a través de la violencia.

La circunstancia de que Largo Caballero encabezara en primer lugar la antevotación de la candidatura socialista reforzaba ese argumento de las derechas. Era imposible dudar de la honestidad y sinceridad de esta aversión de los conservadores. Largo Caballero, de oficio estuquista, había abrazado el socialismo con fe. En la monarquía ocupó un cargo de escasa relevancia, pero en el Gobierno de Azaña fue ministro de Trabajo y, en los conflictos entre patronos y obreros, sus decisiones, invariablemente favorables a estos últimos, incluso en casos en que no tenían razón, causaban una desagradable impresión. Yo no creo que procediera conscientemente de mala fe; pero, de modo instintivo, apoyaba a los trabajadores con un celo fanático. Nunca lo escuché hablar en las Cortes, y, estudiando su cara de enérgica expresión desde la tribuna diplomática, no podía librarme de la impresión de que, en su impaciencia, pensaba que el procedimiento parlamentario era una futilidad. Vivía con espartana austeridad y, por su condición de incorruptible, se había convertido en el ídolo de la clase trabajadora, que tantas veces se vio traicionada por falsos amigos. Se hizo con un poder tremendo en los sindicatos socialistas, los cuales, en definitiva, eran quienes determinaban la orientación y trayectoria del partido.

Nada, creo yo, contribuyó más a dar aliento a la idea, estimulada por los fascistas y los propagandistas militares que buscaban un pretexto para su rebelión, basándose en que una victoria de las izquierdas acarrearía medidas extremas, que la derrota de Besteiro y la aplastante victoria de Caballero, el *coco* de los conservadores. En verdad, Besteiro fue elegido pocos días después, pero, psicológicamente, el daño estaba ya hecho.

Entre los viejos líderes que buscaban circunscripciones seguras, ningún caso era tan patético como el de Lerroux. Había llegado a ser una carga, y en más de un lugar, aunque había presión por parte de las derechas, se negaban a aceptarlo como candidato. Finalmente se presentó por Barcelona, donde pronunció su único discurso en la campaña. Y, en boca de Lerroux, fue sorprendente. La mayor parte de su parlamento fue dedicado a exaltar a la Iglesia que tan empeñosamente había combatido a lo largo de toda su carrera política. Hablaba, dijo, «con emoción» de los símbolos religiosos. Todas las noches dormía con la imagen de la Virgen en la cabecera de su cama. Él, que atacó esta institución durante tantos años y apoyó los artículos de la Constitución referentes a la religión, calurosamente pedía ahora la eliminación de las leyes que había sustentado de acuerdo con sus posturas de toda su vida. Estaba desesperadamente asustado y se entregaba al arbitrio de Gil Robles.

Los fascistas se presentaron bajo falsas banderas, pues José Antonio Primo de

Rivera fue rechazado en la coalición derechista que le habría asegurado su elección. Los fascistas reconocidos no eran lo suficientemente fuertes en ninguna circunscripción para ser elegidos sin un aliado, y esto le fue negado. No se le habían perdonado sus malos modales cuando rompió el piadoso encanto en que estaban sumidas las Cortes, en aquel momento en que las derechas exoneraban a sus líderes del escándalo, y él había lanzado aquel «¡Viva el estraperlo!». Sus amigos lo presentaron en diversos distritos, con la esperanza de que saliera por alguno.

El conde de Romanones se presentaba por Guadalajara, donde ganó por amplio margen, como sucedía en los dominios de los grandes terratenientes de la nobleza de Inglaterra en el siglo XVIII. Azaña y Prieto contendían en Bilbao, donde su elección era casi segura. Gil Robles se presentó por Salamanca, Fernando de los Ríos por Granada, Calvo Sotelo por Orense y Portela por Pontevedra.

5

En medio de la campaña hubo distracciones. Después de asistir a los funerales de Jorge V en la pequeña iglesia británica, llevé a Salvador de Madariaga y a su amable esposa escocesa a su domicilio. Vivían en una casa que ellos mismos habían proyectado en una parte moderna de la capital. Era el hogar de un profesor, y fue allí donde vi el retrato de Madariaga pintado por Zuloaga.

Aquel día Madariaga me interesó por su triste pesimismo sobre el futuro de la democracia. Dudaba acerca de si podría sobrevivir al creciente monopolio de las agencias de publicidad al servicio de intereses particulares. Ante la campaña electoral él no sentía sino una curiosidad académica. «He vivido la mayor parte de mi vida fuera de España», dijo. Por temperamento, era hostil a la práctica política; era más un filósofo de la política que un político.

Aquel invierno hasta la vida social se vio intoxicada por el rencor de la lucha. Lo sentí así cuando, un mes después, Alcalá Zamora dio su acostumbrada comida a los jefes de misión diplomática. En la gran escalinata se alineaban como otras veces los rígidos guardias y las salas estaban más calientes que nunca, pero en el ambiente soplaban un aire frío. Se sirvieron los mismos succulentos manjares, las mesas estaban adornadas con profusión de flores y después, en el salón del trono, se celebró un concierto bajo la dirección del brillante director de orquesta Arbós; terminado el concierto, la cena fría. Pero la atmósfera era glacial y tensa, y nada parecía completamente normal. Alcalá Zamora desempeñó bien su papel, sonriendo cordialmente todo el tiempo, aunque las tribunas electorales en todo el país rugían con la amenaza de Gil Robles de echarlo de palacio si él vencía. Sería la última comida ofrecida por Alcalá Zamora en la sede de la presidencia.

6

Hasta la última semana antes de las elecciones las izquierdas y las derechas no dispararon su artillería pesada en Madrid, algo que hicieron al mismo tiempo. Los discursos en un teatro eran retransmitidos por radio a diversas salas de cine

inundadas de público. La tentativa de unos extremistas de abuchear a Azaña en un acto resultó un presente de los dioses para los fascistas y los propagandistas militares. Mientras tanto, Portela Valladares había constituido su partido de centro, pero pronto se inclinó hacia los derechistas por razones políticas. Y Gil Robles, tras un período de silencio, reanudó sus ataques contra Alcalá Zamora amenazando con acusarlo ante un tribunal.

Entonces ocurrió algo sensacional. Llegaron rumores a Madrid de que los centros de los sindicatos en Granada y Badajoz habían sido clausurados por la autoridad, y que se había prohibido toda reunión de más de ocho personas en esta última ciudad. Estas estúpidas órdenes fueron rápidamente anuladas por Portela Valladares, pues sabía que justificarían recurrir a la violencia. Al mismo tiempo, Juan March se imponía como dictador en la coalición derechista, contribuyendo con una fortuna al fondo de la campaña y ejerciendo el derecho de veto a las candidaturas. Entonces, menos de una semana antes de las elecciones, otro escándalo salió a la luz pública. El señor Payá, subsecretario de Hacienda, acusó públicamente a Juan March de haber puesto el veto a su candidatura en Murcia por su oposición a los planes del financiero para «robar al tesoro público» dieciocho millones de pesetas. March trataba de que se reembolsase aquella cantidad a su Porto Pi Oil Company, y Payá había rechazado la petición. Entonces, denunciaba el funcionario, March invadió los pasillos del ministerio con sus agentes, cargados de dinero para sobornar, y estos, junto con su amo, fueron expulsados. El veto a Payá en Murcia era una venganza de March. Payá se quejó a Santiago Alba, quien rechazó la idea, pero esa misma noche le telefoneó para reconocerle que había sabido por los líderes de la CEDA que el episodio era cierto, y que Gil Robles nada podía hacer. Pocos se percataban entonces de la posición dominante que Juan March tenía sobre los derechistas, pero muchos recordaban esta frase de Jaime Carner, ministro de Hacienda en el Gobierno Azaña: «O la República destruye a Juan March, o Juan March destruirá la República».

Pero un escándalo más no impresionó la suprema confianza de los derechistas.

7

No podía yo comprender aquella tranquilidad. Una vida consagrada al estudio de la psicología política y sus reacciones me convencieron de que las izquierdas ganarían las elecciones. La escasez de acción constructiva por parte de la coalición Gil Robles-Lerroux en más de dos años de ejercicio del poder, las barbaridades de los moros en Asturias, el encarcelamiento de treinta mil ciudadanos, la anulación de la reforma agraria, la no obligatoriedad de aplicar las leyes del trabajo, el abandono del programa de la enseñanza pública o los numerosos escándalos no parecían una recomendación para el pueblo. Calvo Sotelo acusaba a la República abiertamente. Gil Robles se lamentaba de que el azote de España era el exceso de enseñanza. Los campesinos ganaban dos o tres pesetas al día por trabajar de sol a sol. Yo traté de hallar en los hechos algo que pudiera atraer a la masa de votantes, sin conseguirlo. Pero entre mis colegas del cuerpo diplomático casi me encontraba solo; entre mis compañeros de Madrid nadie compartía esta previsión de los resultados.

En verdad, las derechas celebraban grandes mítines en las principales ciudades,

ante multitudes entusiastas, pero tales reuniones eran privadas, con tarjetas de admisión, y por tanto estaban llenas de seleccionados secuaces que en nada se diferenciaban de las muchedumbres que se congregaban frente al balcón de Mussolini o frente a las tribunas de Hitler. Aun entonces los extremistas de la derecha adoptaron la técnica fascista. Los periódicos se llenaban de discursos y fotografías de las rendidas masas, y a los que se dejaban impresionar por las apariencias, esto les hacía ver la contienda de un modo unilateral. Cuando yo manifesté mi sorpresa porque las izquierdas celebraban tan pocos actos de propaganda, mi impresión errónea fue rectificada, y supe entonces que los mítines de estos sobrepasaban a los de sus enemigos. Sin embargo, la izquierda convocaba a los suyos principalmente en los pueblos y pequeñas ciudades, donde no se usaban tarjetas de admisión. Se celebraban aquellos actos en los lugares donde la mayor parte del pueblo vive e influían en los indecisos. Por eso me costaba comprender la confianza de los derechistas. Portela Valladares, ahora haciendo causa común con las derechas, podía manejar a su antojo la máquina electoral. Ciertamente, también, los sindicalistas no se habían incorporado al Frente Popular, y líderes de la derecha me habían asegurado que podían comprar sus votos. Verdad era, asimismo, que la coalición de derechas disponía del fondo monetario para la campaña más grande que se había conocido hasta entonces, pero, aun siendo así, la tendencia para mí era evidente.

No había un solo líder de la extrema derecha que fuera realista. Volviendo a Madrid de regreso de una *tournee* de propaganda, Calvo Sotelo, en público, reprochó a los optimistas ser extraordinariamente exagerados. Su recorrido por los pueblos lo había convencido de la existencia de una inequívoca corriente hacia la izquierda. Advirtió que todas las mujeres que habían votado a las derechas la vez anterior no lo harían de nuevo. Pero con sus advertencias causó la misma impresión que una pluma en un huracán.

Cuatro días antes de las elecciones, dimos un paseo por la Casa de Campo, y en los sitios más pobres por donde pasamos observé los muros llenos de carteles de las izquierdas. Se notaba la presencia de una cantidad extraordinaria de gente en uniforme. No obstante, la campaña había transcurrido sin violencia. *El proceso de la democracia se desarrollaba pacíficamente dentro de la ley.*

Nunca me había parecido la Casa de Campo tan hermosa. Nos apeamos del coche y paseamos un rato por el bosque. Al regresar a casa, encontramos al cardenal Tedeschini en su paseo habitual. Paramos y lo llamé golpeando en los cristales del vehículo, y se acercó a nosotros. Se mostraba animado y contento. Me invitó a comer el miércoles después de las elecciones. Yo estaba seguro de que contaba con celebrar la esperada victoria de las derechas.

El día de las elecciones la lluvia caía torrencialmente. No hubo desórdenes en la capital, aunque en los círculos aristocráticos se manifestó alguna intranquilidad. Un aristócrata conocido mío fue a votar vistiendo sucio abrigo y gorra, a fin de no llamar la atención. La nobleza, ofreciendo sus coches para llevar votantes a las

urnas, los había asegurado contra incendios u otra clase de desperfectos, y los chóferes tenían instrucciones de abandonar los vehículos si eran atacados. Pero nada de esto sucedió. Unas elecciones en Chicago habrían parecido un auténtico motín comparadas con estas.

Durante el día, llegaron informaciones sobre disturbios de poca monta en alguna parte. Algunas urnas fueron destrozadas en Valencia, Pamplona y Santiago de Compostela; hubo un choque entre grupos de adversarios en un pueblo cerca de Oviedo, y fue muerto un hombre; en Zaragoza, treinta hombres armados fueron descubiertos en una azotea y desalojados por la policía... En algunos pueblos no llegaron las urnas para votar, lo que fue un error —o una perversa iniciativa— del Gobierno que supervisaba la consulta.

A las ocho de la noche, un comerciante norteamericano me telefoneó para comunicarme triunfalmente que las derechas habían logrado una victoria arrolladora y lo estaban celebrando en los centros de Gil Robles. Pero tres horas después la misma voz me comunicó un mensaje diferente. Los partidos aliados de Azaña habían tenido una victoria aplastante en Cataluña, Asturias, Santander, Madrid y, de hecho, en todo el país. El entusiasmo había cesado en los centros próximos a Gil Robles, y los pocos que permanecieron en ellos los abandonaban ya, desconsolados. A medianoche ya no había duda.

El día siguiente mostró un cambio considerable respecto al resultado de 1933 y ello a pesar de los treinta mil presos políticos de izquierda encarcelados y privados del derecho al voto.

Las bajas entre los políticos destacados fueron aterradoras. Lerroux, derrotado, terminaba su larga carrera envuelto en una nube. Rocha, su amigo, fue también vencido. Martínez de Velasco, líder de los agrarios, fue retirado, y sus amigos atribuyeron su fracaso a la CEDA. El conde de Romanones salió triunfante por su provincia de Guadalajara, pero Goicoechea, jefe de los monárquicos, se quedó fuera. Lo mismo le ocurrió a José Antonio Primo de Rivera.

9

Puesto que la propaganda fascista, carente de escrúpulos, dio al mundo exterior informaciones fantasiosas sobre el significado de las elecciones, será provechoso un breve análisis de la votación. El partido socialista, más moderado que su igual en Inglaterra, el de Attlee, tuvo noventa y nueve puestos en las Cortes; el partido de Azaña, ochenta y siete; el de Martínez Barrio, treinta y nueve; la Esquerra de Cataluña, treinta y seis, y los comunistas, quince. En la coalición de izquierdas, el conjunto de los verdaderos partidos republicanos, partidos democráticos de Azaña y Martínez Barrio, sobrepasaba a los socialistas por veintisiete votos. Las fuerzas combinadas de los socialistas y comunistas no daban más que ciento dieciséis, entre más de cuatrocientos setenta diputados de que se componía la Cámara, y, además, la hostilidad de estas dos formaciones era encarnizada y notoria.

Entre los partidos de la derecha, solamente el de Gil Robles consiguió un número respetable de puestos: ochenta y ocho. El Bloque Nacional, los monárquicos con los partidarios del fascismo, solamente obtuvo trece diputados, y los carlistas, nueve. El

que en otro tiempo había sido el poderoso partido radical, de Lerroux, fue prácticamente barrido, obteniendo cuatro puestos. La formación de centro, de Portela Valladares, no consiguió más que dieciséis diputados.

Y el control de la máquina electoral estuvo enteramente en las manos de los derrotados.

Algunos meses después, cuando los especialistas de la propaganda de Hitler y Mussolini tomaran posesión en España, el mundo sería informado de que el pueblo español estaba dividido entre dos grupos solamente: los comunistas y los fascistas; sin embargo, todo cuanto pudieron hacer los comunistas y los fascistas reconocidos fue conseguir una fuerza combinada, entre los dos, de veintinueve miembros en una Cámara compuesta de cuatrocientos setenta.

Con todo, las derechas fueron presa de estupor y miedo, y el miedo rayaba en histeria. El día siguiente al de las elecciones, los dos *country clubs* de las proximidades de Madrid se encontraban desiertos. Los garajes donde la aristocracia guardaba sus coches tuvieron encerrados los vehículos durante todo el día, pues sus dueños tenían miedo de aventurarse a salir. Las reuniones de sociedad fueron canceladas. El cardenal Tedeschini me telefoneó aplazando la comida, que no habría de tener lugar nunca. Gran parte de la nobleza pensó instantáneamente que habría lucha, como sucedió cuando cayó la monarquía. Solo era posible reservar billete en los trenes para varios días después. Juan March no continuó en sus quehaceres: volvió grupas y huyó. El hotel Rock, en Gibraltar, estaba atestado de nobles y aristócratas españoles, y el órgano monárquico, *ABC*, los atacaba duramente acusándolos de falta de patriotismo y de valor. Aquel día el duque de Montellano vino a verme, sereno y exento de temor. Un amigo le había telefoneado preguntándole qué pensaba hacer con sus hijos, y le contestó que de momento los tenía a su lado, pero que al día siguiente los mandaría fuera. De hecho, su hijita se hallaba en el jardín de la embajada aquel día.

¿Por qué aquel miedo histérico?

Las elecciones se habían celebrado pacíficamente; pero, con la victoria de las izquierdas, unos centenares de jóvenes extremistas concibieron la idea de asaltar las prisiones y poner en libertad a los presos políticos de manera inmediata. Puesto que el programa de los vencedores prometía la amnistía, la estupidez de tal acción era manifiesta. El Gobierno se alarmó cuando la policía se negó a disparar contra la multitud, y cuando algunos soldados enviados a la Puerta del Sol, uniéndose a los manifestantes, confraternizaron con la muchedumbre, el temor aumentó. Se declaró el estado de alarma y, cuando comenzó a extenderse el rumor de que se proyectaba declarar el estado de guerra, muchos miles de demócratas tuvieron la convicción de que a los victoriosos en las urnas les sería arrebatado el triunfo por un golpe de Estado militar. Los sindicatos obreros respondieron con la amenaza de una huelga general, y el Gobierno, sabiamente, se abstuvo de ir más adelante en sus medidas represivas. Pero de nuevo recurrió a la censura de prensa, una decisión que no resultaba muy acertada.

¿Era el miedo de los vencedores en las urnas a que un golpe militar dejara en la cárcel a los treinta mil prisioneros políticos un mero pretexto? *De la manera más categórica podemos afirmar que no lo era.* La amenaza había figurado con pasmosa franqueza en las conversaciones diarias del café y en las calles durante muchos meses.

Nadie dudaba de que había habido intrigas en el Ejército mientras Gil Robles fue ministro de la Guerra y el general Franco ocupaba el cargo de jefe del Estado Mayor. Y Portela Valladares había favorecido a las derechas en las elecciones. Bajo las leyes constitucionales, las nuevas Cortes no se reunirían hasta un mes después, y en ese interregno el nuevo Gabinete no tomaría posesión del poder. Esto, según razonaban los suspicaces, daría a las derechas un margen de tiempo suficiente para perfeccionar sus planes de dar el golpe.

Por entonces no se supo con certeza que inmediatamente después de conocerse el resultado de las elecciones, el general Franco se presentó ante Portela Valladares con la propuesta de que se le entregara el Gobierno, o que antes del amanecer, en la misma noche de la consulta, Gil Robles había visitado al jefe del Ejecutivo proponiéndole que asumiera poderes dictatoriales. Como es lógico, esto no fue proclamado abiertamente; poco después, Franco lo negó, pero Portela lo confirmó.

Dos noches después de las elecciones, hechos extraños, incuestionablemente, sucedieron en Madrid. Se supo que conspiradores del Ejército se reunían en secreto por la noche en la pequeña iglesia de San Luis. En el campo de aviación de Cuatro Vientos tenía lugar un verdadero levantamiento. Uno de los oficiales, dispensado de servicio y advertido de que podía irse a casa por la noche, pasó antes por su café predilecto, frecuentado por militares. Cuando fue interrogado acerca de su ausencia del puesto de servicio, sus compañeros exclamaron a coro: «¡Ah, un golpe de Estado!». El oficial se volvió a toda prisa a Cuatro Vientos y no se le permitió entrar. De vuelta a Madrid, dio la voz de alarma. De manera inmediata se enviaron tropas a Cuatro Vientos. Los rebeldes se rindieron y algunos oficiales fueron arrestados.

A la luz de los acontecimientos del siguiente mes de julio había amplia justificación para la intranquilidad de quienes habían salido victoriosos en las urnas. Martínez Barrio, que no se distinguía precisamente como alarmista, fue a palacio para advertir a Alcalá Zamora de que a menos que tuviera lugar un cambio legal de poderes, una huelga general al día siguiente sería la aceptación del desafío contra la amenaza del golpe militar.

Seis meses después, en Fuenterrabía, el conde de Romanones me informó de que los planes activos para la rebelión comenzaron en el momento en que se supo la victoria de los partidos de izquierda aliados con Azaña. Estos planes, naturalmente, se habían iniciado mucho antes.

En medio de la incertidumbre y de la agitación, nadie era más desdichado que Gil Robles. Al día siguiente de las elecciones, el *ABC* le atacó con dureza y, después, más críticas llovieron sobre él. Durante dos años y medio había sido el amo, y los colaboracionistas de 1933 se resentían de su fracaso para llevar a buen término las promesas de la campaña. Esos dos años y medio habían sido estériles. El rey no estaba de vuelta. Los campesinos no habían sido desposeídos todos de la tierra. Aunque no se había impuesto su cumplimiento, las leyes del trabajo tampoco se habían derogado. Hasta sus más entusiastas partidarios estaban molestos por la

imprudencia de sus manifestaciones públicas. Algunos no le podían perdonar su alianza con Lerroux, y los amigos de este no le podían perdonar que hubiese abandonado a su jefe a última hora. Su política había sido ruinoso para todos los partidos de la derecha, menos para el suyo. Lerroux estaba derrotado y su formación fuera del mapa. Martínez de Velasco, el líder agrario, resultó igualmente vencido y su partido reducido a la insignificancia. Goicoechea, jefe monárquico, acabado, junto con el suyo, que no obtuvo ninguna ventaja. Y los más liberales de sus propias filas le criticaban por su fracaso en apoyar el programa agrario de Giménez Fernández. Muchos creían que había perdido la cabeza, subiéndose a las nubes, incapaz de ver por dónde andaba, mientras marchaba ciegamente bajo el contagioso clamor de sus jóvenes idólatras: «Todo el poder para el jefe» y «El jefe nunca se equivoca». Desconsolado, enfermo de los nervios, anunció su retiro temporal y Jiménez Fernández fue nombrado su sucesor provisional.

Consciente ya de que nunca podrían arrebatarse su victoria a los vencedores en las elecciones sin lucha, y de que el orden público sería amenazado mientras las derechas retuvieran en sus manos el Gobierno, Alcalá Zamora, siguiendo el consejo de Portela Valladares, inspirado en un elevado patriotismo, llamó a Azaña a palacio, pero este se negó a presentarse. Entonces, Portela Valladares telefoneó a don Manuel, pero se le informó de que el líder vencedor no disponía de tiempo para hablar. Estaba decidido a no acudir a consulta ni considerar la toma del poder mientras no se declarase firmemente el resultado de las elecciones. Pero cuando, aquel mismo día, Portela Valladares dimitió, Azaña fue nuevamente convocado a palacio, y entonces sí acudió. No hay sombra de duda de que durante cuarenta y ocho horas España estuvo al borde de un volcán.

11

Encargado de formar Gobierno a las seis de la tarde, Azaña anunció su nuevo Gabinete tres horas después. En vez de hacerse cargo él mismo del Ministerio de la Guerra, lo puso en manos de un general que podría moderar los temores de la oficialidad del Ejército, si es que tenían alguno. Augusto Barcia, el hábil y honrado líder del partido de Azaña, fue designado ministro de Estado. Santiago Casares Quiroga, íntimo amigo de don Manuel, se hizo cargo de Obras Públicas y Marcelino Domingo, extitular de Agricultura de un Gobierno anterior de Azaña, tomó a su cargo el Ministerio de Instrucción Pública. Para la cartera de Hacienda, Azaña, prescindiendo de los políticos profesionales, eligió a Gabriel Franco, que había sido presidente de la Comisión de Hacienda en las Cortes Constituyentes.

Naturalmente, no se consideró en la posibilidad de incluir a ningún comunista, y ni siquiera había un socialista en el Gabinete, ya que, de conformidad con los acuerdos tomados anteriormente, no habían solicitado cargo alguno. Todos los ministros, excepto dos técnicos, fueron elegidos entre los seguidores de Azaña y Martínez Barrio, con un republicano de la Esquerra de Cataluña y un vasco.

Así —y esto es importante en vista de la propaganda que se hizo después—, resultaba que:

No había un solo comunista en el Gobierno.

No había tampoco ningún socialista, ni siquiera del tipo moderado de Besteiro.

No había nadie que pudiera ser calificado de extremista, ni que no fuera republicano y demócrata en el sentido francés y norteamericano del término.

Esto no será nunca suficientemente repetido, pues cuando comenzó la rebelión habría de justificarse como el propósito de combatir un «Gobierno comunista», y tanto Hitler en Berlín como Mussolini en Roma justificaron su intervención armada con la relamida e hipócrita afirmación de que «no podían tolerar un Gobierno comunista en la Europa occidental».

TERCERA PARTE

La guerra del Eje contra la democracia española

La conspiración, al descubierto

Al día siguiente de haberse constituido el Gobierno recibí en la embajada la visita protocolaria del nuevo ministro de Estado, Augusto Barcia. Era este un distinguido hombre de leyes y digno representante del liberalismo y la cultura de su pueblo, pues, como Unamuno, Azaña y Fernando de los Ríos, había sido presidente del Ateneo de Madrid, al que pertenecieron durante un siglo las inteligencias más privilegiadas de la nación. Hombre de mediana estatura, simpático en sus modales, jovial, pero serio en su conducta, me impresionó por su dignidad, su competencia y talante. Era moderado en sus opiniones y métodos y no tenía en su sangre ni una gota de intolerancia. Durante su vida en el exilio, en Buenos Aires, después de la rebelión fascista, escribió un brillante estudio sobre San Martín, en cinco volúmenes.

Los españoles de la derecha resultaron ser escandalosamente malos perdedores. En vez de dedicarse a sus negocios admitiendo la derrota, adoptando alguna filosófica apariencia, como habrían hecho en los Estados Unidos o Inglaterra los políticos que pierden unas elecciones, los derechistas españoles presentaron al mundo un gesto ceñudo. En los círculos sociales de Madrid parecía como si existiera un luto general por los muertos de una gran batalla. La sociedad cerró sus puertas y echó las cortinas. Antes de las elecciones, todo era alegría entre la juventud, pero después se terminaron las fiestas. Los jóvenes reflejaban el sombrío pesimismo de los más viejos. Que este estúpido estado del espíritu era alentado por quienes estaban preparando el terreno para un golpe fascista o militar, no ofrece la menor duda.

Desde el momento en que se conoció el resultado de las elecciones, la lengua irresponsable y sin escrúpulos de la propaganda fascista comenzó a desatarse. Una noche un miembro de mi embajada me telefoneó, todo alarmado, para contarme que las iglesias estaban «ardiendo por todas partes»; que Companys, el presidente de la Generalidad de Cataluña, libertado del presidio, llegaba inminentemente a Madrid y que el ministro sueco, notoriamente reaccionario, había comentado: «tendremos suerte si pasamos esta noche sin que haya derramamiento de sangre». Aunque sin impresionarme por esta fastidiosa repetición del grito de los fascistas, «¡que viene el lobo!», llamé a la Associated Press y me informaron de que las iglesias que ardían eran las que ya habían ardido antes y que ninguna había «sido quemada». La mayor parte de estos ultrajes fueron acciones de jóvenes irresponsables y alborotadores que se dedicaban a derramar petróleo en las escaleras de piedra, aplicaban una cerilla y echaban a correr. Aquella noche transcurrió en absoluta calma, y lo mismo sucedió en toda España.

La alarma de los vencedores en las elecciones se alimentaba por el miedo de que antes de que el nuevo Gobierno pudiera tomar posesión del poder y asumir control de la situación, un golpe de Estado militar se interpusiera para impedir la libertad de los treinta mil prisioneros políticos. Esperar la reunión de las Cortes treinta días sería

propiciar una constante inquietud. Azaña apeló a la comisión permanente de las Cortes, compuesta por miembros de todos los partidos y en la que las formaciones de derecha tenían una mayoría sustancial, para que autorizara la inmediata amnistía de los presos, lo que se acordó inmediatamente, por unanimidad. Con esta medida la fiebre popular se aplacó y se restableció la calma. La semana de fiesta del carnaval animó a todos los pueblos. Madrid se llenó de gente alegre con disfraces, atractiva y grotesca a la vez, con los niños vestidos con vivos colores, montados sobre el techo de los taxis. Solamente los grupos de la alta sociedad pretendían ver peligro; en realidad, reinaba un orden perfecto.

Sin embargo, cuando grandes muchedumbres se congregaron en las ciudades, ebrias de triunfo, para celebrar la liberación de los prisioneros, si existió un peligro potencial. En un gran mitin celebrado en la plaza de toros de Madrid se oyeron consignas de algunos extremistas que fueron explotadas por la tribu de Goebbels. Se formuló la petición de que Lerroux fuera procesado por los asesinatos en Asturias. Algunos, marchando en manifestación en medio de risas y jolgorio, pedían «la cabeza de Gil Robles», mas ninguna persona sensata tomó estas acciones seriamente. Con todo, la opinión de los extremistas de que Julián Besteiro era un «mero reformista» implicaba una inclinación más arriesgada, y Prieto tronaba con acentos revolucionarios.

«Usted, Gil Robles, y usted, Goicoechea, que nos han calumniado con escupitajos y engrudo (los carteles), tendrán que contestarnos cara a cara».

La oleada electoral, sin embargo, había llevado a las Cortes a una verdadera revolucionaria, Dolores Ibárruri, una diputada comunista de los centros mineros de Asturias. Era llamada la Pasionaria por sus admiradores. Tenía inteligencia y una elocuencia sencilla, y, dirigiendo la pequeña minoría de comunistas de la cámara, los dominaba por su personalidad. Vestía invariablemente de negro. Su enérgico rostro fue captado en el retrato hecho por el escultor Jo Davidson. Era la única entre el reducido grupo de comunistas que tenía relevancia, y los fascistas habían de sacar el mayor partido tal circunstancia.

2

El tiempo revelaría que los comunistas, numéricamente insignificantes, astutamente dirigidos, perfectamente disciplinados, no serían los verdaderos perturbadores de la paz. El problema de Azaña no eran ellos, tampoco los socialistas, sino los sindicalistas y los anarquistas. Durante cincuenta años los anarquistas habían contado con la adhesión de grandes masas en Barcelona. El anarquismo no llegó a España con la República. Había arraigado en el país por lo menos desde 1868, y en 1873 tenía una organización de trescientos mil miembros, con doscientos setenta centros locales, los más importantes de ellos en la citada Barcelona. Sus actividades terroristas comenzaron en el reinado de Alfonso XII, con violencias en dicha ciudad, un atentado contra el rey, el asesinato de Cánovas del Castillo, una huelga revolucionaria en 1902, la tentativa de asesinato del entonces jefe del Gobierno Antonio Maura y las revueltas de Barcelona en 1909.

El sindicalismo tampoco se introdujo en el país con la República; había aparecido

en 1892, y recurría a una política de coacciones parecida a la de los anarquistas, con los cuales estaban en malos términos que habían culminado en sangrientos enfrentamientos.

Después, con el crecimiento del socialismo y la creación de la poderosa Unión General de Trabajadores, los dos grupos descentralizados se desarrollaron unidos y, cuando en 1910 los sindicalistas organizaron su Confederación Nacional del Trabajo para combatir a la más moderada UGT, los anarquistas se incorporaron a ella y, por medio de su destacada e intensa intervención, con frecuencia la dominaron. Pero al mismo tiempo los anarquistas mantenían su propia organización, la Federación Anarquista Ibérica, entidad secreta, ilegal, consagrada exclusivamente a la anarquía.

Pero ni los sindicalistas ni los anarquistas se habían incorporado al Frente Popular en las elecciones. Despreciaban el ideal de Azaña de la democracia representativa y, tras la consulta, permanecieron en la misma posición que habían mantenido bajo la monarquía: enemigos de la autoridad constituida.

Después de la liberación de los presos, reinó el orden en toda España, aunque aquí y allá ocurrieron algunos incidentes en los que intervinieron pocas personas, la mayor parte muchachos. Pero era claro como la luz que se había organizado una poderosa propaganda para dar la impresión de que el país se hallaba en un estado de anarquía: la técnica habitual por aquellos días. Aquí, en una disputa sobre cuestiones políticas, un hombre fue apuñalado en un bar; allí, a un centenar de kilómetros, una docena de jóvenes socialistas y fascistas se enzarzaron en una lucha y algunos de ellos fueron heridos; en otra parte, un grupo de campesinos entró en las tierras de un miembro de la nobleza y cortó algunos árboles; lejos de allí se convocaba una pequeña huelga que afectaba a una ciudad; en Pamplona, una iglesia fue saqueada por vulgares criminales forasteros. El relato de todos estos incidentes era cuidadosa y sistemáticamente compuesto a diario y publicado en los periódicos antidemocráticos bajo un titular permanente: «Desórdenes sociales en España». La prensa extranjera daba la mayor importancia a estas noticias. Era como si en los Estados Unidos, por ejemplo, todas las peleas, todas las muertes, todos los robos, crímenes, huelgas, sin importar lo insignificante que fuesen, se anotaran y se publicaran en la primera página de *The New York Times* bajo el repetitivo epígrafe «Desórdenes sociales en los Estados Unidos».

Cuando no se encontraba nada se fabricaba algo; yo mismo —lo sé— figuré en algunos de los «incidentes». Se contaban historias acerca de los horribles peligros que existían en las carreteras del país, amenazas, golpes, caras feroces acechando de soslayo el paso de los coches. La propaganda era dirigida por agentes nazis como una justificación ante la opinión mundial de la rebelión fascista en la cual, en aquel momento, como ahora sabemos, Hitler y Mussolini estaban empeñados.

Me propuse ver la situación por mí mismo.

A principios de marzo de 1936, el general Fuqua, Biddle Garrison y yo nos encaminamos hacia los lugares donde, según la propaganda, existía peligro. Era un

día fresco, radiante, y el aire que venía de las montañas cubiertas de nieve mientras avanzábamos en dirección a Valencia era frío. Comimos en un pueblo, en una taberna cuyo aspecto no era prometedor, pero el tosco comedor era limpio y el menú excelente. Al entrar atravesamos un patio cuyo embaldosado piso podría haber sido contemporáneo de Cervantes, y cuando salimos, una anciana, en la puerta, nos saludó con un «Vayan con Dios». Llegamos a Valencia por la noche, sin haber visto durante el camino un mal gesto ni un puño cerrado. Los pueblos estaban en calma y las gentes se mostraban benévolas. El cónsul de Valencia me informó de que en la celebración de las victoriosas elecciones la ciudad había estado llena de hombres alborozados, pero que no ocurrió *ni un solo incidente*. Ellos mismos se habían comprometido a mantener el orden, *y así lo hicieron*. La policía, fuera de las calles, escondida, se hallaba preparada en previsión de cualquier situación de peligro, *que no se produjo*. El cónsul no había visto aquel día ni un hombre embriagado.

Al día siguiente, por la tarde, continuamos nuestro viaje, dirigiéndonos al sur, a lo largo de la costa del Mediterráneo. La carretera estaba congestionada de tráfico, pues era la temporada de la recolección de la cosecha. En los huertos las ramas se doblaban al peso de la fruta madura; grandes camiones repletos de naranjas pasaban de un lado a otro; montones enormes de ellas esperaban en las orillas del camino para ser cargadas. Además, a lo largo de la carretera, en trechos de muchos kilómetros, había montones de alcachofas que los campesinos cargaban, cantando, en vagones. Todo el mundo parecía alegre, atareado, feliz.

Al final llegamos al único parador, el del Peñón de Ifach, donde pernoctamos. Se halla a una corta distancia de la carretera principal, en la misma orilla del mar, al lado del cual se destaca una gigantesca roca, como un Gibraltar en miniatura, y allí, junto a la roca, estaba el parador más primoroso que he visto. Las amplias habitaciones, agradablemente amuebladas, daban directamente al mar, y uno podía sentarse en una terraza de piedra para comer o almorzar junto al Mediterráneo.

El camino desde allí hasta Alicante es encantador, con una magnífica vista de la costa, naranjos y avenidas de palmeras. Aquel día comimos en un lugar llamado Busot, muy querido por los relativamente pocos que lo conocen, por su pinar, sus colinas y valles, su vista a distancia del mar y su gran piscina. Desde hacía mucho tiempo, esta vieja mansión se había convertido en un mesón.

4

Paseando por la huerta, encendida de flores de todos los matices, llegamos al borde de un profundo valle, de espesa arboleda, y entre los árboles contemplamos un moderno castillo cuya historia nos relataron.

No hacía muchos años un conde español, cuya antigua casa era la mansión ahora convertida en posada, se enamoró de una hermosa y joven gitana de Alicante. Durante mucho tiempo ella se negó al requerimiento de matrimonio, a causa del encono de los suyos contra los enlaces fuera del clan. Finalmente, la muchacha aceptó el casamiento con una condición: él tendría que construirle una torre en el lugar que ella deseara. El matrimonio se celebró y la torre fue construida. A los dos meses de haberse instalado la pareja en el castillo, la hermosa gitana murió. Se

rumoreaba entre los labriegos supersticiosos que había fallecido como consecuencia de la maldición lanzada por los gitanos contra ella. El conde se sintió destrozado por el dolor y, como no podía soportar la vista del castillo que se había convertido en la tumba de su romántico amor, se fue de allí para no volver a atravesar su puerta nunca más. El lugar quedó clausurado. Muy pronto los campesinos estaban seguros de que por las noches el fantasma de la condesa gitana se cernía sobre el castillo de sus sueños. Incluso bajo la luz brillante del sol, aquel montón de mampostería, en medio del valle de espeso bosque, ofrecía una apariencia un tanto fantasmagórica.

5

Desde allí, entre hileras de palmeras, entramos en Alicante, cuyas calles, por la noche, estaban atestadas de alegres grupos de jóvenes de aspecto distraído y amigable. Pero a la mañana siguiente presenciamos lo que una encolerizada muchedumbre puede hacer, no solamente contra la propiedad, sino también contra una buena causa. Al pasar por la vieja ciudad de Elche, me vino a la memoria la iglesia de Santa María, donde el drama de la Pasión era representado anualmente, desde mucho tiempo atrás, por los habitantes de la villa —más primitivo, menos profesional, menos mercantil que el de Oberammergau—. Nunca se había hecho ningún esfuerzo para sacar algún partido económico de aquella tradición. La misma iglesia apenas podía acomodar más que a los fieles de la localidad y, aunque el forastero ocasional era bien venido, el drama de la Pasión se dedicaba principalmente a la gente del pueblo. Yo deseaba ver el templo donde se había representado durante tantas generaciones.

Pasamos por las calles más estrechas que he visto en mi vida para llegar allí. Las puertas de la iglesia estaban cerradas, y algunas mujeres permanecían solemnemente, de pie, a la entrada. No había oído hablar sobre que se hubiese atacado esta iglesia durante los tres días de disturbios, pero al asomarme por una ventana abierta vi claramente que habían prendido fuego al interior. Las paredes y los techos cerca del altar aparecían tiznados.

Entonces nos contaron lo sucedido. Una turba compuesta de anarquistas e incendiarios entró en el templo, demolió el altar, apiló todas las imágenes en ruinas en un montón y prendió fuego. Las mujeres que se encontraban en la puerta tenían los ojos llenos de lágrimas, y la ansiedad que sentían, al creer que éramos funcionarios de Madrid venidos para restaurar su iglesia, se expresó conmovedoramente.

Aquel día comimos en la villa de Montaedo, no lejos de allí, en una larga mesa desdorada por el tiempo, en el sótano de Los dos hermanos, cuyas paredes estaban adornadas con grabados antiguos y carteles de toros. El ambiente era acogedor y el servicio y la comida excelentes. La calle estaba llena de paseantes tan manifiestamente pacíficos y amables que no dudamos en dejar el coche, abandonado entre ellos, mientras Pepe comía.

6

Desde allí nos dirigimos a Almería.

Durante muchos años, los norteamericanos gustaron de las uvas de Almería, muy jugosas, y la prosperidad del lugar descansaba en un grado considerable en el mercado de los Estados Unidos. Hace unos diez años o poco más, nuestro Departamento de Agricultura prohibió la importación de estas uvas debido a la aparición de la mosca del Mediterráneo. Los años pasaron. Los viñedos de Almería se liberaron de la plaga, pero la prohibición continuó. Mientras tanto, Francia, que también compraba algunos de los productos almerienses, los excluyó de su mercado para «proteger» sus propias uvas de la competencia, y así llegaron malos tiempos para Almería.

Por grande que fuera la cosecha, no producía ingresos, y una dura miseria reinaba en la localidad. Convencido de que se podía hallar una fórmula que permitiera la readmisión de estas deliciosas uvas en nuestro mercado, insté a Washington a que se buscara una solución y al final se logró una. La gratitud del pueblo de Almería fue sincera, puesto que la reanudación de su comercio significaba avivar su fuente de vida. Fui invitado a visitar la capital para ser festejado, pero me alegro de no haber ido: el plan que nosotros habíamos previsto para la importación del producto incluía refrigeradores, lo cual arrugó la piel de las uvas y arruinó la venta en nuestro mercado.

7

Pregunté a un amigo del sur de España por qué algunos campesinos honrados de aquella región eran anarquistas. «Creo que lo puedo explicar —me dijo—. Estas gentes son terriblemente pobres e iletradas, pero generosas y altruistas. Si la despensa de uno está vacía, su vecino le abre la suya. Viven asociados, en los términos más amigables y solidarios. Creen que, dejándoles solos para administrarse, no tendrían conflictos. Pero el Gobierno promulga leyes que se interfieren en su pesca; la Guardia Civil impone las leyes sin muestras de simpatía; otros países prohíben la admisión de sus productos con un pretexto u otro, y ellos llegan a la conclusión, en su elemental forma de pensar, de que serían felices si no fuera por los Gobiernos».

Cuando presencié la miseria de esta comunidad, en otro tiempo feliz, comencé a entender. Aquí, pensé, encontraría desobediencia y una actitud hostil, pero no contemplé nada remotamente parecido a ello. La imagen de Almería me persiguió durante el resto de mi viaje. La pobreza se albergaba en el pueblo. Una penuria total desfilaba por las calles. El hotel principal era el peor de los que he visto en España y, aun así, había rasgos conmovedores en el deseo del administrador para complacernos. Aquella noche la capital se parecía a la ciudad de la muerte. No había ninguna clase de distracción, pues la gente no disponía de pesetas para diversiones. Dimos con un espacioso y vulgar café donde la gente se congregaba y charlaba, sorbiendo un agua dulce de manantial que apenas les costaba nada.

Y en Almería, donde predominaba la injusta pobreza, innecesariamente impuesta, no encontramos sino cortesía. Sin duda alguna esta no era la «turbulenta España» a que se referían los periódicos de Londres y Nueva York.

La mayor parte del día siguiente la pasamos recorriendo una carretera encantadora, desde la cual contemplábamos el mar en nuestro camino hacia Málaga. El azul del Mediterráneo, los campos verdes, la púrpura de los viñedos, los pequeños pueblos, limpios y recién enjalbegados, con sus rojos tejados brillando al sol componían un cuadro inolvidable. Pese a que era domingo, vimos a una mujer atareada en blanquear su casa. Era anochecido cuando llegamos a Torremolinos y encontramos alojamiento en Santa Clara. En la casa de Jay Allen saludé a un hombre, delgado y de baja estatura, con cabello gris y un rostro enjuto y tostado, que resultó ser *sir* George Young, perteneciente durante muchos años al servicio diplomático británico, pero en aquel momento retirado. Comí con él al día siguiente, en su encantadora y antigua casa, donde encontré a su cuñado, el profesor H. A. L. Fisher, que se estaba recobrando lentamente del agotamiento en que lo había dejado la terminación de su *Historia de Europa*. Alto, delgado, cargado de espaldas y con una tímida sonrisa típicamente inglesa, aparentaba lo que fue en su vida. *Sir* George tendría que salir de Torremolinos pocos meses después, para librarse de los garrotes de los fascistas.

Aquella noche, en un local de diversión de Málaga, tuve mi primer contacto con la increíble propaganda fascista que desde España afluía al mundo. En dicho lugar, algunos oficiales de la Legión Extranjera, de regreso a África desde Asturias, contaban una burda historia. Nos aseguraban solemnemente que cuando la Legión desembarcó en Cádiz para hacer trasbordo, fueron atacados por una turba y se vieron obligados a disparar, matando a diez personas. Entonces, decían los legionarios, la turba salió furiosa, quemando iglesias y conventos. La historia fue relatada con perfecta jactancia cuartelera, y el general Fuqua, interesado profesionalmente, hizo muchas preguntas, que fueron contestadas de manera imprecisa. Estoy seguro de que aquella narración llegó a la prensa extranjera. Un día o dos después supimos positivamente que en tal ocasión no hubo turbas, ni ataque a la Legión, ni disparos y muertes, ni quema de iglesias. Estaba convencido entonces, como lo estoy ahora, de que esos falsos relatos eran parte de un plan sistemático para crear la impresión de que España se hallaba en un estado de anarquía, a fin de justificar la rebelión fascista en el exterior y la intervención de los ejércitos de Hitler y Mussolini.

Imposibilitados de hallar alojamiento la noche siguiente en el hotel Rock de Gibraltar, atestado de nobles y aristócratas españoles que, temerosos, se disponían a huir, pasamos la noche en el cómodo María Cristina de Algeciras, en España, y con ingleses que no tenían miedo.

A la mañana siguiente andábamos camino de Sevilla. Advertidos de que la carretera principal, vía Cádiz, no era transitable debido a que una inundación había derruido un puente, continuamos por el interior, por el camino de la medieval ciudad de Medina Sidonia, y esto nos hizo atravesar una zona rica en recursos y de extraña belleza. Durante dos horas transitamos por un espeso bosque de alcornoques, la mayor parte de los cuales estaban descorchados desde la base hasta las ramas.

Apenas habíamos llegado al hotel Madrid, en Sevilla, cuando Pepe llegó corriendo para decir que en Madrid se había cometido un atentado contra Jiménez de Asúa, el joven y brillante diputado socialista, vicepresidente de las Cortes e internacionalmente conocido como una autoridad en Derecho penal. Aunque la tentativa había fracasado, un policía fue muerto. Parecía inexplicablemente estúpido. Sin duda, aquello incitaría a la gente y provocaría actos de represalia.

A la mañana siguiente desayunaba con la vidriera de mi habitación abierta, mirando hacia el alegre y hermoso patio, fragante y vívido con sus árboles y flores blancas y amarillas.

En los árboles, los pájaros cantaban con dulce acento. Por la tarde visitamos la catedral, y por la noche paseamos por las angostas calles; hallamos las tiendas lujosas de la calle de las Sierpes abiertas hasta después de la una.

Excepto el caso aislado de Elche, no habíamos visto nada de los desórdenes, tan pintorescamente atribuidos en la prensa extranjera a la región por la cual nosotros habíamos pasado en busca de la anarquía de la que se nos hablaba a diario, ni oímos hablar de nada que se le pareciera.

9

Al día siguiente tuvimos nuestro «incidente».

Después de haber comido en Córdoba, salimos aprisa para pasar la noche en la medieval ciudad de Úbeda, en el hermoso palacio donde Isabel la Católica había permanecido durante la conquista de Granada y donde Santa Teresa de Jesús había descansado, de paso para inaugurar un convento. El conjunto estaba convertido ahora en parador. Proyectamos pernoctar en esta bella residencia y visitar la hermosa iglesia del Renacimiento que es la gloria de Úbeda. Fue un divertido paseo a través de la lozana campiña; cruzamos aldeas a intervalos, con gente del lugar paseando por la pavimentada carretera. Después de tomar posesión de nuestras habitaciones, salimos para realizar, bajo la oscuridad, una exploración de la villa. Una angosta calle conducía del parador a la plaza, donde se veían pequeñas y atractivas tiendas. Hallamos la plaza de Toledo llena de paseantes. Nada podía parecernos más pacífico. Satisfecha nuestra curiosidad, regresamos al parador.

Caminábamos uno tras otro a lo largo de una estrecha acera, y el general Fuqua acababa de doblar una esquina cuando me sorprendió ver a un guardia de asalto que, armado, se me acercaba en forma amenazadora y con frenético acaloramiento. Gritando incoherentemente, ya me había puesto las manos encima antes de que yo me diera cuenta de que me estaba registrando por si llevaba armas. Un grupo de curiosos contemplaba desde la entrada de la plaza la extraña exhibición. Era tan absurdo que por un momento me pareció más divertido que indignante. El guardia estaba en tal estado de exaltación, que no atendía a mis palabras sobre mi identidad, hasta que, al fin, rindiéndome, le sugerí que me acompañara a ver a su jefe. Esto pareció a la vez asombrarlo y calmarlo, y sonrió.

A la vuelta de la plaza, en la esquina, estaba la comisaría de policía, y en un pequeño despacho se sentaba un hombre vestido de paisano, el jefe de la policía, que era socialista. Estaba en mitad de mi protesta ante este funcionario cuando oí una

risa ahogada y, volviéndome, me encontré al general Fuqua, con la cara risueña, bajo la custodia de otro guardia que también lo había detenido. El jefe de la policía encontraba el incidente divertido y, ciertamente, nadie manifestaba la menor expresión de lamentar el hecho. Explicó fríamente que andaban a la busca de extranjeros por la ciudad, y cuando le advertí que la orden seguramente no afectaría a un embajador acreditado en España, se rio cordialmente de mi simplicidad.

—Nosotros no conocemos a personalidades —dijo muy digno.

Por nada del mundo me habría perdido aquel incidente, y al final, cuando salimos de la comisaría, todo fue perdonado. Pero una gran muchedumbre se había congregado en la plaza, convencida, sin duda, por el espectacular asalto del guardia de que éramos tipos de cuidado. Al pasar por la calle hubo algunos leves silbidos y abucheos. No hicimos caso y anduvimos despacio, pero siendo bien conscientes de lo fácil que habría sido para un alborotador haber exaltado los ánimos de la muchedumbre.

Cuando llegamos al parador, yo estaba indignado, y envié a Garrison a formular debidamente la protesta ante el alcalde. Era sábado y, como el domingo los campesinos de la comarca iban a celebrar la victoria electoral en Úbeda, si no éramos bienvenidos allí, podríamos salir por la noche. Garrison encontró al alcalde socialista sin afeitar, con los ojos enrojecidos, rodeado de sus concejales, tan agotados como él, pero sincero y recto. Apenas había comenzado Garrison a hablar cuando el alcalde lo interrumpió:

—Acabo de enterarme de ello —dijo—. Lo siento de veras. Mañana los campesinos celebran la victoria en Úbeda, y hemos sido avisados de que venían alborotadores para provocar disturbios y quemar iglesias. Nosotros los socialistas podemos no ser religiosos, pero estos templos son nuestras posesiones más preciadas y no estamos dispuestos a que sufran ningún daño. Durante dos días hemos estado muy ocupados en organizar la protección y asegurar el orden. Pedimos al gobernador ayuda, y un grupo de guardias de asalto, extraños a este pueblo, fueron enviados. El individuo que cometió el desatino es uno de ellos. Lo siento mucho. No deseamos que ustedes salgan del pueblo. Al contrario, deseamos que permanezcan en él y puedan visitar las iglesias. Es lamentable que, tras el aviso, se haya visto a tres extranjeros en la víspera de la celebración rondando la plaza, puesto que se nos ha advertido repetidamente de que agentes fascistas habían sido enviados.

Esto me pareció suficiente. Me alegró saber que estos funcionarios socialistas estaban determinados a proteger las iglesias y preservar el orden. Así, hice prometer a Fuqua y Garrison que silenciarían y mantendrían en secreto el incidente para evitar que saltara a la prensa. Apenas había llegado a Madrid cuando me visitó un representante del Gobierno para presentar sus excusas y darme las gracias por mi actitud.

En el curso de los meses que siguieron oíría hablar mucho acerca de violencias ocasionales, el tipo de amenaza que había provocado los miedos de Úbeda. No dejaba de ser significativo que pocos de estos incidentes fueran provocados por gente del lugar donde acontecían. Con frecuencia los asaltantes eran forasteros que aparecían misteriosamente y desaparecían de la misma manera.

¿Quién los instigaba? ¿Quién pagaba los gastos del viaje? Un hecho era cierto: no era el Gobierno, no eran los socialistas, sino un enemigo y no un amigo del

Gobierno Azaña. Estoy seguro de que muchos de los incidentes eran inspirados por provocadores fascistas. ¡Había demasiados *turistas* procedentes de Alemania corriendo por España en aquel tiempo!

Habíamos viajado durante días, recorriendo centenares de kilómetros, sin ser testigos de desafueros, sin recibir afrentas, y encontramos los pueblos y aldeas tan tranquilos y observantes de la ley como puedan serlo los de Westchester en Nueva York. Nuestro único incidente surgió de la determinación de los amigos del Gobierno de mantener la ley y el orden.

10

Regresamos a Madrid a tiempo para asistir a la apertura de las Cortes. Una larga manifestación se alineaba en las calles, esperando que se abrieran las tribunas públicas. Me impresionó la ausencia de rostros familiares en la cámara. Lerroux había desaparecido. Y si Gil Robles estaba allí, era invisible. Santiago Alba, humillado y disgustado, presidiendo a los cuatro miembros que sobrevivieron del partido de Lerroux, se sentaba triste y desilusionado.

Pero allí estaba Largo Caballero, que despertaba mi curiosidad y mis dudas. Ocupaba la primera fila, reluciente su cabeza calva, moviendo constantemente las manos mientras hablaba con los diputados que lo rodeaban. Él estuvo de acuerdo con la idea del Frente Popular a condición de que hubiera un programa concreto; pero, pese a ello, continuaba manifestando su impaciencia sobre el proceso de la democracia representativa y amenazando a las Cortes con «el hombre de la calle». No importaba demasiado, decía, lo que el Gobierno desease; el hombre en la calle le dictaría lo que podía hacer. Sus imprudentes declaraciones en aquel tiempo eran una negación completa de los discursos de su campaña electoral. Sus insinuaciones en favor de la fuerza eran captadas ansiosamente por los extremistas de la derecha para su propia propaganda. Estaba cayendo en las manos de los agentes fascistas, cuyo juego favorecía. En aquellos momentos, además, flirteaba con los sindicalistas, amenazando el programa constitucional al que había dado su conformidad en la campaña electoral. Su honestidad y lealtad a la clase trabajadora son cosas que yo no pongo en duda, pero su criterio en esos días era peor que malo. Por otra parte, Prieto y los socialistas más moderados no estaban en modo alguno dispuestos a seguir el liderazgo de Largo Caballero en esta dirección, y existía un cisma.

En coincidencia con él, los provocadores se manifestaban intensamente activos. Algunos jóvenes fascistas tirotearon la casa de Largo Caballero. Grupos de anarquistas y sindicalistas trataban de aterrorizar a los trabajadores de los sindicatos socialistas, pero ninguno de ellos afectaba a la masa del pueblo, del mismo modo que una huelga de camiseras no afecta a Nueva York. Sin embargo, estos choques insignificantes, exagerados en la prensa extranjera, creaban una falsa impresión.

Ante la existencia de estos choques entre los extremistas, Azaña llamó a José Antonio Primo de Rivera, al que respetaba por su valor, y le pidió que abandonara el país voluntariamente, bajo algún pretexto, hasta que los ánimos se apaciguaran. Si se hubiera congregado una exaltada turba de anarquistas en la Puerta del Sol, el joven José Antonio no se habría sentido satisfecho hasta montar en un caballo

blanco y arremeter contra ellos. Pero Primo de Rivera se negó a salir, y Azaña lo puso en prisión, para protegerlo. Sé que sus amigos, y su misma familia, estaban convencidos de que Azaña, con esta decisión, le salvó la vida.

Mientras tanto la presión de la propaganda fascista rebasaba todos los límites. Me enteré de fantásticas historias de derechistas decapitados en la soñolienta Murcia, donde nosotros habíamos estado recientemente, cuyas cabezas eran conducidas por las calles clavadas en picas; de fascistas y monárquicos asesinados, cuyos cuerpos habían sido arrojados como «comida para los cerdos»; de motoristas detenidos en las carreteras y obligados a pagar grandes sumas por el permiso de viajar. Una noche la United Press me telefoneó para decirme que, según habían oído, durante aquella tarde, mientras paseaba por las afueras cerca de Madrid, yo mismo había sido detenido y obligado a pagar. Pero yo no había salido del recinto de la embajada durante todo el día. Sin embargo, a la mañana siguiente, un aristócrata me dijo que había escuchado que yo había acudido al Ministerio de Estado para presentar tan furiosa protesta que se habían dado órdenes drásticas para mejorar la protección de las carreteras. «¡Oh, sí! —dijo el duque—, he oído proclamarlo como un benefactor público, en el calor del relato». Pero durante el mes de marzo, el verdadero drama era el cisma entre Largo Caballero y Prieto, que había comenzado durante la insurrección de octubre de 1934 y ahora se había ahondado.

Los provocadores fascistas

Azaña aplazó el discurso en que debía exponer su programa hasta que las Cortes pudieran organizarse de acuerdo con los resultados de las disputadas elecciones que comunicara la Comisión de Actas. Aunque esta estaba compuesta por la mayor parte de los izquierdistas, bajo la presidencia de Prieto, se tomaron tantas decisiones favorables sobre los partidos derrotados en las urnas como sobre los vencedores. Estoy seguro de que las medidas fueron acordadas legalmente, sin tener en cuenta consideraciones políticas, y las derechas no tenían motivos legítimos para quejarse. Solamente un caso implicó consideraciones políticas, y este fue en la lucha de Calvo Sotelo en la circunscripción de Orense. Fue menos su odio contra la democracia que la arrogancia de su hostilidad contra el régimen lo que convirtió su nombre en una provocación. Pero incluso en aquella ocasión, después de que el veredicto se hubo pronunciado contra él, la comisión se rectificó a sí misma y ello se debió, según se dijo, a la intervención de Azaña. El meticuloso respeto por la verdad había sido la ley, pero la oposición no estaba en condiciones de apreciarlo así.

Nadie dudaba de que el resultado de la elección de Granada, donde se dio la victoria a las derechas, sería anulado; ninguna persona honesta dudaba de que sería así, puesto que las elecciones allí habían sido notoriamente amañadas y la fuerza armada y la coacción jugaron el papel principal. Para todos resultaba evidente que unas elecciones limpias en Granada, en cuya capital los socialistas eran fuertes —el popular Fernando de los Ríos iba en candidatura—, darían la victoria a la coalición de izquierdas. Pero el dinero había corrido pródigamente y la coacción se había practicado con desfachatez. Las protestas contra Portela Valladares, que supervisó el proceso electoral, no tuvieron valor. El día de las elecciones, Fernando de los Ríos, al intentar entrar a la ciudad en la que era candidato, había sido detenido en los alrededores de la capital y obligado a volverse, por la fuerza armada. Fue un increíble alarde de estupidez. De los Ríos había representado a Granada en las Cortes ininterrumpidamente desde 1919, excepto en 1923, cuando representó a Madrid.

El debate tenía que ser duro. La dimisión de Prieto como presidente de la comisión, la víspera de someterse a discusión el informe sobre las actas de Granada, fue atribuida por *El Debate*, *Ya* y el *ABC* a su discrepancia con el documento en el que se anulaba la elección, y el silencio de Prieto resultó intrigante. Gil Robles y la CEDA estaban preparados con todas sus fuerzas, y cuando se leyó el informe sobre Granada, Jiménez Fernández, portavoz de esta formación, se levantó para anunciar la retirada de su partido de la cámara. Sus correligionarios se pusieron también en pie, vitorearon y aplaudieron, y comenzaron a salir. Los diputados de la izquierda reían y agitaban pañuelos, dándoles la despedida. Gil Robles, que había presenciado aquel juego de chiquillos desde fuera del recinto parlamentario, se unió al éxodo, y Azaña, que entraba en aquel instante, miró con frialdad el desfile y sonrió

desdeñosamente. Después, un representante de la organización monárquica repitió la misma escena, y hubo más risas y más pañuelos agitándose. Solamente al grupo carlista le fue permitido salir en silencio.

Cuando se restableció el orden, Martínez Barrio, presidente de las Cortes, pidió que el debate se condujera de una forma digna, pese a las deserciones, y reconoció que el señor Ventosa, último ministro de Hacienda de la monarquía, era un hombre capaz y amable. Provocó a Prieto con la afirmación de que él había protestado contra la decisión mediante la dimisión del cargo de presidente de la comisión. Prieto parecía un enorme toro embistiendo cuando se levantó para proclamar su calurosa adhesión al dictamen y para denunciar a la CEDA como «demasiado cobarde y deshonesto para permanecer allí y defender sus crímenes». Grandes aplausos acogieron la denuncia.

Le siguió en el uso de la palabra Fernando de los Ríos. Orador elegante, su manera de expresarse, su entonación y sus gestos tenían tanto mejor efecto cuanto que carecía de impulsividad. Con voz vibrante de emoción, describió las condiciones en que vivían los campesinos andaluces. «Vosotros, gentes de Castilla y del norte, no tenéis idea de la situación de Andalucía, donde la antigua nobleza siente la necesidad de recurrir a la fuerza y a la coacción para mantener las condiciones medievales que allí prevalecen», dijo. Pocas veces he oído expresar tanto sentimiento en un tono tranquilo de conversación. Aquello era gran elocuencia. La mayor parte de la Cámara se puso en pie, ovacionándolo.

Al levantarse Prieto para hablar directamente sobre el tema, cargó con dureza contra Portela Valladares, por haber permitido los desafueros cometidos en Granada. Con la prensa de la CEDA atacando indecentemente a Portela Valladares todos los días, Prieto no podía entender cómo el jefe del Gobierno pudo asentir en la comisión del crimen. Muy nervioso, retorciéndose las manos, Portela Valladares interrumpió para decir que él había ordenado al gobernador de Granada que detuviese las violencias. «Usted hizo eso —dijo De los Ríos, con calma, desde su escaño—, pero ellos continuaron, y yo le informé a usted telegráficamente la víspera de las elecciones».

Hubo engaño en el recuento, se había suprimido la libre expresión de la palabra, expulsado a Fernando de los Ríos el día de las elecciones y derrochado dinero. Parecía una increíble ineptitud que un partido se retirase de las Cortes por una anulación de unas elecciones que habían sido notoriamente deshonestas. Yo me preguntaba si aquella marcha tenía como finalidad el ensayo para un levantamiento militar y fascista, y era como un gesto de desprecio por el procedimiento parlamentario. Pronto el ceñudo partido regresaría a la cámara, pero el recuerdo de su infantil acción perduraría.

Un día, el duque de Montellano, cuyo palacio yo ocupaba, ofreció añadir algunos trabajos de arte de su primo, el duque de Fernán-Núñez, a los de la casa que tenía arrendada. El palacio de este último se encontraba en la parte vieja de Madrid, que podría figurar como teatro de lucha callejera en la eventualidad de un conflicto. Si

por desgracia se prendía fuego al edificio, sería difícil salvar las valiosas pinturas y los antiguos tapices góticos. Me avine a aceptar el ofrecimiento, bajo la condición de que las obras fuesen añadidas al inventario y quedasen incorporadas al arriendo de la casa.

Al día siguiente, los duques de Montellano y Fernán-Núñez, con un grupo de carpinteros, se presentaron para inspeccionar la colocación de las pinturas. Estas incluían el magnífico retrato, debido al pincel de Goya, de Fernán-Núñez, quien había sido embajador en Inglaterra en los días del genial pintor; otro de la duquesa, pintado no sin el toque de malicia que el artista reservaba para las damas de la nobleza y la corte; un retrato de Greuze de una hermosa dama y dos más de *madame Du Barry*, que en otro tiempo fueron de ella y luego los adquirió el conde Pembroke, antes de que lo hiciera el propio Fernán-Núñez. Estas pinturas habían de permanecer colgadas en las paredes de mi casa durante toda la rebelión, intactas y a salvo.

Fernán-Núñez era un hombre amable, más bien alto y delgado, elegante y aristocrático. Mientras los obreros colgaban los cuadros, nosotros conversamos sobre la posibilidad de un golpe de Estado militar. *A aquellos que fuera de España después tuvieron que escuchar con machacona insistencia la calumnia fascista de que la rebelión se hizo para impedir una revolución comunista, puede sorprenderles saber que durante tres años y medio nunca oí semejante sugerencia de nadie, mientras, por el contrario, todos hablaban confidencialmente de un golpe de Estado militar.* En la eventualidad de este último, el duque pensaba que Madrid sería tomado inmediatamente y el resto del país se inclinaría ante el hecho consumado.

Cuando se acercaba el momento de dar el golpe, con los agentes fascistas de Italia y los nazis de Alemania trabajando el terreno, se propalaron las historias más peregrinas. «Bela Kun ha llegado a Cádiz para lanzar una revolución comunista». «No —decían otros—, ha desembarcado en Barcelona». ¿Quién se preocupaba de meros detalles? La aristocracia y la nobleza se preparaban para escapar, si no lo habían hecho ya. Diplomáticos que habían vivido modestamente, de improviso se trasladaban a lujosos palacios, y no solo por la consideración de proteger un pabellón extranjero. Era evidente que los reaccionarios conocían planes que se ocultaban a las masas.

Más alarmante todavía, Largo Caballero amenazaba a la coalición gubernamental con la ruptura, antes incluso de que Azaña pudiera presentar su programa de gobierno a las Cortes. Los socialistas se dividían en dos bandos por la actuación de su líder.

Hacia finales de marzo era perfectamente claro que se estaba preparando un golpe de Estado militar. Yo supe por una fuente de información fidedigna que el levantamiento se produciría al término de dos semanas. Los conspiradores habían recorrido los cuarteles, en un radio de treinta kilómetros alrededor de Madrid, y recibieron confirmación de que toda la oficialidad estaba dispuesta. Se encargaría el mando al general Varela. A las cinco de la mañana, ocho mil soldados, con artillería, tanques y ametralladoras, marcharían sobre la ciudad para tomar posesión de los ministerios de Guerra, Comunicaciones y Gobernación. Aquello, pensaban los conspiradores, bastaría. Mi informante, al igual que Fernán-Núñez, estaba seguro de que la sencilla toma de Madrid sería concluyente.

Sin embargo, el Gobierno no se dormía. Había interceptado todas las líneas de los

cuarteles y residencias de los jefes militares y colocado agentes a la escucha. Tales eran los rumores que circulaban en Madrid a finales de marzo de 1936.

3

El 4 de abril de 1936, Azaña se presentó a las Cortes con uno de sus característicos grandes discursos; en él se comprometía a poner en práctica el programa de gobierno de la coalición, pero, advirtió, no iría más allá. El efecto fue impresionante. Sus palabras fueron elogiadas sin sombra de crítica por casi todos los sectores de la opinión pública como dignas de un cabal estadista, por el tono y el contenido, y tan notables por la pureza y galanura del lenguaje, que ningún otro orador español podría rivalizar con él. Incluso los derechistas pensaban que había elegido el momento adecuado desde el punto de vista psicológico. Aceptó con franqueza que esperaba alguna explosión de disconformidad de parte de los amigos de los treinta mil prisioneros largo tiempo encarcelados sin enjuiciamiento, pero había supuesto que serían esporádicos, no generales. Podía comprender la histeria de esta reacción, pero, de haberla sofocado con sangre, pensaba, las cosas se habrían puesto infinitamente peor. Este discurso tuvo el efecto momentáneo de aplacar los nervios de los conservadores.

Al día siguiente tuve una conversación de veinte minutos con Azaña en la presidencia. Lo encontré sereno y confiado; nunca lo había visto en un estado de ánimo más alegre, mientras hablaba libre y cordialmente de las buenas relaciones hispano-norteamericanas.

Prieto se movilizó entonces con rapidez para la acusación contra Alcalá Zamora.

4

La tribuna diplomática estaba llena hasta el máximo de su capacidad, las tribunas públicas rebosaban de gente, pero hasta las cinco de la tarde la cámara estuvo desierta. El conde de Romanones fue el primero en sentarse en su escaño. Los timbres sonaron en los pasillos y, en tropel y haciendo ruido, los diputados entraron en el salón de sesiones. Todos los escaños estaban ocupados. Gil Robles y su partido se apretujaban frente al banco azul, detrás del cual se sentaban los correligionarios de Azaña y Martínez Barrio.

El presidente de las Cortes abrió la sesión invocando el decoro y la dignidad, y cedió la palabra a Ventosa, quien defendió serenamente una proposición a favor de un aplazamiento de la sesión y del nombramiento de una comisión que informase. Prieto replicó con frialdad que solo las Cortes podían determinar la cuestión: las Cortes en sesión pública. En una votación ordinaria, únicamente trece derechistas se decantaron por la propuesta de Ventosa. Cuando el voto negativo fue registrado, y la mayor parte de los diputados se pusieron en pie, la suerte del presidente Alcalá Zamora estaba echada.

Prieto presentó la acusación, hablando en tono coloquial, con su habitual facilidad de palabra y ocasionales destellos de elocuencia que agitaron a los

presentes. Acusó al presidente de inmiscuirse constantemente en el trabajo de las Cortes y en los planes del Gobierno, de desdén hacia las limitaciones que le imponía la Constitución y de falta de simpatía por los principios vitales de la misma. Leyó fragmentos de discursos de Gil Robles en los que este abundaba en los mismos cargos y prometía inculpar al presidente en el caso de una victoria de las derechas. Prieto, al terminar, fue aplaudido por los republicanos y los socialistas. Los aplausos aumentaron, hasta convertirse en una ovación. Desde su asiento, saludó con la mano, gesto que hizo arreciar la tormenta de aplausos. Finalmente, tuvo que levantarse e inclinarse, dando las gracias, y la mitad de la Cámara se levantó con él.

Aunque el partido de Gil Robles había decidido en secreto no participar ni en los discursos ni en la votación, el líder derechista fue incitado por los vituperios de Prieto a replicar. Hablando con evidente emoción, con su habitual rapidez, trató de explicar su cambio de opinión sobre la acusación. Él había propuesto que se encausara al presidente basándose en el artículo 81 de la Constitución, por la disolución de las Cortes, pero desde el momento en que las elecciones habían evidenciado un cambio en los sentimientos del pueblo, la disolución había sido justificada. Por el momento, a él le parecía conveniente admitir la validez de las elecciones.

Azaña, que había tomado asiento en el banco azul para escuchar el discurso de Prieto y el de Gil Robles, permaneció inmóvil, con el rostro como una máscara. Después se retiró a los pasillos.

Entonces se levantó Calvo Sotelo para hablar por los fascistas y monárquicos. Era la suya una figura elegante y esbelta, e iba muy bien vestido. Sus rasgos eran acusados y su expresión astuta. Llevaba su negro cabello peinado hacia atrás —al parecer, se ponía cosmético—. Su hablar era directo, no elocuente, como si fuera un hombre de negocios que se dirigiese a una junta de directores, y a mí me parecía deliberadamente provocativo. Sus ademanes eran arrogantes y, cuando se dirigía a sus adversarios, insultantemente despreciativos. Se mofó de la Constitución, ridiculizó las limitaciones que imponía al presidente y declaró que este debía tener más poderes. Pensaba claramente en la dictadura a la que había servido. «Usted desea un dictador», gritó un joven diputado que se hallaba en el grupo de los quince comunistas. Era absolutamente verdad, pero Calvo Sotelo replicó con la misma razón que en Rusia había una dictadura.

Portela Valladares, el exjefe del Gobierno que había aconsejado la disolución de las Cortes, se levantó para asumir la responsabilidad y salvar al presidente. Alto, inclinado, el rostro pálido y contraído, con expresión torva y dura, su blanca cabellera rizada, habló con energía y sentimiento. Pero cuando Miguel Maura, su enemigo, le interrumpió con cínicas y sardónicas alusiones, el anciano lo amenazó con los puños cerrados y le lanzó insultos con tal vehemencia que su rostro estaba encendido como la grana.

Finalmente, la humillación del presidente fue abrumadora. De los doscientos cuarenta y tres votos registrados, solamente cinco fueron a su favor, y procedían todos del partido de Portela Valladares. Gil Robles y los líderes monárquicos dejaron a sus formaciones fuera de la votación. En vista de todo lo que habían dicho en la campaña contra Alcalá Zamora y la promesa de encausarlo, no podían votar para salvarlo; pero como la moción acusatoria había venido de la izquierda,

tampoco podían apoyarla.

Personalmente, lo lamentaba por Alcalá Zamora. Incapaz de mantenerse dentro de los estrechos límites que le imponía el cargo, habitualmente había intrigado contra todos los Gobiernos de su presidencia, pero me dolía verlo humillado. Tenía ciertas cualidades intelectuales que admiraba, pero, con intención o sin ella, su maneras eran arrogantes. En sus controversias, unas veces había estado en lo cierto y otras no, pero ahora dejaba el poder para convertirse en un hombre solitario.

5

La celebración del quinto aniversario de la República ofreció una oportunidad a los provocadores. Una gran manifestación del Ejército y entidades civiles tenía que desfilar por la Castellana ante Martínez Barrio, el presidente provisional, y Azaña. Dignatarios de la nación ocupaban una segunda tribuna, y la tercera, que estaba al descubierto y sobre la que llovía, era designada para el cuerpo diplomático. Allí esperábamos impacientes, bajo la triste llovizna. Apareció al fin, en coche, seguido de la brillante guardia presidencial, el presidente Martínez Barrio, acompañado por dos o tres jefes militares de alta graduación. Hubo saludos y aplausos. Los aplausos procedían de las azoteas de las casas, desde donde mucha gente presenciaba la ceremonia bajo la lluvia. Y el desfile seguía adelante, al son de la música marcial.

De pronto, bastante cerca de nosotros, justamente detrás de la tribuna del presidente y de Azaña, se oyó un estallido, como la explosión de una bomba, seguida inmediatamente por un ruido crepitante que la gente atribuyó al fuego de ametralladoras. Todos pensaron al instante que se trataba de un atentado contra Martínez Barrio y Azaña. El pánico se apoderó del público, que se echó a las aceras, hombres y mujeres corriendo alocados, sin saber hacia dónde, presos de terror. Un agente de la policía secreta, agachándose, corrió a nuestra tribuna y aconsejó a los ocupantes que se tendieran sobre el suelo. La escena que siguió fue divertida, en retrospectiva. La bella y encantadora señora Castaña, esposa de un funcionario del Ministerio de Estado, lloraba frenéticamente por sus hijos, que estaban a salvo en su casa. Las atractivas y jóvenes esposas del consejero alemán Hans Voelkers y del secretario italiano, respectivamente, estaban sentadas sobre el piso mojado, mirándose solemnemente una a otra, mientras aguantaban sus paraguas. Yo permanecí en pie, tratando de ver lo que sucedía. Una dama junto a mí se agachaba detrás de la dudosa protección del borde de una barandilla, y cuando le aseguré que había pasado el peligro y la invité a levantarse, no se movió. Poco después, me explicó que el ministro polaco estaba sentado sobre sus rodillas.

La guardia presidencial se había lanzado al instante a la acción, marchando por entre la multitud hacia el lugar de la agitación. Sin embargo, los soldados seguían desfilando con gallardía, como si no hubiera sucedido nada. Pero poco después, un destacado grupo de guardias de asalto, a caballo, cargó, con gran ruido, hacia una calle cercana a la embajada británica. Nadie supo el motivo. López Lago, el introductor de embajadores, me dijo que algunos comunistas habían atacado a ciegas y que el ruido de fuego de ametralladoras provenía de sus pistolas. Esto era a todas luces falso. Así, de inmediato, una vez más la técnica fascista estaba en acción.

Poco después, como la lluvia caía torrencialmente, nos marchamos, cosa que ya había hecho la mayor parte del cuerpo diplomático. Encontramos a Pepe con el coche, una manzana más allá. Estaba furioso e indignado. «Bueno, bueno —dijo—. Nada bueno».

Más tarde se supo la verdad, al menos en parte. Un pequeño grupo de jóvenes fascistas había hecho estallar una bomba inofensiva que prendió fuego a un manojo de petardos. La policía tuvo dificultades para salvar a los delincuentes. Uno de los jóvenes estaba demasiado borracho para andar solo. Algunos creyeron que la explosión era una señal. Hacia la Castellana hubo algunos silbidos, y un guardia civil resultó herido. Después de que yo me ausentara, un tal capitán Herráiz, del cuerpo de Ingenieros, corrió abriéndose paso hacia la tribuna presidencial de Azaña y Barrios, empuñando una pistola. Se le detuvo. No supe qué razones lo impulsaron a tal acto.

¿El barullo fue provocado para cubrir el asesinato de Azaña o para provocar un alboroto? ¿Y quién era responsable de ello? Ciertamente, no el Gobierno; con toda seguridad, tampoco los republicanos o los socialistas. ¿Los fascistas? Ellos habían preparado la explosión. Los extremistas de la izquierda, incuestionablemente, habían silbado a la Guardia civil, después de la explosión, cuando uno de ellos fue muerto.

6

Cuando al día siguiente fui en coche a El Escorial con algunos amigos míos, el campo estaba en calma, con sus galas de primavera, pero incluso allí encontré señales de tensión. Había visitado aquella majestuosa montaña de piedra muchas veces, pero ahora hallé algo nuevo: dos guardias de asalto, con pistola al cinto, nos acompañaban discretamente. Mis invitados supusieron que se trataba de una especial atención a un embajador, pero yo estoy seguro de que todos los visitantes eran acompañados así en aquellos días, para prevenir un posible acto de vandalismo. Había de ser mi última visita a El Escorial.

Siempre hice el mismo recorrido y experimenté las mismas emociones. Siempre aquel patio, pavimentado con desiguales y gastadas baldosas, me deprimía y me fascinaba al mismo tiempo; siempre, aquellas anchas escaleras de granito me parecían dura y tenebrosamente frías. ¡Cuán parecidos a un lóbrego pasillo de prisión eran los angostos pasadizos con sus frías paredes que conducían a los departamentos del gran Felipe II! Austeras y tristes como la celda de una cárcel eran las habitaciones de la hija del monarca, la regente de Flandes: un órgano antiguo con sus fuelles rotos, el raído cuero de Córdoba sobre el piso de la pequeña habitación interior... Solo esto quedaba para evocar la prolongada agonía de la reina.

Pero el estudio de Felipe II parecía revivir con el espíritu del hombre. Era pequeño, sencillo, más parecido a la celda de un monje que al despacho de trabajo del más poderoso monarca de su tiempo. Allí está la alta y estrecha mesa donde el soberano escribía constante e interminablemente; y allí están sus libros encuadernados en cuero, los clásicos griegos y romanos. Y junto a su silla plegadiza, el escabel, cortado en dos, sobre el cual descansaba la pierna enferma mientras trabajaba. Desde una

ventana de la habitación captamos una pincelada de belleza. Abajo, un jardín de árboles de boj; más allá, la campiña extendiéndose hacia las montañas. ¡Pero el dormitorio de Felipe! ¡Qué pequeño y oscuro, con su altarcito en un rincón! A través de las ventanas el monarca podía ver el altar mayor de la iglesia y participar en la misa. Aquí Felipe II pasó al otro mundo. Desde Madrid lo trajeron en una silla de manos a que muriese en El Escorial, y durante siete días, robustos sirvientes cargaron con él por la áspera carretera. La silla en que fue transportado todavía se halla en el cuartito que da al Salón de Embajadores.

Este cuarto, la más ornamentada estancia de los días de Felipe II, no es ni largo ni ancho. En la plataforma está el trono; el suelo, cubierto de gastado cordobán; y a un extremo, una hermosa puerta por la cual Felipe II entraba a recibir y aterrorizar a los embajadores de lejanos reinos. Junto al trono, una gran chimenea de mármol, la única en el palacio que conoció el monarca. A un extremo del salón se encuentra la pequeña mesa donde firmaba los documentos de Estado. Más que las galerías de aquella obra maestra, más que la iglesia, de exquisita belleza, me impresionaban estas estancias de Felipe II.

Nada podía ser más bello o magnífico que la cripta donde descansan los monarcas. Mármol y ónice y oro. A un extremo, el altar; y a lo largo de los muros, nichos con rojos ataúdes de mármol, todos parecidos y centenarios. El silencio de la eternidad reina allí, solo interrumpido por los comentarios del guía republicano que nos cuenta que Alfonso XIII llevaba visitantes a aquel lugar y señalaba su ataúd vacío con un encogimiento de hombros, pero la reina no podía soportar aquel sitio y siempre esperaba en la iglesia. Observamos que solamente quedan unos pocos ataúdes: los que esperan a Alfonso XIII, a su madre y a la reina, ya no hay más.

—¿Será don Alfonso traído aquí cuando muera? —pregunté al guardián republicano.

—Ciertamente —contestó—. Él es parte de la historia de España.

Es interesante saber que El Escorial permaneció en posesión de la España republicana hasta el final de la guerra, y que fue respetado. Estas «hordas salvajes», más bárbaras, se nos decía, que los terroristas de la Revolución francesa que arrastraron a los reyes desde sus tumbas en Saint-Denis y mezclaron sus huesos con cal viva, no se dignaron perturbar el sueño de los monarcas españoles en sus lechos de mármol.

Al regresar de El Escorial aquel día, nos enteramos de que se habían producido algunos disturbios en el paseo de la Castellana y que se había enviado a la embajada una guardia suplementaria de soldados. Estos, completamente armados, se paseaban por la calle, junto a nuestro jardín.

Aquel día se había enterrado al guardia civil muerto en los disturbios del aniversario de la República, y los políticos reaccionarios proyectaron convertir la manifestación del entierro en una provocadora demostración política. Gil Robles insistió en ir al frente de la comitiva. El ministro de la Guerra, temiendo alborotos, pidió que la ruta fuese alterada, eludiendo el paso por la Castellana para evitar

posibles enfrentamientos, pero la autoridad constituida fue ignorada. La arrogancia de los fascistas se estaba convirtiendo en cosa corriente. Apenas había comenzado a caminar la manifestación cuando salió a relucir una pistola. Algunos oficiales se abalanzaron sobre el culpable, que se libró de ser linchado por un milagro. Desde las obras de un edificio en construcción se hicieron disparos, y los soldados corrieron hacia el lugar abriendo fuego contra algunos de los trabajadores, antes de averiguar que ninguno de ellos estaba armado y que en el edificio habían entrado extraños que, tras disparar, se dieron a la fuga. ¡Los agentes provocadores! Se produjo una furiosa reacción entre los obreros.

Entre tanto, el Gobierno mandó agentes de policía para que registraran a la gente en la calle. Al final, se ordenó a los guardias de asalto que disolvieran la manifestación; algunos guardias civiles se resistieron a la orden del Gobierno, y en un intercambio de disparos cayó otra víctima.

8

Aquella tarde fui a las Cortes para presenciar el debate sobre orden público y escuchar la réplica de Azaña a sus críticos. Me convencí, por el carácter de la discusión y los métodos de algunos de los que tomaban parte en ella, que en España había dos extremos, por entonces numéricamente sin importancia, determinantes del caos. Gil Robles interrumpió con frecuencia a Azaña, quien lo escuchaba con frialdad y le replicaba mordazmente. Pero hasta que Calvo Sotelo, el provocador de las Cortes, no se levantó, la sala no se convirtió en un pandemonio. Sus modales eran arrogantes, como siempre, altaneros, intensa y conscientemente provocativos, con el deseo evidente de desencadenar una reacción de los quince comunistas; y estos cayeron en la trampa. La menguada minoría de los dos extremos tomó ruidosamente posesión de la cámara para representar una escena bochornosa, mientras la gran mayoría permanecía sentada en silencio y disgustada. La base del discurso de Calvo Sotelo era que el Gobierno de Azaña, sin un solo socialista, era «comunista» — ¡porque de los cuatrocientos setenta miembros de las Cortes quince eran comunistas! —. Azaña escuchó esta demagogia fascista con glacial desdén.

Salí de las Cortes aquella noche convencido de que dos diminutos grupos de extremistas, que no sumaban más de treinta de los cuatrocientos setenta diputados, habían linchado deliberadamente al parlamentarismo gubernamental aquella tarde. Se habían instalado en el Parlamento, después de darse el gusto de una camorra de taberna.

9

Al poco hubo un nefasto augurio. Los sindicalistas, dominados por el extremismo, habían incitado a una huelga general como protesta contra las actividades fascistas en el entierro del guardia civil. Los sindicatos más conservadores socialistas, mayoritarios en Madrid, eran contrarios a dicha huelga. Cuando, a pesar de la oposición de estos, los sindicalistas la declararon, se suponía que fracasaría. Sin

embargo, tuvo éxito, pues coaccionaron a los trabajadores de los sindicatos socialistas para que la secundaran.

Nada podía ser más ventajoso para la propaganda fascista. Era evidente que a pesar de su relativa inferioridad numérica, los extremistas iban a imponer su voluntad por medio del terrorismo. Los socialistas lo vieron también así, y estaban sumidos en amargo resentimiento.

No obstante, la huelga de veinticuatro horas transcurrió sin incidentes. Todos los establecimientos fueron cerrados. No hubo taxis en las calles. No circularon tranvías. Y pese a que el paro fue perfectamente pacífico, las habituales y absurdas historias para alarmar a los tímidos fueron puestas en circulación por los agentes que preparaban la rebelión. Oímos que al final de aquella misma jornada tendría lugar un golpe de Estado militar y que los comunistas luchaban en las calles. Aquella noche yo daba una cena, y algunos de los invitados vinieron a pie para no arriesgar sus vehículos; uno llegó, incluso, en un ruinoso camión perteneciente a su compañía.

La huelga transcurrió sin un solo incidente, al margen del hecho claramente intimidador de que un elemento extremista había impuesto su voluntad sobre una gran mayoría de trabajadores, por medio de terrorismo; era la impresión que quedaba. Y los agentes nazis y fascistas sacaron de ello el mayor partido.

10

Una tarde, Oliver Baldwin, hijo del jefe del Gobierno británico, vino a verme haciendo burla cordial de las chocarrerías de la política española. La víspera había visto a Azaña y lo había encontrado «muy inteligente». Se rio entre dientes. «¡Qué país! Dije a Azaña que me agradaría ver a José Antonio Primo de Rivera, que está en la cárcel, pero suponía que esto era imposible». «¡De ninguna manera! —me respondió—. Dispondré para que le vea». Y así lo hizo. «¿En qué parte del mundo sería tal cosa posible?»

—Y a Primo de Rivera, ¿lo vio usted finalmente? —pregunté.

—Sí; el patio de la cárcel estaba lleno de coches lujosos de los que salían distinguidas damas que lo visitaban, llevando flores.

A la mañana siguiente fui a ver a Luis Quintanilla, que trabajaba en sus frescos sobre la vida de Pablo Iglesias, fundador del partido socialista de España. El monumento era una pérgola de mármol cuyos muros serían decorados con estas pinturas. Tenía un perfecto emplazamiento, frente a la Casa de Campo. Quintanilla estaba de humor y me explicó su procedimiento de trabajo. Quedé impresionado cuando supe que algunos de los obreros que estaban allí eran, en realidad, guardias disfrazados, pues los fascistas habían amenazado con destruir los frescos. Lo harían más tarde, durante la lucha militar en los alrededores de Madrid. Quintanilla me presentó a Barral —escultor que había hecho el enorme busto del fundador del partido socialista—, un simpático y vehemente joven que pronto daría su vida combatiendo por la democracia en España.

11

Llegó el Primero de Mayo. Los «rojos» iban a inundar las calles, a imponerse a la policía y a aterrorizar a la ciudad con robos y muertes, según afirmaban los inspirados chismes. Fue un día de deslumbrante sol. Permanecí en el jardín, entre los arbustos, y a través de los barrotes de hierro de la verja presencié la manifestación desfilando por el paseo de la Castellana. No había a la vista ni policía ni guardia civil. Una parte de la marcha estaba encabezada por niños que cantaban alegremente. El único desorden fue promovido por Lass, mi perro escocés, que sacó su indignada nariz entre los barrotes y ladró ferozmente. Los «rojos» lo miraron y rieron.

Pero dos días más tarde, dos hombres fueron abatidos en la calle, y no precisamente por los «rojos». En San Sebastián, el director del diario de Azaña fue muerto. Una tentativa de asesinato contra Jiménez de Asúa había fracasado, pero un policía que lo acompañaba cayó. Gente armada fue enviada para proteger el piso donde vivía Azaña. La casa de Largo Caballero había sido tiroteada. Y desde que Primo de Rivera había sido confinado ningún líder de la derecha había sido objeto de atentado alguno... *En medio de estos crímenes provocativos, era Prieto, no Calvo Sotelo, quien tronaba en las Cortes denunciando los criminales atentados.*

12

Entonces llegó la caja de bombones envenenados.

Casi hace un siglo, cuando en las epidemias de tifus morían miles de personas, se hizo correr la voz de que los jesuitas habían envenenado los pozos de agua, y una enfurecida muchedumbre se echó a la calle con petróleo y antorchas para prender fuego a iglesias y conventos. Esto acontecía en los tiempos de la monarquía absoluta, pero sigue siendo el clásico ejemplo de las campañas de rumores en España.

Una mañana, a principios de mayo de 1936, algunos disparos en el sector de Cuatro Caminos denunciaban disturbios. A la embajada llegaron rumores de que una turba de hombres peligrosos, y de mujeres todavía más furiosas, disparaban contra los conventos e iglesias y perseguían a curas y monjas. La situación fue groseramente exagerada. No obstante, la furia de la muchedumbre obligó a la policía a tomar medidas extremas.

Después vino la explicación. Algún malintencionado había propalado la mentira de que el Primero de Mayo un cura dio bombones envenenados a unos niños. Toda madre cuyo hijo hubiera engullido una manzana verde que le hubiera provocado dolores de barriga se imaginó a la criatura como víctima del mítico sacerdote y se encendió en furia y deseos de venganza. La historia había corrido como la pólvora y en muy poco tiempo llegó a todos los barrios de la ciudad. La divulgación del bulo había sido organizada por expertos en semejante trabajo. Era evidente que los difusores de la mentira habían sido situados en puntos estratégicos y se les había indicado el momento preciso en que habían de extenderla. El consejero de la embajada, Hallet Johnson, la había oído de sus sirvientes, el ordenanza español en su barrio, muy apartado de allí, y Marcela, la doncella de mi esposa, la escuchó

cuando se dirigía a la iglesia.

El Gobierno, a través de la radio, denunció en seguida la calumnia. Los sindicatos obreros transmitieron a los trabajadores la noticia de que se trataba de un vil *canard*. Los comunistas, también por radio, explicaron que era una historia que hacían circular los extremistas de la derecha. Jóvenes socialistas corrieron a la escena del alboroto para reconvenir a la turba, pero fueron apaleados. Ninguno de estos podía ser responsable. ¿Quién lo era, entonces? Podía haber sido la faena de los anarquistas, pero la mayor parte creyó que fue una estratagema de criminales comunes para armar un alboroto y aprovecharlo para saquear las iglesias y conventos.

Otros atribuían el desafuero a los provocadores nazis y fascistas, quienes trataban de desencadenar ataques contra los templos, ataques que serían utilizados, de acuerdo con la técnica habitual, para la propaganda en el extranjero. Esta era mi opinión.

En vísperas de la rebelión

En mayo de 1936 nadie dudaba de que las fuerzas reaccionarias hostiles al régimen democrático fomentaban cada vez más incidentes que podían usarse como justificación, ante el mundo exterior, de la rebelión que se preparaba. La técnica fascista consistía en dividir al pueblo en dos clases: comunistas y fascistas. ¡Y puesto que los demócratas no eran fascistas, tenían que ser comunistas! La pérdida de las elecciones convenció a los beneficiarios del sistema feudal de la sociedad de que los días de sus privilegios estaban contados, a menos que una minoría armada pudiera apuntalarlos por la fuerza. Agentes del Eje, espías, propagandistas, provocadores procedentes de Alemania y de Italia trabajaban activamente en España, atareados en crear «incidentes» que la prensa de otros países publicaba como prueba de un estado de anarquía.

A principios de mayo fuimos en coche, con mi esposa, a Torremolinos, cerca de Málaga, donde ella había arrendado una casita, junto al mar, y yo celebré otra vez la oportunidad de comprobar con mis propios ojos las historias de «atropellos» cometidos por los campesinos en las carreteras. Salimos de Madrid con la intención de anotar todo incidente que pudiera considerarse provocativo. Entre Madrid y Bailén, donde pernoctamos, conté cuatro niños cuya edad oscilaba entre seis y doce años que nos saludaron al pasar con sus menudos puños cerrados, costumbre entonces del Frente Popular, y una sonrisa de amistad. Ni de uno solo de los hombres hallados por el camino recibimos una mirada hostil. Llegamos a Bailén cerca de las cinco, y como el aire era fresco y agradable fuimos a dar un largo paseo por la carretera, bordeada de árboles. Era la hora en que los campesinos regresaban de sus faenas. Nos cruzamos con cuarenta o cincuenta de ellos que iban montados en mulas o borricos. Sin una excepción, nos saludaron con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

A la mañana siguiente, la campiña estaba lozana y fragante mientras corríamos en dirección a Granada. Nunca había visto semejante abundancia de flores silvestres bordeando el camino y en los campos. Estos lucían literalmente encendidos de rojas amapolas, hasta donde uno alcanzaba con la vista, y otros aparecían sembrados de margaritas amarillas o de unas flores de color morado que no conocía. En los pueblos que atravesábamos reinaba la calma y la gente era cordial. Llegamos a Granada a tiempo para comer y dedicamos la tarde a vagar entre las bellezas de la Alhambra. Aquella noche fui yo solo a las cuevas de gitanos situadas en una parte escabrosa de la ciudad, para verlos bailar de nuevo, sin el más ligero cuidado. La ciudad estaba tranquila. Y era posible caminar por la calle con tanta seguridad como a las doce del día puede uno hacerlo en Broadway.

Después de pasar una mañana en medio de las maravillosas bellezas de la residencia veraniega de los reyes árabes, salimos en dirección a Málaga por la vieja

carretera, menos pintoresca, pero menos peligrosa que la nueva, y llegamos a las cinco de la tarde. Tenía el propósito de pasar unos días en aquella encantadora región, pero se presentó Garrison con un mensaje que cambió mis planes.

2

Azaña había sido elegido presidente de la República.

Me pareció un disparate cambiarlo de una posición de responsabilidad y poder a la más limitada de la presidencia en aquel momento crítico. Se ejerció gran presión sobre él, porque se temía que su declive abriera el camino a un extremista. Y así aconteció que los electores del presidente se congregaron en el Retiro y lo eligieron, y el mensaje de Madrid me informaba de que yo había sido designado para representar a los Estados Unidos en la toma de posesión, el lunes por la tarde; y era sábado por la noche.

El domingo por la mañana fuimos a Torremolinos para tomar también nosotros posesión de la agradable casita de piedra en el fondo de un jardín rodeado de muros que daba a las azules aguas del Mediterráneo, y después de comer iniciamos el viaje de regreso con Pepe. En una soñolienta tarde de sol atravesamos las montañas y Granada, sin detenernos, y llegamos a Bailén para pernoctar.

Cuando en la madrugada del día siguiente nos hallábamos de camino, parecía que nada podía ser más agradable que viajar desde el Mediterráneo a Madrid en una fresca mañana de mayo. Los campos estaban empapados de reluciente rocío, y la hierba y los árboles eran de un verde brillante y oloroso. Todo estaba perfectamente tranquilo, los pueblos dormitaban bajo el sol. Llegamos a Madrid a la hora de comer y, tras cambiarme de ropa para embutirme el absurdo «uniforme» americano, traje de gala de noche... para el día, nos encaminamos a las Cortes para la ceremonia. Una insólita formación de soldados, de a pie y de a caballo, daba con sus vestimentas más color a las calles, y esto fue lo que hizo de la ordinaria reunión algo diferente.

En el salón de sesiones de la cámara, a corta distancia y a ambos lados de la tribuna del presidente, se había levantado una plataforma para el cuerpo diplomático y otra para altos funcionarios del Ejército y la Marina. La larga mesa del presidente de las Cortes había sido quitada, para ser sustituida por otra más pequeña empotrada en la pared, donde se sentaba Jiménez de Asúa, presidente *pro tempore*. El piso de la plataforma estaba cubierto por una gran alfombra de relucientes ribetes de oro, que había sido usada anteriormente cuando el rey se presentaba en las Cortes. Las cortinas que ocultaban la puerta que el monarca atravesaba para subir a la tribuna fueron partidas por el centro y descorridas.

Lentamente los diputados entraban en el salón en busca de sus escaños. Besteiro, riendo feliz, conversaba con algunos amigos, pero Fernando de los Ríos, detrás de él, permanecía extrañamente solemne. Hasta Largo Caballero se mostraba risueño; sin embargo Prieto, detrás de él, estaba quieto y serio.

Finalmente, Jiménez de Asúa anunció el resultado de la elección y se nombró una comisión para que condujera a Azaña a la cámara. Tras una espera de veinte minutos, un trote de caballos sobre el pavimento, voces de mando y el rumor de la

agitación en la calle anunciaron la llegada del presidente. Todos los diputados se pusieron en pie. Nosotros fuimos los últimos en levantarnos, pues el decano, embajador de Argentina, era lento para moverse. Hasta que Azaña no apareció entre las cortinas, los diplomáticos no se pusieron en pie; aquella no pareció una amistosa dilación.

Don Manuel, pálido como de costumbre, rebosaba buen humor. Saludó con una inclinación a los diputados, después a los diplomáticos, quienes devolvieron el saludo, y por último a los generales. Sin pronunciar palabra, se volvió hacia Jiménez de Asúa, quien leyó la promesa ritual de proteger la Constitución y defender la República. En un tono apagado de conversación, Azaña prometió. No dijo más de veinte palabras. Después, inclinándose otra vez, se dispuso a salir. La Cámara estalló en aplausos, que se convirtieron en ovación, aumentando en volumen hasta que, obligado a hacer una pausa, saludó de nuevo. Gritos de «¡Viva la República!» se escuchaban cuando desapareció entre las cortinas.

Aquella noche se trasladó a la Casa del Príncipe, en el parque de caza de El Pardo, en espera de que los arreglos para su recepción en el palacio de Madrid terminaran. Es una modesta pero encantadora mansión de ladrillo en el centro del parque.

3

Los ministros dimitieron, y Azaña, tras consultar con los líderes de los partidos, encargó a Prieto que formase Gobierno. Este declinó en gesto patriótico, por temor a que el cisma entre los socialistas se acentuara. La misión fue entonces confiada a un amigo de Azaña, Casares Quiroga, que había compartido con él su encarcelamiento.

El nuevo jefe del Gobierno era un hombre delgado y enfermizo. Su rostro era fino y sus mejillas aparecían ligeramente hundidas, pero sus ojos, cínicos y burlones, que denunciaban un genio satírico, le daban un aspecto volteriano. Era capaz e inteligente. Su republicanismo constituía una convicción y su democracia una fe. Nada ilustra mejor su carácter político que la contestación que dio a mis felicitaciones sobre su primer discurso como jefe del Gobierno: «España desperdició enteramente el siglo XIX haciendo discursos». Las mujeres encontraban en él un interesante conversador, pues sus palabras nunca eran triviales. Personal y políticamente, era fiel a Azaña. Aunque era gallego, no tenía las cualidades robustas de su raza.

Augusto Barcia continuó como ministro de Estado, y todos los demás miembros del Gabinete se reclutaron de los partidos de Martínez Barrio y Azaña, excepto uno que representaba a Izquierda Republicana de Cataluña. *No había en el Gobierno ni un solo extremista de la izquierda. Ni siquiera un socialista demócrata tan radical como un Ramsay MacDonald. Este era el Gobierno que realmente estaba en el poder, por la voluntad del pueblo, cuando los generales, en alianza con Hitler y Mussolini, provocaron la sangrienta y ruinosa guerra, con el pretexto de limpiar un Gobierno «comunista» o «rojo». Esta miserable justificación cumplió su propósito durante la guerra para los impostores y neofascistas de los Estados Unidos e Inglaterra.*

Pocos días después Azaña recibió al cuerpo diplomático en palacio. Había más ceremonia y elegancia de la que se había visto desde la caída de la monarquía, y algunos de mis colegas, que se habían burlado de la excesiva simplicidad de Alcalá Zamora, se sentían igualmente ofendidos de que ahora don Manuel se apartara de la sencillez. Oficiales con relucientes uniformes se alineaban en las escalinatas. Pasamos del antiguo cuarto de guardia a un magnífico departamento, desde donde, a través del salón de porcelana donde Washington Irving presentó sus credenciales a la reina Isabel, en presencia de su nodriza, llegamos a la sala donde teníamos que ser recibidos. En una estancia contigua, una banda de música militar tocaba el himno nacional. Azaña apareció seguido de sus ministros y su Cuarto Militar, presidido por el general Masquelet. Aquellos se agruparon detrás del presidente. Azaña estaba pálido, como habitualmente. El decano leyó un discurso, el presidente replicó y, acto seguido, estrechando la mano de los jefes de misión, sonriendo amablemente, empezó a desfilar ante nosotros. De este modo se acercó al embajador italiano.

Con execrable gusto, con insolente menosprecio de las reglas e impudencia, el embajador de Mussolini, mezclado en aquella misma hora en la conspiración que pronto habría de estallar en militar y fascista rebelión, se había presentado, desafiante, vistiendo camisa negra y botas. Y cuando Azaña se le acercó, con la mano extendida, el italiano retrocedió e hizo el saludo fascista. Fue este el tipo de insulto que había sido censurado en la recepción del rey en el palacio de Saint James, en Londres. Azaña no hizo caso del deliberado agravio y pasó de largo, sonriendo.

Cuando llegó al término de la fila, se volvió y, con sus ministros y el Cuarto Militar, se dirigió al salón del banquete, donde una larga mesa central gemía bajo el peso de los manjares y donde el champaña fue servido. Azaña parecía estar en un alegre estado de ánimo.

Aquella noche, en una cena de la legación japonesa, hubo muchas críticas hacia la grosera conducta del embajador italiano, incluso entre enemigos de la República, y a la noche siguiente, en la cena que yo mismo ofrecí al ministro de Estado, continuaba siendo objeto de acres comentarios.

Mientras tanto, a juzgar por las apariencias, el pueblo estaba en paz. Un día de aquel mes de mayo, por la mañana, el venerable Jacob Schurman, exembajador norteamericano en Alemania, y a la sazón con ochenta y tres años, vino a visitarme. Cuando me anunció que, sin compañía alguna, salía para realizar un viaje por Andalucía, no se le ocurrió a nadie advertirle contra el propósito. Habló con aprecio de la exquisita cortesía que había encontrado durante sus viajes españoles. ¿Había visto algún signo de anarquía o de desobediencia a la ley? No.

Incluso la nobleza y la aristocracia que algún tiempo antes habían huido por miedo se aventuraban a regresar. El gran palacio del duque de Medinaceli, en la plaza de Colón, depósito de pinturas, libros y trofeos que cubrían siglos de la prominencia de la familia en la vida de España, se hallaba cerrado desde el

advenimiento de la República, y sus propietarios vivían cerca de Biarritz, en Francia. Nada en el palacio había sido tocado durante aquellos cinco años, y en mayo de 1936 la duquesa volvió por algunos días. Guiado por ella, tuve ocasión de ver los tesoros de aquella espléndida casa. Más tarde, me pregunté si no conocería ella los planes de la conspiración y no regresaría para asegurarse de no olvidar ningún tesoro transportable. La duquesa murió durante la guerra, en su residencia campestre cerca de Biarritz.

6

A principios de junio, el incidente en Yeste reavivó el miedo de los más desconfiados. De tiempo en tiempo, después de las elecciones, surgían entre campesinos conflictos de poca monta. Con ellos, la cuestión de la reforma agraria en la campaña electoral había estado muy presente. Sus jornales eran miserablemente bajos. La gran mayoría vivían en la pobreza más desesperante, carecían de arado y azada. Literalmente, eran esclavos medievales sujetos a la tierra para siempre, a menos que un milagro los pusiera en posesión de un pedazo de terreno que pudieran llamar suyo. Sabían que la coalición triunfante en las urnas les había prometido tierra, y, con la victoria, estos ignorantes creyeron que la cosa estaba hecha. La tierra era de ellos y de ellos la elección. Para muchos resultaba difícil comprender que el cambio requeriría tiempo y acción del Gobierno. Y así, aquí y allá, grupos de campesinos, simplemente, se instalaban en la finca que ellos mismos habían escogido.

En algunos casos, grandes terratenientes con enormes propiedades en diferentes partes del país, resentidos por la victoria de los partidos de la izquierda y deseosos de vengarse, tomaban la decisión de no cultivar esta granja o aquella; pero los campesinos residentes en la vecindad de esos terrenos baldíos dependían para su mera existencia del cultivo de los mismos. A menos que las tierras fueran labradas y sembradas las semillas, no tenían medio de vida y sucumbían. Era inconcebible para ellos no ser llamados al trabajo. Cada primavera, hasta donde podían recordar, habían acudido a la labranza, y así, por hábito, lo hicieron también este año, como lo habían hecho siempre. Esto los convertía automáticamente en «violadores» y los reaccionarios los llamaban «rojos».

Azaña y cualquiera con un mínimo de inteligencia, incluyendo a Giménez Fernández, de la CEDA, el ministro de Gil Robles, sabía que una nación con el ochenta y cinco por ciento de los trabajadores campesinos sin una peseta invitaba inevitablemente a una peligrosa lucha social, y en cambio, una pequeña propiedad concedida al campesino favorecería la ley y el orden, la estabilidad y un razonable conservadurismo. Ya había habido demasiada demora, y Azaña estaba dedicado a la tarea de crear un campesinado pequeño-propietario tan rápidamente como fuese posible, entre mayo y junio de 1936.

Los poderosos terratenientes estaban furiosos, aunque algunos conservadores entre ellos razonaban que, cediendo parte de sus enormes propiedades por consideración, podrían salvar el resto, mientras que no cediendo nada corrían el riesgo de, eventualmente, perderlo todo. A mí no me asombraba que los grandes propietarios sintieran en la forma que sentían, siendo como es la naturaleza humana, pero me

sorprendía la corriente subterránea de hostilidad de algunos que se hacían pasar por liberales y decían sentir un interés humanitario por los campesinos.

Tal era la atmósfera en la cual Azaña trataba de salvar a España de una sangrienta revolución social.

Así, el incidente en Yeste debe ser observado a la luz de la situación. Por algún tiempo, campesinos de las aldeas cercanas habían estado yendo constantemente a las tierras de una gran propiedad y cortado árboles para abastecerse de leña. El Gobierno ordenó a las autoridades que pusieran fin a aquella práctica y envió a la Guardia Civil. Seis de los «violadores» fueron detenidos. Esto provocó la furia de los campesinos, hasta tal punto que el alcalde del pueblo solicitó de la Guardia Civil que pusiera en libertad a los detenidos. Pero, incitados por sus líderes, los campesinos atacaron a los guardias con horcas, garrotes y piedras, y uno de estos resultó muerto. Cuando algunos de ellos se vieron heridos, abrieron fuego y cayeron dieciocho campesinos.

Los extremistas de la izquierda se aprovecharon del suceso para atacar al Gobierno, y los obtusos, demagógicos políticos de la derecha, se unieron a la protesta para complicar la situación del Gabinete. Al día siguiente, uno de los quince comunistas interpelló al Ejecutivo, si bien se avino a esperar que llegara el informe del juez encargado de la investigación. Se dio por sobreentendido en los cafés y en los comentarios callejeros que los pocos comunistas y los socialistas de la cámara pedirían la inmediata disolución de la Guardia Civil, a la cual las masas habían terminado por considerar como enemiga. El incidente de Yeste era un triunfo en sus manos.

Pocos días después, el Gobierno estaba dispuesto para la interpelación. Mientras tanto, prevalecieron mejores consejos y el ataque contra la Guardia Civil se abandonó. Incluso así, yo esperaba una sesión animada en las Cortes, y acudí a presenciar el debate. Los discursos preliminares de los jóvenes comunistas y socialistas me convencieron, por su moderación, de que el primer frenesí había dado paso a un espíritu más conciliador. Casares Quiroga, en el banco azul, se sentaba con una mano en la chaqueta, escuchando atentamente. Dolores Ibárruri, de quien podía haberse esperado una apasionada acusación, estaba sentada, con la cabeza descansando en el respaldo de su escaño, en silencio. Gil Robles, también en silencio, pero atento.

Al fin, el ministro de Justicia, hablando de manera autoritaria pero sin pasión, dijo que los hechos diferían de como se habían expuesto. Se hallaba en curso una investigación, explicó, y al final de sus conclusiones se llevarían a cabo tantos arrestos como los acontecimientos exigieran, sin tener en cuenta el lado al que afectasen. Fue aplaudido por los republicanos de izquierda y del centro, pero todos los derechistas y los quince comunistas permanecieron silenciosos. El debate había terminado. El Gobierno no sucumbió ante la violencia.

Yo estaba convencido de que los campesinos de Yeste fueron incitados por fuerzas subversivas a cometer actos de violencia. Claramente, los extremistas, fascistas y anarquistas, estaban comprometidos en el asunto. Ya algunos fascistas se infiltraban en las filas de los anarquistas, presionando en favor de actos de violencia que pudieran usarse como pretexto para sacar la espada en un golpe de Estado militar.

A principios de junio di mi comida anual para el presidente. Pocos días antes, una condesa chistosa que odiaba a la República, sabiendo que mi hija Patricia sería la anfitriona en ausencia de su madre, se permitió aconsejarla acerca de la manera de «complacer al presidente». Patricia tendría que decir: «¡Qué encantadora era España hace diez años!», una referencia a los días del dictador Primo de Rivera.

Aquella noche, Azaña regresó del pabellón de caza de El Pardo de excelente buen humor, discutiendo proyectos para ampliar los bellos jardines y establecer la capital veraniega de la presidencia en Santander. Patricia encontró en él un fácil compañero de mesa, tan encantador como encantadora había sido España «diez años antes». Después de la comida don Manuel se interesó por las pinturas del salón de Goya y el retrato de la duquesa de Arión, de Zuloaga. Se pasó la noche en el salón de baile, conversando animadamente. La señora Azaña, una mujer de pequeña estatura con un rostro muy atractivo, expresivos ojos azules y una suave y agradable voz, era más joven que su esposo. Su hermano, Rivas Cherif, escritor y dramaturgo, había sido íntimo amigo de don Manuel desde su primera juventud en la escuela de los frailes de El Escorial.

Nada indicaba aquella noche que cinco semanas después España sería conducida a una guerra sangrienta, con huéspedes de aquella noche en ambos lados de la barricada.

Al día siguiente puse rumbo al sur, con Garrison, para traer a mi esposa a casa. Tantas historias se habían contado fuera de España sobre campesinos que exigían dinero a los viajeros por la carretera, que me hice con una cantidad de pequeños billetes de Banco. Pero dicha historia era tan falsa como las anteriores, como pude comprobar. Nada podía ser más tranquilo y agradable que un viaje a Granada cinco semanas antes de la guerra.

Sería mi última estancia en Granada antes de la rebelión. A la mañana siguiente, cuando contemplé la histórica ciudad, no había nada que sugiriera disturbios o choques de armas. Un agradable cuadro se presentaba ante mí. Directamente bajo mi ventana, dos calles se cruzaban cada una de ellas con casas que relucían bajo el sol. Eran inmaculadamente blancas, con tejados rojos. En cada vivienda, un pequeño balcón de hierro se adornaba con rosas rojas. Aquí y allá aparecía un ama de casa lanzando miradas a la calle, canturreando una canción, y luego desaparecía. Las imágenes hogareñas de las mujeres, el canto de los gallos, las travesuras de los niños jugando en la calle, el andar de los guardias civiles paseando lentos, el ladrar de los perros, el cacarear de las gallinas daban un sentido de intimidad a la escena. Durante dos horas estuve tomando el sol mientras pasaban asnos cargados de leña verde para los hogares. A lo lejos, a través de los rayos solares, la nieve relucía en los picos de las montañas. Dos aviones volaron bajo, con los motores rugiendo, como una advertencia de lo que pronto le ocurriría a esta Granada tan feliz y pacífica aquella

mañana de junio.

Aquella tarde salimos hacia Torremolinos y recorrimos las montañas con nuestros ojos alerta, dispuestos una vez más a ser testigos de los «disturbios» y los golpes de los campesinos en la provincia de Málaga, tan divulgados en los periódicos extranjeros. Y una vez más no vimos nada que fuese más perturbador que grupos de campesinos calentándose al sol.

9

Me detuve unos días en la agradable colina de Torremolinos y llegué a tomar cariño a este encantador y viejo pueblo de calles angostas, interesantes casas antiguas y pequeñas villas frente al mar. Encontré a Sybil y Helen, su compañera, en medio de su corte de niños, en la terraza de la diminuta casa de piedra cuyo jardín aparecía rodeado de una tapia. Los pequeños se habían presentado el día de su llegada, y ahora, regularmente, acudían a tomar té y a cantar y bailar «para la señora». Ese es Torremolinos. Sus padres eran trabajadores, pescadores, guardias civiles, y los pequeños estaban aseados y pulcros. Se habían mostrado un poco apenados porque «la señora» no iba regularmente a misa, y un día, cuando asistió con ellos para complacerlos, estuvieron inquietos por la imposibilidad que mostraba ella de responder propiamente a las oraciones, hasta que Helen les explicó que «nosotras pronunciamos nuestras oraciones en inglés». Nada podía ser más dulce que aquellas escenas en el jardín, con el azul del firmamento y las aguas azules del mar más allá de la tapia, y los pequeños, con limpios y alegres vestidos, riendo, bailando, cantando. Pronto, miles de niños como estos serían destrozados por los bárbaros fascistas de Hitler y Mussolini.

Todas las mañanas un cabrero aparecía en la puerta con un gran cacharro y, cuando Helen se presentaba, llamaba a una de las cabras por su nombre; el animal se adelantaba para ser ordeñado, mientras ella esperaba con un jarro. Otro brusco toque en la puerta anunciaba la presencia del pescador, con su pesca chorreando todavía del mar y ridículamente barata. Y después llegaba del campo el verdulero, para darnos, por unas pocas pesetas, suficiente verdura para alimentar a una multitud.

Estuve con Hawker, el hospedero de Santa Clara, quien me dio una habitación agradable en las casitas de ladrillo, y allí me enteré de que los sindicalistas radicales habían penetrado en el pequeño paraíso de esta diminuta aldea. La cocinera, había adoptado una actitud ideológica que era insostenible, por lo que fue despedida. Como era socialista, Hawker acudió a la sede de ese partido y explicó el caso. Descubrió que el sindicato era razonable: le enviaron otra cocinera, garantizándole que quedaría satisfecho. Pero los sindicalistas extremistas la captaron para sus filas, con la promesa de obligar a Hawker a que la readmitiera, bajo pena de muerte. Hubo algunas amenazas; sin embargo, los habitantes de la aldea estaban en su mayor parte con los socialistas y con Hawker.

Una magnífica mañana de domingo, Jay Allen nos acompañó a Mijas, una población montañosa única, de siete mil habitantes, a veinte kilómetros de distancia. En siglos pasados, los fenicios vivieron allí, y los muros de la ciudad que construyeron todavía se sostienen en parte. En la carretera pasamos por delante de una familia: el marido, la mujer, los niños, y un cerdo, todos acampados bajo unas higueras. Allen nos explicó que en esta zona no era extraño que los propietarios de estos árboles los alquilaran durante la temporada. El inquilino se establecía con su familia bajo las higueras, llevándose el cerdo para que comiera la mala fruta que cae del árbol. La feliz familia estaba tumbada a la sombra de aquellas ramas. El cerdo gruñó, como saludándonos, al pasar.

Dando vueltas entre montañas, finalmente nos encontramos en una hermosa población, de limpias y estrechas calles, donde vimos una iglesia del siglo XVIII, parecida a las de los misioneros en California. Al lado opuesto del templo estaba la plaza de toros, y en el espacio situado en medio me sorprendió ver que habían sido cortados algunos árboles. Me informaron de que los jóvenes del pueblo necesitaban un campo de fútbol, y ese era el único espacio disponible. De nuevo me impresionó constatar la gran popularidad que tiene en España este deporte, tanta que competía entonces con la de las corridas de toros.

Torremolinos y Mijas, hermosas, intactas, una vez vistas nunca se olvidan. Cuando salimos de la casita de Torremolinos, los diez niños luchaban por el privilegio de llevar nuestro equipaje al coche. Uno de ellos, que no tenía nada que llevar, rompió en llanto, y yo tuve que consolarlo, permitiendo que transportara un maletín. Durante la guerra, cuando los fascistas bombardearon esta pequeña villa, nos acordamos muchas veces de estos niños.

11

Al día siguiente estábamos en el Santa María, en Algeciras. La antigua ciudad árabe bullía con la feria, excitada por la inminente corrida en la que debía torear Ortega. Sevilla era la tranquilidad misma. La «anarquía» que la prensa extranjera anunciaba bajo la inspiración de los agentes de Goebbels no se encontraba por ninguna parte. Un día más tarde comimos en Córdoba y continuamos el viaje hacia Úbeda, donde habíamos tenido nuestro «incidente» tres meses antes. Mi decisión de no dar publicidad a la equivocación había sido apreciada, y cuando llegamos al palacio parador encontramos dos guardias de asalto esperándonos para escoltarnos por la ciudad. A través de la puerta vidriera que daba al balcón de mi habitación disfrutaba de una bella panorámica de la fachada de la hermosa iglesia renacentista de San Salvador, construida en el siglo XVIII. La gris y pesada piedra está roída y manchada por el tiempo. En las molduras salientes y en el tejado había musgo y flores.

Pero más interesante para mí fue la pequeña iglesia de Santa María, situada al otro lado de la plaza. Comenzó a construirse en el siglo XII y, no obstante, carecer del encanto exterior de la de San Salvador, me impresionó más. Un amable cura nos acompañó. La reja de hierro ante el altar es la mejor obra de la artesanía española

de una época en la que los herreros locales no tenían par. El cura quiso enseñarnos el regalo valorado en dos millones y medio de pesetas que hizo Luis XIV de Francia, por ser su reina, una princesa española, patrona de la iglesia. Esto nos obligó a entrar en la fría estancia donde se guardaban algunas de las llaves necesarias para llegar hasta él. Una o dos de estas se encuentran siempre en poder del cura. Llegamos a una enorme puerta construida como para resistir la artillería de un ejército. Dos llaves fueron usadas para abrirla, pero otra puerta, delante de esta, obstruía el paso, y dos llaves más fueron necesarias. Después de atravesar la segunda puerta, nos hallamos en una habitación pequeña, sucia, abandonada y vacía, a no ser por un arca de hierro. De nuevo hubo que usar dos llaves para abrir el arca; el cura nos hizo observar que el complicado mecanismo de la cerradura hacía absolutamente imposible abrirla sin estas llaves. Entonces, reverentemente, metió las manos en el cofre y sacó una gran imagen de oro de tres ángeles con ondeantes túnicas y, después, una pesada joya en forma de abanico que encajaba en la cabeza del ángel central. Esta era de rubíes de gran tamaño. Este regalo de Luis XIV a la pequeña iglesia de Santa María era una centelleante obra de arte.

Al día siguiente llegamos a Madrid. Otra vez, por todas partes, oímos hablar de los atropellos que sucedían en las carreteras, de coches detenidos por gente armada de pistolas, de disturbios y peligros por doquier, y de nuevo me sorprendí. Habíamos recorrido centenares de kilómetros durante muchos días, casi a todo lo largo de la costa del Mediterráneo, y hacia el norte, desde Sevilla a través de Córdoba, Málaga, Granada, en febrero, marzo, mayo y junio de 1936, con tanta seguridad como si hubiéramos viajado por Westchester, en Nueva York. Pero los rumores sobre un levantamiento militar seguían circulando. Se creía que la fecha estaba fijada para octubre. Así, todo fue dispuesto para pasar los calurosos meses veraniegos, como de costumbre, en San Sebastián.

Se desenvaina la espada

Hacia el final de junio, en las elecciones para cargos del partido socialista en toda España, Prieto obtuvo una victoria decisiva sobre Largo Caballero y su inquieta deriva. Al día siguiente hablé con Virgilio Beléndez, director de *Política*, y encontré en él a un hombre de inteligencia y sano sentido, inclinado a discurrir con moderación. Él dudaba de que fuese probable un golpe de Estado militar, aunque admitía que los elementos de la extrema derecha estaban recaudando enormes sumas de dinero para algún fin. Se daba cuenta de que la mayor parte de los altos jefes del Ejército eran enemigos del régimen, pero creía que encontrarían un obstáculo en la sincera lealtad de los subalternos y en la tropa. Y era evidente que la Guardia Civil permanecería fiel a su tradición de respeto a la autoridad constituida.

Una noche de principios de julio, pocos días más tarde, con motivo de un viaje en coche que realicé a Toledo para participar en la inauguración de un nuevo edificio de Telefónica, pude haber tenido un contacto con la rebelión. Me acompañaban Garrison y Lester Ziffern, de la United Press. Ya en la provincia, nos intrigó el extraordinario número de guardias civiles que vigilaban la carretera. Estábamos haciendo cábalas sobre ello cuando pasó un coche en dirección a Madrid, que paró en seco, con mucho ruido de frenos. Salimos del vehículo y esperamos. Era González López, gobernador de la provincia, que acudía personalmente a acompañarme a la ciudad. Nada semejante había acontecido en mis numerosas visitas a Toledo, y atribuí la insólita atención a un exagerado concepto de la cortesía del nuevo funcionario. Este era un hombre de baja estatura, fuerte, de gran cabeza y recias facciones, y supe que fue él quien había ordenado a la Guardia Civil que atajara la tala de árboles en Yeste. Su coche precedió al mío al entrar en la ciudad y mientras nos dirigíamos al edificio donde tendría lugar la inauguración, una construcción del siglo xvii, con mucha historia y belleza en sus muros, que la compañía había restaurado como era originariamente.

Después de las ceremonias, se celebró un banquete en casa de Gregorio Ledesma, exalcalde, a cuyo hijo yo conocía. Rara vez he visto un lugar más pintoresco. Los jardines de aquella morada formaban tres terrazas, y las mesas estaban colocadas en el plano más alto, bajo las estrellas. Era una noche de brillante luna, y cenamos en la parte más elevada del jardín. Hombres con antorchas encendidas deambulaban por la parte más baja, como si hubiésemos retrocedido a los tiempos medievales.

De mis acompañantes en la mesa, a la mayor parte de los cuales conocía, algunos eran monárquicos y otros republicanos, algunos aristócratas y otros demócratas. El alcalde era un obrero y el anfitrión un noble. Había algunos oficiales de la escuela militar del alcázar, entre ellos el general Moscardó, que habría de figurar después en el en exceso dramatizado sitio de esta plaza, y bien conocido como enemigo de la República. Dos semanas más tarde, estos hombres que me rodeaban en la mesa

estarían luchando desesperadamente en las calles. Pero la suavidad de la noche y el aire cargado de fragancias de flores y follaje inclinaban el espíritu a la fraternidad. Eran las dos de la mañana cuando nos levantábamos de la mesa. Al disponernos a salir, el gobernador se acercó para decirme que me acompañaría hasta el límite de la provincia. Le contesté que era innecesario tomarse esa molestia. Meneó la cabeza con gesto negativo, entró en el coche con su esposa y nosotros continuamos. La luna llena inundaba de claridad la campiña y podíamos ver hasta una distancia de algunos kilómetros. No encontramos ni un solo coche, ni un alma. Al llegar al límite provincial, el gobernador salió del coche y nosotros bajamos para despedirnos; y entonces, para mi gran sorpresa, advertí que había un vehículo detrás, lleno de guardias armados. «Yo le dejo aquí —dijo López—, pero este otro coche le acompañará a usted hasta las puertas de la embajada». De nuevo repuse que no era necesario. «No —insistió—; ellos irán con usted. No tomaré la responsabilidad de dejarle ir solo». La cosa sonaba a melodrama, pero no dije nada más y, seguido por el coche de guardias armados, continuamos hacia Madrid.

Después supe que estas precauciones se tomaron por miedo a un levantamiento, aunque casi nadie creía que el conflicto estallara antes de octubre. Yo fui, probablemente, el primer diplomático en España que viajó escoltado por personas armadas en la guerra española.

2

A la mañana siguiente, Sybil y yo, Jesse-Moore, de Indianápolis, un huésped, Helen y Lass, el perro escocés, salimos para Fuenterrabía, donde había arrendado una torre cerca de la sede estival de la embajada en San Sebastián. Comimos en un alegre parador cerca de Burgos y pasamos la noche en esta fascinante ciudad. Aquella noche vimos de nuevo la catedral iluminada y por la mañana visitamos el antiguo monasterio de las Huelgas. Aparecía triste y apacible bajo el sol, en medio de los jardines cercados de muros. Comimos en Vitoria, que pronto sería el centro de la rebelión, y llegamos a Fuenterrabía con tiempo para tomar el té.

La villa Lore Artean era la casa de la marquesa de Villasinda, viuda de un exembajador español en Roma. Estaba situada en la cumbre de una colina, cerca de un sendero de playa que partía de la tranquila villa vasca, y se erguía tan alta sobre el camino que daba directamente al mar y a la arena, llena de bañistas y de tiendas rojas y verdes. La casa era atractiva por dentro, pero la marquesa mantenía inexplicablemente cerrada la extensa y valiosa biblioteca de libros antiguos. Durante nuestra demasiado breve estancia de descanso en este delicioso lugar, pasamos la mayor parte del tiempo en los jardines, tomando té en una gran mesa redonda de piedra, entre dos gigantescos árboles que formaban un magnífico marco para el hermoso castillo que se levantaba cerca de Hendaya. Por la noche podíamos ver, a lo lejos, titilar las luces de San Juan de Luz. En la parte de atrás había una cancha de tenis, canteros de flores y un bosquecillo de pinos.

Un poco más apartada, junto a la carretera de la playa, se encontraba la villa de Jean Herbette, el embajador francés, donde, en otros tiempos, se firmó el pacto de San Sebastián. Cerca de esta casa, frente al pequeño puerto de pescadores, estaba la

del general Manuel Treviño, embajador mexicano.

Menos de una semana después de nuestra llegada, ya tarde por la noche, Lester Ziffern me telefoneó desde Madrid para averiguar la verdad del «informe» según el cual yo había sido «detenido por los rojos» en nuestro viaje. Los propagandistas fascistas habían inventado otro «atropello». Ziffern iba a retirarse del teléfono cuando añadió: «¡Oh!... He de informarle de que Calvo Sotelo fue asesinado a las tres de esta madrugada, al parecer por guardias de asalto».

3

Esta información era en extremo alarmante. Ninguno entre los declarados enemigos del régimen se le aproximaba en audacia y habilidad. Que él conspiraba por la destrucción del régimen mediante un golpe de Estado militar era comúnmente sabido. Al día siguiente me enteré de los detalles. En la manifestación del entierro del guardia civil asesinado, el teniente Castillo, de los guardias de asalto, había muerto a un joven fascista por razones que nunca se aclararon. Los correligionarios del fallecido alardeaban abiertamente, después, de que matarían al teniente, y en la tarde anterior habían cumplido su amenaza asesinándolo en la puerta de su casa, donde lo encontraron abrazado a su esposa. A las cuatro de la madrugada de aquel día, una camioneta de hombres con el uniforme de los guardias de asalto se presentó en casa de Calvo Sotelo, que fue conminado a entregarse y, detenido, a acompañarlos a la Jefatura de Policía. Calvo Sotelo pidió permiso para telefonear y se lo negaron. Entonces se asomó al balcón y preguntó a la pareja designada para su protección, apostada en la puerta de la vivienda, si los guardias que habían subido a su casa lo eran verdaderamente. Le respondieron afirmativamente. Después, se vistió y los acompañó. No regresó a su hogar. Pasó la mañana y no había noticias de su paradero. Más tarde se supo que los asesinos habían llevado el cadáver al cementerio municipal, aconsejando su traslado al depósito de cadáveres no identificados. Cuando, por la mañana, todo el mundo discutía acerca de la desaparición del político, los veladores del depósito se acordaron del cadáver y dieron cuenta a las autoridades. Entonces fue identificado. Era evidente que los guardias de asalto se habían vengado de la muerte del teniente Castillo. Todo esto era del conocimiento público y la declaración de Churchill en *The Gathering Storm* («Se cierne la tormenta») en el sentido de que se trató de un asesinato comunista, carece en absoluto de justificación y es completamente falsa.

Al instante, los avisados propagandistas aprovecharon la muerte de Calvo Sotelo como un pretexto para la rebelión, que había sido planeada en detalle mucho antes y era conocida por Hitler y Mussolini. Gil Robles demostró de repente un gran afecto por su rival y denunció el crimen en un inflamado discurso, matizado con citas de la Biblia, una de las cuales fue interpretada erróneamente como una orden de dar el golpe a los miembros de su partido.

El Consejo de Ministros estuvo reunido durante toda la jornada, preparando drásticas medidas para la defensa del régimen. La sesión de Cortes estaba aplazada por ocho días. Debido a la perversa propaganda, los diputados socialistas salieron al final de la semana hacia sus respectivas provincias, donde muchos serían detenidos y

asesinados. Excepto por el incesante chismorreó, Madrid permanecía tranquilo. En San Sebastián y Fuenterrabía no se manifestaba ninguna excitación, pero, a la mañana siguiente, cuando me dirigí a la embajada, las noticias eran sensacionales. Se había concedido permiso especial a la sede de Madrid, para que se me telefonease con la noticia de que el largamente esperado golpe militar estallarí a las doce. Todas las comunicaciones telefónicas y telegráficas fueron cortadas. Yo había telegrafiado a Washington. Mientras tanto, Pepe había oído en las calles que Madrid, Zaragoza y Sevilla estaban en manos de los rebeldes, lo que no era verdad. Aquella tarde fui a San Juan de Luz, y en el pequeño cine de Irún vi la película del combate de boxeo de Schmeling contra Joe Louis. Nadie parecía excitado en Irún y, cuando el ministro de la Gobernación dijo por radio que el golpe militar había fracasado, fue creído por todos.

El día siguiente Madrid estuvo tranquilo, y los guardias civiles y los de asalto recibieron aplausos en las calles. Hubo algunos cambios en el Ejecutivo, y Barcia, íntimo amigo de Azaña, pasó a ser ministro de la Gobernación. Después me enteré de que Prieto no pudo constituir Gobierno debido a que los extremistas de izquierda, al margen del Frente Popular, negaron su cooperación. Lo mismo sucedió respecto a Martínez Barrio. Estos radicales, sindicalistas y anarquistas, continuarían siendo el problema de los Gobiernos de la República durante la guerra.

Mientras tanto, en Fuenterrabía circuló el rumor de que Sevilla, Cádiz, Pamplona, Burgos y Barcelona estaban dominadas por los rebeldes. Con la excepción de Barcelona, esto era verdad, aunque pocos le dieron crédito entonces. Todos los medios de comunicación habían sido cortados. Cuando Walter Schoellkopf, primer secretario de la embajada, llamó a la villa con motivo de un despacho para Washington y me telefoneó al llegar a San Sebastián para darme noticias de sus experiencias en el camino, las perspectivas se ensombrecieron. Había sido detenido repetidas veces en la carretera por hombres que parecían andar a la búsqueda de armas, pero al darse cuenta de su identidad lo dejaban pasar cortésmente.

Pero los hechos se precipitaban. En San Sebastián se declaró una huelga general como protesta contra el levantamiento militar. De vuelta aquel día de San Juan de Luz, encontré la frontera cerrada y vigilada por individuos armados, aunque se me permitió pasar. Se respiraba un ambiente de guerra, los políticos derechistas huían de Madrid. Gil Robles, la víspera de la rebelión, por la noche, atravesó la frontera para dirigirse a su cercado jardín de Guéthary.

Al día siguiente, Hallet Johnson, consejero de la embajada, llegó desde la de San Sebastián y me telefoneó para comunicarme que había hallado la carretera guardada por hombres armados que detenían todos los coches e interrogaban a los pasajeros. Aunque se portaban con mesura, eran peligrosamente descuidados con sus pistolas cargadas.

En San Sebastián, Johnson halló gran excitación, pues era bien sabido que Burgos, Vitoria y Pamplona habían sido ya tomadas por el ejército, y se pensó que una marcha sobre San Sebastián era inminente. Se levantaron barricadas en las calles y esquinas, y el ambiente hervía de obreros armados. No circulaban coches ni autobuses ni trenes entre Madrid y la ciudad. Todas las tiendas fueron cerradas. Los cables entre la capital y San Sebastián fueron cortados. Era un día nuboso, triste, en armonía con el porvenir.

En el cuarto día, la tranquila aldea de Fuenterrabía se convirtió en un campo de Marte. La playa, frente a nuestra villa, estaba desierta y solitaria. Pescadores y campesinos paseaban arriba y abajo de la carretera, provistos de fusiles o pistolas. La mayor parte de ellos eran jóvenes y alegres. Para algunos parecía una fiesta. Muchos no habían tenido nunca un arma en sus manos. De vez en cuando, un coche, conducido a gran velocidad, pasaba con hombres armados enarbolando la bandera de la República o la roja de los socialistas.

Entonces, llegaron noticias fidedignas de Madrid. El general Fanjul, con la ayuda de una parte de la guarnición del cuartel de la Montaña, en la parte antigua de la capital, cerca del palacio del duque de Alba, se había encargado de tomar la ciudad, pero los leales respondieron con artillería, hasta que los rebeldes tuvieron que sacar bandera blanca. Fanjul fue detenido, juzgado y ejecutado. Otro jefe se suicidó. El Gobierno ordenó a todas las casas de comercio de Madrid que abriesen sus puertas.

En Barcelona se había depositado mucha confianza en el general Goded, capaz, cruel, militar ambicioso que había traicionado a casi todos los Gobiernos a los que sirviera. Pero los leales dieron rápidamente cuenta de la rebelión, y Goded, juzgado por un tribunal militar, fue fusilado.

Y entonces, el más tremendo golpe se descargó sobre los rebeldes. Pepe llegó corriendo a la villa, después de haber oído la radio en el pequeño bar de la playa. «¡Sanjurjo está muerto!», exclamó. El general Sanjurjo, que tenía que haber dirigido la rebelión fracasada, tras haber salvado la vida por errónea clemencia de Azaña, había muerto en un accidente de aviación en Portugal.

Calvo Sotelo, Sanjurjo y Goded, tres de los hombres más importantes entre los conspiradores, habían sido muertos o aniquilados en el término de cuatro días. Y Franco, ¿dónde estaba?

Un avión rugía por encima de las nubes camino de San Sebastián y de allí llegó Garrison trayendo mensajes junto a tres jóvenes trabajadores, en el asiento trasero, a modo de escolta, jugando con sus armas, que les resultaban extrañas, de manera intimidatoria. Había sido un viaje peligroso, con grupos armados a lo largo del camino que disparaban a lo loco contras los aviones que volaban por encima, y a cada rato los ocupantes del vehículo se vieron obligados a refugiarse detrás de los muros que encontraban. Garrison se quejó amargamente de que durante todo el camino sus jóvenes escoltas, sentados tras él, le apuntaban a la espalda mientras charlaban y gesticulaban animadamente. Eran simpáticos y amigables y tenían las mejores intenciones; les di de comer. Pero Garrison apenas esbozaba una ligera sonrisa cuando salió de casa para emprender el viaje de regreso, con unos escoltas burlones y agitados, que jugueteaban con sus enormes y anticuadas pistolas, apuntando a la base de su cráneo. Pronto esos alegres jóvenes iban a morir por la República.

En el curso de la mañana en que yo debía ir a San Sebastián todas las comunicaciones fueron cortadas, y Herbette, que había ido el día anterior, no pudo regresar. La actividad de los bombardeos podía oírse claramente. En las tranquilas

calles de Fuenterrabía, los pescadores se congregaban en grupos, con aspecto sombrío. Todos los coches habían sido requisados y los garajes de los aristócratas de la villa estaban vacíos. Sus vehículos circulaban por las calles con la bandera de la República o la socialista. Un rico madrileño se divertía cuando, al final de la jornada, su Rolls Royce le fue devuelto con la queja de que «no tenía velocidad». La playa estaba desierta, pues los baños fueron prohibidos, debido a la facilidad con que un nadador podía llegar a Francia. Una lancha con bandera republicana flotaba perezosamente cerca de la costa, con un individuo armado a bordo.

En la plaza oímos el redoblar de un tambor que tocaba un zagal. Recordaré siempre el espíritu de los hombres que lucharon por la democracia en España como simbolizados por aquel muchacho, pequeñuelo, serio, convocando al pueblo a la defensa con su tambor.

Llamados de este modo a luchar, a los habitantes del pueblo se les prohibió salir de sus casas después de las nueve. Aquella noche, un pequeño ejército trabajaba afanosamente llenando sacos de arena para las barricadas que se estaban preparando en Irún. A mi villa acudían constantemente visitantes en busca de información o de consejo, y con ruegos. La condesa de Romanones y su hija andaban en busca de noticias de sus niños y sus nietos, abandonados en San Sebastián. Al igual que otros ocupantes de villas, se presentaban como «rebeldes», y todos confiaban en que la lucha se terminaría en una semana.

—Ellos comenzaron a planear esto antes de las elecciones —me dijo Romanones—. Todo ha sido perfectamente organizado y se ejecutará con rapidez.

—¿En cuánto tiempo? —le pregunté.

—Cuatro días, cinco como máximo.

Pues así había sido siempre en España. Un millar de soldados saldrían de sus cuarteles, marcharían hacia las Cortes y expulsarían a los diputados y, como en otros tiempos, el ciudadano, tomando el sol apoyado en una pared, se volvería con un bostezo a sus compañeros y comentaría que, al parecer, otro Gobierno se había hecho amo de la situación. Sin embargo, todo esto sucedía antes de que España hubiera despertado de su largo sueño.

El noventa por ciento de mis colegas anunciaron a sus países que la guerra terminaría en pocos días, un mes a lo sumo; pero yo advertí a Washington de que sería una larga y encarnizada contienda, porque no se trataba de un enfrentamiento entre un ejército profesional y otro desentrenado, sino entre un ejército y un pueblo. Diez días después de haber escuchado que la guerra terminaría en «cinco días todo lo más», preguntaría a mi informante, el conde de Romanones, qué había sucedido. «Contaban con la flota —me contestó—, pero los marinos no estaban con ellos; contaban también con los vascos, pero estos se volvieron contra ellos; y no contaron con el levantamiento del pueblo».

Yo había fundado mi opinión precisamente en el levantamiento del pueblo.

En el quinto día, por la mañana, me asomé a la ventana y contemplé el tranquilo pueblo, pero, al prepararme para ir a San Sebastián, encontré que todas las comunicaciones habían sido cortadas y la carretera estaba intransitable. En el bar, situado junto a la playa, donde, en tiempos más felices, los veraneantes de las villas acostumbraban tomar sus aperitivos, me enteré por su radio de que la revuelta de la artillería de San Sebastián había sido aplastada y que los soldados estaban

encerrados en sus cuarteles. El casino, donde los rebeldes se habían atrincherado, había sido tomado por el pueblo. Algunos jóvenes fascistas que se habían metido en el hotel María Cristina, poniendo en peligro las vidas de mujeres y niños, habían estado tiroteando las calles desde las ventanas.

Y de nuevo, el redoblar del tambor del zagal sonó en el pueblo. Debido a que los fascistas huían a Francia, se ordenó a todos los residentes que no admitiesen a nadie en sus casas sin informar a la autoridad.

Al caer de la tarde de aquel día, me encaminé a la villa Menda Rea, del conde de Romanones. Ceñudo, con agria sonrisa, me recibió en la puerta. Lo hallé pesimista en cuanto al rápido final de la guerra, porque resultaba algo nuevo en España desde la invasión napoleónica un levantamiento del pueblo en defensa de su libertad. Traté de divertirlo con la anécdota de una afrenta cometida por los leales en la persona de una dama izquierdista del cuerpo diplomático a quien él detestaba y a la que se había negado permiso para cruzar la frontera; él se rio y se frotó las manos, regocijado. Cuando, para embromarlo, aludí a Pasionaria como su colega, se besó las puntas de los dedos y, con presteza, aseguró que era «una mujer lista y con cerebro». Pero cuando le informé de que Pasionaria había ordenado a los comunistas que no asaltasen casas ni se incautasen de la propiedad privada en Madrid, hizo un gesto de incredulidad y mencionó la requisita de automóviles. «Esto, naturalmente, está permitido en la guerra —dijo—, pero han venido aquí por mis vinos». Le recordé que en Fuenterrabía no había comunistas. El venerable estadista, que tantas veces había servido al rey, era todo serenidad cuando lo dejé en la puerta de su casa.

Al día siguiente, las comunicaciones telefónicas estaban cortadas, incluso entre las casas del pueblo, y permanecíamos tan incomunicados como si viviéramos en otro planeta. La lucha continuaba en San Sebastián. Las calles estaban llenas de hombres furiosos en actitud feroz, tirando a matar. Los diplomáticos atrapados en el hotel Continental no se aventuraban a salir. Cayeron proyectiles contra las paredes de la habitación donde Schoellkopf trabajaba. Una noche, doscientos individuos de aspecto rudo entraron en el hotel, exigiendo comida. Garrison hizo un insensato viaje a Zarauz, arriesgándose para rescatar a una mujer norteamericana; en su coche iba una escolta en cuclillas, con las pistolas preparadas, los dedos en los gatillos, mientras el vehículo se ladeaba en las innumerables curvas.

Pero al sexto día la situación era enloquecedora. Era evidente que no se podía llegar a Madrid. Incluso San Sebastián era imposible de alcanzar. El teléfono estaba silencioso.

De camino al pueblo encontré a *madame* Herbette y la conduje al ayuntamiento, contento por haber hallado un pretexto para entrar a la vieja y angosta calle de la Fuenterrabía de los tiempos de Carlos V y de Isabel. El día antes de estallar la rebelión yo había atravesado la calle Mayor, tan estrecha y antigua, y contemplé los antiquísimos palacios donde vivieron los cortesanos de siglos pasados. Había visitado la sombría tumba construida por el emperador, si no lo fue por Isabel la Católica. Los gruesos muros, la lúgubre cárcel, el horripilante calabozo, al que se penetra por un agujero circular en el suelo que tiene una enorme piedra de tapadera para impedir la entrada de la luz y la vida, eran vestigios de una época salvaje de autocrático poder. Había subido hasta lo alto de la torre de la fortaleza de cuatro

pisos y contemplado la comarca, que se extendía a través de muchos kilómetros, en Francia y en España. Desde allí pude ver la iglesia medieval, ennegrecida por el tiempo. Entré y hallé al cura derramando sabiduría sobre un pequeño grupo de muchachos, arrodillados; el tono de su voz y el vigor de sus ademanes denotaban que no era muy fácil su tarea. Algunas de las ventanas del templo eran hermosas, pero en conjunto, era sombrío y deprimente. Este castillo y esta iglesia nos retrotraían al siglo xv.

En el sexto día de la guerra, la iglesia y el castillo no habían cambiado, pero las angostas calles estaban ahora llenas de pescadores vascos con la determinación y la cólera impresas en sus toscos rostros. La mayor parte estaban armados, pero, sin excepción, se mostraban corteses y amistosos. Tenía yo un permiso para circular con mi coche, sellado por el gobernador de la provincia. «Está perfectamente correcto — explicó un funcionario del ayuntamiento—, pero no es suficiente». Tomó el documento y desapareció. Cuando volvió, habían sido añadidos cuatro sellos más: los del Partido Republicano, la Unión General de Trabajadores, las Juventudes Socialistas y el Partido Nacionalista Vasco. Nada podía ilustrar mejor la división de autoridad en el comienzo de la guerra.

Mientras conducía hacia su casa a *madame* Herbette, vimos una enorme bandera francesa en la casa del embajador de Francia y otra en la reja de la villa. Eso sugirió a Sybil y a *miss* Moore una idea, y corrieron hacia el pueblo para comprar material para confeccionar una bandera norteamericana, pues la guerra nos había cogido sin ninguna. Aunque era casi de noche, fueron confiadamente y se mezclaron entre los pescadores que estaban siendo descritos por los histéricos y deshonestos como «rojos malignos».

Y aquella noche, la sexta de la guerra, algunos vascos subieron a la fortaleza de Guadalupe, vieja de siglos, y se apoderaron de ella tras arrebatársela a un oficial y quince soldados. El día antes de estallar el conflicto, habíamos subido allí para ver el diminuto templo de la fortaleza y contemplar el panorama desde aquella altura. La oscura y pequeña iglesia olía a siglos y era tan antigua como la fortaleza. No vimos en ella soldados.

Nos sentamos a descansar unos instantes en el polvoriento y zigzagueante camino, sintiéndonos por encima del turbulento mundo, donde el silencio solamente era roto por el susurro del viento al acariciar los árboles. Después, más abajo, se oyó un ruido sordo, y a poco apareció una primitiva carreta de dos ruedas tirada por tres enormes bueyes. Unos días más y el infierno andaría dando saltos sobre ese pacífico escenario. La fortaleza, con sus cañones, dominaba la ciudad de Irún; pero la índole pacífica de estos habitantes quedó de manifiesto, habida cuenta que nadie pensó en la necesidad de apoderarse de ella una semana antes.

A las diez de la noche de aquel día quedé sorprendido por la llamada del teléfono, un sonido que ya era desacostumbrado. El interlocutor, desde el Departamento de Estado, en Washington, parecía sorprendentemente extrañado y aliviado al oír mi voz. Resultó que los cables que yo envié no llegaron a Washington. Yo había «desaparecido», según los periódicos norteamericanos. La prensa difundió muchos relatos fantásticos. Me había «refugiado en la antigua fortaleza de Fuenterrabía», el viejo y ruinoso castillo, y con el personal de mi embajada me había escondido de los feroces «rojos» en los sótanos de un hotel en San Sebastián. Garrison, mi secretario,

había hecho una loca salida a través de las montañas, arriesgando su vida para salvarme. Yo había «sobornado a un pescador» para que pasase a Francia, de contrabando, un mensaje. ¡*Madame* Herbette había informado al Quai d'Orsay de que me había visto en Fuenterrabía! Estaba asombrado y al mismo tiempo divertido. Mi interlocutor no cesaba de insistir, como si no diera crédito a sus oídos: «¿De veras está usted bien?». Por lo visto, sospechaba que yo era prisionero y estaba hablando en presencia de mi carcelero, con una pistola puesta a la espalda. Tan pronto había arraigado en los Estados Unidos la propaganda de Roma y Berlín acerca de los «rojos».

Luego pedí, y obtuve, autorización para hablar con San Sebastián. Cuando Johnson se puso al aparato, comprendí por el tono elevado de su voz que era presa de inquietud. Me dijo que las circunstancias eran «terribles». Unos hombres desesperados se habían metido en el hotel y «todos se consideraban afortunados por haber escapado a la degollina». Al saber que todos los norteamericanos habían sido evacuados, le dije que viniera a reunirse conmigo, con toda la oficina, mientras esperábamos que las condiciones permitieran nuestro regreso a Madrid.

A la mañana siguiente me hallaba mirando hacia el mar desde mi balcón, cuando divisé un barco y, observándolo con atención con mis anteojos, me fue posible ver las estrellas y las barras de nuestra bandera. Era el Cayuga. Ancló a tres kilómetros de la playa y echó al mar un bote. Me dirigí al pueblo, al embarcadero, a recibirlo. Casi todo el mundo se había reunido allí, y yo me interrogaba acerca del estado de ánimo de la muchedumbre. Los oficiales, con elegantes uniformes, estaban de pie en la barca que se balanceaba con las olas. Me apresuré a acudir al encuentro de los tenientes Cowert y Jones, y nunca me había sentido tan orgulloso de las masas españolas como cuando los pescadores y campesinos, con las armas a la espalda, saludaron a nuestra oficialidad con tanta corrección como les fue posible.

Cuando llegamos a la villa la encontramos llena de mujeres que habían estado encerradas en sus casas, ansiosas de saber una palabra de sus familiares que vivían en otras tierras por medio del telégrafo de nuestro barco. Los oficiales se prestaron al envío de mensajes. La hija de una marquesa estaba muy excitada. «Si los rebeldes pierden, nosotros hemos terminado», repetía una y otra vez.

5

Fue un día lleno de acontecimientos. Por la tarde, el alcalde de Irún me telefoneó para decirme que dos jóvenes que pretendían ser norteamericanos, pero que carecían de pasaportes, habían sido detenidos cerca de las fuerzas leales con algunos papeles comprometedores encima. ¿Me sería posible ir a Irún y darle mi juicio sobre ellos? Me encaminé inmediatamente hacia la ciudad, que, incluso entonces, parecía haber pasado por la guerra o estar dispuesta a ello. Las barricadas formadas por enormes sacos de arena, colocadas a cortos intervalos, ocupaban las calles. La plaza frente al ayuntamiento se hallaba llena de pescadores y campesinos vestidos con monos azules, algo que sin duda resultaría aterrador para aquellos que, educados entre algodones, se imaginan a los hombres con indumentaria de trabajo como bandoleros o «rojos». Dejaron paso con toda corrección al coche y se agolparon, curiosos,

cuando me apeé. Frente al ayuntamiento, los sacos de arena se amontonaban a siete pies de altura, a todo lo largo del edificio. Soldados con mosquetones guardaban la puerta. El alcalde se mostró complaciente, amistoso, inteligente, tranquilo en medio de la agitación. Me informó de que los dos muchachos habían sido encontrados en un lugar muy sospechoso, sin pasaportes y con algunas notas que habían motivado preocupación. En un papel había escrito: «Dos camiones de municiones, dos cañones...», etc. Sugerí que, posiblemente, los muchachos llevaban su diario y habían escrito algunas notas para releerlas después.

—Posiblemente —dijo el alcalde—, pero nosotros no lo sabemos.

—¿Puedo hablar con ellos? —pregunté.

—Ciertamente.

Un momento después, dos jóvenes, sin duda alguna norteamericanos, pero con expresión sumisa, entraron en el despacho. Uno resultó ser Clifford Chester, hijo de un funcionario de la Compañía Telefónica de Madrid, y el otro D'Arcy Wright, ambos estudiantes en el Dartmouth College. Dijeron que habían estado en el hotel Euskalduna, en Hendaya, y, aburridos, habían decidido hacer una excursión a lo largo de la frontera francesa. Siguieron las indicaciones de un mapa, a fin de no cruzarla, pero el mapa era defectuoso y la atravesaron sin advertirlo.

—¿Tiene usted el mapa? —pregunté a Clifford.

Lo sacó de su bolsillo y me enseñó que el lugar donde habían sido detenidos se situaba, de acuerdo a aquel plano, en territorio francés.

—Enséñeselo al alcalde —le dije.

El alcalde miró al mapa y pareció convencido.

—¿Y qué me dice sobre el sentido de esas palabras en el papel? —pregunté de nuevo.

Clifford se ruborizó y confesó que había pensado que algún día podría ser periodista, y estaba «haciendo prácticas». El alcalde sonrió.

—No quiero interferirme en su defensa de Irún —le dije—, pero si quiere saber mi opinión, le diré que apostaría la vida a que los muchachos han dicho la verdad.

—Esto es suficiente para mí —respondió el alcalde y, levantándose, estrechó la mano a los muchachos.

En la plaza encontré al capitán Townsend Griffiss, auxiliar del agregado de Aviación de la embajada de París, esperándome. Había sido enviado presumiblemente para encontrarme, vivo o muerto, y me había hallado en medio de una decidida multitud de pescadores y artesanos que me hacía objeto de toda clase de cortesías.

De vuelta a Fuenterrabía, tuve mi primer contacto real con el sentimiento de la guerra, frente al hotel Concha. Un coche se detuvo y unos obreros ayudaron a bajar del mismo a algunas mujeres de mediana edad. Uno de los hombres me dijo que venían de Rentería, donde se esperaba un ataque de los carlistas de Navarra. Ellos, hijos y nietos de estas mujeres, se apresuraron a regresar para la lucha.

El domingo, octavo día de guerra, se anunció con la explosión de bombas en San

Sebastián. Yo me dirigí al ayuntamiento para informar al alcalde de la llegada del personal de mi embajada y pedirle instrucciones sobre horarios y modos de proceder más convenientes. Era un joven de agradable apariencia y fina cortesía. Me dijo que la ciudad se honraría y *cumpliría las instrucciones que quisiera darle*. Así, no se dieron ni se recibieron instrucciones.

A la hora de comer, Gabino se presentó para anunciar que Patricia, que había estado con Schoellkopf en Londres, telefoneaba desde Hendaya. Me dirigí a Irún y crucé la frontera sin dificultad. Patricia había salido de Londres, sola, a pesar de la protesta de su huésped, y contra el consejo de Grouitch, el ministro yugoslavo, y *sir* George Graham. Ella no temía a los españoles y amaba a España.

7

Por aquellos días escribí a Cordell Hull, exponiéndole los elementos que apoyaban la rebelión.

- 1) Los monárquicos, que deseaban la vuelta del rey y del Antiguo Régimen.
- 2) Los grandes terratenientes, que deseaban conservar el régimen feudal, poniendo fin a la reforma agraria.
- 3) Los industriales y los banqueros, que deseaban sujetar y mantener a los obreros «en su lugar».
- 4) La jerarquía eclesiástica, hostil a la separación de la Iglesia del Estado.
- 5) Las camarillas militares, que perseguían el establecimiento de una dictadura militar.
- 6) Los elementos fascistas, inclinados a la creación de un Estado totalitario.

Poco tiempo antes, el partido fascista carecía numéricamente de importancia, pero con el descalabro de los reaccionarios en las elecciones, gran número de jóvenes de los partidos monárquicos y de la CEDA, desengañados de la posibilidad de derrotar a los demócratas en las urnas y disgustados con el fracaso de Gil Robles, abandonaban la papeleta electoral por la estaca y se adherían al grupo fascista.

En aquel momento, aunque estaba convencido por la arrogante conducta de Pedrazzi, el fanfarrón embajador italiano de camisa negra, que los Estados totalitarios iban a dar ayuda material, no tenía pruebas evidentes de su participación. Esto vendría inmediatamente después y, como veremos, para convertirse en el factor determinante, junto con la política de apaciguamiento de las democracias occidentales, de la destrucción de la democracia en España.

8

En el noveno día, por la mañana, el Cayuga volvió a presentarse con algunos apesadumbrados pasajeros, quienes, solemnemente, desembarcaron en el pueblo. Entre ellos estaba el teniente Cowert, del Cayuga; el capitán Griffiss, de la embajada de París, el consejero Hallet Johnson, el primer secretario Schoellkopf, Biddle

Garrison y Eddie Flynn, líder político de Nueva York, amigo personal mío, y que había sido enviado por esa razón. Se sentaron todos en la biblioteca, observando grave silencio. Entonces Johnson, en nombre de los demás, dijo que era mortalmente peligroso para mí continuar en España y que debía cruzar la frontera sin dilación. Yo me ofendí y me opuse a la idea, pues no veía inmediato peligro y estaba convencido de que no había justificación para esa medida. Cordell Hull había apremiado para que no pusiera en peligro a mi familia continuando allí, y después supe que había telefonado a Johnson para que este me persuadiera. El capitán Griffiss también intervino, apoyando la idea. Él había volado sobre la región, e informó de que los rebeldes se hallaban en un lado de la montaña y los leales en el otro. La batalla sería un hecho, muy pronto, y los derrotados, retrocediendo hacia la costa, se desparramarían por Fuenterrabía y «probablemente atacarían, asesinarían y saquearían». En caso de una emergencia, dijo, yo no podría llegar a un barco sin dirigirme al centro de la población y tener que navegar en una motonave tres kilómetros, al alcance de las balas desde la playa.

En tanto, los demás continuaban en silencio, mirando al suelo. Después de una melancólica comida, se reanudó la discusión y, al final, exasperado, pregunté a Flynn desde cuándo se había puesto histérico. «Si aconteciera algo grave y tuvieran que enviarse marineros para rescatarlo a usted, y alguno fuera muerto, usted nunca se perdonaría su conducta», dijo. Yo estaba confundido, pero un poco ablandado en mi determinación de permanecer allí contra todos los consejos. Cordell Hull, el embajador Straus, el Ejército, la Marina y el Departamento de Estado estaban todos de acuerdo en que debía cruzar la frontera. Aunque angustiado, llamé a Flynn arriba con la familia, a la cual, hasta entonces, no había hecho mención de las razones de la visita. Sybil se indignó. Patricia encontraba divertida la idea del peligro. La discusión comenzó a las diez, y eran por lo menos las cinco cuando, finalmente, acepté salir. Nunca me había sentido más miserable que en el momento de enfrentar la necesidad de decir a la servidumbre que los abandonaba en la trampa, pues si era una trampa para mí, lo era más aún para ellos. Patricia asumió la penosa labor de darles la noticia y consolarlos. Quedaron sorprendidos y un poco preocupados, pero se entregaron valerosamente a la tarea de empaquetar las cosas que teníamos que llevarnos. Con los bancos cerrados y la imposibilidad de sacar dinero, pedí prestadas a mis visitantes todas las pesetas que tuvieran y se las entregué a Gabino, para la manutención de la servidumbre. Este último me pidió si le podía ayudar a traer a su mujer y a su hijo a la villa, desde un pueblo más allá de San Sebastián, y yo me dirigí de nuevo al ayuntamiento. El benévolo alcalde, con una consideración que siempre recordaré, se avino a enviar un coche con guardias para recoger a la familia de Gabino, y así lo hizo finalmente.

Tanto pánico embargaba a algunos de mis consejeros que llegaron a temer que no se me permitiese cruzar la frontera, de modo que se convino en que los otros no subirían al bote hasta que yo no la hubiese atravesado y hecho la señal desde el otro lado. En veinte minutos llegamos al hotel Golf, en San Juan de Luz, donde fuimos recibidos por Edna Ferber, novelista, y un grupo de periodistas.

El relato de mi oposición a salir de España fue publicado en la prensa norteamericana. El 27 de julio, la Associated Press sacaba a la luz la historia de que «cuatro funcionarios diplomáticos norteamericanos embarcaron hoy para Fuenterrabía a fin de persuadir al embajador norteamericano a cruzar la frontera, pues Bowers previamente se había negado a salir». Pero muy pronto, periódicos movidos por la malignidad me estaban criticando por mi «huida», y el Departamento de Estado permanecía extrañamente silencioso, con pleno conocimiento de las circunstancias en que yo había salido. Yo ignoraba estos ataques difamatorios, ocupado como estaba con la crisis que afectaba a los norteamericanos, hasta que algunos amigos me enviaron recortes de prensa, a la vez que expresaban su indignación. Al final, dirigí una rotunda y formal protesta al Departamento y envié una copia al presidente Roosevelt, con la observación de que cuando un periódico de Londres hizo críticas similares contra el embajador británico, el primer ministro, en la Cámara de los Comunes, anunció al instante que el diplomático había cruzado la frontera por órdenes del Gobierno y «por buenas y suficientes razones»; le decía, asimismo, que, aunque yo creía que era más serio y decente que los hechos fuesen expuestos por mi Departamento, también era muy capaz de defenderme ante lo sucedido por mí mismo y no vacilaría en hacerlo.

El presidente contestó al instante:

La Casa Blanca
15 de enero de 1937

Querido Claude:

¡Somos espíritus de la misma casta! Los injustos ataques de esa parte de la prensa que no tenía interés en informar ni de la verdad ni de los hechos son suficientes para volver locos a cualquiera de nosotros. Algún día puede que tengamos la oportunidad de sentarnos juntos y planear nuestra propia forma de venganza...

No creo necesario para mí tener que decírselo, pero confío que no concederá en absoluto atención a esa gente irresponsable. Han adquirido justamente tal hábito, que les es imposible perder, y creo que el pueblo norteamericano les dio una contestación satisfactoria de cómo la opinión pública los cataloga en las elecciones de noviembre...

Le seguimos todos en su obra, y, como usted sabe, estoy muy al corriente de las grandes dificultades con que se enfrenta. Su labor ha sido notable y, como historiador, debe tener algún consuelo al pensar que la historia... lo registrará así...

Tengo un memorándum del Departamento de Estado informando que su carta ha sido formalmente contestada por el secretario interino Moore. Probablemente debe haberla recibido.

(Incluido en *F. D. R.: Sus cartas personales*, vol. I)

La declaración de Judge Moore, en ausencia del secretario Hull, decía que yo había ido a San Juan de Luz bajo las circunstancias que he descrito, y explicaba el silencio del Departamento basándolo en el hecho de que los ataques eran tan claramente maliciosos y políticos que se creyó que no valía la pena negarlos.

Acababa de llegar al hotel Golf de San Juan de Luz, cuando Wilbur Carr, subsecretario de Estado, telefoneó desde Washington preguntándome si iría a bordo del Cayuga para visitar los puertos de la costa norte, a fin de evacuar a nuestros ciudadanos y ponerme personalmente en contacto con nuestros cónsules en Bilbao y

Vigo. Antes de salir en cumplimiento de esta misión, volví al día siguiente a Fuenterrabía, donde encontré una serena determinación entre la gente, la servidumbre en la villa con la bandera norteamericana desplegada, alegres y valerosos, y los pescadores vascos, con los fusiles en bandolera, tan corteses y amables como siempre.

La embajada flotante

Lloviznaba y había mar gruesa cuando, acompañado de Schoellkopf y Garrison, subí a bordo del Cayuga, un barco de guerra de dos mil toneladas, para recorrer toda la costa del norte con la misión de evacuar a los norteamericanos. A lo largo de toda esta pintoresca costa del golfo de Vizcaya, desde la frontera francesa hasta cerca de Portugal, solamente teníamos consulados en Vigo y Bilbao. En ningún otro puerto se encontraba un consulado a quien un norteamericano pudiera asomarse en petición de consejo o de ayuda. Por consiguiente, no había nadie en estos lugares para congregar a nuestros compatriotas en los embarcaderos, y en todos menos en dos sería necesario para nosotros desembarcar personalmente e ir en busca de nuestra gente en la ciudad y en los pueblos cercanos. Debido a la interrupción de todas las comunicaciones en España, no teníamos idea de lo que encontraríamos, ni de qué dificultades se opondrían a nuestra misión. Nuestro primordial propósito era sacar a los norteamericanos del peligro; y el otro, conferenciar con nuestros cónsules de Bilbao y Vigo, a quienes no les había sido posible comunicarnos por telégrafo o teléfono las condiciones reinantes en esas zonas. Yo había de ser el único embajador o ministro que participara personalmente en el trabajo de evacuación.

Desde el momento en que salimos del muelle de San Juan de Luz, el barco comenzó a balancearse. Aquel día Schoellkopf y yo estábamos sentados a una mesa, en el centro del camarote del capitán, respondiendo telegramas, cuando en un momento determinado nos asombró encontrarnos en el más apartado rincón de aquel espacio, pero con la mesa y las sillas en una posición exactamente igual, relativamente, a la que ocupábamos al principio. Después de esto, los muebles fueron amarrados, para mayor seguridad. Habíamos organizado una oficina para esta «embajada flotante» en el amplio y acogedor camarote del capitán.

Ahora, por primera vez desde que empezó la guerra, comenzamos a perder la sensación de que estábamos completamente aislados. Era absolutamente imposible en cualquier punto del país tener ni la más remota idea de lo que acontecía en otro punto cualquiera, más allá de los lugares vecinos, debido a que todos los medios de comunicación se habían cortado. Sin embargo, desde el momento en que abordamos el Cayuga, gracias a las facilidades de sus comunicaciones, comenzaron a llover mensajes desde todos los consulados que hasta entonces habían permanecido incomunicados. Uno de los que interceptamos, de origen desconocido, despertó especialmente nuestro interés: «Manténgase lejos del Cervera». Se refería a un barco de guerra rebelde que el Gobierno había denunciado como pirata y que se decía estaba en aguas de Gijón.

Eran las cinco de la tarde cuando llegamos a Bilbao, cuya bahía, en la que había cinco barcos de guerra, estaba sumida en ambiente claramente bélico; en el momento en que nosotros llegamos, el mando del acorazado alemán, el Deutschland, entonces

anclado en el puerto, nos cablegrafió un saludo. Habíamos visto esta unidad principal de la flota alemana por primera vez en San Sebastián, cuando su capitán, mal aconsejado, comenzó a desembarcar marinos para el trabajo de evacuación. Los españoles, al instante, se encresparon y, de no ser por la intervención de los diplomáticos de otras naciones, que persuadieron al capitán para que interrumpiera aquel gesto hostil que podía poner en peligro las vidas de nuestros compatriotas mientras llevaban a cabo el trabajo de evacuación, los muelles se habrían teñido de sangre. Pronto tendríamos otro contacto semejante con la inexplicable psicología teutónica.

El capitán del barco británico, al hacer su visita de cortesía, nos dio la información de que los alemanes estaban enviando aviones de bombardeo a los rebeldes. No estoy personalmente seguro de que esto fuese cierto en aquel momento. No obstante, el 27 de julio de 1936, nueve días después de haber estallado la rebelión, William Shirer, de la estación de Radio Columbia en Berlín, escribió en su diario: «Los nazis están contra el Gobierno español, y en los círculos del partido comienza a hablarse de ayuda a los rebeldes». El 25 de agosto escribió: «La prensa, ahora con calma, se destapa en sus ataques contra el Gobierno español. Y he sabido de fuente segura que el primer avión alemán ya se ha enviado a los rebeldes». Y el 12 de noviembre escribió: «Dodd (embajador americano) me dice que nuestro consulado en Hamburgo informa esta semana de la salida por aquel puerto de tres barcos alemanes cargados de armas para España».

Es bien sabido que hacia mediados de noviembre Hitler envió un grupo de combate (3 escuadrones de Junkers-52), un grupo de cazas (3 escuadrones de Heinkels-51), una compañía de operadores de radio, otra compañía de telegrafistas y una más de «escuchas» y meteorólogos. Muy pronto la Legión Cóndor, nazi, estaría prestando servicio contra la democracia española, comandada en sucesivas fases por los generales Sperrle, Volkmann y Von Richthofen. Hitler estaría tan orgulloso del papel que este cuerpo desempeñó en la destrucción de la República Española, que el 4 de febrero de 1939 Shirer escribe en su diario: «Una gran compañía cinematográfica alemana terminó el pasado verano, al costo de varios millones de marcos, una película basada en las proezas de la Legión Cóndor alemana... Hitler, Goering, Himmler la vieron y la elogiaron».

Al margen de cualquier duda que pueda existir acerca del momento exacto en que las fuerzas armadas nazis aparecieran en España, un embarazoso incidente no deja lugar a equívoco sobre la muy temprana llegada de los fascistas italianos. Seis hidroaviones, enviados por Mussolini a los rebeldes, en cumplimiento de previos acuerdos, se vieron obligados a aterrizar en África del norte, en territorio francés, a los pocos días de comenzada la guerra. El Gobierno galo envió al general Denain, inspector general de aviación, para que realizara una investigación, y este informó de que los aparatos habían despegado de Cerdeña, con destino a Melilla y Ceuta, entonces en posesión de los rebeldes.

Menos de un mes después de abiertas las hostilidades, un trimotor alemán Junker-52 se vio obligado a aterrizar en Madrid por falta de combustible y fue incautado por el Gobierno. Era un avión militar. Bajo órdenes de Hitler, Hans Voelkers, encargado de negocios alemán, se presentó a Augusto Barcia, ministro de Estado, exigiendo la libertad inmediata del aparato. Yo conocía bien a Voelkers, y

comprendo perfectamente su embarazo. Una hora después de haber salido este del despacho del ministro español, el encargado de Negocios francés visitó a Barcia con instrucciones del fofo Delbos, ministro francés de Negocios Extranjeros, para pedir que las demandas de Hitler fuesen inmediatamente respetadas. Hizo una segunda visita al cabo de dos horas para decir que Delbos suplicaba que se diera una satisfacción a Hitler. Aquel mismo día el ministro, desde París, dirigió al embajador español una urgente demanda, y Voelkers se presentó de nuevo ante Barcia para decir que Hitler «exigía» inmediata acción. Se le informó de que el avión era un aparato de guerra y que correspondía al Consejo de Ministros disponer lo que debía hacerse con él. Este, unánimemente, acordó no devolverlo, y la tripulación fue entregada a la embajada alemana. El avión fue sellado, y así se le notificó a Voelkers.

Después de todo esto, nadie, ninguna persona honrada, con cargo o sin él, podía dudar de que Italia y Alemania, el Eje, estaban embarcados en una guerra de agresión. Al cabo de dos meses, todo el mundo sabía que la Italia fascista y la Alemania nazi estaban haciendo una guerra contra la España democrática, previamente planeada.

2

Pronto nos adaptamos a la vida a bordo del *Cayuga*. El cónsul Chapman, que se unió a nosotros a bordo en Bilbao para comer, nos pintó las poco agradables condiciones que prevalecían en la ciudad. El Gobierno de los vascos era razonable y respetuoso, los vascos se mostraban amigables y complacientes, pero algunos sindicalistas, con sus ribetes anarquistas, algunas veces desafiaban a la autoridad constituida.

Mientras tanto, seguían lloviendo noticias a través del telégrafo. Zaragoza había sido tomada por los rebeldes con un ataque sorpresa del ejército, y tropas del Gobierno marchaban sobre la capital. Los norteamericanos de Madrid se dirigían hacia Alicante por tren para ser recogidos por el Quincy... Gil Robles fijaba su residencia en Portugal.

Aquella noche el capitán Hall, del acorazado *Oklahoma*, vino a bordo para pernoctar. Estaba al mando de nuestros navíos en aguas del norte y, en aquel momento, tres de nuestros barcos de guerra anclaban en el puerto. Después de cenar, fuimos al cuarto de máquinas y vimos la película *The Kid from Spain*. Frente a la pantalla, tres filas de marineros estaban tendidos, en posición casi completamente horizontal, ligeramente levantadas sus cabezas de las almohadas, a fin de no obstruir la vista. Nosotros nos sentamos con los oficiales en la primera fila en sillas, que, cuando el barco se movía, resbalaban. Detrás estaban los restantes marineros, y pronto se agregarían a ellos hombres, mujeres y niños que subieron a bordo para la evacuación.

Llovió toda la noche. Por la mañana, el mar estaba muy agitado. El aire era húmedo y frío; el cielo, gris y triste. Chapman subió a bordo temprano con las desagradables noticias de que el Gobierno vasco se proponía hacerse cargo de la fábrica American Firestone y podría desplazar a los directores y pedir las fórmulas secretas. El previsible rechazo de esta demanda hacía temer que a aquellos les fuera

denegado el permiso para abandonar el país. La cosa sonaba fea y estaba en concordancia con las historias sobre la naturaleza «comunista» del gobierno Azaña, propaladas por medio de la poco escrupulosa propaganda de las estaciones de radio de Alemania, Italia y Portugal. Esta historia era demasiado buena para haber sido improvisada. Pero fue claramente inspirada por los aliados de los rebeldes del Eje. Decidí que me acompañaran los directores de la fábrica cuando fuese a ver al gobernador para conocer los hechos.

Junto a Schoellkopf, Garrison y el teniente Jones, desembarqué. Desagradables posibilidades se perfilaban a partir de aquellas sensacionales historias que se habían puesto en circulación. Había, sin duda, alguna curiosidad, intranquilidad y resentimiento por la presencia de tantos barcos de guerra norteamericanos. El día anterior, a los ingleses se les negó autorización para embarcar a sus refugiados desde el más cercano y apropiado muelle. Y nosotros habíamos oído espeluznantes relatos acerca de hombres armados que, presas de la desesperación, andaban por las calles.

Desembarcando a una milla de la capital, telefoneamos al gobernador y, unos minutos después, llegaron dos coches blindados, con un gallardo capitán de guardias de asalto al frente que bien podría haber salido de un desfile de West Point. De mala gana, acepté con nosotros al corresponsal de una agencia de noticias, pero a condición de que no estuviera presente en la entrevista. Sin embargo, estuvo.

La marcha a través de la ciudad transcurrió sin incidentes. Fuimos por la carretera que conduce desde la capital a las pretenciosas villas y mansiones de los ricos. Precisamente en la del marqués de Ibarra yo estuve cenando tres años antes. Pero aquella mañana no había nada que dejara entrever violencia. La carretera, casi desierta, estaba perfectamente tranquila. De pronto, un grupo de milicianos salió en dirección al centro del camino, mientras avanzábamos, pero una señal con la mano del capitán que nos acompañaba les hizo echarse atrás. En las calles de Bilbao reinaba la paz, aunque se veían algunos hombres armados. A no ser por la ausencia de automóviles y un silencio extraño, todo habría parecido absolutamente normal.

Entramos al despacho del gobernador Echeverría Novoa dispuestos a entablar una discusión, pero fuimos acogidos con una calurosa cordialidad que nos desarmó. Novoa era republicano del partido de Azaña, sorprendentemente joven, con mucha personalidad, rostro agradable y ojos benévolos y alegres. Con un encogimiento de hombros y una sonrisa, pidió que lo excusásemos por no haber tenido tiempo de afeitarse y por el envaramiento de su cuello, debido a un resfriado.

Mencioné el rumor acerca de su propósito de incautarse de la fábrica Firestone y la información sobre la demanda de las fórmulas secretas. Novoa sonrió incrédulamente. A causa de las exigencias de la guerra, dijo, el Gobierno, como en el mismo caso haría otro cualquiera en cualquier parte, se vio forzado a requisar el uso de plantas industriales para la fabricación de material de guerra, pero nada se necesitaba de la firma Firestone más que neumáticos para los coches del Ejército y los camiones. «Nosotros no deseamos que se marchen los directores —dijo—, puesto que no conocemos nada del proceso de fabricación; y, ciertamente, no tenemos deseos de poseer las fórmulas secretas, ya que no vamos a emprender un negocio». Los directores de la compañía accedieron en seguida a producir neumáticos hasta donde diera la capacidad de la fábrica, y así, en cinco minutos, llegamos a un amistoso acuerdo. Cuando pregunté si podía contar con la ampliación de

facilidades, después, en el caso de que alguno de los directores deseara salir del país, Novoa me dio seguridades.

Sin ceremonia alguna, con claridad, le expliqué el motivo de la presencia de nuestros barcos de guerra en el puerto; y me lamenté de que los ingleses se hubieran visto obligados aquel día a utilizar el muelle más inconveniente para recoger a sus refugiados. Novoa arqueó las cejas, honestamente asombrado, y llamó al director del puerto, un vasco caballeroso y competente. También él se sintió sorprendido. Entonces se aclaró lo sucedido: se habían formado turnos en la guardia de los muelles y algunos sindicalistas radicales habían entrado de guardia cuando los ingleses llegaron con sus refugiados. Se admitió que el Gobierno, ocasionalmente, tenía fricciones con estos extremistas, sindicalistas y anarquistas. «¿A qué hora embarcará usted a su gente?», preguntó el director del puerto. Se lo dije. «Muy bien —contestó con energía—; yo estaré allí para presenciar el embarque».

Dejé a Novoa con el sentimiento de haber hablado con un caballero. Después de efectuar algunas compras, regresamos al barco. Cuando el periodista se me unió en el coche, dijo:

—¡Dios! ¡Qué ojos más siniestros tiene ese hombre!

—¿Qué hombre? —pregunté, sorprendido.

—Ese gobernador.

Entonces la explicación de todo aquello cruzó mi espíritu como un relámpago. El periodista era representante de una agencia de noticias que apoyaba a los fascistas, estaba convencido de la teoría de que los leales eran comunistas inclinados al pillaje y al asesinato y, cuando leí su relato —pues él se había colado en el despacho del gobernador durante mi entrevista—, no me sorprendió. Leí, con asombro, que habíamos atravesado entre grupos de hombres con caras de asesinos, mientras íbamos en «carros blindados» en compañía de un capitán de guardias de asalto de rostro patibulario. Habíamos sido detenidos repetidas veces y, en una ocasión en que no hicimos caso de la orden de alto, oímos el ruido de los cerrojos de los fusiles y apresuradamente volvimos atrás. Al final, contaba, parecía que yo había manejado al gobernador de «ojos siniestros» de una manera apropiada. Le había dicho, en términos rotundos, que cuando los norteamericanos desearan salir, esperaba que no tuvieran complicaciones. Y después, haciendo una pausa, como en un melodrama, había mirado fijamente a los «ojos siniestros» del gobernador y había dicho: «Esa es la razón de por qué el *Oklahoma* está aquí».

Este era el pago que recibía Novoa por su caballerosa consideración hacia los norteamericanos. Pronto habría de acostumbrarme a esa clase de propaganda, cuando una parte de nuestra prensa se refería a los leales como «hordas de Rusia». Goebbels ensayaba su técnica en España y hallaba todas las facilidades.

Aquella tarde, mientras los refugiados eran embarcados, permanecí a bordo para atender las visitas de cortesía. El comandante británico del *Comet*, un inglés joven rubicundo y cordial, vino con otra historia ilustrativa de la ineptitud alemana. Él había visitado el destructor alemán *Albatros*, y había encontrado al capitán y sus

hombres sobre cubierta, armados, dispuestos a bajar a tierra. «Pero ustedes no pueden hacer eso —tronó el británico—; lo pondrán todo imposible para nosotros». El alemán se había asustado al oír que Bilbao estaba bañado en sangre de la matanza.

Apenas había salido de allí el comandante inglés, cuando llegó un mensaje procedente del *Albatros*, preguntando si yo tendría inconveniente en ver a su comandante. Conservaba la imagen de un prusiano tieso, fanfarrón, cara de piedra, y estaba convencido de que me causaría enorme desagrado. Entonces, vestido de uniforme, apareció el comandante, y yo apenas lo miré. Pero mis prejuicios se desvanecieron en el momento en que me fijé en él. Era un joven oficial de aspecto varonil, alto, con mejillas sonrosadas y un rostro franco y simpático que reflejaba benevolencia. Me saludó. Yo no podía referirme directamente a la información recibida sobre sus planes de bajar a tierra con gente armada. En vez de hacer mención de ello, le conté mi visita a la ciudad, aludiendo a la ausencia en ella de gente armada y de disturbios. Me resultó evidente que había comprendido perfectamente el sentido de mis palabras cuando me explicó que, respondiendo a órdenes de Berlín, se había trasladado a gran velocidad desde el Báltico a Bilbao y, a su llegada, al hallar en el puerto cinco barcos de guerra, había concluido que la ciudad estaba sumida en graves desórdenes.

Un poco después, el comandante del destructor francés, espada, galones y toda la parafernalia, subió a bordo; apareció a continuación el director del puerto, para preguntar si el embarque de nuestra gente había sido satisfactorio. Tales fueron mis experiencias en Bilbao en los últimos días de julio de 1936.

Después de comer, nos hallábamos sobre cubierta cuando se puso en marcha el *Cayuga*. Nos recreamos en la belleza de la línea costera, con sus grandes colinas verdes y sus tierras cultivadas. Cuando pasamos por delante del *Deutschland*, la tripulación nos saludó con los brazos levantados, y frente al *Oklahoma*, la banda de música tocaba «Star-Spangled Banner».

4

Despertamos al día siguiente en el puerto de Gijón. El práctico, acompañado por un joven de mirada penetrante y vestido con indumentaria de trabajo de cutí, subió a bordo para informar de que el día anterior el *Cervera* había bombardeado la ciudad; habían muerto dos hombres y cinco alemanes que se hallaban en un hotel en espera de ser evacuados resultaron heridos. Nos disponíamos a bajar a tierra, cuando apareció en el horizonte un barco. La oficialidad del *Cayuga* lo inspeccionó con los anteojos. «Es el *Cervera*, que probablemente regresa para bombardear otra vez», informaron. Se acercaba a considerable velocidad. En ausencia de cónsul norteamericano, que se encargara de reunir a nuestros compatriotas dispersos por Gijón, tendríamos que buscar en la ciudad nosotros mismos, y era evidente que nada podríamos hacer debidamente bajo los cañones de un barco rebelde. Además, con el *Cayuga* en la línea de fuego, podíamos vernos envueltos fácilmente en el incidente, o bien nuestra presencia en el momento de la reaparición del *Cervera* podría ser mal interpretada. Decidimos dirigirnos a Vigo y parar en Gijón a la vuelta.

Llegamos a Vigo a primeras horas de la tarde. Yo había proyectado tiempo antes visitar la ciudad, pero ahora que estaba allí no podía desembarcar: estaba en manos de los rebeldes, y dirigirme a tierra habría implicado la necesaria visita de cumplido al comandante militar. Vista desde la cubierta del barco, la ciudad tenía un aspecto atractivo, con su fortaleza cubriendo el monte, al fondo. También era una ciudad de silencio.

Cuando el cónsul Cochran subió a bordo, obtuve mi primera descripción de los métodos fascistas en la toma de posesión de una ciudad. El día que estalló la rebelión, la guarnición militar de Vigo salió de los cuarteles al son de cornetas y tambores. En la plaza pública, una multitud, asombrada, miraba con curiosidad a los soldados. Un oficial se adelantó, leyó la declaración del estado de guerra y anunció que la República había sido derrocada por las fuerzas armadas. Un republicano, dominado por la ira, intentó arrancar el papel de las manos del oficial. Esto fue todo, pero bastó. Sin más rodeos, se dio la orden de hacer fuego contra una muchedumbre desprotegida. Los ciudadanos retrocedieron y echaron a correr. Cuando el humo de las descargas se aclaró, algunos yacían tendidos en el pavimento, muertos. Esto iba a ser tan solo el comienzo del «nuevo orden» en España. En Vigo había pocos extremistas, pero sí liberales, demócratas, republicanos que, en agitada rapidez, fueron apresados en la red, detenidos y arrojados a la cárcel, que, con capacidad para ochenta personas, pronto se vio atestada con casi trescientos prisioneros. Después, «todo estaba en paz».

Pero todo no estaba tranquilo para el cónsul Cochran. Como instrumentalización política de la muerte de Calvo Sotelo, las iglesias de todas las ciudades en territorio rebelde celebraron misas de funeral, con fines de propaganda. Prudentemente, Cochran declinó la invitación de unirse a una manifestación antigubernamental. Pero cuando los cónsules británico y portugués aparecieron en ella, a título oficial, las malas lenguas comenzaron a poner en circulación la historia de que el representante diplomático norteamericano era un «rojo». Poco después, cuando el cónsul británico concibió la idea de celebrar un partido de fútbol, con la participación de tripulantes de un barco de guerra de una nación democrática, pero con la anunciada intención de entregar los beneficios a una de las organizaciones de los rebeldes, Cochran, también muy adecuadamente, se abstuvo. Estas dos ofensas contra el fascismo hicieron de él un hombre sospechoso. Y cuando, después de haber sido insultado en la calle por militares rebeldes, exigió un desagravio por la radio, la furia de los amos militares de la ciudad no conoció límite.

Escuché el relato de Cochran con incredulidad, pero cuando el cónsul británico vino a visitarme exponiéndome su interpretación de la guerra, me sentí muy bien, dispuesto a aceptar la versión de mi compatriota. Oí con asombro cómo el inglés destilaba la filosofía y la propaganda del fascismo. Dándose cuenta de mi evidente sorpresa, el cónsul hacía pausas con frecuencia, para asegurarme con toda solemnidad su devoción por la democracia. Cuando, al final, acepté sus afirmaciones con el comentario de que, naturalmente, él era un demócrata, como no podía ser de

otra forma representando al pueblo que representaba, tuvo la gracia de ruborizarse. Estaba convencido de que cualquier liberal, demócrata o republicano era un «rojo». Este absurdo habría de echar pronto hondas raíces en los círculos conservadores influyentes de ambos pueblos, Inglaterra y Estados Unidos.

Advertido de nuestra llegada, Cochran había reunido a todos los norteamericanos que deseaban abandonar la ciudad, incluyendo a tres muchachas estudiantes del colegio Bryn Mawr, que se habían mostrado poco conscientes de la situación. En un pequeño Ford, habían circulado de aquí para allá durante días, en medio de los peligros, sin sospechar riesgo alguno hasta que, al llegar a las afueras de Vigo, se sorprendieron al oír el fuerte tiroteo procedente de la ciudad. Telefonaron a la Jefatura de Policía, para enterarse de la razón. «¿Dónde están ustedes?», les preguntó una voz. Ellas explicaron dónde se hallaban. «Bien, esperen ahí hasta que vayan a buscarlas», ladró la voz. Todavía sonreían, convencidas de que la rebelión era una francachela propia de una ópera cómica. Mientras esperaban la llegada del *Cayuga*, habían hecho amistad con algunos jóvenes soldados rebeldes que les habían enseñado el saludo y el himno fascistas. Cuando ya estaban embarcadas, estos soldados se acercaron en bote al barco saludando y cantando, y las muchachas, inclinadas en la borda, se unieron a ellos en los cánticos y ademanes fascistas, hasta que se les hizo ver que, en vista de la neutralidad norteamericana, dado que el barco era una unidad del Gobierno y el embajador norteamericano se hallaba a bordo, sería deseable que se abstuvieran de manifestaciones antidemocráticas y antigubernamentales.

6

Aquella noche nos dirigimos a La Coruña en medio de una fuerte niebla que obligó al capitán a permanecer toda la noche en el puente. La niebla desapareció antes de salir el sol, y La Coruña surgió ante nosotros. Otra vez, por razones diplomáticas, me vi amarrado al barco sin poder bajar a tierra. Vista desde el mar, la ciudad tiene una forma de media luna que se extiende a lo largo de la costa. En un extremo se destaca la Torre de Hércules, famoso e histórico faro, tema de muchas canciones. Estaba muy silenciosa. Su silencio era roto solamente por las prácticas de tiro en los cuarteles.

Y una vez más me enteré de cómo los fascistas habían tomado la ciudad. El ejército entró en La Coruña, que no estaba advertida; el gobernador civil y algunos guardias de asalto murieron rápidamente, sin ceremonia alguna, frente al pelotón de ejecución. Había sido una conquista fácil. En estas localidades como Vigo y La Coruña, las fuerzas armadas eran hostiles a la República, ya que Gil Robles y Franco, cuando estuvieron en el Ministerio de la Guerra, se habían prevenido dejándolas desarmadas. En aquel año de elecciones, trece de los dieciséis diputados por Galicia eran de izquierdas o pertenecían a partidos auténticamente republicanos, y solo tres eran enemigos del régimen democrático. Pero los ciudadanos que votaron por los trece diputados estaban desarmados, mientras que los que lo hicieron por los otros tres contaban con el ejército. Así de simple. Una pequeña fuerza armada imponía su voluntad sobre una población indefensa.

Por la tarde fuimos al Ferrol, base naval y sede de los astilleros, para ofrecer el servicio de evacuación a ciudadanas americanas casadas con oficiales españoles de la Marina. Permanecí sentado en cubierta, gozando en la contemplación del mar y de las verdes colinas, mientras parte de la tripulación se dirigió a la ciudad.

De regreso, llegamos a Gijón a las nueve de la mañana del día siguiente e inmediatamente bajamos a tierra. Fuimos recibidos en forma amistosa y se nos proporcionó un coche para llevarnos a la ciudad. A pesar del reciente bombardeo por el *Cervera*, todo estaba en calma y reinaba el orden. Pero el ayuntamiento presentaba un cuadro de intensa actividad. El salón de recepciones estaba lleno de individuos sin afeitar. El alcalde, fríamente sereno, sin precipitarse, era, no obstante, rápido en adoptar decisiones. Enterado de nuestra misión, se ofreció a radiar la noticia. Mientras tanto, nos dirigimos al consulado de Cuba para averiguar cuántos cubanos y argentinos deseaban evacuar. La oficina estaba llena de hombres, mujeres y niños. Cuando salíamos, el guía español que nos acompañaba manifestó que el cónsul desconocía que los republicanos estuvieran al corriente de que el consulado se hallaba lleno de enemigos del régimen escondidos. Este fue mi primer contacto con el sistema de protección de quintacolumnistas por parte del cuerpo diplomático de naciones democráticas, que tanto habría de escandalizarme poco después.

Este guía, hombre culto, que había estudiado en la Universidad Cornell, me dijo que había leído dos de mis libros. Mientras marchábamos por las calles, me hizo ver los efectos del bombardeo del *Cervera*: la destrucción cerca del muelle, en el interior de la ciudad, el gran agujero en el pavimento, frente a un hospital donde había caído un proyectil. Todo esto lo enseñaba con la despreocupación de un cicerone que acompañase turistas a través de las ruinas de la antigua Roma. Nos contó que la Guardia Civil, de la cual el pueblo desconfiaba, había sido encarcelada, pero no había sufrido daño alguno. Explicó también que los mineros en Oviedo no hicieron uso de la dinamita para aplastar a los rebeldes en la capital, porque no querían causar víctimas entre las mujeres y los niños. «Queremos el respeto del mundo exterior», dijo.

Cuando regresamos al muelle con nuestros refugiados, encontramos al *Cervera* peligrosamente cerca, con sus lanchas bajadas y los cañones enfilados hacia la ciudad. No había más remedio que arriesgarse. Embarcamos a los evacuados en un bote de motor y alcanzamos nuestro barco sin incidentes. Cuando pasamos por delante de él, el *Cervera* hizo las acostumbradas señales. Y aquella noche tuvieron lugar extraños hechos en el mar. Los oficiales sobre el puente del *Cayuga* vieron un misterioso barco con las luces apagadas, rondando las aguas; era una embarcación italiana que abastecía de provisiones y municiones a los rebeldes, supusieron. Esto tenía lugar cuando aún se consideraba de mal gusto mencionar la notoria participación de Italia en la guerra.

A la mañana siguiente estábamos en Santander. Fue aquí donde subió a bordo la más simpática de las refugiadas, Gloria Sileo, una niña de nueve años, de Brooklyn, que pasaba sus vacaciones con su tía española. La chiquilla, preciosa y lista, tenía

interés en regresar a su ciudad antes de que la escuela reanudara las clases. La tía estaba ansiosa y muy contenta de embarcar ella también. Evacuar a la niña sola habría sido un problema, pero las órdenes contra la evacuación de españoles sin un permiso de las autoridades eran rigurosas. Mi apelación al alcalde tuvo éxito, y la mujer también pudo acompañarnos.

Nada en las calles de Santander denotaba signos de guerra aquel día. La ciudad brillaba encantadoramente bajo el sol, y las casas particulares y los establecimientos parecían mostrar las cómodas condiciones de vida de sus habitantes. Hombres y mujeres se codeaban en las aceras de la vía pública, alegres y aparentemente despreocupados, y tiendas y bancos permanecían abiertos. Fuimos amablemente recibidos por el gobernador, en la sede del Gobierno civil, por cuyos corredores y estancias circulaba una corriente constante de visitantes que entraban y salían. El capitán del puerto, alto, distinguido y elegante, era muy simpático. Este «rojo» habló con pesar a Garrison lamentando la imposibilidad de frecuentar el hermoso campo de golf de la ciudad.

Mientras nos hallábamos esperando junto a la ventana abierta, nos sorprendió oír voces de niños cantando. Iban en un tranvía, y en medio de tanta tragedia resultaba un extraño y grato interludio.

Contemplé por última vez esta agradable ciudad, que Azaña esperaba convertir en capital veraniega del presidente de la República, a través de la portilla de mi camarote, al tiempo que partíamos. Allá en el fondo se alzaba el palacio favorito del rey, como un cuadro en su marco.

8

Llegamos a San Sebastián a la mañana siguiente. La última vez que habíamos pasado por allí los ciudadanos luchaban en las calles y los privilegios diplomáticos significaban poco para los hombres que jugaban con la muerte. Ahora el Gobierno controlaba la situación. Los republicanos que nos recibieron al desembarcar tenían un aspecto bastante rudo, pero eran combatientes y vivían días de lucha. Lo hicieron con cordialidad. Nos dirigimos a la vieja residencia de la embajada veraniega, el hotel Continental, y nos sorprendió, al pasar, comprobar la maligna exageración con que se había hablado de la «destrucción» sufrida por el hotel María Cristina y el Casino. Es notable que muchas personas sinceras desfiguran y exageran las cosas en días de guerra solo para impresionar. Tendría oportunidad de darme cuenta de esto enseguida, cuando una mujer norteamericana evacuada de la ciudad, contara ante asombrados periodistas en Hendaya, al desembarcar del *Cayuga*, que había visto toda la línea de la costa iluminada por las hogueras de iglesias y conventos ardiendo, *cuando ni un solo convento ni una sola iglesia habían sido dañados*. Los devotos vascos no destruyeron sus templos ni sus conventos; eso sería la especialidad de los aviadores nazis, como veremos.

Aquel día la gente se movía por las calles de una manera normal. Había poco tráfico y los cafés de las aceras a lo largo de la Alameda estaban desiertos y solitarios. Cerca de Correos había algunas personas de pie, ante la página frontal de un periódico que había sido pegado a la pared. Nos unimos al grupo para leer el

panfleto que acusaba a Gil Robles de «traidor», «perjuro», «embustero», responsable de la ola de sangre en que España se veía envuelta. La gente leía silenciosa y triste.

Finalmente, al mediodía nos dirigimos a Hendaya, hacia el hotel Euskalduna, donde se había instalado la mayor parte del cuerpo diplomático.

Aquellos diez días de viaje a lo largo del litoral del norte de España en las primeras jornadas de la guerra me dieron mucho que pensar. La clara belleza de las agrestes costas, las montañas de verdes bosques, las tierras bien cultivadas son inolvidables. Las ciudades estaban envueltas en tragedia, silenciosas, melancólicas, y la mayor parte tristes. Suscitaban la idea de un escenario para representar un drama. Las gentes estaban dispuestas a morir, si era necesario, pero todo parecía carente de esperanza. Este rincón de España estaba completamente cerrado a toda posibilidad de asistencia por parte del Gobierno leal de Madrid, del que los separaban muchos kilómetros de territorio en manos de los rebeldes. Si los sublevados atacaban, serían constantemente reforzados desde sus posiciones, pero a los leales que morían no era posible reemplazarlos. Los vascos, los gallegos, los asturianos, los pueblos de Santander estaban cercados y aislados. Durante algún tiempo les sería posible recibir algún material y abastecimientos por mar, pero las tropas no podían moverse por el agua. Incluso así, la moral de estos combatientes era notable. Se diría que eran conscientes de encontrarse en arrolladora inferioridad, pero le plantaban cara deportivamente, con una sonrisa.

El viaje de vuelta a San Juan de Luz había resultado interesante; los refugiados se hallaban alegres, habían tomado el sol en los puentes del barco durante el día y, por la noche, se habían reunido en el cuarto de máquinas para ver películas.

Fue un paraíso para los niños: cine todas las noches y un barco para jugar cada día. Los marineros los obsequiaban con chocolates, y ellos retozaban con los rostros tiznados.

9

Establecí la embajada en dos grandes y alegres habitaciones con puertas vidrieras que daban a un balcón, en el hotel Euskalduna, en Hendaya, y al día siguiente atravesé la frontera para ir a Fuenterrabía, donde encontré a la servidumbre contenta, aunque la guerra cada vez estaba más cerca y podíamos oír el rugido de la artillería leal en las montañas... Cochran telegrafió desde Vigo para comunicar que las autoridades militares continuaban ignorando su intercesión en favor de un norteamericano encarcelado y que estaba recibiendo cartas amenazadoras con membrete de las oficinas militares. Yo aconsejé su traslado después de saber que un grupo de fascistas habían estado discutiendo frente a su puerta, una noche, acerca de si lo mataban o no, sin tener en cuenta las consecuencias internacionales... Una divertida historia circulaba en Madrid, donde la joven, hermosa y alegre condesa Villada y su esposo se habían «perdido» por el procedimiento de incorporarse a trabajar en un hospital y pasar inadvertidos. Ella desempeñaba tareas de enfermera y él de practicante... En San Sebastián, los oficiales que se habían rebelado eran juzgados en grupos de ocho, concediéndoles todos los derechos acostumbrados de

defensa, y condenados. Si lo pedían, se les autorizaba a morir con uniforme.

Esta trágica experiencia me rozó de cerca. Una tarde fui informado por la hija del señor Padilla, exembajador español en Washington, de que su hermano, oficial del Ejército, debía comparecer aquella noche ante un tribunal militar en San Sebastián. Esto significaba, por regla general, la ejecución al amanecer. La relación de su padre con Washington parecía justificar una excepción, por mi parte, de la regla observada hasta entonces de permanecer enteramente al margen de la feroz lucha. No había tiempo de telegrafiar a la capital estadounidense, pero me uní al embajador británico a través de un cable pidiendo clemencia. Aquella noche no fueron ocho, sino siete, los condenados, porque el joven Padilla se salvó; moriría al cabo de un año luchando contra quienes le habían concedido clemencia.

El hotel Euskalduna, uno de los más grandes de Europa, deliciosamente situado frente al mar y la hermosa playa, hervía de diplomáticos, corresponsales de guerra y aristócratas españoles, que trataban de salvar a familiares atrapados en la vorágine de la cruel contienda. Durante días los telegramas nos inundaron y el teléfono sonaba literalmente día y noche. No había diversiones en Hendaya fuera de los pasillos del hotel, pero en momentos libres encontrábamos la casa de Pierre Loti, vagábamos por los extensos jardines del castillo construido por la emperatriz Eugenia, junto al mar, o íbamos a Cambo para pasear por los primorosos jardines de Rostand.

Mientras tanto, se extendieron rápidamente los rumores acerca de la marcha de los rebeldes sobre Irún, el incremento del número de tropas moras en los frentes de batalla, el avance de los carlistas desde Pamplona y las bombas lanzadas contra Irún. La batalla no estaba lejos.

Batalla decisiva de Irún

En septiembre de 1936 era evidente para cualquier observador inteligente que la guerra en España no era una guerra civil; ni había comenzado como una guerra civil en el sentido corriente de la palabra. Mucho tiempo antes de que estallase el conflicto, se habían concertado acuerdos para la participación militar de Hitler y Mussolini, quienes ahora estaban enviando sus fuerzas a España.

Había de ser una guerra contra la democracia, y en ella los moros iban a desempeñar un papel importante. Sanjurjo y José Antonio Primo de Rivera fueron a Alemania en febrero de 1936, antes de las elecciones, y se habían hospedado en el hotel Kaiserhof de Berlín, reservado exclusivamente para huéspedes del Gobierno. Fue entonces cuando se realizó el acuerdo con Hitler; el convenio con Mussolini había sido concertado dos años antes.

España, pues, tenía que ser el terreno de prueba. Aquí se montaría el escenario para ensayar la guerra totalitaria contra la libertad y la democracia en Europa; aquí se probarían las reacciones públicas ante nuevos métodos de ultraje; aquí se aventurarían los nuevos modos de llevar la guerra a la población civil; aquí el término «quinta columna» sería acuñado y su uso ensayado.

A todo esto, el general Franco había llegado a España procedente de las islas Canarias. En Londres un avión había sido contratado por C. W. H. Bebb para llevarlo, y, para dar a la excursión una apariencia inocente, algunos «turistas» iban a acompañarlo como pasajeros. Estos fueron el comandante Hugh B. C. Pollard, su hija Diana y una amiga de esta, Dorothy Watson. En reconocimiento de este servicio de encubrimiento fascista, Franco habría de conceder a Bebb la Orden Imperial de Flechas Rojas, el comandante Pollard sería nombrado general de la Orden, y las muchachas, obsequiadas con medallas. Así, Franco llegó a España y asumió el mando de las fuerzas militares hispano-alemanas-italianas-moras.

2

Irún, el puesto fronterizo del lado de España, es un pueblo sin encanto alguno, carente de tesoros artísticos, ni de escultura ni de pintura. Pero guarda la entrada del país.

A una milla de distancia, fuera de la carretera principal de San Sebastián, se encuentra la más alegre e histórica población de Fuenterrabía.

A medida que la lucha por Irún se acercaba, numerosos camiones de armas y municiones, adquiridos por el Gobierno conforme a su legítimo derecho, entraban por el puente de Hendaya para las fuerzas defensoras. Así, Irún se convirtió en un punto estratégico de primera importancia.

Era inevitable que los rebeldes y sus aliados realizaran un esfuerzo desesperado por para tomar la ciudad y poner fin así a la afluencia de material de guerra para todas las provincias del territorio leal. En los últimos días de julio se esperaba de un momento a otro un ataque, procedente de los carlistas, que se decía avanzaban a través de las montañas desde Pamplona. Desde las ventanas del Euskalduna uno podía dirigir la vista sobre Irún y sobre la pequeña y dulce villa que yo me había visto obligado a abandonar. Las dos alturas, de Guadalupe y San Marcial, desde las cuales Irún podía ser fácilmente bombardeado, estaban en posesión del Gobierno, y sus cañones, rugiendo a intervalos, impedían el avance del enemigo.

El barco rebelde *Cervera*, por su parte, bombardeaba San Sebastián, ocasionando daños materiales y destruyendo vidas humanas.

Un día después los cañones de Guadalupe continuaban rugiendo, pero lo más impresionante ahora era una nueva nota: el tableteo de las ametralladoras, que no estaban muy lejos. Aquella noche estalló una gran tormenta, con rayos que iluminaban el cielo, y todos en el hotel se aproximaron a las ventanas, convencidos de que Irún estaba siendo bombardeado por aviones. Pero en la siguiente jornada todo estaba en calma en el frente de Irún.

La carretera de Biarritz a la frontera se hallaba congestionada de coches llenos de curiosos que, desde todas las alturas a lo largo del camino, miraban con anteojos al otro lado. Todo lo que estos curiosos veían era la tranquila ciudad de Irún, la dulce serenidad de Fuenterrabía, el mar y el cielo. Muchos de ellos corrían a lo largo de la angosta y serpenteante carretera junto al río Bidasoa, que marca la frontera, hacia las montañas de Navarra, con la esperanza de ver a los carlistas o a los moros —curiosa asociación— deslizándose entre los árboles. Esta pintoresca vía llegó a estar peligrosamente congestionada, pues, una vez en línea, no había posibilidad de volver atrás. Los coches avanzaban lentamente. Centenares de peatones caminaban por sus orillas, con anteojos y cámaras fotográficas colgando de sus cuellos. Los gendarmes se encolerizaban y, en un punto donde la carretera se ensanchaba, fuimos obligados a volver atrás. Aquel día nos encontramos más cerca del peligro de lo que pensábamos, pues a la mañana siguiente nos despertó el estruendo de los cañones.

Eran bombas lo que caía desde el aire sobre Irún. Lejos, desde el mar, el *Cervera* disparaba a intervalos contra el fuerte de Guadalupe, viejo de tres siglos, haciendo temblar el hotel con cada una de sus explosiones. Contemplábamos la escena, fascinados. Un ígneo resplandor brillaba en el barco distante y, después de un sorprendente intervalo, la explosión del proyectil al caer en alguna parte, cerca, pero nunca en el antiguo fuerte. El viejo cañón de Guadalupe replicaba al fuego, pero el *Cervera* estaba fuera de su alcance. Podíamos ver la salpicadura cuando el proyectil caía en el agua, muchos metros lejos del objetivo. Sentados en cómodas sillas, en el balcón, observamos la fútil batalla durante todo el día.

Aquella noche recibí una carta escrita en una hoja con membrete del alcalde de Fuenterrabía. Estaba fechada en el fuerte de Guadalupe y redactada a mano por el miembro de una distinguida familia de Madrid. Aquella misiva hacía sentir de cerca

los horrores de la guerra. Decía así:

Esta tarde el Comité del Frente Popular de Irún y Fuenterrabía nos ha comunicado, a un comité de cinco de los prisioneros, la decisión adoptada ayer, a causa de las víctimas del bombardeo aéreo de Irún y San Sebastián, de ejecutar cinco prisioneros por cada una de las víctimas inocentes de Irún. Para evitar que esto tenga lugar, hemos decidido escribir a personas de nuestro conocimiento en Navarra a fin de que ellas puedan informar al general con mando de las fuerzas de Navarra. Como yo no conozco a nadie en Navarra, me atrevo a escribir a usted, dada la gran amistad que le une a mi familia, para que pueda comunicar esto al general que manda las fuerzas de Navarra, y pueda atender a nuestros deseos.

Rogándole perdone la prisa con la cual escribo esta carta, queda su afectuoso amigo, etc.

Al pie de la hoja, el conde, buen conocido mío, y en cuya casa de campo había sido su huésped, añadió:

Mi querido amigo: Siendo yo también uno de los prisioneros, me uno al ruego de nuestro amigo y le suplico que interceda con todo buen interés en la favorable solución de esta situación, por lo cual su buen amigo le quedará profundamente agradecido.

Otro bombardeo de Irún, otro niño u otra mujer mutilados, y estos dos hombres podrían verse ante el pelotón de ejecución. Aquel día invertí horas tratando de establecer contacto con alguno de los individuos que constantemente entraban y salían de Francia para encontrarse con las fuerzas rebeldes, hasta que supe por la madre del duque de Algeciras que su yerno, el marqués del Mérito, cruzaría a primeras horas de la mañana y pararía en el hotel. Este leyó la carta, con grave expresión, a la mañana siguiente, moviendo la cabeza y murmurando: «Es terrible». Prometió entregarla.

En aquella jornada, el Cervera disparó algunos cañonazos más contra el fuerte de Guadalupe, sin producir efecto, y pronto se perdió en el horizonte. Y ese mismo día me llegó una carta del otro lado de la frontera, de la condesa de la Maza, que estaba confinada por los republicanos en el hotel Concha, en Fuenterrabía. En caso de que los enemigos de la ley controlaran la situación, me pedía permiso para refugiarse en mi villa de Fuenterrabía. Esta dama, hija del duque de Fernán-Núñez, una mujer alta, elegante, enamorada de los caballos y de la vida en el campo, era una amiga, así que accedí a lo que me pedía. Su caso, por lo que supe luego, ilustra una faceta del carácter español. Al recibir mi carta cometió la temeridad de llamar al comandante militar a su hotel para mostrársela, anunciándole que si las condiciones lo justificaban ella insistiría para que él enviase una escolta que la condujera a mi casa. Momentáneamente aturdido, él soltó la carcajada y le prometió que así lo haría. Los españoles admiran el valor y la audacia, especialmente en una mujer agraciada, y saben apreciar el humor.

Fue por entonces cuando Muñoz Seca, el comediógrafo cuyas festivas obras eran populares en Madrid, fue detenido por los anarquistas durante el período de terror y sometido a «juicio». Ganó a sus enemigos con una comedia: «Vosotros podéis quitarme la vida —dijo con voz temblorosa—, podéis quitarme la reputación, podéis quitarme mis bienes —y aquí su voz se hizo fuerte y desafiante—, pero hay una cosa que vosotros nunca podréis quitarme: el miedo horrible que siento en este momento».

La muchedumbre que asistía al «juicio» se regocijó de la ocurrencia y la vida del comediógrafo quedó a salvo.

4

Una noche San Sebastián fue cruelmente bombardeada por aire, y supe que ello desencadenaría represalias contra prisioneros rebeldes. Había sido un ataque salvaje. Todo el piso alto de un hospital de maternidad fue destruido. El gobernador invitó a los corresponsales de prensa en la frontera a visitar la ciudad y presenciar el destrozo. Jean Herbet, el embajador francés, que aún no había abandonado a sus amigos republicanos, denunció públicamente el bombardeo como un acto de barbarie y acompañó personalmente a los periodistas al lugar.

Preocupado ahora por el personal que estaba a mi servicio en Fuenterrabía, pasé al otro lado de la frontera. Encontré la población, igual que Irún, tristemente silenciosa. Todos los aristócratas veraneantes residentes en las villas, todos los enemigos de la República, se hallaban confinados en sus casas, con centinelas armados paseando arriba y abajo frente a ellas. Solamente los soldados andaban por las calles, como sombras silenciosas. En la antigua plazoleta de la calle principal, ancianas de cara arrugada ocupaban bancos bajo los árboles, haciendo punto y conversando en voz tenue. En la galería del hotel Concha, la condesa de la Maza estaba cosiendo tranquilamente. Pero en la villa encontré consternación entre las mujeres. El constante zumbido de los proyectiles de cañón sobre el monte, justamente más allá de la casa, hacía temblar el edificio, y el ruido era una tortura para los nervios. Ellas se hallaban al borde de la histeria, pero mi jefe de cocina, italiano, estaba aterrado. Ya desde el principio, todo el mundo sabía que Italia intervendría activamente en la guerra, y él vivía presa del terror mental de que una turba lo atacara debido a su nacionalidad. Su situación era penosa y le prometí llevármelo conmigo al otro lado de la frontera, pero, advirtiéndome el abyecto terror que se reflejaba en su rostro, le advertí duramente para que cambiase aquella expresión de culpabilidad y miedo si no quería hacerse sospechoso en la frontera. Con un esfuerzo supremo consiguió calmarse; cuando pasamos el puesto una sonrisa boba afloraba en sus labios, si bien sus manos ocultas seguían retorciéndose con violencia. El guardia «rojo», un corpulento y benévolo vasco, que iba en el asiento delantero, junto a Pepe, conocía la nacionalidad del cocinero y se daba cuenta con asombro del miedo que le embargaba; cuando abandonó el coche en el puente internacional, se volvió sonriendo y le estrechó la mano, al mismo tiempo que me hacía un guiño.

Entonces dispuse los planes para traer a Francia a todo el servicio, tan pronto como me fuera posible. Tres veces se habían presentado comités con el fin de hacerse cargo de la propiedad para fines militares, y una más para recoger libros que llevar al hospital, pero la mera notificación de que la villa era la casa del embajador norteamericano fue suficiente. Presentaron sus excusas y se marcharon.

5

Mientras nosotros aquella tarde nos hallábamos en Fuenterrabía, se estaba librando una batalla no muy lejos de allí, y los rebeldes fueron rechazados. Al día siguiente todo estaba misteriosamente tranquilo, excepto algunos cañonazos que disparó el *Cervera* contra el fuerte de Guadalupe, con el resultado de costumbre. Después, durante dos jornadas, silencio. Por la noche escuchamos la radio de Madrid: órdenes militares y, con demasiada frecuencia, discursos de los extremistas que se habían apoderado de la estación en los primeros días de caos y hacían un daño irreparable más allá de las fronteras. Pero principalmente se radiaba música alegre, la cual, bajo aquellas circunstancias, arrancaba lágrimas. También se escuchaban fragmentos de ópera, algo de cante flamenco y, una vez, nos emocionaron las notas conmovedoras de «El capitán», de Sousa. Siempre, al final, el «Himno de Riego», el himno de la República, dejaba oír sus notas retadoras. En medio de una rebelión, apoyada por las armas de dos naciones y por los moros, con irresponsables terroristas en las calles, por la noche era notable que no hubiese interrupción en las diversiones del pueblo. Pero aquel era un tiempo de impresionantes contrastes en todas partes. Mientras el *Cervera* bombardeaba el fuerte y la ciudad, gran número de barcos pesqueros de Fuenterrabía faenaban pacíficamente en el mar, bajo el sol, con pescadores inmóviles, indiferentes al barco rebelde, aplicados a la tarea como si la muerte no fuese nada.

La batalla de Irún se desarrollaba lentamente. Durante un día o dos hubo poca lucha, pero un corresponsal que regresaba del ejército del general Mola me informó de que en Burgos había visto tropas moras. Aunque se sabía que los moros eran enviados por miles durante aquellos días, se hacía gran esfuerzo para ocultar su presencia en la Península. Aún había en España cierto resentimiento contra ellos. El censor del ejército de Mola dio instrucciones a los corresponsales para que se refiriesen a los moros como «el ejército de Marruecos», *si es que no tenían más remedio que mencionarlos*. Pero pronto la presencia de los moros había de proclamarse desde Burgos, y la caballería mora actuaría de guardia de honor cuando el embajador de Hitler presentara sus credenciales al general Franco.

Mientras tanto, Mola mandaba refuerzos de África, principalmente de la Legión Extranjera, y artillería pesada. El ejército miliciano estaba resultando demasiado duro para los profesionales.

6

Entonces comenzó la gran lucha por la conquista de Irún. El aire se estremecía con el rugir de la artillería, el zumbido de los aviones y las explosiones de las bombas sobre la ciudad. Aquel día la Legión Extranjera, encabezando el ataque contra el improvisado ejército de los leales, se lanzó al combate con todas sus fuerzas disponibles, con la ayuda de tanques y carros blindados. Los republicanos, poco entrenados, aguantaron la arremetida sin palidecer y combatieron con espíritu y valor propios de veteranos. En un momento de la lucha volaron una carretera y, cuando los tanques rebeldes la atravesaban, quedaron atascados. A pesar de su vasta superioridad de material, entrenamiento y mando militar técnico, los sublevados solamente ganaron unos doscientos metros, sin tomar un solo punto estratégico.

Aquella noche el joven comandante de los republicanos rio con júbilo de niño y dijo que, dado que los rebeldes lo habían puesto todo y habían fracasado, Irún no sería tomado por ellos.

En la segunda jornada, la batalla no comenzó hasta las diez de la mañana, y la lucha fue intermitente. Se oía el tableteo de las ametralladoras, el estampido de las descargas de los rifles, el estruendo del cañón, la explosión de los proyectiles de artillería, y después venían largos intervalos de silencio. Aquella tarde los reclutas que luchaban por el régimen democrático tuvieron la temeridad de contraatacar, y ganaron algún terreno que habían perdido el día anterior. Y aquella noche, el capitán O'Reilly, auxiliar del agregado militar de la embajada en París, que vio el combate, me confesó sus dudas respecto a la posibilidad de que los rebeldes tomaran la ciudad.

7

Aquella tarde nos fuimos al antiguo castillo de la emperatriz Eugenia y paseamos durante dos horas por sus hermosos jardines hasta llegar al mar, donde la costa rocosa es muy pintoresca. El césped estaba encendido de trébol. A un lado y a otro, pequeños bosquecillos enmarcaban el edificio en la lejanía. Al final del parque había una pendiente que llegaba hasta el agua. A cierta distancia, al otro lado del mar, advertimos la presencia de un hombre y una mujer jóvenes, con trajes de baño, trepando por las rocas, arriesgándose hasta encontrar lo que a ellos debió de parecerles un lugar solitario. Allí se sentaron, amorosamente, mientras estremecedoras reverberaciones sacudían el aire y los proyectiles, lanzados por el *Cervera*, que se hallaba a cierta distancia de la costa, pasaban veloces silbando horriblemente sobre nuestras cabezas. Fue una escena inolvidable: el azul del cielo, el profundo azul del mar, los prados salpicados de trébol, el zumbido de las abejas, el piar de los pájaros, el infernal ruido de la batalla y los amantes, allá en la distante roca, aislados del mundo por una valla de granito, con solo el mar frente a ellos, profundamente olvidados del silbido de los proyectiles. La vida seguía su curso en medio de la muerte. Aquí estaban presentes el amor y el odio. No lejos de los prados de trébol, la juventud agonizaba en el barro.

También aquel día fracasó la ofensiva, y fracasó tan señaladamente que en la siguiente jornada todo estuvo en silencio, excepto el tronar intermitente del viejo cañón del fuerte de Guadalupe.

8

A media noche fuimos despertados por un ruido ensordecedor, y nos percatamos de que tenía lugar una feroz batalla, la primera de la guerra en horas nocturnas. En las montañas se desarrollaba un duro combate por la toma del fuerte de San Marcial. Y una luna casi llena lanzaba un dramático resplandor sobre la campiña, aunque nada era claramente visible, a excepción de los fregonazos, cuando los cañones rugían en las colinas.

Al atardecer, los rebeldes habían hecho un gran esfuerzo para apoderarse de la posición, pero, oleada tras oleada, al ascender por la ladera, encabezadas por la Legión Extranjera, las tropas eran literalmente barridas por el fuego de las ametralladoras. El ataque nocturno se había intentado por sorpresa. Bajo la protección de la oscuridad, la Legión Extranjera había ascendido por un barranco de la retaguardia y caído sobre la primera trinchera de los leales. Los hombres lucharon cuerpo a cuerpo, con granadas de mano. Pero San Marcial siguió en poder de los republicanos, y gran número de los legionarios que subieron montaña arriba nunca volvieron a bajar.

Enfurecido por sus fracasos en el empeño de tomar San Marcial, el general Mola suspendió los ataques durante tres días, amenazando entretanto con que mandaría una escuadrilla de aviones desde Pamplona para barrer Irún con bombas incendiarias. Aquel día un soldado de la Legión Extranjera escapó a Francia cruzando el río y se quejó de que habían sido obligados a llevar el peso de la batalla. Durante varios días no hubo acción, y los corresponsales de prensa, de regreso del frente, me dijeron que Mola estaba esperando refuerzos.

Dos o tres días después, cuando se reanudó la lucha, Irún fue sometido a un despiadado bombardeo, pero, a pesar de la ferocidad del ataque, los rebeldes hicieron muy pocos progresos y el resultado fue que más legionarios cruzaron el Bidasoa, hacia Francia, bajo la sombra de la noche.

El mando sublevado comenzaba a desesperar. Si una pequeña ciudad sin fortificar, defendida por pescadores y montañeses no entrenados para la guerra, no podía ser rápidamente tomada por tropas entrenadas, estaban perdidos. Mola tomó el mando personalmente. Con un ejército profesional, aunque muchos de los que lo componían eran mercenarios, y con notable superioridad de material, se efectuó una ofensiva desesperada contra San Marcial, y las defensas exteriores fueron atacadas con éxito.

Precisamente en este crítico momento, el Gobierno francés y el de Chamberlain y Baldwin se colocaron, efectivamente, al lado de Mola para romper la resistencia de los defensores de la democracia de Europa.

9

La historia todavía conserva cierta curiosidad por la génesis del plan mediante el cual las democracias europeas se alinearon ellas mismas, tercamente, si acaso ignorantes, del lado de los fascistas y contra la democracia española. En su brillante e ilustrativo libro *The Gravediggers of France* (Los enterradores de Francia), Pertinax, el más hábil y fidedigno de los periodistas franceses, cuenta una historia interesante, que voy a reproducir:

Hacia fines de julio de 1936, este diplomático, el señor De Cárdenas, embajador español [en Francia], aunque ferviente monárquico, representaba aún al Gobierno republicano de Madrid. Antes de dimitir, al parecer quería estar seguro de que la rebelión no fracasaría. Él estaba obligado, no obstante, a cumplir las instrucciones recibidas de Madrid y pidió a Blum aviación de guerra. El jefe del Gobierno francés le recibió en seguida en el Hotel Matignon y, sin sombra de duda, accedió a la demanda. «Muy bien, voy a dar las órdenes inmediatamente». El disgusto y la ansiedad del

embajador pueden imaginarse fácilmente. ¿Acaso iban los generales españoles, a pesar de las fuerzas aéreas fascistas enviadas en su ayuda, a ser derrotados a manos del Frente Popular francés? Y, lo que era peor, ¿por su propia mediación? Cárdenas buscaba frenéticamente poner palos en las ruedas sin quedar en evidencia en su papel de agente leal. Una llamada telefónica vino en su ayuda. «¿Le sería posible esperar unos minutos en el jardín?», preguntó el jefe del Gobierno. El señor Cárdenas, sin hacerse repetir el ruego, salió. Poco después volvió con esta brillante sugerencia: «En nombre de mi Gobierno, permítame que le dé las gracias por su decisión de prestarnos asistencia. Pero ¿no sería más conveniente consultar a Madrid para saber cuál es el tipo adecuado de aviones?». «Tiene usted razón. Hágame saber cuanto antes el resultado de su gestión». El embajador, seguidamente, salió hacia la embajada británica, donde tenía amigos. Convinieron inmediatamente en utilizar la prensa derechista para maniobrar. Esta puso el grito en el cielo. *Sir* George Clark, el predecesor de Phipps, no tenía pelos en la lengua, y algunos de sus funcionarios sembraron el pánico en los salones y las redacciones de los periódicos. Léon Blum e Yvon Delbos, su ministro de Negocios Extranjeros, temerosos de perder la alianza con los británicos, cayeron de cabeza en el supuesto convenio de No Intervención. Así, claudicaron ante lo que habría de ser un monopolio italogermánico para hacer la guerra en España.

(Pertinax, *The Gravediggers of Trance*)

Está claramente demostrado que este plan fue trazado en Londres y que Blum fue prácticamente víctima de un chantaje para obligarle a aceptarlo. Inglaterra retiraría la garantía de defender la frontera de Francia y de apoyar al país en una posible guerra contra Alemania, y se consideraría libre de las obligaciones contraídas en el pacto de Locarno, a menos que los franceses abandonaran su derecho, establecido por la ley internacional, de vender armas y municiones a la República democrática que ambas, Francia e Inglaterra, reconocían como Gobierno legítimo y legal de España. Esto era tanto como un ultimátum, y el Gobierno Blum se amedrentó ante la amenaza. Churchill habría querido hacernos creer que el plan fue de Blum, que actuó bajo su propia iniciativa. Cuando dos naciones tratan de cargarse mutuamente la responsabilidad, hay algo de lo que avergonzarse.

No fue una rendición completa, pues el pacto propuesto, posiblemente para limitar el alcance de la guerra, se aplicaba a todas las naciones, también a Italia y Alemania. Se propuso a estas dos, así como a Portugal y Rusia, que aceptaran dejar a un lado la ley internacional y negar al Gobierno constitucional de España su derecho a comprar armas y municiones para defenderse contra una invasión extranjera o una insurrección fascista. También estipulaba que no se enviarían armas al otro lado.

Honestamente concebida, y honestamente llevada a la práctica, esta iniciativa habría mantenido a las otras naciones fuera de la guerra española. Mientras tanto, los Estados Unidos se declararon neutrales entre las fuerzas contendientes, decretando el embargo contra la venta de armas a España. De esta manera, también nosotros le negábamos su derecho escrito en la ley internacional.

Pero esto fue solamente el principio de la traición a la democracia. En justa reciprocidad y decencia, ninguna de estas naciones del Comité de No Intervención debiera haber puesto el acuerdo en práctica hasta que todas hubieran estampado su firma. *La batalla de Irún estaba en su fase crítica; la resistencia de la ciudad era esencial para el mantenimiento de las provincias del norte; pero al instante, sin esperar la acción de Alemania, Italia y Portugal, las democracias firmaron y suspendieron todas las ventas de armas al Gobierno español. En el momento culminante de una batalla decisiva, los defensores de Irún fueron privados de medios para resistir.*

El resultado fue que, cuando escaparon a través de la frontera hacia Hendaya, porque habían agotado su munición, se encontraron con seis camiones cargados de municiones que habían sido enviados desde Cataluña por la frontera sur de Francia. Estas municiones habían sido detenidas por la no intervención en la hora crítica.

Pero Alemania e Italia no se precipitaron tanto. Puesto que británicos y franceses ya habían atado las manos de la democracia de España, ¿por qué apresurarse a atar las de uno mismo? Y así, durante días, sin estampar sus firmas en el acuerdo, continuaron enviando más armas a los rebeldes y a sus aliados fascistas y nazis: aviones, tanques, artillería. Esta manera de proceder continuaría a gran escala durante dos años.

La posición de Blum era penosa. El 6 de septiembre de 1936, en el Luna Park de París, habló de su consternación al rehusar la petición de una delegación de españoles para que levantara el embargo. «Cuando leí el relato de la toma de Irún y la agonía de los milicianos, ¿no creéis que mi corazón estaba con ellos?», preguntó. La explicación con la que trató de justificar su decisión —si él no se hubiera negado, Hitler y Mussolini habrían permitido el paso de material hacia Burgos—, era completamente absurda, pues ellos seguían autorizando el envío de ese material a gran escala, incluso en aquel momento.

Así, el pacto de no intervención se aplicó de manera deshonesto desde el primer día. Nunca, en el curso de los dos años y medio siguientes, el acuerdo sería respetado por las potencias del Eje; sin embargo, durante ese tiempo, el Gobierno legal y constitucional de España, reconocido como tal, fue obstaculizado en todos los sentidos para comprar los abastecimientos que necesitaba y por los cuales estaba dispuesto a pagar con oro.

En aquel momento se sabía positivamente que Italia estaba enviando Savoias, Capronis y Fiats a Franco, y que los «acorazados de bolsillo» de Hitler protegían los puertos rebeldes contra posibles bombardeos de la flota española. Muy pronto el acorazado alemán *Deutschland* recorrería lentamente, arriba y abajo, el puerto de Ceuta, imposibilitando la acción del *Jaime*, unidad republicana.

10

Así, en la fase crítica de la batalla de Irún, los camiones con armas y municiones para los defensores de la ciudad interrumpieron su paso por el puente internacional, y los republicanos quedaron desnudos frente al enemigo. Lo que Mola no había podido conseguir lo logró el pacto de no intervención, concebido por los Gobiernos de los pueblos democráticos. Estos asestaron un rudo golpe, perfectamente a tiempo, contra los republicanos, en un momento crucial, haciendo de esa forma imposible la defensa de todo el norte de España por las fuerzas leales.

Aquel día presencié dolorosas escenas. Centenares, miles de mujeres y niños y ancianos se desparramaban a través de la frontera, huyendo de sus hogares destruidos o arruinados, que ya no podían ser defendidos. Sin dinero, sin amigos, entraban vacilantes en una tierra extranjera, cargando todo lo que podían de sus escasos bienes. Muchas de las mujeres, ancianas, con el miedo y la miseria estampados en sus rostros, llevaban gallinas en sus brazos, su única defensa contra

la inanición. Otras acarreaban sobre sus cabezas colchones y avanzaban a tropezones. Algunas portaban miserables utensilios de cocina. Sus caras estaban marcadas por la tragedia y el horror. Padres, hijos, maridos en muchos casos acompañaban a sus familias al exilio y con estoica calma se despedían, besando a la madre o a la esposa, que lloraban amargamente. Los ojos de los hombres estaban secos. Secos, también, los de las ancianas. Ellos levantaban en brazos a los pequeñuelos para darles el último beso y, después, saludando con la mano, se volvían para seguir luchando donde fuera posible. Un zagal, con expresión triste y fatigada, permanecía sentado en una albardilla, abrazado a un perro. «¿Es tu perro?», preguntó Fredy Kelly, el escritor, que me acompañaba. El muchacho se había acostumbrado a mirar a todos los extranjeros como a enemigos, y, creyendo que el animal estaba en peligro, lo estrechó más fuertemente en sus brazos e hizo un gesto afirmativo, lanzando una mirada de desafío a su interlocutor. Impresionado por el gesto atemorizado del chiquillo, Kelly le dio cincuenta francos, una fortuna. La madre del chico corrió hacia el benefactor, con lágrimas en los ojos, y llenó su mano de besos.

Desde la playa podíamos ver a los hombres que llenaban sacos de arena en Fuenterrabía, preparándose para la batalla en las calles de Irún.

11

Al día siguiente, día 11, Irún sucumbió por falta de municiones. Algunos de los defensores, con unos cuantos cartuchos sobrantes, se mantuvieron en sus puestos y murieron luchando. Otros, más realistas, huyeron en barcas hacia Bilbao, para continuar combatiendo. Y algunos, presas de la desesperación, pegaban fuego a edificios que pudieran servir al enemigo. Esto disgustó a muchos que después aplaudirían la política de tierra quemada de los rusos.

Poco antes de evacuar, los republicanos, que serían inmediatamente descritos como salvajes, fueron a ver a los parientes de los prisioneros rebeldes que permanecían en las villas de Fuenterrabía y les sugirieron la conveniencia de abandonar la población. Las familias marcharon apresuradamente a la playa y, en las barcas de los pescadores «rojos», cruzaron el corto trecho de mar que las separaba de Hendaya. Tal fue la tolerancia y caballerosidad de los vascos republicanos. Pero al día siguiente, cuando los leales no combatientes cruzaban la frontera, eran perseguidos a tiros. Era la técnica fascista, precursora de la práctica que habría de conmover al mundo civilizado un poco más tarde. Ancianos que habían pasado a Francia se arrastraban por la carretera penosamente, con sus fardos a la espalda; las mujeres llevaban en los brazos niños y bultos. Y al otro lado, Irún ardía. Densas llamas saltaban al espacio.

12

El efecto de la caída de Irún sobre los rebeldes y sus exaltados partidarios entre mis colegas me resultaba increíble. Estos coincidían en que la guerra, prácticamente,

había terminado. Estaban seguros de que los sublevados conquistarían Bilbao inmediatamente y después se apresurarían a tomar Madrid. Por mi parte, reiteré a Washington mi convicción de que la lucha se prolongaría, porque no solo involucraba a los ejércitos, sino al pueblo.

A la sazón, después de la caída de Irún, hablando con Jean Herbette, el embajador francés, pensé que me fallaba el entendimiento o que mis oídos me traicionaban. Este socialista, cuya reputación de simpatía por el Gobierno republicano le había permitido gozar de un trato especial, sentado a la mesa frente a mí, tranquilo, aparentemente feliz, repudiaba el régimen constitucional sin el menor signo de sentimiento y me aseguraba que «los generales se unirían ahora para terminar la guerra». De la noche a la mañana, se había hecho partidario de los rebeldes.

Uno de los efectos de la caída del frente de Irún fue un cambio en el Gobierno de Madrid. Privado por la traición del ejército de los instrumentos de fuerza para mantener el orden, el problema más apremiante de Azaña era restablecerlo y proceder a la unificación de todas las fuerzas opuestas al fascismo. En su Gabinete de republicanos conservadores y demócratas, descritos por los propagandistas del fascismo como «comunistas», no había ninguno capaz de influir en los extremistas. El doctor Giral, jefe del Ejecutivo, era del partido de Azaña y carecía de ascendiente sobre los radicales, que constituían una amenaza para la unidad frente a la acción del enemigo. Con las inevitables pérdidas en las primeras fases de la guerra, antes de que alguna apariencia de orden pudiera introducirse en la confusión, existía grave peligro de que, en la desesperación, extremistas irresponsables pudieran aprovecharse del miedo del pueblo y adueñarse del poder. El problema inmediato consistía en controlar y disciplinar estos elementos e inclinarlos a marchar juntos. Pero había un hombre, políticamente importante, al que podrían seguir: Largo Caballero, que meses antes de la guerra se había aplicado a cultivar estas tumultuosas fuerzas. Era popular entre la clase trabajadora y dentro de la poderosa organización sindical socialista. Así, cuando Giral dimitió, Largo Caballero le sucedió como jefe del Gobierno.

La primera reacción fuera de España consistió en creer que los extremistas se habían adueñado del poder y que el «comunismo» tenía las riendas. Yo no compartía estas opiniones pesimistas. Si alguien podía en aquel momento de crisis agrupar los elementos insubordinados detrás de la autoridad constituida, este era Largo Caballero. Su nombramiento me impresionó como una tentativa inteligente para unir a todas las fuerzas antifascistas bajo la disciplina de un Gobierno constitucional. Yo sabía que era un hombre honesto y que no era comunista.

Mi relación con Álvarez del Vayo, el ministro de Estado, era superficial. Era un hombre muy inteligente que se había distinguido en la Sociedad de Naciones con motivo de la mediación en la guerra del Chaco. Azaña, al principio, lo nombró para la embajada de Alemania, mas, para su propia honra, el Gobierno de Hitler lo declaró *persona non grata*. Entonces fue enviado como embajador a México, donde entabló amistad con Josephus Daniels y su esposa. Su padre, el general Álvarez, había sido educado en El Escorial y en la Academia de Infantería de Toledo. Después de estudiar en la Universidad de Salamanca y en Alemania, estuvo asociado con Sidney Webb y su esposa en la Escuela de Ciencias Políticas y Económicas de Londres. Antes de la caída de la monarquía, había sido uno de los corresponsales

extranjeros más brillantes de España como representante de *La Nación*, de Buenos Aires en Berlín. Puesto que había estudiado dos años en la Universidad de Leipzig, sabía alemán. Hablaba igualmente inglés, si bien con un pronunciado acento germánico. Su mandíbula saliente, sus ojos claros y penetrantes, el vigor con que se expresaba, cortando cada palabra como con un cuchillo..., todo en él daba impresión de fuerza. Más tarde habría de poner de relieve su habilidad en la enérgica nota a la Sociedad de Naciones y en sus emocionantes y proféticos discursos ante la asamblea de la organización, en los últimos días de septiembre de 1937.

También había tratado un poco al doctor Juan Negrín antes de la guerra. Recuerdo una agradable comida con él, a la que asistieron igualmente Luis Araquistain, Jay Allen, del *Chicago Tribune*, y el príncipe Bibesco, embajador de Rumanía en España. Negrín era un distinguido hombre de ciencia, asociado desde hacía mucho con la Universidad de Madrid. Había estudiado bastante tiempo en Alemania. Poseía una interesante personalidad. Su cultura era amplia y profunda, y estaba dotado de gran habilidad; hablaremos de él más adelante. Negrín entró en el Gobierno como ministro de Hacienda no sin grandes reparos; cuando fue instado por el partido socialista, al que estaba afiliado, para que aceptara, en un principio «se negó vehementemente». Impugnó el hecho de constituir un Gobierno con una representación de la extrema izquierda de los socialistas. Previó una guerra larga, con implicaciones internacionales que podían ser decisivas, y temía que la reacción ante ese Gobierno en otros países pudiera ser perjudicial. Sometido, finalmente, a la disciplina de partido, aceptó el cargo y en el terreno de las finanzas y la economía realizó auténticos milagros durante casi tres años (Cartas de Negrín a Prieto, 23 de junio de 1939.) Era un liberal, o un progresista, y un individualista.

13

Después de la caída de Irún, la de San Sebastián era inevitable, y después de la de esta ciudad siguió un momento de calma. Los rebeldes y sus aliados, alemanes e italianos, no marcharon inmediatamente sobre Bilbao y Madrid, como muchos de mis colegas habían pronosticado. Mientras, el general Franco había asumido el mando supremo de las fuerzas sublevadas y de sus colaboradores italianos, alemanes y moros. Franco poseía cierto encanto de salón. Era un poco teatral en sus maneras y le gustaban los uniformes elegantes. Antes de la guerra me lo habían descrito, hasta en dos ocasiones, como «un buen elemento para enseñar estrategia en West Point». De baja estatura, con un rostro inteligente, pero no enérgico, vestía impecablemente y tenía un porte que complacía a sus admiradores en los círculos sociales. Pero su juicio político era deficiente y su vanidad, colosal.

La alineación para la lucha se había completado.

El frente diplomático

El cuerpo diplomático se estableció en San Juan de Luz, a veinte minutos de la frontera, en el mes de septiembre. Los ingleses habían tomado una casa antigua que daba frente a la estación de ferrocarril de Hendaya, donde el embajador tenía una original estancia, muy estrecha, por oficina. En Hendaya y San Juan de Luz se hallaban *sir* Henry Chilton, el embajador británico; Jean Herbette, el francés; Daniel García Mansilla, el argentino; Robert Everxs, el belga; Orazio Pedrazzi, el italiano, y los ministros de Noruega, Suecia, Holanda, Uruguay, Perú, China, Turquía, Polonia, Egipto, Checoslovaquia, Irlanda, Colombia, Rumanía, Venezuela y Finlandia. De acuerdo con la costumbre, las embajadas y legaciones se encontraban en la capital estival de San Sebastián cuando estalló la guerra, y la misión en Madrid estaba representada por un solo secretario o, en ocasiones, un simple portero.

San Juan de Luz, una pintoresca ciudad vasca, encantadora, y junto al mar, está saturada de historia. Se conservan reliquias que recuerdan los tiempos pasados, cuando la brillante corte de Luis XIV, y la más ceremoniosa de Felipe IV, aparecían en la villa con pompa y colorido para el matrimonio del monarca francés con la hija del rey español. La nieta de Enrique IV, siguiendo a la corte de Luis XIV con ocasión del casamiento, registra estas notas en sus *Mémoires de la Grande Mademoiselle*: «llegamos a San Juan de Luz, que era una muy agradable población. Las casas eran muy limpias, y la de la reina, en un extremo del pueblo, daba al río y al puente que lo cruza hasta Sibours, la aldea al otro lado del río donde el cardenal y la mayor parte de los cortesanos se alojaban». Esto acontecía en junio de 1660. Nunca más, durante casi trescientos años, había de verse San Juan de Luz literalmente lleno de políticos y diplomáticos; y nunca, por cierto, tan mezclados españoles y franceses. Frente al muelle de pescadores, continúa en pie el antiguo palacio donde la novia se había hospedado, y, cerca, el igualmente interesante palacio donde Luis XIV esperó el inicio de la ceremonia en la iglesia, que todavía existe y es frecuentada como un lugar de culto. En el antiguo palacio de Luis XIV, donde ahora, en las noches de verano, mozas y mozos vascos bailan, cortejan y celebran batallas de confeti, estaba la guillotina en los días del Terror.

A lo largo de los estrechos y zigzagueantes senderos, hay cómodas y pretenciosas villas. Era un placer, por las mañanas, pasear por la angosta y torcida rue Gambetta y detenerse ante los escaparates de las tiendas, pequeñas y pulcras. Bajo los árboles, en el bar Vasco, hombres y mujeres se sentaban a tomar cócteles, al mediodía y por la noche, chismorreando con la malignidad acostumbrada en las playas veraniegas. En las colinas cercanas, rodeadas por un encantador panorama rural, se destacan villas de tejados rojos, y a una milla se encuentra el famoso campo de golf de Chantaco, en cuyos alrededores se elevan lujosas quintas rodeadas de jardines.

Fue aquí donde nos establecimos, bajo un aguacero, en la villa Eche Soua,

proyectada para ofrecer bellas perspectivas. Está situada sobre una altura, al borde del campo de golf. Los techos, muy altos, y las enormes vigas vascas, son típicos. Grandes ventanas de un sólido cristal ofrecen la vista de la ondulante campiña, con verdes pastos moteados de ovejas, y tierras bien cultivadas con campesinos arando, bosquecillos y ganado pastando a la sombra. En lontananza se perfilan los Pirineos. Incluso en los días lluviosos, el panorama es alegre, con el viento azotando la lluvia en olas de bruma que cruzan los campos.

2

Los meses transcurridos allí trajeron algunas penosas desilusiones. Yo había supuesto que las naciones que reconocían al Gobierno republicano se abstendrían por lo menos de realizar activa, abierta y militante propaganda en favor de sus enemigos. Pero desde el primer día de la guerra, una elevada proporción del cuerpo diplomático estaba agresivamente alineada con aquellos que se oponían a la democracia española. De Alemania, Italia y Portugal podía esperarse, naturalmente, que ignoraran al régimen constitucional y se mofaran de su carácter democrático. Podía yo incluso comprender que naciones democráticas, considerando la lucha como una «guerra civil», adoptaran una política de neutralidad y se mantuvieran al margen. Pero cuando la complicidad de las potencias del Eje se hizo evidente, era incapaz de entender cómo diplomáticos presumiblemente en representación de naciones democráticas competían altivamente con sus colegas fascistas en la dura hostilidad hacia el Gobierno ante el cual estaban acreditados y en extravagantes glorificaciones de las invasoras armas alemanas e italianas.

Convencido tempranamente de que la alianza de Hitler, Mussolini y Franco marcaba el comienzo de una audaz tentativa de barrer la democracia en toda Europa, estaba sorprendido ante la complacencia de algunos de mis colegas y disgustado por las rudas parcialidades profascistas de otros.

Con el problema de alcance mundial y claramente definido que oponía totalitarismo y democracia, observé que al mismo tiempo que los representantes diplomáticos de los estados totalitarios eran agresivamente fascistas, una sorprendente proporción de diplomáticos de las naciones democráticas eran o cínicamente indiferentes a la democracia o abiertamente antidemocráticos en espíritu, como revelaban en sus conversaciones. Llegaba yo a la conclusión de que aquella era una razón primordial de la larga y funesta procesión de victorias diplomáticas del fascismo, que hacían una nueva guerra mundial inevitable, y consideraba que la salvación de la democracia y de la sociedad libre exigía que no fuese tolerado en el servicio diplomático de un Estado democrático ni un solo elemento que no fuese convencido militante demócrata.

La existencia de verdaderos demócratas entre los jefes de misión diplomática acreditados en España era indudable; pero, intimidados por la violencia del abuso de la autoridad constituida, y encontrándose en minoría, la mayor parte de ellos se refugiaron en el silencio. Es una ironía que los representantes diplomáticos de todas las naciones que pronto habrían de ser holladas por el tacón de hierro de Hitler sonriesen abiertamente a la cruzada totalitaria contra la democracia en España. Un

ministro que había sido amigo particular mío llegó al extremo de dejar de hablarme al comienzo de la guerra, debido a mi actitud; su país se engancharía pronto al carro de su ídolo, que supuestamente estaba «salvando al mundo del comunismo». Como ya he dicho, Jean Herbertte, representando falsamente a Francia, se había pasado con armas y bagajes al bando de Franco y sus generales, al cabo de tres semanas. Mi colega británico, *sir* Henry Chilton, se manifestó violento contra los republicanos desde el primer día y, habitualmente, los llamaba «rojos». Cuando se retiró, Geoffrey Thompson, un brillante diplomático, le sucedió como encargado de negocios; él sí entendió la significación de lo que estaba en marcha e informó sobre lo que vio, no tengo de ello la menor duda, a Whitehall. Pero fue pronto relevado. Para los demócratas, la extraña capital de San Juan de Luz era más bien un lugar solitario.

3

Desde el primer día de la guerra resultó evidente que se hacían esfuerzos para utilizar el cuerpo diplomático como una plataforma para la propaganda fascista. El *doyen* del cuerpo, que era el embajador de Argentina, era un decidido partidario de los rebeldes. Era un gracioso anciano de barba y cabellos blancos. Sus ojos eran azules y alegres, y hablaba en voz baja y melosa, frotándose las manos. Estoy seguro de que aceptaba la propaganda de los nazis y los fascistas como verdades del Evangelio, y que su mente estaba herméticamente cerrada para cualquier información favorable al Gobierno ante el cual estaba acreditado o desfavorable a sus enemigos.

Hasta en los círculos diplomáticos se contaban las historias más increíbles. Estoy seguro de que uno de mis colegas tenía absoluta certeza sobre lo que me decía cuando afirmaba que Madrid estaba siendo defendida por «cincuenta mil rusos». Un embajador con quien hablaba, en una sastrería de Bayona, sobre la conducta escandalosa de una parte del cuerpo diplomático en Madrid, me intrigó con su explicación acerca de un alemán en Bilbao, que había sido espía en la Primera Guerra Mundial y ahora servía en la capital vasca como cónsul de Austria. Había sido detenido en el muelle con un maletín que contenía detallados planos del puerto y de las obras de defensa, listos para ser enviados a las autoridades militares de Salamanca. Fue capturado, debidamente juzgado, hallado culpable y ejecutado. «¡Oh, sí! —dijo mi colega, bajando la voz en tono confidencial—. Acabo de oír la verdadera historia del incidente por boca de *un alemán*, en París. Parece ser que este buen señor, el cónsul, durante sus muchos años de estancia en Bilbao, había tenido una obsesión por el puerto, y se divertía dibujando planos para un ataque o una defensa de la ciudad. Como usted ve... —y su voz sonaba con profunda simpatía—, como usted ve, era meramente su pasatiempo. Pero desgraciadamente para este buen señor, algunos de los planos que había dibujado, y con los que se divertía en sus momentos de ocio, fueron encontrados, fue detenido por los rojos y ejecutado».

Yo sabía a ciencia cierta que aquel cónsul había sido detenido en el muelle con el maletín dentro del cual se hallaban los dibujos de sus «momentos de ocio» destinados a los rebeldes de Salamanca. Por un momento creí que su excelencia me estaba tomando el pelo, pues, de hablar en serio, habría tenido más astucia y, en

lugar de citar a un alemán como fuente de información, se habría referido a un inglés, que sin duda habría servido mejor su propósito. Lo miré, esperanzado de que me hiciera un guiño. Pero él parecía muy triste. Y me asaltó la duda de si el servicio diplomático del mundo estaba dignamente representado con semejantes sujetos.

4

El *doyen* vivía en Ciboure, sobre una colina a la que se accedía por una carretera de curvas peligrosas, y fue allí donde se celebraron una serie de reuniones del cuerpo diplomático. Durante los tres años anteriores a la guerra no habían tenido lugar encuentros formales en Madrid, pero ahora, por algún tiempo, se organizarían en rápida sucesión, y cada uno de ellos estaba destinado claramente a desacreditar al Gobierno legal. La primera de estas reuniones, la convocada al cabo de un mes de haber comenzado las hostilidades, lo fue con el declarado propósito de ofrecer la mediación. El efecto de semejante ofrecimiento en aquel momento habría consistido en proclamar públicamente por los representantes de todas las naciones que los rebeldes y el Gobierno legítimo se hallaban en un nivel idéntico de legalidad. Era ciertamente un deliberado insulto contra el Gobierno republicano, un insulto destinado a desacreditarlo lo antes posible. Como yo no podía conciliar mi presencia con ninguna apariencia de neutralidad, me negué a asistir. Mientras tanto, otros impugnaron lo inoportuno de semejante gesto, de modo que la reunión se redujo a un pasatiempo, y el plan fue abandonado. Yo sé que el embajador británico recibió instrucciones de Londres de no tomar parte en aquel conciliábulo.

Poco después supe por Eric Wendlin, tercer secretario de mi embajada en Madrid, que una tentativa semejante de utilizar al cuerpo diplomático con afán propagandístico contra el Gobierno tenía lugar allá. Los encargados de negocios italiano y alemán actuaban, se movían entre sus colegas para conseguir la inmediata salida *en masse* de la capital de los miembros que se hallaban allí, alentando el cierre de las embajadas y legaciones, con el gesto de quien se va dando un portazo. El evidente propósito era crear la impresión de que el Gobierno legal había perdido la lucha antes incluso de empezar. El plan estaba apoyado por los dos países notoriamente aliados de los sublevados, que buscaban un pretexto para reconocer a Franco lo más rápidamente posible. El encargado de negocios cubano denunció esta estrategia por lo que significaba, y fue abandonada.

Mientras tanto, en San Juan de Luz, las actividades de muchos elementos del cuerpo continuaron febriles y claras. El anunciado propósito de la segunda reunión fue que los diplomáticos se ofreciesen como intermediarios para el canje de prisioneros. Tal actitud resultaba sospechosa. Las cárceles de Madrid estaban llenas de enemigos declarados del régimen constitucional, espías potenciales y delatores si se les dejaba en libertad. Ningún Gobierno en la tierra habría tolerado que se movieran libremente a su voluntad, en semejantes circunstancias. El general Mola había alardeado de que estos constituían la «quinta columna» de Franco, destinada a actuar desde dentro cuando Madrid fuese atacado desde fuera. Pero si Franco tenía prisioneros, nadie podía señalar uno solo que tuviera la más ligera importancia política. Los corresponsales de prensa que prestaban servicio en el ejército rebelde me

informaron de que ni un solo republicano, demócrata, líder obrero o socialista de la más mínima relevancia había conservado la vida en las zonas conquistadas, para evitar que «provocaran después conflictos». Los diputados socialistas capturados mientras recorrían sus distritos habían sido «liquidados». Resultaba imposible en esta coyuntura considerar un posible éxito en esta cuestión; sin embargo, el plan ofrecía una oportunidad para la propaganda.

Así, se propuso anunciar públicamente que el cuerpo diplomático haría un esfuerzo, movido por el «interés humanitario». Entonces, con esta idea grabada en la mente de todos, el Gobierno republicano sería requerido en primer lugar, y únicamente en caso de que aceptara, sería ocasión de presentar el plan a los rebeldes. Puesto que los republicanos indudablemente rechazarían la proposición unilateral, Franco no sería molestado por un requerimiento. ¿Declararían, entonces, los diplomáticos que su plan humanitario había sido desbaratado por la negativa de la autoridad constituida? Estaba bien claro que, al inmiscuirse en esa cuestión sin ser invitado, el cuerpo provocaría un merecido rechazo. Tampoco asistí a la reunión ni firmé la nota.

Cuando, a su debido tiempo, el Gobierno republicano rechazó la iniciativa, con la mordaz sugerencia de que si el cuerpo diplomático estaba interesado en prestar sus humanitarios servicios, quizá debía ofrecer alguna idea a los generales rebeldes que habían sumido a un pueblo pacífico en un mar de sangre, no me sorprendió observar que los iniciadores del plan se sentían claramente complacidos. La curiosidad me indujo a asistir a la reunión convocada para determinar la versión que se daría a la prensa. La declaración que yo había previsto estaba preparada ya para ser aprobada. Me negué a firmarla, sugiriendo, en cambio, una mera nota en la que se expresara que el esfuerzo del cuerpo diplomático había sido hasta entonces ineficaz, pero que estaría dispuesto a realizar cualquier servicio humanitario *cuando fuese requerido por ambos bandos*.

Justamente en aquel instante se presentó el embajador Camisa Negra.

Orazio Pedrazzi había sido un conspicuo camisa negra antes de la marcha de Mussolini sobre Roma en un coche *pullman*. Se comportaba como un bravucón. Entró en el salón de la villa en Ciboure con la indiferencia de un reconocido maestro entre sus discípulos, se sentó y comenzó a hablar en voz alta. Muchos de mis colegas escuchaban con lo que parecía reverente silencio. Era como si una institutriz muy amada estuviera contando cuentos para hacer dormir a sus pequeños. Nos hallábamos en el comienzo del período en que toda Europa estaba ansiosa por arrodillarse ante Mussolini. Pedrazzi propuso —parecía una proposición— que el cuerpo diplomático se limitase a declarar que el Gobierno de Madrid había rechazado la humanitaria oferta.

—Bueno, eso resuelve el problema —dijo el ministro de Colombia, que se sentaba a mi lado.

—¿Qué es lo que resuelve? —pregunté.

—Lo que vamos a dar a la prensa —dijo.

—¿Pero, quién lo decide? —volví a preguntar.

—¡Vamos! ¿No oyó usted al embajador italiano? —preguntó, a su vez, mi colega, lleno de sorpresa.

Por supuesto, lo había oído, pero no escuché ni una palabra de aquiescencia, ni

tenía yo entendido que el enviado de Mussolini hubiese sido nombrado representante de la opinión y la palabra del cuerpo diplomático. Me negué a firmar la nota de propaganda y abandoné la reunión. Por diversas razones, al final, no se dio nada a la prensa.

Indudablemente, Pedrazzi era acreedor a la más alta consideración de Mussolini. Durante las primeras semanas parecía dominar un número asombroso de representantes del cuerpo, y entre ellos no era desdeñable la cantidad de diplomáticos procedentes de naciones presumiblemente democráticas. En la pequeña ciudad de San Juan de Luz, iba a obtener un triunfo romano. Cuando, ya sin esperanza de tomar Madrid, lo que habría sido la señal evidente para el reconocimiento de Franco, Hitler y Mussolini acordaron reconocerlo sin razón, Pedrazzi se convirtió literalmente en un león. García Mansilla, el embajador argentino, concibió la brillante idea, como decano del cuerpo, acreditado ante el Gobierno republicano, de despedirlo con resonantes vítores, omitiendo, naturalmente, los de: «¡Duce! ¡Duce!». En el bar Vasco, el lugar más conspicuo de la población, frecuentado por corresponsales de guerra, se organizó una cena de despedida que podía muy bien interpretarse como una celebración, por parte del cuerpo diplomático, del reconocimiento del Gobierno rebelde otorgado por Mussolini. La mayor parte de mis colegas asistieron a la cena en homenaje al embajador que había insultado al presidente del país donde estaba acreditado, que había conspirado contra el orden constitucional que tenían reconocido y cuyo Gobierno, el italiano, se había puesto abiertamente del lado de los sublevados. En mis seis años en España no se había dispensado semejante honor especial a ninguno de los colegas que se marchaban de España, y Pedrazzi era un individuo nuevo en el cuerpo y no particularmente popular. Yo no asistí a la fiesta.

5

Al principio de la guerra, Gil Robles, dedicado a la propaganda política desde su quinta de Guéthary, a diez minutos de San Juan de Luz, recibió orden del Gobierno francés de trasladarse más al norte; pero él decidió irse a Portugal. Se suponía que Francia no permitiría la utilización de su frontera como base de operaciones contra la autoridad constituida que reconocía en España.

Cuándo y por qué esta política fue rectificada, no lo sé; pero rectificada sí lo fue. Las autoridades rebeldes abrieron sus oficinas en la villa Nache Enea, en San Juan de Luz, donde se instaló un cuerpo entero de funcionarios. Muchos se sorprendieron de tal descaro. La estrecha calle frente a la villa se hallaba con frecuencia congestionada de coches militares, y los mensajeros iban y venían desde la casa a los cuarteles generales de Burgos y Salamanca. Un día, un periódico de París protestó, y se organizó un espectacular redada, pero «no se encontró nada» que indicara que la casa no fuese «simplemente una residencia particular». Tan ocurrente declaración del Gobierno francés fue recibida en los bares de la población con risas disimuladas. Al siguiente día, la villa zumbaba de nuevo con su actividad habitual. Transcurrieron meses, y otra redada fue ampliamente publicitado, con el anuncio de que esta base de los rebeldes había sido clausurada; pero a la mañana siguiente todos los

funcionarios estaban, como de costumbre, en sus despachos.

A unos kilómetros de allí, en Biarritz, el conde de los Andes realizaba las funciones de agente de Franco sin ser objeto de la menor molestia. No fue sino hasta después de un año de empezada la guerra cuando las quejas dieron algún fruto y una orden de París, a la que se dio mucha publicidad, lo obligó a alejarse de allí. Pero la verdad es que no se movió ni un centímetro. La opinión pública podía ser engañada por un anuncio de prensa.

La culminación de esta extraña historia de complacencia de los franceses para con la quinta columna, que terminaría por arrojar a Francia bajo las botas de Hitler y del infame Laval, llegó con la misteriosa hazaña de Troncoso, el comandante de Franco en Irún, con quien el embajador francés mantenía buena amistad. En el puerto de Brest se hallaba anclado un destructor del Gobierno español, después de haber sido reparado, y este tipo digno de las novelas de Dumas fraguó los planes para apoderarse de él en las mismas narices de la policía francesa. El plan fracasó, y algunos de los conspiradores fueron detenidos.

Al día siguiente, Troncoso se presentó ante la policía de Hendaya, alardeando de que él había concebido y dirigido el osado intento de hacerse con el destructor. En otras palabras, confesó a las autoridades francesas haber cometido un crimen grave contra las leyes y la dignidad de Francia. La aturdida policía gala escuchó en respetuoso silencio y le permitió fanfarronear y cruzar la frontera sin chistar.

Cuando este incidente se hizo público, hubo cierta consternación en los círculos oficiales de París, y alguien habló en voz baja de una posible destitución de funcionarios demasiado complacientes. Y justamente entonces, Troncoso pasó otra vez la frontera para exigir la inmediata libertad de su chófer, que en realidad no era otro que un marqués que permanecía retenido a raíz del intento de Brest. Esta vez el propio Troncoso fue detenido.

En aquellos días parecía que la quinta columna francesa dominaba al Gobierno de Francia. El incidente Troncoso, no obstante, sobrepasaba todos los límites. Mientras me dirigía hacia mi oficina, una mañana contemplé un gran cartel con el nombre de Herbertte en grandes letras, y me acerqué a leerlo. Era una acusación contra el embajador francés, al que calificaban de «traidor a Francia», y una petición de la mayoría de los partidos políticos de la región para que fuese destituido, bajo amenaza de aplicar, en caso contrario, «acción directa» el sábado siguiente. El viernes, París anunció su dimisión. Herbertte se retiró a Suiza.

6

En los círculos sociales de la costa vasca no había nada que remotamente se pareciera a la neutralidad. El lugar, lo que popularmente se conoce como una playa internacional de moda, era agresivamente franquista, increíblemente hostil a Roosevelt y simpatizante de Mussolini. No era extraño escuchar allí grandes elogios de Hitler; oficiales de uniforme cruzaban ruidosamente la frontera desde España para ir a cenar al café París, apartando a su paso los coches de otras personas hacia las aceras. Esta atmósfera no causaba particular sorpresa. Los hoteles y villas estaban atestados de refugiados españoles de la nobleza y la aristocracia, y un

forastero que paseara por la playa de San Juan de Luz habría creído hallarse en una ciudad española, puesto que la mayor parte de los transeúntes que pasaban por su lado hablaban en español. Todos ellos llenaban el bar Vasco de San Juan de Luz y el bar Sonny en Biarritz a las horas del cóctel para intercambiar impresiones y noticias. La mayor parte había cruzado la frontera al principio de la rebelión, y muchos habían llegado del territorio leal por medios tortuosos, para asentarse en Biarritz mientras durasen las hostilidades. Formaban la claqué franquista en la costa vasca.

Pero la incesante glorificación de la causa fascista no se reducía a estos círculos, aunque, a decir verdad, los españoles eran más recatados que sus simpatizantes de otras naciones democráticas. Pocos de estos últimos tenían verdadero conocimiento de España o de sus problemas y penalidades políticas. Estoy seguro de que, en su ignorancia, aceptaban la propaganda de que, allí, todo el que no estaba con los rebeldes era un «comunista», que la lucha era entre la propiedad y la «anarquía», entre los socialmente puros y las sucias multitudes, entre los infieles y Cristo. Se diría que la ideología democrática era algo anticuado. Una noche, en una fiesta, una chismosa dama se acercó hasta mí y me preguntó:

—¿Es usted fascista, verdad?

—No.

—Entonces, ¿es usted comunista? —chilló, con expresión de horror en su rostro.

—¿Ha oído usted por casualidad, señora, hablar alguna vez de un demócrata? —pregunté.

Con un altanero arquear de cejas dio media vuelta y se fue, sin duda alguna para entender el rumor de que el embajador norteamericano era un «rojo».

Al final, llegué a dudar de si el patriotismo, en esas circunstancias, tenía menos que ver con el país que con la clase social. Intrigado por el histerismo de un embajador de una nación democrática y de su chocante apoyo a los rebeldes en los primeros días de la rebelión, le pregunté por qué era tan intensamente despiadado. «Debemos estar del lado de nuestra clase», me contestó. No estaba seguro yo de que los derechos de propiedad fuesen tan sacrosantos en Berlín y Roma.

Tan extravagante era esta inclinación de la gente distinguida por los fascistas, que durante meses se oyó decir que Italia se había convertido en la potencia más grande de Europa y que rápidamente aplastaría al Imperio británico, y todo esto con un aire de satisfacción. Cuando un barco inglés era bombardeado por un avión italiano, con frecuencia escuchaba expresiones de satisfacción; cuando un barco mercante era obligado por la fuerza de los cañones a dirigirse a un puerto rebelde, eran frecuentes los comentarios chistosos en los bares. Los insultos de la prensa del Eje contra estadistas como Robert Cecil, Winston Churchill y Lloyd George, y contra la democracia, eran recibidos por muchos con sonrisas de aprobación. A lo largo de la costa vasca francesa, los enemigos más peligrosos de Francia vivían una edad de oro. Poco después, cuando las hordas de Hitler inundaron el territorio galo, fue curioso observar la precipitación con la cual los campeones de la causa del Eje de otros tiempos plegaron sus tiendas y huyeron. Dejaron atrás sus hermosas villas, donde se acomodaron los oficiales nazis, como huéspedes libres de pago.

Con San Juan de Luz como centro de esta etapa internacional, la zona se llenó de espías, y nadie podía estar seguro de que su compañero no fuese un soplón. Los agentes hervían en los bares, y mencionar la guerra y advertir, al instante, cómo se

producía el silencio en las mesas cercanas llegó a ser una distracción favorita.

De todos modos, yo no conozco un lugar más encantador, en verano o en invierno, como la costa vasca francesa. Los funcionarios de la localidad eran sumamente corteses con los diplomáticos. Incluso la Nache Enea estaba con frecuencia dispuesta a facilitar el cruce de la frontera a España de aquellos que, de acuerdo con nuestras reglas, tenían derecho a ello. Luis de Irujo, marqués de los Arcos, un amigo mío, más tarde mi colega en Chile por algún tiempo, invariablemente amable, se acomodaba en San Juan de Luz; y el vizconde Momblas, a quien había conocido y me agradaba como jefe de la sección cultural del Foreign Office, era mucho más afable en Biarritz.

7

A todo esto, de Madrid llegaban increíbles relatos sobre nuevas actividades de algunas de las embajadas y legaciones de allí. Con sus edificios llenos de quintacolumnistas de Mola, enemigos del régimen, no pocos arrendaban otras casas, despleaban las banderas de sus países como medida de protección y las llenaban también de quintacolumnistas. Cuando una de las embajadas estaba repleta de «huéspedes», el personal empleado en ella recibía órdenes de llenar sus propios departamentos. Estos «huéspedes» pronto ascendieron a miles.

Después, la cosa se puso peor. Flotando desde Madrid, llegaban rumores de que los alojados en estas embajadas y legaciones estaban pagando. Todo esto se había discutido con extrañeza en San Juan de Luz —discutido en voz baja—, cuando se supo que uno de aquellos «residentes» que había pagado hospedaje se dedicó a la peligrosa diversión de arrojar una bomba de mano sobre algunos soldados que pasaban por la calle. Cuando los asombrados milicianos corrieron hacia la casa para investigar, fueron recibidos a tiros desde una de las ventanas. Enseguida tomaron la vivienda y detuvieron a sus ocupantes. Algunas de estas sedes diplomáticas, efectivamente, cobraban una cantidad por derecho de admisión a los «huéspedes», de acuerdo con la capacidad financiera del «inquilino» en cuestión. Este pagaba por entrar; generalmente, también por residir, pues, de cuando en cuando, se solicitaban donativos para «aplacar a los milicianos», según se les informaba falsamente. Cuando los milicianos actuaron en el caso mencionado, un embajador profascista de un país democrático emprendió, en nombre del cuerpo diplomático, la misión de reclamar del Gobierno la debida intervención. La acción de la policía se describió como un «ultraje».

Álvarez del Vayo replicó dando a conocer una copia del telegrama que el Ejecutivo envió al ministro de Negocios Extranjeros de Finlandia, cuya legación era la implicada en el incidente:

A primeros de diciembre —decía— fue lanzada una bomba desde la casa usada como un anexo por la legación de Finlandia. Nadie fue herido. El día tres otra bomba fue lanzada desde la misma casa, ocasionando heridas a un niño que pasaba por la calle. Tales actos se repitieron, agotando la paciencia de las autoridades. Estas realizaron un escrupuloso registro del edificio, pero cuando se acercaron a él, fueron recibidas por fuerte tiroteo de fusil, de que resultó herido uno del grupo. Logrando entrar, finalmente, se hallaron 525 españoles, muchos de ellos de filiación falangista... La

autoridad confiscó fusiles, pistolas, ametralladoras y bombas.

Estos actos demuestran que una parte de la quinta columna se esconde en ciertos edificios, bajo la inmunidad de pabellones extranjeros, con dudosa invocación de un principio humanitario permitido por el Gobierno. Esto constituye un escandaloso abuso de las prerrogativas diplomáticas. Por consiguiente, rogamos la dimisión e inmediata salida de Madrid del señor Cachero.

La contestación del portavoz del cuerpo diplomático pro nazi en Madrid fue penosamente tibia: «Estoy seguro de que reconocerá el peligro que representa permitir a la prensa que continúe publicando artículos que pueden afectar a la seguridad de otras misiones», a la cual, adecuadamente, podía haberse añadido «...que incurren en el mismo flagrante abuso de los privilegios diplomáticos».

Otro incidente que también suscitó una indignada queja fue el registro del consulado del Perú, donde se halló una estación de radio, algunos mensajes de Burgos y comentarios hostiles al régimen. El ministro peruano convirtió en virtud su protesta, alegando que los quintacolumnistas «deseaban escuchar las noticias oficiales de la estación de Salamanca», y él les había negado el permiso.

Al final, la situación se hizo intolerable, y el 13 de octubre de 1936, Álvarez del Vayo recordó a los diplomáticos que «el derecho de asilo constituye una forma de dar refugio por medio del cual el refugiado tiene la posibilidad de encontrar en una embajada extranjera un amparo temporal», solamente temporal. Esta interpretación es la de los Estados Unidos e Inglaterra. Un hombre en inminente peligro de muerte, perseguido por una turba, puede buscar refugio en una embajada o una legación, las cuales están facultadas para devolverlo a las autoridades constituidas. Pero los diplomáticos entregados a la protección en masa de los quintacolumnistas no seguían ni siquiera las reglas suscritas en La Habana, las cuales prescriben que los jefes de misión que acepten refugiados deberán notificar inmediatamente la cantidad de los mismos al Gobierno. «Con una sola excepción —escribía el ministro—, ninguna de las representaciones diplomáticas acreditadas en Madrid ha comunicado al Gobierno los nombres de las personas a las cuales están dando refugio». En verdad, la mayor parte de ellas consideraban un mérito ocultar la identidad de sus «huéspedes». Álvarez del Vayo fijó entonces la interpretación del Gobierno sobre el derecho de asilo.

1. Se podrá conceder asilo solamente en casos urgentes, y solo durante el tiempo que sea necesario al refugiado para encontrar seguridad en otra parte.
2. El agente diplomático deberá notificar al Ministerio de Estado acerca de las personas a las cuales haya extendido asilo.
3. El Gobierno podrá reclamar que los refugiados sean evacuados del país dentro del tiempo más breve posible; y el agente diplomático del país que ofrece asilo podrá pedir las necesarias garantías de protección para la seguridad de la salida del refugiado.
4. El refugiado no podrá ser desembarcado en ningún lugar dentro del territorio nacional.
5. Mientras dure el asilo no se permitirá a los refugiados enrolarse en ninguna actividad que vaya en detrimento del orden público.

Álvarez del Vayo terminaba bruscamente:

La concesión de asilo ha dado lugar a muchos abusos notorios, los cuales, por sí mismos, constituyen una violación de los términos del tratado de La Habana. El Gobierno desea notificar a los miembros del cuerpo diplomático que no tolerará por más tiempo esos abusos y no vacilará en

procurar que sean castigados.

Esta nota, correcta en todos sus detalles, cayó, no obstante, como una bomba en el cuerpo diplomático, sin embargo, tuvo poco efecto, y los quintacolumnistas siguieron bajo la protección de los pabellones extranjeros durante toda la guerra.

En sus memorias, Álvarez del Vayo dice que «dos embajadas, las de Estados Unidos y Gran Bretaña..., se negaron a tomar refugiados» y que «en todos los sentidos la conducta de la embajada de los Estados Unidos fue ejemplar». Describe mis propósitos y mi conducta como «muy diferente de aquella mayoría de [mis] colegas» y añade que mi «opinión de que la paz de Europa dependía grandemente de una victoria republicana es por ahora un secreto a voces» (*Freedom's Battle* [La guerra empezó en España]).

El irresponsable que lanzó la bomba desde la legación finlandesa puso el juego al descubierto, y todo el mundo se divertía hablando del nuevo negocio. Como muchos de los huéspedes de pago salieron y llegaron a Biarritz con el pasaporte falso que habían comprado, más de un compañero se desternillaba de risa al oír los jocosos relatos de los estraperlos.

Un día vinieron a verme dos españoles a San Juan de Luz, y me contaron lo que les había sucedido en una embajada que había hecho un negocio lucrativo con este comercio fraudulento. Ambos habían pagado una suma reducida por ser admitidos, pero, a intervalos de pocos días, su «anfitrión» aparecía y amablemente les anunciaba que, puesto que los milicianos mostraban un interés inquietante, sería necesario hacer una colecta para «aplacarlos». El dinero era reunido e iba a parar a los holgados bolsillos del humano diplomático. Al final, se hicieron los arreglos con el Gobierno para ser evacuados. De camino hacia la costa, el individuo de la embajada que los acompañaba para su «protección» se les acercó dos veces demandándoles dinero para, de nuevo, «aplacar» a los oficiales, que «actuaban sospechosamente». El colmo llegó cuando, próximo ya el final del viaje, el agregado volvió a dirigirse a ellos: «Ahora —dijo zalameramente— tenemos que reunir el dinero para sus pasajes». Aunque ellos sabían que las gestiones para que viajaran en un barco británico enviado para ese fin ya habían concluido, viendo el final de la huida tan cercano y antes de provocar un espectáculo, se sometieron otra vez al «diplomático estraperlista».

Pocos años después, cuando yo ya era embajador en Chile, durante la Segunda Guerra Mundial, se hizo circular la historia de que yo había permanecido en el balcón de la embajada fumando tranquilamente un cigarrillo y presenciando el asesinato de hombres que clamaban junto a la puerta de entrada a la sede diplomática. Aparte de que el edificio carecía de balcón, de que yo no fumaba cigarrillos, de que no me encontraba en Madrid durante la guerra y de que nadie fue asesinado a las puertas de la embajada, por lo demás era una buena historia. No hice caso de la mentira fascista, pero Henry Halfant, de la legación de Rumanía en Madrid en aquel tiempo, denunció la absurda calumnia en una carta que envió a la prensa y que más tarde incluyó en un libro suyo.

Cuando el cónsul honorario de Austria en Bilbao fue detenido en el momento en que trataba de sacar los planos de defensa de la ciudad para hacerlos llegar a Salamanca, el Gobierno vasco impuso ciertas restricciones a los movimientos de algunos de los consulados que había en la ciudad, aunque sin demasiada prisa. Un abogado español que actuaba como cónsul de un país bajo dictadura se presentó en San Juan de Luz para convencer al cuerpo diplomático de que se uniera a su protesta. En su conversación conmigo se descubrió como un fascista fanático. Me negué a unirme a la iniciativa, y finalmente no tuvo lugar ninguna protesta.

Aquella noche, en una cena celebrada en la población, a la que asistió dicho individuo, presencié una escena propia de una novela de Oppenheim. El cónsul que, en San Sebastián, era representante de un Estado totalitario, entró en el comedor y se llevó aparte al de Bilbao; hablaron durante un buen rato en voz baja. La entrevista había sido convenida previamente, y al final de la conversación, de tono susurrante, el de San Sebastián salió de manera apresurada. Esto ocurría al tiempo que se ultimaban los planes para el ataque a Bilbao. Yo no podía sino asombrarme de que el cónsul de esta última ciudad se hubiera librado del pelotón de ejecución, cuando me di cuenta de cuán fácilmente podía transmitir información militar a las autoridades rebeldes de Salamanca por medio del representante fascista de San Sebastián. Ello me convenció de que la inmunidad diplomática en la guerra española encubrió una multitud de crímenes políticos. Y llegué a la conclusión de que, en la extraña historia de la quinta columna de Mola, una parte del cuerpo diplomático acreditado ante la República debería reclamar, como un derecho merecido, por lo menos mención deshonrosa.

El terror: La epopeya de Madrid

Durante los primeros meses de la guerra, España tuvo su reinado del terror. Privada por la deserción del Ejército y de la Guardia Civil de las fuerzas que cualquier Gobierno, en cualquier parte, habría necesitado para el mantenimiento de la ley y del orden en medio del pánico y el desbordamiento de pasiones, las autoridades legales de Madrid y Barcelona fueron incapaces de prevenir los desmanes de los extremistas y de los elementos criminales que inevitablemente hay en cualquier gran centro de población. La capital rebosaba de enemigos del Gobierno cuando el ejército rebelde, que disfrutaba de todas las ventajas militares, se acercaba. Bajo el pretexto de defender al régimen, estos, en realidad, principales y peligrosos enemigos del mismo decidieron actuar. Cuando, en los primeros días, los anarquistas, en posesión de la radio, lanzaban a Europa y a los Estados Unidos feroces discursos, la causa republicana sufrió un daño irreparable. Fue durante aquellas jornadas cuando grupos de criminales, fingiéndose agentes de policía, llamaban a las puertas en la oscuridad de la noche, saqueaban las casas y con frecuencia arrastraban a los propietarios y los asesinaban en las calles. Fue una oportunidad de oro para las venganzas personales. La mujer agraviada por un desaire denunciaba a su amante, quien pagaba con la vida el delito de su inconstancia.

Con el tiempo, ciertos grupos anarquistas tuvieron sus prisiones propias, desconocidas para el Gobierno, a las cuales eran conducidas las víctimas, que, sometidas a la farsa de un tribunal revolucionario, algunas veces eran condenadas a muerte. La hija del vicealmirante Salas me contó su propia experiencia. Detenida, fue hecha prisionera y juzgada dos veces. Se encontró en una pequeña estancia, frente a tres «jueces» sentados detrás de una rústica mesa de pino. La interrogaron durante horas, la insultaron con sucias insinuaciones y, después la mandaron a dormir sobre el suelo de piedra de una celda. Salvó su vida por la intervención de tres miembros del partido socialista y de Prieto, quienes se habían enterado de su calvario. Se descubrió el lugar de su encierro y el Gobierno exigió que fuese entregada a un tribunal, que le impuso una multa de dos mil pesetas y la dejó en libertad.

Durante estos primeros meses los anarquistas ateos prendieron fuego a las iglesias y mataron a algunos curas, aunque el número fue muy exagerado en la prensa extranjera. Mientras no dispusieran de un verdadero ejército nacional, las autoridades eran incapaces de hacer frente a la situación. Un amigo mío que coincidió con Azaña por aquel tiempo lo halló presa de una furia impotente. El doctor Juan Negrín, ministro de Hacienda, había corrido hasta un pueblo vecino para rescatar a cierto número de personas que habían sido condenadas, librándolas a tiempo de un destino trágico. Cuando masas descontroladas, inspirándose en los acontecimientos más lamentables de la Revolución francesa, comenzaron a atacar las prisiones y a asesinar a los reclusos, Negrín y otros ministros durmieron durante

algunos días en la cárcel a fin de protegerlos en la medida de lo posible. Esto sucedió después de que una turba irrumpiera en una de las cárceles y asesinara a algunos detenidos. En vista del hecho de que en esta coyuntura el Gobierno leal era impotente para poner coto a los desmanes, lo ocurrido no le puede ser imputado. No obstante, tuvo lugar otro incidente cuya responsabilidad sí descansa sobre el Gobierno. Un joven, hijo de un destacado socialista, pero que luego resultó ser comunista, había sido nombrado jefe de la policía de Madrid. Cuando el Gobierno se trasladó de Madrid a Valencia, este joven comunista, por su propia cuenta, dio órdenes para que muchos prisioneros de la capital fueran conducidos hacia otras cárceles situadas fuera. En ruta hacia la nueva prisión, los detenidos cayeron en manos del populacho, que los asesinó uno a uno. Es muy difícil creer que el jefe de policía comunista no estuviera mezclado en la conspiración que culminó en aquellas muertes. Personalmente, no tengo duda de ello. El jefe responsable del Gobierno se hallaba a muchos kilómetros y no supo nada de las órdenes de traslado hasta el momento en que se enteró de la matanza. Una matanza que constituye el mayor crimen de la guerra que puede achacarse a los leales.

Después, cuando se restableció el orden, tanto Azaña como Negrín admitieron francamente estos desmanes e hicieron recaer la responsabilidad de los mismos sobre el ejército sublevado, con cuya deserción había dejado al Gobierno sin los instrumentos de fuerza con los cuales poder hacer frente a situaciones semejantes. Hacia fines de agosto de 1936, los ciudadanos fueron advertidos para que no admitieran a nadie en sus casas y se les pidió que telefonaran a la policía ante la presencia de alguna banda de radicales; pero durante algunas semanas los robos y asesinatos continuaron, hasta que al final, en medio del caos, fue creado un ejército nacional y el Gobierno pudo afianzarse. Después de esto, cesaron semejantes fechorías.

2

Estas escenas de horror en Madrid se vieron multiplicadas en Barcelona, plaza fuerte de los anarquistas durante generaciones. Allí, más que en ninguna otra parte, la furia de la multitud se volvió contra el clero, las iglesias fueron atacadas y saqueadas y algunos curas fueron muertos. Peor aún, las tumbas de los sacerdotes fueron profanadas. Dos tipos de individuos cometieron estos crímenes relacionados con la religión: los anarquistas, que son ateos, y criminales, que atacaban los templos, simplemente para saquearlos.

Al advenimiento de la República, algunos obispos españoles habían vertido ataques contra el régimen y la democracia. (*The New York Times*, 17 de agosto de 1931). El cardenal Gomá había ordenado a los católicos que votaran contra las fuerzas republicanas dirigidas por Azaña en la campaña electoral de 1936. Como los curas vascos se negaron a obedecer sus consignas, gran número de ellos fueron expatriados. Dos prelados de la alta jerarquía, Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona, y el obispo de Vitoria, que no firmaron el manifiesto, serían expulsados del país poco después por Franco, y el último de ellos murió en el exilio, en Francia. Estos incidentes explican en parte el resentimiento de los republicanos, embarcados

en una guerra defensiva. Pero la magnitud de este encono difiere radicalmente dependiendo de qué parte del pueblo se trate. Tengo ante mí una información confidencial del agente de una gran organización humanitaria que rindió un buen servicio salvando niños del hambre. Estaba destacado en Murcia. «Es verdad —dice— que nunca vi a un sacerdote en indumentaria civil, pero una hora después de conocerse las noticias del colapso del Gobierno había muchos curas en las calles de Murcia. Habían estado allí, evidentemente, todo el tiempo, y seguramente las autoridades estaban enteradas de ello. Nosotros vivíamos en un tercer piso y al otro lado de la calle residía un anciano. Lo veíamos con frecuencia en la azotea, leyendo. Cuando llegó el cambio de Gobierno, se puso tranquilamente sus vestiduras de párroco y se fue a la calle. A los que no se dedicaban a espiar o eran del servicio de espionaje se los dejaba tranquilos». Este agente leyó informes de prensa acerca de entierros de republicanos, también de miembros del Ejército, «celebrados conforme al rito católico». Yo sé por experiencia personal que en Barcelona numerosos sacerdotes fueron salvados por el Gobierno catalán. Conozco esto por las palabras autorizadas de uno de ellos, que me contó su historia en San Juan de Luz. Dicho sacerdote debía la vida al presidente Luis Companys, que halló los medios para ocultarlo de las masas y lo ayudó a atravesar la frontera francesa. Los únicos religiosos, por lo que he podido saber, muertos a sangre fría *por la autoridad y no por la turba* fueron los quince curas vascos que cayeron bajo los pelotones de ejecución fascistas.

La historia del asesinato de monjas era pura propaganda sin base. Para evitar crímenes monstruosos como estos, el Gobierno se incautó de una finca cerca de Valencia, donde muchas religiosas vivieron durante la guerra sin ser molestadas en su culto. Cosían y hacían labores de punto para los pobres. El American Friends Service Committee en Murcia tenía monjas que trabajaban para él, vistiendo sus hábitos. En Totana, el alcalde republicano, encargado de la cantina bajo la inspección del citado organismo, pidió permiso para destinar a las monjas a los servicios de alimentación, que, según dijo, se hacían «para satisfacción de todos».

Es cierto que hubo saqueos en las iglesias durante los primeros días de la guerra, pero se hicieron todos los esfuerzos para evitarlo. Otra vez he de referirme a un miembro del Friends Committee, cuyo conocimiento en esta materia es absoluto.

Se me dio la oportunidad de visitar la catedral de Murcia durante el período del Gobierno leal. Teníamos que disponer de un pase, un requerimiento razonable, pues el enorme edificio estaba lleno de tesoros religiosos *traídos de los pueblos para su salvaguardia*. Había habido complicaciones en los primeros días de la guerra debido a que gente irresponsable se aprovechó de la situación para llevar a cabo robos. Había muchas cajas cerradas llenas de vestimentas sacerdotales y otros objetos de culto, muchas imágenes de madera de Cristo, la Virgen y los santos. Todo esto fue almacenado en la parte de la catedral donde los muros eran más gruesos, para que estuviera seguro en caso de bombardeo. Estoy bien enterado de que varios individuos que habían robado y saqueado templos fueron detenidos y castigados por los funcionarios republicanos.

Hubo bastantes crímenes en ambos bandos durante el Terror, pero los cometidos en territorio leal por anarquistas y asesinos no tuvieron la aprobación de la autoridad constituida.

Los que se produjeron en la zona rebelde fueron menos pregonados por la prensa extranjera, pues desdichado del corresponsal que se atreviera a mencionarlos. Pero la horrible carnicería de Badajoz se ha convertido en un episodio clásico. Cuando grandes contingentes de individuos escapaban hacia Portugal, fueron obligados a volver atrás para hallar la muerte, y los moros salpicaron la escalinata y hasta el altar de la catedral con sangre cristiana. Un representante de un servicio de noticias de radio apeló a mí en busca de ayuda para encontrar a un fotógrafo militar de su equipo, al que suponía en peligro de muerte. Algunos oficiales de baja graduación le dieron permiso para tomar fotografías de Badajoz después de la carnicería, cuando casi era imposible andar por algunas calles estrechas sin tropezar con cadáveres. Las imágenes eran repugnantes; cuando fueron exhibidas en París, el servicio de espionaje informó a Burgos y el fotógrafo fue detenido y enviado «a alguna parte del territorio rebelde».

Puesto que esta masacre a gran escala es cobardemente negada, está indicado presentar las pruebas de los periodistas que visitaron la impresionante ciudad. Un corresponsal especial de la agencia Havas escribió el 10 de agosto:

Particularmente en la plaza yacen numerosos partidarios del Gobierno que fueron puestos en fila y ejecutados contra los muros de la catedral. La sangre había corrido a ríos por el pavimento. En todas partes se encuentran lagos de cuajarones.

Reynolds Packard, corresponsal de la United Press, publicó su información el 15 de agosto de 1936 en el *Herald Tribune* de Nueva York:

Tan pronto como eran detenidos, los defensores republicanos eran ejecutados en masa, y los milicianos, dándose cuenta de que les esperaba una muerte cierta si eran apresados, continuaron luchando, a pesar de que la ciudad había sido tomada la noche antes.

Un corresponsal especial de *Le Temps* de París, enviado desde la vecina ciudad de Elvas, en Portugal, publicó su información en el famoso diario, también el 15 de agosto de 1936:

Los milicianos y los sospechosos detenidos por los rebeldes fueron ejecutados inmediatamente. En el momento presente unos mil doscientos han sido muertos, acusados de resistencia armada o de crímenes graves. Yo vi el pavimento frente a la comandancia militar cubierto de sangre de los ejecutados y todavía sembrado de sus gorras y objetos personales. La catedral, donde se refugiaron numerosas familias, está en desorden, pero no ha sufrido desperfectos. Los milicianos capturados en el coro fueron ejecutados de cara al altar mayor, ante el cual yacían empapados en su sangre. Las detenciones y ejecuciones *en masa* en la plaza de toros continúan.

En relación con esto, dicho corresponsal añade la significativa declaración de que, cuando la ciudad fue tomada, «trescientos ochenta prisioneros políticos (fascistas) fueron puestos en libertad, sanos y salvos», pero no hubo prisioneros republicanos; estos fueron conducidos en masa a la fosa sin celebración de juicio. El 17 de agosto de 1936, el corresponsal especial de la agencia Havas escribe otra vez desde Elvas, en Portugal:

Continúan las ejecuciones en masa en Badajoz. Se considera que el número de personas ejecutadas excede ahora de mil quinientas. Los ciudadanos han sido muertos por docenas.

Todo eso por lo que respecta a Badajoz.

La matanza y los asesinatos que en los primeros días de la guerra se cometieron en el Burgos que yo conocía tan bien, por su atmósfera serena y religiosa, no figuraron en manera alguna en la prensa extranjera. El primer nombramiento de Franco allí fue el del general Martínez Anido, para que mantuviese el orden público. Nadie podía dudar del significado de esta elección, puesto que Martínez Anido sirvió despiadada y cruelmente en el mismo puesto bajo la dictadura de Primo de Rivera. Salvador de Madariaga dice de él que «no tenía nada que aprender de la Gestapo». Fue en Burgos donde, el día después de comenzar la guerra, dirigentes de los sindicatos fueron detenidos y liquidados con rapidez. Ruiz Vilaplana, presidente del Colegio de Secretarios Judiciales de la provincia, fue convocado por el Gobierno rebelde provisional y permaneció en la ciudad, relevado de sus deberes durante meses. Ruiz Vilaplana ha contado su relato en un libro, *Doy fe* (titulado en la edición inglesa *Burgos's Justice*). Cuando se encontraban cadáveres, como sucedía cada amanecer, su deber consistía en examinarlos y suministrar informes; se hallaban principalmente en las afueras de la ciudad. Durante la noche los prisioneros eran sacados de la cárcel en camiones y ejecutados sin celebración de juicio. Una y otra vez Vilaplana encontraba en los cadáveres la delatadora presencia de la cuchara de la cárcel. Él mismo tenía que dar fe en los documentos para la «libertad» de prisioneros que pasaban de sus celdas a la tumba. Una vez vio sacar de la cárcel a sesenta prisioneros en grupos de veinte. Incluso el hermoso monasterio de cartujos de Miraflores, que yo conocí, se vio mezclado en el sangriento asunto cuando los monjes protestaron porque un bosque que había detrás del convento había sido convertido en lugar de ejecución.

La matanza de los leales en las islas Baleares ha sido descrita para la posteridad por el brillante escritor católico Georges Bernanos, quien, con simpatías profascistas al comienzo, llegó a sentirse tan asqueado por los horrores que presencié que se fue del país y escribió una obra llena de autenticidad, *Los grandes cementerios bajo la luna*.

Los asesinatos de republicanos en Sevilla han sido relatados por el señor Bahamonde, oficial al servicio, durante un año, del general Queipo de Llano, como director de propaganda. Al igual que Vilaplana en Burgos y Bernanos en Baleares, se sintió tan horrorizado que, aprovechando una misión, abandonó el barco en Holanda y escribió su libro: *Un año con Queipo de Llano*.

Ni las leyes de la humanidad ni las de la civilización se tuvieron en cuenta en los primeros días de la lucha. Un corresponsal me contó cómo, en cierta ocasión, quince soldados republicanos iban en un camión que se extravió y se metió en campo rebelde. Dándose cuenta de su error, levantaron los brazos como prueba de que se rendían. Unos minutos después se oyó una descarga del pelotón de ejecución. El corresponsal levantó las cejas a modo interrogativo.

—Terminado —dijo el oficial, encogiéndose de hombros.

Posiblemente, el asesinato más repugnante en aquellos primeros días de la guerra fue el de García Lorca, poeta, dramaturgo, uno de los genios de España, liquidado por elementos fascistas. Cuando pocos años después, en Santiago de Chile, vi a

Margarita Xirgu, la distinguida actriz española, representar algunas de las obras de teatro de García Lorca, la idea de aquel estúpido crimen daba náuseas.

Más horrible aún fue la ejecución de la esposa de Ramón Sender, gran escritor español. Era una mujer católica, hija de una familia conservadora, pero su esposo estaba luchando con los republicanos, y esto fue suficiente. Detenida en las oficinas del gobernador civil, llevaba un mes presa cuando se presentó un sacerdote para confesarla; después fue conducida al cementerio y ejecutada.

4

Los crímenes de los leales no fueron cometidos por verdaderos partidarios del Gobierno. Los anarquistas y los sindicalistas de la extrema izquierda formaban grupos hostiles al fascismo y a la invasión extranjera, pero estuvieron apartados del régimen democrático de la República, como lo habían estado de la monarquía. Ninguna consideración tenían ni por la una ni por la otra; tampoco sentían simpatía por la verdadera democracia, y eran enemigos tanto de Azaña como de los socialistas. En los primeros días de la guerra, estos anarquistas alborotadores prestaron un inestimable servicio a los rebeldes con sus furiosas arengas, sus tumultos y asesinatos, sus incendios de iglesias y sus ataques a curas, su siembra de disensiones en la retaguardia. Con el tiempo, su inconsciente cooperación con los sublevados se convirtió en motivo de chistes en el monólogo de una comedia de un teatro de Madrid. Un infeliz, decidido a poner fin a su vida, se corta las venas de las muñecas, pero es conducido rápidamente a una clínica de urgencia y salvado. En vista del fracaso, decide envenenarse con una droga, pero el farmacéutico, que andaba escaso de existencias, le da unos polvos inofensivos. Desesperado, al fin, decide presentarse en un centro anarquista en el palacio de Fernán-Núñez y gritar: «¡Viva Franco!». Eso, piensa, significará una rápida sentencia de muerte. Deslizándose por delante del centinela de la puerta, sube hasta una estancia donde había un grupo de anarquistas conversando. «¡Viva Franco!», exclama el desesperado suicida. Los anarquistas se quedan sentados por un momento en silencio. Después, uno de ellos se pone el dedo en los labios para indicarle silencio y dice en voz queda: «No tan alto, camarada; el centinela que está abajo en la puerta es republicano y podría oírte».

Es cierto que no pocos fascistas y enemigos del régimen se introdujeron en las filas anarquistas para estimular la comisión de excesos que pudieran utilizarse en detrimento de la causa democrática.

5

Con la deserción del Ejército al principio, el problema para el Gobierno de cómo disponer de tropas para la defensa parecía desesperanzador. La única solución temporal consistía en utilizar los partidos políticos y grupos antifascistas como base de la fuerza combatiente. Cada formación, sindicato o sector agrupó a sus miembros en unidades de combate. Estas incluían, junto con los partidos republicanos y

democráticos, a los comunistas y anarquistas. Pero así no se creaba un ejército; tan solo un conglomerado de unidades militares sin un jefe supremo que coordinara. Cada grupo tenía su mando y no reconocía a otro superior. Cada uno tenía su bandera, y no todas las banderas eran precisamente las de la República. Ninguna de aquellas divisiones era lo suficientemente fuerte como para emprender una acción ofensiva y, en ausencia de un liderazgo único, era imposible unir las a todas en un momento de crisis. Cada colectivo permanecía en su sector y protagonizaba prodigiosos episodios de valor; pero si uno se hallaba angustiosamente apurado y necesitaba refuerzos, los otros no se movían, y no existía una jefatura capaz de conseguir que se movieran. El ejército miliciano era el caos.

Azaña, Martínez Barrio, Prieto, Negrín sabían lo que se necesitaba y trataban de unificar a todos estos grupos, pero durante meses la obstinación de algunos lo hizo imposible. Cómo un «ejército» como aquel fue capaz, durante meses, de resistir los golpes de las entrenadas tropas rebeldes, la Legión Extranjera, los italianos fascistas y los nazis alemanes es uno de los grandes milagros de la historia.

6

En medio del caos que reinaba en la capital, Franco inició su marcha sobre Madrid. La defensa de la capital había sido absolutamente descuidada. En Toledo, al principio, algunas luchas violentas en las calles habían empujado a los enemigos del Gobierno a refugiarse en el granítico palacio del Alcázar. Allí había monárquicos, fascistas, oficiales del Ejército y reaccionarios de importancia. Una historia fantástica se divulgó pronto y dio pábulo a una falsa idea sobre el asedio del alcázar. El mundo exterior fue alimentado con la sugestiva leyenda de que la pétrea montaña que era el alcázar fue defendida por jóvenes cadetes, ya que el edificio se utilizaba como escuela militar. La verdad es que los alumnos estaban de vacaciones y entre los mil cien hombres que combatían allí no había más que veinte o treinta jóvenes. Esos combatientes, no simples cadetes, como se afirmó, estaban bajo el mando del coronel Moscardó, un destacado jefe del Ejército al que conocía personalmente.

Aviones rebeldes atacaron la ciudad, destruyendo la antigua posada de Cervantes y arrasando una parte de la histórica plaza. El Gobierno pidió que se permitiera salir del alcázar a las mujeres y a los niños, pero sus ruegos fueron vanos. Se ofreció cuartel si se rendían. Monseñor Enrique Vázquez Cámara, un brillante predicador, fue enviado desde Madrid para negociar la evacuación de niños y mujeres, pero sin éxito; y después de celebrar misa, oír algunas confesiones y bautizar a algunos recién nacidos, regresó a la capital. El elocuente predicador, al igual que ciertos otros sacerdotes, fue después empujado al exilio y murió diez años más tarde en un monasterio francés. Al final, tomada Talavera y con los rebeldes avanzando a grandes pasos, se hizo estallar una mina; las colinas de la antigua ciudad temblaron y una gran parte del palacio fue reducido a una masa de ruinas. Pero los que se hallaban dentro se habían retirado a un sector que no resultó afectado por la destrucción.

Y así aconteció que los moros y los legionarios pudieron pulular por las angostas calles de la antigua ciudad. Por segunda vez en la historia, los moros entraron en

Toledo, invitados por los españoles, y las escenas resultantes de tal suceso difícilmente pueden considerarse cristianas. Unos pocos milicianos que se mantuvieron en sus puestos fueron apresados y ejecutados, no tomados prisioneros. Webb Miller, el gran periodista norteamericano, que se hallaba en Toledo, me contó que vio en las calles numerosos muertos con la cabeza cortada —la influencia civilizadora de los moros «salvando a la cristiandad»—. A este mismo periodista le propusieron la compra de joyas, por una bicoca, y cuando preguntó a los moros de dónde las habían sacado, estos señalaron la casa particular que habían saqueado. Le sorprendió encontrar a muchos de ellos adornándose con la insignia del Sagrado Corazón de Jesús, que habían robado.

Fue entonces, acompañado por el bramido de las sirenas de alarma, cuando Franco apareció para escenificar la victoria y perder tiempo ante fotógrafos de prensa, tiempo que hubiera aprovechado mejor de haber apresurado la marcha sobre Madrid, ciudad que se hallaba entonces enteramente abierta para él y completamente desprevenida.

7

En San Juan de Luz esperábamos la rápida caída de Madrid, donde las fuerzas defensoras estaban desorganizadas, desentrenadas, miserablemente equipadas. Pero se perdieron semanas y, entretanto, los madrileños realizaron milagros. Francisco Herrera, editor de *El Debate*, me comentó que la capital no sería tomada hasta octubre. Por entonces, pensaba él, la resistencia madrileña sucumbiría. Otro miembro de la redacción de *El Debate* me contó que Franco estaba conteniéndose para permitir a la población que huyese vía Alicante. Pero afirmaba que Madrid podía ser tomada por asalto si era necesario. ¿No tenía Franco tanques y aviones alemanes de último modelo? A su debido tiempo ordenaría una demostración aérea sobre la ciudad, como advertencia de los futuros horrores que esperaban a su pueblo si seguía obstinado en defenderse. Decía que la ciudad sería tomada probablemente el 12 de octubre, el Día de la Raza y la fiesta de la Virgen del Pilar, la patrona de España.

Pero el Día de la Raza y de la fiesta de la Virgen del Pilar los rebeldes no se encontraban más cerca de la ciudad que antes, y los defensores estaban infinitamente mejor preparados para hacer frente al ataque. Se había impuesto más orden, junto a una disciplina militar más firme, y el pueblo no perdía su racial alegría y se apegaba a sus diversiones, hasta que Álvarez del Vayo atacó el espíritu de fiesta ante la inminencia de la batalla.

Las fuerzas de Franco, con aviones y tanques alemanes e italianos, avanzaban rápidamente hacia la capital. Las defensas exteriores cayeron, pues los cuerpos de los hombres no podían aguantar ante tantos y tan modernos adelantos de destrucción.

El 20 de octubre de 1936 vi a Herbette, el embajador francés, quien confirmó que no se había enviado material de guerra al Gobierno desde la firma del célebre pacto de no intervención, y que indudablemente no había entrado material de combate adquirido en Rusia por las fronteras de su país. Mientras tanto, soldados y pertrechos de Italia y Alemania sí llegaban para Franco.

Miles de hombres se congregaban ahora para abrir trincheras en las afueras de la ciudad y más aún trabajaban febrilmente para salvar las obras maestras del Museo del Prado, amenazadas por la aviación enemiga. Bajo la inspección del director de la pinacoteca, un regimiento del Ejército estaba atareado empaquetando, guardando en cajas y trasladando las piezas de arte. No se regatearon fondos para este propósito. Algunos de los tesoros de menos valor fueron enterrados en los sótanos bajo hileras de sacos de arena; otros fueron enviados a Valencia; otros, depositados en arcas en el Banco de España, hasta que se dieron cuenta de que la humedad era excesiva y entonces se trasladaron a otro lugar. En todo el mundo, los amantes del arte se horrorizaban al leer en la propaganda fascista que los tesoros del Prado «eran enviados a Rusia».

Los rebeldes avanzaban, encabezados por los moros. Illescas, pueblo situado a mitad del camino de Toledo a Madrid, donde yo había ido con frecuencia para ver cuadros del Greco, cayó en sus manos. Los republicanos combatían desesperadamente para rechazarlos. Entonces, un cambio inesperado, una asombrosa exaltación de la moral de los defensores, al tomar la ofensiva, determinó la captura de una ciudad de valor estratégico cerca de Aranjuez, lo que dejó libre la línea de ferrocarril entre Valencia y Madrid. Hubo para ello varias razones.

El pacto de no intervención obligaba a todos los firmantes a no vender armas y municiones a ninguno de los bandos en lucha en España, y el embargo americano servía al mismo fin. Esto había sido rígidamente impuesto al Gobierno republicano, el cual, según la ley internacional, tenía derecho a comprarlas; pero nada obligaba a los enemigos del Gobierno, y Alemania e Italia enviaban tanques, artillería, municiones y soldados al campo de Franco, con el conocimiento cierto del Comité de No Intervención, el cual ni siquiera protestaba. Las autoridades españolas presentaron acusaciones, con pruebas, ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones, el 9 de octubre de 1936, las cuales, irónicamente, fueron remitidas al citado Comité.

Cuando el pacto se hubo convertido en una farsa indigna, Maxim Litvinov, el representante ruso en el Comité, anunció abiertamente que, a menos que una de las partes que seguían interviniendo cesara de hacerlo en una fecha estipulada, Rusia no se consideraría ligada «en un grado mayor que cualquier otro de los firmantes del pacto». No se hizo nada, y Rusia comenzó a vender tanques y aviones a los republicanos. Pero se los *vendía*, no se los regalaba.

Hasta entonces, invariablemente preguntaba yo a los corresponsales de guerra del frente sobre el material extranjero, y, sin excepción, todos decían haber visto muchos aviones italianos y alemanes, tanques, cañones y soldados, pero nada procedente de Rusia. La cantidad de lo adquirido a los rusos se había exagerado burdamente.

Efectivamente, ningún material ruso apareció hasta cuatro meses después de que la

entrada en España de aviones, tanques e incluso hombres enviados por Hitler y Mussolini resultara absolutamente evidente. Entonces las fuerzas del Eje actuaron de modo inmediato y, tras el hundimiento del buque de carga ruso Komsomol por un submarino italiano, se hizo imposible obtener más material bélico de Rusia, excepto a través de la frontera de Francia, lo cual era muy difícil.

Más importante para los leales fue disponer de algunos soldados entrenados. Desde el comienzo de la guerra, jóvenes de muchas naciones llegaron a España para luchar al lado de los leales. Algunos eran meros soldados de fortuna; había aventureros dispuestos a luchar simplemente por la paga; otros eran, sin lugar a duda, comunistas procedentes de otras naciones europeas; pero la mayor parte eran tan solo antifascistas deseosos de combatir contra las fuerzas de Hitler y Mussolini. Entre ellos había numerosos británicos, alemanes, italianos, franceses y no pocos norteamericanos. En este último grupo se encontraba el hijo de Ring Lardner, que había venido a España como periodista y, comprendiendo la significación del combate, prestó sus servicios a la causa antifascista y dio su vida por ella. Recuerdo a un joven procedente de Louisville que se había distinguido en el Colegio de Swarthmore, y había dejado las aulas por los campos de batalla porque creía que en España se decidiría la suerte de la democracia europea. Combatió y murió luchando. Y no era más comunista que el cardenal de Toledo.

Había muy pocos soldados rusos en el ejército republicano. Hubo unos cuantos aviadores y técnicos, y yo supe de un oficial de esta nacionalidad que entrenaba a los reclutas. Pero nunca, en ningún momento, hubo en España más de quinientos rusos. Cuando la comisión de la Sociedad de Naciones inspeccionó la evacuación de todos los extranjeros en la España leal, a requerimiento del Gobierno republicano, encontraron solamente ciento cincuenta rusos. Esto me consta; los miembros de la comisión, impresionados por la propaganda de Goebbels, entraron en España esperando engaños y salieron convencidos de la honestidad de los gobernantes republicanos.

Los voluntarios procedentes de distintas naciones constituyeron la famosa Brigada Internacional. Colocados en sus puestos en la línea de fuego, hicieron retroceder al enemigo. Por un tiempo este cuerpo salvó a Madrid, pero el hecho de que un comunista alemán estuviera al mando, y que muchos de los soldados fueran comunistas de Alemania, Italia y Francia, aunque no rusos, habría de utilizarse con fines propagandísticos para crear en otros países la impresión de que todos los leales eran comunistas. Después, cuando comenzó a asumir demasiada autoridad, el comandante de la brigada sería relevado.

Permítaseme exponer mi impresión sobre el papel que desempeñaron los comunistas. Nunca he creído que el comunismo pudiera echar raíces en España, debido al intenso individualismo del pueblo. Poco después de mi llegada, cuando el Gobierno se hallaba en el momento de establecer relaciones diplomáticas con Rusia, pregunté a Fernando de los Ríos, ministro de Estado, la razón por la cual el reconocimiento se había demorado tanto tiempo. Me contestó que, al caer la monarquía, Moscú tenía

la impresión de que la situación de pobreza de los campesinos y los obreros españoles sería terreno abonado para que el comunismo prendiera en España, y, consiguientemente, enviaron hombres y dinero; pero al cabo de un año se dieron cuenta de que el comunismo era extraño al carácter español y perdieron interés. El ministro me explicó que mientras Moscú mantuviera una propaganda activa contra el régimen, el reconocimiento era imposible, pero con el cese de la campaña, se convertía en razonable e inevitable por razones comerciales.

Al comienzo de la contienda, Rusia envió a Marcel Rosenberg, su representante en la Sociedad de Naciones, como embajador a Madrid. No dudo de que Moscú tenía la impresión de que, aprovechando el caos de la guerra, le sería posible progresar en sus fines, cosa imposible en una situación normal. Rosenberg llegó a Madrid cuando el régimen republicano era atacado abiertamente por las naciones del Eje y cuando la no intervención y el embargo norteamericano habían dejado a los leales desposeídos de defensas frente a su enemigo. Llegó en una dramática y oscura hora, prometiendo armas y municiones, como parte de su política de oposición a Hitler. Naturalmente, el hombre de la calle, presa de gran irritación, lo recibió con cordialidad y agradecimiento, si bien esta natural recepción fue utilizada eficazmente por la prensa extranjera como prueba de que quienes permanecieron fieles a la República eran todos comunistas. Después, cuando Inglaterra y los Estados Unidos acogieron calurosamente a Rusia como un aliado contra las potencias del Eje, nadie insinuó que fuesen comunistas. Este tipo de propaganda de Goebbels que afirmaba la cercanía de los republicanos demócratas de España con el comunismo, fue tratada por Azaña en su gran discurso de Barcelona, el 18 de julio de 1938, cuando dijo:

Es indicado exponer algunos de los errores en que se basan los ataques armados contra la República. Había, en primer lugar, un error de información, agrandado y explotado por los propagandistas: el error de creer que nuestro país estaba en vísperas de ser sometido a una insurrección comunista. Todos sabemos el origen de esta leyenda. Es una especie exportada de Alemania y de Italia con el fin de encubrir más graves empresas. Una insurrección comunista en 1936. El partido comunista era el de más reciente formación y el menos numeroso de todos los partidos proletarios de España. En las elecciones de febrero obtuvo menos del cuatro por ciento de los votos registrados en las urnas. ¿Quién iba a hacer la revolución? ¿Quién iba a apoyarla? Aun suponiendo que alguien pensara en semejante hecho, ¿con qué fuerzas sería llevada a cabo? Ante una amenaza de esa naturaleza, o de otra similar contra el Estado español, el cual no era comunista ni estaba de ninguna manera en vías de convertirse en tal, la lógica habría de haber aconsejado que todas estas fuerzas políticas y sociales, temerosas ante esta supuesta amenaza, se agrupasen en torno al Estado para defenderlo y formar un solo cuerpo alrededor del mismo, porque, después de todo, el Estado era completamente de la clase media.

Es verdad que en cierto momento se dio a los comunistas representación en el Gobierno, debido a la necesidad de unificar todas las fuerzas antifascistas en medio de una crisis de enorme gravedad; de la misma forma que los comunistas entrarían en el Gobierno en Italia y Francia después de la Segunda Guerra Mundial. El único comunista en el Ejecutivo de Largo Caballero y Negrín cuyo nombre había escuchado fue Jesús Hernández. Era comunista desde los catorce años y había sido adiestrado en Rusia. Lo poco que sabía de él no era precisamente impresionante. Que obedecía a Moscú es cosa que él mismo ha admitido. Sin embargo, Hernández nos cuenta en su libro que, cuando Moscú dio orden de ir contra Prieto, nadie

favoreció tal ataque, excepto la Pasionaria. Hacia el final de la guerra, cuando los republicanos luchaban desesperadamente contra una abrumadora desproporción en cañones, aviación y municiones, Moscú recurrió a procedimientos de chantaje para forzar ciertas concesiones, y entre los comisarios destinados al Ejército había demasiados comunistas, pero al lado de cada uno de estos había un oficial ajeno a esta filiación política para controlar sus acciones. La estrategia constituyó una importante contribución a la propaganda fascista. «Hacer concesiones o enfrentarse al hecho de que Rusia cese de vender armas», eso era más o menos lo que decían. Pero incluso Hernández reconoce en su libro que esta ayuda fue completamente insignificante: «Si durante las primeras semanas de la guerra, Stalin nos hubiera enviado armas en vez de técnicos y asesores, habríamos derrotado al enemigo de una vez para siempre», escribió. Más significativa aún es otra de sus declaraciones: «Moscú deseaba terminar la guerra española con el fin de entrar en negociaciones con Hitler». Negociaciones que culminarían pronto en el pacto de alianza entre Rusia y Alemania. Si el mundo ha aprendido un hecho, más importante que ningún otro, desde 1945, es que la inclusión de comunistas en una combinación política para fines electorales en frentes populares es fatal.

Al final de la guerra española, cuando los verdaderos líderes de la República, Azaña, Martínez Barrio, Largo Caballero, Negrín, Aguirre, Fernando de los Ríos, Prieto encontraron refugio en países democráticos como Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y México, y líderes de la oposición constitucional, Lerroux y Gil Robles, se desterraron voluntariamente en Portugal, los únicos españoles admitidos en Rusia que apoyaron la causa republicana fueron unos pocos comunistas que, con la excepción de Pasionaria, enseguida se desilusionaron. Hernández salió pronto y fue expulsado del partido. Ha contado la historia de su decepción en su libro.

El temperamento español no es compatible con el comunismo.

11

En San Juan de Luz se nos aseguró que Franco tomaría Madrid el 5 de octubre de 1936, puesto que esta fecha había sido anunciada en Salamanca. Pocos días antes, ya había estado a las puertas de la capital. Yo me encontraba en casa de la condesa Nostitz, cuando el ayudante del general Mola se presentó y, después de una breve conversación con la dama, se fue. Le había contado que habrían podido tomar Madrid dos días antes, pero que por «razones políticas» habían pospuesto el triunfo. No me fue posible conocer esas «razones».

Ciertamente, el enemigo se acercaba cada vez más. Los moros y la Legión Extranjera estaban en los suburbios. Los leales preparaban la defensa de la capital, casa por casa. Pero el pueblo se hallaba completamente tranquilo. El 5 de noviembre, por la noche, el coronel Behn obsequiaba a un grupo de amigos norteamericanos en el edificio de la Telefónica, semejante a una fortaleza, y desde allí me enviaron un telegrama de felicitación por la reelección de Roosevelt. Mientras ellos estaban cenando, corresponsales en el ejército de Franco mandaban informaciones que describían edificios ardiendo y la destrucción del palacio. En verdad, los moros, que iban en las avanzadillas, se hallaban a más de siete

kilómetros de Madrid.

El 7 de noviembre de 1936, el general Franco anunció que «oiría misa» en la capital al día siguiente. Debido a este anuncio, las estaciones rebeldes, particularmente la de Lisboa, describían con detalle escenas de Franco marchando a la cabeza de sus soldados por un Madrid conquistado, mientras recibía ovaciones del «pueblo liberado». Knickerboker, famoso corresponsal norteamericano, publicó una vívida y descriptiva nota, sin omitir al perrito que seguía la manifestación ladrando conmovedoramente. Pero aquella noche yo escuché la radio de Madrid y pude oír una tranquila lectura de órdenes militares para el día siguiente. Y aquella jornada en que Franco iba a «oir misa», la aviación leal era dueña del aire y en la Casa de Campo fueron hechos prisioneros trescientos cincuenta moros. Los rebeldes se hallaban ahora en el viejo parque real, tratando inútilmente de cruzar el Manzanares. La marcha de Franco sobre la capital fue detenida.

Enfurecidos por el fracaso, los sublevados celebraron el Día del Armisticio con el primer bombardeo indiscriminado de la ciudad. Naturalmente, hubo muertos entre la población civil no combatiente, mujeres y niños. A medida que los días pasaban y los leales tomaron la ofensiva, se ordenó otro bombardeo salvaje. Resultaron afectados tres hospitales y las bombas incendiarias prendieron fuego a otro. La estoica acogida del ataque por parte del pueblo hizo que se intensificaran los bombardeos al día siguiente: cayeron bombas en la Puerta del Sol y en el histórico palacio del duque de Alba, que fue destruido por una incendiaria.

12

Nada en la cínica propaganda bélica supera la fantásica falsedad de la leyenda de la destrucción del palacio de Alba. No fue arrasado por los republicanos, sino por una bomba incendiaria mal dirigida de las fuerzas enemigas, en su mayor parte integradas por la aviación de Mussolini. En medio de las llamas, las milicias leales se lanzaron con peligro de sus vidas a salvar todas las obras y tesoros artísticos que fuera posible. Pero la pronta destrucción del palacio se citaba como ilustración del salvajismo y la criminalidad de los defensores de la democracia española. Incluso el propio duque de Alba escribió a Zuloaga, desde Londres, para decirle que sus hermosos retratos de la duquesa y de él mismo habían sido arrasados por las llamas. Más tarde, los cuadros fueron exhibidos en Valencia, y yo tuve el placer de mostrarle a Zuloaga las fotografías de los mismos tomadas por un funcionario de museos de Londres que había ido a España para cerciorarse de la verdad. Estos dos retratos figuraban entre el tesoro rescatado de las llamas gracias al valor de las milicias de la República.

13

Madrid aguantó, casi con alegría, y Mussolini y Hitler estaban molestos. Tenían el proyecto, cuando la capital fuese conquistada, de reconocer a Franco a bombo y platillo. Tal cosa estaba prevista inicialmente para el primero de octubre; después,

para el 12; y después, para el 5 de noviembre; más tarde, para el 7. Pero la ceremonia de la entrada del «ejército de liberación» parecía más remota que nunca. La moral del enemigo necesitaba ser fortalecida, y así, sin que Madrid se hubiera tomado, Hitler y Mussolini decidieron reconocer al régimen de Franco. El único efecto que este reconocimiento tuvo fue demostrar más allá de las dudas que la Italia fascista y la Alemania nazi realizaban una guerra de agresión en España, sin declaración de hostilidades, de acuerdo con la nueva técnica fascista.

El acontecimiento fue celebrado en Madrid con un salvaje bombardeo de la población civil, sin precedente en ninguna guerra. Las bombas estallaban en la Gran Vía, en la concurrida Puerta del Sol, en los sectores obreros, que pagaron una cruel contribución. Las bombas cayeron en la iglesia de San Jerónimo el Real, donde Alfonso XIII se había casado, y se estrellaron también contra el convento de las Trinitarias; cayeron en los jardines de la embajada británica y destrozaron la legación de Rumanía. Tan bárbaro y carente de sentido fue este ataque, que los británicos protestaron, con la advertencia de la inevitable reacción internacional.

Pero Madrid permaneció inmovible. El ejército leal mantenía la ofensiva y causaba grandes bajas al enemigo. Los oficiales alemanes se encolerizaron ante las «debilidades» de Franco y sus «sentimentalismos». El camino para tomar Madrid, decían, era borrarlo del mapa con artillería y bombardeos, como, después, habrían de hacer para tomar Varsovia; pero Franco, como español, tenía escrúpulos. No obstante, los ataques por aire continuaron, y un día el histórico y hermoso palacio de los Mendoza, en Guadalajara, resultó dañado. Era un crimen estúpido, ya que el edificio albergaba una escuela, a cargo de monjas, para los huérfanos de los oficiales del Ejército.

Entretanto, los oficiales italianos y alemanes se volvían más arrogantes cada vez, y los mejores hoteles en zona rebelde eran reservados para los mandos nazis, que así lo exigían. Supe por entonces que judíos empleados en estos establecimientos eran al instante despedidos por órdenes alemanas. En Sevilla monopolizaban los alojamientos; en Salamanca, un noble español y su invitado, un corresponsal de guerra, esperaron casi una hora en el hotel antes de que nadie los atendiera. Molesto y furioso, habiendo advertido que algunos extraños que habían entrado mucho después recibían un trato preferente, llamó al *maitre*. Este buen hombre se encogió de hombros y señaló: «¿Qué puedo hacer yo? Los alemanes insisten en ser servidos primero». El aristócrata español esperó. El amo era primero que el hidalgo.

14

La aviación rebelde, compuesta principalmente por extranjeros, hacia llover muerte y destrucción sobre la ciudad, y niños y mujeres fallecieron el día del nacimiento de Cristo. Pero el bombardeo más sádico se reservó para la víspera de Año Nuevo. Todos los años, en esta ocasión, miles de jóvenes se congregan en la Puerta del Sol para cantar y bailar en las calles. El viejo reloj del edificio del Ministerio de la Gobernación, frente a la plaza, es tan conocido por sus campanadas como el Big Ben de Londres. De acuerdo con la tradición, si uno formula un deseo y come una uva al dar cada una de las doce campanadas, su deseo se cumple. En la víspera del Año

Nuevo por la noche, este pintoresco e histórico lugar estaba lleno de alegres jóvenes. Y entonces se oyó un súbito rugido en el espacio y luego la explosión de una bomba.

15

Después de la Navidad del año 1936, un industrial norteamericano que se hallaba en España me aseguró «confidencialmente» que Madrid sería tomado el 10 de enero. Pocos días después, los rebeldes, fuertemente apoyados por alemanes, italianos y moros, desataron una desesperada ofensiva en gran escala, dirigida a cortar las comunicaciones entre El Escorial y El Pardo. La batalla fue feroz y sangrienta, y no se tuvo en cuenta para nada el valor de la vida humana; tras fuertes pérdidas, hicieron algún progreso. El sector comercial de Madrid y una gran parte de las barriadas obreras sufrieron una lluvia de proyectiles y bombas, y un oficial inglés y una mujer resultaron heridos. El Gobierno británico protestó de nuevo.

A la sazón, fuertes refuerzos de italianos desembarcaban en Cádiz y fueron enviados rápidamente a Sevilla, de camino hacia el frente. Aquel mismo día, Roma y Berlín formularon una nueva declaración negando que tuvieran soldados en España, y los periódicos *Scripps-Howard* publicaron una mendaz entrevista con Franco en la que este negaba que hubiera un solo extranjero en sus tropas.

Dos días después de la llegada de los refuerzos italianos a Cádiz, las democracias occidentales tomaron medidas rigurosas para impedir que ninguno de sus ciudadanos cruzase la frontera para luchar contra el fascismo. El apaciguamiento estaba en todo su esplendor.

Así, en el término de cuatro días, cuatro países —dos de ellos, países cuyos pueblos eran democráticos— habían puesto en marcha acciones decisivas que sirvieron a la causa del fascismo y del nazismo. Pero en la capital, el pueblo, sereno y extrañamente confiado, resistió. Madrid tenía un grito de guerra: «¡Hagamos de Madrid la tumba del fascismo!».

La farsa de la «no intervención»

Durante todo el otoño, invierno y primavera de 1936-1937, los defensores de Madrid fortalecieron su posición. El anunciado pánico no se vio por ninguna parte. En vez de experimentar miedo ante la proximidad de los moros, que encabezaban la vanguardia del cercano enemigo, el pueblo se mostró sereno, se volvió seriamente tranquilo y torvamente decidido. Quienes alentaban el desorden y los elementos criminales eran ahora sometidos por la mano de hierro de la autoridad militar. El general Miaja les dio un tratamiento sumarísimo.

Si Miaja no era un gran genio militar, era en cambio un jefe entrenado y maduro, con abundante buen sentido, una voluntad obstinada y excelentes tácticas defensivas. Era un firme defensor de la República y creía que su primordial deber de soldado consistía en defender a la autoridad constituida. Algunos años después, cuando con Martínez Barrio me visitó en Chile, me impresionó como la versión española del general Grant de los Estados Unidos: obstinado, tenaz, aunque no brillante. La fe del pueblo en su lealtad e integridad reforzó la moral combatiente.

Las bombas caían sobre la hermosa ciudad desde los aviones alemanes e italianos, el pueblo hubo de soportar racionamientos y se le privó de calefacción en invierno, pero se encaminaba alegre a sus correspondientes tareas. Su amor por Madrid era tal que, pese al intenso frío, respetaba los árboles que son la gloria de las calles. Se reunían en los cafés familiares para conversar, llenaban los cines y reían en las comedias que se representaban en los teatros.

2

Mientras esta era la moral del pueblo madrileño, el pacto de no intervención se mostraba como una indigna farsa. Las potencias fascistas luchaban abiertamente, desafiantes, con armas; la mayor parte de las democracias combatían con igual eficacia, acaso inconscientemente, como colaboracionistas del fascismo bajo el disfraz de la no intervención. Si bien hombres cuerdos pretendían que Italia, Alemania e incluso Portugal observaban las cláusulas del pacto, la falta de honestidad de la afirmación era evidente. Este acuerdo se había convertido en una farsa ya en octubre de 1936. Le negó al Gobierno español las armas y municiones y fingía no ver las flagrantes violaciones de Alemania e Italia. La ayuda bélica destinada a Franco entraba a raudales por los puertos portugueses y, sin ser examinada en las aduanas, se enviaba inmediatamente a las fuerzas sublevadas. Esto lo sabía todo el mundo. Después los envíos se hicieron abiertamente vía Cádiz, Vigo, Pasajes y Málaga. El 16 de septiembre de 1936, John Whittaker, Knickerbocker y Floyd Gibbson, corresponsales de guerra, me informaron de que la aviación rebelde

estaba integrada principalmente por bombarderos alemanes y cazas italianos, y que en Sevilla habían visto oficialidad alemana en los cafés. Otro corresponsal, reputado profesional, me contó el asombro que experimentó al desembarcar en Sevilla y ver el número de aviones italianos y ser saludado por oficiales italianos que había conocido en Abisinia. Todo esto sucedía en los días de impostura en que políticos británicos aseguraban en la Cámara de los Comunes, como ministros de la Corona, que «no tenían información de que hubiera en España ningún italiano». Yo sabía que la embajada británica en Hendaya informaba a Londres de lo contrario.

A últimos de octubre, Minifie, del *Herald Tribune* de Nueva York; Gorrell, de la *United Press*, y Weaver, del *News Chronicle* de Londres, fueron detenidos por las fuerzas de Franco cerca de Aranjuez y en Talavera, trasladados a Salamanca y expulsados por Irún. Los recibí en la frontera, y Gorrell redactó su relato en la máquina de escribir de mi casa. Los tres habían ido en taxi desde Madrid con un funcionario del Ministerio de la Guerra para ver por sí mismos lo que sucedía en Aranjuez. En el camino se alarmaron ante la aparición de una nutrida fuerza de caballería mora que se precipitaba hacia ellos. Detuvieron los coches y se apearon. Un chófer volvió al vehículo y huyó, pero el otro fue apresado y, con las manos en alto, en señal de rendición, fue muerto a tiros. Los moros, advirtiendo los botones de la guerrera del guía del ministerio, se los arrancaron y, tal como estaba, también con las manos en alto, fue igualmente abatido a tiros. Después de caer al suelo, acribillaron su cuerpo a balazos. En esa forma había de ser asesinado el hijo de Ring Lardner.

Los corresponsales advirtieron entonces, detrás de la caballería mora, cierto número de tanques ligeros italianos que avanzaban hacia ellos como si fueran a cazarlos, haciendo fuego a medida que se acercaban. Gorrell se echó en una zanja para librarse de un tanque, el cual perdió el equilibrio y cayó, dando una vuelta. Triunfó el instinto sobre la cautela, y Gorrell llegó hasta el tanque y ayudó al conductor a salir, solo para encontrarse con una pistola a la altura de sus ojos. Aquel hombre no podía hablar español, como tampoco lo hablaba ninguno de sus ocupantes. Eran miembros del ejército fascista de Mussolini.

Los corresponsales escribieron sus relatos. El Comité de No Intervención se sintió incomodado, no debido a las pruebas de la violación del pacto, sino por el hecho de que estas se hubieran publicado. Nada se dijo sobre el particular.

Después, a principios de diciembre de 1936, cuando soldados alemanes, técnicos, ingenieros y aviadores desembarcaron en Cádiz, el Gobierno británico «lo deploró», y se apresuró a aprobar una ley en virtud de la cual consideraba un crimen la venta de armas o municiones al Gobierno legítimo. El delicioso Ribbentrop, que tiempo después murió colgado en Nuremberg por sus crímenes, informó al Comité acerca del placer manifestado por Hitler al saber que se habían tomado medidas para prevenir la «intervención». Así, la colaboración con los poderes del Eje en la guerra de exterminio contra la democracia de España era completa.

efectiva que la de los italianos, que sí lo hicieron. La artillería rebelde operaba y era dirigida por la Legión Cóndor alemana, de lo que Hitler habría de vanagloriarse. En su conferencia con Ciano expresó que «Italia y Alemania habían hecho mucho por España en 1936»³. La *Forza Armata*, órgano del Ejército y la Marina de Italia, en su número del 3 de junio de 1937, dice que desde el 26 de diciembre al 27 de abril, Mussolini había enviado cien mil soldados italianos, cuarenta mil toneladas de material de guerra, todo ello a bordo de cincuenta y dos barcos que hicieron ciento treinta y dos viajes. Es cierto que la defensa antiaérea estaba a cargo de los nazis, y así lo admitió ese entusiasta franquista, George Oudard, quien dice que a los rebeldes españoles y a los oficiales italianos no se les permitía examinar las armas antiaéreas muy de cerca. Los aeródromos fueron construidos por ingenieros alemanes, y cuando dio comienzo el ataque contra los vascos, fue verificado por aviadores alemanes, bajo el mando de jefes alemanes. En las bases aéreas los mandos e instructores eran alemanes, y los excelentes trabajos de ingeniería fueron obra de los alemanes. Hitler no exageraba cuando se vanagloriaba de su decisiva participación en la guerra española.

4

En noviembre de 1936, el ministro de Negocios Extranjeros de la República Española solicitó una reunión de la Asamblea de la Sociedad de Naciones para que interviniera, amparándose en el artículo II del Pacto, pero no fue sino hasta diciembre cuando se reunió para adoptar resoluciones que admitían la agresión contra España; entonces, el Comité de No Intervención pidió tiempo para «estudiar» unos hechos con los cuales estaba completamente familiarizado.

Cuando, en enero, Mussolini y Chamberlain anunciaron su convenio sobre asuntos mediterráneos, de cuatro a seis mil soldados italianos más desembarcaron en Cádiz; Mussolini negaba que hubiera italianos en España; y el ministro británico citaba solemnemente las afirmaciones de aquel en la Cámara de los Comunes. Pocos días después, yo tenía información fidedigna de que habían desembarcado más alemanes, que fueron dirigidos a Sevilla para ser distribuidos en diversos frentes. En febrero de 1937, importantes refuerzos italianos se enviaron a Málaga y, cuando la prensa francesa publicó minuciosos relatos de la afluencia de soldados fascistas, Del Vayo pronunció un discurso por radio haciendo un llamamiento a la honestidad general. Nada sucedió, excepto la llegada de más italianos a Cádiz, trasladados por el barco italiano *Lombardi* en varios viajes. ¡Otra vez el ministro británico, en la Cámara de los Comunes, contestando con toda seriedad a una pregunta, explicó que había recibido garantías de Mussolini de que ni hombres ni material habían sido enviados a España, pues la no intervención estaba en vigor desde hacía cinco meses!

A la sazón, el tópico comentado en San Juan de Luz era la evidente ausencia de camaradería entre las fuerzas italianas y alemanas al otro lado de la frontera. Lo escuché con frecuencia de boca de corresponsales y de simpatizantes de Franco que iban y venían de San Sebastián.

Mientras tanto, la vacilante fe de algunos ministros británicos en la veracidad de las seguridades dadas por Mussolini despertaba cierta preocupación en Francia, que ahora exigía algún sistema de control para hacer cumplir la inmundicia farsa de la no intervención. La demanda francesa fue aceptada «en principio», pero se interpuso la ya consabida dilación, hasta que el embajador galo en Londres realizó un tardío gesto de indignación exigiendo que se actuara. Pero fueron necesarias dos o tres semanas todavía para que el Comité se sacudiera los vapores de Morfeo. Al fin, se tomaron disposiciones. Agentes de diversas naciones vigilarían la frontera francesa para prevenir el paso de abastecimientos de guerra dirigidos al Gobierno republicano; los franceses y los ingleses se cuidarían de patrullar la costa norte y sur hasta Málaga; y el resto del litoral, a partir de Málaga, tendría que ser controlado solamente por barcos italianos y alemanes, cuyos Gobiernos hacían una guerra abierta contra la autoridad legítima de la República. Algunos elementos realistas cuestionaron esta *sabia* decisión de encargar a los barcos italianos y alemanes la patrulla que cubría los puertos del Gobierno leal; y otros, liberados de la puerilidad de creer en la buena fe de Mussolini, abrigan el temor de que, amparados por la oscuridad, estos barcos hostiles bombardearan las ciudades leales, pretendiendo que en realidad eran leales a Franco. Naturalmente, el Ejecutivo español protestó, pero nada podía impresionar menos al notable Comité de No Intervención que una protesta del Gobierno legítimo.

El sistema de patrullas fue una farsa desde el principio, y los barcos italianos y alemanes continuaron desembarcando hombres, armas y municiones en la España franquista.

No fue hasta que Franco ordenó la retirada de todos los barcos fuera de las aguas de Barcelona, anunciando un bloqueo que solo existía en el papel, cuando Francia e Inglaterra se sintieron inquietas. ¿Cómo, preguntaban, podía imponerse el bloqueo? Franco, en efecto, tenía pocos submarinos, y si, por arte de magia, estos aparecían, nadie tendría dudas acerca de su procedencia. Disponía igualmente de escaso número de barcos y estaban pobremente equipados para establecer un bloqueo. Franco advirtió a los barcos de que debían alejarse de sus aguas, porque estaban minadas, si bien al comienzo de la guerra solamente contaba con dos siembraminas. Y así, los intrépidos marineros británicos continuaron imperturbables, sin sufrir ningún incidente, transportando alimentos. Que las embarcaciones de guerra del Eje prestaban amplia asistencia a la escasa flota de Franco era cosa sabida. Podían, por lo menos, informar cablegráficamente a las naves de Franco sobre los movimientos y posición de los barcos mercantes del Gobierno.

Desgraciadamente, la luna de miel entre las potencias del Eje y el Comité de No Intervención se interrumpió cruelmente. La larga serie de ultrajes había comenzado: el apresamiento de barcos británicos, franceses y noruegos, que fueron conducidos a puertos rebeldes, y confiscados sus cargamentos. El lanzamiento de torpedos contra

buques neutrales se convirtió pronto en cosa demasiado trivial para figurar en las noticias de prensa. Tan satisfactorio era este juego de piratería fascista que muy pronto los submarinos italianos se dedicarían a aterrorizar a todos cuantos navegaban por el Mediterráneo.

7

Cuando el desembarco de tropas italianas fue suficiente, comenzó el ataque contra Málaga. El 13 de enero de 1937, la flota enemiga bombardeó la ciudad y al día siguiente el ejército sublevado, reforzado con miles de italianos y bajo el mando de Queipo de Llano, desencadenó una sangrienta ofensiva y se libró una dura batalla en Estepona, a unos setenta kilómetros de la capital, con grandes pérdidas por ambos lados. Intervinieron activamente bombarderos alemanes. Los buques de guerra lanzaban su ataque contra la carretera. En el interior de Málaga hubo confusión, falta de coordinación, y los elementos extremistas que habían luchado unos contra otros en las calles continuaban peleándose. A principios de febrero, la ciudad cayó, y a continuación se produjeron miles de ejecuciones. Chambers Mitchell, exsecretario de la Sociedad Zoológica de Londres, un anciano de setenta y dos años que vivía en Málaga y era neutral en la contienda, y Arthur Koestler, corresponsal de un periódico de Londres, fueron detenidos y escaparon por muy poco a la muerte. Mitchell fue salvado por un barco de guerra británico y Koestler por la protesta mundial de la prensa. Ambos sobrevivieron para contar sus ilustrativos relatos.

El Comité de No Intervención durmió durante todo el suceso.

Pero la caída de Málaga iba a tener una consecuencia beneficiosa para el Gobierno español. Durante muchos meses los líderes habían clamado por la urgencia de fundir todas las unidades militares de los partidos y los sindicatos en un solo ejército nacional con mando único responsable ante el Ejecutivo. El fácil triunfo de los fascistas en Málaga hizo ver la realidad de que sin esa unidad la lucha estaba perdida. Con el sentimiento público ahora agresivamente clamando por ello, el Gobierno actuó con decisión. Las unidades militares de facciones independientes dejaron de existir y en un tiempo sorprendentemente corto los efectos se dejaron sentir.

8

Confiados por el triunfo en Málaga, los rebeldes aceleraron sus preparativos para una ofensiva contra Madrid. Un gran ejército, equipado con el material más moderno de las potencias del Eje, con tres divisiones italianas, se concentró para el asalto de Guadalajara. Al frente de aquel contingente había mandos italianos, y se dio preferencia a estas tropas ante la insistencia de Mussolini, quien envió un rimbombante mensaje expresando su confianza suprema en el triunfo. Las legiones, con artillería pesada, tanques y aviones, se pusieron en marcha. Durante unos días la ofensiva hizo progresos, pero después el ejército republicano, ya reorganizado, con

planes trazados por el general Rojo, brillante líder, se lanzó a la contraofensiva y reconquistó Brihuega en un asalto feroz que infundió pánico a los italianos. Las tropas de Mussolini retrocedieron, desorganizadas, y su retirada se convirtió en un desastre. Los cazas leales, volando bajo, arrasaban a las desbandadas tropas con fuego de ametralladora.

En los bares de Biarritz y San Juan de Luz, donde los franquistas se reunían a las horas del cóctel para conversar, reinaba abierto regocijo, entre los españoles, por la derrota de los legionarios del César, y entre los oficiales españoles era sincera la jarana. Dándose unos a otros golpecitos en la espalda, se felicitaban con risas y carcajadas. Los propios militares franquistas se habían sentido ofendidos por la insolencia de la oficialidad italiana fascista antes de la lucha; aquella iba a ser la batalla de los camisas negras; pues bien, ahora, también era su derrota. Uno de mis colegas, que a la sazón se hallaba en Salamanca, me describía cómo los mandos españoles difícilmente podían ocultar la satisfacción que sentían.

Pero el telegrama de Mussolini a su ejército en España avergonzó al Comité de No Intervención, y Álvarez del Vayo se basó en él para formular una enérgica protesta ante la Sociedad de Naciones; aunque esto significaba menos que nada, sorprendentemente molestó. Uno de mis colegas me aseguró que era de «mal gusto». La Sociedad de Naciones había dejado de imponer respeto o de merecerlo. Cuando pregunté a Herbette, el embajador francés, qué creía él que haría el organismo internacional, se rio de buen grado. «¿Es esta una conversación seria?», preguntó.

Tan bajo había caído el prestigio de la institución de Ginebra.

Pero otra tentativa para conquistar Madrid había fracasado.

9

Los seis meses de otoño e invierno en San Juan de Luz no resultaron muy animados. Nos habíamos trasladado a la villa de Eche Soua en medio de una lluvia torrencial, y apenas habíamos llegado allí cuando anunciaron una visita. Era Zuloaga, el famoso pintor español, quien aparentaba ser mucho más joven de la edad que tenía. Semejaba un atleta. Tenía el rostro ligeramente arrugado y el poco cabello que le quedaba era blanco. Sus ojos gris azulado eran penetrantes y brillaban alegres. Hablaba con animación.

Cuando estalló la guerra, vivía en Zumaya, cerca de San Sebastián, en un antiguo convento que había convertido en casa, estudio y museo. Nunca se había interesado por la política, aunque sus amigos íntimos en los círculos intelectuales y artísticos eran los republicanos académicos que habían convertido en moda el republicanismo en los últimos días de la monarquía. El prefacio de la edición inglesa de la novela *Tigre Juan*, de Pérez de Ayala, describe una encantadora escena en el césped de la casa de Zuloaga en la que él mismo aparece con Unamuno, Pérez de Ayala, uno o dos poetas y el matador de toros Belmonte, en animada conversación. Eran todos republicanos. Durante el tiempo que la región permaneció bajo el control republicano, el pintor no fue hostigado, pues él, también, era vasco. Pero la propaganda fascista había discurrido que sería útil matarlo, como una prueba del salvajismo de los leales. Aquella tarde, sentados frente a la chimenea donde

chisporroteaba el fuego, con la lluvia azotando los cristales de las ventanas, me contó, entre risas contenidas, de qué manera se había enterado de su fallecimiento.

Aislado del mundo y sin deseos de mezclarse con nadie ante las circunstancias, un amigo le había facilitado una radio, la primera que había tenido. La familia se reunió alrededor del aparato y lo enchufaron. Las primeras palabras que oyeron los dejaron a todos con la boca abierta: «Siento mucho tener que anunciarles que Zuloaga, el pintor de fama mundial, ha sido salvajemente asesinado por los rojos».

Fue después de su primera visita cuando los «rojos» lo volvieron a asesinar. «Zuloaga había sido detenido por los vascos, juzgado, condenado a muerte y ejecutado» por su propio pueblo. El pintor no había estado en Bilbao, lugar del suceso, pero los norteamericanos leyeron el relato con indignación. Contestando a un cable de Fernando de los Ríos, el presidente de los vascos, Aguirre, denunció, indignado, la noticia como una mentira.

Zuloaga vino a verme aquel día, presa de excitación ante la posible suerte que pudiera correr un pequeño retrato de la cabeza de San Lorenzo, del Greco, una pieza que él consideraba como la obra maestra del inmortal pintor. La tenía depositada en una caja de seguridad en un banco de San Sebastián, y cuando los republicanos salieron para Bilbao, las cajas fueron trasladadas a bancos de aquella ciudad. Zuloaga no había podido dormir por el temor de que el lienzo pudiese ser destruido por alguien, ignorante de su valor. Yo le prometí, extraoficialmente, llamar la atención al presidente Aguirre, y el viejo pintor se llenó de alegría como un niño. «Consiga mi Greco —dijo— y yo le levantaré a usted un monumento que llenará el Central Park». Pero al día siguiente, a primeras horas de la mañana, su anfitrión vino a decirme que no había pegado ojo en toda la noche. Temía que la aceptación de algún favor procedente de los vascos republicanos lo pusiera bajo sospecha, en unos tiempos en que de la sospecha al pelotón de ejecución solo había un paso. Él prefería que no hiciese nada. Con el tiempo, el lienzo fue hallado intacto y le fue devuelto.

Aún le vería en otras ocasiones y me deleité con estos encuentros. Cuando me visitó la primera vez, él era neutral, pero, muy pronto, viviendo en territorio fascista, y no tan sensible a los nazis alemanes como Unamuno, se había convertido en un decidido partidario del fascismo. Se organizó una exhibición de sus pinturas en Roma, y en Zumaya continuó pintando, principalmente retratos de oficiales alemanes e italianos.

Aquel invierno en San Sebastián fue bastante alegre. Los españoles residentes en Biarritz y San Juan de Luz atravesaban una y otra vez la frontera para escuchar los chismes y rumores en los bares, y algunos se volvieron a España definitivamente porque sus bienes estaban allí. El antiguo bar Vasco, en San Sebastián, el lugar de reunión de los monárquicos antes de la guerra, estaba siempre lleno. Chicote, cuyo local en Madrid era internacionalmente famoso, abrió un bar en San Sebastián, y pronto la ciudad se convirtió en un Madrid aristocrático en miniatura. Los jóvenes militares con permiso lo encontraban divertido y agradable. En los bares y cafés, los

oficiales de Mussolini, con sus elegantes uniformes, miraban la escena española con arrogante condescendencia.

Pero tras las apariencias de aquella alegría se ocultaba la tragedia. Las ejecuciones durante la noche no eran raras. Como los rumores circulaban con profusión, las carteleras fulguraban con órdenes para que la gente contuviera la lengua, advirtiendo que los espías de Franco estaban en todas partes. Las libertades del pueblo fueron reducidas a los niveles propios del fascismo. Las jóvenes dejaron de bañarse en la playa cuando la nueva moral prescribió unos trajes de baño de la época de Maricastaña.

En el ejército rebelde no todo estaba en calma. Los monárquicos, fascistas y carlistas eran irreconciliables, y con frecuencia tenían lugar incidentes en las calles. Frente al consulado italiano, donde los españoles ocasionalmente organizaban manifestaciones de simpatía, colgaba un enorme retrato de Mussolini, y desgraciado quien dejara de hacer el saludo a la romana. Muy pronto se exigiría tanta o más reverencia para el retrato de Franco. A Garrison, miembro del personal de mi embajada, que escapó por un pelo de ser atacado porque no se le ocurrió descubrirse ante el retrato de Mussolini, se le ordenó hacerlo ante el de Franco que colgaba en las oficinas de la comandancia de Irún.

Se requería tacto para circular por San Sebastián. Un joven agregado de mi embajada que se había desplazado hasta allí para ayudar a un norteamericano que se hallaba en un conflicto fue interrogado por una anciana en la calle sobre si era fascista o carlista. Al contestar que no era una cosa ni otra:

—¿Cuál de los dos le gusta más a usted? —exigió la vieja.

—Me gustan los dos —contestó el agregado, evasivo.

—A mí, no —espetó la mujer—. Yo soy carlista, como lo fueron mis antepasados. Yo prefiero a los carlistas.

11

Aquel invierno el hijo de Alcalá Zamora regresó a España para combatir por la República que tan destacadamente había honrado a su padre, y el anciano lloró por la «ingratitude» de su vástago y «ante el público secó las lágrimas de sus ojos». Poco después, el expresidente se quejó de que su caja de seguridad en Madrid había sido abierta y se había extraído de ella dinero y sus memorias. Al mismo tiempo, fue abierta también la caja de seguridad de Lerroux, cuyo contenido confirmó toda una línea de conducta. No contenía dinero: nada, excepto unas pocas reliquias sentimentales, un retrato de él mismo, de joven, acompañado de una muchacha, unas cuantas cartas y una cinta azul. Fue una revelación muy humana, que reflejaba el lado tierno del viejo dirigente político.

Por entonces, el general Wilhelm Faupel, en otro tiempo del Estado Mayor de Hindenburg y un destacado estratega, llegó a Burgos para presentar sus credenciales como embajador alemán. Fue brillantemente recibido y escoltado por la caballería mora ataviada para la ocasión. Faupel no sabía nada de política ni de diplomacia. Su profesión era la guerra, y para eso iba a España.

Poco después, cuando el embajador italiano presentó sus credenciales, Franco,

conteniéndose, dijo en su discurso que algunas partes del país continuaban todavía bajo el gobierno de extranjeros. Hablando en presencia de los moros y de un embajador de un país extranjero cuyo ejército se hallaba en tierra española, y sumando muchos miles de soldados, esto expresaba a la perfección las formas fascistas.

En aquellos días Azaña llegó a Valencia y pronunció un notable discurso exponiendo como programa del Gobierno el cumplimiento de las promesas de la campaña de 1936 y el mantenimiento de la República democrática. Azaña acusó claramente a algunos —a los anarquistas y a sectores sindicalistas— de su falta de cooperación en la defensa común del régimen. Al igual que todas sus disertaciones, esta fue memorable, enjundiosa, y fue recibida con gran entusiasmo. Este parlamento hubiera servido, en los Estados Unidos e Inglaterra, para contrarrestar el efecto de las arengas violentas radiadas por extremistas en los primeros días de la guerra, y me asombró que no se hubiera dado anticipadamente a la prensa extranjera.

12

Y es que la radio estaba desempeñando un papel importante en la tarea de influir en la opinión mundial acerca de la lucha en España. Oyendo su horripilante e increíble propaganda, pensé en las ilimitadas posibilidades de que gozaba este medio para desorientar a la opinión pública sobre los acontecimientos, con sus falsedades e innumerables contradicciones. Noche tras noche, las estaciones de radio de Italia, Alemania y Portugal desgranaban sobre millones de oídos la propaganda fascista, presentando solamente un lado de la contienda, y este coloreado por la imaginación del doctor Goebbels. Las estaciones inglesas y francesas daban las noticias de los dos bandos. Así, toda la ventaja estaba de parte de los totalitarios, quienes no tenían escrúpulos de fabricar «noticias», deformarlas o suprimirlas. El locutor de Lisboa era el más fértil y desvergonzado en sus invenciones; después de oír la información, dada en un tono pesado, de que cuando los «rojos» abandonaron San Sebastián se llevaron veinte o treinta muchachas de las mejores familias como víctimas para sus concupiscencias, no volví a escuchar aquella radio.

Nuestra distracción favorita era el general Queipo de Llano, jefe de los ejércitos rebeldes del sur, quien hablaba todas las noches desde la estación de Sevilla. Estas charlas eran tan absurdas como pintorescas, y tan poco dignas de confianza como divertidas. Si no andaluz de nacimiento, lo era por temperamento. Su hostilidad al régimen dictatorial lo había llevado al exilio en los días de Primo de Rivera. Había servido durante algún tiempo como jefe del cuarto militar del presidente Alcalá Zamora, y yo sospecho que era republicano por instinto y, comparado con Franco y Mola, un liberal. Como director de circo era soberbio. En los primeros días de la guerra, cuando los rebeldes estaban preocupados por la caída de Madrid, sus arengas de fanfarrón optimismo sobre victorias imaginadas fueron tan provechosas como una victoria en el campo de batalla.

Durante dieciocho meses pronunció una charla todas las noches sobre las «noticias» con un descaro soldadesco, burlándose de los republicanos con la pintoresca fraseología de las pescaderas y ridiculizando a Pasionaria con el obsceno

humor de los cuarteles. Hablaba tan estropajosamente que los leales lo apodaron El borracho de Sevilla, y lo personificaban en burlonas escenas, por radio, bajo ese título. Y cuando el general lanzaba sus fieras afirmaciones, lo coreaban con gritos de: «¡Viva el vino!». Pero con el tiempo había de convertirse en una espina en el costado del más vanidoso caballero del Ejército en Salamanca, y fue silenciado. Yo, personalmente, no sé si es cierto que pronunciara el discurso en La Línea, con grandes altavoces que hicieran llegar sus palabras hasta Gibraltar, proclamando que a su debido tiempo España reconquistaría el peñón. Naturalmente, Franco lo negó, y el Gobierno de Chamberlain dio por buena la declaración del dictador, aunque los ingleses que en Gibraltar oyeron el discurso se sorprendieron menos de la rectificación de Franco que de su fácil aceptación en público. Como quiera que sea, inmediatamente después del incidente se convirtió en el tema de acres preguntas en la Cámara de los Comunes y poco después se anunció la retirada de Queipo de la radio. Esto privó a la guerra de cierto humor. El lugar de Queipo en la historia como el más grande combatiente por la radio de todos los tiempos está asegurado.

13

En aquellos días mis despachos al Departamento de Estado abarcaban todas las fases de la lucha, como declaró en una conferencia de prensa Cordell Hull. En esencia decían que la batalla entablada era una guerra del fascismo contra la democracia, y el comienzo de un conflicto mundial desencadenado por las potencias del Eje para exterminar la democracia en toda Europa. Leía yo diariamente los periódicos de Franco, de Burgos, Salamanca y San Sebastián; todos abundaban en ataques descarados contra la democracia de los Estados Unidos y de Inglaterra. Se publicó en aquellos días un libro de «historia», preparado para las escuelas por las autoridades franquistas, en el cual Inglaterra aparecía como una nación moribunda de «tenderos» sin valentía y los Estados Unidos como un país de plutócratas accionistas en la última fase de la corrupción.

Había entonces gran padecimiento y miseria entre los niños en toda España, y yo estaba sorprendido de que el pueblo norteamericano no hiciera nada para remediarlo. Pensando que, dentro de la política de neutralidad que impusimos, los donativos podrían ser mal vistos por el Gobierno norteamericano, escribí a Cordell Hull, quien inmediatamente publicó una declaración afirmando que la neutralidad no estaba implicada en ello y asegurando el envío de alimentos y ropas a los niños necesitados y a las madres, en ambos lados. Fui requerido por la señora Roosevelt para que aceptase la presidencia honoraria del comité norteamericano para recolectar dinero y alimentos, y una noche pronuncié un llamamiento por radio, dirigido al otro lado del Atlántico, desde San Juan de Luz, pidiendo ayuda. Poco después, cuando fui a París para grabar otro de estos mensajes en solicitud de socorro, corrí peligro de muerte en el viaje más loco que hice en mi vida, pues Ernest Hemingway me llevó al estudio, después de una fiesta, haciendo que el coche diera peligrosas vueltas para esquivar camiones y peatones en su zigzagueante carrera, mientras el novelista hablaba con juvenil entusiasmo de la resistencia republicana.

Por aquel tiempo los cuáqueros entraron en España para investigar e inspeccionar la distribución de los donativos norteamericanos. Hasta en esta obra humanitaria habíamos de tropezar con la hostilidad de los fascistas hacia los Estados Unidos. Aunque se habían enviado alimentos y ropas a su territorio, me enteré por periodistas norteamericanos de que los funcionarios de Franco, resueltamente, y hasta con resentimiento, negaban que lo hubiésemos hecho. Supe que las etiquetas que marcaban el lugar de procedencia en los paquetes se quitaban antes de que estos se distribuyeran. Sé que la prensa de Franco nunca, ni en una sola línea, acusó recibo del servicio o expresó una palabra de agradecimiento, sino al contrario, nos presentaba como «rojos» por enviar alimentos a los niños hambrientos en los centros industriales del territorio republicano.

Puesto que no se quería enviar a nuestros barcos a la zona de lucha, se convino mandarlos a Burdeos y notificarlo a los republicanos en Barcelona y a los franquistas en Burgos. Los primeros, agradecidos, aceptaron e hicieron llegar las mercancías por ferrocarril a través de Francia a los territorios leales, pero los franquistas se quejaban porque no las descargábamos en San Sebastián. Poco después un agente de los cuáqueros me informó de un extraño suceso ocurrido en Vigo. Había llegado allí un barco cargado de harina, y pasó un mes antes de que el gobernador permitiera su descarga. Cuando, finalmente, dio la orden, fue con las instrucciones de que una pequeña porción del cargamento debía ser entregada a determinado panadero y la mayor parte al ejército rebelde. El agente de los cuáqueros protestó y amenazó con hacer regresar el barco a su destino. Solo entonces la harina llegó a los hogares de los niños para quienes se enviaba. Tales fueron nuestras experiencias al tratar de ser imparciales en nuestra obra de caridad.

Nunca se agradecerá bastante a la eficiente y noble organización de los cuáqueros el magnífico trabajo que realizó en España.

³ Notas del ministro Schmidt, 28 septiembre 1940, Departamento de Estado. Boletín, vol. XIV, página 300, 26 marzo 1948.

El martirio de los vascos

En la primavera de 1937 los rebeldes se hallaban dispuestos para emprender la conquista de las provincias de la costa del norte, que estaban aisladas de otros territorios leales y efectivamente cerradas a toda posible ayuda. Poderosamente apoyado por tropas italianas y moras, con artillería pesada alemana y aviones y aviadores alemanes, el ejército de Franco estaba preparado para atacar primero a los vascos.

No hay en España una estirpe más gallarda y más noble que esta. Su origen se pierde en la bruma de la historia, pero ha vivido intrépidamente desde tiempos inmemoriales a la sombra de los Pirineos, y hay profesores que la consideran como «la raza más antigua de Europa». Fuertes, valerosos, fieramente independientes, apasionadamente defensores de sus libertades, intensamente individualistas y profundamente religiosos, han cambiado poco a través de los siglos.

Los árabes conquistaron la mayor parte de España y se mantuvieron en ella durante siete siglos, irrumpiendo hacia el norte hasta Tours, pero las provincias vascas y los asturianos nunca inclinaron la cruz ante la media luna. Debido a su heroísmo, al pueblo vasco se le concedieron derechos autónomos, los cuales no se perdieron hasta la segunda guerra carlista, y todos los habitantes fueron ennoblecidos por el Estado.

Los vascos son los más enérgicos y emprendedores, y tienen el mayor espíritu de iniciativa de los españoles. La naturaleza los favoreció con grandes yacimientos de hierro y carbón, y con una costa, desde Bilbao a Fuenterrabía, rica en puertos naturales. Con el advenimiento de la era industrial, Bilbao se convirtió en el Pittsburgh de España, la cuarta ciudad por su población. Los vascos encauzaron los torrentes de las montañas y los transformaron en energía para mover las ruedas de la industria. Las fábricas de papel se levantaron al borde de las corrientes de agua de las montañas. Miles de mineros extraen pirita de hierro y carbón para abastecer los hornos de las fábricas. El puerto de Bilbao está lleno de carga procedente de todas las partes del globo.

Pescadores, marineros, artistas, campesinos, fabricantes, comerciantes, banqueros, todos los vascos prosperan. Magnánimos, honrados, profundamente religiosos, es comúnmente aceptado que en ninguna otra región es el catolicismo más profundo y sensible. El pueblo se beneficia con una buena enseñanza.

Los sacerdotes vascos, generalmente de sano origen campesino, tienen una empática comprensión de su pueblo, se introducen íntimamente en las vidas de sus feligreses como consejeros y amigos, comparten sus instintos y su fidelidad, se mezclan con entusiasmo en sus diversiones, compiten con ellos en sus juegos de pelota.

Cuando estalló la rebelión, los vascos se alinearon inmediatamente con los leales.

Sus iglesias continuaron funcionando como antes; curas y monjas se paseaban por las calles libremente; se oía misa como se oyó durante siglos; y los sacerdotes bendecían a las fuerzas armadas de los vascos. Muy pronto un periódico alemán acusaba a los católicos porque sacerdotes vascos luchaban en las trincheras junto al pueblo, aunque yo creo que esto era una exageración. Aun así, esta lealtad de los católicos vascos a la democracia ponía en un aprieto a los propagandistas, que insistían en que los moros y los nazis estaban luchando para salvar a la religión cristiana del «comunismo». Cuando los sacerdotes vascos manifestaban a su grey que los mejores católicos de España estaban en el bando leal, la furia de los rebeldes ardía. Uno de ellos habló ante una gran muchedumbre en la ciudad de Nueva York; una delegación de ellos fue a Irlanda para enfrentarse y confundir la falsa propaganda que allí se hacía. Era necesario quitar a los vascos de las primeras páginas de los periódicos.

También había otra razón: el mineral de hierro de estas provincias. Franco lo necesitaba para comprar armas y munición y *la Alemania nazi lo necesitaba para preparar la guerra contra la democracia europea*. Los vascos enviaban la mayor parte a Inglaterra, mientras que los rebeldes habían prometido desviarlo a Alemania. Hitler había anunciado abiertamente en un discurso que sus soldados estaban en España porque Alemania necesitaba el mineral de hierro.

Así, Franco no forzó el avance hacia Bilbao para salvar a la Iglesia, pues la Iglesia no estaba en peligro; ni para salvar a los curas, puesto que estos gozaban de la reverencia del pueblo y realizaban su función en perfecta paz; ni para hundir al comunismo, pues los vascos no eran comunistas.

2

Mi más sincera simpatía estaba con los vascos. Los conocía como una raza de gente pura, honesta, limpia, bondadosa. Sus pescadores se convirtieron en soldados, hacían el saludo un poco torpemente en Fuenterrabía y me ganaron el corazón. Cuando visité Bilbao para evacuar a nuestros compatriotas, me sentí impresionado por el talante, la honradez e inteligencia de sus líderes.

En diciembre, antes de que se desencadenara la ofensiva, Arthur O. Minnich, representante de una gran institución financiera en Nueva York, pidió mi ayuda para acelerar su misión en Bilbao, donde sus representados tenían activos muy valiosos y cuatrocientas mil pesetas en el banco. Él deseaba conseguir ese patrimonio y enviarlo a los Estados Unidos, y sacar las pesetas para comprar mineral de hierro. Le di cartas para el presidente Aguirre y su consejero de Hacienda. Fue cordialmente recibido. Se concedió el permiso para la transferencia de los valores y se asignaron soldados para custodiarlos hasta el barco. Se le permitió sacar las pesetas del banco. Con ellas compró mineral de hierro que embarcó para Liverpool, donde fue convertido en dinero.

«¿Estas gentes son “rojas”? —decía, resoplando, a la salida—. ¿Por qué? Son gente honesta que respeta la ley y la propiedad».

Lo suficientemente generoso para atribuir su éxito a mi intervención, vino a visitarme para contarme su experiencia. Era un hombre alto, energético, lleno de buen

sentido, y pude advertir fácilmente su interés hacia los vascos. En una comida que le ofrecieron los consejeros hizo un relato de los temores que habían hecho presa en su esposa, debido a las atrocidades que les contaron, y de su insistencia para que él, que nunca había llevado una pistola, se hiciera con una. Añadió, riendo, que había dejado el arma en San Juan de Luz. «¡Ah! —dijo Heliodoro de la Torre, el consejero de Hacienda—. No está bien engañar a su esposa y, puesto que usted se lo prometió, debería llevar una pistola». Y metiéndose la mano en el bolsillo, sacó una muy hermosa y se la pasó al hombre de negocios norteamericano. Yo supongo que el vasco hizo su ofrecimiento como un acto de cortesía española, y que esperaba una amable negativa, pero Minnich, que no sabía nada de las costumbres locales, la aceptó agradecido y de buena fe. Meses después, el consejero me visitó en San Juan de Luz y, sonriendo, confirmó mi suposición. Los directores del banco aprobaron una resolución en la que me daban las gracias por mi cooperación.

En diciembre dispuse que el destructor Erie continuase la evacuación de Bilbao, donde encontramos las condiciones razonablemente normales. Los coches circulaban por las calles, los barrenderos realizaban su trabajo, la policía del tráfico ocupaba sus puestos, las tiendas estaban abiertas y concurridas, los actos religiosos continuaban en las iglesias y la gente en la calle estaba tranquila y sin temor. Debido a que más de cien mil refugiados se habían acumulado en la ciudad, los alimentos fueron racionados, pero era fácil hallar en los restaurantes una comida satisfactoria en cantidad y calidad, y a precios razonables.

3

Las operaciones contra Bilbao estaban bajo el mando del general Mola, apoyado por importantes contingentes de soldados italianos y moros, ayudados también por poderosas fuerzas de aviación alemana. Pero alrededor de la ciudad se habían construido fuertes defensas y el terreno montañoso permitiría ofrecer una enconada resistencia. La esperanza de Mola se cifraba en imponer la rendición de la población por medio del hambre. Desde Salamanca se anunció que el puerto estaba bloqueado, pero era un bloqueo teórico. Después, se advirtió que había sido minado, y los vascos declararon, y era la verdad, que los dragaminas trabajaban día y noche. El Gobierno británico, no obstante, trató de desanimar a las tripulaciones de sus barcos mercantes para que evitasen entrar en el puerto, pero los valerosos lobos de mar ingleses advirtieron el *bluff* de Salamanca y entraban y salían sin incidentes. Cuando fracasó la táctica de las amenazas tendentes a impedir la entrada de alimentos, el enemigo se lanzó a una guerra de piratería en alta mar. El bombardeo de embarcaciones neutrales se convirtió en práctica habitual. Muchos barcos eran apresados y se les obligaba a entrar en los puertos rebeldes, donde eran despojados de sus cargamentos. Las protestas del embajador británico fueron contestadas, después de un largo silencio, con fraseología insultante.

Cuando estos bombardeos y actos de piratería contra los barcos británicos se convirtieron en un deporte favorito a campo abierto que no perturbaba la complacencia del Gobierno de Chamberlain, los partidos laborista y liberal, en la Cámara de los Comunes, acorralaron al Gabinete en un debate de cinco días y

finalmente arrancaron al Ejecutivo la promesa de proteger el comercio británico en alta mar. Franco respondió con la amenaza de hacer fuego contra los destructores ingleses que dieran escolta a los mercantes, incluso fuera de aguas territoriales, y las naves británicas recibieron de Londres el mandato de anclar en San Juan de Luz o en Bayona, en espera de nuevas instrucciones. El gran acorazado Hood recibió órdenes de dirigirse desde Gibraltar a San Juan de Luz, y el pequeño puerto se vio lleno de destructores de guerra y marineros de barcos mercantes.

Al final, el Gobierno de Chamberlain dio a conocer su decisión: no toleraría ninguna interferencia con la navegación británica por parte de Franco, a quien no se le habían concedido los derechos de beligerante. Por lo tanto, instó enérgicamente a los barcos ingleses a inclinarse ante el general español y a no dirigirse a Bilbao. Esto se interpretó como que las embarcaciones británicas serían protegidas en alta mar, pero no desafiaba el derecho de Franco a hundirlas en aguas territoriales. Pero los viejos lobos de mar de Inglaterra no pidieron nada más y entraron con tranquilidad en el puerto de Bilbao.

Sin embargo, casi inmediatamente se puso en evidencia la política de Chamberlain. Este admitía el derecho de los barcos ingleses a llevar sus cargamentos a Bilbao; que tal derecho estaba basado en el pacto de la no intervención; que Franco no tenía facultades para interferirse, puesto que no había recibido los derechos de beligerante. *Siendo esto verdad*, los barcos con víveres para Bilbao no deberían intentar desembarcar sus cargamentos, porque las aguas del puerto estaban minadas. De este modo las intenciones oscuras se hicieron visibles.

Quedaba claro, pues, que la dominante extrema derecha del Gobierno de Chamberlain estaba dispuesta a contribuir al aniquilamiento por hambre de mujeres y niños en Bilbao; no obstante, los barcos británicos continuaron entrando en el puerto y la población no pereció de inanición.

4

Los rebeldes tenían una ventaja abrumadora. Alejados de toda posibilidad de recibir refuerzos, cada soldado de los vascos perdido en la batalla era irremplazable, mientras que Mola podía sacar refuerzos de los territorios circundantes inmediatos. Los vascos no tenían aviación, ni artillería antiaérea, ni medio de recibirlas del Gobierno republicano. Los aviones desde Barcelona no podían cruzar sobre el territorio franquista sin exponerse a un peligroso aterrizaje forzado, por falta de gasolina, en la zona enemiga. Pero Franco disponía de una perfecta flota de aviones alemanes e italianos enviados por Hitler y Mussolini. Esta ventaja terrible habría de determinar la suerte de los vascos.

Pero, aun así, la ofensiva progresaba lentamente. Los vascos combatían valientemente y morían con heroísmo, pero los bombarderos, más allá de su alcance, rugían sobre sus cabezas y los aviones de caza los ametrallaban con vuelos bajos, sin que ellos tuvieran aparatos con que hacerles frente. Con frecuencia perdían una posición durante el día debido al efecto de la aviación y la reconquistaban por la noche, cuando la lucha era cuerpo a cuerpo.

Llegó entonces el martirio de la pequeña población de Durango, «el bombardeo

más terrible contra una población civil blanca que se conoce en la historia del mundo hasta el 31 de marzo de 1937». Era una pacífica y religiosa ciudad, y mucha gente se hallaba oyendo misa en las tres iglesias que había. Los bombarderos nazis, evolucionando por encima de la ciudad, podían ser oídos por los devotos en la antigua iglesia de Santa María y en la de los Padres Jesuitas, y en la capilla de Santa Susana las monjas escuchaban el ruido siniestro de los aviones volando muy bajo. Los aviadores alemanes lanzaron toneladas de pesadas bombas.

Una de ellas estalló sobre el tejado de la capilla de Santa Susana y las monjas volaron literalmente en pedazos, mezcladas con trozos de las sagradas imágenes.

Otra bomba de gran potencia atravesó el techo del templo de los Jesuitas, y el padre Rafael Billalabeitia, que estaba oficiando misa en aquel momento, murió entre las ruinas, junto con otros.

Todavía otra potente bomba destruyó la cubierta de la antigua iglesia de Santa María cuando don Carlos Morilla elevaba la hostia, y este cayó con otros fieles a su alrededor. De los numerosos muertos y mutilados, difícilmente identificables, muchos eran niños, pero solo quedaron sus cuerpos despedazados en fragmentos que fueron depositados en una tabla y numerados 1, 2, 3, etc.

5

Y después llegó la atrocidad de Guernica.

El general Mola había lanzado la amenaza de que, a menos que la población vasca se rindiera, no dejaría piedra sobre piedra en toda la región, y poco después se perpetraba el crimen de Guernica.

Esta era la Ciudad Sagrada de los Vascos, sagrada en la historia de esta estirpe. Como antigua capital, había sido durante siglos el símbolo de la raza, religión, libertad e independencia, y bajo su árbol famoso se congregó siempre la asamblea de los representantes del país para decidir las leyes, y bajo su sombra algunas de las figuras más nobles de este pueblo prestaron juramento como gobernantes. Aquí José Antonio Aguirre, hombre de gran carácter y católico devoto, juró como presidente de los vascos guardar la independencia y la libertad del pueblo.

Guernica era una pequeña ciudad sin ningún valor militar, y el bárbaro bombardeo se efectuó en un día de mercado en que los campesinos de la comarca acudían allí con sus productos y sus animales. El mercado se hallaba lleno de gente alrededor de las cuatro y media de la tarde, cuando súbitamente el espacio se vio ennegrecido por una gran flota de aviones de bombardeo de Hitler, semejantes a una nube de langostas; y, deliberadamente y a sangre fría, tomándose todo el tiempo que quisieron, puesto que allí no había defensa aérea —y la no intervención se había cuidado de ello—, la pequeña ciudad fue rociada con bombas explosivas e incendiarias hasta que quedó reducida a un montón de ruinas. Antes de que los aviones volvieran con los proyectiles incendiarios, el padre Aronategui, cura de la parroquia, fue visto andando en medio de los escombros para administrar los últimos sacramentos a los moribundos; atravesó las calles desiertas con el óleo sagrado. Este sacerdote supo cómo y por quiénes fue destruida Guernica, y me lo contó.

Cuando, de vuelta en Alemania, la Legión Cóndor fue recibida por Goering, este declaró que una de las razones por las cuales los nazis estaban en España era que «las fuerzas aéreas tenían que incendiar para demostrar al mundo de lo que eran capaces». Lo que demostraron en Durango y en Guernica.

Cuando las odiosas noticias del bombardeo llegaron a San Juan de Luz, yo me sentí horrorizado, más que nada por la insensible complacencia con que el bestial crimen fue aceptado por muchos. La atrocidad era tan estúpida que no podía atribuirle a un español, quien, por lo menos, habría tenido cierta consideración sentimental por la histórica ciudad. La reacción del mundo exterior se manifestó pronto. La humanidad retrocedió con horror y repugnancia ante aquella acción bárbaramente pagana. Cuando *lord* Robert Cecil lo denunció públicamente como «el acto más salvaje que registra la historia», el regocijo en los círculos fascistas se hizo menos audible y más discreto, y Franco se apresuró a negar que hubiera tenido de antemano conocimiento del crimen. Pero las amenazas de Mola no se habían olvidado.

Así, una ciudad sagrada para un pueblo civilizado, con una población de unos siete mil habitantes, sin fortificaciones, desarmada, casi fue barrida del mapa. Ante la tempestad de acusaciones que se descargó contra ellos, los victoriosos se refugiaron en la negación y, después, pensándolo mejor, planearon convencer al mundo de que las ruinas las habían causado los «rojos». ¿Cómo? ¿Con aviones? No tenían ninguno. Después dijeron que había sido con fuego. La historia era demasiado estúpida. Los vascos no destruyeron su ciudad sagrada ni destrozaron a sus mujeres y a sus niños. Yo prefiero pensar que ningún español quiso ni pudo hacerlo.

El padre Alberto Onaindía, testigo presencial, hizo su relato:

Llegué a Guernica el 26 de abril, a las cuatro cuarenta de la tarde. Apenas había bajado del coche cuando comenzó el bombardeo. La gente estaba aterrorizada. Los campesinos huyeron, abandonando sus animales en el mercado. El bombardeo duró hasta las siete cuarenta y cinco. Durante este tiempo, no pasaban cinco minutos sin que el espacio se viera ennegrecido por aviones alemanes. El método de ataque fue siempre el mismo. Primeramente, hacían fuego de ametralladora; después lanzaban las bombas explosivas y, finalmente, las incendiarias. Los aviones volaban muy bajo, arrasando los caminos y bosques con fuego de ametralladora, y en las cunetas de las carreteras se amontonaban juntos, tirados al suelo, hombres, mujeres y niños. Muy pronto se hizo imposible divisar más allá de cinco metros, debido a la densidad del humo. El fuego envolvió a toda la ciudad. Se oían gritos de dolor por todas partes, y las gentes, llenas de terror, se arrodillaban, levantando sus manos al cielo, como si implorasen a la divina providencia... Como sacerdote católico, declaro que no se podría infligir un ultraje peor a la religión que el canto del *tedeum* a la gloria de Franco en la iglesia de Guernica, milagrosamente salvada por el heroísmo de los bomberos de Bilbao.

Quienes habían parecido gozosos cuando las noticias de la destrucción llegaron a Biarritz, comenzaron a bajar la cabeza un poco. Pero de la noche a la mañana, el padre Onaindía, a quien conocí poco después, y que era un hombre simpático y de cultura, se convirtió en una «persona maligna». Cada vez en voz más alta, con la imprudencia de convertirse en un grito, aumentaron las protestas de que los «rojos habían incendiado la ciudad».

Yo sabía que esto era mentira. Corresponsales de prensa que no tenían ningún motivo para falsear la verdad y que visitaron la localidad vinieron a verme, y lo que

me contaron proyectó luz sobre la audaz propaganda. David Darrah deambuló entre las ruinas acompañado de un oficial fascista. Aunque comprendía el español, simuló que lo ignoraba y habló en francés. Se dirigieron a un anciano que removía en los escombros. «¿Cómo sucedió esto?», preguntó el corresponsal. El oficial fascista tradujo la pregunta al español. El anciano respondió que los aviones llegaron en gran cantidad y no dejaron de bombardear hasta que todo quedó en ruinas. El fascista tradujo al francés: «Dice que antes de que el ejército de liberación entrase en la ciudad, los anarquistas pegaron luego a todo». Darrah dio las gracias en francés al funcionario.

Poco después, Virginia Cowles, una corresponsal norteamericana, me contó su relato, después de regresar de otro viaje de inspección a la ciudad arrasada. Iba acompañada por un joven de la oficina de propaganda de Burgos, quien de modo evidente aceptó la ficción de la responsabilidad de los «rojos». Ellos también encontraron a un anciano escarbando entre los restos, y cuando ella preguntó cómo había sucedido, el anciano contestó: «Los aviones llegaron y estuvieron tirando bombas hasta que todo quedó en ruinas». El joven, sonrojado, insinuó: «Pero la ciudad fue incendiada por los rojos, naturalmente». El viejo movió la cabeza. «Con bombas incendiarias», dijo. El joven se apresuró a llevarse a la periodista, murmurando enfadado: «Ese debe ser algún rojo». Luego se acercaron a una anciana que se hallaba rebuscando entre las ruinas y le hicieron la misma pregunta. Moviendo los brazos, la mujer dijo: «Llegaron los aviones y el cielo se puso negro con ellos, y bombardearon y bombardearon y bombardearon». El funcionario de Burgos sacó rápidamente de la ciudad a Virginia Cowles.

Cuando, después, ella contó a algunos fascistas su experiencia, estos rieron cordialmente. «¿Por qué no? Naturalmente que bombardeamos la ciudad —dijeron—. Y la bombardeamos bien. ¿Por qué no habíamos de hacerlo?».

6

Pero los vascos no sucumbieron ante el terror. Con desesperación disputaron cada palmo de terreno, batiéndose como un pueblo valeroso, acorralado, privado de todo refuerzo, al que se le negaba el derecho a comprar material de guerra para su defensa, y luchando contra moros, alemanes, italianos y el enemigo no inferior de todos: el Comité de No Intervención. Con los horrores de Guernica a la vista, el Gobierno republicano hizo esfuerzos desesperados para enviar aviación a los vascos. La distancia impedía el vuelo directo entre Barcelona y Bilbao, puesto que habrían necesitado abastecerse de gasolina en territorio rebelde. Por consiguiente, se proyectó que los aviones aterrizaran en Toulouse (Francia), con el pretexto de que habían sido desviados en aquella dirección por los vientos. Se esperaba que desde allí se les ordenaría regresar al punto más cercano de España, lo cual habría permitido completar el vuelo a Bilbao. Esto, naturalmente, no se hacía sin el consentimiento de, al menos, un miembro del ministerio francés. Pero en Toulouse, el agente escandinavo de control de la no intervención obligó a los aviones a regresar a Barcelona, enviando a uno de sus funcionarios para comprobar que se cumplían sus órdenes. Así, se impuso meticulosamente la no intervención contra los republicanos

al mismo tiempo que se hacía la vista gorda ante los alardes de las potencias del Eje. Pocos días después de que los aviones de caza fueran obligados a regresar a Barcelona, desembarcaban en territorio rebelde ametralladoras, paracaidistas, cañones de tiro rápido alemanes y, a toda prisa, fueron transportados por carretera hasta el ejército rebelde.

Mientras tanto, privados de medios de defensa por aire, los vascos eran bombardeados por los aviones nazis y fascistas, y, a fin de salvar a los niños, el Gobierno vasco decidió que fuesen evacuados. Gran Bretaña notificó a Franco que la Marina de guerra británica daría escolta a las embarcaciones que condujesen a los pequeños desde Bilbao. Franco contestó disputándole a Gran Bretaña el derecho de realizar ese servicio puramente humanitario. El transportar niños desde un lugar donde alcanzaban las bombas fue definido como «intervención» por dos embajadores de naciones democráticas con quienes yo hablé en San Juan de Luz. Pero los británicos se mantuvieron firmes en su propósito, y todos los días salían del puerto barcos cargados con niños.

7

Frente a la ofensiva despiadada, sin base donde fundar una esperanza, los vascos no vacilaban en la lucha. El enemigo avanzaba lentamente, con un gran ejército italiano que realizaba el papel principal y al que secundaban los aviones alemanes. Un corresponsal de prensa que voló a Bilbao desde San Juan de Luz me contó que los refugios contra los bombardeos eran débiles cobijos en los sótanos de construcciones de poca resistencia que no podrían aguantar el impacto de una bomba. El corresponsal había encontrado a los vascos esperanzados y rogando que llegaran aviones vía Francia; pero estos aviones, al aterrizar para abastecerse en Pau, eran detenidos por las autoridades francesas.

No me sorprendió que el encono de los vascos se dirigiera contra las democracias occidentales, las cuales los habían traicionado, abandonándolos en las manos de las potencias del Eje. En la Primera Guerra Mundial, incontables barcos vascos fueron hundidos por los submarinos alemanes, mientras transportaban alimentos a Inglaterra, pero el único estadista británico que parecía recordarlo era Lloyd George. Aguirre, que no lo había olvidado, dijo lo siguiente:

Hemos cumplido con nuestro deber. Yo desearía poder decir que pienso que la Gran Bretaña y las democracias occidentales han cumplido con el suyo. Inglaterra y Francia tendrán que responder ante la historia por su abandono de los vascos.

En las últimas horas, la civilización y la humanidad de los vascos resplandecían como una llama en las tinieblas del bárbaro paganismo y la hipocresía que los rodeaban. Fue en esta coyuntura cuando Jesús María de Leizaola, el consejero vasco de Justicia, se hizo cargo del mando, para evitar que los excesos del último momento empañaran el récord de legalidad y humanidad de estas gentes.

Después de haberse consumado la rendición, Leizaola vino a verme en San Juan de Luz. Era un hombre alto, de rostro enérgico, firmes y abultados labios y ojos negros, grandes y tristes. Había conquistado una reputación en el Colegio de Abogados y

durante muchos años había sido un decidido defensor de la autonomía vasca. En las Cortes Constituyentes se opuso a cualquier medida que atentara contra la religión, pues era un ferviente católico. Como consejero de Justicia, administrando los tribunales en los juicios por traición, había insistido en que el acusado tuviera todos sus derechos de defensa garantizados como en tiempos de paz. Ningún odio personal lo movía en su actuación de fiscal. Conocía al espía alemán que ejercía de cónsul austríaco y fue apresado cuando trataba de pasar a Salamanca los planos de defensa de Bilbao; le agradaba. Lo acusó y lo declaró convicto, pero la noche antes de la ejecución fue a la celda del condenado para consolarlo. Así era Leizaola.

El ejército de italianos, moros y rebeldes que avanzaba hacia la ciudad se hallaba ya en los suburbios, y con pleno conocimiento de que, si lo detenían, sería llevado inmediatamente ante el pelotón de ejecución, se negó a seguir los consejos de sus amigos, que le rogaban que huyera. Él y sus compatriotas habían combatido valerosamente y se habían mantenido con fe, y ahora que se hallaban desbordados por tropas extranjeras y aviones alemanes, determinó que Bilbao debía entregarse de una forma civilizada, sin ejercer represalias contra los prisioneros y sin los incendios y pillajes que con tanta frecuencia preceden al momento de la rendición. Con los minutos contados y el enemigo avanzando rápidamente, ordenó la salida de todo el mundo, excepto de los batallones vascos, de la ciudad. Entonces dio orden de volar los puentes, como una estrategia militar. Pero se negó a la sugerencia de hacer volar la Universidad y la iglesia de San Nicolás, que eran reductos útiles para nidos de ametralladoras, con el fin de salvar la biblioteca universitaria y el templo por su belleza. Luego dispuso la libertad de todos los presos; y, para que no fuesen molestados en lo más mínimo, él permaneció allí durante la noche, para protegerlos personalmente contra la posible furia de la muchedumbre. Cuando los prisioneros abandonaban la cárcel e iniciaban su marcha por la carretera, se congregó una multitud. Apareció Leizaola en escena, se colocó entre aquellos y la muchedumbre, y declaró que él había ordenado su liberación. Nadie los importunó. Después, cumplida su misión, salvada la ciudad del desenfreno, el cansado ministro del Gobierno vasco salió a tiempo de Bilbao para dirigirse a Santander.

8

Llegó a continuación la infamia de Santoña.

La rendición de Santoña se efectuó ante el ejército italiano, en términos escritos y firmados de capitulación, previo el envío de dos miembros de cada partido y de los sindicatos en calidad de rehenes.

Semanas después, Leizaola y Monzón, consejero vasco del Interior, vinieron a verme, sin previo aviso, con una carta del presidente Aguirre en la cual se contaba en detalle el incumplimiento de los términos de la citada capitulación. Ambos estaban intentando, en esta supuesta avanzada fase de la civilización, hallar algún medio de acercarse a Mussolini con el fin de apelar al cumplimiento del compromiso que los oficiales de su ejército habían firmado. Debido a la flagrante violación de los términos de la capitulación, y puesto que este acto infamante se ocultó cuidadosamente al conocimiento del mundo, los expongo íntegramente, de acuerdo

con la copia que me dejaron.

En virtud de los progresos realizados por el enemigo en Torrelavega, el veinticuatro de agosto las fuerzas del ejército vasco se encuentran en la imposibilidad de continuar la lucha, debido a su aislamiento de la región de Asturias. Dos de sus representantes, tras consultas con el mando de la Legión Italiana al servicio de Franco, y bajo su garantía, acordaron una capitulación que se sujetará a las siguientes cláusulas principales:

EN NOMBRE DE LAS FUERZAS VASCAS

- A) Abandonar las armas con orden y hacer entrega del material a las fuerzas de la Legión Italiana, la cual ocupará, sin resistencia, la zona de Santoña.
- B) Mantener el orden público en la zona que ocupan.
- C) Garantizar la vida y la libertad de los rehenes políticos de Laredo y Santoña.

EN NOMBRE DE LAS FUERZAS ITALIANAS

- A) Garantizar la vida a todos los vascos combatientes.
- B) Garantizar la vida y autorizar la salida del país de todos los líderes vascos y funcionarios en los territorios de Santoña y Santander.
- C) Considerar a los combatientes vascos, sujetos a la capitulación, libres de obligación de tomar parte en la guerra civil.
- D) Garantizar que la población vasca leal al Gobierno provisional de Euzkadi no será perseguida.

Esta capitulación fue dada a conocer al coronel Faena, comandante de la columna de legionarios que ocupaba Laredo, y a los combatientes vascos. Y, en presencia de muchos barcos extranjeros en la bahía y de la población civil de Santoña, la capitulación, en cuanto concierne a las estipulaciones que debían cumplir las fuerzas vascas, fue ejecutada enteramente.

En cuanto a las obligaciones contraídas por el mando de la Legión Italiana, el cumplimiento comenzó a verificarse de acuerdo con las estipulaciones de la cláusula B, y los combatientes empezaron a subir a bordo de los barcos mercantes, bajo la bandera inglesa, Seven Seas, Spray y Bobbie, en el puerto de Santoña, más de dos mil personas con quienes se establecieron relaciones con la aceptación, firma y sello de los legionarios italianos, el veintisiete de agosto, desde las ocho a las doce.

Pero, sin ninguna explicación, dos oficiales de Franco dieron la orden de desembarcar en la playa, y los barcos mencionados zarparon el veintinueve de agosto, completamente vacíos.

Desde entonces, ninguna manifestación del cumplimiento de las cláusulas de la capitulación se ha realizado por parte de la Legión Italiana auxiliar que las garantizó.

(Firmado) José Antonio Aguirre

Era una sorprendente historia de traición y deshonor militar. Los ministros vascos me informaron de que los españoles que aparecieron en escena para prohibir el cumplimiento de los términos de la capitulación, después de que los vascos habían cumplido sus compromisos, eran falangistas y que, según afirmaban, estaban actuando bajo órdenes personales de Franco. Por otras fuentes de información supe que los oficiales italianos estaban indignados ante las órdenes de no hacer caso de los términos en los cuales habían puesto sus firmas.

Ante mi sorpresa de que nada de esto hubiese aparecido en la prensa, los ministros expresaron su temor de que la publicidad exacerbara el encono del enemigo y lo indujera a sangrientas represalias contra los prisioneros.

Pocas semanas después, uno de los ministros volvió a verme para dejarme una

declaración escrita en la que se decía que los rehenes exigidos por los italianos como condición previa a las discusiones de una capitulación *habían sido fusilados por un pelotón de ejecución*. Y de nuevo me llené de asombro ante el silencio de la prensa fuera de España.

9

Más tarde me enteré por la misma fuente de información de que habían sido ejecutados incontables prisioneros, incluidos quince sacerdotes, quienes cayeron ante un pelotón de ejecución. Sus nombres son conocidos. Esta es la lista de los ajusticiados:

Martín de Lecuona, cura auxiliar de la parroquia de Rentería (Guipúzcoa), fusilado el 8 de octubre de 1936; Gervasio de Albizu, cura auxiliar de la parroquia de Rentería (Guipúzcoa), fusilado el 8 de octubre de 1936; José de Sagama, cura auxiliar de la parroquia de Berriatúa (Vizcaya); Alejandro de Mendicute, capellán en San Sebastián (Guipúzcoa), ejecutado en la noche del 23 al 24 de octubre de 1936; José de Ariztimuño, escritor, poeta, cura, ejecutado junto con un grupo de diecisiete personas en el cementerio de Hernani (Guipúzcoa); Joaquín de Arín, rector y arcipreste de Mondragón (Guipúzcoa), fusilado en la noche del 24 al 25 de octubre de 1936; José de Marquiegui, cura auxiliar de la parroquia de Mondragón (Guipúzcoa), ejecutado en la noche del 24 al 25 de octubre de 1936; Leonardo de Guridi, cura auxiliar de la parroquia de Mondragón (Guipúzcoa), ejecutado en la noche del 24 al 25 de octubre de 1936; José de Peñagaricano, cura auxiliar de la parroquia de Marquina-Echevarría (Vizcaya), fusilado el 27 de octubre de 1936; Celestino de Onaindía, cura auxiliar de la parroquia de Elgóibar (Guipúzcoa), ejecutado el 23 de octubre de 1936; Joaquín de Iturri Castillo, cura de la parroquia de Marín (Guipúzcoa), fusilado el 6 de noviembre de 1936; José de Adarraga, muerto junto con el padre Ariztimuño; padre Otaño, de la orden del Inmaculado Corazón de María, organista de Tolosa (Guipúzcoa); padre Román, de la orden de los Carmelitas, superior del colegio de Amorebieta (Vizcaya); un capellán castrense del Ejército español, nacido en Perilla (Navarra), de nombre desconocido. Parece cierto que el 19 de noviembre de 1936 los cadáveres hallados en el cementerio de Vera (Navarra) eran también de cuatro sacerdotes.

Además de las ejecuciones, quinientos curas vascos fueron empujados al exilio. No eran comunistas, ni anarquistas, ni sindicalistas, ni políticos, ni líderes obreros ni criminales. Eran sacerdotes.

Que los sacerdotes vascos fueron ejecutados fue reconocido por el cardenal Gomá en el significativo e histórico intercambio de cartas, en enero de 1937, entre su eminencia y el presidente José Antonio Aguirre; no se hallaría católico más devoto que él en toda la cristiandad. En su discurso del 22 de diciembre de 1936, Aguirre había expresado su asombro y pena ante el hecho de que la jerarquía española no hubiese formulado ninguna protesta contra la ejecución de sacerdotes por las autoridades rebeldes. En una carta abierta del 10 de enero de 1937, su eminencia había contestado admitiendo las ejecuciones, pero manifestando que *la jerarquía no estaba callada en este asunto*, sino que la protesta no se había hecho pública, ya que

su publicación habría sido «menos eficaz». Hay un matiz de ironía en las palabras «menos eficaz», pues la protesta secreta, si en verdad se hizo, no había sido eficaz en manera alguna. Si alguna queja, secreta o de otra forma, fue formulada contra la expatriación de quinientos curas y contra las ejecuciones, yo he sido incapaz de encontrarla.

Hay pocos documentos más nobles que la contestación de Aguirre, quien, como ferviente católico, al igual que todo su pueblo, que luchó por la democracia, nunca se desvió del profundo respeto debido por alguien de su fe hacia un príncipe de la Iglesia. «Esta carta —concluye Aguirre— es la expresión de un sentimiento, posiblemente brusco, pero créame, eminencia, sincero y expresado con claridad y afecto, en el cual puede confiar, de su fiel servidor y amigo que besa su anillo pastoral». La categoría de Aguirre como católico se establece en la contestación del cardenal, quien, refiriéndose al discurso de Aguirre en el que protestaba contra el silencio y la aparente aquiescencia de la jerarquía en la ejecución de sacerdotes, decía: «ha dejado en mi alma la impresión de que estaba escuchando la voz de un católico convencido»; y en su carta personal al presidente Aguirre había escrito: «Yo sé que usted es bueno... Lo bendigo con todo mi afecto».

La prueba de que los sacerdotes vascos fueron ejecutados por Franco o el Gobierno nacionalista es abrumadora. Entre los documentos hallados después de la Segunda Guerra Mundial en el Ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania se cita un telegrama de la embajada nazi en Madrid, firmado Schwendemann, que informa en los siguientes términos: «Franco se ha quejado enérgicamente al encargado de negocios italiano acerca de la actitud del Papa hacia el Gobierno nacionalista»; decía, asimismo, que el papa se había quejado amargamente de «la ejecución de sacerdotes vascos católicos por tropas blancas»⁴.

Así, queda claro que los sacerdotes fueron ejecutados a sangre fría, no por irresponsables turbas como en Madrid, sino obedeciendo órdenes del Gobierno rebelde.

10

Hacia fines de mayo de 1937, el barco de guerra alemán Leipzig, uno de los vigilantes del jocosos control del Comité de No Intervención en aguas territoriales del Gobierno de la República, fue bombardeado por la aviación leal. Fue un error, pero no un crimen. El piloto había comunicado por radio, jubilosamente, que había tocado uno de los barcos rebeldes españoles. Resulta evidente que este aviador no habría alardeado de su hazaña si no hubiera estado convencido de que el barco era de Franco, como, en efecto, lo estaba. Me asombró que el mundo se impresionase cuando la víctima era una embarcación nazi, y me preguntaba si las democracias se sentían temerosas de manifestar su indignación cuando sus propias naves eran atacadas.

Y luego, como resultado de esto, se perpetró el crimen deliberado.

Actuando por propia iniciativa, sin ninguna advertencia, los barcos de guerra nazis bombardearon la costa de Almería. Esta salvaje acción fue un acto de guerra —los franceses y los británicos lo admitieron así—, aunque seguramente no lo era

más que el envío de tropas, aviones, tanques y artillería durante un año entero. No obstante, en este caso se produjo una saludable reacción contra el bombardeo de Almería, y hubo tanto ruido en las cancillerías que Hitler fue persuadido de no repetir otra vez la ofensa. Las democracias tuvieron el valor de declinar la proposición de Hitler de realizar una demostración conjunta contra el Gobierno republicano y, con muestras de inocencia herida, Italia y Alemania anunciaron su retirada del sistema de «control», que había sido una farsa desde el principio. Por algún tiempo se temió que los aliados extranjeros de Franco proyectaran usar sus barcos para convertir su bloqueo teórico en verdadero. Las democracias «no intervencionistas» estaban alarmadas. La farsa de la no intervención había sido muy conveniente para apuñalar por la espalda a un Gobierno democrático constitucional bajo el paraguas de la imparcialidad; y así, para salvar este fácil instrumento de hipocresía y engaño, se propuso que los barcos británicos, con oficiales italianos y alemanes a bordo, guardasen las costas orientales. Las potencias del Eje se negaron.

De esta forma, a mediados de julio de 1937, el proyecto de no intervención estaba debilitado y temblando ante la burla general, y se hizo otra proposición para que fuera preservado. Esta prometía a Franco derechos de beligerante, sobre la base de que todas las fuerzas extranjeras fuesen evacuadas. Dicho proyecto tenía el mérito de ser una vuelta al pretexto original, pero nadie, realmente, creía que Hitler y Mussolini considerarían seriamente la evacuación de sus tropas y jefes, junto con su artillería, aviones y tanques. No obstante, el plan preveía una indefinida dilación y, entretanto, la no intervención podía continuar negando al Gobierno constitucional su derecho legítimo a comprar armas y municiones. A intervalos, entre bostezo y bostezo, el asunto se discutiría, sin que llegara a ponerse en marcha acción alguna, durante todo un año.

11

Era evidente, ahora, después de un año de horrores, que la rebelión no fue un levantamiento del pueblo contra el régimen democrático. Si esto hubiera sido verdad, el ejército, los moros, las tropas italianas y alemanas habrían triunfado al término de un mes. Estaba perfectamente claro que no era una «guerra civil» en el sentido corriente de la palabra, sino una guerra de agresión abiertamente realizada por Hitler y Mussolini.

Y más claro quedaba todavía que no se trataba de una guerra en favor de la Iglesia católica, apoyada por hordas mahometanas de Marruecos y los perseguidores de la Iglesia venidos de Alemania; los vascos, los católicos más devotos de España, así lo habían dejado escrito con la sangre de su corazón mientras luchaban como leones por la democracia.

4 Departamento de Estado. Documentos sobre Política Extranjera Alemana, serie 10, vol. 3, Documento 168, telegrama 620, 27 de diciembre 1936.

Política y piratería

Mientras tanto, los fascistas que estaban con Franco se dedicaban a vejar a los monárquicos y terratenientes e irritaban la sensibilidad de los requetés con una actitud de indiferencia hacia la Iglesia. En verdad, se estaban volviendo un poco arrogantes hacia el mismo general español. Asumiendo la fanfarronería de los camisas negras de Mussolini, su audacia crecía en sus manifestaciones, lo cual redundaba en conflictos callejeros con los carlistas. Pronto obligaron a Franco a aceptar todo el programa fascista de José Antonio Primo de Rivera, con una reserva en cuanto a su interpretación.

Este programa era como afiladas rocas bajo la superficie de las aguas, en las cuales el barco rebelde tendría que navegar para llegar al puerto de destino. José Antonio, en un discurso notable, había desahuciado a la monarquía como una institución «imposibilitada» y había prometido la liquidación de las grandes propiedades, tomando así ejemplo de la República. A los industriales no les hacía ninguna gracia la promesa de nacionalizar las industrias clave, y la sonrisa de los financieros que subvencionaban la rebelión, ante la amenaza de nacionalizar los bancos, era pálida y descolorida. La jerarquía de la Iglesia, en el manifiesto de los obispos, confesaba sus serios temores sobre el cambio, y los carlistas estaban tan horrorizados ante el programa de José Antonio que habitualmente se referían a sus camaradas fascistas como «nuestros rojos».

Para poner fin a la confusión, Franco dio otro golpe de Estado a fines de abril de 1937. Ordenó la disolución de todas las organizaciones existentes y la fusión de todas ellas en una sola, bajo su autocrático control. Cuando exigió la unificación de la milicia carlista y fascista, Manuel Hedilla, el entonces jefe fascista, que había tomado en serio su papel, exigió que se le nombrara comandante de las milicias conjuntas. Esto constituyó un desafío a la autoridad de Franco. Al presentarse Hedilla en el cuartel general de este pidiendo una entrevista, se le hizo aguardar para que le bajaran los humos y le pasara el enfado, en la sala de espera y, después, fue detenido, con autorización para salir del país.

Cualquiera que hubiera sido la idea original de Franco, halló a los elementos fascistas españoles, agasajados por los italianos y los nazis, demasiado fuertes para combatirlos, y por eso se unió a ellos, convirtiéndose en su líder. Encontraba yo en los periódicos fascistas que por entonces cruzaban la frontera espacios en blanco que indicaban la labor de la censura.

el bando leal, donde los anarquistas eran los peores enemigos de la solidaridad y la disciplina. A primeros de mayo de 1937, el Gobierno se enfrentó contra ellos enérgicamente. Los anarquistas y El POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), compuesto de trotskistas-comunistas, habían provocado una crisis. Era creencia general que muchos de los miembros de la citada formación eran agentes de Franco. En las fábricas, exigían la incautación de la propiedad privada y provocaban huelgas para que disminuyese la producción en medio de la guerra. En Aragón, no pocos anarquistas del ejército que habían confraternizado con los fascistas desertaron y se apresuraron a acudir a Barcelona para unirse al levantamiento contra el Gobierno legítimo.

Aquel día, nuestro cónsul general en Barcelona, Claude Dawson, me telefoneó para informarme de que había comenzado la guerra abierta contra los anarquistas, con barricadas en las calles y tiroteos desde los tejados de los edificios. Por la noche del mismo día me puse en contacto con Del Vayo, entonces en París, quien me contó que el levantamiento anarquista había sido aplastado. Pero el aspecto de Barcelona no complacía al Gobierno. Durante semanas, el enemigo había predicho confiadamente la rendición de la ciudad sin necesidad de disparar un tiro. Luis Companys temía actuar de forma drástica, y la crisis se presentó cuando confesó que, sin ayuda, sería incapaz de mantener la ley y el orden. Esto despejó el camino para el Gobierno de Madrid, que envió tropas a Barcelona bajo el mando del general Pozas.

3

A la sazón fui confidencialmente informado de que Largo Caballero se estaba acercando a su fin. Uno de sus verdaderos admiradores me dijo que estaba sufriendo presión arterial, que había días en que apenas se le podía ver y no podría continuar como líder. La enemistad con Prieto no había disminuido, y el viejo luchador todavía se aferraba a la ilusión de que era posible enrolar a los anarquistas a la carroza de un Estado democrático. Me contaron, de forma confidencial, que Largo Caballero iba a ser obligado a dimitir. Con la dimisión de dos ministros comunistas, se produjo la crisis y, en la reorganización del Gabinete, al exigir Largo Caballero la presidencia del Gobierno y el Ministerio de la Guerra, con la fusión en este de la Marina y la Aviación bajo su dirección como ministro de Defensa, fue puesto a un lado. Independientemente de sus condiciones físicas, no hay duda de que la pérdida de su poder se debía a la insistencia de los comunistas. Era un español orgulloso e inclinado a mirar a todos los extranjeros con suspicacia, y cualquier intento por parte de un poder extranjero de mediatizar sus acciones le resultaba intolerable. Los comunistas, tomando ventaja de la supeditación de la República a la necesidad de adquirir material de guerra de Rusia, ejercían presión sobre el Ejecutivo, estoy seguro de ello. Largo Caballero había servido en una coyuntura crítica, pero su hora había pasado. Me había parecido que le dominaba una fanática impaciencia respecto al proceso democrático, y era partidario de una dictadura del proletariado; sin embargo, Luis Araquistáin, quien lo conocía íntimamente, niega que eso sea admisible (*New Leader*, 10 de diciembre de 1951). Cuando los nazis entraron en Francia, Largo Caballero fue enviado a un campo de concentración, del que salió al

final de la guerra físicamente quebrantado. Murió en París en marzo de 1946, después de sufrir la amputación de una pierna. Jamás nadie ha puesto en duda su firme devoción a los trabajadores, su amor a España y su estricta honestidad.

4

El doctor Juan Negrín, que pasó entonces a ser jefe del Gobierno, era un hombre de amplia y profunda cultura, un científico y médico, educado en los laboratorios de Alemania, adonde había ido en su juventud para cursar sus estudios y donde permaneció hasta los veinticinco años. Había sido discípulo favorito del gran histólogo Ramón y Cajal, quien recibió el Premio Nobel. Pertenece a la Universidad de Madrid cuando lo conocí y había intervenido activamente en el proyecto y creación de la Ciudad Universitaria. Su actuación estaba dominada por su intelecto, que era notable. Favorecía la ley y el orden. Era el tipo de hombre sereno cuyas emociones no influyen en su razón. Cuando lo conocí con motivo de una comida, poco después de mi llegada a Madrid, me impresionó por su superioridad intelectual y su sencillez. Aquel día escuchó más de lo que habló, pero todo lo que dijo era digno de ser escuchado. Tenía la mentalidad más bien de un científico que de un político o de un orador, y nunca lo escuché hablar en las Cortes, en las que era diputado. Su integridad y su valor eran tanto físicos como morales. Robusto, de buena estatura, cara redonda, ojos penetrantes, grises, con lentes, y bigote negro, podía haber pasado fácilmente por un hombre de negocios norteamericano o inglés. Muy pronto habría de asombrar a los corresponsales de prensa, en Ginebra, contestando a preguntas en cinco idiomas. Yo ya lo admiraba como hombre de verdadera distinción mucho antes de que fuese jefe del Gobierno. Uno de sus adversarios políticos me dio su impresión sobre Negrín: «Aunque de enorme talento, es muy impulsivo, indiferente a las restricciones, y siempre se empeña en seguir su propia línea. Es un individualista acérrimo, un hombre de gran iniciativa y poderoso en la acción. Como jefe del Gobierno, resolvía cuestiones decisivas sin atenerse a consejo o asesoramiento. Es extraordinariamente valeroso; nada le asusta».

Tenía un apetito increíble y hábitos irregulares; comía en todo momento y permanecía con sus amigos hasta primeras horas de la mañana, pero no permitía nunca que esta costumbre interfiriese en sus deberes. En los días más tensos de la guerra, casi siempre recibía al ejecutivo de una empresa pública norteamericana, en su casa, a las siete de la mañana. Este industrial compartía mi apreciación del hombre. Estaba tan lejos del comunismo como es posible estarlo.

El nombramiento de Prieto como ministro de Defensa era muy significativo. Inteligente, ingenioso, dinámico, audaz, se parecía entonces a un Lloyd George español de la Primera Guerra Mundial.

5

Por aquel tiempo la fase internacional de la guerra se perfiló claramente cuando fueron emplazados, de modo permanente, cañones alemanes cuyo alcance dominaba

el estrecho de Gibraltar, con lo que se ocasionó una leve inquietud en la Cámara de los Comunes. Tropas francesas se instalaron en un hotel abandonado entre Hendaya y San Juan de Luz, donde con frecuencia vi a oficiales franceses maniobrar con un cañón antiaéreo. Francia comenzaba a mostrarse intranquila. Entre tanto, las fuerzas de Franco avanzaban hacia Santander a paso de tortuga.

Aprovechándome de la relativa calma, envié el destructor Erie a Santander, para evacuar a los norteamericanos que lo desearan, y dos días después rescatamos a setenta compatriotas, cuya repatriación fue facilitada por la Cruz Roja norteamericana. El Santander que nuestra gente vio en julio de 1937 había cambiado tristemente desde mi visita casi un año antes. Las calles estaban sucias, las paredes llenas de carteles de propaganda, y aun así quedaba cierta alegría, y a la hora del paseo las vías se notaban concurridas como en días más felices. Pero entre los que se paseaban se veía ahora a hombres cojos o con los brazos en cabestrillo. Los establecimientos estaban vacíos de género, pues la gente, en estado de ánimo derrochador, se entregaba a gastar el dinero sin cuenta. Las autoridades se manifestaron corteses y eficientes.

Pero en Gijón las cosas eran distintas. Teníamos la esperanza de poder sacar norteamericanos desde Asturias hasta el barco en Santander, con la ayuda de la radio, pero el gobernador, Belarmino Tomás, no les concedió el permiso para salir. Cuando conseguimos hablar con él por teléfono, a las dos de la madrugada, se negó coléricamente. «Demasiados españoles se han convertido súbitamente en extranjeros», vociferó. Lo comprendí; estábamos obligados a sufrir las consecuencias de las faltas de otros. «No —gritaba—, no sale nadie sin instrucciones explícitas del Gobierno de Valencia». Era imposible esperar ese tiempo.

Cuando, más tarde, recibimos seguridades de Valencia, hicimos regresar al Kane, y ya estaba en aguas de Gijón cuando llegó la advertencia de Queipo de Llano de que, al hacer fuego contra los barcos cargados de alimentos en el puerto, no se asumiría ninguna responsabilidad por cualquier accidente que pudiera sufrir la citada embarcación. Este mensaje llegó tarde, por la noche, cuando Garrison y Codener, el vicecónsul de Bilbao, estaban en tierra en servicio y lejos de nuestro alcance. Telefoneé entonces al almirante Fairfield, del Raleigh, en Villafranca, y decidimos correr el riesgo de efectuar la carga por la mañana. El trabajo del almirante durante los dos primeros años de la guerra fue admirable, y su cooperación con la embajada, perfecta. Solo escuché referidos a él elogios de su juicio, compostura y cortesía.

Pero en Gijón entramos otra vez en conflicto con el gobernador Belarmino Tomás, que se había ido a Valencia, dejando instrucciones de que no se permitiese salir a nadie sin su aprobación personal. Llamé a Valencia pidiendo una explicación. Tras cierta perplejidad, se enviaron órdenes imperativas a Gijón, y el Kane volvió al puerto.

Mientras tanto, el general Fuqua, agregado militar, quien no había visitado el ejército republicano en este frente, me solicitó permiso para hacerlo. Salió de Barcelona una mañana, conduciendo su propio coche y sin detenerse para comer, y llegó a Biarritz a tiempo para cenar conmigo.

Apenas había llegado el Kane a Gijón cuando los rebeldes comenzaron a bombardear los barcos del puerto, y el secretario Cordell Hull me telegrafió, preocupado. De nuevo consulté por teléfono con el almirante Fairfield. Este había

estado en contacto con el comandante del Kane y sabía que estaba anclado, fuera del puerto y apartado del peligro. Decidimos arriesgar otro día.

El personal bajó a tierra y fue a visitar al gobernador y a un general leal. Este último, que conocía a Fuqua, le dio la bienvenida, al estilo español, con un abrazo. No se hacía ilusiones y, sabiendo que la derrota era inevitable, dijo que los asturianos seguirían luchando hasta el final. Fuqua recibió todas las facilidades para visitar el frente. A su regreso, un poco a modo de comedia, característicamente española, alivió el resultado gris de la excursión. El general había enseñado a Fuqua un notable libro donde constaban detalladamente, con mapas y dibujos, las defensas de Bilbao. Los ojos de Fuqua chispearon.

—¡Maravilloso! —exclamó Fuqua.

—¿Le gusta? —preguntó el español.

—¡Es formidable! —respondió el agregado.

—Entonces es suyo —añadió el español.

—¡No, no! —protestó Fuqua, teniendo presente la costumbre española de ofrecer alguna cosa admirada por otro, con la esperanza de que se ha de declinar el ofrecimiento dando las gracias.

—No, no, muchas gracias, ni pensarlo...

—Pero yo deseo que lo acepte —dijo el español.

—No, no —repitió Fuqua, riendo.

—Insisto en ello —volvió a la carga el general español.

—Bueno, si usted insiste...

Un poco después, el general español, al que le había llamado la atención la camisa de Fuqua, de un estilo por entonces muy de moda en Barcelona, hizo un comentario acerca de su belleza.

—¿Le gusta? —dijo Fuqua.

—Mucho —contestó.

Al instante, el agregado militar se sacó la camisa, y mientras el otro protestaba con vehemencia, el norteamericano se la dio.

—Es suya —le dijo.

—No, no —protestó de nuevo el general.

—Insisto en que la acepte —dijo el americano.

Y así fue como el general español obtuvo la camisa de Fuqua. Era intención de este ponerse otra en el hotel, pero se encontró con que su maleta había sido ya trasladada al barco y se vio obligado a terminar su inspección por Gijón en camiseta, para diversión y disgusto, a la vez, de los «rojos» que circulaban por las calles.

Esta vez el gobernador Belarmino Tomás, severo, frío, un hombre despiadado con voluntad de hierro, dio el permiso de salida a los norteamericanos y nuestra evacuación de la costa norte fue llevada a cabo.

A la sazón, los rebeldes y las tropas italianas avanzaban lentamente hacia Santander. Las entrenadas fuerzas moras acompañaban a los soldados italianos arrastrando la

artillería pesada alemana, mientras aviones italianos y alemanes zumbaban por encima de ellos. La abrumadora desigualdad hacía imposible la lucha de los defensores, y hacia fines de agosto el ejército italiano encabezó la marcha triunfal por las calles de la ciudad conquistada.

Este habitual gesto de ceder al ejército italiano el lugar de honor no era menos molesto para los jefes españoles que para el Comité de No Intervención, dedicado a jugar al disimulo. En el momento preciso que trataba con Mussolini de reanudar su papel en la farsa del control de no intervención, el dictador italiano, con cínica franqueza, mandó un telegrama de felicitación a Franco:

En el momento en que los valientes legionarios (italianos) entran en Santander en estrecha colaboración con las tropas nacionalistas (franquistas), consiguiendo en nombre de la civilización occidental una de las victorias más brillantes (*sic*) de la guerra contra la barbarie (*sic*) asiática, me siento complacido de poder testimoniar a Su Excelencia mi orgullo de tener estas tropas bajo mi mando y mi sincera admiración por su intrepidez y capacidad en llevar a cabo tan rápida (*sic*) victoria.

Si ni siquiera esto podía sacudir la fe del mundo de que la no intervención medraba, la contestación de Franco pudo haber suscitado una ligera sospecha:

Me siento particularmente orgulloso de que los legionarios italianos, durante los diez días de combate, hayan contribuido poderosamente a la espléndida victoria de Santander, y que su contribución recibiera el deseado reconocimiento de su telegrama. Esta fraternidad de armas garantiza la victoria final, la cual liberará a España de cualquier amenaza a nuestra común civilización.

Además de poner de relieve el predominio por parte de los fascistas italianos en la victoria, Mussolini dio a conocer los nombres de los diez generales italianos que mandaron el ejército de Santander.

7

A pesar de todo, el Comité de No Intervención, en un desesperado esfuerzo por continuar el juego, literalmente imploró a Hitler y Mussolini que continuasen representando la farsa. Un nuevo plan para hacer revivir al muerto y putrefacto cadáver se preparó entonces, y *fue sometido primeramente al autor del telegrama y comandante de los diez generales que dirigieron la toma de Santander, para su aprobación.*

Bien pronto, Inglaterra y Francia aprendieron lo que Franco quería decir cuando se refería a la liberación del Mediterráneo, pues nuestra «común civilización» estaba ahora amenazada en él por la piratería en este mar, donde los buques mercantes eran atacados por misteriosos submarinos a lo largo de la ruta Turquía-Barcelona. Y no eran submarinos de Franco. Que eran italianos y alemanes era cosa bien sabida. Se proponían matar de hambre a la España leal. Pero el Gobierno de Chamberlain no se atrevía a olvidar los intereses comerciales británicos y el hundimiento de barcos ingleses. Y había, además, algo comprometido de importancia: el dominio de estas famosas aguas.

Rápidamente se convocó una conferencia de potencias del Mediterráneo, y puesto que Italia no acudiría sin ir acompañada de Alemania, que no había sido invitada por no estar ubicada en el área, las otras naciones se congregaron en Nyon, donde acordaron tomar medidas enérgicas. Navíos de guerra patrullarían el mar con órdenes de hundir todo submarino que atacase a cualquier barco que no fuera español, o a todo el que se negase a enseñar su bandera. Esto bastó por el momento. Pero el bombardeo de barcos continuó, hasta que una nave británica fue echada a pique con toda su tripulación.

8

Pero, en el frente internacional, Mussolini continuó su marcha triunfal. Se dio un nuevo impulso al pestilente Comité de No Intervención para asegurar que no llegasen armas y municiones a los leales. En un gran discurso pronunciado en Valencia, Azaña lo denunció como «la invención más descarada en favor de los rebeldes desde que comenzó la guerra», y de haber sido concebido, *como así era*, para atar las manos de la Sociedad de Naciones.

Así, el Comité de No Intervención en Londres, sustituto de la Sociedad de Naciones, no está realmente sustituyéndola o reemplazándola, sino adormeciéndola y suprimiéndola. Y aunque el Comité de No Intervención fue constituido con el fin de que nadie pudiera intervenir en el conflicto español, la única no intervención que este Comité ha asegurado ha sido la no intervención de la Sociedad de Naciones.

Por entonces la Sociedad de Naciones estaba próxima a reunirse, y se requería algo para paralizar su acción. El doctor Juan Negrín, en virtud del sistema de turnos, presidió la sesión de apertura; su discurso, ponderado y sin la menor referencia a España, causó una profunda impresión. Al día siguiente presentó el caso de España ante la Asamblea, exponiendo una serie de hechos condenables que nadie se atrevió a negar. Y si eran hechos comprobados, la Sociedad de Naciones estaba obligada a intervenir. Pero Negrín fue escuchado en medio de un silencio embarazoso. Más vehemente que Negrín, siguió Del Vayo, recalcando principalmente y con acierto el intercambio de telegramas entre Mussolini y Franco y terminando con la afirmación de que «la palabra *agresión* será escrita en letras indelebles en las cuatro paredes de la Asamblea».

No era posible ahora soslayar el reconocimiento de la evidencia de una agresión de fuerzas extranjeras contra España. El deber de la Asamblea era inequívoco. Aquella noche, los estadistas del mundo empeñados en fingir estaban confusos, buscando alguna forma de decirlo sin perturbar la complacencia de las naciones agresoras. Cuidadosamente, eludiendo mencionar a Italia y Alemania, en una declaración de compromiso se proclamó la presencia de «batallones de tropas extranjeras» en España. Pero la resolución, además, admitió que la no intervención había sido un fracaso y declaró que tendría que ser abandonada a menos que las tropas extranjeras fuesen evacuadas.

A fin de impedir mayor acción por parte de la Sociedad de Naciones, se constituyó a toda prisa otro comité para tratar de la evacuación de las tropas extranjeras.

Inglaterra, Francia e Italia cuidarían de esa empresa. Italia no aceptó aún ser miembro del mismo. Y poderosas fuerzas suplicaban a la Sociedad de Naciones que no tomara ninguna medida que pudiera «embarazar» al inactivo comité de papel. «No alteréis la situación», pedían suavemente. Pero incluso esta resolución sin sangre ni fuerza que clamaba por un voto unánime fue vetada por *Albania* y *Portugal*.

Así, con un alivio infinito, los conspiradores, haciéndose cómplices a sabiendas de las potencias fascistas, despojaron a la Sociedad de Naciones de su último vestigio de respetabilidad, y este organismo suspendió sus deliberaciones. Y después, cínicamente, Italia pidió que el plan de evacuación de las tropas extranjeras fuese devuelto al querido Comité de No Intervención, el mismo que la Asamblea de la Sociedad de Naciones había calificado de fracaso.

Así pues, mientras se preparaba la gran ofensiva de Franco, España tenía que luchar por su supervivencia contra los poderes fascistas todavía privada del derecho de comprar armas y municiones.

9

En octubre de 1937 fui informado, con mucha antelación, de la decisión del Gobierno republicano de trasladarse a Barcelona. En los momentos en que los rebeldes anunciaban una ofensiva en el frente de Aragón, el efecto psicológico del desplazamiento me pareció de dudoso acierto. Yo había observado que Cataluña se había bastado muy bien a sí misma y no había cooperado al extremo de su capacidad en la defensa del régimen en todas partes. Consciente del relajamiento de ánimo del sector de la población industrial, ahora me enteraba de su sabotaje en la industria de guerra. Las fábricas que habrían podido, bajo presión, producir material de guerra rendían muy poco. Con españoles hambrientos o empobrecidos, se vendían a Francia géneros alimenticios cuyo importe se quedaba en los bancos franceses y no era de ninguna utilidad para el régimen que luchaba por la democracia. Me dijeron que el Gobierno se trasladaba a Barcelona para dirigir las actividades de la guerra desde aquel punto, para hacer que las fábricas produjeran los instrumentos bélicos y contener la venta de alimentos fuera de las fronteras. Así, el último jueves de noviembre, el Día de Acción de Gracias en los Estados Unidos, la carretera a Barcelona se hallaba congestionada de coches y camiones que trasladaban a los funcionarios y oficinas del Gobierno a la nueva capital provisional. Un año antes, por las mismas fechas, el desplazamiento se había hecho de Madrid a Valencia.

El efecto, al principio, fue el que yo había previsto. La prensa fascista y rebelde gritó que la guerra estaba terminada y la «huida» del Gobierno leal, preparada. Pero este clamor se redujo pronto a un murmullo y, después, al silencio.

10

Lentamente los rebeldes y sus aliados extranjeros avanzaban hacia Gijón,

tropezando con la desesperada resistencia de los fieros montañeses astures. Era una lucha sin esperanza, pues el mundo se había organizado para negar a la democracia de España el derecho a comprar armas y a defenderse contra el fascismo. Una vez perdida la esperanza, se produjo un frenético esfuerzo para escapar por mar. El puerto, cual otro Dunkerque, estaba atestado de botes de todas clases llenos de soldados, paisanos, mujeres y niños. Centenares de ellos iban en viejas barcas de pesca. Los aviones rebeldes volaban sobre ellos y hundieron algunas embarcaciones con su cargamento humano. Incluso cuando alcanzaban el mar abierto eran perseguidos desde el aire y bombardeados. Los que escaparon a las bombas se encontraron en medio de una de las tormentas más furiosas que jamás se desencadenara en las picadas aguas del golfo de Vizcaya. Advirtiendo que un barco francés zozobraba en la tormenta, uno de los botes de los refugiados, heroicamente, volvió atrás para salvar a la tripulación.

La caída de Gijón fue celebrada con frenesí en el territorio de Franco, pero las tropas, integradas por rebeldes, italianos y moros, desfilaron por una ciudad muerta. Unos pocos espectadores miraban torva y silenciosamente. Los moros invadieron las calles. Fuera, en las montañas, unos pocos mineros asturianos se preparaban para continuar la lucha.

Fue entonces cuando Lloyd George, con el fuego inextinguible de su espíritu, atronó en la Cámara de los Comunes:

Bilbao, Santander y Asturias estaban defendidas por hombres tan bravos como jamás hayan luchado en una batalla, tradicionalmente así, históricamente así y racialmente así. Pero esos hombres no tenían municiones, no disponían de cañones. ¿Quién es responsable de eso? La no intervención. ¿Y quién es responsable de mantener vigente la no intervención? El Gobierno de Su Majestad. Si la democracia es derrotada en esta batalla [la batalla de Aragón], si el fascismo triunfa, el Gobierno de Su Majestad podrá reclamar la victoria como cosa suya.

Mientras tanto, con Neville Chamberlain cortejando a Mussolini con ardor impropio de una doncella, los aviones italianos bombardeaban barcos neutrales, y en esos días, a dieciocho kilómetros de Barcelona, la aviación italiana hundió la nave británica Jean Weems. En aquella misma hora el Gabinete de Chamberlain estaba a punto de conceder el reconocimiento del Gobierno fascista por medio de «un intercambio de agentes consulares y diplomáticos». Temeroso de los efectos que pudiera causar en la opinión pública, Chamberlain tenía una declaración cuidadosamente preparada para el pueblo inglés, en la que se afirmaba que ello no implicaba una forma de reconocimiento. Una declaración idéntica habría de ser hecha al mismo tiempo por el Gobierno de Franco. Los británicos dieron su comunicación a la prensa, y entonces el señor Chamberlain aprendió algo de la técnica fascista, pues Salamanca, al darle publicidad, matizó: «Esto es mejor que el reconocimiento de los derechos de beligerancia, ya que es el reconocimiento de soberanía», lo que verdaderamente trataba de ser. Pronto el duque de Alba entraría y saldría del Foreign Office en Londres en misiones oficiales, recibiendo más cortesía y consideración que la concedida al embajador acreditado de la República Española. Ante la presión de la Cámara de los Comunes para saber si el duque de Alba gozaba de la normal inmunidad y privilegios diplomáticos, los ministros de la Corona insistieron en sus negativas rotundas, pero pronto se desveló el engaño, cuando un

funcionario del Foreign Office, T. H. Glasse, pidió al Departamento de Licencias de Coches del Ayuntamiento de Londres que se excusara al secretario del duque de Alba del examen para obtener permiso de conductor, con la explicación de que «el duque de Alba y su personal son considerados *oficialmente* como diplomáticos en todo menos en el nombre, y el Gobierno de Su Majestad ha acordado que reciban privilegios y facilidades en la misma medida que los miembros de las establecidas misiones diplomáticas en Londres» (Londres, *News-Chronicle*, 30 de marzo de 1938).

El Gobierno de Su Majestad había estado burlándose claramente de los parlamentarios en la Cámara de los Comunes.

11

Seguí las negociaciones británicas con el doctor Sangróniz, jefe del Gabinete diplomático de Franco, con interés, convencido de que se haría un esfuerzo para obligar a los Estados Unidos a un reconocimiento similar. La confirmación llegó rápidamente, cuando, finalizada la lucha en Bilbao, propuse que el cónsul Chapman regresase y pedí un salvoconducto de las autoridades militares. Tras muchos días de silencio, fui informado de que la reapertura del consulado en Bilbao estaba pendiente de nuestra aceptación de «un intercambio de agentes consulares y diplomáticos». Informé a Washington de mi inalterable posición, firmemente opuesta a un camuflado reconocimiento del régimen fascista. Muy pronto, un individuo joven que me era conocido de Madrid y que ahora estaba en el servicio diplomático de Franco, vino a mi casa a quejarse acusándonos de interferir «con el trabajo del cónsul de Franco en Nueva York», y a pedir para ese agente de Franco en los Estados Unidos, a quien llamaba «embajador», el mismo acceso oficial al secretario de Estado que el que se concedía al embajador de la República Española. Más aún, debía estar autorizado a despachar barcos cargados para España. Mi visitante llegó al colmo con la amenaza de expulsar a todos nuestros cónsules de España. Yo le respondí que lamentaría dicha expulsión en extremo, y le permití que se fuera en este punto.

Sin esperanza de acción por parte de Sangróniz, nos acercamos al general Queipo de Llano por medio de nuestro cónsul en Sevilla, para que gestionara el permiso para la reapertura de nuestro consulado de Bilbao. Este consintió inmediatamente y envió instrucciones telegráficas al gobernador militar de la zona y al comandante militar de Irún. Nada sucedió. El funcionario en Irún admitió haber recibido las instrucciones del general, pero dijo que también tenía orden de no admitir a nadie sin el consentimiento del Gabinete diplomático. Al fin, Chapman fue llamado a la Nache Enea e informado de que tenía un salvoconducto a su disposición para *ir a San Sebastián y volver*. Esto, se explicó, era para permitir una discusión con Sangróniz sobre una cuestión puramente política que no concernía al cónsul, y yo di órdenes a Chapman de no cruzar la frontera. Así estaba el asunto cuando, perdida la esperanza de una acción favorable, Chapman embarcó para los Estados Unidos con permiso, para no regresar a Bilbao. El consulado de esta ciudad permaneció cerrado durante el resto de la guerra.

En noviembre de 1937, diecisiete meses después de iniciada la guerra, se hizo un intento para sembrar el pánico entre los leales con ruidosas manifestaciones de triunfo de los fascistas. Estos proclamaban que la terminación de la lucha en las provincias del norte dejaba libres a cincuenta mil soldados que podrían ahora ser movilizados para marchar sobre Barcelona y Valencia; que el Gobierno leal estaba al borde del colapso y andaba febrilmente en busca de condiciones de paz; que la población civil en el territorio republicano estaba ansiosa de rendirse a los alemanes, italianos y moros. ¿No me había enterado yo —me preguntaban— de que en los balcones de Madrid se habían colgado sábanas blancas? No había oído nada acerca de tal cosa y podía adivinar, además, la suerte que habría corrido la gente que las hubiera desplegado.

No sucedió nada, excepto que se publicó una declaración del Gobierno legítimo afirmando que no se toleraría ni armisticio ni mediación mientras un solo soldado extranjero pisara tierra española.

Por aquellos días, tras haber ultimado Japón su alianza profascista con Hitler y Mussolini, acordó el reconocimiento de Franco y se colocó en la posición que había de asumir inmediatamente después en la Segunda Guerra Mundial, en la lucha del Eje para exterminar la democracia en Europa. El mismo día en que apareció la noticia en la prensa, el ministro japonés vino a verme. Al principio de la contienda este me sorprendió al comunicarme que, puesto que ambos, Estados Unidos y Japón, se hallaban lejos del conflicto, su Gobierno le había ordenado pronunciarse en consonancia conmigo en las decisiones del cuerpo diplomático. No tenía yo confianza en la integridad de las «instrucciones». No obstante, tantas veces como el cuerpo se había reunido, el ministro japonés, que era una persona decente, agradable, estuvo de acuerdo conmigo. Un día vino a decirme que le gustaría pasar una semana en Francia, pues no había estado en Europa desde hacía años, pero que temía que aconteciera algo durante el viaje, lo cual podría resultar embarazoso para él. ¿Permitiría yo a su secretario permanecer en contacto conmigo durante su ausencia, y si yo barruntaba algún acontecimiento de importancia, se lo comunicaría para que él pudiera avisarle? Acepté. Así, el día del reconocimiento de Franco, el pequeño ministro se hallaba enormemente desconcertado cuando vino a verme. Me aseguró, bajo «palabra de honor», que no había recibido la más ligera indicación de que semejante acción se hubiese estado considerando. Esperaba que yo aceptara su palabra respecto a este asunto, puesto que siempre me había comportado decentemente con él. Añadió que, puesto que las noticias procedían de Tokio, estaba seguro de que serían ciertas. El Ministerio de Relaciones exteriores en Tokio no gozaba siempre de la confianza de los militares. Yo estaba convencido de la sinceridad del ministro y de su desconcierto. Esta fue mi última reunión con él.

Las matanzas del Eje en Barcelona

Con todo el mundo ansioso por el retraso de dos meses de la ofensiva de Franco, se producían extraños acontecimientos en Francia, donde la policía estaba descubriendo depósitos secretos de armas. Se sospechó que este material, que era de origen italiano y alemán, iba destinado a la quinta columna en Francia, la cual habría de lanzar al país bajo las bayonetas de sus aliados nazis. Mi contacto con esta requisita de armas y traidores fue somero, pero interesante. Conducía en mi coche a Peggy Grippenberg, la inglesa esposa del ministro finlandés en Londres, hacia los jardines de Rostand, el dramaturgo y poeta, en Cambo. Al atravesar la hermosa campiña me sorprendió ver a lo largo de la carretera un número no acostumbrado de gendarmes y, cuando llegamos a los alrededores del pueblo, nos pararon. Pepe se ocupó de identificarnos, y nos dejaron seguir adelante; pero en otro pueblo, al volver un recodo, encontramos grandes bancos colocados como barricadas a través del camino. Se presentaron oficiales de la policía y nos dieron explicaciones. Con su contagiosa risa, Peggy preguntó a quién se buscaba. Un joven oficial contestó sonriendo: «Eso es un secreto». En otro pueblo los coches de la policía formaban una barricada, y en otro vimos a los gendarmes inspeccionando escrupulosamente el interior de los grandes camiones.

Los jardines de Rostand eran muy hermosos bajo la luz otoñal, y mientras examinábamos, llenos de curiosidad, la casa, el vigilante, atraído por la risa de Peggy, nos invitó a visitar el interior. Cuando, finalmente, ella me presentó como el embajador norteamericano, el anciano se mostró afectuoso. «Los alemanes y los italianos están levantando la nariz —dijo—. La gran República debe darles un buen tirón de orejas», e ilustró lo que quería decir tirándose fuertemente de la suya. Y entonces, para mi diversión, porque mi acompañante era inglesa, el anciano añadió con pena: «Y los ingleses son casi tan malos». Decididamente, Chamberlain no era un ídolo del pueblo francés.

Tal era el sentir general del pueblo en Francia, como yo había barruntado.

2

A mediados de noviembre de 1937, Eddie Neal, el brillante corresponsal de la Associated Press, que regresaba del frente de Aragón, sentado frente a mí, en mi casa, me dijo por qué creía que Franco ganaría la guerra en el término de seis meses. Se habían concentrado cinco ejércitos en aquel frente, con un acopio de municiones sin precedentes y una gran cantidad de los más modernos y mortíferos aviones de bombardeo alemanes e italianos, junto con más cañones alemanes. «No es solo que estos aviones sean los más nuevos —dijo—, sino que alemanes e italianos están

enviando a la *élite* de sus aviadores, la mayor parte, oficiales. A muchos de los italianos los he visto y conocido en Abisinia».

Pero los días pasaban y Franco no se movía. El efecto psicológico de esta misteriosa pausa era desastroso para ambos bandos. Sus propios seguidores se manifestaban abiertamente críticos, pero la prolongada inactividad era más desastrosa para los leales, pues desconociendo por dónde atacaría Franco, no sabían dónde hacerse fuertes ellos mismos. Por lo tanto, se decidió tomar la ofensiva, forzar la lucha y elegir el terreno. Así obligarían a los sublevados a usar sus grandes reservas de municiones y desbaratarían sus planes para la «gran ofensiva».

Los republicanos atacaron Teruel, en poder de Franco desde el comienzo de la guerra. Puesto que los defensores de la ciudad habían dispuesto de un año de tiempo para prepararse, los leales tenían pocas esperanzas de conquistar la ciudad, que era de poco valor militar. El verdadero objetivo consistía en cortar las comunicaciones por carretera entre el ejército de Teruel y el de Zaragoza. La batalla dio comienzo bajo una fuerte tormenta de nieve, a últimos de diciembre, con una temperatura bajo cero, y los soldados del nuevo ejército republicano lucharon como leones sobre la nieve, con un inflamado entusiasmo que alcanzó las cimas del heroísmo. Los caminos estaban cubiertos por medio metro de nieve, y centenares de hombres calzados de mocasines avanzaban arrastrando su artillería. Con un valor casi sobrehumano cortaron las comunicaciones del enemigo, atacaron las alturas y cercaron la localidad. Ernest Hemingway, el novelista, iba con la retaguardia, echándose a intervalos al suelo para protegerse contra los certeros disparos; salió con vida para dejarnos una gráfica narración de la ofensiva más audaz de la guerra. Con la inevitable caída de la ciudad, fueron enviados diez prisioneros a la plaza sitiada para anunciar que toda la población civil que lo deseara podría salir con seguridades a la mañana siguiente, entre las siete y las nueve. Debían marchar en grupos de veinticinco, cada uno enarbolando una bandera blanca.

Mientras tanto, el sorprendido Franco se apresuraba a enviar refuerzos desde Zaragoza bajo el mando de uno de sus mejores generales, pero fue inútil. Los leales penetraron en la ciudad, donde algunos elementos del ejército rebelde y líderes civiles se habían hecho fuertes ocupando un seminario, un banco y un palacio.

Con la llegada de moros, legionarios y requetés, los rebeldes hicieron algunos progresos, tan absurdamente exagerados que en la Nochevieja sus estaciones de radio anunciaron la reconquista de la ciudad, y los franquistas de Sevilla y San Sebastián lo celebraron con alborozo. Pero Teruel no habría de ser reconquistado hasta semanas después, cuando tuvo lugar la batalla más sangrienta de la guerra.

Mientras estas prematuras celebraciones iban en aumento, las tropas republicanas, utilizando granadas de mano y dinamita, asediaban los edificios donde el enemigo se había refugiado, y uno tras de otro cayeron en poder de los leales. De los sótanos del palacio salían mujeres y niños, flacos, medio hambrientos, dejando atrás a otros muertos de hambre. Los supervivientes fueron alimentados y atendidos.

Una semana después de la precipitada algazara, la lucha alcanzaba su mayor grado de ferocidad. Al intentar los rebeldes un ataque por sorpresa entre los montones de nieve, los leales, que acechaban con sus ametralladoras pintadas de blanco, los diezmaron; fueron abatidos y cayeron como el trigo bajo la hoz. Franco avanzaba poco y perdía muchos hombres, material y prestigio. Desesperado de

recibir ayuda de él, e incapaz de soportar por más tiempo la agonía de los sitiados, el coronel Rey, del ejército rebelde, negoció la rendición. En esta guerra salvaje, Prieto envió urgentes órdenes para que se proporcionara comida a los hambrientos y atención médica a los heridos. Muy pronto el general Queipo de Llano acusaba a Rey de «puerco».

El principal objetivo de la ofensiva había sido alcanzado. Los planes de Franco fueron momentáneamente aplazados. Enormes cantidades de municiones, desde largo tiempo concentradas, se habían perdido. El sacrificio de soldados de Franco había sido terrible, y durante semanas yo oí hablar un día y otro acerca de jóvenes y muchachos que habían muerto en Teruel en el bando sublevado.

Pero mientras sus soldados combatían sin éxito, municiones, artillería y tanques le eran enviados de Alemania e Italia, y Franco se tomó un mezquino desquite contra los no combatientes bombardeando Valencia y Barcelona con bombas de mil kilos, una horrible matanza de inocentes que habría de ser solo un preludio del crimen sin precedentes que vendría después.

Al fin, con la llegada de nuevos abastecimientos de municiones, aviones, tanques y artillería, Teruel volvió a ser tomado por los rebeldes. Centenares de aviones hacían llover explosivos sobre los defensores y los ametrallaban. Había más aviones italianos y alemanes en acción de los que hubo en cualquier tiempo durante la Primera Guerra Mundial, y el ejército leal no podía competir con esto.

3

Después de los combates de Teruel, Ernest Hemingway me hizo una apresurada visita en San Juan de Luz y me confirmó las historias que había oído acerca de su agitada vida en Madrid. Vivía allí, peligrosa pero alegremente, en el hotel Florida, que con frecuencia era bombardeado, pero él se negaba a trasladarse a otro sitio. Deambulaba por la ciudad que amaba, como si nada extraordinario estuviese sucediendo, visitando sus lugares preferidos, mezclándose familiarmente con los soldados, que lo admiraban, acercándose de cuando en cuando al frente de batalla. Tenía habitaciones en los refugios del hotel, donde no se hallaba directamente expuesto al peligro. De vez en cuando un proyectil de cañón demolía uno de los cuartos del edificio, y entonces él, con una infantil alegría, tomaba un fragmento en el cual escribía: «Parte del proyectil que destruyó la habitación número 36». Pronto, otro destruiría otra habitación, y después otra, y pronto su estancia se vio llena de estos. «Proyectil que destruyó el cuarto número 47». «Porción del proyectil que destruyó la habitación 37». Con el casco de uno de ellos fabricó una pantalla para lo que denominaba su «estudio». Dentro de esta extraña estancia, con sus siniestras reliquias, se congregaban jóvenes escritores, pintores, periodistas, soldados con permiso, y en ella estallaban con más frecuencia las risas que las granadas.

4

Habíamos permanecido al margen de incidentes que implicaran a los Estados

Unidos, pero a últimos de enero de 1938, el *Nantucket Chief*, un barco norteamericano, bajo la bandera norteamericana, fue encontrado a sesenta kilómetros de la costa y obligado por un destructor rebelde a entrar en las islas Baleares como cautivo. Obedeciendo instrucciones, hice una demanda al general Franco pidiendo su liberación, en carta dirigida a él no como jefe de Estado, y no firmada por mí como embajador, puesto que no lo habíamos reconocido. Yo estaba seguro de que la misiva sería devuelta o ignorada, y así lo advertí a Washington. A poco de haberla enviado por cortesía de la *Nache Enea*, me enteré de que el capitán había sido sacado del barco y enviado a la prisión, en espera de ser juzgado por alguna acusación no indicada. Sin esperar instrucciones, mandé otra carta exigiendo su inmediata libertad.

Mientras tanto, el nuevo Gobierno de Franco había comenzado a actuar, y el señor Sangróniz, antes jefe del Gabinete diplomático, fue reemplazado por el general Jordana como ministro de Estado. Como exgobernador del Marruecos español, tenía cierta experiencia en diplomacia. Al cabo de cinco días, llegó un correo con una nota muy cortés de Jordana anunciando que se habían despachado órdenes para poner en libertad la embarcación y a su capitán, quien «en aquellos momentos debía estar en camino hacia su barco». Así, nuestro primer incidente se solventó con rapidez. Me formé una opinión muy elevada de Jordana.

Pero los ingleses no fueron tan afortunados. Apenas habían aceptado el semirreconocimiento implicado en el intercambio de agentes diplomáticos y consulares, cuando los italianos bombardearon deliberadamente y, tras repetidos esfuerzos, hundieron el barco británico *Endymion*, matando a varios marinos ingleses y a una mujer. No hubo una contestación a la nota británica exigiendo satisfacción, y al cabo de pocos días otro barco inglés fue hundido. Luego, un tercero fue torpedeado por un submarino, indudablemente italiano.

Estas desconsideradas acciones vejaban al Gobierno de Chamberlain, y mister Edén informó a Franco de que se había llegado al límite de la paciencia británica, algo que, no obstante, resultó ser una hipérbole. Así y todo, la indignación de mister Edén fue mirada con enojo, y su negativa a aceptar ninguna de las notas de compromiso de Mussolini, después de que todas hubieran sido rechazadas con un encogimiento de hombros, ocasionó alguna zozobra entre sus colegas profranquistas. Era evidente que la repugnancia de Edén por los métodos de Mussolini y su moral política disgustaba a su jefe. Edén había llegado a ser un obstáculo para el programa de «apaciguamiento» que Chamberlain ofrecía al *Duce*. Los periódicos italianos vomitaban vituperios contra él, y de Roma salió la palabra que forzaría su dimisión. Nunca en la historia —y ciertamente nunca en la historia inglesa— una nación había hecho a otra una demanda de dimisión de un ministro de Negocios Extranjeros con mayor desfachatez.

¡Y Edén dimitió!

Yo estaba preparado para presenciar el desbordamiento de la arrogancia de los rebeldes cuando Chamberlain ascendió a jefe del Gobierno y se encargó también,

aunque no era titular, de las funciones de ministro de Negocios Extranjeros. Por los días de su nombramiento, un agregado del Gabinete diplomático de Franco me dijo: «Ahora que gobierna Chamberlain, será más fácil para nosotros». Y también por entonces un corresponsal de prensa, notoriamente *persona grata* en los medios franquistas, me comentó: «Ahora que Chamberlain tiene en sus manos todo el poder, será todo más fácil para Franco». Es cierto que su designación se consideró como el equivalente de una gran victoria militar, y sin tardanza la prensa fascista y nazi, regocijada por la expulsión de Eden, competía en rendir homenajes al nuevo jefe del Ejecutivo. Cuando este propuso obsequiar a Roma sin exigir la retirada de las tropas de España, Eden se negó a tomar parte en la farsa. La democracia inglesa se sorprendió al advertir que un dictador italiano hubiera podido amedrentar al Gobierno hasta el punto de hacer dimitir al más popular de sus ministros. La prensa liberal, laborista e independiente puso el grito en el cielo, y en la Cámara de los Comunes Lloyd George atronó, Churchill increpó y Attlee y Sinclair protestaron, pero los tenaces sostenedores de Chamberlain no cesaron. Se celebraron muchos mítines de protesta, pero el jefe del Gabinete, feliz en su romance con los dictadores, dispuestos abiertamente a exterminar la democracia, no se conmovió.

Y entonces se produjo la brutal agresión de Hitler contra Austria.

En España, los aliados de Franco descargaban en territorio rebelde grandes cantidades, sin precedente, de artillería, cañones antiaéreos, bombarderos del último modelo de Alemania, y aviones, tanques y artillería de Italia; jefes de primer rango de los Estados Mayores de Hitler y Mussolini asumieron su puesto en la dirección de la gran ofensiva franquista en el frente de Aragón, sin que aquello llamara la atención del Comité de No Intervención, nunca hasta entonces tan exento de curiosidad.

6

A principios de marzo de 1938 se produjo un milagro. La flota rebelde, integrada por el *Baleares*, el *Canarias* y el *Cervera*, fue divisada por los leales, y en la batalla que siguió al encuentro, la capitana de las naves franquistas, el *Baleares*, fue hundida. Dos semanas después, en Barcelona, Franco se tomó venganza con el bombardeo más bárbaro y bestial de una población civil no combatiente registrado hasta entonces en la historia del mundo. Fue una especie de ensayo nazi para la Segunda Guerra Mundial.

El terrible ataque comenzó en la noche del 16 de marzo y, naturalmente, se efectuó sin advertencia. Los mortíferos aviones alemanes e italianos, pilotados por hombres de las citadas nacionalidades, tenían capacidad para cubrir el pavimento de una ciudad de casi dos millones de habitantes con la sangre de sus víctimas, a los quince minutos de haber despegado de sus bases en Palma de Mallorca. Volaban a gran altura, invisibles, sin tiempo para que la alarma se activara hasta que los explosivos sembradores de la muerte alcanzaban la población.

Eran las diez de la noche. Sobre la capital volaron seis hidroaviones Heinkel a una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora, a cuatrocientos metros de altura, arrojando bombas; a la una y diecisiete minutos seis aparatos más repitieron la

sangrienta hazaña. Después, a las siete cuarenta de la mañana, seis bombarderos Savoya-Marchelliti, enviados por Mussolini, descargaron bombas de gran tamaño; los aparatos italianos reaparecieron otra vez a las diez y veinticinco, descargando bombas de nueve mil kilos.

A la noche siguiente, a las diez y diecisiete minutos, los Heinkel volvieron a realizar otra indiscriminada carnicería; y a la una y catorce de aquella madrugada noche repitieron el bombardeo. En su turno, a las siete menos diez, atacaron otra vez los aviones de Mussolini en plan de experimentación, y de nuevo a las ocho y media. A la una y cuarto del mismo día aparecieron los Junkers de Hitler para arrojar su carga, y repitieron su acción a las tres de la tarde.

Esta detallada información procede del general Fuqua, mi agregado militar, que se hallaba en Barcelona.

Era evidente que una ciudad de cerca de dos millones de almas se estaba utilizando como laboratorio de experimentación en el que poner a prueba mortíferas armas de destrucción. Se estaba probando un nuevo tipo de explosivo. Fuqua me lo describió como una bomba de tamaño insignificante, que no pesaba más de entre cincuenta y cien kilos. Tenía poco poder de penetración, pero su fuerza de explosión y expansión era tremenda; su efecto, pavoroso. El general Fuqua se hallaba en el consulado de la plaza de Cataluña, hablando por teléfono, en la pared junto a un balcón, mirando a su alrededor, cuando los aviones aparecieron. Mientras continuaba su conversación, se acercó a la ventana para ver a la gente correr por las calles, cuando, súbitamente, con la terrible explosión, las puertas del balcón literalmente se desmoronaron, cubriéndolo de polvo de cristal, que apenas le produjo algunos rasguños, y se encontró arrojado en el suelo, en medio de la estancia.

No se conocía ninguna acción de semejante magnitud aterradora que implicara a la raza blanca. Las bombas no perseguían ningún objetivo militar. Eran arrojadas deliberadamente en el centro de la ciudad, la parte más concurrida y habitada, donde la gente estaba comiendo, paseando, descansando en sus camas. Cuando terminaron estos raids, novecientos hombres, mujeres y niños estaban destrozados y convertidos en cadáveres; en muchos casos habían volado en pedazos, en otros les habían sacado las entrañas. Las bombas hundieron cuarenta y ocho edificios y setenta y cinco fueron parcialmente destruidos.

Después de cada bombardeo, el personal de los hospitales, asistido por voluntarios, se echaba a la calle llevando canastas en las cuales echar pedazos de los cuerpos desmembrados, fragmentos de carne humana, partes de brazos, piernas, cabezas... El general Fuqua pasó por la acera de un café donde mucha gente había sido literalmente volada y los camareros recogían pequeñas partes de restos humanos que colocaban en recipientes. Tenía que andar con cautela para no poner los pies encima de los miembros de algún niño muerto. Vio el zapato de una mujer, con el pie cortado dentro. El corresponsal del diario londinense *Daily Express* pasó frente a otro restaurante donde la acera estaba encharcada de sangre humana. Muchos vieron cómo un autobús lleno de no combatientes, la mayor parte mujeres y niños, se detenía cuando una bomba cayó a poca distancia; un momento después era alcanzado por otra, que convirtió a estas personas en meros fragmentos de carne humana desparramados por el pavimento.

En las aceras, cadáveres parcialmente desmembrados yacían en el suelo, uno tras

otro, cubriendo largos trechos: mujeres y niños de ocho y nueve años, con los ojos todavía abiertos, fijos en una expresión de horror. Brigadas de hombres trabajaban removiendo las ruinas de los edificios destruidos, buscando muertos o heridos. Los aviones lanzaron algunas bombas incendiarias, y aquí o allá todo eran llamas.

La monstruosidad de este crimen bestial dejó atónito momentáneamente al mundo, y Chamberlain, cuya política había negado tan virtuosamente al Gobierno republicano el derecho a comprar cañones antiaéreos para defender y proteger al pueblo, se manifestó «horrorizado y disgustado». Yo no abrigaba duda, aquellos días, de que el Eje se estaba entrenando para destrucciones posteriores: las de Londres y Varsovia, *como ahora sabemos*.

Los principales promotores de la no intervención protestaron avergonzados en nombre de la humanidad, y Franco se vio obligado a tomar nota. Barcelona, después de aquello, y de momento, tendría un respiro, pero los bombarderos trasladaron sus vandálicas actividades a Tarragona y las pequeñas ciudades a lo largo de la costa, donde los no combatientes podían ser destrozados sin la presencia de los corresponsales extranjeros.

Pocas semanas después, hablando en el Free Trade Hall, en Mánchester, Churchill decía:

La agonía de la guerra civil continúa. Si hubiera sido una disputa española sostenida por españoles, nos habría sido posible desentendernos de los horrores. Pero la vergonzosa interferencia de las potencias totalitarias, con tropas organizadas y montañas de armamentos enviados bajo el antifaz de la no intervención, ha dado a sus batallas mayor encono y una significación que se extiende más allá de la península española.

7

Desde principios de noviembre, Franco había estado acumulando el mayor depósito de material de guerra jamás visto en España, y los barcos italianos y alemanes entraban en los puertos rebeldes y descargaban más. Se estaban concentrando tropas: divisiones italianas, caballería mora, legionarios del Tercio, jefes militares de los Estados Mayores italianos y alemanes habían llegado y trabajaban activamente para la «gran ofensiva», en la cual iban a tener la dirección en grado superlativo. En Roma, Mussolini y Ciano seguían los preparativos ávidamente. La ofensiva republicana había obligado a aplazar los planes de Franco, pero solo por poco tiempo, ya que el material de guerra continuaba llegando mientras la batalla en Teruel se desarrollaba. Al fin, Franco estaba ya preparado.

Comenzó por romper las líneas republicanas cerca de Huesca, y después emprendió la marcha hacia la costa mediterránea, sobre un frente de doscientos veinticinco kilómetros desde los Pirineos hasta el rincón norte de la provincia litoral de Castellón. El ejército leal no estaba preparado ni concentradas sus fuerzas. El terreno era en su mayor parte llano y, al avanzar los fascistas, preludiando su marcha con intensos bombardeos y potente fuego de artillería, y con sus avanzadillas de aviones de bombardeo, las dispersas unidades republicanas en los pequeños pueblos resultaban desesperadamente desproporcionadas, e inevitablemente tenían que ceder. Hubo pocas batallas. El 27 de marzo de 1938, los rebeldes, con sus aliados

extranjeros, cruzaron la frontera catalana; tenían Lérida, la segunda ciudad de la región, como objetivo. Aquí, los republicanos, escasos de cañones, protagonizaron una heroica resistencia, y por poco tiempo contuvieron al enemigo a costa de sus cuerpos y su sangre, pero al final cedieron.

Se tenía entonces la creencia de que los catalanes se rendirían. La prensa extranjera, que de una forma monótona había venido anunciando el final de la guerra después de cada derrota sufrida por los republicanos, comenzó a hablar de la batalla como del fin de la contienda. En Roma y Milán, los periódicos echaban las campanas al vuelo, alardeando de los progresos del ejército italiano en España. El Comité de No Intervención, muerto o adormecido, permanecía silencioso. Durante los tres meses anteriores, cuando armas, municiones y hombres estaban entrando en España procedentes de Italia y Alemania, consideradamente había dejado de funcionar. No se había celebrado ninguna reunión y, sin reunirse, no se le podían hacer preguntas embarazosas. Ni siquiera el subcomité fue convocado hasta después del 3 de febrero. Era preciso que no se produjera ninguna interferencia sentimental con la preparación de la gran ofensiva que, según esperaba mister Chamberlain, daría la victoria a los totalitarios. A la sazón estaba intercambiando cordiales saludos con Mussolini. Se dio a conocer a la prensa que las ideas de la democracia inglesa y la Italia fascista estaban en tan completo acuerdo que el pacto angloitaliano estaría listo para ser firmado por Pascua, y Franco anunciaba que él mismo celebraría la festividad en Barcelona. Naturalmente, la prensa recordaba que el acuerdo no entraría en vigor hasta que Mussolini no evacuara su ejército de España; pero si, por Pascua, Franco había entrado en Barcelona, la guerra sería ganada por el fascismo y, no siendo necesarias ya las tropas italianas, estas podrían ser repatriadas sin daño para los proyectos o el orgullo de Mussolini. Era un momento de grandes esperanzas para el Eje.

Pero llegó la Pascua y, aunque el pacto estaba dispuesto para ser firmado, la guerra, en cambio, continuaba. En el acuerdo, Chamberlain se avenía a la conquista italiana de Abisinia, cuando las tropas de España hubieran sido evacuadas, *después de la victoria fascista*. La opinión pública estaba un poco confusa ante los cantos de triunfo, pues se suponía que el Comité de No Intervención había insistido en que Hitler y Mussolini cumplieran su palabra de no intervenir en España *durante la guerra*. Pero, tristemente, la opinión pública carecía de la sutileza de la diplomacia internacional en aquellos tiempos de impostura.

8

La guerra se prolongaba. Desde Barcelona fueron enviados refuerzos al frente de batalla y, con el fortalecimiento de la resistencia, la rápida marcha rebelde fue por el momento detenida. Pero la España leal quedó cortada en dos zonas.

El Gobierno permanecía en Barcelona. Habiendo previsto la llegada de los franquistas a la costa mediterránea, anunció que el general Miaja, defensor de Madrid, ejercería el mando absoluto en todo el territorio de la España leal al sur de Cataluña, y la lucha continuaría, sin rendición. La moral de las tropas republicanas no descendió, a despecho de inspiradas informaciones enemigas que aseguraban lo

contrario. Yo veía con frecuencia a amigos entre los simpatizantes de Franco que cruzaban la frontera, y todos expresaban asombro ante el hecho de que la voluntad de los leales no parecía haber disminuido.

Dos hechos endurecieron la resistencia catalana. Tras la brutal matanza de Barcelona, miles de personas hasta entonces aletargadas se activaron. El anuncio de Franco, al cruzar la frontera de Cataluña, de que privaría a los catalanes de su autonomía y que prohibiría el uso de su lengua fue una gran victoria para los republicanos. Fue el tipo de error garrafal que es imposible que cometa alguien con mentalidad política y buen juicio.

9

En esta coyuntura se efectuó un reajuste del Gobierno republicano mediante la retirada de Prieto del Ministerio de Defensa y la toma de posesión de dicha cartera por parte de Juan Negrín. Yo tenía una gran admiración por Prieto y sus realizaciones, pero militares con quienes hablé en San Juan de Luz daban por descartado que el éxito del enemigo al llegar hasta la costa había hecho inevitable su reemplazo. «En la posición del ministro de la Guerra debe haber victorias», me decían. Para la opinión pública, en aquellos días las reacciones de Prieto eran desconocidas, y yo participaba de la ignorancia. Pero cuando, por entonces, vi a Del Vayo en París, le pregunté. El nuevo ministro de Estado habló en términos de admiración por Prieto y explicó la causa de su sustitución afirmando que había trabajado con exceso y el estado de sus nervios se resentía, y que la marcha del enemigo hacia la costa había minado su moral. Del Vayo lo había visto aquel mismo día en París y le dio seguridades de que volvería a Barcelona, como efectivamente hizo. Una explicación semejante me fue dada por Negrín en Nueva York, cuando la guerra ya había terminado. Me dijo que el pesimismo de Prieto estaba causando muy mal efecto en la moral de las fuerzas combatientes. No supe, hasta más tarde, cuando tuve la oportunidad de leer la correspondencia entre Prieto y Negrín, con ocasión de hallarse ambos en México, que entre ellos se había producido una honda herida y creado un profundo cisma. Durante el resto de la guerra estos dos destacados socialistas solamente habrían de verse cuatro veces. En el mes de su salida del Gobierno, mientras Prieto vivía en Esplugues, Negrín lo visitó, y su último encuentro fue en Camprodón, donde residía Negrín, al que Prieto fue a informar de que había aceptado su designación por Azaña para representar a España en la toma de posesión del presidente de Chile, Aguirre Cerda. Prieto dijo que lo hacía para interesar a las repúblicas hispanoamericanas en un plan de mediación. En la correspondencia de Prieto disponemos del relato de lo que aconteció. «Usted formuló algunas objeciones a la idea, pero no fueron suficientes para hacerme abandonar el proyecto». La versión de Negrín es algo diferente: «Yo no le formulé —dice— ninguna objeción a su idea de que los pueblos de Sudamérica pudieran hacer un esfuerzo de mediación. Solamente expresé la poca fe que tenía en el éxito del esfuerzo, impresión que usted compartió conmigo. La única condición que yo impuse fue que si algo se llegaba a conocer públicamente yo lo desmentiría, y que sus proposiciones debían asumir el carácter de una sugerencia personal».

Esta fue la última reunión que tuvieron, cuatro meses antes de terminar la guerra. La despedida es descrita por Prieto en una carta a Negrín. En el momento en que el primero se encaminaba a su coche «en presencia de sus huéspedes, los guardias de Carabineros, los chóferes y los individuos de las escoltas, usted me pidió un abrazo. No se lo negué. Por el contrario, se lo di con emoción. Abrazaba a un hombre que, al alejarme yo de España con el alma llena de negros presagios, quedaba allí bajo el peso terrible de abrumadora responsabilidad, un hombre que, libre de frenos, tenía en sus manos los destinos de la patria».

Sobre todo esto, la historia pronunciará su fallo. Debería hacer justicia a los dos, pues ambos la merecen. Sus discrepancias fueron debidas en parte a diferencias temperamentales y al hecho de que mientras uno había abandonado la esperanza en la victoria, el otro no la había perdido.

10

En verdad, cuando las democracias occidentales abandonaron a la democracia española y concentraron sus esfuerzos para impedir al Gobierno que habían reconocido como el régimen constitucionalmente legal que se proveyera de medios de defensa, Azaña, Prieto y otros no podían vislumbrar posibilidades de victoria.

Aun entonces, era evidente que el Comité de No Intervención sería más rígido en no permitir la entrada de armas en la España republicana si los poderes fascistas habían de imponerse pronto, de acuerdo con el programa de «apaciguamiento».

Así, en sus horas más sombrías, el Gobierno republicano reiteró su programa y sus propósitos. De esa forma la democracia española entró en la nueva fase de su homérica lucha para la salvación de las instituciones democráticas, *la única lucha en favor de la democracia que tenía lugar en Europa, y que tuvo que combatir sola, mucho peor que abandonada por quienes debieron haber sido sus amigos.*

El espíritu de Múnich sobre España

Cuando Castellón de la Plana fue capturado, después de una valerosa defensa, la confianza de los rebeldes y sus aliados extranjeros aumentaba a medida que marchaban hacia Sagunto con la promesa de tomarlo el 18 de julio de 1938, y avanzar después desde allí en línea recta por la carretera y conquistar Valencia en septiembre. Era importante hallarse en la zona por aquel tiempo, pues la cosecha de arroz estaría en sazón. Mi propia fe en la capacidad de los republicanos para mantenerse frente a la abrumadora ventaja del enemigo, con artillería y aviones italianos y alemanes, casi se había desvanecido. Pero la resistencia aumentó, combatieron con fría y calculada furia y su moral se elevó milagrosamente. Fui informado por Álvarez del Vayo de que la táctica consistía en defender cada palmo de terreno tanto tiempo como fuera humanamente posible y después retirarse a muy cortas distancias y a nuevas líneas, previamente preparadas, resistiendo y luchando como leones. Los rebeldes avanzaban a paso de tortuga y sufriendo pérdidas terribles.

A últimos de mayo de 1938 vi a Álvarez del Vayo, ministro de Estado, en París, en un pequeño hotel de la orilla izquierda del Sena. Irradiaba energía, confianza, entusiasmo. Sentado en el borde del asiento, inclinado hacia delante, avanzando su saliente mandíbula y con los ojos encendidos, me habló enérgicamente con su inglés de peculiar acento alemán. Como de costumbre, se hallaba en estado de ánimo batallador. Como lo conocía personalmente antes de que fuera ministro, lo acosé con preguntas impertinentes, sin temor a que se molestase, y estoy seguro de que me respondió con sinceridad. Era verdad, admitió, que hubo un momento en que no se podía contar con una firme resistencia catalana. Pero se había producido un gran cambio en el ánimo de este pueblo. La bárbara matanza de mujeres y niños había levantado el espíritu de lucha. La necia declaración de Franco de que se proponía suprimir sus derechos de autonomía y proscribir su lengua había convertido a secretos enemigos del Gobierno en defensores del mismo. La insensata ejecución de Carrasco Formiguera, famoso escritor catalán católico, reverenciado por sus correligionarios, había contribuido también a cambiar la situación. Cataluña combatirá, pensaba Álvarez del Vayo.

—Pero la división de vuestro territorio... —insinué yo.

—Esta división estaba prevista —interrumpió—, y se habían tomado medidas. El Gobierno puede seguir combatiendo durante un año y Madrid puede mantenerse todo ese tiempo.

Tras esto, me entregó un documento, de gran extensión, una lista de todos los barcos con abastecimientos que habían llegado a Barcelona, Tarragona, Valencia, Alicante, Murcia, Almería y Cartagena entre primeros de diciembre y primeros de mayo.

—Eso, pese al «bloqueo» de Franco —dijo, ceñudo.

Era difícil resistir al entusiasmo de Álvarez del Vayo. Por entonces, además, incidentes que tenían lugar detrás de las líneas franquistas arrojaban clara luz sobre las disensiones en su campo. El general Yagüe, jefe de las tropas moras, un as en el terreno de combate, acababa de contradecir la propaganda de Burgos y Salamanca. Ridiculizó las informaciones en que se decía que los soldados republicanos eran «cobardes» y «carentes de dirección» como una mentira; declaraba que, por el contrario, eran «extraordinariamente valientes» y preguntaba cómo, si tan cobardes eran y carecían de dirección, «hemos sido incapaces de lograr una victoria decisiva en casi dos años». Se le atribuía haber censurado el encarcelamiento de miles de personas por ser miembros de un partido político, no comunistas, o por tener un carnet sindical, y aconsejaba que fuesen puestos en libertad. Causó consternación entre los grandes terratenientes al afirmar que a la terminación de la guerra, los soldados «que combaten con nosotros y por España, en la cual no tienen intereses más allá de una peseta y ni un palmo de tierra», esperarían que les fuese distribuida tierra de los latifundios. Se decía que Yagüe había sido llamado a presencia de Franco y severamente reprendido.

2

Entretanto, día tras día, los aviones italianos bombardeaban barcos neutrales en puertos republicanos, y los británicos eran los que sufrían más. El hecho de que volasen bajo y ametrallaran los muelles demostraba que el ataque era deliberado. Míster Chamberlain continuaba mostrándose complaciente hasta que un capitán inglés, en una viva protesta que hizo llegar a Londres, declaró con vehemencia: «la bandera británica está en estos momentos a más bajo rango que la panameña». Cuando Chamberlain negó en la Cámara de los Comunes que la agresión hubiera sido deliberada, los capitanes de cuatro navíos ingleses juzgaron su acción, por medio de un telegrama a Lloyd George, como «un vil intento de encubrir ataques ilegales por un avión italiano». Pronto los sentimientos británicos se exaltaron, y el partido de Chamberlain se impacientaba. Fueron formuladas protestas ante Franco por *sir* Robert Hodgson, en Burgos, pero no se hizo el menor caso de ellas. Acorralado en la Cámara de los Comunes por diputados indignados, Chamberlain finalmente admitió que los ataques habían sido deliberados, pero, como no se hizo nada para evitarlos, continuaron e incluso aumentaron. Durante el mes de julio de 1938, muchas embarcaciones inglesas habían sido deliberadamente agredidas y murieron marinos británicos. Y mientras estas agresiones alcanzaban su apogeo, Chamberlain se retiró tranquilamente a pescar en Hampshire; por su parte, Halifax, el titular del Ministerio de Negocios Extranjeros, se ocultó de la prensa en su casa de campo de Yorkshire. Pero cuando se reanudaron las sesiones parlamentarias, el jefe del Ejecutivo admitió finalmente el bombardeo deliberado, el hundimiento de barcos y la muerte de marinos ingleses, con la pasmosa conclusión de que no se podía ni se haría nada al respecto. Su declaración no reflejó el más ligero sentimiento contra los aviadores extranjeros, y calificó desdeñosamente a los marinos británicos de «especuladores». ¿No estaría dispuesto a vender cañones antiaéreos al Gobierno

español para que se defendiera y protegiera a los marinos mercantes ingleses, ya que no se le vendían para proteger las vidas de los españoles?, se le preguntó. Cuando contestó que esto sería intervención, le replicaron a gritos: «¡Qué vergüenza!». Poco después, en un nuevo debate, reiteró todo lo que había dicho antes y se vio atacado con una violencia pocas veces dirigida contra un jefe de Gobierno. Aguantó sentado, en silencio, las críticas. Ni uno solo de los miembros de su partido levantó la voz para defenderlo.

Pero la prensa fascista de Roma y Berlín le rendía brillantes homenajes.

Yo dudaba acerca de si mi opinión sobre Chamberlain no estaría fundada en prejuicios, hasta que *lord* Robert Cecil, cuyo prestigio como estadista y hombre de valor moral era universal, dimitió de su cargo de diputado del partido del jefe del Gobierno en la Cámara de los Lores, basándose en que, como inglés, no podía continuar simulando la menor simpatía con la política del líder de la formación. La carta de dimisión era tanto más demoledora cuanto que provenía de una persona que se distinguía por la suavidad y elegancia de su lenguaje. Adoptó una clara posición contra Chamberlain en el caso de los bombardeos de barcos. Aquella política, escribió, era «indefendible». Los barcos actuaban «dentro de la ley», llevando a bordo mercancías que estaban autorizados a transportar, «bajo órdenes extendidas por el Gobierno británico». Eran atacados «deliberadamente», y los marinos ingleses muertos habían sido «asesinados». El envío de notas melifluas eran en sí futilidades. *Lord* Cecil escribió:

Yo no recuerdo ningún incidente en la historia británica que se pueda comparar a esto. No creo que ningún otro ministro británico haya pronunciado jamás un discurso semejante al de Chamberlain. A mí me parece incompatible con el honor británico y la moral internacional.

Esto fue lo que expresó el descendiente del primer ministro de Isabel que echó los cimientos de la grandeza y la gloria del Imperio británico.

Por un momento, estos dardos de desprecio parecieron haber calado hondo. *Sir* Robert Hodgson recibió órdenes de exigir a Burgos una contestación inmediata a la protesta y llevarla personalmente a Londres. Cuando la contestación, absolutamente desdeñosa, fue recibida en Whitehall, *sir* Robert fue retenido en Londres tanto tiempo que Burgos tuvo razones para pensar si no habría ido demasiado lejos en sus ultrajes. Pero no se permitió a las autoridades franquistas sufrir durante mucho tiempo. *Sir* Robert regresó a la capital rebelde como si nada hubiera sucedido, y Burgos sonrió aliviada. Nada había que temer por lo que se refería a los bombardeos de barcos británicos.

Además, el Parlamento disfrutaba de tres meses de vacaciones.

3

Estimulados de esta manera, los aviones italianos intensificaron sus despiadados bombardeos contra civiles, especializándose en pequeños pueblos carentes de significación militar a lo largo de la costa. Miembros del consulado norteamericano en Valencia, que vivían en una localidad cercana a la ciudad, permanecieron un día en la azotea y, con anteojos de alcance, asistieron al bombardeo de pequeñas aldeas

vecinas en las que —ellos lo sabían— no sería posible hallar un solo cartucho de fusil. Vieron a los aviones volar bajo, ametrallar a los campesinos y después huir. Al final, fueron divisados por uno de los pilotos que regresaba de la acción, quien se volvió en su dirección, obligándolos a salir corriendo a refugiarse en el sótano.

Fue por entonces cuando se cometió el crimen contra la ciudad de Granollers, cerca de Barcelona. Los aviones extranjeros que volvían de la capital, obligados a soltar las bombas antes de aterrizar, las arrojaron sobre esta pacífica localidad en lugar de desperdiciarlas tirándolas en campo abierto. Además, aquello era para ellos una excelente práctica. Cuarenta casas fueron demolidas, y muchas personas, la mayor parte mujeres y niños, muertas o heridas. *Sir* John H. Leche, el encargado de Negocios británico en Barcelona, se apresuró a visitar el lugar del bombardeo e informó a Londres de que allí no había habido ningún objetivo militar. Conocí a Leche en Madrid y después, cuando fue embajador en Chile, como un hombre capaz y honesto. Y así, un día y otro, pueblo tras pueblo, se sufría el martirio de los bombardeos, mientras la civilización cristiana callaba y asentía. Una y otra vez se formulaba una leve protesta, sin mencionar a España, para evitar «irritar a Hitler» con algo que, por otra parte, tendría tanto efecto como silbar al viento.

4

Llegó el segundo aniversario de la rebelión fascista.

Franco condecoró al mariscal Goering, cuyo Gobierno estaba persiguiendo a los católicos alemanes y quien, después, habría de ser condenado a morir en la horca en Nuremberg; y al conde Ciano le fue concedida la Orden de Isabel la Católica, mientras sus aviones destrozaban mujeres y niños españoles.

Pero aquel día no estuvo libre de sombras para Franco. El alarde de que Sagunto sería tomado el día anunciado no se había cumplido. Azaña pronunció un vigoroso discurso, pero la prensa democrática extranjera solo dio a conocer breves extractos. *Sir* Archibald Sinclair, líder de los liberales en la Cámara de los Comunes, mandó un telegrama a Barcelona diciendo que la guerra se había convertido en «una lucha entre las masas españolas del pueblo, mal equipadas, mal armadas, mal alimentadas, contra los italianos y alemanes invasores, que sembraban la destrucción de sus ciudades desde el aire con el objeto de aterrorizarlas por métodos de guerra crueles y feroces».

Por aquellos días me entrevisté otra vez con Álvarez del Vayo en París. No había perdido nada de su confianza y vivacidad. Mientras me hallaba con él le fue entregado un telegrama de la embajada española anunciando que durante aquella jornada habían sido rechazados en el frente de Sagunto seis desesperados ataques del enemigo. Lo leyó en voz alta y sonrió. Después reanudó la conversación.

5

A la sazón Mussolini pedía que se dejara a un lado la incondicionalidad de la evacuación de las tropas y se pusiera inmediatamente en práctica el pacto

angloitaliano. El prestigio del convenio de Chamberlain estaba tristemente empañado. Así, el Comité de No Intervención, sumido en el sueño de Rip Van Winkle, se levantó y, bostezando, reanudó las consideraciones sobre el plan de salida de tropas y, finalmente, desarrolló un proyecto altamente indigno. Bajo dicho plan, los moros, suministrados por una potencia extranjera, se convertían en «españoles» —¿acaso no estaba muerta hacía siglos Isabel la Católica?—. Los aviones italianos y alemanes, tanques y artillería podían quedar al servicio de Franco. Todos los puertos republicanos serían rigurosamente vigilados, pero los rebeldes no serían espiados por el Comité. Con algunos comentarios irónicos, Álvarez del Vayo aceptó esta propuesta indecorosamente profascista.

Aun así, Franco disgustó a sus amigos y simpatizantes del Comité sin darse por enterado durante semanas, a pesar de los ruegos de *sir* Robert Hodgson que le pedía una mayor consideración. Franco podía permitirse el lujo de esperar. En medio de la desesperada lucha por Sagunto, ¿no había ejercido Chamberlain presión sobre Daladier y Bonnet en Londres para que se cerrara rigurosamente la frontera de Francia al Gobierno español mientras Franco esperaba? En tanto se aislaba así a los republicanos, el navío de línea italiano Firenze llevaba refuerzos italianos y material a los rebeldes y tropas del Eje.

6

Mientras tanto, en el territorio de los sublevados...

Gil Robles, que llevaba tiempo viviendo en Portugal, se aventuró a volver a su casa de Salamanca, para ser recibido por un mortífero tiroteo de la prensa fascista, en la que se decía que «estaba separado de España por la historia, que nos trae a la memoria sus imposturas, sus falsedades, su falta de dignidad política». Se le acusó de haber sido visto recorriendo pueblos en un coche magnífico para reunirse con conspiradores, enemigos de los grupos fascistas, que favorecían el restablecimiento de la monarquía. Regresó rápidamente a Portugal. En esta supuesta lucha a favor de la Iglesia, el jefe del partido de la Iglesia era indeseable. Escribió con amargura al general Jordana para manifestarle que estos ataques solo pudieron haberse hecho por instigación del Gobierno de Franco. Él era monárquico, no fascista, y eso lo colocaba más allá del límite.

En Lisboa, a Lerroux, que vivía ahora en una villa, se le veía deambular con una flor en la solapa de la chaqueta y un gran cigarro en la boca, gozando de los frutos de la virtud.

En Barcelona, a Juan José Rocha, exministro de Estado y lugarteniente de Lerroux, los leales le permitieron morir pacíficamente en su cama.

Y en medio de los cambios de escena, los más cuerdos advertían que la guerra, concebida como una rebelión militar destinada a alcanzar un éxito rápido, se transformaba en una revolución nazi y dejaba inquietantes dudas respecto a la seguridad de la propiedad e incluso de los bienes de la Iglesia.

7

Sagunto estaba siendo tercamente disputada. A pesar de su ventaja en armas motorizadas, los rebeldes avanzaban lentamente y durante días ni siquiera se movieron.

El 24 de julio de 1938, por la mañana, Negrín convocó una reunión del Consejo de Guerra, a la que asistieron cuatro ministros y los mandos de más alta graduación. Les informó de que la situación en Levante era crítica y, sin alguna acción audaz o desesperada, Sagunto y Valencia estaban perdidas. La única esperanza, dijo, radicaba en un ataque al enemigo en algún punto que le obligara a retirar una parte del ejército fascista del frente de Levante, a fin de dar a las tropas del general Menéndez, que había estado luchando durante tres meses, tiempo para recuperarse y, también, para reforzar las defensas de Valencia. El plan que les presentó preveía un intento de cruzar el río Ebro. Las dificultades eran serias, pero no existía otro camino. Dicho esto, dejó que el general Rojo diese una explicación completa de la estrategia a seguir ante un mapa extendido sobre la mesa. El militar hizo constar claramente que aquel proyecto era hijo de la desesperación.

Y así, aquella misma noche, el plan se puso en ejecución. Bajo la protección de la oscuridad, el ejército republicano cruzó el Ebro en barcas de remos y puentes contruidos con barcasas, y muchos, en su entusiasmo, lo hicieron a nado. Irrumpieron en las líneas rebeldes atacando muchos puntos en un amplio frente, avanzando con rapidez hasta las cercanías de Gandesa, sobre un territorio de más de quinientos kilómetros cuadrados. Aquella hazaña fue la acción más épica de la guerra.

Así, amenazado por la retaguardia, Franco tuvo que abandonar su intento de capturar Sagunto, trasladar sus aviones, tanques y artillería para hacer frente al nuevo peligro. Todavía estaba enviando refuerzos urgentes al Ebro cuando los republicanos lanzaron una nueva ofensiva contra Teruel, y después una tercera acción en el Segre, río que fue cruzado por los leales bajo un intenso fuego, donde capturaron material y prisioneros.

El prestigio de Franco comenzó a perder brillo. Y en esta crítica coyuntura fue cuando contestó al Comité de No Intervención con estipulaciones tan absurdas que equivalían a una negativa. No hay duda de que la respuesta fue previamente sometida a la supervisión de Hitler y Mussolini. Pedía derechos de beligerancia antes de proceder a la retirada de tropas; la evacuación inmediata de diez mil extranjeros de cada bando, sin consideración a la proporción del número, lo cual habría dejado a los sublevados con una gran ventaja; la rígida vigilancia de la frontera francesa y la no intervención en los puertos rebeldes; tales eran las *modestas* peticiones de Franco.

El Comité de No Intervención puso su cólera a enfriar, y pasaron semanas sin que dejara oír un rumor o hiciera un movimiento, hasta que Álvarez del Vayo, indignado, exigió que se reuniera y considerase las contestaciones. Hasta entonces, no había prueba de que se hubiera recibido la respuesta de Franco. En España entraban más refuerzos italianos, y se desembarcaba material de guerra en Algeciras, cuyo puerto el Comité no tenía el propósito de vigilar. Pero una reunión del citado organismo habría resultado embarazosa. Era probable que se hicieran incómodas preguntas, a las que no podría darse contestación comprensible para un hombre

honesto. De modo que no se hizo nada.

Precisamente en aquel momento, en el transcurso de una reunión de la Sociedad de Naciones, el doctor Negrín lanzó una auténtica bomba que demolió completamente la superestructura de propaganda con tanto cuidado preparada para el público. De manera espontánea anunció que, sin consideración a lo que Franco hiciera, el Gobierno español retiraría inmediatamente todas las fuerzas extranjeras que estuviesen combatiendo en su ejército. *Pidió a la Sociedad de Naciones que enviase una comisión para inspeccionar la retirada y certificar el hecho ante el mundo.*

Portugal estaba indignado. ¿Qué era el Comité de No Intervención? Lord Plymouth, el presidente, con digna reticencia, dominó todo posible impulso de elogiar al Gobierno republicano por su decisión. Al final, el Consejo de la Sociedad de Naciones envió una comisión a Barcelona. Cuanto menos ruido se hiciera, mejor; demasiada publicidad habría llamado la atención sobre la relativa dependencia de los dos bandos de la ayuda extranjera.

8

A últimos de otoño de 1938, *lady* Austen Chamberlain, notoriamente partidaria de Mussolini, realizó una triunfal excursión por el territorio rebelde y fue aclamada como una figura política. Su visita, en momento tan extraño, fue interpretada como una prueba más de la adhesión del Gobierno de su esposo a la causa fascista de España. Ciertamente, la prensa fascista en el país, que yo leía a diario, la elogió calurosamente como «una de las nuestras». Esto quizá podría haberse considerado como un simple, aunque irresponsable, producto de la desenfrenada imaginación de los periodistas, pero cuando en Bilbao la agasajaron con una recepción pública y un banquete, y la prensa informó de que había recibido regalos envueltos en los colores de la bandera fascista, observé un considerable desconcierto en la embajada británica de San Juan de Luz. En Burgos fue objeto de un recibimiento oficial, como si realmente se tratara de un representante oficial del Imperio británico. A los corresponsales de prensa que acudían a la embajada británica para requerir informes se les aseguraba que nada sabían de su presencia en España, aunque el *Times* de Londres publicaba a diario informaciones de sus triunfales progresos. Cuando salió por Hendaya, un periodista, a quien le había comunicado que ella fue a España «a saber la verdad», le preguntó si proyectaba visitar también el territorio leal. La señora Chamberlain espetó furiosamente: «¿Por qué tendría que ir?».

9

El número de extranjeros que aparecía en la España rebelde bajo el patrocinio de los fascistas se volvía impresionante. Una tarde, un amigo mío, destacado como antiguo director de una importante revista, que había estado viajando por el territorio rebelde con un exgobernador de las Filipinas, vino a verme. Yo había leído que habían sido aclamados entusiásticamente por los periódicos fascistas. Mi amigo aclaró que, puesto que había «tanta confusión en los Estados Unidos respecto a la

guerra», decidió realizar el viaje para conocer «la verdad exacta». De modo espontáneo, expresó que todos los preparativos del viaje habían sido hechos «por el embajador». Un poco sorprendido, le pregunté si se refería al embajador Fernando de los Ríos. «¡Oh, no, por el embajador Cárdenas!», contestó refiriéndose al agente de Franco. «¿Irá usted ahora directamente desde aquí a Barcelona?», quise saber. Pareció tan sorprendido y molesto como *lady* Chamberlain. «Puesto que usted quiere conocer la verdad exacta —añadí—, pensé que lo más probable sería que deseara ver los dos lados». Mi amigo regresó a los Estados Unidos para publicar, en diversos periódicos destacados, una serie de artículos cuyo contenido debió de hacer pensar al «embajador» que había organizado la visita que esta mereció la pena. En ellos consignaba como «verdad exacta» que Franco financiaba su guerra y sin depender para nada económicamente de Hitler ni de Mussolini. Yo habría de recordar esta «verdad exacta» tiempo después de la guerra en España, cuando el señor Cambó, representando a Franco en la comisión que andaba en busca de préstamos de las despreciadas democracias, admitía sin sonrojo que este debía a Hitler una gran suma en marcos, y a Mussolini una cantidad en liras que hacía tambalear. Y la recordé otra vez cuando el caudillo español informó a los Estados Unidos e Inglaterra de que no podía dejar de enviar material bélico a Alemania durante la guerra mundial debido a su deuda con Hitler. Entre la documentación del Ministerio de Negocios Extranjeros alemán hallada por el ejército norteamericano se incluía un informe del ministro Schmidt acerca de una conferencia entre Hitler y Ciano sobre España, celebrada el 28 de septiembre de 1940, publicada en el Boletín del Departamento de Estado (volumen XIV, núm. 350, 17 de marzo de 1946), citando las palabras de Hitler: «económicamente Alemania ha dado a España centenares de millones».

Y recordé la pregunta del sabio: «¿Qué es la verdad?».

10

Apenas *lady* Chamberlain había terminado su visita de buena voluntad al territorio fascista cuando estalló la tormenta en Checoslovaquia. Como a principios de septiembre de 1936, hice el pronóstico a Washington de que los checoslovacos serían la próxima víctima, basando mis predicciones en los duros ataques dirigidos contra ellos por la España fascista. Bajo presión, los checos se habían conformado a la labor de persuasión de *lord* Runciman y aceptaron las ocho peticiones de Hitler. Cuando este aumentó sus exigencias, Chamberlain fue a Alemania a fin de interceder por los checos y ser aclamado. Yo no podía unirme a las demostraciones de aliento a esta medida, puesto que no tenía fe en Chamberlain como mediador entre el fascismo y la democracia, y me eché a temblar por los checos. Chamberlain hizo suya la exigencia de Hitler para desmembrar a la democracia más valerosa de la Europa central, y regresó a Londres calificando su claudicación de victoria y anunciando que «había devuelto la paz a nuestra época». Fue entonces cuando los embajadores francés e inglés pidieron a los checos que aceptasen, amenazándolos, de lo contrario, con abandonarlos, pese a los compromisos de honor que los obligaban. Sometiéndose a lo que denominaron como «cruel e indescriptible presión», los checos se rindieron de nuevo. Pero cuando Chamberlain volvió a visitar a Hitler con

las buenas y alegres noticias, encontró que el dictador había cambiado de opinión e insistía en obtener mucho más. Sus nuevas condiciones eran monstruosas, tanto, que Chamberlain solo pudo aceptar el papel de intermediario con Praga. Los checos rechazaron indignados las exigencias de Hitler. Las perspectivas eran de guerra, a menos que el germano estuviera fanfarroneando.

A la sazón, Francia estaba movilizándose, la flota británica se movilizaba, Roosevelt había protestado en términos categóricos, y ahora sabemos por el diario de Ciano que en aquel momento Mussolini era incapaz de arrastrar a Italia a una guerra en apoyo de Hitler. Las protestas en Italia eran abiertas, había disturbios en Milán, tenían lugar manifestaciones en Sicilia, en los cafés. Italia no deseaba entrar en combate. Francia estaba comprometida por un tratado a proporcionar ayuda a Checoslovaquia, y Rusia se disponía a apoyar a su aliada Francia. Dos jefes de Estado Mayor habían advertido a Hitler de que Alemania no estaba preparada para una larga lucha.

Estas cartas se hallaban en las manos de Daladier y Chamberlain, pero no fueron jugadas en la vergonzosa conferencia de Múnich. Allí, la entrega resultó abyecta. Las democracias, derrotadas, no se retiraron con honores de guerra.

Yo me sentí penosamente desilusionado por la momentánea alegría de Londres y París ante el acuerdo más vergonzoso suscrito en muchas generaciones. Aquella noche fui a una reunión cerca de Biarritz y todo el mundo parecía extasiado ante «el gran triunfo de Chamberlain». Para mí el acuerdo de Múnich era la tragedia británica más grande desde Austerlitz. Aquella noche escribí mis impresiones en mi diario. El pacto de Múnich había reducido a Francia al papel de una potencia de segundo orden, desbaratado todas sus alianzas defensivas, anulado la Sociedad de Naciones, terminado la política de seguridad colectiva, convertido a la Alemania nazi en la potencia dominante de Europa, dislocado la política extranjera inglesa de dos siglos, y había asestado a la democracia un golpe brutal, tal vez de muerte.

Me pareció significativo que Chamberlain hiciera saber inmediatamente que tendría lugar pronto un «acuerdo» sobre España —con el espíritu del pacto de Múnich.

11

Poco después, recibí en el puente internacional de Hendaya a los jóvenes norteamericanos que combatieron en la Brigada Lincoln. Habían estado prisioneros cerca de Burgos hasta que yo propicié su canje por un número igual de cautivos italianos —el primer intercambio de prisioneros militares desde que comenzó la guerra—.

Dos meses antes, el marqués de Rialp, presidente de la comisión de Franco para el canje de prisioneros, me había pedido que actuara de intermediario y me había mostrado una lista de veintinueve aviadores de Franco, *todos italianos, excepto dos españoles y un portugués*, para ser intercambiados por quince aviadores republicanos, *todos españoles, excepto un francés y un ruso*. Para equilibrar la relación numéricamente, él propuso añadir catorce norteamericanos voluntarios. Del Vayo aceptó el canje de soldados del mismo rango. El resultado fue el intercambio primero

de los soldados norteamericanos y los italianos. Nadie esperaba que las negociaciones tuvieran éxito. El doctor Giral, en representación del Gobierno, era al mismo tiempo servicial y razonable, y el marqués, aunque hombre de buena voluntad, era difícil debido a sus vacilaciones y dudas, las cuales yo atribuía a su temor de asumir responsabilidad. Terminó siéndome agradable y continué el trato con él. Pero el mariscal Chetwode, distinguido soldado inglés, encontró al marqués enfurecido. Una tarde vino a mi casa, aparentemente a punto de sufrir un colapso, con el rostro como la púrpura. «Vengo ahora mismo de ver a ese maldito Rialp — exclamó—. Lo mataría de buena gana». Enviado por su Gobierno a las dos zonas, sus prejuicios contra los republicanos, adquiridos en los salones de Londres, lo inclinaron a visitar primero a los rebeldes, pero la embajada intervino. En Barcelona se le había hecho objeto de toda clase de atenciones y cortesías. Invitado a comer, presumió, por lo que había oído en Londres, que los «rojos» se presentarían sin chaqueta, de modo que él se vistió conforme a esa idea. Se quedó sumamente desconcertado al ver a los invitados, la mayor parte de ellos miembros del Gobierno, en trajes de noche; la escena era muy semejante a lo que hubiera sido en Londres. Como resultado de haber ido primero a Barcelona, se le hizo esperar algunos días en Hendaya antes de permitirle cruzar la frontera, y después tuvo que alquilar un taxi para que lo llevara a Burgos. «Encontré a los *caballeros* en Barcelona», me dijo.

La Cruz Roja Internacional se hizo cargo de la evacuación de los prisioneros norteamericanos para los que yo había preparado el canje, y me dirigí al lado francés de la frontera para recibirlos. Cuando, al acercarme a ellos, gritaron todos a coro: «¿Quién ganó los campeonatos mundiales?», me impresionaron como norteamericanos normales. Eran rudos de aspecto, pero no de modales, y no se quejaron del trato recibido como prisioneros. Y que no habían perdido el sentido del humor era evidente por el relato que enseguida me contaron.

Un día, en el campo de prisioneros les habían entregado trajes limpios con anticipación a la visita de unos ingleses, entre ellos una *lady* y un agregado militar británico en el ejército de Franco. El inglés los examinó con curiosidad a través de su monóculo y la *lady* con sus impertinentes. Fueron alineados frente a un oficial de Franco, que gritó: «¡Viva España! ¡Viva Franco!», al tiempo que hacía el saludo fascista; los demás esperaban que ellos respondieran con un «¡Viva!» y levantaran también el brazo a la manera fascista. Pero los norteamericanos no lanzaron ningún viva y sus extremidades permanecieron inmóviles. El oficial se volvió, rojo como la grana. El agregado británico se echó a reír tontamente.

Volviéndose con disgusto, la *lady* expresó su deseo de ver a los prisioneros británicos. A través de sus impertinentes los miró con fastidio. «Nunca —manifestó— he visto semejantes caras de criminales en Inglaterra». Entre ellos había algunos muchachos cultos y de buenas familias, y los irreverentes norteamericanos pensaron que la *lady* era irresistiblemente divertida.

Muy pronto aquellos jóvenes, después de un baño, un afeitado y un cambio de ropas, estaban a bordo del *Queen Mary*, rumbo a sus hogares.

La impresión forjada por los propagandistas fue que la Brigada Lincoln estaba compuesta por comunistas de los Estados Unidos. Es verdad que los había en el grupo, pero junto con muchos otros que eran liberales demócratas y socialistas. Hacia el final, los comunistas, por medio de su agresividad y arrogancia, se

impusieron sobre los otros, por lo cual resultó fácil acusar a la brigada mixta de ser exclusivamente comunista.

12

Los franquistas estaban entusiasmados con la «paz de Múnich». Daban por sentado que la nueva Santa Alianza de las cuatro potencias impondría ahora «paz» en España, poniendo sus fuerzas combinadas al lado de la causa fascista. En seguida, *lord Perth*, embajador británico en Roma, celebró una serie de conferencias con Ciano. Era imperativo que se hiciera todo lo posible para forzar un «acuerdo español», de forma que el convenio angloitaliano pudiera ponerse en vigor con el reconocimiento de la conquista de Abisinia.

Pero en medio del amoroso coloquio, Hitler habló de nuevo, y no precisamente sobre el tema favorito de Chamberlain de «paz en nuestra época»; lo hizo para decir a Inglaterra que se «cuidara de sus asuntos y dejase de pensar que era el Dios Todopoderoso», y para afirmar que ingleses como Churchill, Eden, Cecil y Duff Cooper, que habían dimitido como protesta por los acuerdos traicioneros de Múnich, deberían tener «sus bocas amordazadas». Advirtió que las cosas se pondrían difíciles para Inglaterra si osaba cambiar a Chamberlain por alguno de estos. Era el lenguaje del Nuevo Orden en Europa, el cual comenzó cuando Roma ordenó que se eliminara a Eden del Gabinete británico.

Habían transcurrido meses y el tratado angloitaliano no estaba en marcha. Se había estipulado que no se pondría en vigor hasta que el ejército de Mussolini evacuara sus fuerzas de España; posteriormente se dijo que no tendría lugar hasta que un número sustancial de soldados italianos se hubiera retirado. De hecho, nadie había sido enviado a casa. Al fin Franco *anunció que diez mil italianos que habían combatido en España durante un año y medio serían repatriados a Italia*. Esto tenía lugar en los días en que la comisión de la Sociedad de Naciones *inspeccionaba a todos los extranjeros del ejército leal, a requerimiento del Gobierno republicano*.

Un domingo, la tranquilidad de San Juan de Luz se interrumpió por la llegada de una comisión inglesa compuesta de un contraalmirante, un capitán, un comandante, un archivero, mecanógrafos y mensajeros, todos bajo la presidencia de místico Hemming, secretario del Comité de No Intervención. Un subcomité bajo el mando de un archivero, con dos secretarios, mecanógrafos y un mensajero, se estableció en el hotel Angleterre de San Juan de Luz. Se anunció que el propósito de la comisión Hemming era explicar a Franco el plan de evacuación del Comité de No Intervención, el cual había sido aceptado por el Gobierno republicano y rechazado por Franco. Los corresponsales estaban algo confundidos, porque se negó que el secretario del difunto comité actuase por aquel desacreditado grupo, y se tenía la impresión de que aquellos hombres representaban más bien a las cuatro potencias de Múnich.

La comisión cruzó la frontera y un profundo silencio lo envolvió todo. A poco, Hemming salió y marchó a Londres. Se suponía que Franco había rechazado incluso el considerar la retirada de tropas italianas —los alemanes, aún más numerosos, no se tomaron en consideración hasta que no se le hubieran concedido derechos de

beligerante—. Todo lo que la comisión hizo fue presenciar la salida de diez mil italianos, una parte insignificante de los soldados, agotados por dieciocho meses de combates. Hemming elogió grotescamente las generosas concesiones de Franco, y el cónsul británico presenció el desembarco en Italia, con mucho redoblar de tambores. Y ante la fuerza de esta acción, Chamberlain anunció el «acuerdo español» y puso en práctica el convenio angloitaliano.

Mientras Chamberlain formulaba esta declaración, ciudadanos británicos presenciaban desde las playas el ataque de una nave del Eje contra un barco republicano, a veinte kilómetros de la costa inglesa, y barcos fascistas, armados en Bremen, rondaban como dueños de las aguas del mar del Norte.

El espíritu de Múnich se estaba extendiendo como un denso nubarrón sobre el mundo.

13

El 3 de noviembre de 1938, *lord* Halifax, sucesor de Eden, hizo en la Cámara de los Lores una declaración sensacional:

El señor Mussolini ha manifestado siempre claramente, desde las primeras conversaciones entre el Gobierno de Su Majestad y el Gobierno italiano, que por razones conocidas por nosotros, tanto si las aprobábamos como si no, no está dispuesto a ver derrotado a Franco.

Esto significaba que el Gabinete de Chamberlain estaba enteramente dispuesto a dejar libertad a Mussolini en la invasión de España y su guerra contra la democracia. Algunos ingleses anticuados se sintieron avergonzados, y el *Manchester Guardian* preguntaba en un editorial:

¿Puede alguien imaginarse a *lord* Salisbury o a *sir* Edward Grey comunicando al Parlamento que el Gobierno inglés, lejos de protestar contra tal flagrante ultraje a la ley, había iniciado un cordial entendimiento con Italia —un convenio que implica mutua confianza y algún propósito común—, haciendo lo posible para incrementar el prestigio de ese poder y fortalecer su influencia en la política de Europa?

Cuando, inmediatamente después, Chamberlain y Halifax, en medio de un estruendo de trompetas, anunciaron su visita a París para una conferencia con Daladier y el pronazi Bonnet, se temió que el propósito era conseguir un acuerdo sobre la concesión de derechos de beligerancia a Franco. Pero los amigos de la democracia reaccionaron, los ingleses protestaron con vehemencia y la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados de Francia unánimemente llegó a un acuerdo opuesto a dicha medida. Y Daladier corrió el riesgo de ser derribado dos días antes de que todo se echara a perder. Los estadistas británicos, tras una mala travesía en un canal de la Mancha enfurecido, fueron recibidos en las calles de París con abucheos y gritos de «¡Munich!». Se practicaron numerosas detenciones. Pero no se concedieron los derechos de beligerante a Franco.

14

En aquel tiempo, escuchar ciertas conversaciones en los círculos sociales traía más desilusiones. Durante veinte años no había leído ni oído más que elogios de Masaryk y Benes como estadistas y campeones de la democracia. Pero el ataque indecente de Hitler contra Benes parecía ser ahora aceptado en algunos círculos. Escuché el ultrajante discurso de Hitler repetido servilmente. Una dama del cuerpo diplomático de una nación democrática criticaba a Benes porque «había irritado a Hitler». Muy pronto este se apoderaría de Checoslovaquia, campo de abastecimiento de armas y alimentos que utilizaría contra las naciones que se habían entregado en Múnich, y el Gobierno títere constituido ordenaría que los retratos de Masaryk fuesen quitados de los lugares públicos. La historia sería borrada por decreto.

 Mi admiración por los españoles creció. Combatían desde algunos años antes de que la crisis alcanzase a otros pueblos, y aún seguían combatiendo.

La última fase

Otro invierno cargado de negras nubes que parecían colgadas de la cima de los Pirineos contemplaba ceñudamente la vida de San Juan de Luz. Pocos españoles se paseaban ahora a lo largo de la costa francesa. Dos exembajadores españoles en Londres vivían en Biarritz, aunque no se movían en los mismos círculos ni eran partidarios de los leales. Uno de ellos era el marqués Merry del Val, por largo tiempo embajador de la monarquía española en la capital inglesa, y el otro, su inmediato sucesor, Pérez de Ayala, primer embajador de la República. Veía ocasionalmente a este último en su cómodo departamento, donde se había establecido indefinidamente para escribir, y parecía alegre y con ánimo filosófico. No vi a Merry del Val, pues no mantenía amistad con nadie que tuviera simpatía por los republicanos.

Entre tanto, habiendo fracasado en seis ofensivas para obligar a los leales a volver a cruzar el Ebro después del espectacular avance de estos, Franco concentraba ahora aviones, artillería y tanques procedentes de Italia y Alemania para una séptima tentativa. En la batalla que siguió, le fue posible poner en acción más aviones de los que se habían visto en un solo encuentro en la Primera Guerra Mundial. Pudo utilizar noventa y cinco tanques en un frente de seis kilómetros. Ante tan abrumadora superioridad, los republicanos recibieron instrucciones de retroceder hasta la otra orilla del río y realizaron la retirada en perfecto orden y sin perder un solo cañón. La batalla del Ebro de los republicanos había sido sensacional, y el *Times* de Londres (30 de noviembre de 1938), aunque defendiendo la política de Chamberlain, comentaba la significación de la lucha en estos términos:

Además de la victoria táctica, el valor principal de la batalla en el lado del Gobierno de la República consiste en la prueba suministrada de que el ejército del pueblo constituye, en bravura y disciplina, una fuerza igual a la mejor que los nacionalistas pueden poner en el campo de batalla. Solamente la gran superioridad de estos últimos en fuerza aérea y artillería, considerado por un competente observador en la proporción de tres a uno en artillería y dos contra uno en aviación, ha permitido a los rebeldes, después de prolongado esfuerzo, desalojar a los republicanos del saliente del Ebro.

Este era un reconocimiento de que la negativa de las naciones no fascistas a vender aviones y artillería al Gobierno legal dio a los sublevados la victoria que de otra forma no habrían podido conseguir. En aquellos días, el general Fuqua me dijo que, hombre por hombre, la infantería republicana era superior a la de sus enemigos.

Después de esto, durante un mes, todo permaneció tranquilo en varios frentes. En enero de 1939, la Sociedad de Naciones se reunió de nuevo, y Shirer, en su diario, escribió: «Bonnet y Halifax están aquí para evitar que se cometan tonterías en dilatar la victoria de Franco»; y «Del Vayo pronunció un discurso digno ante el Consejo», y Halifax, «para exhibir su bandera, se levantó en medio de la sesión y,

pomposamente, se marchó».

2

Mientras tanto, la comisión neutral de la Sociedad de Naciones terminó sus preparativos para evacuar de la zona leal a todos los combatientes extranjeros, los cuales cruzaron la frontera de Francia. Se despidieron del país donde dejaban tantos camaradas bajo tierra, en una impresionante manifestación en Barcelona. Muchos llevaban flores y algunos cargaban con niños pequeños en brazos mientras marchaban. Entre todos había menos de diez mil, en su mayor parte franceses, norteamericanos, ingleses, con antifascistas italianos y antinazis alemanes. Las «hordas rusas» con las cuales los necios habían sido embaucados se redujeron en el verdadero recuento de la comisión neutral a menos de ciento cincuenta hombres. Fui informado por una fuente fidedigna de que en ningún tiempo a lo largo de toda la guerra hubo más de quinientos rusos en España.

Así, tras haber renunciado los leales a toda ayuda extranjera, la contienda entró en una nueva fase. Ahora era notoriamente una guerra de agresión contra España por parte de Hitler y Mussolini, apoyada involuntariamente, creo, por algunos líderes de las grandes democracias.

La no intervención se había convertido en un engaño tan cínico que algunas naciones se retiraron indignadas, mientras barcos cargados de armas y municiones entraban constantemente en los puertos rebeldes, procedentes de Italia y Alemania. Cuando se hizo referencia en la Cámara de los Comunes a la presencia de un gran número de navíos alemanes en aguas en poder de Franco, míster Hudson, hablando en nombre del Gobierno de Chamberlain, afirmó triunfalmente que no realizaban comercio alguno, sino que se dedicaban a transportar material de guerra para el general con vistas a su próxima ofensiva. Nadie hizo el menor comentario.

Por entonces se habían intensificado los bombardeos contra pueblos y aldeas por parte de aviones italianos, y mujeres y niños eran destrozados en las calles o dentro de sus casas. La comisión británica, investigando sobre el terreno, informó de que no existían objetivos militares en dichas acciones. El propósito era aterrorizar y desmoralizar a la población civil en la retaguardia para empujarla a Valencia o Barcelona, a fin de que engrosara el enorme contingente de refugiados dependiente del siempre complicado abastecimiento de alimentos de los republicanos. El Gobierno de Chamberlain se negó a responder o a comentar nada sobre la acción de los aviones extranjeros que, descendiendo muy bajo, ametrallaban a la población civil y a pasajeros de los trenes, cuando fue invitado a hacerlo por el embajador español en Londres.

Franco continuaba pidiendo los derechos de beligerancia, aunque el tratado angloitaliano específicamente condicionaba su concesión a la retirada de las tropas italianas. Poniendo a un lado la ley internacional, Franco se otorgó a sí mismo lo que le era negado, y navíos bajo su bandera, en alta mar, lejos de España, se apoderaron de barcos repletos de alimentos y confiscaron sus cargamentos. Los navíos británicos, como de costumbre, eran los que sufrían más, pero no se hizo pública protesta alguna hasta que una embarcación griega que transportaba trigo

rumano hacia Inglaterra fue capturada. Fue lo único que alteró la complacencia de Downing Street. La confirmación por el subsecretario de Negocios Extranjeros de que «ciertamente esto se interpretaría como una apropiación de derechos de beligerancia» no fue más concluyente que la acción de aumentar los seguros del Lloyd a causa de actos de piratería.

Ante Mussolini, que ahora pedía a Francia la entrega de «Córcega, Túnez y Niza», y con los aviones italianos hundiendo barcos británicos, mister Chamberlain, por lo visto imperturbable y libre de enojos, se dispuso a realizar su visita al *Duce*, en su segunda peregrinación a Canosa. Algunos creían que en España los rebeldes irrumpirían rápidamente en Tarragona, y de allí a Barcelona, antes de que Chamberlain y Mussolini se reunieran; y entonces, ante el colapso del Gobierno español, el mandatario británico podría conceder los derechos de beligerancia, basándose en que la lucha había terminado y ya no tenía importancia. Francia anunció categóricamente su oposición a dicha cesión y mostró alguna desconfianza en cuanto a la mediación de Chamberlain. Cuando, en esta coyuntura, Roosevelt publicó su vibrante advertencia a los Estados totalitarios, Inglaterra respondió con tanto entusiasmo que su jefe de Gobierno se vio obligado a hacer pública, a su vez, una declaración aprobatoria. Pero, a medida que el tren en que viajaban Chamberlain y Halifax avanzaba, la prensa italiana hacía alardes de la habilidad de su Gobierno para «escupir al rostro de Francia», su aliada. Chamberlain se conformó con una nueva promesa de Mussolini de retirar el ejército italiano *después de que la democracia española hubiera sido aplastada*. La escena de Roma fue algo nuevo y extraño en la historia británica, con el jefe del Ejecutivo inglés dando la mano al *Duce*, cuyos aviones estaban destruyendo pacíficos pueblos, hundiendo barcos británicos y matando marinos ingleses. Cuando el primer ministro regresó a Londres anunciando que tenía mayor fe que nunca en la palabra de Mussolini, Lloyd George dio un bufido: «La fe de un papanatas». En *Se cierne la tormenta*, Churchill, citando las referencias despreciativas de Ciano y Mussolini al jefe del Gobierno de Inglaterra, confiesa un sentimiento de vergüenza.

Chamberlain regresó para encontrar que la marcha sobre Tarragona progresaba, con cuatro divisiones italianas avanzando, sobrepasando fantásticamente la cantidad de cañones y aviones de los republicanos. Era evidente en estos momentos que, a menos que las grandes democracias levantaran la arbitraria prohibición de vender armas a los leales, la suerte de Barcelona estaba decidida. Por un momento, Francia pareció despertar, y el partido de Daladier pidió casi unánimemente que se abriera la frontera, pero en este preciso instante el siniestro Bonnet se reunía apresuradamente con Halifax en Ginebra.

Cuando en esos días Álvarez del Vayo anunció que la comisión neutral había terminado su labor de evacuar a todos los extranjeros del ejército republicano, la expresión de reconocimiento de Halifax fue muy reprimida; pero Bonnet, con desvergonzada hipocresía, expresó ingenuamente la esperanza de que después de esto Italia y Alemania evacuarían bajo el estímulo del Comité de No Intervención, el cual —él lo sabía— estaba desapareciendo convertido en una auténtica hediondez.

Para sorpresa de los franquistas, todos los hombres y mujeres desde los diecisiete a los cincuenta y cinco años fueron llamados a filas en Cataluña, y frescas aunque desentrenadas tropas, inadecuadamente armadas, marchaban apresuradas por los

caminos de Lérida para hacer frente a los italianos y a los moros. Mujeres jóvenes se manifestaron por las calles de Barcelona llamando a las demás a las fábricas que los hombres abandonaban para combatir e invadiendo los cines para obligar a los emboscados a ir al frente.

Así, durante seis semanas, a partir de primeros de noviembre, Franco pidió a Hitler y Mussolini el envío de más aviones, tanques y artillería. En todos los puertos rebeldes había intensa actividad. Más de treinta mil toneladas de material bélico entraron en el puerto de Vigo solamente en diciembre. El *Calabria*, de La Spezia, en otro puerto, desembarcó trescientas diez cajas y unos cuantos centenares de artilleros entrenados. Al puerto de Cádiz llegaban soldados y oficiales italianos, para sustituir a los diez mil hombres agotados que habían sido repatriados para conseguir el «acuerdo español». Desde Génova, el Brescia trasladó mil soldados y veinte jefes y oficiales. Estos hechos constaban en el Foreign Office británico, pues la información había sido dada por el embajador español, Pablo de Azcárate, a quien yo conocía.

Al aproximarse la crisis, los leales solamente disponían de treinta y seis mil fusiles para abastecer a todo el ejército de Cataluña. Tan escasos estaban de ametralladoras, que pronto todo un batallón de bien entrenados artilleros tuvo que retirarse por falta de armas.

Pero Hitler y Mussolini no escatimaban el material a su aliado. Enseguida los fascistas iban a disponer, en algunas partes del frente, de un cañón cada veinte metros. Tendrían diez y después veinte aviones por uno de los leales; en artillería media y ligera, veinte o treinta por uno; en armas ligeras de infantería, incluidas las automáticas, dispondrían de diez por cada una de los republicanos; y en cuanto a artillería pesada, la diferencia sería entre una gran abundancia y nada.

Los republicanos mantenían aún sus esperanzas en el levantamiento del embargo por los Estados Unidos. La desvergonzada parcialidad de los «no intervencionistas» era bien sabida en Washington. Al final escribí personalmente a Roosevelt para decirle que, sin desearlo, nuestro embargo nos convertía en un precioso colaborador de las potencias del Eje en la guerra que hacían contra la democracia española; y poco después, el presidente emocionó al mundo otra vez con su histórico llamamiento a las democracias para que se armaran, con su rotunda afirmación de que *nuestro acto de neutralidad obraba en interés de los agresores*. Pero el crepúsculo de las esperanzas leales se hundía en las sombras.

3

La parte principal del ejército de los camisas negras de Mussolini en la captura de Barcelona se expone más allá de toda duda en el *Diario* del conde Ciano. Casi en todos los apuntes, durante el mes de enero de 1939, se hacen referencias al ejército de Italia en la campaña de España. Leemos que el *Corpo Truppe Volontarie* «ha tomado la ofensiva» (3 de enero de 1939); que en España «avanzamos a gran velocidad» (4 de enero); que el papel del general Gambará «ha sido magnífico» (7 de enero); que Mussolini estaba satisfecho con un informe de Franco enviado por un mensajero especial, descrito por él a Ciano como «el informe de un subordinado» (8 de enero); y el 15 de enero dice que «Gambara ha asumido afortunadamente el puesto de jefe

de todas las fuerzas españolas». Después de que el ejército fascista llegara a los suburbios de Barcelona, Ciano anotó: «Pedimos que nuestros legionarios fuesen las primeras unidades que entraran en la capital porque lo merecían» (24 de enero). Pero, aun entonces, Mussolini estaba nervioso; llamaba constantemente a Ciano para tener información, pues temía «una repetición de lo que había acontecido en Madrid» (25 de enero). El *Duce* también estaba inquieto porque Franco se proponía concertar un «pacto político con Alemania», según Hitler había comunicado a Mussolini. Naturalmente, añade Ciano, este pacto político «era secreto como el nuestro», pero de hacerse público, el acuerdo italiano habría tenido prioridad, pues «de lo contrario la gente diría que Italia hacía la guerra en España y los alemanes se aprovechaban de ella» (27 de enero). Y cuando Barcelona cayó, Ciano escribió con orgullo en su diario: «La victoria en España lleva solamente un nombre, y ese es el nombre de Mussolini». Más importante, posiblemente, es que también llevó en nombre de Hitler.

4

Con su ventaja en material, los legionarios italianos, los moros y los requetés se acercaban a los suburbios de Barcelona. Álvarez del Vayo hizo una última y desesperada apelación a Bonnet para obtener el derecho de comprar armas. Era como si un hombre hambriento pidiera pan ante la fachada de un banco. Su apelación fue fríamente rechazada. Bonnet servía más a Alemania que a Francia, pero los franceses comenzaban ahora a estar alarmados sobre lo que la no intervención les había hecho. Me cercioré de esto personalmente por uno de sus más grandes estadistas, que había comprendido la significación de la lucha española desde el principio.

Ciano estaba un poco alterado porque había sabido del *acercamiento* entre Burgos y París; en tal eventualidad, escribió, «nosotros daremos a conocer entonces que teníamos un acuerdo con España desde noviembre de 1936». En verdad, aunque no existía un pacto, había habido un convenio con Mussolini ya desde principios de la primavera de 1934. Circulaban rumores de que Francia podría intervenir y, ante tal posibilidad —y aquí nos hallamos ante la falsa luz del razonamiento fascista—, Italia «intervendría». Pero con los Gobiernos de las democracias manteniéndose tan firmes como Hitler y Mussolini hubieran podido desear contra la más ligera interferencia en los planes fascistas, los líderes políticos, al margen del poder, protestaban ahora vigorosamente. Los liberales y los laboristas, en Inglaterra, manifestaban categóricamente su posición.

Míster Stimson, exsecretario de Estado de los Estados Unidos, censuró firmemente nuestra política de embargo como una negación indefendible de la ley internacional y lamentaba no haberlo hecho así antes (Memorias de Stimson, *On Active Service* [En servicio activo]). Eden, en Coventry, decía:

Francisco está conquistando Cataluña por medio del poder militar y aéreo más formidable que esta guerra ha visto hasta hoy. ¿De dónde ha salido este poder bélico? Todo el mundo sabe quién lo facilita, en violación flagrante de pactos y convenios. Mientras tanto, los aviadores extranjeros de Franco bombardean, la artillería extranjera dispara sus cañones y la infantería extranjera marcha a

través del suelo español.

5

El colapso de las defensas que circundaban Barcelona fue inesperado para los que no estaban familiarizados con la situación. La magnífica brigada de Líster se retiró ante el enemigo, exhausta, tras haber combatido durante cuatro días y cuatro noches sin descanso. Así, Barcelona cayó sin que tuviera lugar una batalla en la ciudad. Cerca de cuatrocientos mil hombres, mujeres y niños huyeron hacia la parte norte, para escapar «al ejército de liberación». Por un momento, la desorganización y el pánico se apoderaron del pueblo y de las tropas, congestionando de tal forma la carretera en dirección a la frontera con la población humana en huida, que los vehículos apenas podían moverse. Pero Negrín permaneció frío y, al poco, se restableció la situación, reinó la disciplina y el ejército cubrió la retirada en orden perfecto y con brillantez.

El Gobierno instaló sus cuarteles en la antigua fortaleza de Figueras, del siglo XVIII, donde habían vivido Felipe V y María Luisa y cuyos sótanos ofrecían protección contra las bombas; el Consejo de Ministros estaba casi en sesión permanente. Allí se hallaban escondidos muchos, si no todos, los tesoros artísticos del Museo del Prado, los cuales *habían sido enviados a Rusia*, como millones de norteamericanos llegaron a creer. Azaña se encontraba en un pueblo cercano. Hacia el final de la contienda vivió en una muy sencilla casa en el pueblo de Abajol.

Me encaminé a través del sur de Francia hacia Perpiñán, donde habíamos abierto oficinas. Esta poco atractiva ciudad de provincias se hallaba invadida de gente, y Garrison y yo nos instalamos en Carcasona, desde donde hicimos viajes de ida y vuelta. El día de mi llegada los periodistas habían ido a Figueras para presenciar la reunión de las Cortes, que tuvo lugar en los sótanos de la fortaleza, bajo la presidencia de Martínez Barrio. Aquella noche, Harry Buckley, corresponsal inglés, me describió la escena. El doctor Negrín expuso con calma la situación. Dijo que el ejército republicano había sido abrumado con aviones, tanques, artillería, procedentes de Alemania e Italia. Luchando brillantemente contra tremendas desventajas y durante muchos días, había llegado al punto de extenuación, pero se había recobrado y podía continuar combatiendo. Aquello se había convertido en una batalla por la libertad y la independencia y por el futuro de la democracia. La paz solamente podría llegar sobre el acuerdo en tres puntos principales:

- 1) La independencia absoluta de España de toda influencia extranjera.
- 2) La determinación del pueblo español sobre la clase de régimen que deseara.
- 3) La promesa de no ejercer represalias después de la contienda.

Pidió la continuación de la resistencia y se sentó. Uno tras otro, los líderes de todos los partidos se levantaron dando su aprobación incondicional.

Aquel pequeño grupo, reunido en sesión solemne en los sótanos de una antigua fortaleza, presentaba el espectáculo que no habría de verse en ningún país democrático del mundo.

Escuché en Perpiñán relatos de los españoles sobre la penosa situación de los

refugiados, las carreteras llenas de niños, mujeres y animales que eran ametrallados por los aviones. Al día siguiente fui con el coronel Cheadle, mi nuevo agregado militar, al pueblo fronterizo de Perthus. Tropas francesas de negros senegaleses se veían por todas partes. Era un día frío y las carreteras estaban enfangadas, pero observé a muchos de los soldados negros cargando con sus zapatos y pisando descalzos el suelo mojado y frío. Pasamos por entre grupos de hombres en edad militar, refugiados de España, que portaban fardos.

Cerca del pueblo, a ambos lados de la carretera, centenares de mujeres y niños yacían amontonados bajo la lluvia, esperando ser conducidos a los campos de refugiados: ancianas con rostros arrugados, mujeres jóvenes cuidando sus niños, algunas embarazadas, todas temblando bajo la lluvia. Yo había visto escenas penosamente semejantes dos años antes, en Hendaya, cuando la no intervención ganó su primera victoria para el Eje.

Veinte meses después, cerca de Santiago de Chile, en el *fundo* de Margarita Xirgu, la actriz española, una sirvienta nos mostró a un crío de dieciocho meses. La madre, con el niño entonces todavía por nacer, era una de las mujeres que había visto temblando bajo la lluvia. La criatura había nacido en un campo de concentración de Francia.

6

Tuve que ver a Álvarez del Vayo en el consulado español de Perpiñán a las cinco de la tarde, pero el Consejo de Ministros lo había retenido, y eran las seis cuando llegó apresuradamente, dando excusas. El día anterior lo había visto sin afeitarse, los ojos hinchados, deprimido, pero ahora su rostro estaba enrojecido por el aire de la montaña, su mirada brillaba y su mandíbula, saliente, como siempre. «Dormí algo la pasada noche, la primera en cuatro días —dijo, mientras se quitaba el abrigo—. Los contuvimos cuando la proporción contra nosotros en aviones, tanques y artillería italianos y alemanes era de cuatro contra uno, pero cuando la desventaja se incrementó extraordinariamente, fue imposible. Hemos rectificado nuestras líneas y probablemente nos mantendremos en ellas». Sin embargo, podía advertirse que tenía pocas esperanzas de poder contener al enemigo en aquella región. «Haremos todo lo que nos sea posible y, si fracasamos, iremos a Valencia y Madrid para continuar la lucha». Admitió la imposibilidad de trasladar las tropas a la zona central, pero dijo que el Gobierno y los jefes del Ejército irían por avión. «Miaja dispone de un contingente de medio millón de hombres, excelentes soldados, en la zona central; ahora estamos recibiendo algunos cañones, ametralladoras y mosquetones, aunque nos vemos obligados a depender del contrabando de material».

Aquella mañana, 2 de febrero de 1939, el embajador francés, Henry, que era el hombre escogido por Bonnet, había ido a Figueras para urgir a los republicanos a rendirse. Cuando pregunté si mi información era verdadera, Del Vayo dudó un instante y después hizo un gesto afirmativo.

—¿Y la respuesta? —pregunté.

—Un no rotundo —contestó.

Por mi imaginación pasó, fugaz, el cuadro de una escena semejante, en Praga,

cuando se hizo una demanda similar a Benes.

Mi principal razón para ver a Álvarez del Vayo no era otra que averiguar la suerte de las obras maestras del Prado y de El Escorial que habían sido almacenadas entre Barcelona y la frontera francesa, entonces una zona de guerra. «Las pinturas nos han ocasionado gran inquietud —dijo—, pero justamente esta mañana he firmado los documentos de entrega al Comité Internacional para la Protección de Obras de Arte, para su envío inmediato a Ginebra. Hemos hecho los preparativos para su traslado». Muy pronto un millar de pinturas estaban en camino. Se trataba de las piezas que, según se había hecho creer a los más necios, habían sido «entregadas a Rusia».

Súbitamente, Álvarez del Vayo, que estaba sentado al borde del asiento, se levantó y corrió hacia el teléfono. «Necesito información de las operaciones militares», explicó, cogiendo el teléfono. «¡Oiga, oiga, oiga!». Y después, dirigiéndose a mí: «Es terrible; solo hay una línea en Figueras». Por fin, consiguió hablar, pero la persona con quien él quería comunicarse no estaba. «Tengo que hacerle un ruego —dijo—. Deseo que transmita a su Gobierno un llamamiento para que los Estados Unidos, posiblemente junto con otros Gobiernos, hagan lo que sea posible para impedir represalias en Barcelona, donde tememos que haya una matanza».

Pocos días más tarde, Ciano escribiría en su diario que en Barcelona Franco se había entregado a una «concienzuda y drástica limpieza». Entre los prisioneros había italianos antifascistas, y Mussolini fue informado de ello. Ordenó que fueran ejecutados, con el siguiente comentario: «Los muertos no hablan». (*Diario de Ciano*, 22 de febrero).

Del Vayo, con la cabeza descubierta, me acompañó hasta la puerta. Aquella fue la última vez que lo vi durante la guerra.

7

Al principio, la frontera francesa fue cerrada para impedir el acceso de soldados y paisanos, pero gracias a las negociaciones de Negrín se abrió, y miles entraron en el país vecino, mientras las tropas leales, retrocediendo hacia la frontera, con sus heridos, lucharon brillantemente en acciones de retirada. En la última casa, junto a la frontera, Negrín presenció el desfile final del valeroso contingente, que marchaba, en tierra francesa, hacia los campos de concentración. Azaña, entretanto, viajando en coche y a veces andando con su familia por desfiladeros a setecientos metros de altura, cruzó también a Francia y se fue a la villa de Rivas Cherif, esperando, con la ayuda de Inglaterra y Francia, conseguir condiciones humanitarias.

Pero bajo el aguijón de Bonnet, Francia, casi con prisa cómica, planeaba el reconocimiento de Franco, cuando todavía el Gobierno español legítimo aún existía y actuaba, controlaba la capital y una cuarta parte del país, y disponía de medio millón de soldados en los frentes. La dilación estaba conteniendo la marcha de Hitler sobre Francia y Europa.

8

Miles de ancianos, mujeres y niños, junto con soldados republicanos, fueron confinados en Francia, en campos de concentración carentes de condiciones para ser habitados por seres humanos. Los campos de Saint-Cyprien y Argelès, grandes extensiones de arena cercadas de alambradas, no eran aptos para proporcionar cobijo de ninguna especie. Obligados a enfrentar semejante emergencia, esto no se puede echar en cara a los franceses, pero la imperdonable culpa del Gobierno galo fue dar permiso a los agentes de Franco para que entrasen en los campos y arengasen a los soldados con el fin de persuadirlos para que se incorporaran al ejército fascista.

Muy pronto Franco hacía su entrada triunfal en Barcelona. Un contingente de ochenta mil soldados desfiló, y al frente del mismo iban las tropas italianas al mando del general Gambaro, con artillería y tanques italianos y alemanes, y doscientos cincuenta aviones italianos volando. Detrás, Franco seguía en su coche, precedido de su vistosa guardia mora, cuyos arreos brillaban al sol. Tras los italianos y los moros, seguían los españoles. Y en la retaguardia, más italianos, los *bersaglieri* y las camisas negras Arditti con los puñales levantados, saludando al estilo fascista. Cuando la división italiana Littorio desfiló por las calles, fue saludada con los gritos de: «¡Duce! ¡Duce!». Un corresponsal de un periódico de Londres describía el espectáculo bajo los titulares: «Barcelona de fiesta», queriendo dar la impresión de una ciudad llena de júbilo. Pero otros testigos menos parciales me aseguraron que la población en general no demostró entusiasmo y contempló la manifestación en curioso silencio.

9

Mientras esto ocurría en Barcelona, los agentes franceses y británicos que fueron a Burgos recibieron la categórica declaración de que a cambio del reconocimiento no se prometía concesión de amnistía alguna; y que no se daría información respecto a la política exterior que Franco adoptaría. Pero el espíritu de Múnich todavía era fuerte, y el «apaciguamiento», aunque un poco jadeante, continuaba haciendo presión. Con la prensa italiana y alemana festejando la subordinación de las democracias, arrastrándose a cuatro patas con apresuramiento indecente; con la prensa de Franco clamando que a Inglaterra y a Francia jamás se les permitiría separar a los españoles de sus *camaradas* italianos y alemanes; con el anuncio de Mussolini de que los italianos permanecerían en España tanto tiempo como su servicio fuese necesario, el Gobierno de Chamberlain y el francés se dispusieron a rendirse incondicionalmente.

Un día, Daladier anunció a los diputados franceses que su Gobierno había decidido reconocer a Franco, y que Chamberlain presionaba para que adoptase una acción inmediata. Tres días después, el inglés anunció igualmente el reconocimiento sin condiciones. Así, el fascismo triunfaba contra la democracia en España, y con el «acuerdo español» llegó «la paz de nuestra época»... por seis meses.

El Gobierno francés, dominado en su política exterior por el viscoso Bonnet, envió a Pétain como embajador cerca de Franco. Era sabido que, por temperamento y desde el punto de vista ideológico —había odiado siempre los ideales de la Revolución francesa—, tenía simpatías por el modelo instaurado por el general español. Nunca había sido favorable al régimen republicano. Y, además de esto, había sido profesor de Franco en la Escuela Militar, lo cual hacía presumir su influencia sobre el dictador español. Aunque residía en España, con frecuencia cruzaba la frontera por San Juan de Luz para comer en el hotel Miramar, donde yo tenía mi embajada. Lo vi varias veces. Alto, recto como el asta de una bandera, a simple vista gozando de extraordinaria salud, aparentaba veinte años menos de los que tenía; tiempo después, cuando se convirtió en colaborador de Hitler y sus apologistas buscaron la forma de excusar su traición alegando sus años y su estado de debilidad, tales argumentos no me causaron impresión. Pero cuando fue a visitar al dictador en Burgos y tuvo que sufrir una larga espera en el antedespacho, mientras aquel perdía el tiempo con un diplomático de una nación de menor importancia, y cuando, al fin, fue recibido con tan marcada frialdad que incluso Pétain la advirtió, la desilusión francesa fue evidente.

Mientras tanto, Negrín había volado a la zona central de España para continuar la lucha. Intentó levantar la moral, reajustar los diferentes servicios a las condiciones cambiantes y movilizar a los leales para reanudar la resistencia. Tenía la seguridad de que estaban en disposición de aguantar durante seis meses más. Con la situación internacional cada día más amenazadora, preveía la posibilidad del estallido de una guerra en Europa. Era el último luchador.

Mi informe a Washington

El día primero de marzo de 1939 fui llamado a Washington «para consultas» con el Departamento de Estado. Durante los dos años y medio de guerra no había sido convocado ni una sola vez, lo cual puede parecer bastante notable. La situación había sido tema de algunos comentarios en la prensa norteamericana. Puede que al Departamento no le pareciera de importancia, puesto que conocían exactamente mi interpretación sobre el significado de la guerra española. Durante los dos años y medio, escribí con regularidad y envié voluminosos informes sobre todas las fases de la lucha (copias de los cuales tengo en este momento en mi poder), como el secretario Cordell Hull contó en una ocasión, en el transcurso de una conferencia de prensa. Estos despachos constituirían un grueso volumen. No había nada que hubiese podido decir de palabra que no hubiera expresado ya en ellos, y mi posición era perfectamente clara, como hace constar en sus memorias míster Cordell Hull. Mi opinión se resumía en los siguientes puntos:

- 1) Que después de los primeros días de considerable confusión, fue demostrado claramente que se trataba de una guerra de los fascistas y las potencias del Eje contra las instituciones democráticas de España.
- 2) Que la guerra española era el principio de un plan perfectamente meditado para el exterminio de la democracia en Europa y el comienzo de una Segunda Guerra Mundial.
- 3) Que el Comité de No Intervención era un vergonzoso engaño cínicamente indigno, y que Alemania e Italia enviaban constantemente soldados, aviones, tanques, artillería y municiones a España, sin una interferencia o protesta verdadera de los firmantes del pacto.
- 4) Que Alemania e Italia estaban utilizando las ciudades españolas y sus habitantes para fines de experimentación y ensayando sus nuevos métodos de destrucción y su nueva técnica de terrorismo.
- 5) Que el Eje, preparándose para la batalla continental, estaba utilizando España para ver hasta dónde podía llegar con la silenciosa aquiescencia de las grandes democracias y poner a prueba su espíritu, valor y voluntad de luchar por sus ideales.
- 6) Que las potencias del Eje creían que al convertirse España en un Estado fascista, podría y sería usado como una cuña contra América Central y del Sur. Informé a Washington de los alardes hechos por la prensa de Franco y la determinación de «liberar» Sudamérica de la «servidumbre yanqui y el ateísmo».
- 7) Que este propósito figuraba en un libro preparado para la enseñanza en las escuelas, en el que se atacaba duramente a las democracias en general y a las de Inglaterra y los Estados Unidos en particular.

- 8) Que los ataques, ridiculización e insultos dirigidos contra los Estados Unidos e Inglaterra por la prensa de Franco no dejaban lugar a dudas sobre la posición que sostenían.
- 9) Que mientras las potencias del Eje mandaban ejércitos, aviones, tanques, artillería, técnicos e ingenieros a Franco, el Comité de No Intervención y nuestro embargo representaban una poderosa contribución al triunfo del Eje sobre la democracia en España, y que mientras la guerra contra China era sostenida solamente por Japón, contra Checoslovaquia solo por la Alemania nazi, contra Abisinia solamente por la Italia fascista, el primer país que era atacado *por el Eje —Italia y Alemania juntas— era España*.
- 10) Que era mi opinión, mucho antes de Múnich, que el próximo ataque sería contra Checoslovaquia, debido a las injurias que, sin razón evidente, proferían contra ella los italianos y los alemanes que cruzaban la frontera española para proveerse de alimentos en San Juan de Luz y Biarritz.
- 11) Yo había informado a Washington de que nuestros intereses, ideológica, comercial e industrialmente, estaban vinculados a los de la democracia en España, cuyo Gobierno era reconocido como constitucional y legal, y que la victoria de Franco sería un peligro para los Estados Unidos, especialmente en Sudamérica.

Nunca recibí comentario alguno del Departamento de Estado, al que constantemente, durante más de dos años, envié estas opiniones. Ahora sabemos que la división que en él existía alcanzaba hasta las capas más altas.

2

Al ser convocado con tanta demora «para consultas», no tenía dudas acerca de cuál era el propósito. Lo que desconocía entonces era que la llamada se produjo a iniciativa del secretario Cordell Hull y mister Dunn, su asesor político para la Europa Occidental. Es sabido, ahora, que Hull telegrafió a Roosevelt, a la sazón en un crucero, en un momento en que Inglaterra, el Gobierno de Chamberlain, había decidido reconocer al régimen fascista de Franco, en los siguientes términos: «sugiero que al embajador Bowers, nuestro representante ante el Gobierno republicano, se le ordene que venga a consulta a fin de tener las manos libres para el establecimiento de relaciones con el Gobierno de Franco» (Memorias de Hull, vol. I).

Embarqué en el *Queen Mary* el 4 de marzo, y en mitad del Atlántico el telégrafo trajo la información de que el general Casado había derribado al Gobierno republicano por medio de un golpe de Estado en Madrid para preparar la rendición incondicional. Franco, con sus moros, su ejército italiano fascista, sus aviadores alemanes, ingenieros, técnicos, soldados y jefes, y todo el material suministrado por el Eje, no había podido, durante dos años y medio, tomar Madrid; cayó solamente cuando las fuerzas que lo defendían fueron divididas por medio de intrigas de una de las grandes democracias de Europa.

Sobre la caída de Madrid, Ciano escribió en su diario que había sido «la victoria más formidable del fascismo, posiblemente la más grande hasta entonces» (28 de

marzo de 1939), lo cual era exactamente lo que yo había estado informando que sucedería. *Aquel día, con Mussolini lleno de alegría, Ciano describe la escena en la que el Duce, señalando el atlas abierto en la página de España, dijo: «Ha estado abierto por esta página casi durante tres años, y eso es bastante». Y luego añadió: «Pero sé que debo abrirlo por otra página» —que es exactamente lo que yo había predicho.*

3

Las noticias del movimiento de Casado llegaron a Negrín cuando se encontraba en un pueblo cerca de Alicante, reunido con algunos de sus ministros. A las tres de la tarde, él y Álvarez del Vayo tomaron los aviones que estaban preparados y se dirigieron hacia Toulouse, y volando de día sobre territorio enemigo, llegaron milagrosamente a Francia.

La esforzada lucha para salvar a la democracia en España había terminado.

No me sorprendió hallar en los Estados Unidos, entre la opinión pública, una poderosa inclinación favorable a los españoles republicanos. Era el sentimiento instintivo de los norteamericanos, retrocediendo a los días en que Daniel Webster, secretario de Estado, replicó cáusticamente a la protesta del Gobierno austrohúngaro por las ovaciones dadas a Kossuth en los Estados Unidos. Pero entonces era demasiado tarde para darse cuenta de que nuestro embargo había sido un factor que contribuyó a la victoria del fascismo. Yo estaba completamente satisfecho de la posición que mantuve durante toda la crisis. Hallé una acentuada división en el Departamento de Estado sobre nuestra política en España, aunque los elementos en favor de Franco eran más numerosos y estaban estratégicamente mejor situados. Míster Messersmith, por entonces secretario auxiliar, era favorable a mi punto de vista, y me aseguró que lo mismo acontecía con Sumner Welles, el subsecretario. No cabe duda de que esto era verdad, puesto que en un libro de míster Welles atribuye algunas de las desgracias sufridas por el mundo a nuestra política de apaciguamiento en España.

En la noche de mi llegada a Washington hablé por teléfono con el presidente Roosevelt y le propuse ir a verlo de inmediato para informarle, pero él consideró que era mejor para mí que me entrevistase primero con míster Hull.

Había tratado a Cordell Hull como amigo, personal y políticamente, durante diecisiete años. En sus *Memorias* se refiere a la primera vez que nos encontramos en un mitin del partido demócrata, en Indianápolis, donde él pensó que yo había pronunciado un «elocuente y extremista discurso que llamó mucho la atención» (*Memorias* de Hull, vol. I). Dos años después, siendo Hull presidente nacional, me rogó que fuese de Nueva York a Washington para pasar el día con el senador Pat Harrison examinando la base de su discurso para la convención de 1924. Pat había hecho muchas rectificaciones en el manuscrito y consideraba, desalentado, que no valía gran cosa; pero era un brillante alegato y no requería ningún cambio. Después de aquello, vi a Cordell Hull con frecuencia y en términos de cordial amistad. En una conferencia con Roosevelt, anterior a la convención, en Albany, en 1932, Hull, los senadores Walsh y Wheeler, de Montana, y Dan Roper me eligieron para que presentase la candidatura de Roosevelt, un honor que no pude aceptar por razones

que no es necesario mencionar aquí. En la preparación de mi discurso de Houston, en 1928, las únicas personas con las que conferencí fueron el citado senador Walsh y el propio Hull. Yo tenía una profunda admiración por la habilidad de estadista de este último. Sus discursos en la Cámara, antes de que ingresase en el Senado, eran verdaderos tratados, especialmente en el terreno de la economía y el comercio internacional. Incuestionablemente, un hombre de categoría presidencial, yo había sugerido su nombramiento en artículos editoriales, a principios de 1924. Durante el desempeño de su cargo de secretario de Estado, y desde entonces en adelante, nuestras relaciones continuaron inalterables. Digo esto para dejar sentado con claridad que nuestras diferencias sobre España fueron políticas y no personales.

Pero ciertas observaciones hechas en sus *Memorias* sobre la guerra del Eje en España y mi misión requieren algún comentario. Él dice:

Bowers, un liberal, inmediatamente tomó partido en la guerra civil. Consideraba que los Estados Unidos debían conformar su política al interés vital de las fuerzas liberales que actuaban en un bando de la guerra.

Yo verdaderamente no «tomé partido» hasta la llegada de aviones italianos y técnicos e ingenieros alemanes, algo que demostraba claramente que el Eje estaba haciendo la guerra contra la democracia española, lo que se hizo evidente antes de que transcurriera un mes de comenzada la guerra; y en tanto que «liberal», no tomé partido como tal, sino como demócrata, puesto que no podía haber más que un lado para un demócrata. En la lucha entre democracia y totalitarismo, tan categórica y agresivamente proclamada por la prensa de Franco y por las radios fascistas de Italia, Alemania y Portugal, ciertamente yo no era neutral. Ningún diplomático de un Estado totalitario habría osado serlo, y debido a que nosotros tuvimos muchos «neutrales», si no algo peor —diplomáticos representantes de naciones democráticas que hacían de la «neutralidad» una virtud en aquel trance—, perdimos todas las batallas diplomáticas desde 1934 hasta que comenzó la Segunda Guerra Mundial.

En otra parte, míster Hull afirma:

Él reforzaba ese punto de vista con las frecuentes referencias a la ayuda dada por Alemania e Italia a Franco. En el Departamento de Estado, al mismo tiempo que se reconocía que lo que Bowers tenía que decir acerca de Alemania e Italia era verdad, estábamos obligados a seguir una pauta más amplia la cual reconocía el grave peligro de que la guerra civil en España podía convertirse en una guerra europea.

Esto nos lleva al verdadero núcleo de la diferencia de opinión entre miembros del Departamento de Estado y yo. Ellos sostenían que aquella era una «guerra civil» —parecida a las «guerras civiles» en Noruega y Polonia— y que la política de apaciguamiento patrocinada por Chamberlain evitaría una contienda mundial; yo defendía que los Estados fascistas interpretarían inevitablemente esta política de aquiescencia como una prueba de debilidad o cobardía y llegarían a la conclusión de que había llegado la hora para un definitivo esfuerzo tendente a exterminar la democracia en toda Europa, lo que haría la guerra mundial inevitable. Yo no disponía de la ventaja —si es que era una ventaja— de conocer las opiniones de los embajadores de Chamberlain y Bonnet en Washington, pero escuchaba las fanfarronadas de los fascistas, los nazis y sus partidarios que cruzaban la frontera, y

diariamente leía la prensa de Franco. Seis meses después de que las tropas de Mussolini y Hitler hubieran desfilado juntas ante el general español en Barcelona, en celebración del triunfo fascista, llegó la guerra mundial.

Admitiendo esto, naturalmente, míster Hull dice: «Pero España no fue la causa de la guerra europea». Es verdad que los crueles sacrificios de las democracias de España y Checoslovaquia no decidieron a las grandes democracias a desenvainar la espada, pero su débil aquiescencia en estos imperdonables ultrajes fue la señal de «adelante» para las potencias del Eje. Ese, no me cabe la menor duda de ello, será el veredicto de la historia cuando el tumulto y los gritos partidistas y de la propaganda se extingan. La historia demostrará que los seis meses que mediaron entre la victoria fascista en España y la invasión de Polonia fueron un simple armisticio en una guerra, la Segunda Guerra Mundial. No hace falta, ciertamente, ningún argumento para sostener el hecho de que la política de apaciguamiento y aquiescencia no impidió la guerra mundial; yo sostengo que la hizo casi cierta. Lo único que consiguió fue sacrificar dos valerosas democracias, España y Checoslovaquia, como un ofrecimiento de paz al fascismo, lo cual no resultó, y por la naturaleza de las cosas no podía resultar, eficaz.

Más aún, defendiendo la política de embargo, que fue un regalo de los dioses para el Eje en la guerra de España, míster Hull dice que «autorizar meramente la exportación de armas a España no era suficiente, ya que habríamos tenido que procurar que las armas llegaran a España» (*Memorias de Hull*, vol. I). Esto no es lo que yo entiendo. Yo recibí la seguridad del Gobierno español, como se reconoce, de que estaba dispuesto a pagar por el material comprado, y *a tomar la responsabilidad de su entrega él mismo*. No se esperaba que fuese enviado por barcos norteamericanos. Los productores de los Estados Unidos estaban dispuestos a vender; nosotros nos empeñamos en impedirlo. El envío del material era una cuestión en la cual nosotros no nos habríamos visto envueltos. Pero el hecho triste es que dejamos de lado la ley internacional para impedir la venta. Como veremos, esto disgustó a Henry L. Stimson, distinguido ex secretario de Estado y un gran abogado internacional.

4

Yo opinaba, y sigo opinando, que nuestra política y la de Chamberlain fue el estrecho y no el «amplio camino»; dicha política predicaba la teoría, que a mí me parecía absurda, de que por medio del apaciguamiento de Hitler y Mussolini y el sacrificio de la democracia de España se mantendría la paz en todas partes. De no haber tenido la seguridad de esta debilidad y este temor, puede dudarse que Hitler se hubiera sentido seguro para atacar a Checoslovaquia o para lanzarse a la guerra contra Polonia. Yo no puedo sinceramente admitir que fuera el camino más amplio abandonar la ley internacional, a fin de apaciguar al fascismo, con la negativa a vender armas al Gobierno constitucional de España para su defensa. De cualquier forma, esta vía, ancha o estrecha, fue vigorosamente combatida por Henry L. Stimson, quien, demasiado tarde, como él mismo reconoció, formuló su protesta. En sus encantadoras y fascinantes memorias, escritas en colaboración con míster Bundy,

encuentro estas palabras:

Su primera declaración [contra el fascismo] la hizo sobre la guerra de España. Fue un cuidadoso y razonado documento jurídico, basado en las normas del derecho internacional, sosteniendo que nosotros «deberíamos facilitar armas al Gobierno legalmente reconocido, y no a otro». En el caso de España, este era el Gobierno republicano. Mr. Stimson lamentaba no haber hecho esta declaración antes. No había ocultado sus simpatías por el Gobierno legal [así, pues, tomando partido], pero se había abstenido de hacer una oposición directa a la política de la Administración. En enero de 1939 era demasiado tarde para formular declaración alguna útil, pues el Gobierno republicano era vencido por la fuerza superior de la intervención fascista. Stimson no era hombre de la extrema izquierda, pero creía, y repetidamente lo afirmaba, que «los fascistas eran incomparablemente más peligrosos para nosotros, más activos en su labor proselitista y más peligrosos e intolerantes en los métodos y la ley internacional». Y, naturalmente, en el caso de España, quedaba un claro y simple un hecho: que el republicano era el Gobierno elegido y legal, reconocido como tal por los Estados Unidos.

(Stimson: *On Active Service*).

Estas eran precisamente mis opiniones, pero tomamos el «camino más ancho», negándonos a reconocer el derecho de España, de acuerdo con la ley internacional, a comprar cañones antiaéreos para proteger a las mujeres y los niños contra la aviación del Eje, que alardeaba de su designio de exterminar a la democracia en Europa. Yo había esperado que al revelarse la significación de la lucha proclamada por arengas y telegramas de felicitación de Hitler, y por sus acciones, levantaríamos el embargo. Finalmente, escribí a Roosevelt para manifestarle que, por muy buenas que nuestras intenciones pudieran haber sido al principio, se había hecho evidente que nuestro embargo redundaba en beneficio del Eje. Poco después, el presidente expresaba otro tanto en un discurso bíblico.

5

Míster Hull me recibió con su habitual cordialidad, pero parecía poco inclinado a discutir la cuestión española, cuya solución había sido ya decidida cuando yo fui llamado a «consulta», a fin de «tener las manos libres en el establecimiento de relaciones con el Gobierno de Franco».

Encontré al presidente Roosevelt sentado en su despacho de la Casa Blanca, serio y preocupado como no lo había visto nunca. Tuve la impresión de que no estaba contento de la conducta que habíamos seguido. Antes de que me sentara y pronunciase una palabra, dijo: «Hemos cometido un error; usted ha tenido razón en todo momento».

Dijo algo más, como explicación, que no me considero en libertad de citar de mi diario. Declaró, no obstante, que se había visto inundado con noticias contradictorias procedentes de muchas fuentes, además de la del embajador en España. Yo sabía, naturalmente, que los representantes de Chamberlain y Bonnet habían dado informaciones que contradecían las mías, que nuestra embajada en Londres reflejaba los puntos de vista de Chamberlain y que otros diplomáticos norteamericanos, dependientes de la propaganda de los agentes franquistas, se habían unido a ellos. Le pregunté si nuestro embajador en Irak le había enviado información «directa por boca de ganso», y por primera vez se sonrió, al tiempo que

introducía en su larga boquilla un cigarrillo.

Fue entonces cuando dijo, con cierta vehemencia, que no había razón para apresurarse en cuanto al reconocimiento de Franco, que él le permitiría «cocerse en su propia salsa por algún tiempo», y que deseaba que yo permaneciera en Washington durante una temporada. Roosevelt salía al día siguiente para Warm Springs, y después, cuando se acordó el reconocimiento, me enteré por dos miembros del Gabinete que había dejado instrucciones de que no se hiciera nada hasta su regreso.

Cuando vi a Sumner Welles, me reiteró lo que el presidente había dicho en relación con no hacer nada por el momento.

6

La noche de aquel día en que me entrevisté con Roosevelt estuve con el senador Rey Pittman, antiguo amigo mío, presidente del Comité de Relaciones Exteriores, uno de los autores del embargo, desde las nueve de la noche hasta el amanecer, en su casa. Cuando entré, después de estrecharle la mano, se dirigió a una mesa para coger cigarrillos y, volviéndose, dijo: «Temo que cometimos un error en lo de España». Luego añadió que al principio pensó que el embargo era bueno y serviría para mantener a otras naciones apartadas, delimitando la extensión de la guerra. Asentí, pero insistí en que cuando, dos o tres meses después, fue notorio que las potencias del Eje enviaban armas, municiones e incluso ejércitos a Franco, el embargo de material de guerra para la defensa del Gobierno legal debió haberse levantado, otorgando a España sus derechos de acuerdo con la ley internacional, y que el material habría sido transportado en barcos no norteamericanos.

Pocos días después me hallaba junto a mister Messersmith, en una recepción que me ofrecía el senador Guffey, cuando Sol Blonm, presidente del Comité de Negocios Extranjeros de la Cámara, se me acercó y me pidió si quería comparecer ante el citado organismo para exponerle mis impresiones sobre España. Para asombro mío, Messersmith dijo que esperaba que así lo hiciera. Acepté. El Comité se reunió en sesión secreta, a la que asistieron todos sus miembros. Hablé francamente durante más de una hora, recibiendo las atenciones más corteses, y al terminar se me hicieron preguntas, a las que di respuesta. Cuando quisieron saber si yo pensaba que el embargo había contribuido al triunfo fascista, contesté que incuestionablemente así era. La única pregunta que me negué a responder fue si yo creía que el Gobierno de Franco debería ser reconocido. Evadí la cuestión diciendo que esto era de la incumbencia del Departamento de Estado y del presidente. Al terminar, fui calurosamente aplaudido, y tuve la impresión de que el Comité era favorable a mi punto de vista.

Por eso el presidente había dicho que cometimos un error.

El senador Pittman, autor del embargo, había dicho que cometimos un error.

El Comité de la Cámara estaba de acuerdo.

Pero era demasiado tarde.

Era obvio, no obstante, que el reconocimiento de Franco había sido acordado. Mister Dunn, en cuyo asesoramiento sobre la política de la Europa Occidental

descansaba míster Hull, estaba claramente impaciente por un reconocimiento inmediato. Dado que no veía ninguna finalidad en entretenerme en Washington, dije a míster Welles que, de no ser por el hecho de que teníamos grandes intereses en España que podían resultar perjudicados por la mala voluntad fascista, yo nunca apoyaría el reconocimiento; pero puesto que este estaba claramente decidido, consideraba que habría de concederse basándolo en tres condiciones:

- 1) Una promesa positiva de que no habría interferencia con los intereses norteamericanos en España.
- 2) Una promesa positiva de que no habría represalias, ejecuciones políticas y persecución de los demócratas derrotados.
- 3) El compromiso de libertad para los prisioneros republicanos.

Míster Welles dijo: «Tenemos esas seguridades».

Exactamente cuándo llegaron estas seguridades, y por medio de qué intermediario fuera de España, no lo dijo. No fue sino hasta después de la publicación de las *Memorias* de Hull cuando me enteré de que fue míster Bullitt quien negoció con los agentes de Franco en París el reconocimiento, y que no se había hecho ninguna promesa de evitar represalias, ejecuciones y encarcelamientos. Míster Hull informa de que «en pleno engrimiento de la victoria, el Gobierno de Franco no estaba inclinado a hacer ninguna promesa que valiera la pena». Y así, con eso perfectamente claro, decidimos reconocer a Franco, y el «pleno engrimiento de la victoria» había de durar por lo menos diez años.

Transmití a míster Welles mi intención de salir inmediatamente para cerrar la embajada de San Juan de Luz y de trasladarme luego a Madrid para inspeccionar el embalaje de mis cosas.

«Yo desearía que no fuese a Madrid», me dijo. Asombrado, le pregunté con cierta amargura si íbamos a reconocer a un Gobierno cuyo desprecio de las costumbres internacionales lograría que un embajador norteamericano se viera en el extremo de no osar siquiera dirigirse a Madrid a recoger sus pertenencias en una embajada norteamericana. Míster Welles, que pareció embarazado por la pregunta, replicó que era a los italianos a quienes temía. «Muy bien —dije—. Yo actué como intermediario en el intercambio de prisioneros a requerimiento de Franco, y conseguí que un buen número de aviadores italianos fuesen canjeados. Tengo una carta, aduladora en exceso, de reconocimiento del embajador italiano. Tal vez me sea fácil conseguir un salvoconducto de la embajada italiana». Míster Welles me miró con aire de reproche, pero no contestó.

Regresé a San Juan de Luz para cerrar la embajada. Encontré allí al coronel Behn, de la Compañía Internacional de Teléfonos y Telégrafos, encolerizado porque Franco le negaba el permiso para cruzar la frontera de España; a míster Caldwell, su administrador en Madrid, no se le permitía entrar en el edificio norteamericano de la Telefónica, donde los técnicos alemanes trabajaban desde hacía tiempo.

Así pues, aquella parte de la «promesa» que alguien había hecho al Departamento de Estado ya había sido repudiada.

No se libertó a los prisioneros, muchos de los cuales fueron ejecutados; muchos miles más serían encarcelados.

Así, esta otra parte de la «promesa» fue igualmente ignorada.

Los pelotones de ejecución trabajaban en todo momento y continuarían trabajando durante varios años, llevando a la fosa a demócratas y republicanos.

De nuevo, esta otra parte de la promesa carecía de valor.

Quien estableció los mencionados compromisos fue manifiestamente deshonesto o actuó sin autoridad; y quien los aceptó tuvo, evidentemente, demasiada fe en la palabra de los fascistas.

8

A mi paso por París, de regreso a mi patria, fui informado por nuestra embajada de que el doctor Negrín, el jefe del Gobierno derrocado, se hallaba en la capital y enviaría un coche para recogerme y llevarme a su residencia. Lo encontré viviendo en el último piso de un departamento de la casa número 24 en la Avenue Charles Floquet. Estaba sereno, sin muestras exteriores de amargura, mientras me contaba los últimos acontecimientos. Parecía sinceramente asombrado cuando me preguntó por qué las grandes democracias habían estado tan sombríamente dispuestas a atar las manos del Gobierno que habían reconocido como legal en su lucha contra el Eje. Era una embarazosa cuestión que yo no pude contestar.

Encontré la frontera de Hendaya más estrechamente vigilada que nunca; los alegres líderes de Franco en Biarritz se volvían pensativos y sumisos. Muy pronto los jefes nazis se apoderarían de sus agradables villas, y los propietarios huirían precipitadamente ante estos «defensores del orden». Hallé la prensa de Franco, «en pleno engrimiento de la victoria», vociferando sus insultos contra las «moribundas y degeneradas democracias»; Queipo de Llano, al dar la despedida a los italianos y alemanes que se repatriaban, les aseguraba fervientemente que los fascistas españoles «nunca olvidarían o dejarían de apoyar a los camaradas italianos y alemanes». Y mantuvieron la promesa durante la guerra mundial que prácticamente se declaró a continuación.

En ruta hacia París, en Bayona, algunos niños vascos refugiados de un campamento cercano subieron al tren con una enfermera para ofrecer dulces a mi hija, flores a mi esposa y un libro de los vascos para mí, por lo poco que había podido hacer por ellos. El día de Navidad nos habían dado una serenata de villancicos en mi villa de Chantaco.

En París visité a José Antonio Aguirre, el noble, estudioso y devoto católico presidente de los vascos. Lo encontré en compañía de Leizaola, su consejero de Justicia, quien obró tan humanitariamente en la caída de Bilbao. Aguirre estaba triste, pero esperanzado en el resurgimiento de su pueblo y en la final vindicación de sus principios y su fe.

Leizaola y Ernest Hemingway se hallaban en el tren que me llevó al puerto, para verme partir.

Así terminaron mis seis años de embajador en España.

Sobre el autor



CLAUDE G. BOWERS

Claude G. Bowers (1878-1958) fue el embajador de Estados Unidos en España desde 1933 hasta 1939, lo que le convirtió en un testigo privilegiado de nuestra guerra civil y los años previos a su estallido, experiencias e impresiones que plasmó en esta obra. Posteriormente fue destinado en Santiago de Chile, donde estuvo al frente de la embajada de su país hasta 1953.

Miembro del Partido Demócrata, escribió una docena larga de libros, fundamentalmente de historia de su país, además de sus memorias.

Títulos publicados por ARZALIA

Viaje al corazón de España

Fernando García de Cortázar

El milagro del Prado

*La polémica evacuación de sus obras maestras
durante la guerra civil por el Gobierno de la República*

José Calvo Poyato

El poder de tu nombre

M.^a Antonia Quesada

El secreto de Wadi-as

José María Espinar

Cuentos clásicos feministas

Ángela Vallvey

Bajamar

Alberto Vázquez-Figueroa

Mi maratón contra el cáncer

Jesús Martín Tapias

La isla del último pirata

Jesús Nieva Ozcoz

La resurrección

De hombre a dios

Javier Alonso López

La relación hurtada

En busca del padre

Francisco Peñarrubia

La monja bastarda

Marta Banús

Sáhara español

El último reemplazo

Xavier Gassió

La relación hurtada.

En busca del padre

Francisco Peñarrubia

Anatomía del valor

Lord Moran

Alas de mariposa

Jesús Nieva

Las cinco caras de Dios

*Guía breve para comprender las principales
religiones del mundo actual*
Javier Alonso López

La divertida aventura de las palabras
Del buen uso del español
Fernando Vilches

Conquistadores de lo imposible
José Ángel Mañas

<https://arzialia.com/catalogo/>